Filosofía Espiritualista

EL LIBRO DE LOS ESPÍRITUS

CONTENIENDO

Los principios de la Doctrina Espírita

Sobre la inmortalidad del alma, la naturaleza de los Espíritus y sus relaciones con los hombres, las leyes morales, la vida presente, la vida futura y el porvenir de la humanidad.

Según la enseñanza impartida por los Espíritus superiores, con ayuda de diversos médiums.

Recopilados y ordenados por

ALLAN KARDEC

Nueva traducción del francés por

ALBERTO GIORDANO

Con notas y mejoras introducidas en el texto por su traductor al portugués,

profesor

J. HERCULANO PIRES

DE LOS EDITORES AL LECTOR

No es esta, como podría parecerlo, una edición más de *El Libro de los Espíritus*, entre las incontables que a lo largo de un siglo se han venido publicando en lengua castellana. Aspira a ser –y fue el propósito que la inspiró- una recuperación del texto kardeciano.

El lector se preguntará, un tanto sorprendido tal vez: ¿Por qué "recuperación"? La respuesta merece párrafo aparte.

A partir de las primeras entregas españolas del pasado siglo, cada reimpresión de *El libro de los Espíritus* reproducía, en líneas generales, la versión española primitiva, con aquellos cambios que la evolución ortográfica de nuestra lengua tornaba perentorios. Pero, al mismo tiempo, cada nueva reedición aportaba un número variable de erratas, debidas casi siempre a la composición y subsiguiente corrección de pruebas.

Conscientes del problema creado –las impropiedades que el tiempo había ido amontonando sobre este libro fundamental del Espiritismo-, y deseosa de reparar el daño producido, la EDITORA ARGENTINA 18 DE ABRIL se hizo el propósito de poner en manos del lector de lengua hispana una nueva edición, corregida y depurada, que fuese un ciento por ciento confiable.

Pero el recurso de la corrección no hubiera bastado. Hacía falta algo más: retornar a la fuente, esto es, traducir de nuevo la obra. Tal fue lo que se hizo, y más aún: la nueva versión se cotejó paso a paso con la moderna traducción al portugués del profesor J. Herculano Pires, quien ha incorporado al texto diversas notas aclaratorias y, además, introdujo en él cierto número de mejoras que hacen más ágil su lectura y más moderna su presentación. El lector atento encontrará, pues, diferencias entre las versiones clásicas y la presente, pero puede tener la seguridad de que lo que estamos ofreciéndole aquí es el texto original de Kardec, vertido al español con la mayor fidelidad posible. A más de esto, cuando ha sido necesario se dejó constancia, al pie de página, de ciertas dificultades de traducción, a fin de que el lector conozca cómo se han solucionado los problemas. Estamos persuadidos, pues, de que ha de ser apreciado en toda su dimensión el esfuerzo realizado para ofrecerle el verdadero *Libro de los Espíritus*, de Allan Kardec.

EDITORA ARGENTINA 18 DE ABRIL, S.A.C.I.
Y
EDITORA ESPÍRITA ESPAÑOLA

Nota del copista para lectores neófitos

Estimado lector/a, tienes ante ti el trabajo ingente de toda una época, de toda una labor de incalculable valor, en donde se desentrañan los misterios de la vida de ultratumba, y se rescata la ciencia del conocimiento llamado en la antigüedad oculto.

Allan Kardec, pseudónimo del preclaro pedagogo francés Denizard Rivail, compiló con la ayuda de los Espíritus Elevados, las bases de esta ciencia, llamada Espírita o Espiritismo. En esta obra, se hallan todos los principios de la misma. De un modo muy sucinto se encabalgan las ideas al modo clásico de pregunta y respuesta, entre Kardec y los diversos Espíritus a los cuales dirigió sus múltiples preguntas.

Esta obra es la piedra angular de todo el edificio espiritista, de ella se derivan todas las demás obras que van completando lo que en ésta queda a veces en pequeña reseña. La lectura del *Libro de los Espíritus* consta a mi entender, de dos lecturas: 1º la normal, de inicio a fin, para ir asimilando los conceptos; 2º la lectura consciente, para ir comparando las preguntas y respuestas. Ésta última es la más importante, y la que hace distinto este libro del resto, ya que en las diversas respuestas se va elaborando una síntesis de las mismas, de ahí la constante reseña de "véase párrafo x" que a lo largo de la obra el lector/a constatará. De ahí que una lectura superficial pueda sugerir aparentes contradicciones, que en realidad no existen, sino que simplemente requieren de una lectura más atenta y de una correlación de las respuestas dadas.

No obstante, en esta edición, se han añadido las notas y aclaraciones que se han considerado oportunas, remitiéndome yo como copista, tan sólo a aquellas cuestiones de forma y fondo que pudieran resultar un tanto oscuras y extrañas al lector de nuestro siglo XXI, procurando en lo esencial mostrar el pensamiento originario que se le quiso dar.

Que la paz y la bondad inunde tu corazón con esta lectura, y abra tu alma a nuevas realidades espirituales, como lo viene haciendo con tantos miles que abrazamos esta divina enseñanza llamada Espiritismo.

NOTICIA DE LA OBRA [1]

Por J. Herculano Pires

Con este libro, el 18 de abril de 1857 se inició para el mundo la era espírita. En él se cumplía la promesa evangélica del Consolador, del Paracleto o Espíritu de Verdad. Decir esto equivale a afirmar que *El Libro de los Espíritus* es el código de una nueva fase de la evolución humana. Y es exactamente esa su posición en la historia del pensamiento. No se trata de un libro común, que se pueda leer de un día para el otro y después olvidarlo en el rincón de una biblioteca. Nuestro deber consiste en estudiarlo y meditarlo, leyéndolo y releyéndolo de continuo.

Sobre este libro se levanta todo un edificio: el de la Doctrina Espírita. Constituye la piedra fundamental del Espiritismo, su primer hito. El Espiritismo surgió con él y con él se propagó, imponiéndose y consolidándose en el mundo. Antes de este libro no había Espiritismo y ni siquiera existía esta palabra. Se hablaba de Espiritualismo y Neo-espiritualismo, de una manera general, vaya y nebulosa. Los hechos espíritas, que siempre existieron, eran interpretaciones de los más diversos modos. Pero, después que Kardec lo hubo lanzado a la publicidad, "conteniendo los principios de la Doctrina Espírita", una nueva luz fulguró en los horizontes intelectuales del mundo.

Al tomar este libro en nuestras manos observamos una secuencia histórica que no podemos olvidar. Cuando el mundo se aprestaba a salir del caos de las civilizaciones primitivas apareció Moisés como conductor de un pueblo destinado a trazar los lineamientos de un mundo nuevo, y de sus manos surgió la Biblia. No había sido Moisés quien la escribiera, pero fue él el motivo central de esa primera codificación del nuevo ciclo de revelaciones: el ciclo cristiano. Más tarde, cuando la influencia bíblica ya había modelado a un pueblo y éste se había dispersado por todo el mundo gentil, esparciendo la nueva ley, se hizo presente Jesús, y de sus palabras, recogidas por los discípulos, surgió el Evangelio.

La Biblia es la primera codificación de la primera revelación cristiana, el código hebraico en el que se fundieron los principios sagrados

[1] Esta "Noticia de la obra" corresponde al opúsculo intitulado "El libro de los Espíritus frente a la cultura de nuestro tiempo", del mismo autor. [*N. del copista*]

y las grandes leyendas religiosas de los pueblos antiguos. La gran síntesis de los esfuerzos de la antigüedad en dirección al Espíritu. No hay que asombrarse de que se presente ella muchas veces contradictoria e inspirando temor al hombre moderno. El evangelio constituye la codificación de la segunda revelación cristiana, la que brilla en el centro de la tríada de esas revelaciones, teniendo en la imagen de Cristo el sol que ilumina a la otras dos y que arroja luz sobre el pasado y el futuro, estableciendo entre ambas la necesaria conexión. Pero, así como en la Biblia se anunciaba ya el Evangelio, también en éste aparecía la predicción de un nuevo código: el del Espíritu de Verdad, según puede comprobarse en el Capítulo 14 del *Evangelio según San Juan*. Y ese nuevo código nació de las manos de Allan Kardec, bajo la orientación del Espíritu de Verdad, en el momento exacto en que el mundo se preparaba para entrar en una fase superior de su desarrollo.

Hegel nos muestra en sus lecciones de estética las monstruosas creaciones del arte oriental –figuras gigantescas, con dos cabezas y muchos brazos y piernas, y otras formas diversas- como la primera tentativa de lo Bello para dominar la materia y lograr expresarse a través de ella. La materia grosera se resiste a la fuerza del ideal, desfigurándolo en sus representaciones. Pero termina siendo domeñada y entonces aparecen en el mundo las formas equilibradas y armoniosas del arte clásico. No obstante, una vez alcanzado el máximo equilibrio posible, lo Bello rompe por sí mismo dicho equilibrio en las formas románticas y modernas del arte, buscando superar su rudo instrumento material para expresarse mejor y más libremente. Pues bien, esa grandiosa teoría hegeliana nos parece perfectamente aplicable al proceso de las revelaciones cristianas: porque de las formas aterradoras e incongruentes de la Biblia pasamos al equilibrio clásico del Evangelio, y de éste a la liberación espiritual del *Libro de los Espíritus*.

Cada fase de la evolución humana se cierra con una síntesis conceptual de todas sus realizaciones. La Biblia es la síntesis de la antigüedad, como el Evangelio constituye el compendio del mundo grecorromano-judaico, y *El Libro de los Espíritus* la síntesis del mundo moderno. Pero cada una de esas sumas no trae consigo sólo los resultados de la evolución operada, porque contiene además los gérmenes del porvenir. Y en la síntesis evangélica debemos considerar, sobre todo, la presencia del Mesías como una intervención directa de lo Alto para la reorientación del pensamiento terreno. Gracias a esa intervención los principios evangélicos pasan directamente, sin necesidad de readaptaciones o modificaciones, en su pureza primitiva, a las páginas del presente libro, como las vigas maestras de la edificación de la nueva Era.

La Codificación Espírita

Sin embargo, *El Libro de los Espíritus* no es tan sólo la piedra fundamental o el hito inicial de la nueva codificación. Porque constituye su propio esbozo, su núcleo central y al mismo tiempo el andamiaje o estructura general de la Doctrina. Si se le examina en relación con las restantes obras de Kardec que completan la codificación, se comprueba que todos esos libros tienen su punto de partida en el contenido de aquél. Podemos definir las diversas zonas del texto que corresponden a cada una de aquellas obras.

Así como en la Biblia existe el núcleo central del Pentateuco, y en el Evangelio el de la enseñanza moral de Cristo, en *El Libro de los Espíritus* podemos localizar una parte que se refiere a él mismo, a su propio contenido: es el conjunto de los Libros Primero y Segundo, hasta el Capítulo Cinco. Este núcleo representa, dentro del esquema general de la codificación que hallamos en la obra, la parte que le corresponde a él mismo. En cuanto a los demás, comprobamos lo siguiente:
PRIMERO: *El Libro de los Médiums*, secuencia natural de *El Libro de los Espíritus*, que trata con especialidad el aspecto experimental de la Doctrina, tiene su fuente en el Libro Segundo, a partir del Capítulo Seis y hasta el final. Toda la materia que esta parte contiene es reorganizada y ampliada en *El Libro de los Médiums*, en especial lo referente al Capítulo Nueve: “Intervención de los Espíritus en el mundo corpóreo”.

SEGUNDO: *El Evangelio según el Espiritismo* es una derivación natural del Libro Tercero, donde se estudian las leyes morales, tratando sobre todo la aplicación de los principios de la moral evangélica, así como los problemas religiosos de la adoración, la plegaria y la práctica de la caridad. Incluso encontrará el lector en esa parte las primeras formas de “Instrucciones de los Espíritus”, comunes en *El Evangelio*…, con la transcripción completa de comunicaciones firmadas que versan sobre asuntos evangélicos.

TERCERO: *El Cielo y el Infierno* deriva a su vez del Libro Cuarto, “Esperanzas y Consuelos”, en que se examinan los problemas relativos a las penas y goces terrenales y futuros, inclusive con la discusión del dogma de la eternidad de las penas y el análisis de otros dogmas, entre ellos el de la resurrección de la carne y los del Paraíso, Infierno y Purgatorio.

CUARTO: *El Génesis, los Milagros y las Profecías* se relacionan con los Capítulos Dos, Tres y Cuatro del Libro Primero, y Capítulos Nueve, Diez y Once del Libro Segundo, así como con ciertos fragmentos

de capítulos del Libro Tercero, que tratan problemas genésicos y de la evolución física de la Tierra. Por su amplio sentido, que abarca al propio tiempo las cuestiones de la formación y desarrollo del globo terrestre, y las atinentes a pasajes evangélicos y de la Sagrada Escritura, *El Génesis*…, se ramifica de una manera más difusa que los restantes libros de la codificación, dentro de la estructura de la otra Máter.

QUINTO: Los pequeños libros de introducción al estudio de la Doctrina, como *El principiante espírita*[2] y ¿*Qué es el Espiritismo*?, que no se incluyen propiamente en la codificación, están asimismo relacionados de una manera directa con *El Libro de los Espíritus*, derivando de su “Introducción” y “Prolegómenos”.

Así pues, la codificación se nos presenta como un todo homogéneo y consecuente. A la luz de ese estudio se desmoronan las tentativas de separar uno u otro libro del bloque de la codificación, como posible expresión de una forma diferente de pensamiento. Y nótese que los vínculos señalados aquí de un modo tan sólo formal pueden y deben ser aclarados en profundidad por un estudio minucioso del contenido de las diversas partes de *El Libro de los Espíritus*, en confrontación con las restantes obras. Tal estudio exigiría también un análisis de los textos primitivos, como la primera edición de *El Libro de los Espíritus* y la primera del *de los Médiums* y del *Evangelio*…, pues, conforme se sabe, todos esos libros fueron ampliados por Kardec luego de publicada la primera edición de cada uno, siempre con la asistencia y orientación de los Espíritus.

En un estudio más amplio y profundo sería posible mostrar el desarrollo de ciertos temas que, sólo planteados en *El Libro de los Espíritus*, encuentran solución en obras ulteriores. Es lo que se comprueba, por ejemplo, con los lazos entres Cristianismo y Espiritismo, que se definen por completo en *El Evangelio*…, o con el controvertido problema del origen del hombre, que tiene su explicación definitiva en *El Génesis*…, e incluso con las cuestiones de la mediumnidad, solucionadas en *El Libro de los Médiums*, y las teológicas y bíblicas, en *El Cielo y el Infierno*.

Conviene aclarar, empero, que la ampliación de todos esos temas no significa, en ningún caso, que se modifiquen los principios asentados en el presente libro. A veces, ciertos asuntos que sólo afloran en *El Libro de los Espíritus* son desarrollados de tal manera en otras obras que, al leer éstas,

[2] Título se da a una edición brasileña del Capítulo II del libro ¿Qué es el Espiritismo?, publicado separadamente. [*Nota de la Editora*.]

tenemos la impresión de encontrar novedades. Pero lo cierto es que en aquél sólo han sido señalados en una forma sintética. Es lo que sucede, por ejemplo, con el problema de la evolución general, definida por León Denis en aquella frase célebre: “El alma duerme en el mineral, sueña en el vegetal, en el animal se agita y en el hombre despierta”. Véase, al respecto, la definición del parágrafo 540 del presente libro, que expresa: *“C´est ainsi que tout sert, tout s´enchaîne dans la nature, depuis l´atome primitif jusqu´á l´archange, qui lui même a comencé par l´atome. ¡Admirable loi d´harmonie dont votre esprit borné ne peut encore saisir l´ensemble!”* [“Así pues, todo sirve, todo se eslabona en la Naturaleza, desde el átomo primitivo hasta el arcángel, pues él mismo comenzó en un átomo. ¡Admirable ley de la armonía, cuyo conjunto no puede aprehender aún vuestro Espíritu limitado!”]

La Filosofía Espírita

Esta rápida apreciación de la estructura de *El Libro de los Espíritus*, en sus vínculos con las demás obras de la codificación, nos parece suficiente para mostrar que constituye, como dijimos al principio, en andamiaje o estructura filosófica del Espiritismo. Contiene él, según Kardec declaró en su frontispicio, “los principios de la Doctrina Espírita”. Por tanto, es su tratado filosófico. Aun cuando no haya sido elaborado en un lenguaje técnico y no observe los rigores de la exposición filosófica minuciosa, es todo un complejo y amplio sistema de filosofía en que en él se expone.

Al evaluarlo desde este punto de vista debemos tomar en cuenta que Kardec no era un filósofo, sino un educador, un especialista en pedagogía, discípulo emérito de Pestalozzi. De ahí el aspecto más bien didáctico que propiamente de exposición filosófica que imprimió al libro.

En segundo lugar, la obra no fue en rigor escrita por él mismo, sino elaborada sobre la base de las respuestas que ofrecían los Espíritus a sus preguntas, en el transcurso de sus sesiones mediúmnicas con las niñas Boudin y Japhet, y más tarde con otros médiums.

En tercer término, el libro no se destinaba a formar una escuela filosófica, a conquistar los medios especializados, sino tan sólo a divulgar los principios de la Doctrina de una manera amplia, convocando a los hombres en general al estudio de una realidad superior a todas las elucubraciones del intelecto.

En cuarto lugar, el mismo Kardec tuvo el cuidado de advertir, en los "Prolegómenos", que evitaba los prejuicios del sectarismo, según comprobamos en este fragmento, donde se refiere a la enseñanza de los Espíritus: "*Ce livre est le recueil de leurs enseignements; il a été par l´ordre et sous la dictée d´Esprits superieurs pour établir les fondements d´une philosophie rationelle, degagée des prejugés de l´esprot de systeme*". ["Este libro es la recopilación de sus enseñanzas. Ha sido escrito por orden y bajo el dictado de Espíritus superiores para asentar los cimientos de una filosofía racional, libre de los prejuicios del sectarismo."]

Conforme se ve, el propósito del libro no consistió en crear una nueva escuela filosófica, lo cual implicaría toda una rígida sistematización. Tal propósito se halla en contra del pensamiento de los modernos filósofos, como vemos, por ejemplo, en Ernest Cassirer, quien en su *Antropología Filosófica*, al referirse a la inconveniencia de los sistemas, expresa: "Cada teoría se convierte en un lecho de Procusto, en que los hechos empíricos son forzados a adecuarse a un padrón preconcebido". A su vez, Max Sheller comenta: "Disponemos de una antropología científica, otra filosófica y una tercera teológica, que se ignoran mutuamente". Kardec eludió precisamente eso, tanto más cuanto que el "espíritu de sistema" (o sectarismo) constituiría la misma negación de los objetivos de la Doctrina.

En cuanto a la cuestión del lenguaje técnico, no debemos echar al olvido que el libro se destinaba al gran público y no sólo a los especialistas. A propósito de esto podemos recordar el ejemplo de Descartes, quien escribió en francés su *Discurso del Método*, cuando el latín era el idioma oficial de la filosofía, porque deseaba darle mayor divulgación. A un cuando Kardec hubiese sido un filósofo especializado, el lenguaje técnico no hubiera servido a sus propósitos en esta obra.

En lo tocante al método didáctico, no sería este el primer libro de filosofía que haya acudido a él. Es posible recordar, por ejemplo, la *Ética*, de Spinoza. Kardec inicia el presente libro con la definición de Dios, igual que lo hace Spinoza en aquél, y si no sigue la forma geométrica de exposición, por medio de definiciones, axiomas, proposiciones y escolios (comentarios), obedece sin embargo a la forma lógica, por medio de preguntas y respuestas, intercalando glosas y explicaciones. Hay, además, curiosas similitudes de estructura, de posición, de vinculaciones históricas y de principios, entre esos dos libros –el *de los Espíritus* y la *Ética*-, lo que reclama un estudio más profundizado. Como existen asimismo semejanzas entre lo que se puede denominar la revolución cartesiana y el Espiritismo, a partir de los famosos sueños de Descartes y su convicción de haber sido inspirado por el Espíritu de Verdad.

Yvonne Castellan, en un breve y fallido, a veces altamente injusto, pero en parte simpático estudio de la Doctrina, al referirse a *El Libro de los Espíritus* señala que: "El sistema es completo, y comprende una moral y una metafísica muy penetrada por consideraciones físicas o genéticas"[3]. En un análisis más serio hubiera descubierto la autora que la estructura es más compleja de lo que ella supuso.

El libro comienza con la metafísica, pasando luego a la cosmología, la psicología, los problemas propiamente espíritas del origen y naturaleza del Espíritu y sus lazos con el cuerpo, así como los problemas de la vida *post-mortem*, para llegar, con las leyes morales, a la sociología y a la ética, y concluir con el Libro Cuarto con las consideraciones de índole teológica acerca de las penas y goces futuros y la intervención de Dios en la vida humana. Todo un vasto sistema, sin las exigencias opresoras o los prejuicios del "espíritu de sistema", es una estructura libre y dinámica, en que las cuestiones son planteadas para su debate.

Acordándonos de los inicios del Cristianismo podemos decir que el Espiritismo tiene sobre él una ventaja, en lo que toca al problema filosófico. La simplicidad del *Libro de los Espíritus* no llega al punto de obligarnos a que adaptemos a nuestros principios sistemas antiguos, como aconteció con San Agustín y Santo Tomás, en relación con Platón y Aristóteles, para crear la llamada filosofía cristiana. El Espiritismo posee ya su propio sistema, en la forma ideal que el futuro consagrará, y cuyas ventajas hemos visto antes.

Por otra parte, es curioso observar que *El Libro de los Espíritus* encuadra dentro de una de las formas clásicas y más fecundamente libres de la tradición filosófica: el diálogo. Por todo esto se comprueba que Kardec, sin ser lo que se puede denominar un filósofo profesional, tenía mucha razón al afirmar, en el Capítulo Seis de la "Conclusión", y refiriéndose al Espiritismo: "*Sa force est Dans sa philosophie, Dans l´appel qu´il fait à la raison, au bon sens*". ["Su fuerza reside en sus filosofía, en el llamado que hace a la razón y el buen sentido".]

---

[3] *El Espiritismo,* Yvonne Castellan, Compañía General Fabril Editora, S.A., Buenos Aires, 1962. [*Nota de la Editora*]

La Dialéctica Espírita

Definió Hegel la estructura y la función del diálogo identificando sus leyes con las del Ser mismo: tesis, antítesis y síntesis. Más tarde, Marx y Engels desplazaron el diálogo de esa concepción ontológica para conferirle un sentido materialista y revolucionario. Cupo a Hamelin[4], empero, definirlo en su aspecto más fecundo, como un proceso de necesaria fusión de la tesis y la antítesis, en la producción de una nueva idea o nueva tesis.

Este es, en nuestro sentir, el proceso dialéctico del Espiritismo, que en vez de poner énfasis en la contradicción en sí, en la lucha de contrarios, prefiere ponerlo en la armonía, en la fusión de esos contrarios, para una nueva creación. En este sentido se desarrolla el diálogo en *El Libro de los Espíritus.*

Por lo demás, nunca ha habido un diálogo como éste. Jamás un ser humano se inclinó, con toda la seguridad del hombre moderno, sobre el borde del abismo de lo incognoscible para interrogarlo, escuchar sus voces misteriosas, contradecirlo, discutir con él y, por último, arrancarle sus más íntimos secretos. Y nunca tampoco el abismo se mostró tan dócil y hasta deseoso de revelarse al hombre en todos sus aspectos.

Sócrates percibía las voces de su *daimon* y discutía con el Oráculo de Delfos. Pero no se limitó a eso Kardec. Fue aún más lejos, dialogando con el Mundo Invisible entero, analizando sus voces en rigor, escuchando a inferiores y a superiores, para descubrir las leyes que rigen ese mundo, las formas de vida existentes en él, el mecanismo de sus relaciones con el nuestro.

El método dialéctico es el proceso natural del desarrollo, tanto del pensamiento como de todas las cosas. Cierta vez comparó Emmanuel al Antiguo Testamento como un llamado de los hombres a Dios, Y el Nuevo Testamento como la respuesta de Dios a ese llamado. Aceptando la imagen podemos afirmar que *El Libro de los Espíritus* constituye la síntesis de ese diálogo, es el instante en que, según la definición de Hamelin, llamamiento y respuesta se funden en la comprensión espiritual, abriendo camino para una nueva fase de la vida terrena.

---

[4] Octave Hamelin (1856-1907) filósofo francés conocido por su faceta de traductor y comentarista de filósofos clásicos, en especial de Aristóteles. Tuvo una postura cercana al idealismo. Identificó la representación con la realidad y aceptó el método dialéctico, mas no fundándose en la contradicción sino en la correlación. [*N. del copista.*]

La legitimidad del libro

Al publicar en 1868 *El Génesis*… puedo Kardec subrayar que El Libro de los Espíritus, dado a publicidad once años antes, continuaba siendo tan sólido como entonces. Ninguno de sus principios fundamentales había sido conmovido por la experiencia, sino que todos ellos permanecían en pie. Hoy en día, a más de cien años de distancia, si el Codificador viviera aún entre nosotros podría seguir diciendo lo mismo.

Y esto, en un siglo en que el mundo se transformó de una manera vertiginosa, en que la denominada ciencia positiva fue trastocada de un extremo al otro, en que las concepciones filosóficas han experimentado tremendos impactos. Conceptos hay, en *El Libro de los Espíritus*, que a primera vista parecerían haber sido desmentidos, o al menos puestos en duda, por la ciencia. Tal el caso del fluido universal: pero sólo cuando los confundimos con el concepto científico del éter espacial.

A decir verdad, el desarrollo de la ciencia se opera con exactitud en dirección a los principios espíritas. La desintegración de la materia por la física nuclear, el concepto de materia como concentración de energía, la percepción cada vez más clara de una estructura matemática del Universo, la conclusión a que algunos científicos se ven forzados a llegar, de que detrás de la energía parece existir otra cosa, que sería el pensamiento; todo esto nos demuestra que asistía razón a Kardec al proclamar que ni Dios ni la religión auténtica, ni (en consecuencia) el Espiritismo, tienen nada que perder con el adelanto de la ciencia. Antes por el contrario, sólo obtienen ganancia, conforme los hechos lo ponen de manifiesto día a día.

Esa seguridad de los principios espíritas deriva de la legitimidad de la fuente espiritual del presente libro, de la pureza de sus medios de transmisión mediúmnicas y de la precisión del método kardeciano.

La fuente, según se ve por la espontánea e inesperada revelación del Espíritu de Verdad a Kardec, y según los apuntes autobiográficos contenidos en Obras Póstumas, así como por la confirmación ulterior de tantos otros Espíritus, y también como se puede comprobar lógica e históricamente por el proceso de restablecimiento del Cristianismo que el Espiritismo lleva a cabo, es la misma que de que procedió aquél. No se trata tan sólo de Kardec, ni de este o de aquel otro Espíritu en particular, como tampoco de un grupo de hombres, sino que es toda una falange del Espíritu de Verdad, enviada a la Tierra en cumplimiento de la promesa de Jesús, la que constituye la fuente espiritual de *El Libro de los Espíritus*.

En cuanto a los medios mediúmnicas de transmisión, estaban en consonancia con la pureza de la fuente. Las médiums que sirvieron en esa tarea fueron dos niñas: Carolina y Julia Boudin, de dieciséis y catorce años, respectivamente, a las que más tarde se sumaría una tercera, la señorita Japhet, en el proceso de revisión del original. Las reuniones se llevaban a efecto entre personas amigas, en la intimidad del hogar de la familia Boudin, y las respuestas de los Espíritus se trasmitían mediante una pequeña cesta a la que se adaptaba un lápiz. Las niñas apoyaban sus manos sobre la canastilla y ésta se ponía en movimiento escribiendo los mensajes, con total imposibilidad por parte de las médiums de influir sobre la escritura.

Más tarde, siguiendo instrucciones de los Espíritus mismos, Kardec sometió el libro al contralor de otros médiums, pero todos ellos escogidos con sumo cuidado. Además de lo cual, las respuestas de los Espíritus eran confrontadas con las comunicaciones que se obtenían en otros grupos de experimentación espírita, en obediencia al principio de la universalidad de las revelaciones, que acto continuo veremos.

El método de Kardec pasó a ser el de la Doctrina misma, y en su propia sencillez lleva implícita la garantía de su eficiencia. Podemos compendiarlo así:

1º) Elección de colaboradores mediúmnicos insospechables, tanto en su aspecto moral cuanto en lo que se refiere a la pureza de sus facultades y de la asistencia espiritual que recibían;

2º) análisis riguroso de las comunicaciones, desde el punto de vista lógico, así como su cotejo con las verdades científicas demostradas, descartándose todo material que no pudiera ser justificado lógicamente;

3º) contralor de las entidades espirituales comunicantes, por medio de la coherencia de sus comunicaciones y del tenor de su lenguaje, y

4º) consenso universal, vale decir, concordancia de varias comunicaciones, obtenidas por médiums diferentes, en forma simultánea y en lugares diversos, acerca de un mismo tema.

Apoyado en tales principios, escudado con rigor en ese criterio, Kardec pudo poner por obra la difícil tarea de reunir la serie de informaciones que le permitieron organizar *El Libro de los Espíritus*. E interesa recordar que ese mismo criterio había sido enseñado en parte por

Juan, en su *Primera Epístola* (Cap. 4:1)[5], así como por el apóstol Pablo en su *Primera Epístola a los Corintios*. De suerte que las raíces del método kardeciano están ya en el Nuevo Testamento.

Sin embargo, no es posible confundir el sistema doctrinario con los métodos de investigación científica de los fenómenos espíritas. En el trato mediúmnico, la premisa de la existencia del Espíritu y de la posibilidad de la comunicación ya está afirmada, y lo que importa allí es el contralor de la legitimidad del mensaje. En la indagación científica todo se halla aún por descubrir y probar. Las investigaciones de la ciencia pueden variar hasta lo infinito en lo que atañe a procedimientos y métodos, de acuerdo con el enfoque de cada investigador. Pero las sesiones mediúmnicas no podrían sustraerse al método kardeciano, por cuanto se ha comprobado en la práctica –hace ya un siglo- como el único realmente eficaz y que procede, según hemos visto, de las reuniones mediúmnicas de la era apostólica.

Problemas secundarios, como el de la firma de ciertas comunicaciones con nombres célebres, son explicadas por Kardec en la “Introducción al Estudio de la Doctrina Espírita”, en sus apartados “XI. –Grandes y pequeños” y “XII. –De la identificación de los Espíritus”, a los cuales remitimos al lector interesado en el tema. Algunas personas preguntan por qué motivo no omitió Kardec los nombres que suscriben los “Prolegómenos”, transcribiendo tan sólo el texto del mensaje, como ha procedido con las más de las respuestas de este libro. Tales firmas –según dicen- apartan de la obra a muchos lectores, que las tienen por una superchería grosera.

La explicación de ello está en la sinceridad de Kardec y en su fidelidad a los Espíritus que la habían revelado la Doctrina. Ocultar los nombres de éstos hubiera equivalido a dejar abierta una posibilidad de que la obra se atribuyese al propio Kardec, y él cuidó siempre de aclarar que no era sino un mero colaborador de los autores espirituales del libro. Por lo demás, sus explicaciones al respecto resultan enteramente claras para todos aquellos que tengo la aptitud de comprender en su plenitud el fenómeno espírita.

[5] “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo”. [*N. del T. al cast.*]

El problema científico

Kardec examina el problema científico del Espiritismo en los apartados "VII. –La ciencia y el Espiritismo" y "VIII. –Perseverancia y seriedad", de la "Introducción al Estudio de la Doctrina Espírita". Veamos un fragmento bastante esclarecedor: "La science proprement dite, comme science, est donc incompétente pour se pronocer dans la question du Spiritisme: elle n´a pas à s´en occuper, et son jugement, quel qu´il soit, favorable ou non, ne saurait être d´aucun poids". ["En consecuencia, la ciencia propiamente dicha, como tal, es incompetente para pronunciarse sobre el Espiritismo. No ha de ocuparse de él, y su juicio, sea o no favorable, no pesaría en modo alguno".]

No obstante, Kardec insiste en el carácter científico de la Doctrina. Carácter propio, conforme explica en los apartados que acabamos de mencionar, pues se trata de una ciencia que debe poseer sus propios métodos, puesto que su objetivo no es la materia, sino el Espíritu.

Ahora bien, ¿por qué esa insistencia de Kardec en el carácter científico del Espiritismo? Porque el *Libro de los Espíritus* viene a inaugurar una nueva era en el estudio de los problemas espirituales. Hasta su publicación, tales cuestiones eran tratadas de un modo empírico o tan sólo fantasioso. Las religiones, con sus intrincados sistemas teológicos, o las órdenes ocultistas, las corporaciones místicas y teosóficas, desplazaban los problemas del Espíritu hacia el terreno del enigma. Para servirnos de las expresiones de San Agustín, el conocimiento humano se dividía en la "iluminación divina" y en la "experiencia".

El Espiritismo acudió a modificar ese orden de cosas, mostrando la posibilidad de encarar las cuestiones espirituales mediante la experiencia agustiniana, o sea, por medio de la misma razón que aplicamos a los problemas materiales. En tal sentido, *El Libro de los Espíritus* se presenta como un divisor de aguas. Todo aquello que antes de él integraba el espiritualismo puede ser tildado de "espiritualismo utópico", y todo lo que viene con él y después de él, siguiendo su línea doctrinaria, de "espiritualismo científico", conforme hacen los marxistas con el socialismo anterior y posterior a Marx.

Esta es la posición especial de El Libro de los Espíritus en el plano de la cultura espiritual. Con él, el Espíritu y sus problemas han salido del dominio de la abstracción para tornarse accesibles a la investigación racional, e incluso a la indagación experimental. Lo sobrenatural se ha

vuelto natural. Todo se ha reducido a una cuestión de conocimiento de las leyes que rigen el Universo.

La tesis spinociana de la imposibilidad del milagro en cuanto violación del orden natural ha venido a comprobarse en sus demostraciones. Y las leyes de ese orden, como vemos en el Capítulo Primero del Libro Tercero, son todas ellas naturales, ya se refieran a las relaciones materiales, ya a las espirituales y morales. Lo sobrenatural no existe si no es para la ignorancia humana de las leyes naturales, visto que el Universo constituye un sistema único y todas sus partes encajan en la gran estructura.

El problema religioso

La índole religiosa de El Libro de los Espíritus resalta desde sus páginas iniciales. Como ya vimos, Kardec lo inaugura con la definición de Dios. Pero el Dios espírita no es antropomorfo, no se trata de un ser formado a imagen y semejanza del hombre, como el de las religiones. A este respecto, la definición espiritista resulta terminante: "Dios es la inteligencia suprema, causa primera de todas las cosas".

Así como para Spinoza es Dios la substancia infinita, para Kardec es la inteligencia infinita. Pero, del mismo modo que se han equivocado aquellos que confundieron la substancia spinociana con el Universo, así también se engañan los que confunden la inteligencia infinita con el hombre finito, y la religión espírita con los formalismos religiosos.

En efecto, los atributos de Dios no se confunden con los precarios atributos humanos: Él es eterno, inmutable, inmaterial, único, todopoderoso, soberanamente justo y bueno. No se confunde Dios con el Universo, puesto que es el Creador y mantenedor de éste. Sin embargo, cuando trata de la justicia de Dios vemos a Kardec empleando terminología antropomórfica, en que habla de penas y recompensas, y que ha dado hincapié para que se afirme que el Dios espírita es similar al de las religiones.

La explicación de este hecho, que a primera vista parecería contradictorio, figura en el parágrafo 10 del Capítulo Primero: *"L´homme peut-il comprendre la nature intime de Dieu? – Non; c´est un sens qui lui manque*". ["¿Puede el hombre comprender la naturaleza íntima de Dios? – No. Le falta un sentido para ello". Y de inmediato viene la explicación de Kardec al respecto. Más adelante, en el párrafo 13, encontramos la

respuesta de que los atributos de Dios, a que antes no referíamos, son tan sólo una interpretación humana, aquello que el hombre en su actual estadio de evolución puede concebir en lo que atañe a Dios. Por tanto, Kardec se vale, para tratar acerca de Dios, del lenguaje que podemos emplear, de una manera que resulte comprensible. No es que esté humanizando a Dios, sino que lo pone tan sólo al alcance del entendimiento humano.

No obstante, la suprema naturaleza de Dios, en cuanto inteligencia infinita y causa primaria, es siempre preservada. Lo comprobamos en todo el Capítulo Primero y en otros muchos pasajes del libro. En el capítulo en que se refiere al panteísmo, toda confusión entre Creador y Creación ha sido descartada. El Dios espiritista no es antropomorfo, pero tampoco es panteísta. Por lo demás, *El Libro de los Espíritus* torna de inmediato prohibitivo el camino a las especulaciones ilusorias e imaginativas sobre la naturaleza de Dios.

Visto que falta al hombre el medio para comprenderlo, en vano será intentar su definición mediante hipótesis ingenuas o audaces. Tal lo que vemos en el parágrafo 14 del Capítulo Primero, al establecerse un principio que defiende de manera absoluta la posición del Espiritismo frente al problema, separándolo definitivamente de todas las escuelas de teología especulativa o de ocultismo, de cualquier especie que fueren. Transcribimos ese fragmento básico en su francés original, pudiendo el lector encontrar su traducción a renglón seguido:

"Dieu existe, vous n´en pouvez douter, c´est l´essentiel: croyed-moi, n´allez pas au-delaà; ne vous égarez pas dans un labyrinthe d´où ne pourriez sortir: cela ne vous rendrait pas meilleurs, mais peut-être un peu plus orgueilleux, parce que vous croiriez savoir, et qu´en realité vous ne sauriez rien. Laissez donc de côté tous ces systèmes; vous avez assez dechoses que vous touchent plus directement, à commencer par vous mêmes; étudiez vos propres imperfections afin de vous en debarrasser, cela vous sera plus utile que de vouloir pénétrer ce qui est impénétrable".

["Dios existe, y no podéis dudar de ello. Esto es lo esencial. Creedme, no vayáis más allá. No os extraviéis en un laberinto del que no podríais salir. Esto no os haría mejores, sino quizá un tanto más orgullosos, debido a que creeríais saber y en rigor de verdad nada sabríais. Así pues, dejad a un lado todos esos sistemas. Bastantes cosas tenéis que os tocan más directamente, empezando por vosotros mismos. Estudiad vuestras propias imperfecciones a fin de desembarazaros de ellas; esto os resultará más útil que querer penetrar lo impenetrable".]

Dios, como inteligencia infinita o suprema, es lo que es. No ofrece asidero para especulaciones ociosas o definiciones imaginativas. El hombre

debe mantenerse dentro de los límites de sí mismo, preocuparse por sus imperfecciones, mejorar… Le basta con saber que Dios existe y que es justo y bueno. De esto el ser humano no puede dudar, pues “por la obra se conoce al obrero”, y la Naturaleza misma atestigua la existencia de Dios, su propia conciencia le está diciendo que Él existe y la ley general de la evolución comprueba su justicia y bondad. Afirmaba Descartes que Dios está en la conciencia del hombre como la marca del obrero en su obra. Los Espíritus confirman ese principio, pero van más allá, mostrando que la marca del obrero se encuentra en todas las cosas, en la Naturaleza entera. La negación de Dios es, para el Espiritismo, como la negación del Sol. El ateo, el descreído, no es un condenado, un pecador irremisible, sino un ciego cuyos ojos pueden ser abiertos, y en verdad lo serán… Porque Dios es necesariamente existente, según el principio cartesiano. Nada puede entenderse sin Dios. Él constituye el centro y la razón de ser de todo cuanto existe. Sacar a Dios del Universo sería como eliminar el Sol de nuestro sistema planetario: un simple absurdo.

Pero, el hecho de que no posea forma humana, de que no se asemeje al hombre en lo que toca a la constitución física de éste, no se sigue que Dios esté distante del ser humano y sea indiferente a él. El Dios espiritista se parece al aristotélico por su poder de atracción, pero se aleja de él en cuanto a la indiferencia con respecto al Cosmos. Porque Dios es providencia y amor, es el Creador y Padre de todo y de todos.

El Universo se define en una tríada, similar a las tríadas druídicas: Dios, espíritu y materia. Lo vemos en el párrafo 27, cuando Kardec pregunta si existe dos elementos generales, el espíritu y la materia, y los Espíritus le responden: *“Oui, et pardessus tout cela, Dieu, le créateur, le père de toutes choses; ces trois choses sont le principe de tout ce qui existe, la trinité universelle”*. [“Sí, y por encima de todo está Dios, el Creador y Padre de todo. Esas tres cosas constituyen el principio de cuanto existe, la trinidad universal”.] La materia, empero, no es sólo el elemento palpable, pues hay en ella el fluido universal, su lado fluídico, que desempeña el rol de intermediario entre el plano espiritual y el propiamente material.

Ante esa concepción surge un problema de carácter teológico y escriturístico. Si Dios no se asemeja al hombre, ¿cómo interpretar el pasaje bíblico según el cual Él creó al hombre a su imagen y semejanza? La explicación se provee en el parágrafo 88, cuando Kardec pregunta sobre la

forma del Espíritu, no de aquel que aún se halla revestido de su cuerpo espiritual o periespíritu, sino del Espíritu puro[6]*:

"*Les Esprits ont-ils une forme déterminée, limitée et constante? – À vous yeux, non; aux nôtres, oui; c´est, si vous le voulez, une flame, une lueur, ou une étincelle éthérée*". ["¿Tienen los Espíritus una forma determinada, limitada y constante? – Para vuestros ojos, no, pero sí para los de nosotros. Esa forma es, si así lo queréis, una llama, un fulgor o una chispa etérea".] Según se advertirá, el hombre en su esencia – sólo en aquello en que puede parecerse a Dios - no es un animal de carne y hueso, ni incluso una forma humana en cuerpo espiritual, sino una chispa etérea. Así lo hizo Dios a su imagen y semejanza.

Una vez planteado el problema fundamental de Dios y de la Creación, El Libro de los Espíritus ingresa en el controvertido terreno del destino del hombre. Su concepción deísta del Universo es, necesariamente, teleológica. Todo avanza hacia Dios, desde el átomo hasta el arcángel, como vimos en el párrafo 540, y al frente de esa marcha, en el plano terrenal, se encuentra el ser humano. Lo vemos en una escala evolutiva, así en la Tierra como en el espacio: desde el débil mental hasta el sabio: del criminal al santo.

La "escala espírita", que se inicia en el parágrafo 100, nos ofrece una visión esquemática de esa escala de Jacob que va de la Tierra al Cielo. El estudio de la "progresión de los Espíritus", que comienza en el párrafo 114, nos muestra la necesidad del autoesfuerzo para que el Espíritu se realice a sí mismo, revelándonos a la par el rol de la Providencia, siempre amorosamente vuelta hacia las criaturas. En el estudio sobre "ángeles y demonios" que empieza en el párrafo 128 nos encontramos con un debate teórico sobre pasajes evangélicos. El problema de la justicia de Dios es solucionado a la luz de las enseñanzas de Cristo, en su sentido auténtico.

Acto continuo, El Libro de los Espíritus trata acerca de la encarnación de los Espíritus y la finalidad de la vida terrena. Combate el materialismo, mostrando su inconsistencia. No son sus estudios los que conducen al hombre al materialismo, no es el desarrollo del conocimiento el que lo torna materialista, sino tan sólo su vanidad. Tal lo que hallamos en el párrafo 148, donde se expresa: *"Il n´est pas vrai que le matérialisme soit une conséquence, de ces études; c´est l´homme qui en tire une fausse conséquence, car il peua abuser de tout, même des meilleurs choses"*. ["No es cierto que el materialismo sea una consecuencia de esos estudios. El

[6] Entendamos, tal como lo afirma con claridad la respuesta del parágrafo 186 de este libro, que el periespíritu acompaña permanentemente al Espíritu. [*Nota de la Editora*.]

hombre extrae de ellos falsas conclusiones, porque puede abusar de todo, aun de lo más elevado".]

Kardec corrobora la tesis de los Espíritus: el materialismo constituye una aberración de la inteligencia. Esto es lo que nos manifiesta al principio de su comentario: "Par une aberration de l´intelligence, il y a des gens qui ne voient dans les êtres organiques l´action de la matière et là rapportent tous nos actes". ["Por una aberración de la inteligencia hay personas que sólo ven en los seres orgánicos la acción de la materia y relacionan con ella todos nuestros actos".]

Y así prosigue el libro, todo él impulsado por el soplo del Espíritu, penetrado por el sentimiento religioso y, más particularmente, por el sentido cristiano de ese sentimiento. Cuando en el párrafo 625 pregunta Kardec cuál es el tipo humano más perfecto que Dios haya ofrecido al hombre para que le sirva de guía y modelo, la respuesta que se le da es categórica: "Ved a Jesús". Y Kardec comenta entonces: *"Jésus est pour l´homme le type de la perfection morale à laquelle peut pretender l´humanité sur la Terre. Dieu nous l´offre comme le plus parfait modèle, et la doctrine qu´il a enseignée est la plus pure expresión de sa loi, parce qu´il était animé de l´esprit divin, et l´être le plus pur qui ait paru sur la Terre"*. ["Es Jesús para el hombre el arquetipo de la perfección moral a que puede aspirar la humanidad en la Tierra. Dios nos lo ofrece como el modelo más perfecto, y la doctrina que ha enseñado es la más pura expresión de su ley, porque estaba animado del Espíritu divino y fue el Ser más puro que haya aparecido en la Tierra".]

La religión espiritista se traduce en espíritu y verdad. Lo que a Dios interesa no es la precaria exterioridad de los ritos y del culto convencional, casi siempre vacío, sino el pensamiento y el sentimiento del hombre. La adoración de la Divinidad constituye una ley natural, como lo es la ley de gravedad. El hombre gravita hacia Dios, del modo mismo que la piedra gracia hacia la Tierra y ésta hace lo propio alrededor del Sol. Pero las manifestaciones externas de la adoración no resultan necesarias.

En el párrafo 653 hallamos la clara respuesta de los Espíritus sobre este tópico: *"La véritable adoration est dans le coeur. Dans toutes vos actions songez toujours qu´un maître vous regarde*". ["La verdadera adoración está en el corazón. En todas vuestras acciones, pensad siempre que un Maestro os observa".] Se condena la vida contemplativa, por ser inútil, así como la monástica, puesto que Dios no quiere el cultivo egoísta del sentimiento religioso, sino la práctica de la caridad, la experiencia viva y constante del amor por medio de las relaciones humanas.

El Libro de los Espíritus no deja a un lado la cuestión del culto religioso. El hombre, que hacia Dios gravita, es un Ser religioso por naturaleza, que necesita manifestar su religiosidad. Y tal manifestación se opera en las formas naturales de adoración, entre las que se cuenta la plegaria. Por medio de la oración el hombre piensa en Dios, se acerca a Él, con Él se comunica. Tal lo que hallamos a partir del parágrafo 658. Mediante las preces el ser humano puede acelerar su evolución, elevarse más pronto sobre sí mismo. Pero tampoco el rezar puede ser tan sólo un acto formal. Con la oración es posible hacer tres cosas: alabar, pedir y dar gracias a Dios; pero siempre que lo hagamos con el corazón y no únicamente con los labios.

Tenemos así la religión espírita, que tiempo después se definirá de una manera más objetiva o directa en *El Evangelio según el Espiritismo*. Una religión psíquica, según la denominó Conan Doyle, equivalente a la “religión dinámica” de Bergson. En el Capítulo V de la “Conclusión” asevera Kardec: *“Le Spiritisme est fort parce qu´il s´appuie sur les bases mêmes de la religión: Dieu, l´âme, les peines et récompenses futures; parce que surtout il montre ces peines et ces récompenses comme des conséquences naturelles de la vie terrestre, et que rien, dans le tableau qu´il offre de l´avenir, ne peut être désavoué par la raison la plus exigeante”*. [“El Espiritismo posee fortaleza porque se apoya sobre los cimientos mismos de la religión: Dios, el alma, las penas y recompensas futuras. Porque, sobre todo, muestra esas penas y recompensas como secuelas naturales de la vida terrena, y porque nada, en el cuadro que ofrece el porvenir, puede ser desautorizado por la razón más exigente”.] En suma, religión positiva, basada en las leyes naturales, desprovista de pompas misteriosas y de una teología fantasiosa.

Para completar el panorama religioso de *El Libro de los Espíritus* nos queda el Capítulo Doce del Libro Tercero y todo el Libro Cuarto. En aquel capítulo se refiere Kardec al perfeccionamiento moral del hombre, encara los problemas atinentes a las virtudes y los vicios, las pasiones y el egoísmo; define después el carácter del hombre de bien y concluye con un mensaje de San Agustín sobre la manera de conocernos a nosotros mismos. En el Libro Cuarto disponemos de un capítulo acerca de las penas y goces terrenos, el cual es un código de la vida moral en la Tierra, verdadero catecismo de la conducta espírita, y asimismo hay un capítulo que versa sobre las penas y goces futuros y las consecuencias espirituales de nuestro comportamiento terrenal.

Estudios futuros

Es este, en líneas generales, el libro que el 18 de abril de 1957 cumplió cien años, primer centenario que celebraron en todo el mundo civilizado los adeptos del Espiritismo. Como se ha visto, su estructura lo ubica entre los tratados filosóficos y su contenido se relaciona con todos los aspectos fundamentales del conocimiento. Su aparente simplicidad es tan ilusoria como la de la superficie serena de un gran río.

Igual que en el Discurso del Método, de Descartes, la claridad del texto puede engañar al lector desprevenido. En él las cosas más profundas y complejas aparecen tratadas con el lenguaje más simple y directo, y la comprensión general de la obra sólo podrá alcanzarla aquel que sea capaz de aprehender todos los nexos existentes entre los diversos asuntos que en ella figuran.

Hasta hoy en día –cuando ha pasado ya más de un siglo desde su aparición-, *El Libro de los Espíritus* viene siendo leído y meditado en el mundo entero, pero poco cuidado se ha puesto en analizarlo en sus múltiples implicaciones y en su significación más profunda. Creemos que el segundo siglo de vida del Espiritismo, que se inició en ese año de 1957, se señalará por una actitud más consciente de los mismos espíritas frente a este libro, y que futuros estudios que se realicen vendrán a revelar, cada vez con más claridad, su verdadero rol en la historia del conocimiento.

Para concluir, recordemos que sir Oliver Lodge, el gran físico inglés y una de las más altas expresiones de la cultura científica de nuestro tiempo, en su libro acerca de *La inmortalidad personal* consideró al Espiritismo como “una nueva revolución copernicana”. Y León Denis, el sucesor de Kardec, legítima expresión de la cultura francesa, en el Congreso Espírita Internacional de París, celebrado en 1925, y en su libro *El Genio Céltico y el Mundo Invisible*, publicado dos años después, proclamó que el Espiritismo tiende a reunir y a fundir, en una síntesis grandiosa, todas las formas del pensamiento y de la ciencia.

J. Herculano Pires.

Sao Paulo, Brasil.

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA DOCTRINA ESPÍRITA

I. – Espiritismo y Espiritualismo

Para las cosas nuevas se necesitan nuevas palabras. Así lo quiere la claridad del lenguaje, para evitar la confusión inseparable del sentido múltiple de los mismos términos. Las voces *espiritual*, *espiritualista* y *espiritualismo* poseen un significado bien definido. Darles uno nuevo para aplicarlas a la Doctrina de los Espíritus sería multiplicar las causas, ya tan numerosas, de anfibología. En efecto, el espiritualismo es el opuesto del materialismo. Cualquiera que crea tener en sí algo más que la materia es un espiritualista. Pero no se sigue de ello que crea en la existencia de los Espíritus o en sus comunicaciones con el mundo visible. En lugar de los vocablos ESPIRITUAL y ESPIRITUALISMO empleamos nosotros, para designar a esta última creencia, los de *espírita* y *Espiritismo*, cuya forma recuerda su origen y su sentido radical, y que por eso mismo presentan la ventaja de ser perfectamente inteligibles, y reservamos para la palabra *espiritualismo* la significación que le es propia. Por tanto, diremos que la Doctrina Espírita o el Espiritismo tiene por principios las relaciones del mundo material con los Espíritus o Seres del Mundo Invisible. Los adeptos del Espiritismo serán *los espíritas* o, si así se prefiere, *los espiritistas*.

Como especialidad, EL LIBRO DE LOS ESPÍRITUS contiene la Doctrina *Espírita*. Como generalidad, se vincula a las doctrinas *espiritualistas*, una de cuyas fases presenta. Tal la razón por la que trae, a la cabeza de su título, las palabras *Filosofía Espiritualista.*

II. – Alma, principio vital y fluido vital

Hay otro vocablo acerca del cual interesa asimismo entenderse porque es una de las bases de toda doctrina moral y ha motivado numerosas controversias, por falta de una significación bien precisa: es la palabra *alma*. La divergencia de opiniones acerca de la naturaleza del alma proviene de la aplicación particular que cada cual hace de esta palabra. Una lengua perfecta, en la que cada idea estuviera representada por un término específico, evitaría muchas discusiones. Con una palabra para cada cosa todos nos entenderíamos.

Según unos, el alma es el principio de la vida material orgánica. No tiene en modo alguno existencia propia y cesa al terminar la vida. Este concepto es materialismo puro. En tal sentido, y por comparación, dicen de un instrumento desafinado –que ya no da sonido- que “no tiene alma”. De acuerdo con esta opinión, el alma sería un efecto y no una causa.

Otros piensan que el alma es el principio de la inteligencia, agente universal del que cada ser absorbe una porción. Según ellos, no habría en el Universo entero más que una sola alma, que distribuye chispas entre los diversos seres inteligentes durante la vida de éstos. Después de su muerte, cada chispa retorna a la fuente común, donde se confunde con el todo, de la manera que los arroyos y ríos vuelven al mar de donde habían partido. Esta opinión difiere de la anterior en que, según tal hipótesis, hay en nosotros algo más que la materia y después de la muerte queda algo. Pero es más o menos como si no quedara nada puesto que, no existiendo más la individualidad, no tendríamos ya conciencia de nosotros mismos. Conforme a esa opinión, el alma universal sería Dios y cada ser constituiría una parcela de la Divinidad. Es ésta una variedad del *panteísmo*.

Por último, según otros, el alma es un ser moral distinto, independiente de la materia y que conserva su individualidad después de la muerte. Este concepto es, a no dudarlo, el más general, porque bajo un nombre u otro la idea de ese ser que sobrevive a su cuerpo se encuentra en estado de creencia, instintiva e independiente de toda enseñanza, en la totalidad de los pueblos, sea cual fuere su grado de civilización. Esa doctrina, según la cual el alma *es la causa y no el efecto*, es la de los *espiritualistas*.

Sin discutir el valor de tales opiniones, y considerando tan sólo el lado lingüístico de la cuestión, diremos que esas tres aplicaciones de la palabra *alma* constituyen otras tantas ideas distintas, cada una de las cuales requeriría un término diferente. El vocablo *alma* posee, pues, tres acepciones, y a cada cual le asiste razón, desde su punto de vista, en la definición que le da. La falla está en el idioma, al no tener más que una palabra para expresar tres ideas diversas. Para evitar todo equívoco habría que restringir el significado del término *alma* a una sola de esas tres ideas: no interesa cuál de ellas se elija; la cuestión es entenderse, ya que se trata de una convención. Por nuestra parte, nos parece más lógico aplicarle la significación más común, de ahí que llamemos ALMA *al Ser inmaterial e individual que existe en nosotros y que sobrevive a nuestro cuerpo.* Aun cuando este Ser no existiera, siendo sólo un producto de la imaginación, se necesitaría un término para designarlo.

A falta de una palabra especial para cada una de las otras dos ideas, llamaremos:

Principio vital, el principio de la vida material y orgánica, sea cual fuere la fuente de que provenga, y que es común a todos los seres vivientes, desde las plantas hasta el hombre. Visto que la vida puede existir prescindiendo de la facultad de pensar, el principio vital es una cosa distinta e independiente. El vocablo *vitalidad* no daría la misma idea. Para unos, el principio vital es una propiedad de la materia, un efecto que se da cuando la materia se halla en determinadas circunstancias. Según la opinión de otros –y esta es la idea más común -, aquél reside en un fluido especial, universalmente esparcido y del que cada ser absorbe y se asimila una parte durante su vida, así como vemos que los cuerpos inanimados absorben la luz. Esto sería entonces el *fluido vital* que, con arreglo a ciertas opiniones, no sería otro que el fluido eléctrico "animalizado"[7], designado asimismo con los nombres de *fluido magnético, fluido nervioso*, etcétera.

Sea lo que fuere, hay un hecho irrebatible, porque constituye un resultado de la observación, y es que los seres orgánicos poseen en sí una fuerza íntima que produce el fenómeno de la vida en tanto dicha fuerza existe; que la vida material es común a todos los seres orgánicos y es independiente de la inteligencia y el pensamiento; que inteligencia y pensamiento son las facultades propias de ciertas especies orgánicas; y, por último, que entre las especies orgánicas dotadas de inteligencia y pensamiento hay una que está provista de un sentido moral especial, que le confiere una incontestable superioridad sobre las demás, y es la especie humana.

Así pues, se comprende que, poseyendo varias acepciones, el alma no excluya ni al materialismo ni al panteísmo. El espiritualismo mismo puede muy bien entender el alma según una u otra de las dos primeras definiciones, sin perjuicio del ser inmaterial distinto, al que dará, entonces, cualquier otro nombre. De modo que esta palabra no representa en modo alguno una opinión. Es un Proteo [8] que cada cual adapta a su gusto. De ahí que surjan tantas interminables discusiones.

Se evitaría también la confusión –aun sirviéndonos de la palabra *alma* en los tres casos- agregándole un adjetivo calificativo que especificara el punto de vista desde el cual se la considera, o la aplicación que se

[7] Esta palabra se utiliza aquí en su acepción, poco usada, de "convertirse en ser animal". [*N. del T. al cast.]*

[8] Proteo, ser mitológico que cambiaba constantemente de forma. [*N. del copista.*]

le da. Sería entonces un término genérico, que representara a la vez el principio de la vida material, de la inteligencia y del sentido moral, y que se distinguiría mediante un atributo, como se procede con los gases, a los cuales se distingue añadiéndoles las voces hidrógeno, oxígeno o nitrógeno. En consecuencia, podríamos decir (y sería quizá lo mejor) el *alma vital* para designar el principio de la vida material, el *alma intelectual* para el principio de la inteligencia y el *alma espírita* para el principio de nuestra individualidad después de la muerte. Según se advertirá, todo esto es cuestión de palabras, pero importa mucho para que podamos entendernos. Así pues, el *alma vital* sería común a todos los seres orgánicos: vegetales, animales y hombres. El *alma intelectual* pertenecería a hombres y animales. Y el *alma espírita* correspondería al hombre únicamente.

Hemos creído necesario insistir sobre estas explicaciones, tanto más cuanto que la Doctrina Espírita se basa naturalmente sobre la existencia en nosotros de un Ser independiente de la materia y que sobrevive al cuerpo. Puesto que la palabra alma ha de aparecer con frecuencia en el transcurso de esta obra, importaba determinar con precisión el sentido que le damos, a fin de evitar todo posible equívoco.

Vayamos ahora al objeto principal de esta instrucción preliminar.

III. – La doctrina y sus contradictores

Como todo lo nuevo, la Doctrina Espírita tiene sus adeptos y sus contradictores. Trataremos de responder a algunas de las objeciones que plantean estos últimos, examinando el valor de los argumentos sobre los cuales se apoyan, sin abrigar, empero, la pretensión de persuadir a todo el mundo, porque hay personas que creen que la luz ha sido hecha para ellas solas. Nos dirigimos a las de buena fe, sin ideas preconcebidas o estereotipadas, sinceramente deseosas de instruirse, y les demostraremos que la mayoría de las objeciones que se oponen a la Doctrina provienen de una observación incompleta de los hechos y de un juicio formado con demasiada ligereza y precipitación.

Para empezar, recordemos en pocas palabras la serie progresiva de los fenómenos que han dado nacimiento a esta Doctrina.

El primer hecho que se observó fue el de objetos diversos que eran puestos en movimiento. Se le ha designado vulgarmente con los nombres de *mesas giratorias* o *danza de las mesas*. Este fenómeno, que parece haber sido observado inicialmente en América, o que más bien se ha reiterado en esa parte del mundo, por cuanto la historia prueba que el mismo se remonta

a la más remota antigüedad, se produjo con el acompañamiento de circunstancias extrañas, tales como ruidos insólitos y golpes que se escuchaban, sin causa ostensible conocida. De allí se propagó con rapidez a Europa y al resto del mundo. Suscitó al comienzo mucha incredulidad, pero las múltiples experiencias llevadas a cabo hicieron que pronto dejara de ser permitido dudar de su realidad.

Si dicho fenómeno se hubiera limitado al movimiento de los objetos materiales podría explicarse por una causa puramente física. Lejos estamos de conocer todos los agentes ocultos de la Naturaleza ni todas las propiedades de los que ya conocemos. La electricidad, por otra parte, multiplica cada día hasta el infinito los recursos que ofrece al hombre, y parece que ha de iluminar a la ciencia con una nueva luz. Por tanto, no era imposible que la electricidad, modificada por ciertas circunstancias, o cualquier otro agente desconocido, fuera la causa de esos movimientos. La reunión de varias personas, que aumenta el poder de acción, parecía apoyar esta teoría, porque se podía considerar ese conjunto como una batería múltiple, cuya potencia se halla en relación con el número de elementos.

El movimiento circular no tenía nada de extraordinario. Está en la Naturaleza. Todos los astros se mueven circularmente. En consecuencia, podríamos tener en pequeña escala un reflejo del movimiento general del Universo; o, mejor dicho, una causa hasta entonces desconocida podría producir en forma accidental, con objetos pequeños y en determinadas circunstancias, una corriente análoga a la que arrastra a los mundos.

Pero el movimiento observado no era siempre circular. Muchas veces era brusco y desordenado, el objeto se veía sacudido con violencia, dado vuelta o llevado en cualquier dirección y, contrariamente a todas las leyes de la estática, elevado del suelo y mantenido en el aire. A pesar de lo cual, nada había aún en esos hechos que no pudiera explicarse por el poder de un agente físico invisible. ¿Acaso no vemos a la electricidad derruir edificios, arrancar árboles, lanzar a distancia los cuerpos más pesados, atraerlos o desplazarlos?

En lo que toca a los ruidos insólitos y los golpes, suponiendo que no fuesen uno de los efectos ordinarios de la dilatación de la madera o de cualquier otra causa accidental, podían muy bien ser producidos por la acumulación del fluido oculto: ¿no produce la electricidad los más violentos ruidos? [9]

---

[9] No hay que perder de vista el contexto histórico, los fenómenos de la electricidad causaban furor a mediados del siglo XIX, y como bien podemos observar hoy día, el uso que de ella hacemos ha evolucionado de un modo inimaginable. [*N. del copista*.]

Como se ve, hasta aquí todo puede entrar en el dominio de los hechos puramente físicos y fisiológicos. Sin salir de este círculo de ideas, había en todo aquello materia para estudios serios y dignos de fijar la atención de los sabios. ¿Por qué, entonces, no ha sido así? Penoso es consignarlo, pero esto obedece a causas que prueban, entre miles de hechos similares, la ligereza del espíritu humano. En primer término, la vulgaridad del objeto principal que ha servido de base a las primeras experimentaciones tal vez no haya sido ajena a ello. ¡Cuánta influencia no ha tenido una palabra sobre las cosas más serias! Sin tomar en cuenta que el movimiento podía ser comunicado a cualquier tipo de objeto, la idea de las mesas prevaleció, sin duda porque era el objeto más cómodo y porque nos sentamos con más naturalidad en torno de una mesa que de cualquier otro mueble. Ahora bien, los hombres superiores son a veces tan pueriles que no sería imposible el que ciertos espíritus selectos hayan creído deshonroso para ellos ocuparse de los que se había dado en llamar *la danza de las mesas.* Incluso es probable que, si el fenómeno observado por Galvani lo hubiese sido en cambio por hombres comunes y designado con un nombre burlesco, estaría aún relegado al mismo plano que la varita mágica. En efecto, ¿qué sabio no se hubiera creído denigrado si se ocupaba de *la danza de las ranas.*

Algunos, sin embargo, lo bastante modestos para convenir en que la Naturaleza pudiera muy bien no haberles dicho su última palabra, han querido ver, para descargo de conciencia. Pero sucedió que el fenómeno no siempre respondía a sus expectativas, y porque no se producía constantemente según su voluntad y modo de experimentación, han terminado negándolo. A despecho de la sentencia pronunciada por éstos, las mesas –ya que mesas hay- continúan girando, y podemos decir con Galileo: *Y sin embargo se mueven…* Agregaremos más aún: los hechos se han multiplicado en tal forma que han adquirido hoy derecho de ciudadanía, y sólo se trata ya de encontrarles una explicación racional. ¿Podemos acaso concluir algo contra la realidad del fenómeno, basándonos en que éste no se produce de una manera siempre idéntica, conforme a la voluntad y las exigencias del observador? ¿Es que los fenómenos eléctricos y químicos no están subordinados a ciertas condiciones? ¿Tiene algo de extraño que el fenómeno del movimiento de objetos mediante el fluido humano posea también sus condiciones para realizarse y cese de hacerlo cuando el observador, colocándose en su propio punto de vista, pretenda hacerlo marchar al son de su capricho, o sujetarlo a las leyes de los fenómenos conocidos, sin tomar en cuenta que para hechos nuevos puede y debe de haber nuevas leyes? Ahora bien, para conocer esas leyes hay que estudiar las circunstancias en que los hechos se producen, y tal estudio sólo puede ser fruto de una observación, atenta y con frecuencia muy larga.

Pero –objetan algunas personas-, hay a menudo en ello evidentes supercherías. Para comenzar, les preguntaremos si están completamente seguras que existió fraude y si no tomara por tal a efectos que no pudieron comprender, más o menos como le sucedía a aquel aldeano que confundía a un sabio profesor de física, quien se hallaba experimentando, con un diestro prestidigitador. Aun suponiendo que el fraude haya podido darse en ocasiones, ¿es esa una razón para negar el hecho? ¿Se ha de negar la física porque existan prestidigitadores que se arrogan el título de físicos? Además, es preciso tomar en cuenta el carácter de las personas y su interés que pudiera moverlas a engañar a sus semejantes. ¿Se trata, pues, de una broma? Es posible divertirse un momento, pero una broma prolongada en forma indefinida sería tan fastidiosa para el embaucador como para el embaucado. Por lo demás, en una superchería que se difunde de un extremo a otro del mundo, y entre las personas más serias, honorables y esclarecidas, habría algo al menos tan extraordinario como el fenómeno mismo.

IV.- Manifestaciones inteligentes

Si los fenómenos que nos ocupan se hubieran limitado al movimiento de objetos habrían permanecido –conforme dijimos- dentro del dominio de las ciencias físicas. Pero no es así en manera alguna. Ellos habían de ponernos en el camino de un orden de hechos extraños. Se creyó descubrir –no sabemos por iniciativa de quién- que el impulso comunicado a los objetos no era sólo producto de una fuerza mecánica ciega, sino que había en ese movimiento la intervención de una causa inteligente. Una vez abierta esta senda, había un campo de observaciones completamente nuevo. Se levantaba el velo de muchos misterios. Pero ¿hay, en realidad, un poder inteligente? Esa es la cuestión. Si ese poder existe, ¿cuál es, de qué naturaleza será y qué origen tiene? ¿Está por encima de la humanidad? Tales son las preguntas que derivan de la primera.

Las primeras manifestaciones inteligentes tuvieron lugar por medio de mesas que se elevaban y daban, con una de sus patas, un número determinado de golpes, respondiendo de este modo *sí* o *no*, según lo convenido, a una pregunta planteada. Hasta allí nada de convincente había, por cierto, para los escépticos, por cuanto se podía creer en un efecto del azar. Después se obtuvieron respuestas más elaboradas, sirviéndose de las letras del alfabeto. El objeto móvil daba una cantidad de golpes que correspondía al número de orden de cada letra y se llegaba así a formar

palabras y frases que contestaban a las preguntas planteadas.[10] La exactitud de las respuestas y su correlación con las preguntas suscitaron el asombro. El misterioso ser que de esta manera respondía, interrogado acerca de su naturaleza declaró que era un *Espíritu* o *genio,* se atribuyó un nombre y proporcionó diversas informaciones a su respecto. Es esta una circunstancia muy importante, que hay que subrayar. Nadie imaginó a los *Espíritus* como un medio para explicar el fenómeno. Hubo de ser el fenómeno mismo el que revelara esa palabra. En las ciencias exactas se formulan muchas veces hipótesis para disponer de una base de razonamiento, pero aquí este no fue el caso.

Tal medio de comunicación resultaba tal largo como incómodo. El Espíritu, y es esta una circunstancia digna de recalcar, señaló otro. Uno de esos seres invisibles dio el consejo de adaptar un lápiz a una cesta u otro objeto. Colocada esa cesta sobre una hoja de papel, es puesta en movimiento por el mismo poder oculto que mueve las mesas. Pero, en vez de un simple movimiento regular, el lápiz traza por sí propio caracteres que forman palabras, frases y discursos enteros, de varias páginas de extensión, tratando las más elevadas cuestiones de la filosofía, moral, metafísica, psicología, etcétera, y ello con tanta rapidez como si se escribiera con la mano.

Este consejo se dio de forma simultánea en América, en Francia y en diversos lugares. He aquí los términos en que lo recibió en París, el 10 de junio de 1853, uno de los adeptos más fervientes de la Doctrina, que de varios años atrás –desde 1849- venía ocupándose de la evocación de los Espíritus:

"*Ve a la habitación de al lado y toma la canastita. Sujétale un lápiz y colócala sobre el papel. Apoya tus dedos en el borde*".

Hecho esto, unos instantes más tarde la cesta se pone en movimiento y el lápiz escribe muy legiblemente esta frase:

"*Esto que os digo, os prohíbo expresamente que lo digáis a nadie. La primera vez*[11] *que escriba lo haré mejor*".

---

[10] Fue Isaac Post la primera persona de la que tenemos noticia que utilizara este método para comunicarse con la inteligencia incorpórea, recibiendo el nombre de "telegrafía espiritual". (Véase el artículo de Gónzalez de Pablo, Á, (2006) *Sobre los inicios del Espiritismo en España: La epidemia psíquica de las mesas giratorias de 1853 en la prensa médica*. Asclepio, 2006 vol. LVIII, nº2, julio-diciembre, págs. 65-66, ISSN: 0240-4466.) [*N. del copista.*]

[11] Sin duda quiso expresar "la próxima vez". [*N. del T. al cast.*]

Puesto que el objeto al que se adapta el lápiz no es sino el de un instrumento, su naturaleza y forma resultan del todo indiferentes. Se buscaba que su disposición fuese la más cómoda, de ahí que muchas personas utilicen una tablita.

La canasta o la tablilla sólo puede ser puesta en movimiento con la influencia de ciertas personas dotadas, a este respecto, de un poder especial, y a quienes se designa con el nombre de *médiums* –esto es, “medio”[12] o intermediarios entre los Espíritus y los hombres. Las condiciones que otorgan ese poder dependen a la vez de causas físicas y morales, imperfectamente conocidas todavía, porque encontramos médiums de toda edad y de uno y otro sexo, así como en todos los grados de desarrollo intelectual. Por lo demás, dicha facultad se perfecciona con el ejercicio.

V. – Desarrollo de la psicografía

Más tarde se reconoció que la cesta y la tablilla sólo constituían, en realidad, un apéndice de la mano, y el médium, tomando directamente el lápiz, se puse a escribir por un impulso involuntario y casi febril. De esta manera las comunicaciones se hicieron más rápidas, más fáciles y más completas, y tal procedimiento es en la actualidad el más utilizado, tanto más cuanto que el número de personas dotadas de esa aptitud es considerable y a diario se multiplica. Por último, la experiencia permitió conocer otras muchas variedades de la facultad mediúmnica, y se supo que las comunicaciones podían igualmente realizarse por medio de la palabra, el oído, la vista, el tacto, etcétera, e incluso por la escritura directa de los Espíritus, vale decir, sin ayuda de la mano del médium ni del lápiz.

Una vez verificado el hecho, restaba comprobar un punto esencial: el rol que desempeña el médium en las respuestas y la parte que puede tener en ellas, mecánica y moralmente. Dos circunstancias básicas, que no podrían escapar a un observador atento, pueden resolver la cuestión. La primera es el modo como la cesta se mueve bajo su influencia, por la sola imposición de los dedos en el borde de aquélla. El examen demuestra la imposibilidad del médium de imprimirle una dirección, sea cual fuere. Tal imposibilidad se torna evidente, sobre todo, cuando dos o tres personas se colocan al mismo tiempo frente a la canasta. Tendría que haber entre ellas

[12] Kardec emplea la palabra *milieu*, que en francés, en una de sus acepciones significa “agente, medio de contacto o de comunicación”. [*N. del T. al cast.*]

una sincronización de movimientos realmente extraordinaria. Se requeriría, además, concordancia de pensamientos para que pudieran ellas concertarse acerca de la respuesta a dar la pregunta formulada. Otro hecho, no menos singular, viene todavía a acrecentar la dificultad, y es el cambio radical de escritura según el Espíritu que manifiesta, y cada vez que el mismo Espíritu regresa se reproduce su propia escritura. Se necesitaría, pues, que el médium se hubiera aplicado a la tarea de modificar su escritura de veinte maneras diferentes y, sobre todo, que pudiera memorizar la que pertenecía a tal o cual Espíritu.

La segunda circunstancia resulta de la índole misma de las respuestas, que están casi siempre, sobre todo cuando se trata de temas abstractos o científicos, notoriamente más allá de los conocimientos y a veces del alcance intelectual del médium, el cual, por otra parte, lo más comúnmente no tiene conciencia de lo que se está escribiendo por su intermedio, y en la mayoría de los casos no entiende o no comprende la pregunta planteada, puesto que ella puede serlo en una lengua que el es extraña, o incluso ser formulada mentalmente, y la respuesta podrá ser dada en ese mismo idioma. Suele suceder, por último, que la cesta escriba espontáneamente, sin que se le haya hecho una pregunta previa, acerca de cualquier tema, completamente inesperado.

En ciertos casos, esas respuestas tienen un sello tal de sabiduría, profundidad y acierto, revelan pensamientos tan elevados y sublimes, que sólo pueden dimanar de una inteligencia superior, impregnada de la más pura moralidad. En otras ocasiones son tan superficiales y frívolas, incluso tan triviales, que la razón se rehúsa a creer que puedan provenir de la misma fuente. Tal diversidad de lenguaje no puede explicarse sino por la diversidad de las inteligencias que se manifiestan. Ahora bien, esas inteligencias, ¿están en la humanidad o fuera de ella? Tal es el punto que hay que esclarecer, y cuya explicación completa se encontrará en esta obra, tal como ha sido proporcionada por los Espíritus mismos.

He aquí, pues, efectos evidentes que se producen fuera del círculo habitual de nuestras observaciones; que no ocurren de modo alguna en el misterio, sino a plena luz del día; que todo el mundo puede ver y comprobar; y que no constituyen el privilegio de un solo individuo, sino que millares de personas los están repitiendo a voluntad cada día. Tales efectos tienen necesariamente una causa, y puesto que denotan la acción de una inteligencia y de una voluntad, exceden el domino meramente físico.

Varias teorías se han enunciado a su respecto. Las examinaremos en seguida y veremos si pueden ellas dar razón de todos los hechos que se

producen. Admitamos, en el ínterin, la existencia de Seres distintos de la humanidad, ya que tal es la explicación provista por las Inteligencias que se revelan, y oigamos lo que éstas nos dicen al respecto.

VI.- Resumen de la Doctrina de los Espíritus

Los Seres que de este modo se comunican se designan a sí mismos –conforme acabamos de decirlo- con el nombre de Espíritus o genios, y afirman haber pertenecido (algunos, al menos) a hombres que vivieron en la Tierra. Integran el Mundo Espiritual, así como nosotros durante nuestra existencia constituimos el mundo corporal.

Resumiremos a continuación, en pocos párrafos, los puntos más salientes de la Doctrina que ellos nos han transmitido, a fin de responder con más facilidad a ciertas objeciones.

> "Dios es eterno e inmutable, inmaterial y único, todopoderoso y soberanamente justo y bueno.
>
> Él creó el Universo, que comprende a todos los seres animados e inanimados, materiales e inmateriales.
>
> Los seres materiales forman el mundo visible o corporal, y los inmateriales, el Mundo Invisible o Espírita, esto es, de los Espíritus.
>
> El Mundo Espírita es el normal y primitivo, eterno, preexistente y sobreviviente a todo.
>
> El mundo corporal es sólo secundario. Podría dejar de existir, o no haber existido jamás, sin alterar la esencia del Mundo Espírita.
>
> Los Espíritus se revisten temporariamente de una envoltura material perecedera, cuya destrucción mediante la muerte los devuelve a la libertad.
>
> Entre las diversas especies de seres corporales ha escogido Dios a la raza humana para la encarnación de los Espíritus que han llegado a cierto grado de desarrollo, y es esto lo que les confiere superioridad moral e intelectual sobre las demás.
>
> El alma es un Espíritu encarnado cuyo cuerpo no constituye más que la envoltura.
>
> Tres cosas hay en el hombre. *Primera*: el cuerpo o ser material, análogo al de los animales y animado por el mismo principio vital. *Segunda*: el alma o ser inmaterial, Espíritu encarnado en el cuerpo. *Tercera*: el vínculo que une el alma con el cuerpo, principio intermediario entre la materia y el Espíritu.

Así pues, posee el hombre dos naturalezas: por su cuerpo, participa de la naturaleza de los animales, cuyos instintos tiene. Por su alma, participa de la naturaleza de los Espíritus.

El vínculo –o *periespíritu*- que une a cuerpo y Espíritu es una especie de envoltura semimaterial. La muerte acarrea la destrucción de la envoltura más grosera: el cuerpo, pero el Espíritu sigue conservando la segunda: el periespíritu, que constituye para él un cuerpo etéreo, invisible para nosotros en su estado normal, pero que puede tornarse accidentalmente visible e incluso tangible, según ocurre en el fenómeno de las apariciones o materializaciones.

De manera que el Espíritu no es en modo alguno un ser abstracto e indefinido, que sólo la mente puede concebir. Es un Ser real y circunscrito, que en ciertos casos se vuelve perceptible para los sentidos de la vista, el oído y el tacto.

Los Espíritus pertenecen a diferentes clases y no son iguales ni en poder ni en inteligencia, ni en saber ni en moralidad. Los de primer orden son los Espíritus superiores, que se distinguen de los demás por su perfección, conocimientos y proximidad a Dios; por la pureza de sus sentimientos y su amor al bien; son los ángeles o Espíritus puros. Las otras clases se alejan cada vez más de dicha perfección: los de los rangos inferiores son propensos a la mayoría de nuestras pasiones: odio y envidia, celos y orgullo, etcétera. Éstos se complacen en el mal. Entre ellos los hay asimismo que no son ni muy buenos ni muy malos: más revoltosos y embrollones que ruines; la malicia y las inconsecuencias parece ser su dote. Son los duendes, Espíritus traviesos o frívolos.

Los Espíritus no pertenecen perpetuamente a un mismo orden. Todos evolucionan al pasar por los diversos grados de la jerarquía espírita. Tal mejoramiento se opera mediante encarnación, que es impuesta a unos como expiación y a otros como misión. La vida material constituye una prueba que deben sufrir repetidas veces, has que hayan alcanzado la perfección absoluta. Es una especie de tamiz o de depuratorio del que salen más o menos purificados.

Al dejar el cuerpo, el alma reingresa al Mundo de los Espíritus, de donde había salido, para retomar una nueva existencia material después de un lapso más o menos prolongado, durante el cual ha permanecido en estado de Espíritu errante[13] .

Puesto que el Espíritu ha de pasar por diversas encarnaciones, de ello resulta que todos hemos tenido diferentes existencias y que

---

[13] Entre esta doctrina de la reencarnación y la de la metempsicosis, tal como la admiten algunas sectas, hay una diferencia característica, que en el curso de la obra se explica. [*N. de A. Kardec*.]

tendremos todavía otras, más o menos perfeccionadas, ya sea en esta Tierra o bien en otros mundos.

La encarnación de los Espíritus ocurre siempre en la especie humana. Sería erróneo creer que el alma o Espíritu pueda encarnar en el cuerpo de un animal.

Las diversas existencias corporales del Espíritu son siempre progresivas y jamás retrógradas. Pero la rapidez de su progreso depende de los esfuerzos que realice para alcanzar la perfección.

Las cualidades del alma son las del Espíritu que se halla encarnado. Así pues, el hombre de bien constituye la encarnación de un Espíritu bueno, en tanto el hombre perverso es la de un Espíritu impuro.

El alma tenía su individualidad antes de haber encarnado y la conserva después de su separación del cuerpo.

A su retorno al Mundo de los Espíritus, el alma encuentra ahí a cuantos conoció en la Tierra, y todas sus existencias anteriores se reproducen en su memoria, con el recuerdo de todo el bien y todo el mal que ha hecho.

El Espíritu encarnado se halla bajo la influencia de la materia. El hombre que supera ese influjo mediante la elevación y la depuración de su alma se acerca a los buenos Espíritus con los cuales estará algún día. En cambio, el que se deja dominar por las pasiones viles y cifra todas sus alegrías en la satisfacción de los apetitos groseros se acerca a los Espíritus impuros, al dar preponderancia a la naturaleza animal.

Los Espíritus encarnados habitan los diferentes globos del Universo.

Los Espíritus desencarnados, o errantes, no ocupan en modo alguno una región determinada o circunscrita. Están por doquiera en el espacio y a nuestro lado mismo, viéndonos y codeándose con nosotros sin cesar: es toda una población invisible que en torno de nosotros se agita.

Los Espíritus ejercen sobre el mundo moral –e incluso sobre el físico- una acción incesante: obran sobre la materia y el pensamiento y constituyen una de las potencias de la Naturaleza, causa eficiente de una multitud de fenómenos hasta hace poco inexplicados o explicados mal, y que sólo en el Espiritismo encuentran una solución racional.

Las relaciones de los Espíritus con los hombres son constantes. Los Espíritus buenos nos incitan al bien sosteniéndonos en las pruebas a que nos somete la vida, y nos ayudan a soportarlas con valor y resignación. Por el contrario, los Espíritus malos nos empujan al mal: se regocijan cuando nos ven sucumbir y parecernos a ellos.

Las comunicaciones de los Espíritus con los hombres son ocultas o manifiestas. Las ocultas se llevan a efecto mediante la buena o mala influencia que ejercen sobre nosotros sin que lo sepamos. A nosotros mismos cábenos discernir las buenas o malas inspiraciones. Las comunicaciones manifiestas tienen lugar por medio de la escritura, la palabra u otras manifestaciones materiales, casi siempre con la intervención de médiums que les sirven de instrumentos.

Los Espíritus se manifiestan en forma espontánea o por haber sido evocados. Se puede evocar a cualquier Espíritu: tanto a los que animaron a hombres oscuros como a los de los personajes más ilustres, sea cual fuere la época en que hayan vivido en la Tierra, y también los de nuestros parientes, amigos o enemigos, y obtener de ellos, mediante comunicaciones escritas o verbales, consejos, datos sobre su situación de ultratumba o lo que piensan a nuestro respecto, así como las revelaciones que se les permita hacernos.

Los Espíritus son atraídos en virtud de su simpatía por la naturaleza moral del ambiente en que se les evoca. Los Espíritus superiores se complacen en las reuniones serias, en que predominan el amor al bien y el deseo sincero de instruirse y mejorar. Su presencia allí aleja a los Espíritus inferiores, quienes por el contrario encuentran libre acceso y pueden obrar con plena libertad entre las personas frívolas o que son guiadas sólo por la curiosidad, y en cualquier parte donde se encuentren malos instintos. Lejos de obtener de ellos buenos consejos o informaciones útiles, sólo se deben esperar de su parte futilezas, embustes, bromas de mal gusto o supercherías, y a menudo toman nombres venerables para inducir mejor a error.

Distinguir los buenos de los malos Espíritus es sobremanera fácil: el lenguaje de los Espíritus superiores es siempre digno y noble, impregnado de la más alta moralidad, desprovisto de toda baja pasión. Sus consejos rezuman la más pura sabiduría, teniendo siempre por objeto nuestro mejoramiento y el bien de la humanidad. El lenguaje de los Espíritus inferiores, en cambio, es inconsecuente, muchas veces trivial y hasta grosero. Si es cierto que en ocasiones expresan cosas buenas y verdaderas, no lo es menos que en la mayoría de los casos las dicen falsas y absurdas, por malicia o ignorancia. Bromean con la credulidad y se divierten a expensas de los que les interrogan, halagando su vanidad y fomentando sus deseos con falaces esperanzas. En suma, las comunicaciones serias, en la verdadera significación de la palabra, tienen lugar sólo en los centros igualmente serios, en los cuales sus miembros se hallan unidos por una comunión íntima de pensamientos con miras al bien.

La moral de los Espíritus superiores se resume, como la de Cristo, en esta máxima evangélica: “Hagamos a los demás lo que quisiéramos que los demás nos hiciesen a nosotros”. Esto es, hacer el bien y no el mal. En este principio encuentra el hombre la regla universal de conducta que puede guiarlo hasta en sus más insignificantes acciones.

Los Espíritus superiores nos enseñan que egoísmo, orgullo y sensualidad son pasiones que nos acercan a la naturaleza animal, ligándonos a la materia. Que el hombre que ya en la Tierra se desligue de la materia por medio del desprecio hacia las futilezas mundanas y el amor al prójimo se acerca a la naturaleza espiritual. Que cada uno de nosotros debe hacerse útil según las facultades y recursos que Dios ha puesto en sus manos para probarnos. Que el fuerte y el poderoso deben su protección y apoyo al débil, porque aquel que abusa de su fuerza y de su poder oprimiendo a sus semejantes viola la ley de Dios. Nos enseñan, por último, que puesto que en el Mundo de los Espíritus nada puede ser ocultado, el hipócrita será desenmascarado y develadas todas sus torpezas. Que la presencia inevitable y permanente de aquellos con quienes hayamos procedido mal constituye uno de los castigos que nos están reservados. Y que a los estados de inferioridad y de superioridad de los Espíritus corresponden penas y goces, respectivamente, que nos son desconocidos en la Tierra.

Pero también nos enseñan que no hay faltas irremisibles que no puedan ser borradas mediante la expiación. El hombre encuentra el medio de hacerlo en las diversas existencias, que le permiten adelantar, conforme su deseo y sus esfuerzos, por la senda del progreso y hacia la perfección, que es su meta final.”

Este es el resumen de la Doctrina Espírita, tal como resulta de la enseñanza impartida por los Espíritus superiores. Veamos ahora las objeciones que a ella s plantean.

VII.- La Ciencia y el Espiritismo

Para muchas personas, la oposición que le hacen las instituciones científicas a la Doctrina Espírita es, si no una prueba, al menos una fuerte presunción contra ella. Por nuestra parte, no somos de aquellos que levantan la voz contra los sabios, porque no queremos que se diga de

nosotros que damos la coz del asno.[14] Muy por el contrario, los tenemos en grande estima y nos sentiríamos muy honrados si perteneciéramos a su clase. Pero su opinión no puede ser en todos los casos un juicio irrevocable.

Tan pronto como la ciencia sale de la observación material de los hechos y trata de juzgarlos y explicarlos, queda abierto el campo para las conjeturas. Cada sabio trae su pequeño sistema, que quiere hacer prevalecer sobre los otros y que sostiene con vigor. ¿Acaso no estamos viendo a diario las opiniones más divergentes, que alternativamente se preconizan y se rechazan, ora negadas como errores absurdos, ora proclamadas como verdades incontestables? Por eso, el verdadero criterio para nuestros juicios, el argumento sin réplica lo constituyen los hechos. En ausencia de hechos, es de sabios dudar…

Para las cosas bien conocidas la opinión de los sabio es a justo título digna de fe, porque saben más y mejor que el vulgo. Pero, en lo que toca a principios nuevos, a cosas desconocidas, su manera de ver es siempre hipotética, porque no están más exentos de prejuicios que los demás. Diré incluso que el sabio tiene quizá más prejuicios que otras personas, pues una propensión natural le lleva a subordinarlo todo al punto de vista que él ha profundizado: el matemático sólo ve pruebas de una demostración algebraica, el químico relaciona todo con la acción de los elementos, y así por el estilo. Todo hombre que cultive una especialidad sujeta a ella todas sus ideas. Sacadlo de allí y con frecuencia dirá desatinos, porque quiere someter todo a su modo de ver: es esta una consecuencia de la humana debilidad. De buena gana y con toda confianza consultaré a un químico sobre una cuestión de análisis, a un físico acerca de la potencia eléctrica y a un mecánico respecto a una fuerza motriz. Pero tendrán que permitirme, y sin que ello signifique menoscabo a la estima que su saber especializado merece, que no tome en cuenta yo su opinión negativa en materia de Espiritismo, así como no consideraré el juicio de un arquitecto acerca de una cuestión de música.

Las ciencias comunes se basan en las propiedades de la materia, que se puede experimentar y manipular a voluntad. Los fenómenos espíritas se fundan sobre la acción de Inteligencias que poseen su propia voluntad y nos prueban a cada instante que no están a disposición de nuestro capricho. Por tanto, las observaciones no pueden realizarse de la misma manera, sino que requieren condiciones especiales y otro punto de partida. Pretender someterlas a nuestros procedimientos de investigación convencionales

---

[14] Se llama *coup de pied de l´âne* ("coz del asno") al insulto que el débil o cobarde dirige a otro cuyo poder o fuerza ya no debe temer. [*N. del T. al cast.*]

equivale a establecer analogías inexistentes. En consecuencia, la ciencia propiamente dicha, como tal, es incompetente para pronunciarse sobre el Espiritismo. No ha de ocuparse de él, y su juicio, sea o no favorable, no pesaría en modo alguno. El Espiritismo es resultado de una convicción personal que los sabios pueden tener en cuanto individuos, prescindiendo de su calidad de científicos. Pero querer remitir el problema a la ciencia equivaldría a hacer que una asamblea de físicos o astrónomos decidiera acerca de la existencia del alma. En efecto, el Espiritismo se basa por completo sobre la existencia del alma y su estado después de la muerte. Ahora bien, es extraordinariamente ilógico pensar que un hombre deba ser un gran psicólogo porque es un gran matemático o anatomista. Al disecar el cuerpo humano el anatomista busca el alma, y como resulta que no la encuentra bajo su escalpelo, del modo que halla un nervio, o no la ve desprenderse como una emanación de gas, saca en conclusión que aquélla no existe, porque se coloca él desde el punto de vista exclusivamente material. ¿Se deduce de ello que tenga razón contra la opinión universal? No. Ya veis, entonces, que el Espiritismo no es materia de la ciencia.

Cuando las creencias espíritas se hayan divulgado, siendo aceptadas por las masas –y a juzgar por la rapidez con que se propagan, esa época no puede estar muy lejos-, sucederá con éstas lo que con todas las ideas nuevas que encontraron oposición: que los sabios se rendirán a la evidencia. Las aceptarán individualmente por la fuerza de las circunstancias. Hasta entonces, es inoportuno distraerlos de sus tareas específicas para obligarlos a ocuparse de una cosa que les es extraña, pues no está ni dentro de sus atribuciones ni en su programa. En el ínterin, aquellos que sin un estudio previo y profundizado del asunto se pronuncien por la negativa y se burlen de quienes no compartan su opinión, olvidan que lo mismo sucedió con la mayoría de los grandes descubrimientos que honran a la humanidad, y con su actitud se exponen a ver sus nombres aumentando la lista de los ilustres detractores de las ideas nuevas, inscritos al lado de los miembros de la docta asamblea que en 1752 recibió con una estruendosa carcajada la memoria de Franklin sobre el pararrayos, conceptuándola indigna de figurar en el número de las comunicaciones que se les dirigían, y la de aquella otra que hizo perder para Francia el beneficio de la iniciativa de la navegación de vapor, al declarar que el sistema de Fulton era un sueño impracticable, a pesar de que eran temas de su competencia… Así pues, si tales asambleas, que contaban en su seno a la flor y nata de los sabios del mundo, no tuvieron sino bromas y sarcasmos para ideas que no comprendían –ideas que algunos años más tarde iban a revolucionar la ciencia, las costumbres y la industria-, ¿cómo esperar que un tema extraño a sus trabajos obtenga mejor acogida?

Estos errores de algunos, deplorables para su memoria, no podrían arrebatarles los títulos que por otros conceptos han adquirido para nuestra estima, pero ¿acaso es necesario un diploma oficial para poseer sentido común, y no hay fuera de los sillones académicos más que tontos e imbéciles? Échese una ojeada a los adeptos de la Doctrina Espírita y se comprobará que no se encuentran entre ellos sólo ignorantes, y que el inmenso número de hombres de mérito que la han aceptado no permite que se la relegue a la categoría de las creencias de las personas sin ilustración. El carácter y el saber de esos hombres nos autorizan a decir: puesto que ellos así lo afirman, debe de existir algo de cierto, al menos…

Una vez más repetimos que si los hechos que nos ocupan se hubieran limitado a movimientos mecánicos de los cuerpos, la investigación de la causa física de tal fenómeno era del dominio de la ciencia, pero puesto que se trata, en cambio, de una manifestación que excede las leyes de orden físico, está fuera de la competencia de la ciencia material, por cuanto no puede ser explicada ni con número ni por la potencia mecánica. Cuando surge un hecho nuevo que no corresponde a ninguna ciencia conocida, para estudiarlo debe el sabio prescindir de su ciencia y reconocer que es para él un nuevo estudio, que no puede emprender con ideas preconcebidas.

El hombre que crea que su razón es infalible se halla muy cerca del error. Hasta los que profesan las ideas más falsas se apoyan en su razón, y a causa de ello rechazan todo lo que se les antoja imposible. Todos los que ayer negaban los admirables descubrimientos con que la humanidad se honra actualmente apelaban a ese juez para rechazarlos. Lo que se denomina razón no suele ser otra cosa que orgullo disfrazado, y cualquiera que se considere infalible se pone en un pie de igualdad con Dios. Por consiguiente, nosotros nos dirigimos a aquellos que son lo bastante sabios para dudar de lo que no ha visto y que, juzgando el porvenir por el pasado, no creen que el hombre haya llegado a su apogeo, ni que la Naturaleza haya vuelto para él la última página de su libro.

VIII.- Perseverancia y seriedad

Agreguemos que el estudio de una doctrina tal como la Doctrina Espírita, que nos lanza de súbito a un orden de cosas tan nuevo y grande, sólo puede ser realizado con provecho por hombres serios y perseverantes, libres de preconceptos y animados por una firme y sincera voluntad de alcanzar un resultado. No podríamos aplicar esa calificación a quienes juzgan a priori, superficialmente y sin haberlo visto todo. Que no llevan a cabo sus estudios con la continuidad, regularidad y recogimiento

necesarios. Menos aún podríamos calificar así a ciertos hombres que, para no faltar a su reputación de ingeniosos, se esfuerzan por encontrar un lado burlesco a las cosas más verdaderas o juzgadas como tales por personas cuyo saber, carácter y convicciones las hacen acreedoras a la consideración de quienquiera se precie de saber vivir en sociedad. Absténgase, pues, quienes no crean que tales hechos son dignos de ellos y de ocupar su atención. Nadie piensa en violentar su creencia, pero sírvanse respetar la de los demás…

Lo que caracteriza a un estudio serio es la continuidad con que se lo hace. ¿Nos extrañaremos de no obtener muchas veces ninguna respuesta sensata a preguntas serias de por sí, cuando se las formula al azar y a quemarropa, entremezcladas con una multitud de otras que son absurdas? Por otra parte, alguna pregunta suele ser compleja y requiere, para que se la aclare, otras preguntas adicionales, preliminares y complementarias. Quienquiera desee aprender una ciencia debe realizar un estudio metódico de ella, empezando por el principio y siguiendo el encadenamiento y el desarrollo de las ideas. El que por casualidad hace a un sabio una pregunta acerca de una ciencia cuyos rudimentos ni siquiera conoce, ¿qué puede sacar en limpio? ¿Podrá el sabio interrogado, aun con la mejor voluntad, darle una respuesta satisfactoria? Esa respuesta, aislada, ha de ser por fuerza incompleta, y por lo mismo contradictoria. Exactamente lo mismo ocurre en las relaciones que con los Espíritus establecemos: si queremos instruirnos en su escuela, deberemos seguir el curso con ellos. Pero, como entre nosotros sucede, tenemos que escoger nuestros profesores y trabajar con asiduidad.

Hemos dicho ya que los Espíritus superiores sólo acuden a las reuniones serias, sobre todo a aquellas entre cuyos miembros reina una perfecta comunión de pensamientos y sentimientos hacia el bien. La superficialidad y las preguntas ociosas los alejan, del mismo modo que entre los hombres tales preguntas hacen que se aparten las personas razonables. Entonces queda el campo libre para la turba de los Espíritus embusteros y frívolos, los cuales están siempre al acecho de la ocasión propicia para burlarse y divertirse a expensas de nosotros. En semejante reunión, ¿qué pasa con una pregunta seria? Será contestada, pero ¿por quién? Es como si en una reunión de personas frívolas empezarais a preguntar: ¿Qué es el alma?, ¿qué es la muerte?, y otras cuestiones del tenor de ésas. Si queréis respuestas serias, sed serios vosotros mismos, en la cabal significación de la palabra, y poneos en las condiciones requeridas. Sólo entonces obtendréis grandes cosas. Además, sed laboriosos y perseverantes en vuestros estudios. Sin esto, los Espíritus superiores os

desamparan, de la manera que lo hace un profesor con aquellos de sus alumnos que son negligentes.

IX.- Monopolizadores del buen sentido

El movimiento de objetos es un hecho comprobado. La cuestión reside en saber si en ese movimiento hay o no una manifestación inteligente y, en caso afirmativo, cuál es el origen de dicha manifestación.

No nos referimos al movimiento inteligente de determinados objetos ni a las comunicaciones verbales, como tampoco a las que son escritas directamente por el médium. Este tipo de manifestaciones, evidentes para los que han asistido a ellas y las han profundizado, no es en modo alguno, a primera vista, lo bastante independiente de la voluntad para cimentar la convicción de un observador novel. Sólo hablaremos, pues, de la escritura obtenida con ayuda de cualquier objeto provisto de un lápiz, tal como la cesta, la tabilla, etcétera. La manera en que los dedos del médium se posan sobre el objeto desafía –conforme dijimos- la destreza más consumada para poder participar –en el grado que fuere- en el trazado de los caracteres. Pero admitamos incluso que, con prodigiosa habilidad, puede él engañar al ojo más escrutador: ¿cómo se explica la índole de las respuestas, cuando se encuentran éstas más allá de todas las ideas y conocimientos del médium? Y adviértase bien que no se trata de respuestas monosilábicas, sino que a menudo constan de varias páginas, que han sido escritas con la más asombrosa rapidez, ya sea de manera espontánea o bien sobre un tema determinado. Bajo la mano del médium más ignorante de la literatura nacen en ocasiones poesías de una sublimidad y pureza irreprochables y que no desaprobarían los mejores poetas humanos. Lo que aumenta aún más lo extraño de estos hechos es que ellos se producen por dondequiera y que los médiums se multiplican hasta lo infinito. Tales hechos ¿son o no reales? A esta pregunta sólo podemos responder de una manera: mirad y observad. No os faltarán ocasiones para ello. Pero, sobre todo, observad con frecuencia, demoradamente y en las condiciones requeridas.

¿Qué responden a la evidencia los adversarios? “Vosotros –dicen ellos- sois víctimas del charlatanismo o juguetes de una ilusión”. Por nuestra parte, diremos para comenzar que hay que dejar a un lado la palabra “charlatanismo” en los casos en que no existe un beneficio a extraer, puesto que los charlatanes no ejercen gratis su oficio. En consecuencia, se trataría cuando más de una superchería. Pero ¿por qué extraña coincidencia tales embaucadores se habrían puesto de acuerdo, de un extremo a otro del mundo, para obrar en la misma forma, producir

idénticos efectos y dar sobre los mismos temas y en idiomas diversos respuestas iguales, si no literalmente, al menos en lo que respecta al sentido? ¿Cómo es posible que personas graves y serias, honorables e instruidas, pudieran prestarse a semejantes maniobras, y con qué objeto procederían de este modo? ¿Cómo encontraríamos en los niños la paciencia y la habilidad necesarias para ello? Porque si los médiums no son instrumentos pasivos, necesitarían de una habilidad y unos conocimientos que son incompatibles con cierta edad y determinadas posiciones sociales.

Entonces se afirma que, si no hay superchería, puede que ambas partes sean víctimas de una ilusión. En buena lógica, la calidad de los testigos es de cierto peso. Ahora bien, es aquí el caso de preguntar si la Doctrina Espírita, que en la actualidad cuenta por millares[15]a sus adherentes, no los recluta más que entre los ignorantes… Los fenómenos sobre que se apoya son tan extraordinarios que es concebible la duda. Pero, lo que no se podría admitir es la pretensión de algunos incrédulos de monopolizar el buen sentido, y que sin respeto por las personas o por el valor moral de sus adversarios tachan sin miramiento de inepcia a todos aquellos que no son de su misma opinión. A los ojos de todo individuo juicioso, el dictamen de las personas esclarecidas que durante mucho tiempo han visto, estudiado y meditado algo constituirá siempre, si no una prueba, al menos una presunción en su favor, puesto que el asunto ha podido llamar la atención de hombres serios, que no tienen ni interés en difundir un error ni tiempo que perder en futilezas.

X.- El lenguaje de los Espíritus y el poder diabólico

Entre las objeciones las hay más capciosas, cuando menos en apariencia, por cuanto son extraídas de la observación y hechas por personas serias.

Una de tales objeciones se basa en el lenguaje de ciertos Espíritus, el que no parece digno de la elevación que es de suponer a seres sobrenaturales. Si se tiene a bien remitirse al resumen de la Doctrina que hemos presentado en páginas anteriores se verá que los Espíritus mismos nos enseñan que ellos no son iguales, ni en conocimientos ni en cualidades morales, y que no debemos tomar al pie de la letra todo lo que nos dicen.

---

[15] Esto se refiere a la fecha de publicación de la obra. Hoy en día, a más de un siglo de entonces, las cifras ascienden a millones. [*N. del T. al cast.*] * Este estudio introductorio forma parte de la 2ª y definitiva edición de la obra, fechada en 1860. [*N. del copista.*]

Cabe a las personas sensatas separar lo bueno de lo malo. Con seguridad que los que extraen de este hecho la consecuencia de que nos relacionamos sólo con seres malvados, cuya única ocupación consiste en embaucarnos, no tienen conocimiento de las comunicaciones que se llevan a efecto en las reuniones en que no se manifiestan sino Espíritus superiores. Con tal conocimiento no pensarían así. Es enojoso que el azar los haya servido tan mal como para no mostrarles más que el lado malo del Mundo Espírita, porque no queremos suponer que una tendencia simpática atraiga hacia ellos a los malos Espíritus más bien que a los buenos, a los Espíritus mentirosos o a aquellos cuyo lenguaje subleva la grosería. Cuando más, se podría concluir de ello que la solidez de sus principios no es lo bastante poderosa para apartar el mal y que, encontrando cierto placer en satisfacer su curiosidad a este respecto, los malos Espíritus aprovechan la ocasión para deslizarse entre ellos, en tanto que los buenos se alejan.

Juzgar la cuestión de los Espíritus sobre la base de tales hechos, sería tan carente de lógica como evaluar el carácter de un pueblo por lo que se diga y se haga en la reunión de algunos atolondrados o de gentes de mala fama, a la que no asistan ni los sabios ni las personas sensatas. Los que así juzgan se encuentran en la misma situación de un extranjero que, entrando en una gran capital por el peor de sus arrabales, juzgara a todos los habitantes de aquélla sobre la base de las costumbres y el lenguaje de ese barrio de ínfima categoría. En el Mundo de los Espíritus hay también una buena y una mala sociedad. Sírvanse esas personas estudiar lo que sucede entre los Espíritus escogidos y se persuadirán de que la ciudad celeste incluye algo más que la escoria de la población. “Pero –preguntaran ellas- los Espíritus selectos ¿acuden a comunicarse con nosotros?” A éstas les responderemos: No permanezcáis en el arrabal. Mirad, observad, y juzgaréis. Allí están los hechos, para todo el mundo. A menos que no deban aplicarse a esas personas las palabras de Jesús: *“Tienen ojos y no ven; oídos, y no escuchan”*.

Una variante de esa opinión consiste en no ver, en las comunicaciones espíritas y en todos los hechos materiales a que ellas dan lugar, sino la intervención de una potencia diabólica, nuevo Proteo que se revestiría de todas las formas para engañarnos mejor. No la creemos merecedora de un examen serio, de ahí que no nos demoremos en ella. Ha sido refutada por lo que acabamos de expresar. Sólo agregaremos que, si así fuese, habría que convenir que el diablo es en ocasiones muy sabio y razonable y, sobre todo, muy moral, o si no, que hay también diablos buenos…

En efecto, ¿cómo creer que Dios permita sólo al Espíritu del mal que se manifieste sin darnos por contrapeso los consejos de los Espíritus buenos? Si Él no puede hacerlo, sería impotencia. Si puede y no lo hace, esto es incompatible con su bondad. Las dos suposiciones constituirían blasfemias. Notad que admitir la comunicación de los Espíritus malos equivale a reconocer el principio de las manifestaciones. Ahora bien, puesto que ellas existen, no pueden acontecer sin el permiso de Dios. ¿Cómo creen entonces, sin ser impíos, que Él permita sólo el mal, con exclusión del bien? Semejante doctrina es contraria a las más elementales nociones de buen sentido y de la religión.

XI.- Grandes y pequeños

Una cosa extraña –añaden- es que solamente se hable de los Espíritus de personajes conocidos, y uno se pregunta por qué son éstos los únicos en manifestarse. Es ese un error que proviene, como otros muchos, de una observación superficial. Entre los Espíritus que acuden espontáneamente hay más desconocidos para nosotros que ilustres, los cuales se designan con cualquier nombre, y a menudo con una denominación alegórica o característica. En cuanto a los que son evocados, a menos que no se trate del de un pariente o amigo, es bastante natural dirigirse a los que se conoce más bien que a aquellos otros a quienes no se conoce. Los nombres de ilustres personajes llaman más la atención, de ahí que sean más notados.

Incluso se encuentra raro que los Espíritus de hombres eminentes vengan familiarmente a nuestro llamado y se ocupen, en ocasiones, de cosas que son pequeñas en comparación con las que realizaban en vida. Pero esto no ha de asombrar a quienes saben que el poder o la consideración de que gozaban esos hombres en la Tierra no les da ninguna supremacía en el Mundo Espírita. Los Espíritus confirman a este respecto las palabras del Evangelio: *Los grandes serán humillados, y los pequeños, exaltados*. Lo cual debe entenderse que se refiere a la categoría que cada uno de nosotros ocupará entre ellos. Así, el que ha sido primero en la Tierra podrá encontrarse allá entre los últimos. Aquel delante de quien bajamos la cabeza en esta vida podrá, pues, llegarse hasta nosotros como el más humilde artesano, porque al dejar la existencia abandonó toda su grandeza, y el más poderoso monarca quizá esté allá por debajo del más insignificante de sus soldados.

XII.- De la identificación de los Espíritus

Un hecho que ha sido demostrado por la observación y confirmado por los Espíritus mismos es que los Espíritus inferiores adoptan con frecuencia nombres conocidos y reverenciados. En tal caso, pues, ¿quién puede asegurarse que los que dicen haber sido –por ejemplo- Sócrates o Julio César, Carlomagno o Fenelón, Napoleón o Washington, etcétera, hayan realmente animado a esos personajes? Tal duda existe entre algunos adeptos muy fervientes de la Doctrina Espírita. Éstos admiten la intervención y manifestación de los Espíritus, pero se preguntan qué control se puede tener en lo que respecta a su identidad. Y, en efecto, semejante control es bastante difícil de obtener. Pero si no puede lograrse de una manera tan auténtica como por medio de un acta de nacimientos, podemos al menos obtenerlo por presunción, conforme a ciertos indicios.

Cuando se manifiesta el Espíritu de alguien que nos es personalmente conocido –un pariente o un amigo, por ejemplo-, sobre todo si ha muerto poco tiempo antes, sucede en general que su lenguaje está perfectamente relacionado con el carácter que le conocíamos en vida. Y este es ya un indicio de su identidad. Pero la duda deja casi de ser permitida cuando este Espíritu habla de cosas privadas, recuerda circunstancias de familia que sólo su interlocutor conoce. Un hijo no se equivocaría, seguramente, respecto al lenguaje de su padre o madre, ni los padres pueden engañarse acerca del de su hijo. En estos tipos de evocaciones íntimas suelen acontecer cosas conmovedoras, capaces de convencer al más incrédulo. El escéptico más endurecido queda muchas veces aterrado ante las revelaciones inesperadas que se le hacen.

Otra circunstancia muy característica viene en apoyo de la identidad. Hemos dicho ya que la escritura del médium cambia, por lo general, según el Espíritu evocado, y que dicha escritura se produce con exacta igualdad cada vez que se hace presente el mismo Espíritu. En numerosas ocasiones se ha verificado que, sobre todo con personas fallecidas poco tiempo atrás, esa escritura tiene un parecido sorprendente con la de la persona en vida. Se han visto rúbricas de una exactitud perfecta. Pero, por otra parte, estamos lejos de dar este hecho como una regla y, sobre todo, una regla constante. Los consignamos simplemente como un detalle digno de nota.

Los Espíritus llegados a cierto grado de purificación son los únicos exentos de toda influencia corporal. Pero, cuando no están completamente desmaterializados (esta es la palabra que utilizan), conservan la mayoría de las ideas, inclinaciones y hasta manías que en la Tierra tenían, y este es incluso un medio de que disponemos para reconocer su identidad. Mas

llegamos al reconocimiento, principalmente, por una gran cantidad de detalles que sólo una observación atenta y continuada puede revelar. Así pues, vemos a escritores que discuten sus propias obras o doctrinas, aprobando o condenando ciertas partes de ellas. Otros Espíritus rememoran circunstancias ignoradas o poco conocidas de su vida o su muerte, cosas todas, en suma, que constituyen por lo menos pruebas morales de identidad, las únicas que es posible invocar en tales cuestiones abstractas.

De modo que, si en ciertos casos la identidad del Espíritu evocado puede hasta cierto punto se establecida, no existe razón para que no lo sea en otros, y si no tenemos, en lo que respecta a personas cuya muerte está más lejos en el tiempo, los mismo medios de control de identidad, disponemos siempre del que nos proporcionan el lenguaje y el carácter. Porque seguramente que el Espíritu de un hombre de bien no hablará del modo que lo hace el de un perverso o el de un libertino. Y en cuanto a los Espíritus que se exornan con nombres respetables, pronto se traicionan por su lenguaje y sus máximas. El que afirme ser Fenelón, por ejemplo, y lesione el buen sentido y la moral, aunque sólo sea accidentalmente, mostrará con ello la superchería. Por el contrario, si los pensamientos que expresa son siempre puros, sin contradicciones y en todo momento a la altura del carácter de Fenelón, entonces no habrá motivos para poner en duda su identidad. De otro modo, habría que suponer que un Espíritu que sólo predica el bien puede a sabiendas emplear la mentira, y ello sin utilidad. La experiencia nos enseña que los Espíritus de un mismo grado y carácter, y animados de idénticos sentimientos, se reúnen en grupos y en familias. Ahora bien, el número de Espíritus existentes es incalculable y estamos lejos de conocerlos a todos. Incluso los más de ellos no tienen nombres para nosotros. Un Espíritu de la categoría de Fenelón puede, entonces, acudir en lugar de él, y a menudo vendrá enviado por él mismo como mandatario. En tal caso se presenta con el nombre de Fenelón, por cuanto es idéntico a él y puede sustituirlo, y también porque nosotros necesitamos un nombre para fijar nuestras ideas. Pero ¿qué importa, a fin de cuentas, que un Espíritu sea realmente o no el de Fenelón? Puesto que dice cosas buenas y habla como lo hubiera hecho Fenelón mismo, es un buen Espíritu. El nombre con el cual se da a conocer resulta indiferente y muchas veces suele ser sólo un medio para fijar nuestras ideas. No podría ocurrir lo mismo en las evocaciones íntimas, pero en ellas –según dijimos ya- se puede establecer la identidad mediante pruebas que en cierto modo son evidentes.

Por otra parte, es cierto que la sustitución de los Espíritus puede dar lugar a una multitud de engaños, y es posible que resulten de ella errores y a menudo supercherías: se trata de una dificultad propia del Espiritismo

práctico. Pero jamás hemos afirmado que esta ciencia sea cosa fácil, ni que se pueda aprenderla divirtiéndose, como tampoco es posible hacerlo así con ninguna otra ciencia. Nunca repetiremos demasiado que exige un estudio asiduo y con frecuencia muy largo. Como no podemos provocar los hechos, es preciso aguardar a que se presenten por sí mismos, y a menudo nos son traídos por las circunstancias que menos imaginábamos. Para el observador atento y paciente los hechos abundan, porque descubre miles de matices característicos que son para él rasgos de luz. Lo mismo acontece en las ciencias comunes: mientras que el hombre superficial sólo ve en una flor una forma airosa, el sabio descubre en ella tesoros para el pensamiento.

XIII.- Las divergencias de lenguaje

Las observaciones anteriores nos llevan a decir algunas palabras acerca de otra dificultad: la divergencia que existe en el lenguaje de los Espíritus.

Puesto que los Espíritus son muy diferentes unos de otros, desde el punto de vista de los conocimientos y la moralidad, es evidente que una misma cuestión puede ser resuelta por unos en un sentido y por otros en el sentido opuesto, según sea el rango que cada uno ocupe, exactamente como si fuese planteada, entre los hombres, a un sabio, a un ignorante o a un gracioso de mal género. Ya hemos dicho que lo esencial es saber en cada caso a quién nos dirigimos.

Pero –se suele agregar-, ¿cómo se explica que aquellos Espíritus reconocidos como superiores no estén siempre de acuerdo? Para comenzar, responderemos que, independientemente de la causa que acabamos de señalar, hay otras que pueden ejercer cierta influencia sobre la índole de las respuestas, prescindiendo de la calidad de los Espíritus. Es este un punto fundamental cuya explicación la dará el estudio. Por eso afirmamos que estos estudios requieren una atención continuada, una observación profunda y, sobre todo, como acontece con todas las demás ciencias humanas, constancia, perseverancia. Se necesitan años para formar un médico mediocre, y las tres cuartas partes de una vida para hacer un sabio, ¡y se pretende en unas pocas horas adquirir la ciencia de lo infinito! No nos engañemos, pues: el estudio del Espiritismo es inmenso. Se relaciona con todos los problemas de la metafísica y del orden social. Es todo un mundo que se descubre ante nosotros. ¿Debemos entonces asombrarnos de que haga falta tiempo –mucho tiempo- para realizarlo?

Además, la contradicción no es en todos los casos tan real como puede parecerlo. ¿Acaso no estamos viendo todos los días a hombres que profesan la misma ciencia y sin embargo difieren en la definición que dan de una cosa, ya sea porque empleen términos distintos, o bien por encararla desde otro punto de vista, aunque la idea fundamental sea siempre la misma? ¡Cuéntense, si es posible, la cantidad de definiciones que de la gramática se han dado! Agreguemos, incluso, que la forma de la respuesta depende a menudo de la forma que adopta la pregunta. Sería pueril, entonces, encontrar una contradicción allí donde sólo hay casi siempre una mera diferencia de palabras. Los Espíritus superiores no se cuidan en modo alguno de la forma, sino que para ellos el fondo del pensamiento lo es todo.

Tomemos como ejemplo la definición del alma. Puesto que esta palabra no posee un significado fijo, los Espíritus pueden, en consecuencia –así como nosotros también podemos-, diferir en la definición que le den: uno podrá decir que es el principio de la vida; otro, llamarla chispa anímica; un tercero, afirmar que es interior; un cuarto, que es externa, y así por el estilo, y todos ellos tendrán razón, desde sus respectivos puntos de vista. Hasta se podría creer que algunos de ellos profesen teorías materialistas, y sin embargo no es así. Lo propio acontece con la idea de Dios. Él será: el principio de todas las cosas; el Creador del Universo; la soberana inteligencia; el infinito; el gran Espíritu, etcétera, y en definitiva seguirá siendo siempre Dios… Por último, mencionamos la clasificación de los Espíritus. Forman ellos una serie ininterrumpida desde el grado inferior hasta el superior, de suerte que su clasificación es arbitraria: uno podrá dividirlos en tres clases; otro, en cinco, diez o veinte, según su voluntad, sin por ello incurrir en error. Todas las ciencias humanas nos ofrecen ejemplo de esto: cada sabio posee su propio sistema. Y lo sistemas van cambiando, pero la ciencia, no… Ya sea que aprendamos botánica con el sistema de Linneo, el de Jussieu o el de Tournefort, no por eso la sabremos menos. Dejemos, pues, de dar a las cosas meramente convencionales más importancia de la que tienen y dediquémonos a lo que es de veras serio, y con frecuencia descubriremos, al reflexionar, que lo que parecía contradictorio poseía una similitud que se nos había pasado por alto en un primer examen.

XIV.- Las cuestiones ortográficas

Pasaríamos con rapidez sobre esta objeción que plantean ciertos escépticos con respecto a las faltas de ortografía cometidas por algunos Espíritus, si no debiera ella dar lugar a una observación esencial. Hay que decirlo: su ortografía no siempre es irreprochable. Pero se precisa estar

muy escaso de razones para hacer de esto el motivo de una crítica seria manifestando que, puesto que los Espíritus todo lo saben, también deben saber ortografía. Por nuestra parte, podríamos opones a tales críticos los numerosos pecados de este tipo cometidos por más de un sabio de la Tierra, lo que no les resta nada de su mérito. Pero hay en este hecho una cuestión más seria. Para los Espíritus, y en modo especial para los Espíritus superiores, la idea lo es todo y la forma nada significa. Despojados de la materia, su lenguaje entre ellos es veloz como el pensamiento, puesto que es el pensamiento mismo el que se comunica, sin intermediario alguno. En consecuencia, deben de encontrarse incómodos cuando son obligados, para comunicarse con nosotros, a servirse de las formas lentas y embarazosas del lenguaje humano, y, sobre todo, por la insuficiencia e imperfección de dicho lenguaje para expresar todas las ideas. Ellos así lo dicen. Por eso resulta curioso ver los medios que emplean a menudo para atenuar ese inconveniente. Lo propio nos sucedería a nosotros si tuviéramos que expresarnos en un idioma de vocablos y giros más largos, así como más pobre en expresiones, que la lengua de que hacemos uso. Es el mismo embarazo que experimenta el hombre genial cuando se impacienta por la lentitud de su pluma, que siempre marcha detrás de su pensamiento. Según esto, es concebible que los Espíritus concedan poca importancia a la puerilidad de la ortografía, especialmente cuando se trata de una enseñanza grave y seria. Por otro lado, ¿no es ya maravilloso que se expresen indiferentemente en todas las lenguas y que las entiendan todas? No obstante, no hay que concluir de esto que la corrección convencional del lenguaje les sea desconocida, pues cuando resulta necesario la observan. Así pues, la poesía que ellos dictan podría desafiar con frecuencia a la crítica del más minucioso purista, y esto, *a pesar de la ignorancia del médium*.

XV.- La locura y sus causas

Hay asimismo personas que ven peligro por doquier y en todo aquello que no conocen. Así pues, extraen una consecuencia desfavorable del hecho de que ciertos individuos, al dedicarse a esta clase de estudios, perdieron la razón. Ahora bien, ¿cómo pueden algunos hombres sensatos ver en este hecho una objeción seria? ¿Por ventura no sucede lo mismo con todas las actividades intelectuales cuando las realiza un cerebro débil? ¿Conocemos acaso la cantidad de locos y maniáticos producida por los estudios matemáticos, médicos, musicales, filosóficos y demás? ¿Habrá por eso que proscribir dichos estudios? Y ¿qué prueban tales hechos? Con las tareas físicas se deterioran los brazos y piernas, que son los instrumentos de la acción material desarrollada. Con los trabajos de la inteligencia se

deteriora el cerebro, que es el instrumento del pensamiento. Pero si es muy cierto que el instrumento se ha roto, no lo es menos que el Espíritu no lo está por eso. Él se halla intacto. Y cuando se despoje de la materia no dejará de disfrutar del pleno goce de sus facultades. En su género, y como hombre, ha sido un mártir del trabajo.

Toda gran preocupación intelectual puede acarrear la locura. Ciencias, artes, y hasta la religión, aportan a ella sus contingentes. La locura tiene por causa primera una predisposición orgánica del cerebro, que lo hace más o menos susceptible a ciertas impresiones. Existiendo una predisposición a la demencia, ésta tomará el aspecto de la preocupación principal del individuo, que se convierte entonces en una idea fija. Tal idea fija podrá ser la de los Espíritus, en quien se ha ocupado de ello, como puede ser asimismo la de Dios, los ángeles, el diablo, la fortuna, el poder, un arte, una ciencia, la maternidad o un sistema político o social. Es probable que el demente religioso se transforme en un demente espírita, si su preocupación dominante ha sido el Espiritismo, así como el demente espírita lo hubiera sido por otro motivo, según las circunstancias.

Afirmo, pues, que el Espiritismo no disfruta de ningún privilegio a este respecto. Pero voy más lejos. Digo que, bien entendido, el Espiritismo preserva de la locura.

Entre las causas más numerosas de la sobreexcitación cerebral hay que incluir las desilusiones y desgracias, así como los afectos contrariados, que son al mismo tiempo las causas más frecuentes de suicidio. Ahora bien, el verdadero espírita contempla las cosas del mundo desde un punto de vista tan elevado, ellas se le muestran tan pequeñas y mezquinas en comparación con el porvenir que le aguarda, la vida es para él tan corta y efímera que las tribulaciones no son, a sus ojos, sino los incidentes desagradables de un viaje. Aquello que en otra persona produciría una emoción violenta, a él le afecta medianamente. Sabe, además, que los pesares de la vida son pruebas que concurren a su adelanto si las sufre sin murmurar, por cuanto se le recompensará según sea el valor con que las soportó. Así pues, sus convicciones le dan una resignación que le preserva de la desesperación y, por consiguiente, de una de las causas más comunes de locura y suicidio. Conoce también, por la prueba que el ofrecen las comunicaciones, con los Espíritus, la suerte que toca a aquellos que abrevian voluntariamente su vida, y el cuadro que se le presenta es adecuado para moverlo a reflexión. De ahí que sea considerable el número de personas que han sido detenidas en esa pendiente funesta. Es ese uno de los resultados del Espiritismo. Búrlense de esto cuanto quieran los incrédulos. Por mi parte, yo les deseo los consuelos que él proporciona a

todos aquellos que se han tomado el trabajo de sondear sus misteriosas profundidades.

En el número de las causas desencadenantes de la demencia hay todavía que incluir el pánico, y el terror al diablo que ha perturbado más de un cerebro. ¿Sabemos acaso la cantidad de víctimas que se han hecho al herir las imaginaciones débiles con ese cuadro que se ingenian por tornar más aterrador meditante detalles horribles? Se asegura que el diablo sólo espanta a los niños y que constituye un freno para obligarlos a comportarse bien. Sí, como el cuco y el lobisón, pero cuando les han perdido el miedo son peores que antes. Y por este bello resultado no se toma en cuenta la cantidad de epilepsias causadas por la conmoción de cerebros frágiles. Muy débil sería la religión si por la falta de temor pudiera verse comprometido su poder. Por suerte no es así: ella dispone de otros medios para obrar sobre las almas. Y el Espiritismo se los provee más eficaces y más serios, si sabe ella aprovecharlos. Muestra aquél la realidad de las cosas y con eso neutraliza los efectos funestos de un temor exagerado.

XVI.- La teoría magnética y la del ambiente

Nos resta examinar dos objeciones, las únicas que merezcan de veras este nombre, porque se fundan en teorías racionales. Una y otra admiten la realidad de todos los fenómenos materiales y morales, pero excluyen de ellos la intervención de los Espíritus.

Según la primera de tales teorías, todas las manifestaciones que se atribuyen a los Espíritus no serían otra cosa que efectos magnéticos. Los médiums se hallarían en un estado que se podría llamar de sonambulismo lúcido, fenómeno del que ha podido ser testigo toda persona que haya estudiado el magnetismo[16]. En ese estado, las facultades adquieren un

[16] La palabra "magnetismo" es la traducción fiel de la utilizada por KARDEC. Hay quienes prefieren utilizar en su lugar la de "hipnotismo". Esto ya sea por su más generalizado uso o bien por expresar el trato de una misma materia o fuerza. Pero, en rigor de verdad, es preciso convenir en que, si bien la aplicación y el conocimiento de la fuerza magnética se remonta a los más lejanos tiempos de la Historia, es con MESMER, en 1779, que se logra atraer la atención pública y de las academias con la impresión de su primera memoria que consta de veintisiete proposiciones. Resistida tal memoria por el dogmatismo y los intereses de la ciencia oficial, y a pesar de los enjundiosos estudios que lo ratificaron a MESMER, tales como los del MARQUÉS DE PUYSÉGUR, CHARDEL, DELEUZE, BRUNO, BARÓN DU POTET, LAFONTAINE y otros, fue JAMES BRAID, de resultas de la profunda impresión que le causara la observación de trabajos de LAFONTAINE, quien en 1841 sienta las bases del Hipnotismo y logra, mediante el acuñamiento de una nueva palabra, la creación de una nueva teoría y un distinto

desarrollo anormal y el círculo de las percepciones intuitivas excede los límites de nuestra percepción ordinaria. De esta manera, el médium extraería de sí mismo, y como consecuencia de su lucidez, cuanto expresa y todas las nociones que transmite, aun acerca de cosas que le son completamente desconocidas en su estado normal.

No seremos nosotros quienes pongamos en tela de juicio el poder del sonambulismo, cuyos prodigios hemos visto y todas cuyas fases hemos estudiado a lo largo de más de treinta y cinco años. Estamos de acuerdo en que, en efecto, muchas manifestaciones espíritas pueden explicarse de esta manera, pero una observación continuada y atenta muestra una multitud de hechos en que la intervención del médium, de otro modo que como instrumento pasivo, es materialmente imposible. A quienes comparten esa opinión les diremos, como ya dijimos a otros: "Mirad y observad, porque seguramente que no lo habéis visto todo". Después les expondremos dos consideraciones extraídas de su propia teoría. ¿De dónde ha provenido la teoría espírita? ¿Es acaso un sistema imaginado por algunos para explicar los hechos? De ningún modo. ¿Quién, pues, la reveló? Precisamente, esos mismos médiums cuya lucidez vosotros exaltáis. Si, pues, esa lucidez es tal como suponéis, ¿por qué habrían ellos atribuido a los Espíritus lo que extraían de sí mismos? ¿Cómo habrían dado esas informaciones tan precisas y lógicas, tan sublimes, acerca de la naturaleza de esas Inteligencias extrahumanas? Una de dos cosas: o son lúcidos o no lo son.

---

método, burlar los obstáculos y penetrar en las esferas académicas, logrando así el reconocimiento de esta nueva ciencia. Mas, aun cuando estudiosos posteriores, como RICHET, por ejemplo, que utilizando métodos magnetológicos los denominaran hipnóticos, debemos aclarar y señalar esta diferencia existente entre ambas teorías. El magnetismo, siguiendo su verdadera trayectoria, llega a la comprobación de la tesis espírita basada en la existencia y utilización de los fluidos por medio del pase magnético, el soplo, el agua fluidificada, las radiaciones, etcétera y, con ellos, muchos experimentadores, a conclusiones científicas de la existencia del alma; en tanto que el Hipnotismo, quedando apresado de procesos equivocados y valiéndose de "maniobras artificiales que tienden, por la parálisis de los centros nerviosos, a destruir el equilibrio nervioso", según lo expresa su mismo metodizador, el doctor BRAID (*Neuro-hipnología. Tratado del sueño nervioso o hipnotismo*), no trasciende y confluye finalmente por confesar, por boca de sus mismos profesantes, BRAID entre ellos, su incapacidad para obtener los resultados que se consiguen por medio del Magnetismo. Pero día vendrá en que, modificando el método, logre alcanzar también las incontrovertibles conclusiones espiritualistas a las que llegaron los más reputados magnetólogos. Por ello es que, con KARDEC, quien por su dedicación a estos estudios no podía desconocer la teoría hipnótica de BRAID, seguimos utilizando la palabra "Magnetismo", y también porque éste y el Espiritismo son "dos ciencias que sólo forman una, por así decirlo", como el mismo Codificador expresa en su acotación al párrafo 555 de este mismo libro. [*Nota de la Editora*]

Si son lúcidos, y si se confía en su veracidad, no se podría admitir sin contradecirse que no están ellos en lo cierto. En segundo lugar, si todos los fenómenos se originaran en el médium serían idénticos en un mismo individuo y no veríamos a la misma persona hablar lenguajes diferentes ni expresar, alternativamente las cosas más contradictorias. Esta falta de unidad en las manifestaciones obtenidas por el médium prueba la diversidad de las fuentes. Así que, si no es posible atribuirlas todas al médium, hay que buscarlas fuera de él.

Conforme a otra opinión, el médium es, sí, la fuente de las manifestaciones, pero en vez de extraerlas de sí mismo, como lo pretenden los autores de la teoría sonambúlica, las extrae del ambiente. El médium constituiría, así, una especie de espejo que refleja todas las ideas, pensamientos y conocimientos de las personas que le rodean. No dirá nada que no sea conocido cuando menos por alguno de los presentes. Ahora bien, no podríamos negar –y es este, inclusive, un principio de la Doctrina- la influencia que ejercen los asistentes sobre la índole de las manifestaciones. Pero ese influjo es muy distinto del que se supone que sea, y de ahí a que el médium constituya un eco de los pensamientos de los demás hay mucha distancia, por cuanto millares de hechos establecen perentoriamente lo contrario. Hay en ello, entonces, un grave error, que prueba una vez más el peligro de las conclusiones apresuradas. Puesto que esas personas no pueden negar la existencia de un fenómeno del cual no puede dar explicación la ciencia común, y como no quieren en él la intervención de los Espíritus, lo explican a su modo. Su teoría será irrefutable si pudiera abarcar la totalidad de los hechos, mas no ocurre así. Cuando se les demuestra hasta la evidencia que ciertas comunicaciones del médium son por completo ajenas a los pensamientos, conocimientos y opiniones de todos los asistentes, y que tales comunicaciones suelen ser espontáneas y contradicen toda idea preconcebida, aquellas personas no se detienen por tan poca cosa. La irradiación –afirman- se extiende mucho más allá del círculo inmediato que lo circunda. El médium es el reflejo de la humanidad entera, de manera que si no saca sus inspiraciones de una fuente circundante a él va a buscarlas fuera, a la ciudad, al país o al mundo todo, e inclusive a otras esferas.

No pienso que en esta teoría se encuentre una explicación más sencilla y probable que la que el Espiritismo provee, puesto que supone una causa mucho más maravillosa. La idea de que Seres que pueblan el espacio y que se hallan en permanente contacto con nosotros nos comuniquen sus pensamientos, no tiene nada que choque más a la razón que esa otra hipótesis de la irradiación universal que, procedente de todos los rincones del Universo, viene a concentrarse en el cerebro de un individuo.

Una vez más diremos – porque es este un punto esencial sobre el que nunca se insistirá demasiado- que la teoría sonambúlica y esa otra que pudiéramos llamar *reflectiva* han sido concebidas por algunos hombres. Se trata de opiniones individuales creadas con el propósito de explicar un hecho, en tanto que la Doctrina de los Espíritus no es en modo alguno de concepción humana, sino que ha sido dictada por las Inteligencias mismas que se manifiestan cuando nadie pensaba en ella, e inclusive la opinión general la rechazaba. Nos preguntamos, pues, ¿adónde los médiums pueden haber ido a buscar una doctrina que no existía en el pensamiento de persona alguna en la Tierra? Quisiéramos saber, además, ¿por qué extraña coincidencia millares de médiums diseminados por todos los rincones el mundo, que no se han visto jamás personalmente, se hallan de acuerdo para afirmar lo mismo? Si el primer médium que surgió en Francia estaba experimentando la influencia de opiniones que se sustentaban ya en América, ¿por qué extraña razón iría él a buscar tales ideas a dos mil leguas allende los mares, en un pueblo de costumbres e idioma distintos, en vez de recogerlas de su propio medio?

Pero otra circunstancia hay en la que no se ha pensado suficientemente. Las primeras manifestaciones, así en Francia como en América, no se llevaron a cabo ni por la escritura ni mediante la palabra, sino por medio de golpes que, según su número, concordaban con las letras del alfabeto, formando de esta manera palabras y frases. Y por este conducto las Inteligencias que se revelaban manifestaron ser Espíritus. De manera que, si se puede suponer la intervención del pensamiento de los médiums en las comunicaciones verbales o escritas, no podría acontecer lo propio en lo que respecta al sistema de golpes, cuyo significado no era posible de antemano.

Podríamos citar una cantidad de hechos que demuestran, en la Inteligencia que se manifiesta por vía mediúmnica, una individualidad evidente y una absoluta independencia de voluntad. Remitimos, pues, a los que disientan, a una observación más atenta, y si quieren estudiar sin prejuicios y abstenerse de extraer conclusiones antes de haberlo visto todo, reconocerán que su teoría es impotente para explicar la totalidad de los hechos. Por nuestra parte, nos limitaremos a formular las siguientes preguntas: ¿Por qué la Inteligencia que se manifiesta, sea ella cual fuere, rehúsa contestar a ciertas preguntas acerca de temas perfectamente conocidos como, por ejemplo, el nombre o la edad del interrogador, lo que éste tiene en la mano, qué ha hecho la víspera, sus proyectos para el día siguiente, etcétera? Si el médium es el espejo del pensamiento de los asistentes, nada le resultaría más fácil que responder a tales cuestiones.

Los adversarios vuelven en contra de nosotros el argumento, preguntándonos a su ver por qué los Espíritus, que deben de saberlo todo, no pueden decir cosas tan simples como las mencionadas al final del párrafo anterior, ya que *quien puede lo más podrá lo menos*, según lo expresa el axioma. De donde concluyen que se trata de Espíritus. Si un ignorante o un bromista de mal género, presentándose ante una docta asamblea preguntara, por ejemplo, por qué hay luz en pleno mediodía, ¿se cree que los asambleístas se tomarían la molestia de responder en serio, y sería lógico concluir que su silencio, o de las chanzas con que gratificarían al interrogador, que los miembros de la asamblea eran sólo ignorantes? Pues bien, precisamente porque son superiores los Espíritus es por lo que no responden a preguntas ociosas y ridículas y no quieren ser sentados en el banquillo. De ahí que opten por guardar silencio o manifiesten estar ocupándose en cosas de mayor importancia.

Para terminar, preguntaremos: ¿por qué los Espíritus vienen y se van en determinado momento, y por qué, cuando ese instante ha pasado, de nada valen las oraciones ni súplicas para hacerlos volver? Si el médium obrara sólo por el impulso mental que le comunican los asistentes salta a la vista que, en tales circunstancias, el concurso de todas las voluntades aunadas debería estimular su clarividencia. Si, pues, no cede al deseo de los presentes a la reunión, al que hay que añadir su propia voluntad, es porque obedece a una influencia extraña a él y a quienes lo rodean, y tal influencia denota con ello su independencia y su individualidad.

XVII.- Llenando los vacíos del espacio

El escepticismo en lo que toca a la Doctrina Espírita, cuando no es el resultado de una oposición interesada, se origina casi siempre en un conocimiento incompleto de los hechos, lo cual no impide a ciertas personas resolver tajantemente la cuestión, como si la conocieran de manera perfecta. Se puede poseer mucho ingenio, e inclusive instrucción, pero carecer al mismo tiempo de buen juicio. Ahora bien, la primera muestra de un juicio deficiente consiste en creer que el propio juicio es infalible. Asimismo, muchas personas sólo ven en las manifestaciones espíritas un objeto de curiosidad. Confiamos en que, mediante la lectura de este libro, encontrarán en esos fenómenos extraños algo más que un mero pasatiempo.

Dos partes comprende la Ciencia Espírita: una experimental, que trata de las manifestaciones en general; y la otra filosófica, que se ocupa de las manifestaciones inteligentes. El que sólo haya observado la primera de

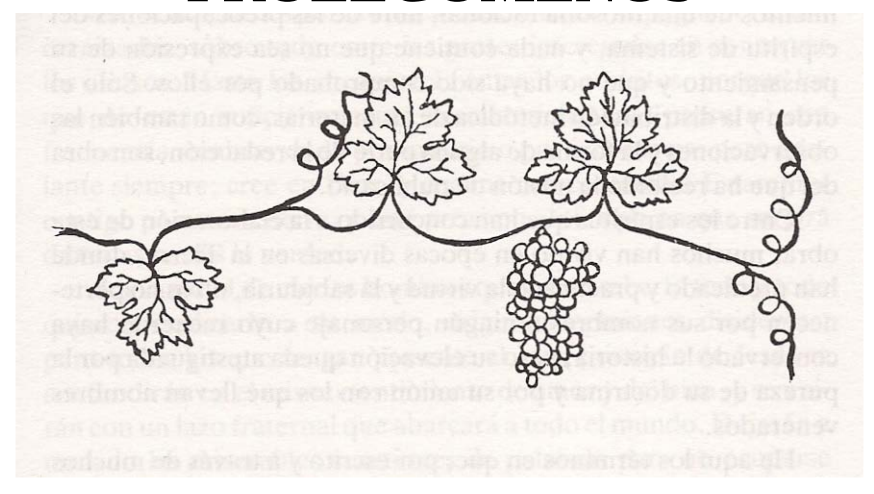
ellas se encuentra en la situación de quien no conozca la física más que por los juegos de salón, sin haber penetrado en el fondo de esa ciencia. La verdadera Doctrina Espírita reside en la enseñanza que los Espíritus imparten, y los conocimientos que tal enseñanza incluye son demasiado importantes para poder ser adquiridos de otro modo que por medio de un estudio serio y continuado, que se lleve a cabo en el silencio y el recogimiento. Porque sólo en esas condiciones es posible observar un número infinito de hechos que escapan al observador superficial y que permiten fundar una opinión valedera. Si este libro sólo tuviera por resultado mostrar el lado serio de la cuestión y provocar estudios en tal sentido, ya sería mucho y nos aplaudiríamos por haber sido escogidos para realizar una obra que no pretendemos, por otra parte, que signifique para nosotros ningún mérito personal, puesto que los principios que contiene no son de nuestra creación. Todo su mérito sabe a los Espíritus que la dictaron. Además, confiamos en que obtendrá otro resultado: el de guiar a los hombres deseosos de instruirse, mostrándoles en esos estudios una meta grande y sublime: la del progreso individual y social, y señalándoles la senda que hay que seguir para alcanzar dicha meta.

Terminemos con una última consideración. Al sondear los espacios han encontrado los astrónomos, en la distribución de los cuerpos planetarios, ciertas lagunas o vacíos que no se justificaban y que se hallaban en desacuerdo con las leyes del conjunto. Sospecharon entonces que tales lagunas debían ser llenadas por mundos que se sustraían a sus ojos. Por otra parte, observaban determinados efectos cuya causa les era desconocida, y se decían: "Allí tiene que haber un planeta, por cuanto ese vacío no puede existir y los efectos que observamos han de tener una causa". Juzgando entonces la causa por el efecto, han podido calcular los elementos, y más tarde los hechos vinieron a justificar sus previsiones. Ahora bien, apliquemos este mismo razonamiento a otro orden de ideas. Si observamos la serie de los seres, se advierte que forman ellos una cadena sin solución de continuidad, desde la materia inerte hasta el más inteligente de los hombres. Pero ¡cuán inmensa laguna entre Dios y el hombre, que son el alfa y omega de todo lo creado! ¿Es razonable pensar que en éste terminan los eslabones de esa cadena? ¿Que sin transición sea franqueada la distancia que separa al hombre de lo infinito? La razón nos dice que entre el hombre y Dios tiene que haber otros eslabones, así como dijo a los astrónomos que entre los mundos conocidos debían existir mundos desconocidos. Pues bien, ¿cuál es la filosofía que ha llenado ese vacío? El Espiritismo nos muestra tal laguna ocupada por Seres de todas las categorías del Mundo Invisible, y dichos Seres no son otros que los Espíritus de los hombres llegados a diferentes niveles que conducen a la perfección. De esta suerte, todo se correlaciona y se encadena, desde el alfa

hasta el omega. Vosotros, los que negáis la existencia de los Espíritus, ¡llenad, pues, el vacío que ellos ocupan! Y vosotros, los que de ellos reís, ¡atreveros entonces a reír de las obras de Dios y de su omnipotencia!

ALLAN KARDEC

PROLEGÓMENOS



Fenómenos que escapan a las leyes de la ciencia común se manifiestan por doquiera y revelan en su causa la acción de una voluntad libre e inteligente.

La razón dice que un efecto inteligente debe tener por causa a un poder inteligente, y ciertos hechos han probado que esa fuerza puede entrar en comunicación con los hombres mediante signos materiales.

Interrogada acerca de su naturaleza, dicha fuerza ha declarado pertenecer al Mundo de los Seres espirituales que se han desembarazado de la envoltura corporal del hombre. Así fue revelada la Doctrina de los Espíritus.

Las comunicaciones entre el Mundo Espírita y el corporal pertenecen al orden de la Naturaleza y no constituyen ningún hecho sobrenatural. De ahí que se encuentre la huella de tales comunicaciones en todos los pueblos y en la totalidad de las épocas.

Los Espíritus anuncian que son llegados los tiempos que la Providencia señaló para que se produjera una manifestación universal, y siendo ellos los ministros de Dios y agentes de su voluntad, su misión consiste en instruir e iluminar a los hombres, inaugurando una nueva era para la regeneración del género humano.

Este libro es la recopilación de sus enseñanzas. Ha sido escrito por orden y bajo el dictado de Espíritus superiores, para asentar los cimientos

de una filosofía racional, libre de los prejuicios del sectarismo[17]. No contiene nada que no sea la expresión de su pensamiento y que no haya sido controlado por ellos. Sólo el orden y la distribución metódica de las materias, así como las observaciones y la forma de ciertas partes de la redacción, constituyen la obra de quien recibió la misión de publicarlo.

Entre los Espíritus que cooperaron a la realización de esta obra, muchos vivieron en la Tierra, en diversas épocas, predicando y practicando la virtud y la sabiduría. Otros no corresponden, por sus nombres, a ningún personaje cuyo recuerdo haya perpetuado la historia, pero sus elevación es atestiguada por la pureza de su doctrina y su unión con aquellos que llevan nombres venerables.

He aquí los términos en que han dado ellos por escrito, y sirviéndose de diversos médiums, la misión de organizar este libro:

> "Ocúpate con celo y perseverancia de la tarea que has emprendido con nuestro concurso, porque este trabajo es nuestro. En él hemos sentado las bases del nuevo edificio que se eleva y que debe un día reunir a todos los hombres en un mismo sentimiento de amor y caridad. Pero, antes de publicarlo lo revisaremos juntos, a fin de controlar todos sus pormenores.
>
> Contigo estaremos cada vez que lo pidas y para ayudarte en tus otras labores, pues ésta sólo constituye una parte de la misión que se te confía, y que te ha sido revelada ya por uno de nosotros.
>
> Entre las enseñanzas que se te imparten hay algunas que debes guardar para ti solo, hasta nueva orden. Nosotros te indicaremos cuando haya llegado el momento de publicarlas. En el ínterin, medítalas, a fin de estar preparado cuando te avisemos.
>
> Pondrás a la cabecera del libro el sarmiento que te hemos dibujado[18], porque es el emblema del trabajo del Creador. Todos los principios materiales que mejor pueden representar al cuerpo y al Espíritu se hallan reunidos en él: la rama representa al cuerpo. El Espíritu es el licor. El alma o Espíritu unidos a la materia constituyen el grano. El hombre destila el Espíritu por medio del trabajo, y tú

---

[17] El autor utiliza aquí la expresión *esprit de système*, que los traductores se contentan con verter literalmente: "espíritu de sistema". Por nuestra parte, creemos que "sectarismo" se acerca más, en este caso, a la intención de la frase. [*N. del T. al cast.*]

[18] El sarmiento reproducido a la cabecera de estos "Prolegómenos" es el facsímil del que fue dibujado por los Espíritus. [*N. de A. Kardec.*]

sabes que sólo por el trabajo del cuerpo adquiere el Espíritu conocimientos.

No te desaliente la crítica. Hallarás contradictores encarnizados, en modo especial entre aquellas personas interesadas en los abusos. Inclusive los encontrarás entre los Espíritus, porque los que no se hallan del todo desmaterializados tratan a menudo de sembrar la duda, ya se por malicia o bien por ignorancia. Pero sigue siempre adelante. Cree en Dios y marcha con confianza. Nosotros estaremos allí para sostenerte, y está cerca el tiempo en que la verdad destellará por doquier.

La vanidad de ciertos hombres, que creen saberlo todo y quieren explicarlo todo a su manera, engendrará opiniones disidentes. Pero todo los que tengan presente el gran principio de Jesús se confundirán mediante un vínculo fraternal, que abarcará al mundo entero. Dejarán a un lado las míseras discusiones por palabras para no ocuparse más que de las cosas esenciales, y la Doctrina será siempre la misma, en lo que respecta al fondo, para todos aquellos que reciban las comunicaciones de los Espíritus superiores.

Con la perseverancia llegarás a cosechar el fruto de tus trabajos. El placer que experimentarás al ver a la Doctrina difundirse y ser bien comprendida será para ti una recompensa, cuyo valor conocerás en su totalidad, quizá más en el porvenir que en el presente. No te inquietes, pues, por los espinos y las piedras que sembrarán en tu camino los incrédulos o los malvados. Conserva la confianza: con ella alcanzarás la meta, y merecerás ser ayudado siempre.

Acuérdate de que los Buenos Espíritus no asisten sino a quienes sirven a Dios con humildad y desinterés, y en cambio repudian a cualquiera que busque en la senda del Cielo un escalón para las cosas de la Tierra. Aquéllos se apartan del orgulloso y del ambicioso. Orgullo y ambición constituirán siempre una barrera entre el hombre y Dios. Son un velo arrojado sobre las celestes claridades, y Dios no puede valerse del ciego para hacer comprender la luz”.

SAN JUAN EVANGELISTA. SAN AGUSTÍN. SAN VICENTE DE PAÚL. SAN LUIS. EL ESPÍRITU DE VERDAD. SÓCRATES. PLATÓN. FENELÓN. FRANKLIN. SWEDENBORG. ETCÉTERA.[19]

[19] Algunas personas se extrañan ante la reunión de tantos nombres venerables como firmantes de estas recomendaciones. Una consulta al Cap. XII, “De la identificación de los Espíritus”, en la “Introducción al Estudio de la Doctrina Espírita”, que inicia este volumen, aclarará el problema. [*N. de J. H. Pires.*]

Libro Primero

LAS CAUSAS PRIMERAS

CAPÍTULO I

DIOS

I.- Dios y el infinito

1. ¿Qué es Dios?

   - Dios es la inteligencia suprema, causa primera de todas las cosas. [20]

2. ¿Qué se debe entender por infinito?

   - Lo que no tiene principio ni fin: lo desconocido. Todo lo que sea desconocido es infinito.[21]

3. ¿Se podría decir que Dios es lo infinito?

   - Definición incompleta. Pobreza del lenguaje de los hombres, que es insuficiente para definir las cosas que se hallan por encima de su inteligencia.

   Dios es infinito en sus perfecciones, pero lo infinito constituye una abstracción. Decir que Dios sea lo infinito **es como tomar el atributo de una cosa por la cosa misma, es decir, definir algo que no es conocido por otra cosa que tampoco lo es.**

---

[20] Las frases que siguen a las preguntas son las repuestas proporcionadas por los Espíritus. En esta edición suprimimos las comillas, por considerarlas innecesarias. Las notas y explicaciones de Kardec, intercaladas en el texto, han sido compuestas en negrita, de manera que no hay posibilidad de confusión. [*N. de J. H. Pires.*]

[21] Los Espíritus se refieren al Universo. Todo cuanto en él conocemos posee comienzo y también fin. Todo cuanto no conocemos se pierde en lo infinito, en lo desconocido. Aplicación de la expresión francesa: *Passer du connu à l´inconnu* (“Pasar de lo conocido a lo desconocido”). [*N. de J. H. Pires.*]

II.- Pruebas de la existencia de Dios

4. ¿Dónde podemos hallar la prueba de la existencia de Dios?
   - En un axioma que aplicáis a vuestras ciencias: no hay efecto sin causa. Buscad la causa de todo lo que no sea obra del hombre y vuestra razón os responderá.

   Para creer en Dios basta con echar una ojeada a las obras de la Creación. El Universo existe. Tiene, pues, una causa. Dudar de la existencia de Dios equivaldría a negar que todo efecto tiene una causa y afirmar que la nada **ha podido hacer** algo.

5. ¿Qué consecuencia se puede sacar del sentimiento intuitivo de la existencia de Dios, que todos los hombres llevan en sí?
   - Que Dios existe. Porque ¿de dónde le vendría ese sentimiento si en nada se basara? Es una consecuencia más del principio de que no hay efecto sin causa.

6. El sentimiento íntimo que tenemos en nosotros de la existencia de Dios, ¿no sería un resultado de la educación y un producto de las ideas adquiridas?
   - Si así fuese, ¿por qué vuestros salvajes[22] poseen también ese sentimiento?

   Si ese sentimiento de la existencia de un Ser Supremo sólo fuera producto de una enseñanza no sería universal y – como las nociones científicas- no existiría sino en aquellos que hubieran podido recibir esa enseñanza.

7. ¿Podríamos hallar la causa primera de la formación de las cosas en las propiedades íntimas de la materia?
   - Pero entonces, ¿cuál sería la causa de esas propiedades? Se requiere siempre una causa primera.

   Atribuir la formación primera de las cosas a las propiedades íntimas de la materia sería tomar el efecto por la causa, por cuanto dichas propiedades son, en sí mismas, un efecto que debe tener su causa.

---

[22] "Salvajes" era el término por excelencia que en el siglo XIX y principios del XX se empleaba en antropología para designar a lo que hoy podríamos llamar aborígenes. Por tanto no conlleva ninguna connotación peyorativa, simplemente respetamos la palabra original. [*N. del copista.*]

8. ¿Qué pensar de la opinión que atribuye la formación primera a una combinación fortuita de la materia: dicho de otro modo, al azar?

   - ¡Otro absurdo! ¿Qué hombre de buen sentido puede considerar al azar como un ser inteligente? Por otra parte, ¿qué es el azar? Nada.

   La armonía que rige las fuerzas del Universo muestra combinaciones y miras determinadas y, por lo mismo, revela un poder inteligente. Atribuir la formación primero al azar sería una falta de sentido, por cuanto la casualidad es ciega y no puede producir los efectos de la inteligencia. Un azar inteligente dejaría de ser tal.

9. ¿En qué se conoce, en la causa primera, una inteligencia suprema, superior a todas las demás?

   - Tenéis un proverbio que expresa: "Por la obra se conoce a su autor". Y bien, mirad la obra y buscad al autor. El orgullo es el que engendra la incredulidad. El hombre orgulloso no quiere nada que esté por sobre él, de ahí que se llame "espíritu fuerte"[23]. ¡Pobre ser a quien puede abatir un soplo de Dios!

El poder de una inteligencia se juzga por sus obras. Puesto que ningún ser humano puede crear lo que la Naturaleza produce, la causa primera es, por tanto, una inteligencia superior a la humanidad.

Sean cuales fueren los prodigios efectuados por la inteligencia del hombre, tiene ella también una causa, y cuanto más

---

[23] Todos los traductores se contentan con verter literalmente la expresión *esprit fort*, que en esta obra se emplea varias veces. Queremos dejar sentado que es de muy difícil traducción, pues las definiciones que ofrecen los diversos diccionarios no son concordantes. Veamos dos: "Espíritu fuerte, un hombre despreocupado" (NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA, *Diccionario de las lenguas francesa y española comparadas*, tomo I, pág. 758. Ed. Anaconda. Buenos Aires, 1946). "El que quiere ponerse por encima de las opiniones y máximas aceptadas" (*Nouveau Petit Larousse Illustré*, pág. 376. Librairie Larousse, París, 1947). Y, por último, la que a nuestro juicio es la más completa: "*Espíritu fuerte* por *incrédulo, libre en juzgar por su razón, soberbio, presuntuoso, levantado de espíritu* (al modo que decimos, en opuesto sentido, *pobre de espíritu*), *despreocupado, irreligioso, filósofo incrédulo*" (RAFAEL MARÍA BARALT, *Diccionario de Galicismos*, pág. 275. Joaquín Gil, Editor, Buenos Aires, 1945). En general, se acepta que la expresión "espíritu fuerte" es un galicismo por "incrédulo, escéptico", y creemos que en tal sentido la utiliza e autor de este libro. [*N. del T. al cast.*]

grande sea lo que realiza, tanto más grande será la causa primera. Esta es aquella Inteligencia que constituye la causa primera de todas las cosas, no importa el nombre con el cual la designemos.

III.- Atributos de la Divinidad

10. ¿Puede el hombre comprender la naturaleza íntima de Dios?

- No. Le falta un sentido para ello.

11. ¿Será dado al hombre, algún día, comprender el misterio de la Divinidad?

- Cuando su Espíritu no se halle ya oscurecido por la materia y por su perfección se haya acercado a Ella, entonces la verá y comprenderá.

La inferioridad de las facultades del hombre no le permite comprender la íntima naturaleza de Dios. En la infancia de la humanidad, el hombre lo confunde a menudo con la criatura, cuyas imperfecciones le atribuye. Pero, conforme el sentido moral se va desarrollando en él, su pensamiento penetra mejor en el fondo de las cosas y se forma acerca de Dios una idea más justa y más de acuerdo con la sana razón, si bien siempre incompleta.

12. Si no nos es posible comprender la naturaleza íntima de Dios, ¿podemos tener una idea de algunas de sus perfecciones?

- De algunas, sí. El hombre va comprendiéndolas mejor a medida que se eleva sobre la materia, ya las entrevé mediante el pensamiento.

13. Cuando decimos que Dios es eterno e infinito, inmutable e inmaterial, único y todopoderoso, soberanamente justo y bueno, ¿no tenemos una idea completa de sus atributos?

- Desde vuestro punto de vista, sí, porque vosotros creéis abarcarlo todo. Pero sabed que hay cosas por encima de la inteligencia del más inteligente de los hombres, y para esas cosas vuestro lenguaje, que se limita a vuestras ideas y sensaciones, no posee expresiones. La razón os dice, en efecto, que Dios debe poseer esas perfecciones en el grado supremo, porque si careciera de una sola de ellas, o bien no la poseyese en grado infinito, no sería superior a todo y, en consecuencia, tampoco habría de ser Dios. Para estar por encima de la totalidad de las cosas, Dios no debe sufrir

ninguna vicisitud y no ha de tener ninguna de las imperfecciones que la imaginación puede concebir.

Dios es eterno**: Si hubiera tenido principio, habría surgido de la nada, o bien hubiera sido creado por un ser anterior a Él. Así, poco a poco, nos remontamos hasta lo infinito y la eternidad.**

Es inmutable**: Si Él se hallara sujeto a mudanzas, las leyes que rigen el Universo no poseerían ninguna estabilidad.**

Es inmaterial**: Vale decir, que su naturaleza difiere de todo lo que llamamos materia. De lo contrario no sería inmutable, debido a que se encontraría sujeto a las transformaciones de la materia.**

Es único**: Si hubiera varios dioses, no existiría ni unidad de propósitos ni unidad de poder en la ordenación del Universo.**

Es todopoderoso**: Porque es único. Si no poseyera el soberano poder habría algo más poderoso que Él o tan poderoso como Él. No hubiera creado la totalidad de las cosas, y aquellas que Él no hubiese hecho serían obras de otro dios.**

Es soberanamente justo y bueno**: La providencial sabiduría de las leyes divinas se pone de relieve así en las cosas más pequeñas como en las más grandes, y esa sabiduría no permite dudar ni de su justicia ni de su bondad.**

IV.- Panteísmo

14. ¿Es Dios un ser distinto o sería, según la opinión de algunos, la resultante de todas las fuerzas e inteligencias del Universo reunidas?

- Si así fuese, Dios no existiría, por cuanto sería efecto y no causa. Y no puede ser a la vez uno y otra.

Dios existe, y no podéis dudar de ello. Esto es lo esencial. Creedme, no vayáis más allá. No os internéis en un laberinto del que no podríais salir. Esto no os haría mejores, sino quizá un tanto más orgullosos, debido a que creeríais saber y en rigor de verdad nada sabríais. Así pues, dejad a un lado todas esas indagaciones. Bastantes cosas tenéis que os tocan más directamente. Estudiad vuestras propias imperfecciones a fin de desembarazaros de ellas: esto os resultará más útil que querer penetrar lo impenetrable.

15. ¿Qué pensar de la opinión según la cual todos los cuerpos de la Naturaleza, seres y mundos del Universo serían partes de la

Divinidad y constituirían, en conjunto, la Divinidad misma: esto es, la doctrina panteísta?

- No pudiendo ser Dios, el hombre quiere por lo menos ser una parte de Él.

16. Quienes profesan esa doctrina pretenden encontrar en ella la demostración de algunos de los atributos de Dios. Siendo infinitos los mundos existentes, por la misma razón es infinito Dios. Puesto que en ninguna parte está el vacío o la nada, Dios se halla dondequiera. Y encontrándose Dios por doquier, ya que todo es parte integrante de Él, da a todos los fenómenos de la Naturaleza una razón de ser inteligente. ¿Qué se puede oponer a este razonamiento?

- La razón. Reflexionad con madurez y no os será difícil comprender lo absurdo de ello.

Esa doctrina hace de Dios un ser material que, si bien dotado de una inteligencia suprema, sería en gran escala lo que nosotros somos en pequeño. Ahora bien, como quiera que la materia se transforma sin cesar, si Dios fuera así no tendría ninguna estabilidad, sino que se hallaría sujeto a todas las vicisitudes, e incluso a todas las necesidades, del género humano. Carecería de uno de los atributos esenciales de la Divinidad: la inmutabilidad. No es posible vincular las propiedades de la materia con la idea de Dios sin rebajarlo en nuestro pensamiento, y todas las sutilezas del sofisma no llegarán a resolver el problema de su naturaleza íntima. No sabemos todo lo que Dios es, pero sabemos todo lo que no puede dejar de ser, y aquel sistema se halla en contradicción con sus atributos más esenciales, porque confunde al Creador con la criatura, del mismo modo que si se pretendiera que una máquina ingeniosa fuese parte integrante del mecánico que la ha diseñado.

La inteligencia de Dios se pone de manifiesto en sus obras, así como el pintor en su tela. Pero las obras de Dios no son Dios mismo, de la manera que el cuadro no es el artista que lo concibió y ejecutó.

CAPÍTULO II

ELEMENTOS GENERALES DEL UNIVERSO

I.- Conocimiento del principio de las cosas

17.¿Es dado al hombre conocer el principio de las cosas?

- No. Dios no permite que todo sea revelado al hombre en la Tierra.

18.¿Penetrará algún día el hombre el misterio de las cosas que le son ocultas?

- El velo se levanta para él conforme va depurándose. Pero, para comprender ciertas cosas necesita facultades que todavía no posee.

19.¿No puede el hombre, mediante las investigaciones científicas, penetrar algunos de los secretos de la Naturaleza?

- La ciencia le ha sido dada para su adelante en todas las cosas, pero no puede sobrepasar los límites fijados por Dios.

Cuanto más le es permitido al hombre avanzar en la revelación de esos misterios, tanto mayor debe ser su admiración por el poder y la sabiduría del Creador. Empero, ya sea por orgullo o por debilidad, su inteligencia misma lo hace a menudo juguete de la ilusión. Acumula sistemas tras sistemas y cada día que pasa le muestra cuántos errores ha tomado por verdades y cuántas verdades rechazó por conceptuarlas errores. Son esas otras tantas decepciones para su orgullo.

20.Fuera de las investigaciones científicas, ¿puede el hombre recibir comunicaciones de un orden más elevado, sobre aquello que se sustrae al testimonio de sus sentidos?

- Sí, si Dios lo juzga útil revelará al hombre lo que la ciencia no puede enseñarle.

Por medio de tales comunicaciones el hombre obtiene –dentro de ciertos límites- el conocimiento de su pasado y de su destino.

II.- Espíritu y materia

21. La materia ¿existe desde la eternidad, como Dios, o ha sido creada por Él en determinado momento?

- Sólo Dios lo sabe. No obstante, hay una cosa que vuestra razón debe indicaros, y es que Dios, dechado de amor y caridad, no ha estado jamás inactivo. Por muy lejano que pudierais representaros el comienzo de su acción, ¿lo concebiríais un solo segundo en la ociosidad?

22. Por lo general, se define la materia como aquello que posee extensión, lo que puede impresionar nuestros sentidos y lo que es impenetrable. ¿Son exactas tales definiciones?

- Desde vuestro punto de vista ello es exacto, porque no habláis sino conforme a lo que conocéis. Pero la materia existe en estados que os son desconocidos. Puede ser, por ejemplo, tan etérea y sutil que no produzca ninguna impresión sobre vuestro sentidos. Sin embargo, sigue siendo materia, aunque para vosotros no lo sea.

22 a. ¿Qué definición podéis dar de la materia?

- La materia es el vínculo que encadena al espíritu. Es el instrumento que le sirve y sobre el cual, al mismo tiempo, ejerce su acción.

Desde este punto de vista se puede afirmar que la materia es el agente, el intermediario con cuyo concurso y sobre el cual obra el espíritu.

23. ¿Qué es el espíritu?

- El principio inteligente del Universo.

23 a. ¿Cuál es su naturaleza íntima?

- Con vuestro lenguaje el espíritu no resulta fácil de analizar. Para vosotros no es nada, porque el espíritu no constituye una cosa palpable. Mas para nosotros es algo. Sabedlo bien: nada es la Nada, y la Nada no existe.

24. Espíritu ¿es sinónimo de inteligencia?

- La inteligencia es un atributo esencial del espíritu. Pero una y otra se confunden en un principio común, de suerte que para vosotros constituyen una misma cosa.

25. El espíritu ¿es independiente de la materia, o sólo constituye una propiedad de ella, así como los colores son propiedades de la luz y el sonido una propiedad del aire?

- Uno y otra son distintos. Pero se precisa la unión del espíritu con la materia para comunicar inteligencia a esta última.

25 a. Esa unión ¿es asimismo necesaria para la manifestación del espíritu? (Entendemos aquí por "espíritu" el principio de la inteligencia, prescindiendo de las individualidades designadas con este mismo nombre).

- Es necesaria para vosotros, debido a que no estáis constituidos para percibir al espíritu sin la materia. Vuestros sentidos no han sido hechos para ello.

26. ¿Puede concebirse al espíritu sin la materia, y ésta sin aquél?

- Se puede, a no dudarlo, mediante el pensamiento.

27. De esta manera, ¿habría, pues, dos elementos generales del Universo: materia y espíritu?

- Sí, y por encima de todo ello está Dios, el Creador y Padre de todo. Esas tres cosas constituyen el principio de cuanto existe, la trinidad universal. Pero al elemento material hay que añadir el fluido universal, que desempeña un rol de intermediario entre el espíritu y la materia propiamente dicha, demasiado grosera para que pueda el espíritu ejercer una acción sobre ella. Aun cuando, desde cierto punto de vista, se puede clasificarlo como elemento material, el fluido universal se distingue por poseer propiedades especiales. Si fuera positivamente materia, no existiría razón para que el espíritu no lo fuese también. El fluido universal está colocado entre el espíritu y la materia. Es fluido, así como la materia es materia, y susceptible, mediante sus innumerables combinaciones con esta última y bajo la acción del espíritu, de producir la infinita variedad de las cosas, de las cuales sólo conocéis una ínfima parte. Puesto que dicho fluido universal, o primitivo o elemental, es el agente que el espíritu utiliza, constituye el principio sin el cual la materia se hallaría en perpetuo estado de dispersión y no adquiriría jamás las propiedades que la fuerza de gravedad otorga.

27 a. Este fluido ¿será el que distinguimos con el nombre de electricidad?

- Ya hemos dicho que es susceptible de un sinnúmero de combinaciones. Lo que llamáis fluido eléctrico y fluido magnético son modificaciones del fluido universal, el cual sólo es, para hablar

con propiedad, una materia más perfecta y sutil, que se puede considerar independiente.

28. Puesto que el espíritu es, de por sí, algo, ¿no sería más exacto y no estaría menos sujeto a confusión si se designara a esos dos elementos generales con las palabras *materia inerte* y *materia inteligente*?

- Las palabras nos importan poco. Cabe a vosotros organizar vuestro idioma de modo que os entendáis. Vuestras discusiones provienen casi siempre de que no os entendéis acerca de los vocablos, debido a que vuestra lengua es incompleta en lo tocante a las cosas que no impresionan vuestros sentidos.

Un hecho evidente predomina en todas las hipótesis: por una parte, vemos materia que no es inteligente. Por la otra, vemos un principio inteligente, independiente de la materia. El origen y la conexión de ambos nos son desconocidos. Tengan o no una fuente común y puntos de contacto necesarios; posea la inteligencia su existencia propia, o constituya una propiedad, un efecto; sea ella –conforme la opinión de algunos- una emanación de la Divinidad, he ahí lo que ignoramos. Ambos se nos aparecen distintos, por eso los admitimos como integrando dos principios constitutivos del Universo. Y por encima de todo ello vemos a una Inteligencia que domina a todas las demás, gobernándolas, y que se distingue de ellas por atributos esenciales: a esa Suprema Inteligencia se le llama Dios.

III.- Propiedades de la materia

29. La ponderabilidad ¿es un atributo esencial de la materia?

- De la materia tal y como vosotros la entendéis, sí. Pero no de la materia considerada como fluido universal. La materia etérea y sutil que forma ese fluido es imponderable para vosotros y constituye, sin embargo, el principio de la materia que conocéis.

La pesadez o gravedad es una propiedad relativa. Fuera de las órbitas de atracción de los mundos no existe el peso, de la misma manera que tampoco hay "arriba" ni "abajo".

30. La materia ¿está integrada por un solo elemento o por muchos?

- Un solo elemento primitivo. Los cuerpos que conceptuáis simples no son verdaderos elementos, sino transformaciones de la materia primitiva.

31. ¿De dónde provienen las diferentes propiedades de la materia?

- Son modificaciones que experimentan las moléculas elementales al unirse en determinadas circunstancias.

32. Según esto, los sabores, olores y colores, así como el sonido y las cualidades ponzoñosas o salutíferas de los cuerpos ¿sólo serían modificaciones de una única y misma sustancia primitiva?

- No cabe duda de que sí, y sólo existen por la disposición de los órganos destinados a percibirlos.

Este principio queda demostrado por el hecho de que todas las personas no perciben de la misma manera las cualidades de los cuerpos. Una encuentra grata a su gusto una sustancia, y otra la halla desagradable. Éstos ven como de color azul lo mismo que aquéllos ven rojo, y lo que constituye un veneno para algunos es una sustancia inofensiva y salutífera para otros.

33. La misma materia elemental ¿es susceptible de recibir todas las modificaciones y adquirir todas las propiedades?

- Sí, y es lo que debemos entender cuando decimos que *todo está en todo*. [24]

Oxígeno e hidrógeno, nitrógeno y carbono, así como todos los cuerpos que consideramos simples, sólo son modificaciones de una sustancia primitiva. En la imposibilidad en que nos hallamos, hasta el presente, de remontarnos de otro modo que no sea mediante el pensamiento hasta esa materia primera, tales cuerpos constituyen para nosotros verdaderos elementos y podemos, sin que ello sirva como precedente, conceptuarlos de tales hasta nuevas conquistas.

33 a. Esa teoría ¿parece dar razón a la opinión de quienes no admiten en la materia sino dos propiedades esenciales: fuerza y movimiento, y que piensan que todas las demás propiedades sólo son efectos

---

[24] Este principio explica el fenómeno conocido por todos los magnetizadores y que consiste en dar por medio de la voluntad a cualquier sustancia –al agua, por ejemplo- propiedades muy diversas: un gusto determinado, e incluso las cualidades activas de otras sustancias. Visto que sólo existe un elemento primitivo y que las propiedades de los diferentes cuerpos no son sino modificaciones de dicho elemento, resulta de ello que la más inofensiva de las sustancias tiene el mismo principio que la más venenosa. Así el agua, que está formada por una parte de oxígeno y dos de hidrógeno, se torna corrosiva si se duplica la proporción de oxígeno. Una transformación análoga puede operarse mediante la acción magnética dirigida por la voluntad del mangnetólogo. [*N. de A. Kardec*.]

secundarios que varían conforme a la intensidad de la fuerza y la dirección del movimiento?

- Esa opinión es correcta. Pero hay que añadir también: según la disposición de las moléculas, como se observa, por ejemplo, en un cuerpo opaco que puede tornarse transparente, y viceversa.

34. ¿Poseen las moléculas una forma determinada?

- No cabe duda de que las moléculas tienen una forma, pero ella no es perceptible para vosotros.

34 a. Esa forma ¿es constante o variable?

- Constante en las moléculas elementales primitivas, pero variable en las secundarias, que de por sí sólo son aglomeraciones de las primeras. Porque lo que llamáis vosotros molécula está todavía lejos de ser la molécula elemental.

IV.- Espacio universal

35. El espacio universal ¿es infinito o limitado?

- Infinito. Si le supones límites, ¿qué habrá más allá? Bien comprendo que esto confunde tu razón, y con todo ella te está diciendo que no puede ser de otra manera. Lo propio acontece con lo infinito en todas las cosas. En vuestro pequeño ámbito no podéis comprenderlo.[25]

Si se supone un límite al espacio, por muy distante que la mente pueda concebirlo, la razón dice que allende esa frontera habrá algo más, y así sucesivamente hasta el infinito: porque ese algo, aunque fuera el vacío absoluto, seguiría siendo todavía espacio.

36. El vacío absoluto ¿existe en alguna parte del espacio universal?

- No, nada está vacío. Lo que a ti te parece vacío se halla ocupado por una materia que se sustrae a tus sentidos y a tus instrumentos de observación.

---

[25] Los cambios de personas gramaticales –ora la segunda del singular, *tú*, ora la segunda del plural, vosotros-, en el tratamiento que da el Espíritu a su o sus interlocutores, obedecen al hecho de que aquél se dirige alternativamente a uno de éstos en particular o a todos los asistentes a la reunión, e incluso a la humanidad entera. [*N. de J. H. Pires.*]

CAPÍTULO III

CREACIÓN

I.- Formación de los mundos

El Universo comprende la infinidad de los mundos que vemos y los que no vemos, todos los seres animados e inanimados, la totalidad de los astros que en el espacio se desplazan y los fluidos que llenan este último.

37. El Universo ¿ha sido creado o existe de toda eternidad, como Dios?

- Indudablemente, no ha podido hacerse solo, y si existiese de toda eternidad, igual que Dios, no podría ser obra de Dios.

La razón no dice que el Universo no ha podido autocrearse, y puesto que no puede ser obra del azar, debe serlo de Dios.

38. ¿Cómo creó Dios el Universo?

- Para valerme de una expresión corriente: por su voluntad. Nada expresa mejor esa todopoderosa voluntad como las bellas palabras del *Génesis*: “Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz”. [26]

39. ¿Podemos conocer cómo se realizó la formación de los mundos?

- Todo lo que es posible decir, y que podáis vosotros comprender, es que los mundos se forman por la condensación de la materia diseminada en el espacio.

40. Los comentas ¿serían –como hoy se piensa- un principio de condensación de la materia y mundos en vías de formación?

- Esto es exacto, pero lo absurdo consiste en creer en su influencia. Quiero decir, ese influjo que vulgarmente se les atribuye, dado que todos los cuerpos planetarios tienen su parte de influencia en ciertos fenómenos físicos.

[26] *Génesis*, cap. 1:3. En esta, como en las siguientes citas bíblicas que se hacen en el texto, a efectos de impedir retraducciones nos serviremos de la edición de la Biblia en castellano, en la antigua versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602), etcétera, publicada en 1960 por las Sociedades Bíblicas en América Latina. [*N. del T. al cast.*]

41. Un mundo completamente formado ¿puede desaparecer, y la materia que lo integra dispersarse de nuevo en el espacio?

- Sí: Dios renueva los mundos, así como renueva los seres vivientes.[27]

42. ¿Podemos saber cuánto dura la formación de los mundos: de la Tierra, por ejemplo?

- Yo no puedo decírtelo, porque sólo el Creador lo sabe, y sería un demente quien pretendiera saberlo, o conocer el número de siglos que esa formación demandó.

II.- Formación de los seres vivientes

43. ¿Cuándo comenzó la Tierra a poblarse?

- En el principio todo era el caos. Los elementos se hallaban confundidos. Poco a poco cada cosa fue tomando su lugar: entonces aparecieron seres vivientes adaptados al estado en que se encontraba el globo.

44. ¿De dónde vinieron los seres vivientes a la Tierra?

- La Tierra contenía los gérmenes que esperaban el momento propicio para desarrollarse. Los principios orgánicos se reunieron tan pronto como cesó la fuerza que los mantenía apartados, y formaron los gérmenes de todos los seres vivos. Estos gérmenes permanecieron en estado latente e inerte, del modo que lo hacen las crisálidas y las semillas de las plantas, hasta el instante favorable para la eclosión de cada especie. Entonces, los seres de cada especie se reunieron, multiplicándose.

45. Antes de la formación de la Tierra ¿dónde estaban los elementos orgánicos?

- Se hallaban, si así vale decirlo, en el espacio y en estado fluídico, en medio de los Espíritus, o en otros planetas, aguardando la

---

[27] Esta afirmación de los Espíritus está de acuerdo con ciertas hipótesis modernas sustentadas por los astrónomos. Por ejemplo, en aquella parte del cielo, entre Marte y Júpiter, donde KÉPLER, BODE y TITIUS calcularon matemáticamente que debía existir otro cuerpo planetario, se encontró, en efecto, una considerable acumulación de asteroides de las más variadas formas y tamaños, que se supone eran los restos de un quinto planeta, conocido asimismo como Planeta 28 o Faetón. [*N. del T. al cast.*] Dicha teoría es hoy descartada, y se le considera más bien un protoplaneta que debido al campo gravitatorio que ejerce Júpiter no llegó a formarse. [*N. del copista.*]

creación de la Tierra para iniciar una nueva existencia en un globo nuevo también.

La química nos muestra a las moléculas de los cuerpos inorgánicos uniéndose para formar cristales de una regularidad constante, según cada especie, tan pronto como alcanzan las condiciones requeridas. La menor perturbación que se opere en tales condiciones basta para impedir la reunión de los elementos o, cuando menos, su disposición regular, que constituye el cristal. ¿Por qué no ocurriría lo propio con los elementos orgánicos? A menudo conservamos durante años simientes de plantas y gérmenes de animales que sólo se desarrollan a determinada temperatura y en un medio propicio. Se ha visto a granos de trigo germinar pasados varios siglos. Hay, pues, en esas semillas un principio latente **de vitalidad, que no espera sino una circunstancia favorable para desarrollarse. Lo que sucede a diario a nuestra mirada ¿no puede haber existido desde el origen del planeta? Esa formación de los seres vivientes que surgen del caos por la fuerza misma de la Naturaleza ¿resta algo a la grandeza de Dios? Lejos de esto, responde mejor a la idea que nos formamos de su poder ejerciéndose sobre infinidad de mundos por medio de leyes eternas. Cierto es que esta teoría no resuelve la cuestión del origen de los elementos vitales, pero Dios tiene sus misterios y ha puesto fronteras a nuestras investigaciones.**

46. ¿Hay todavía seres que nacen por generación espontánea?

- Sí, pero el germen primitivo existía ya en estado latente. Todos los días sois testigos de este fenómeno. ¿Acaso los tejidos del hombre y de los animales no contienen gérmenes de una muchedumbre de gusanos que aguardan, para hacer eclosión, la fermentación pútrida necesaria a su existencia? Es ese minúsculo mundo que dormita y despierta.[28]

47. Entre los elementos orgánicos contenidos en el globo terrestre ¿se encontraba la especie humana?

---

[28] Es necesario aclarar que no se hace referencia aquí a la obsoleta teoría de la abiogénesis, refutada primero por FRANCESCO REDI en 1668, dándole su golpe de gracia LOUIS PASTEUR en 1864. Sino a un principio netamente espírita ampliado en la obra “La Génesis” también de Allan Kardec. El sentido del texto vendría a ser que la vida surge a consecuencia de la transformación de la materia orgánica, las **moléculas** del ser humano o de los animales, sirven para que otros seres vivos se desarrollen. “Todo cambia nada permanece, todo se transforma, todo tiene un sentido en la evolución”. [*N. del copista*]

- Sí, y a su tiempo fue creada. Es lo que hizo decir que el hombre ha sido formado del lodo de la tierra.

48. ¿Podemos conocer la época de la aparición del hombre y demás seres vivos en la Tierra?

- No. Y todos vuestros cálculos son quiméricos.

49. Si el germen de la especie humana se hallaba entre los elementos orgánicos del globo, ¿por qué no se forman hombres por generación espontánea, como en su origen?

- El principio de las cosas permanece entre los secretos de Dios. Mas, sin embargo, se puede afirmar que los hombres, una vez dispersados por el mundo, han absorbido en sí los elementos requeridos para su formación, a fin de transmitirlos según las leyes de la reproducción. Lo propio acontece con las diversas especies de seres vivientes.

III.- Población de la Tierra. – Adán

50. La especie humana ¿comenzó por un solo hombre?

- No. El que habéis llamado Adán, no fue el primero ni el único que pobló la Tierra.

51. ¿Podemos saber en qué época vivió Adán?

- Más o menos en aquella que le asignáis: alrededor de 4000 años antes de Cristo.

El hombre al que la tradición he perpetuado con el nombre de Adán fue uno de los que sobrevivieron, en una región, después de algunos de los grandes cataclismos que en diversas épocas han trastornado la superficie del globo, y pasó a ser la cepa de una de las razas que en la hora actual lo pueblan. Las Leyes de la Naturaleza contradicen la creencia de que los progresos de la humanidad, comprobados mucho tiempo antes de Cristo, hayan podido realizarse en unos pocos siglos, lo que sucedería, si el hombre sólo hubiera estado sobre la Tierra desde la época que se asigna a la existencia de Adán. Hay quienes consideran –y con mayor razón- que Adán ha sido un mito o una alegoría que personifica a las primeras edades del mundo.

IV.- Diversidad de las razas humanas

52. ¿De qué provienen las diferencias físicas y morales que distinguen a las distintas razas de hombres existentes en la Tierra?

- Del clima, la vida y los hábitos. Lo mismo sucede con dos hijos de una misma madre que, educados lejos uno del otro y en forma diferente, no se asemejarán en nada, en lo que respecta a lo moral.

53. El hombre ¿apareció en varios puntos del globo?

- Sí, y en diversas épocas. Es esta una de las causas de la variedad de las razas. Después los hombres, al dispersarse y establecerse en diferentes climas, mezclándose con otras razas, han formado tipos nuevos.

53 a. Esas diferencias ¿constituyen especies distintas?

- Por cierto que no: todos son de una misma familia. Las diversas variedades de un mismo fruto ¿le impiden acaso pertenecer a una misma especie?

54. Si la especie humana no procede de un solo individuo, ¿deben los hombres dejar de considerarse hermanos?

- Todos los hombres son hermanos en Dios, por cuanto se hallan animados por el Espíritu y marchan hacia un mismo objetivo. Vosotros queréis siempre interpretar las palabras literalmente.

V.- Pluralidad de los mundos

55. ¿Todos los globos que giran en el espacio están habitados?

- Sí, y el hombre de la Tierra se halla lejos de ser –como cree- el primero en inteligencia, bondad y perfección. Sin embargo, hay seres humanos que se consideran muy grandes e imaginan que este pequeño globo es el único que posee el privilegio de tener seres racionales. ¡Orgullo y vanidad! Piensan que Dios creó el Universo para ellos solos…

Dios ha poblado los mundos con seres vivientes, todos los cuales concurren al objetivo final de la Providencia. Creer que los seres vivos se hallan confinados al único punto que habitamos nosotros en el Universo equivale a poner en duda la sabiduría de Dios, que nada inútil hizo. Él debió asignar a esos mundos una

finalidad más importante que la de recrear nuestra vista. Por otra parte, nada, ni en la posición, ni en el volumen, ni en la constitución física de la Tierra, puede razonablemente llevar a suponer que sólo ella posea el privilegio de estar habitada, con exclusión de tantos millares de mundos similares.

56. Los diversos cuerpos celestes ¿poseen una misma constitución física?

- No. No se asemejan en modo alguno.

57. Visto que la constitución física de esos mundos no es igual en todos, ¿se deduce de ello que los seres que los habitan tengan una organización diferente?

- Sin lugar a dudas, así como, entre vosotros, los peces se hallan constituidos para vivir en el agua, y los pájaros en el aire.

58. Los mundos que se encuentran más distantes del Sol ¿están privados de luz y calor, ya que el Sol se muestra a ellos sólo con la apariencia de una estrella?

- ¿Creéis, entonces, que no existan otras fuentes de luz y calor que el Sol? ¿Olvidáis por completo la electricidad, que en algunos mundos desempeña un rol que desconocéis, harto más importante que en la Tierra? Por lo demás, no se ha dicho que todos los seres sean iguales a vosotros y con órganos conformados similarmente a los vuestros.

Las condiciones de existencia de los seres que habitan los diferentes mundos deben ser adecuadas al medio en que son llamados a vivir. Si nunca hubiéramos visto peces no comprenderíamos que ciertos seres pudieran vivir en el agua. Lo mismo ocurre en los otros cuerpos celestes, que poseen sin duda elementos que nos son desconocidos. ¿Acaso no vemos en la Tierra las prolongadas noches polares, que son iluminadas por la electricidad de las auroras boreales? ¿Es por ventura imposible que en ciertos globos la electricidad abunde más que en la Tierra y represente en ellos un papel general cuyos efectos no podemos comprender? Así pues, tales mundos pueden contener en sí mismos las fuentes de calor y de luz necesarias a sus habitantes.

VI.- Consideraciones y concordancias bíblicas relativas a la Creación

59. Los pueblos se han formado ideas muy divergentes acerca de la Creación, según el grado de sus conocimientos. La razón, apoyada en la ciencia, ha reconocido la inverosimilitud de ciertas teorías. La que ofrecen los Espíritus confirma la opinión admitida de mucho tiempo atrás por los hombres más esclarecidos.

La objeción que es posible hacer a esta teoría consiste en el hecho de que ella está en contradicción con los textos de los libros sagrados. Pero un examen serio permite comprobar que dicha contradicción es más aparente que real, y que resulta de la interpretación que se da a textos que a menudo tienen un sentido alegórico.

La cuestión del primer hombre personificado por Adán como tronco único de la humanidad no es la única sobre la cual hayan debido modificarse las creencias religiosas. El movimiento de la Tierra pareció en cierta época tan opuesto a los textos sagrados que no hubo ningún tipo de persecuciones que esta teoría no haya sufrido. Y, sin embargo, la Tierra gira a despecho de los anatemas, y en la hora actual nadie podría rebatirlo sin agraviar su propia razón.

La Biblia afirma, asimismo, que el mundo fue hecho en seis días y fija la época de su creación más o menos 4000 años antes de la Era Cristiana. Con anterioridad a ese tiempo la Tierra no existía. El texto es formal en cuanto a que fue sacada de la nada. Y he aquí que la ciencia positiva, la inexorable ciencia viene a probar ahora lo contrario. La formación del globo ha quedado escrita con caracteres imprescriptibles en el mundo fósil y está probado que los seis días de la Creación son otros tantos períodos, cada uno de los cuales duró quizá varios centenares de miles de años. Esto no representa en modo alguno un sistema, doctrina o dictamen aislado, sino que es un hecho tan constante como el del movimiento de la Tierra, y que la teología no puede rehusarse a admitir: prueba evidente del error en que podemos incurrir si tomamos al pie de la letra las expresiones de un

lenguaje que con frecuencia es figurado.[29] Ahora bien, ¿hay que concluir de ello que la Biblia esté equivocada? No, sino que los hombres se han engañado al interpretarla. [30]

Al examinar los archivos de la Tierra la ciencia ha verificado el orden en que los diversos seres vivientes aparecieron en su superficie, y ese orden está de acuerdo con el señalado en el Génesis**, salvo la diferencia de que la población del globo, en vez de haber surgido milagrosamente de manos de Dios en unas pocas horas se operó –siempre por su voluntad, pero según la ley que rige las fuerzas de la Naturaleza- en algunos millones de años. ¿Es Dios por esto menos grande y poderoso? ¿Acaso su obra es menos sublime por no poseer el prestigio de la instantaneidad? Salta a la vista que no. Habría que tener una idea muy mezquina de la Divinidad para no reconocer su omnipotencia en las leyes eternas que ha establecido para regir los mundos. Lejos de empequeñecer la obra divina, la ciencia nos la muestra bajo un aspecto más grandioso y más acorde con las nociones que tenemos acerca del poder y la majestad de Dios, incluso por las circunstancias de que dicha obra se realizó sin derogar las leyes de la Naturaleza.**

La ciencia –de acuerdo con esto con Moisés- sitúa al hombre en último término en el orden de la creación de los seres vivientes. Pero Moisés establece que el Diluvio Universal aconteció en el año 1654 de la creación del mundo, al paso que la geología afirma que ese gran cataclismo fue anterior a la aparición del hombre, visto el hecho de que hasta la fecha se no se ha encontrado en las capas primitivas ninguna huella de su presencia, ni de la de los animales de igual clase desde el punto de vista físico. Mas nada prueba que ello sea imposible. Muchos descubrimientos han planteado dudas a este respecto. Es posible, en consecuencia, que de un momento a otro se adquiera la certidumbre material de tal anterioridad de la raza humana, y entonces se reconocerá que acerca de este punto –como sobre otros- el texto bíblico tiene un carácter figurado. La cuestión reside en saber si el cataclismo geológico es el mismo que el de

[29] Las recientes declaraciones del Papa Pío XII, que admite los cálculos de la ciencia en lo que respecta a la formación de la Tierra, confirma el acierto de Kardec en este pasaje. [*N. de J. H. Pires.*]

[30]Advertencia a quienes condenan la Biblia sin tomar en cuenta los factores históricos y el lenguaje figurado de su texto. [*N. de J. H. Pires.*]

Noé. Ahora bien, el tiempo necesario a la formación de las capas fósiles no permite confundirlas, y tan pronto como se hayan encontrado vestigios de la existencia del hombre antes de la gran catástrofe quedará probado, o que Adán no ha sido el primer ser humano, o que su creación se pierde en la noche de los tiempos. Contra la evidencia no existen razonamientos valederos y habrá que aceptar este hecho, así como se han admitido el del movimiento de la Tierra y el de los seis períodos de la Creación.

Es cierto que la existencia del hombre antes del diluvio geológico sigue siendo hipotética, pero ved aquí cómo lo es menos: Admitiendo que el hombre haya surgido por vez primera en la Tierra 4000 años antes de Cristo, si 1650 años más tarde la raza humana entera fue destruida con excepción de una sola familia, resulta de ello que el poblamiento de la Tierra sólo data de Noé, esto es, de 2350 años antes de nuestra era. Ahora bien, cuando los hebreos emigraron a Egipto, en el siglo décimo octavo, encontraron a ese país muy poblado y adelantado en civilización. La historia prueba que en aquella época la India y otras comarcas eran asimismo florecientes, incluso sin tomar en cuenta la cronología de ciertos pueblos, que se remonta a una época harto más remota. Hubiera sido preciso que desde el siglo vigésimo cuarto hasta el décimo octavo, vale decir, en el término de seiscientos años, no sólo la descendencia de un solo hombre hubiera podido poblar todas las inmensas comarcas entonces conocidas –suponiendo que no lo estuviesen las otras-, sino que en tan corto intervalo la especie humana haya podido levantarse de la ignorancia absoluta del primitivo estado hasta el grado más alto del desarrollo intelectual, lo que está en contradicción con todas las leyes de la antropología.

En apoyo de esta opinión acude, inclusive, la diversidad de las razas. El clima y los hábitos producen, sin lugar a dudas, modificaciones en las características físicas, pero es sabido ya hasta qué punto puede llegar la influencia de esos factores, y el examen fisiológico demuestra que hay entre ciertas razas diferencias constitucionales más profundas que las que pueda ocasionar el clima. El cruzamiento de las razas produce tipos intermedios, tendiendo a borrar los caracteres extremos, pero no crea otros caracteres, sino tan sólo variedades de ellos. Pues bien, para que se haya operado un cruzamiento de razas hacía falta que hubiera distintas razas, y ¿cómo explicar entonces la existencia de éstas si se les atribuye un tronco común y, sobre

todo, tan cercano? ¿Cómo admitir que en unos pocos siglos ciertos descendientes de Noé se hayan transformado hasta el punto de producir la raza etíope, por ejemplo? Semejante metamorfosis no es más admisible que la hipótesis de un tronco común para el lobo y la oveja, el elefante y el pulgón, el pájaro y el pez. Una vez más, nada podría prevalecer contra la evidencia de los hechos. Por el contrario, todo se explica admitiendo la existencia del hombre antes de la época que comúnmente se le asigna; la diversidad de orígenes; de Adán, que vivió hace seis mil años, como habiendo poblado una región aún inhabitada; el diluvio de Noé, como una catástrofe parcial que ha sido confundida con el cataclismo geológico;[31]tomando en cuenta, por último, la forma alegórica peculiar del estilo oriental, la que se encuentra en los libros sagrados de todos los pueblos. De ahí que sea prudente no enrolarse con demasiada ligereza contra aquellas doctrinas que tarde o temprano pueden –como tantas otras- dar un mentís a quienes las combaten. Lejos de perder, las ideas religiosas crecen al marchar con la ciencia. Y es este el único medio para no ofrecer al escepticismo un lado vulnerable.

[31] Las excavaciones arqueológicas realizadas por sir CHARLES LEONARD WOOLLEY en 1929 al norte de Basora, cerca del golfo Pérsico, que llevaron al descubrimiento de Ur, revelaron la existencia de restos de una catástrofe diluviana acontecida exactamente cuatro mil años antes de Cristo. Al encontrar la capa de lodo que cubría las ruinas de la primitiva Ur, WOOLLEY transmitió al mundo la noticia en los términos siguientes: "Hemos hallado señales del Diluvio Universal". Trabajos posteriores permitieron verificar el hecho, demostrando que hubo un diluvio local del delta del Tigris y el Éufrates, exactamente en la fecha que la Biblia señala. Esto viene a confirmar la previsión de Kardec. *[N. de J. H. Pires.*]

CAPÍTULO IV

PRINCIPIO VITAL

I.- Seres orgánicos e inorgánicos

Los seres orgánicos son aquellos que poseen en sí una fuente de actividad íntima que les da la vida. Nacen, crecen, se reproducen por sí mismos, y después mueren. Están provistos de órganos especiales para el cumplimiento de los diversos actos de la vida y que son adecuados a sus necesidades en lo que atañe a su conservación. Los seres orgánicos incluyen a los hombres, animales y vegetales. Por su parte, los seres inorgánicos son todos aquellos que no tienen vitalidad ni movimientos propios y que sólo se hallan formados por la agregación de materia. Tales son los minerales, el agua, el aire, etcétera.

60. En los cuerpos orgánicos y en los inorgánicos ¿es la misma fuerza la que une los elementos de la materia?

- Sí, la ley de atracción es la misma para todos.

61. ¿Hay una diferencia entre la materia que integra los cuerpos orgánicos y la que forma los cuerpos inorgánicos?

- Siempre es la misma materia, pero en los cuerpos orgánicos está "animalizada".[32]

62. ¿Cuál es la causa de la "animalización" de la materia?

- Su unión con el principio vital.

63. El principio vital ¿reside en un agente particular, o no es sino una propiedad de la materia organizada? En pocas palabras: ¿es un efecto o una causa?

- Es lo uno y lo otro. La vida es un efecto producido por la acción de un agente sobre la materia. Ese agente, sin la materia, no constituye la vida, así como la materia no puede hallarse viva sin dicho agente. Éste comunica la vida a todos los seres que lo absorben y se lo asimilan.

[32] Aquí también, como al comienzo de la obra, este vocablo se emplea en su acepción, poco utilizada, de "convertirse en animal". [*N. del T. al cast.*]

64. Hemos visto que espíritu y materia son dos elementos constitutivos del Universo. En tal caso ¿el principio vital será un tercero?

- Es, a no dudarlo, uno de los elementos necesarios a la constitución del Universo, pero a su vez tiene su origen en la materia universal modificada. Para vosotros es un elemento, del modo que lo son el oxígeno y el hidrógeno, los cuales, sin embargo, no constituyen elementos primitivos, porque todos ellos proceden de un mismo principio.

64 a. De ello, ¿parece resultar entonces, que la vitalidad no tiene su principio en un agente primitivo distinto, sino en una propiedad especial de la materia universal, adquirida por ciertas modificaciones?

- Tal es la consecuencia de lo que hemos dicho.

65. El principio vital, ¿reside en uno de los cuerpos que conocemos?

- Tiene su fuente en el fluido universal. Es lo que llamáis fluido magnético o fluido eléctrico “animalizado”. Es el intermediario, el vínculo o lazo entre el espíritu y la materia.

66. El principio vital ¿es el mismo para todos los seres orgánicos?

- Sí, y modificado según las especies. Es él el que les da movimiento y actividad y los hace distinguirse de la materia inerte, pues el movimiento de la materia no constituye la vida. Aquélla recibe dicho movimiento, no lo produce.

67. La vitalidad ¿es un atributo permanente del agente vital, o esa vitalidad sólo se desarrolla por el funcionamiento de los órganos?

- No se desarrolla sino con el cuerpo. ¿No hemos dicho ya que ese agente sin la materia no constituye la vida? Es menester la unión de ambos para producirla.

67 a. ¿Se puede decir que la vitalidad se encuentra en estado latente cuando el agente vital no está unido al cuerpo?

- Sí, así es.

El conjunto de los órganos integra una especie de mecanismo que recibe su impulso de la actividad íntima o principio vital que existe en aquéllos. El principio vital es la fuerza motriz de los cuerpos orgánicos. Al mismo tiempo que el agente vital comunica impulso a los órganos, la acción de estos últimos mantiene y desarrolla la actividad del agente vital, más o menos de la manera que el frotamiento origina calor.

II.- La vida y la muerte

68. ¿Cuál es la causa de la muerte en los seres orgánicos?
- Agotamiento de los órganos.

68 a. ¿Se podría comparar la muerte con la cesación del movimiento de una máquina descompuesta?
- Sí, porque si la máquina ha sido mal armada sus resortes se rompen, y si el cuerpo está enfermo, la vida se extingue.

69. ¿Por qué una lesión del corazón, más bien que la de otros órganos, ocasiona la muerte?
- El corazón es una máquina de vida. Pero no es el único órgano cuya lesión produzca la muerte. Sólo constituye uno de los engranajes esenciales.

70. ¿En qué se convierten la materia y el principio vital de los seres orgánicos cuando éstos mueren?
- La materia inerte se descompone y forma nuevos cuerpos. El principio vital retorna a la masa.

Una vez muerto el ser orgánico, los elementos que lo integran sufren nuevas combinaciones que forman seres nuevos. Éstos extraen de la fuente universal el principio de la vida y de la actividad, lo absorben y lo asimilan, para devolverlo a esa fuente cuando cesan ellos de existir.

Los órganos están, si así vale decirlo, impregnados de fluido vital. Dicho fluido da a todas las partes del organismo una actividad que les permite a éstas el comunicarse entre sí, tal el caso de ciertas lesiones, y restablecer funciones temporariamente suspendidas. Pero, cuando los elementos esenciales al funcionamiento de los órganos son destruidos, o su alteración es demasiado profunda, el fluido vital resulta impotente para transmitirles el movimiento de la vida, y entonces el ser muere.

Los órganos reaccionan más o menos necesariamente unos sobre otros. De la armonía del conjunto que integran resulta su acción recíproca. Cuando cualquier causa destruye esa armonía sus funciones se detienen, como el movimiento de un mecanismo cuyos engranajes esenciales se han averiado. Similarmente a un reloj que se gasta con el tiempo o sufre un desperfecto accidental, y cuya fuerza motriz es impotente para hacerlo funcionar.

Tenemos una imagen más exacta de la vida y la muerte en un acumulador eléctrico. Este aparato almacena electricidad, como todos los cuerpos de la Naturaleza en estado latente. Pero los fenómenos eléctricos sólo se manifiestan cuando el fluido es puesto en actividad por una causa especial: entonces se podría decir que el acumulador está vivo. Cuando la actividad se detiene, el fenómeno cesa y el artefacto vuelve a su estado de inercia. Así pues, los cuerpos orgánicos serían una especie de batería o acumulador eléctrico en el cual la actividad del fluido produce el fenómeno de la vida: la cesación de dicha actividad ocasiona la muerte.

La cantidad de fluido vital no es idéntica en todos los seres orgánicos. Varía según las especies, y tampoco es constante, ya sea en un mismo individuo o bien en los individuos de determinada especie. Los hay que se hallan –por así decirlo- saturados de fluido vital, al paso que otros tienen apenas la cantidad suficiente. De ahí que algunos lleven una vida más activa y energética, y en cierta manera superabundante.

Por otra parte, la reserva de fluido vital también se agota. El que tiene más puede darlo al que posee menos y, en ciertos casos, reanimar una vida pronta a extinguirse.[33]

III.- Inteligencia e instinto

71. La inteligencia ¿es un atributo del principio vital?

- No, puesto que las plantas viven y no piensan: no poseen sino vida orgánica. Inteligencia y materia son independientes, ya que un cuerpo puede vivir sin la inteligencia, pero ésta a su vez sólo puede manifestarse mediante órganos materiales. Es menester la unión del espíritu para comunicar actividad inteligente a la materia "animalizada".

La inteligencia es una facultad especial propia de ciertas clases de seres orgánicos, que les da, con el pensamiento, voluntad de obrar, conciencia de su existencia y de su individualidad, así como los medios para establecer relaciones con el mundo exterior y proveer a sus necesidades.

[33] Tal es lo que ocurre con los magnetizadores, y con los pases fluídicos dados en los centros espíritas. [*N. del copista*.]

Así pues, podemos distinguir: Primero**, los seres inanimados, formados sólo de materia, sin vitalidad ni inteligencia: éstos son los cuerpos inertes.** Segundo**: los seres animados no pensantes, formados de materia y dotados de vitalidad, pero desprovistos de inteligencia. Y** tercero: **los seres animados y pensantes, formados de materia, dotados de vitalidad y que poseen, además, un principio inteligente que les otorga la facultad de pensar.**

72. ¿Cuál es la fuente de la inteligencia?

- Ya lo hemos dicho: la inteligencia universal.

72 a. ¿Se podría afirmar, entonces, que cada ser toma una porción de inteligencia de la fuente universal y se la asimila, de la manera que se asimila el principio de la vida material?

- Esto es sólo una comparación, pero no exacta, por cuanto la inteligencia es una facultad propia de cada ser y constituye su individualidad moral. Por lo demás, ya sabéis vosotros que existen cosas que no es dado al hombre penetrar, y ésta se incluye entre ellas, por el momento…

73. El instinto ¿es independiente de la inteligencia?

- No precisamente, porque es una especie de inteligencia. El instinto constituye una inteligencia no racional, y mediante él todos los seres proveen a sus necesidades.

74. ¿Podemos establecer un límite entre instinto e inteligencia, esto es, precisar dónde termina aquél y empieza ésta?

- No, pues a menudo se confunden. Pero se puede distinguir muy bien los actos que pertenecen al instinto de aquellos otros que corresponden a la inteligencia.

75. ¿Es exacto afirmar que las facultades instintivas disminuyen conforme van creciendo las facultades del intelecto?

- No. El instinto sigue existiendo, pero el hombre lo descuida. El instinto puede también inducir al bien. Casi siempre nos guía, y en ocasiones lo hace con más seguridad que la razón. No se extravía jamás.

75 a. ¿Por qué la razón no es siempre una guía infalible?

- Sería infalible si no fuese falseada por una educación deficiente y por el orgullo y el egoísmo. El instinto no razona. La razón deja al hombre escoger, dándole el libre arbitrio.

El instinto es una inteligencia rudimentaria que difiere de la inteligencia propiamente dicha, en que sus manifestaciones son casi siempre espontáneas, en tanto que las de la inteligencia constituyen el resultado de una combinación y de un acto volitivo o deliberado.

Las manifestaciones del instinto varían según las especies y sus necesidades. En los seres que poseen conciencia y percepción de las cosas exteriores el instinto se alía a la inteligencia, vale expresar, a la voluntad y a la libertad.

Libro Segundo

MUNDO ESPÍRITA O DE LOS ESPÍRITUS

CAPÍTULO I

DE LOS ESPÍRITUS

I.- Origen y naturaleza de los Espíritus

76.¿Qué definición se puede dar de los Espíritus?

- Podemos decir que los Espíritus son los Seres inteligentes de la Creación. Pueblan el Universo fuera del mundo material.

Nota: **La palabra** Espíritu **se emplea aquí para designar a las individualidades de los Seres extra-corpóreos y no al elemento inteligente universal.**

77.Los Espíritus ¿son Seres distintos de la Divinidad, o bien constituirían tan sólo emanaciones o parcelas de Ella, llamándoseles por tal razón hijos o criaturas de Dios?

- ¡Dios mío! Son su obra, exactamente como un hombre que construye una máquina. Esa máquina es la obra del hombre y no él mismo. Bien sabes que cuando el hombre hace una cosa bella y útil la denomina su criatura o su creación. Pues bien, lo propio acontece con Dios: somos sus hijos, puesto que somos su obra.

78.Los Espíritus ¿han tenido un principio o existen, como Dios, de toda eternidad?

- Si no hubieran tenido un principio sería iguales a Dios, pero constituyen su creación y se hallan sometidos a su voluntad. Dios existe de toda eternidad, y esto es incontestable, pero en lo que se refiere a saber cuándo y cómo Él nos creó, no sabemos nada al respecto. Puedes decir que no hemos tenido comienzo si entiendes por ello que, siendo Dios eterno, debió crear sin tregua pero cuándo y cómo fue hecho cada uno de nosotros, te lo repito, nadie lo sabe: allí reside el misterio.

79. Puesto que dos elementos generales hay en el Universo –el elemento inteligente y el material- ¿se podría afirmar que los Espíritus están formados del elemento inteligente, así como los cuerpos inertes se hallan integrados por el elemento material?

- Es evidente: los Espíritus son la individualización del principio inteligente, del modo que los cuerpos constituyen la individualización del principio material; lo que desconocemos es la época y la manera de esa formación.

80. ¿Es permanente la creación de Espíritus, o sólo tuvo lugar en el principio de los tiempos?

- Es permanente, o sea que Dios no ha cesado jamás de crear.

81. ¿Se forman los Espíritus espontáneamente, o proceden los unos de los otros?

- Dios los crea, como a todas las demás criaturas, por su voluntad. Pero, una vez más lo repito, su origen es un enigma.

82. ¿Es exacto expresar que los Espíritus son inmateriales?

- ¿Cómo se podría definir algo cuando se carece de términos de comparación, y con un lenguaje insuficiente? Un ciego de nacimiento ¿puede acaso definir la luz? “Inmaterial” no es la palabra. “Incorpóreo” sería más exacto, porque debes comprender bien que, siendo el Espíritu una creación, debe ser algo. Es una materia quintaesenciada, pero sin analogía para vosotros, y tan etérea que no puede se percibida por vuestros sentidos.

Decimos que los Espíritus son inmateriales porque su esencia difiere de cuanto conocemos con el nombre de materia. Un pueblo de ciegos no dispondría de términos para expresar la luz y sus efectos. El que es ciego de nacimiento cree tener todas las percepciones mediante el oído, el olfato, el gusto y el tacto. No comprende las ideas que le daría el sentido de que carece. Así también, en lo que concierne a la esencia de los seres suprahumanos, somos nosotros verdaderos ciegos. Sólo podemos definirlos mediante comparaciones siempre imperfectas, o esforzando nuestra imaginación. [34]

[34] Objeto de esta referencia son los Espíritus revestidos de su periespíritu. Sin el periespíritu nada tienen ellos de material, conforme vemos en la respuesta dada al parágrafo 79. [*N. de J. H. Pires.*]

83. Los Espíritus ¿tienen un fin? Se comprende que el principio de que dimanan sea eterno, pero lo que preguntamos es si su individualidad tendrá un término y si en determinado tiempo, más o menos prolongado, el elemento de que están formados no se disgrega y retorna a la masa, como acontece con los cuerpos materiales. Resulta difícil entender que algo que tuvo principio pueda no tener fin.

- Muchas cosas hay que vosotros no comprendéis, por cuanto vuestra inteligencia es limitada, y esa no es una razón para rechazarlas. El niño no comprende todo lo que entiende su padre, ni el ignorante todo lo que comprende el sabio. Te decimos que la existencia de los Espíritus no concluye en modo alguno, y es todo cuanto podemos ahora decir.

II.- Mundo normal primitivo

84. ¿Constituyen los Espíritus un mundo aparte, fuera del que vemos nosotros?

- Sí, el Mundo de los Espíritus, o de las Inteligencias incorpóreas.

85. En el orden de las cosas ¿cuál de los dos es el principal: el Mundo Espírita o el mundo corporal?

- El Mundo Espírita. Es preexistente y sobreviviente a todo.

86. ¿Podría el mundo corporal cesar de existir, o no haber existido nunca, sin alterar la esencia del Mundo Espírita?

- Sí. Son independientes, y sin embargo su correlación es incesante, pues reaccionan sin cesar el uno sobre el otro.

87. ¿Ocupan los Espíritus una región determinada y circunscrita en el espacio?

- Los Espíritus se encuentran por doquier. Los espacios infinitos se hallan poblados por ellos. Los hay que están sin cesar al lado de vosotros, observándoos y obrando sobre vosotros sin que lo advirtáis, pues los Espíritus son una de las potencias de la Naturaleza y los instrumentos de que Dios se sirve para el cumplimiento de sus designios providenciales. Pero no todos van a todas partes, porque hay regiones que están prohibidas a los menos adelantados.

III.- Forma y ubicuidad de los Espíritus

88.¿Tienen los Espíritus una forma determinada, limitada y constante?

- Para vuestros ojos, no, pero sí para los nuestros. Esa forma es, si así lo queréis, una llama, un fulgor o una chispa etérea.

88 a. Esa llama o chispa ¿posee un color determinado?

- Para vosotros, varía de lo oscuro hasta el brillo del rubí, según sea el Espíritu más o menos puro.

De ordinario se representa a los genios con una llama o una estrella en la frente. Es esta una alegoría que recuerda la naturaleza esencial de los Espíritus. Se la sitúa en lo alto de la cabeza, debido a que allí se halla la sede de la inteligencia.

89.Los Espíritus ¿ponen cierto tiempo en franquear el espacio?

- Sí, pero son tan veloces como el pensamiento.

89 a. El pensamiento ¿no es el alma misma que se transporta?

- Cuando el pensamiento se halla en un lugar, allí está también el alma, puesto que es esta última la que piensa. El pensamiento es un atributo.

90.El Espíritu que se desplaza de un sitio a otro ¿tiene conciencia de la distancia que recorre y de los espacios que atraviesa o, por el contrario, es transportado de súbito al lugar dónde quiere ir?

- Lo uno y lo otro. El Espíritu puede muy bien, si así lo desea, darse cuenta de la distancia que recorre, pero tal distancia puede asimismo borrársele por completo. Depende de su voluntad, y también, de su naturaleza más o menos depurada.

91.¿Es la materia un obstáculo para los Espíritus?

- No, pues lo penetran todo: aire, tierra, aguas, el fuego mismo les son igualmente accesibles.

92.¿Poseen los Espíritus el don de la ubicuidad? En otras palabras, un mismo Espíritu ¿puede dividirse o estar en varios puntos a la vez?

- No puede haber división de un mismo Espíritu. Pero, cada uno de ellos constituye un centro que irradia hacia diferentes lados, de ahí que parezca estar en varios lugares al mismo tiempo. El Sol, como ves, es sólo un y, sin embargo, irradia a todo su alrededor, enviando muy lejos sus rayos, no obstante lo cual no se divide.

92 a. ¿Todos los Espíritus irradian con igual potencia?

- Muy lejos de ello: su potencia de irradiación depende de su grado de pureza.

Cada Espíritu es una unidad indivisible, pero cada uno de ellos puede extender su pensamiento a lugares diversos sin por eso dividirse. Sólo en este sentido debe entenderse el don de ubicuidad que a los Espíritus se atribuye. Tal como un destello que proyecta a la distancia su fulgor y puede ser percibido desde todos los puntos del horizonte. Y tal como un hombre que, sin cambiar de sitio ni dividirse, puede transmitir órdenes, señales y movimientos a diferentes puntos.

IV.- Periespíritu

93. El Espíritu propiamente dicho ¿se halla descubierto –como algunos pretenden- o está rodeado de una sustancia determinada?

- El Espíritu se encuentra revestido de una sustancia vaporosa para ti, pero todavía muy grosera para nosotros: lo bastante vaporosa, sin embargo, para que pueda elevarse en la atmósfera y transportarse adonde quiera.

Así como el germen de un fruto se halla circundado por el periespermo, así también el Espíritu propiamente dicho está rodeado de una envoltura que, por comparación, podemos denominarla periespíritu.

94. ¿De dónde toma el Espíritu su envoltura semimaterial?

- Del fluido universal de cada globo. De ahí que no sea idéntica en todos los mundos. Al pasar de un mundo a otro el Espíritu muda de envoltura, como cambiáis vosotros de vestimenta.

94 a. ¿De manera, pues, que cuando los Espíritus que moran en los mundos superiores vienen aquí, a la Tierra, toman un periespíritu más grosero?

- Precisa que se revistan con vuestra materia: lo hemos dicho ya.

95. La envoltura semimaterial del Espíritu ¿adopta formas determinadas? Y ¿puede ser perceptible?

- Sí, una forma que plazca al Espíritu, y así se os aparece en ocasiones, ya sea durante vuestros sueños o cuando os halláis en

estado de vigilia, y así también puede adoptar una forma visible e incluso palpable.

V.- Diferentes órdenes de Espíritus

96.¿Son iguales unos a otros los Espíritus o, por el contrario, existe entre ellos una jerarquía?

- Son de diferentes órdenes, conforme al grado de perfeccionamiento que han alcanzado.

97.¿Hay entre los Espíritus un número determinado de órdenes o grado de perfección?

- Su número es ilimitado, porque no existe entre tales órdenes una línea de demarcación trazada como una barrera, de manera que es posible multiplicar o restringir a voluntad las divisiones. Con todo, si se consideran los caracteres generales, se puede reducir la cantidad a tres órdenes principales.

Es posible ubicar en la primera categoría a aquellos que han llegado a la perfección: los Espíritus puros. Los del segundo orden han alcanzado la mitad de la escala: la preocupación de éstos es el deseo del bien. Los del último grado se hallan aún en lo bajo de la escala: son los Espíritus imperfectos. Se caracterizan por la ignorancia, el deseo del mal y todas las malas pasiones que retrasan su desarrollo.

98.Los Espíritus del segundo orden, ¿tienen sólo el deseo del bien, o poseen asimismo el poder de hacerlo?

- Tienen ese poder, de acuerdo con su grado de perfección. Los unos poseen la ciencia, los otros la sabiduría y la bondad, pero todos ellos han de sufrir pruebas aún.

99.Los Espíritus del tercer orden, ¿son todos esencialmente malvados?

- No, los hay que no hacen ni bien ni mal. Otros, por el contrario, se complacen en el mal y se hallan satisfechos cuando encuentran ocasión de practicarlo. Están, después, los Espíritus frívolos o traviesos, más revoltosos que ruines, que disfrutan más bien con los enredos que con la maldad y encuentran placer en engañar y causar pequeñas contrariedades, las que los divierte.

VI.- Escala Espírita

100. *Observaciones preliminares*.- La clasificación de los Espíritus se basa sobre su grado de adelanto, las cualidades que han adquirido y las imperfecciones de que han de despojarse todavía. Por lo demás, esa clasificación no tiene nada de absoluto. Cada categoría representa un carácter definido sólo en su conjunto. Pero de un grado al siguiente la transición es imperceptible y en los límites de los grados el matiz se esfuma, igual que en los reinos de la Naturaleza, del modo que ocurre con los colores del arco iris e incluso con los diferentes períodos de la vida humana. En consecuencia, se puede concebir una cantidad más o menos grande de clases, según sea el punto de vista desde el cual se enfoque la cuestión. Ocurre aquí lo que en todo sistema de clasificación científica: pueden ser más o menos completos y más o menos racionales y cómodos para la inteligencia, pero, sean como fueren, no alteran en nada el fondo de la ciencia. Por tanto, los Espíritus interrogados acerca de este punto han podido diferir en el número de categorías, sin que de ello pueda extraerse mayor transcendencia. Se ha reparado en esta contradicción aparente, sin reflexionar en el hecho que los Espíritus no otorgan importancia ninguna a lo que es puro convencionalismo. Para ellos, el pensamiento significa todo. Dejan a nuestro arbitrio la forma, la elección de los términos, las clasificaciones; en suma, los sistemas.

Agreguemos todavía esta consideración, que no se ha de echar jamás en olvido: entre los Espíritus, como entre los hombres, los hay sobremanera ignorantes, y nunca nos guardaremos demasiado contra la tendencia a creer que todos ellos deben saberlo todo por el hecho de ser Espíritus. Toda clasificación exige método, análisis y conocimiento profundo del asunto. Ahora bien, en el Mundo de los Espíritus, aquellos que poseen conocimientos limitados son –como en la Tierra los ignorantes- inhábiles para abarcar un conjunto, para formular un sistema. Sólo de manera imperfecta conocen o comprenden cualquier clasificación. Para ellos, todos los Espíritus que están por encima de su nivel pertenecerán al primer orden, y piensan así porque no se hallan en condiciones de distinguir los matices del saber, la capacidad y moralidad que distinguen a aquéllos, tal como acontece entre nosotros con un hombre rudo que juzga a las personas ilustradas. Incluso los que son capaces de ello pueden diferir en cuanto a las categorías, según sea su punto de vista, en especial cuando una división no tiene nada de absoluto. Linneo, Jussieu y Tournefort tuvieron cada cual su método, y no por esto ha

experimentado cambio alguno la botánica. Porque ellos no inventaron las plantas ni los caracteres que las distinguen. Simplemente, observaron las analogías y con arreglo a ellas han formado los grupos o clases. Y bien, así hemos procedido nosotros: no inventamos a los Espíritus ni sus caracteres. Hemos visto y observado, los hemos juzgado conforme a sus palabras y sus hechos, y después los clasificamos por sus similitudes, basándonos en los datos que ellos nos proporcionaron.

Por regla general, los Espíritus admiten tres categorías principales u otras tantas grandes divisiones. En la última, la que está al pie de la escala, se hallan los Espíritus imperfectos, caracterizados por el predominio de la materia sobre el espíritu y la tendencia al mal. Los de la segunda, en cambio, se distinguen por el predominio del espíritu sobre la materia y por el deseo de realizar el bien: éstos son los Espíritus buenos. Y la primera comprende a los Espíritus puros, aquellos que han alcanzado el grado supremo de la perfección.

Tal división nos parece completamente racional y presenta caracteres bien definidos. Sólo nos restaba, entonces, hacer resaltar, por medio de un número suficiente de subdivisiones, los matices principales del conjunto. Y es lo que hemos hecho con ayuda de los Espíritus, cuyas bondadosas instrucciones no nos faltaron jamás.

Con el concurso de esta tabla será fácil determinar el rango y grado de superioridad o inferioridad de los Espíritus con los cuales podemos entrar en relación y, en consecuencia, conoceremos el grado de confianza y estima que deben merecernos. En cierto modo es esta la clave de la Ciencia Espírita, por cuanto sólo ella puede explicar las anomalías que presentan las comunicaciones, ilustrándonos respecto de las desigualdades intelectivas y morales de los Espíritus. Con todo, haremos notar que los Espíritus no siempre pertenecen de manera exclusiva a tal o cual clase. Puesto que su progreso se realiza en forma gradual, y a menudo más en un sentido que en otro, pueden reunir los caracteres de varias categorías, lo que se aprecia con facilidad juzgando su lenguaje y sus actos.

VII.- Tercer orden: Espíritus imperfectos

101. *Caracteres generales*.- Predominio de la materia sobre el espíritu. Tendencia al mal. Ignorancia y orgullo, egoísmo y todas las

malas pasiones que de él derivan. Tienen la intuición de Dios, mas no lo comprenden.

Sin embargo, no todos son esencialmente malos: en algunos de ellos hay más frivolidad, inconsecuencia y malicia que verdadera ruindad. Unos no hacen ni bien ni mal, pero sólo porque no realizan el bien denotan inferioridad. Otros, por el contrario, se complacen en el mal y se sienten satisfechos cuando se les presenta oportunidad para hacerlo.

Pueden aliar la inteligencia a la ruindad o a la malicia. Pero, sea cual fuere su desarrollo intelectual, sus ideas son poco elevadas, y sus sentimientos, más o menos abyectos.

Tienen conocimientos limitados acerca de las cosas del Mundo Espírita, y lo poco que saben de ello se confunde con las ideas y prejuicios de la vida corporal. No pueden darnos de aquél sino nociones falsas e incompletas. Mas el observador atento encuentra a menudo, en sus comunicaciones –no obstante su imperfección-, confirmadas las grandes verdades que los Espíritus superiores enseñan.

El carácter de estos Espíritus se revela por el lenguaje que emplean. Todo Espíritu que en el transcurso de sus comunicaciones deje traslucir un pensamiento malo puede ser incluido en el tercer orden. En consecuencia, todo pensamiento malo que se nos sugiera proviene de un Espíritu de ese orden.

Ven la felicidad de los buenos y esta visión constituye para ellos un tormento incesante, porque experimentan todas las angustias que la envidia y los celos pueden producir.

Conservan el recuerdo y la percepción de los sufrimientos de la vida corporal y esa impresión es muchas veces más penosa que la realidad misma. Así pues, sufren de veras los males que han soportado y los que infligieron a los demás; y, como los padecen durante mucho tiempo, creen que han de experimentarlos siempre. Dios, para castigarlos, quiere que así lo crean.

Podemos dividirlos en cinco clases principales:

102. *Décima clase: Espíritus impuros*.- Son propensos al mal y éste constituye el objeto de sus preocupaciones. En cuanto Espíritus, dan consejos pérfidos, alientan la discordia y la desconfianza y adoptan todos los disfraces para engañar mejor. Se apegan a las personas de carácter lo bastante débil para ceder a sus sugestiones, y hacen esto a fin de empujarlas hacia su perdición, satisfechos de poder retrasar su progreso haciéndolas sucumbir ante las pruebas que sufren.

Durante las comunicaciones se les reconoce por su lenguaje: trivialidad y grosería de las expresiones, tanto entre los Espíritus como entre los hombres, denotan siempre inferioridad moral, si no intelectiva. Sus comunicaciones denuncian la bajeza de sus inclinaciones, y si quieren inducir a engaño expresándose de una manera sensata no pueden prolongar mucho tiempo su comedia y terminan siempre por dejar traslucir su origen.

Algunos pueblos han hecho de ellos sus divinidades maléficas y otros los designan con los nombres de demonios, genios malos o Espíritus del mal.

Los seres vivientes a quienes animan, cuando se han encarnado, son propensos a cuantos vicios engendran las pasiones viles y degradantes: sensualidad y crueldad, bellaquería e hipocresía, avidez y sórdida avaricia. Practican el mal por el mero placer de hacerlo, casi siempre sin motivos para ello, y por odio al bien escogen las más de las veces a sus víctimas entre las personas honradas. Son plagas para la humanidad, sea cual fuere su clase social a que pertenezcan, y su barniz de civilizados no les exime del oprobio y la ignominia.

103. *Novena clase: Espíritus frívolos*.- Son ignorantes y maliciosos, tornadizos y burlones. En todo se meten y responden a todo, sin preocuparse de la verdad. Se placen en causar contrariedades o pequeñas satisfacciones, en urdir enredos o chismes, en inducir maliciosamente a error valiéndose de fraudes y picardías. A esta clase pertenecen los Espíritus vulgarmente designados como *trasgos, duendes, gnomos o diablillos*. Están bajo la dependencia de Espíritus superiores, quienes los emplean a menudo, como lo hacemos nosotros con nuestros servidores.

En sus comunicaciones con los hombres su lenguaje es a veces ingenioso y jocoso, pero casi siempre desprovisto de profundidad. Captan las extravagancias y ridiculeces de los seres humanos, expresándolas con rasgos mordaces y satíricos. Si bien es cierto que se atribuyen nombres supuestos, suelen hacerlo por malicia más que por perversidad.

104. *Octava clase: Espíritus pseudo-sabios*.- Sus conocimientos son bastante extensos, pero creen saber más de lo que en realidad saben. Habiendo realizado algunos progresos desde diferentes puntos de vista, su lenguaje tiene un carácter serio, capaz de inducir a error respecto a su capacidad y a sus luces. Pero suele ser a menudo sólo un reflejo de los prejuicios e ideas sectarias de la vida terrena. Se trata de una mezcla de algunas verdades junto a los errores más

absurdos, en medio de los cuales se transparentan la presunción y el orgullo, los celos y la terquedad de que no han podido despojarse.

105. *Séptima clase: Espíritus neutros*.- Éstos no son ni lo bastante buenos para realizar el bien ni lo suficientemente malos para practicar el mal. Se inclinan tanto hacia el uno como hacia el otro y no se elevan por encima del nivel vulgar de la humanidad, así en lo moral como en lo intelectual. Se apegan a las cosas de la Tierra, de cuyas groseras alegrías sienten nostalgia.

106. *Sexta clase*: *Espíritus golpeadores y perturbadores*.- Estos Espíritus no constituyen, propiamente hablando, una clase distinta, desde el punto de vista de sus cualidades personales: pueden pertenecer a todas las clases del tercer orden. Manifiestan a menudo su presencia sirviéndose de efectos perceptibles y físicos, tales como golpes, movimientos y desplazamientos anormales de cuerpos sólidos, agitación del aire, etcétera. Parecen apegados más que otros a la materia. Son los agentes principales de las vicisitudes de los elementos del globo, ya sea que operen en el aire o el agua, el fuego o los cuerpos duros, e inclusive en las entrañas mismas de la Tierra. Se reconoce que tales fenómenos no se deben a una causa fortuita y física cuando poseen un carácter intencional e inteligente. Todos los Espíritus pueden producir esos fenómenos, pero los elevados los dejan, por lo general, a cargo de los subalternos, más aptos estos últimos para las cosas materiales que para las de la inteligencia. Cuando los Espíritus elevados juzgan que ese tipo de manifestaciones son útiles, se valen de los subordinados como auxiliares para realizarlas.

VIII.- Segundo orden: Espíritus buenos

107. *Caracteres generales*.- Predominio del espíritu sobre la materia: deseo del bien. Sus cualidades y su poder para practicar el bien se hallan en relación con el grado a que llegaron. Unos tienen ciencia, otros sabiduría y bondad. Los más adelantados aúnan el saber a las cualidades morales. No estando aún desmaterializados por completo, conservan más o menos, según su rango, las huellas de la existencia corporal, ora en la forma de expresarse, ora en sus hábitos, en lo que incluso vuelven a encontrarse algunas de sus manías. De otro modo serían Espíritus perfectos.

Comprende a Dios y el infinito y disfrutan ya de la felicidad de los buenos. Son dichosos por el bien que hacen y por el mal que

impiden. El amor que les une es para ellos fuente de una felicidad inefable, no alterada por la envidia ni por los remordimientos, como tampoco por ninguna de las malas pasiones que constituyen el suplicio de los Espíritus imperfectos; pero todos ellos tienen aún pruebas que soportar, hasta que hayan arribado a la perfección absoluta.

En cuanto Espíritus, inspiran buenos pensamientos, apartan a los hombres de la senda del mal, protegen durante la vida a aquellos humanos que se hacen dignos de su protección, y neutralizan la influencia de los Espíritus imperfectos sobre las personas que no se complacen en sufrirla.

Los que han encarnado son buenos y benévolos para con el prójimo, y no les mueve el orgullo, el egoísmo ni la ambición. No experimentan odio, rencor, envidia ni celos, y hacen el bien por el bien mismo.

A este orden pertenecen los Espíritus que las creencias vulgares designan con los términos de *genios buenos, genios protectores o Espíritus del bien*. En tiempos de supersticiones e ignorancia se ha hecho de ellos las divinidades benéficas.

Podemos dividirlos en cuatro grupos principales, a saber:

108. *Quinta clase: Espíritus benévolos*.- Su cualidad dominante es la bondad. Se placen en prestar servicio a los hombres y protegerlos, pero su saber es limitado: su progreso se ha realizado más en el sentido moral que en el intelectivo.

109. *Cuarta clase: Espíritus sabios*.- Lo que a éstos distingue en especial es la amplitud de sus conocimientos. Se preocupan menos de las cuestiones morales que de las científicas, para las cuales poseen más aptitudes. Pero sólo encaran la ciencia desde el punto de vista de la utilidad y no mezclan con ella ninguna de las pasiones que caracterizan a los Espíritus imperfectos.

110. *Tercera clase*: *Espíritus sensatos*.- Las cualidades morales del orden más elevado constituyen el carácter que los distingue. Sin poseer conocimientos muy vastos, se hayan dotados de una capacidad intelectual que les provee de un juicio sano acerca de hombres y cosas.

111. *Segunda clase: Espíritus superiores*.- Reúnen ciencia, sabiduría y bondad. Su lenguaje sólo trasunta benevolencia. Es siempre digno y elevado, y a menudo sublime. Su superioridad los

hace –más que a los otros- aptos para impartirnos las nociones más justas sobre las cosas del mundo incorpóreo, dentro de los límites de lo que es permitido al hombre conocer. Se comunican de buen grado con aquellos que buscan la verdad con fe sincera y cuya alma está lo bastante desembarazada de los vínculos terrenos para comprender esa verdad. Pero se alejan de aquellos otros que sólo son movidos por la curiosidad, o a quienes la influencia de la materia aparta de la práctica del bien.

Cuando, por excepción, encarnan en la Tierra, es para cumplir en ella una misión de progreso, y nos ofrecen entonces el tipo de perfección al cual puede la humanidad aspirar en este mundo.

IX.- Primer orden: Espíritus puros

112. *Caracteres generales*.- A estos Seres la influencia de la materia no los conturba. Superioridad intelectiva y moral absoluta, son las características distintivas que tienen con los Espíritus de los otros órdenes.

113. *Primera y única clase*.- Han recorrido todos los peldaños de la escala y se han despojado de la totalidad de las impurezas de la materia. Habiendo alcanzado el máximo de perfección de que es susceptible la criatura, no han de sufrir más pruebas ni expiaciones. Como no se hallan ya sujetos a la reencarnación en cuerpos perecederos, les corresponde la vida eterna en el seno de Dios.

Gozan de una dicha inalterable, por cuanto no están sujetos a las necesidades ni a las vicisitudes de la vida material, pero esa felicidad no es en modo alguno la de *una ociosidad monótona vivida en perpetua contemplación*. Son los mensajeros y ministros de Dios, cuyas órdenes ejecutan para el mantenimiento de la armonía universal. Dirigen a todos los Espíritus que son inferiores a ellos, ayudándoles a perfeccionarse y asignándoles su misión. Asistir a los hombres en su desconsuelo, incitarlos al bien o a la expiación de las faltas que los alejan de la ventura suprema, es para ellos una grata labor. A veces son designados con los nombres de ángeles, arcángeles o serafines.

Pueden los hombres entrar en comunicación con ellos, pero muy presuntuoso sería quien pretendiera tenerlos constantemente a su disposición.

X.- Progresión de los Espíritus

114. Los Espíritus ¿son buenos o malos por naturaleza, o ellos mismos van mejorando?

- Los Espíritus van mejorando por sí propios. Al progresar, pasan de un orden inferior a otro superior.

115. ¿Algunos de los Espíritus han sido creados buenos, y malos otros?

- Dios creó a todos los Espíritus simples e ignorantes, vale decir, desprovistos de ciencia. Asignó a cada uno una misión con el objeto de iluminarlos y hacerlos acercarse progresivamente a la perfección mediante el conocimiento de la verdad, y a fin de aproximarlos a Él. La dicha eterna pura reside para ellos en esa perfección. Los Espíritus adquieren tales conocimientos al pasar por las pruebas que Dios les impone. Unos las aceptan con sumisión y llegan más pronto a la meta que les ha sido asignada. Otros sólo las soportan de mala gana y quedan así, por su culpa, lejos de la perfección y de la felicidad prometida.

115 a. ¿Según esto, los Espíritus parecerían ser, en su origen, como los niños, ignorantes y faltos de experiencia, pero que adquieren poco a poco los conocimientos de que carecen, recorriendo las diferentes fases de la vida?

- Sí, justa es la comparación. El niño rebelde permanece ignorante e imperfecto. Adelanta más o menos, según su grado de docilidad. Pero la vida del hombre posee un término, en tanto que la de los Espíritus se extiende hasta lo infinito.

116. ¿Hay Espíritus que seguirán perpetuamente en los rangos inferiores?

- No: todos ellos se harán perfectos. Van cambiando, aunque con lentitud, porque, como dijimos en otra oportunidad, un padre justo y misericordioso no puede desterrar eternamente a sus hijos. ¿Pretenderías tú que Dios, tan grande, bueno y justo, fuese peor que vosotros?

117. ¿Depende de los Espíritus mismos acelerar su progreso hacia la perfección?

- Por cierto que sí: llegan más o menos pronto, según su deseo y su sometimiento a la voluntad de Dios. Un niño dócil ¿no se instruye más rápido que uno reacio?

118. ¿Pueden los Espíritus degenerar?

- No, ya que conforme avanzan van comprendiendo lo que les alejaba de la perfección. Cuando el Espíritu ha superado una prueba, adquiere el conocimiento de ella y no lo echa al olvido. Puede permanecer estacionario, mas no retrocede.

119. ¿No podría Dios eximir a los Espíritus de las pruebas que han de sufrir para llegar al primer orden?

- Si hubieran sido creados perfectos no tendrían méritos para disfrutar de los beneficios de esa perfección. ¿Dónde residiría el mérito, de no existir la lucha? Por otra parte, la desigualdad que entre ellos existe es necesaria a su personalidad. Además, la misión que cumplen en los diferentes grados está dentro de las miras de la Providencia, a los fines de mantener la armonía del Universo.

Puesto que en la vida social todos los hombres pueden llegar a los primeros puestos de la función pública, cabría preguntar por qué el soberano de un país no asciende a general a cada soldado raso, por qué todos los empelados subalternos de la administración no pasan a ser funcionarios superiores y por qué, en suma, todos los escolares no se convierten en maestros. Ahora bien, una diferencia existe entre la vida social y la espiritual, y es que la primera es limitada y no permite siempre al individuo ascender todos los peldaños, al paso que la segunda no tiene límites, ofreciendo a cada cual la posibilidad de elevarse hasta el primer rango.

120. ¿Todos los Espíritus pasan por la serie de pruebas del mal para alcanzar el bien?

- No por la serie de pruebas del mal, sino por la de la ignorancia.

121. ¿Por qué ciertos Espíritus han seguido la senda del bien y otros la del mal?

- ¿No poseen acaso libre albedrío? Dios no creó Espíritus malos, los creó simples e ignorantes, esto es, poseedores de tanta aptitud para el bien como para el mal. Los que son malos han llegado a serlo por su voluntad.

122. ¿Cómo los Espíritus en su origen, cuando no tienen todavía conciencia de sí mismos, pueden poseer la libertad de escoger entre el bien y el mal? ¿Hay en ellos un principio o tendencia que les lleva más bien en una dirección que en la otra?

- El libre arbitrio se desarrolla conforme el Espíritu va adquiriendo conciencia de sí mismo. No existiría libertad si la elección fuese determinada por una causa independiente de la voluntad del Espíritu. La causa no está en él, sino fuera de él, residiendo en las influencias a que cede en virtud de su voluntad libre. Se trata de la gran alegoría de la caída del hombre y del pecado original: unos cedieron a la tentación, otros resistieron…

122 a. ¿De dónde provienen las influencias que se ejercen sobre él?

- De los Espíritus imperfectos que tratan de apoderarse de él y dominarlo, y que encuentran gran satisfacción en hacerle sucumbir. Es esto lo que se ha querido representar con la figura de Satán.

122 b. ¿Sólo se ejerce esa influencia sobre el Espíritu en su origen?

- No. Le sigue durante su vida como Espíritu, hasta que haya él adquirido tal dominio sobre sí, que los malos renuncien a obsederlo.

123. ¿Por qué ha permitido Dios que los Espíritus sigan la senda del mal?

- ¿Cómo os atrevéis a pedir a Dios cuenta de sus actos? ¿Creéis acaso poder penetrar sus designios? No obstante, podéis deciros esto: La sabiduría de Dios está en la libertad que deja a cada cual para escoger, porque a cada uno cabe el mérito que le otorgan sus obras.

124. Puesto que existen Espíritus que desde el principio siguen el camino del bien absoluto, y otros el del mal absoluto, ¿hay sin duda gradaciones entre ambos extremos?

- Por cierto que sí, y son la gran mayoría.

125. Los Espíritus que han seguido el sendero del mal ¿podrán llegar al mismo grado de superioridad que los otros?

- Sí, pero más largas serán para ellos *las eternidades.*

Por la expresión las eternidades **se ha de entender la idea que tienen los Espíritus inferiores de la perpetuidad de sus sufrimientos, porque no les es dado ver el término de ellos, y tal idea se renueva en todas las pruebas a las que sucumben.**

126. Los Espíritus que han alcanzado el grado supremo tras haber pasado por el mal ¿tienen, a los ojos de Dios, menos méritos que los otros?

- Dios contempla a los descarriados con la misma mirada y ama a todos de idéntica manera. Se dice que son malos porque cayeron vencidos, pero sólo eran antes Espíritus simples.

127. Los Espíritus ¿son creados iguales en facultades intelectivas?

- Son creados iguales, pero, no sabiendo de dónde provienen, es menester que el libre albedrío siga su curso. Progresan con mayor o menor rapidez, tanto en inteligencia como en moralidad.

Los Espíritus que siguen desde el comienzo la senda del bien, no son por ello Espíritus perfectos. Si es cierto que no tienen malas tendencias, no están eximidos, por ello, de adquirir la experiencia y los conocimientos necesarios para llegar a la perfección. Podemos compararlos a niños que, sea cual fuere la bondad de sus instintos naturales, tienen necesidad de desarrollarse, de instruirse, y no llegan sin transición de la infancia a la edad madura. Sólo que, así como existen hombres que son buenos y otros que son malos desde su niñez, así también hay Espíritus que son buenos o malos desde su principio, con la diferencia esencial de que el niño posee instintos completamente formados, en tanto que el Espíritu, en su formación, no es más malo que bueno. Tiene todas las tendencias, y toma una u otra dirección en virtud de su libre albedrío.

XI.- Ángeles y demonios

128. Los Seres que denominamos ángeles, arcángeles y serafines ¿integran una categoría especial, de naturaleza diferente a la de los otros Espíritus?

- No: son los Espíritus puros, los que se hallan en el peldaño más alto de la escala y reúnen todas las perfecciones.

La palabra ángel **despierta generalmente la idea de la perfección moral. Sin embargo, a menudo suele aplicarse a todos los Seres buenos y malos que están fuera de la humanidad. Se dice: el ángel bueno y el ángel malo; el ángel de la luz y el ángel de las tinieblas. En este caso, es sinónimo de Espíritu o de genio. Nosotros lo tomamos aquí en su buena acepción.**

129. Los ángeles ¿han recorrido todos los grados?

- Los recorrieron todos, pero, como hemos dicho ya, unos aceptaron su misión sin protestar y han llegado más pronto. Otros, en

cambio, pusieron un tiempo más o menos prolongado para alcanzar la perfección.

130. Si la opinión que admite la existencia de Seres creados perfectos y superiores a todas las demás criaturas es errónea, ¿cómo se explica que esté en la tradición de casi todos los pueblos?

- Debes saber que tu mundo no existe de toda eternidad y que, mucho tiempo antes que él existiera, ya había Espíritus que habían alcanzado el grado supremo. Así pues, los hombres han podido creer que aquéllos habían sido siempre perfectos.

131. ¿Hay demonios, en el sentido que se da a esta palabra?

- Si los hubiera, serían obra de Dios, y ¿sería Dios justo y bueno si hubiese creado Seres eternamente consagrados al mal y desdichados? Si existen demonios, los hay en tu mundo inferior y en otros similares donde ellos residen. Han sido los hombres hipócritas los que hicieron de un Dios justo un dios ruin y vengativo, y que creen serle agradables mediante las abominaciones que en su nombre se cometen.

La palabra demonio **sólo implica la idea de Espíritu malo en su significado moderno, pues el vocablo griego** daimôn, **del que deriva, significa "genio, inteligencia", y se aplicaba a los Seres incorpóreos, buenos o malos, sin distinción.**

Los demonios, conforme a la significación vulgar de la palabra, se supone que son Seres esencialmente malévolos. Como todas las cosas, constituirían una creación de Dios. Ahora bien, Dios, que es soberanamente justo y bueno, no puede haber creado Seres dedicados al mal por su propia naturaleza y condenados eternamente. Y si no fueran obra de Dios, serían por tanto eternos como Él, en cuyo caso habría muchas Potencias Soberanas.

La primera condición de toda doctrina consiste en ser lógica. Y la de los demonios, en el sentido absoluto, carece de esa base esencial. Que en las creencias de los pueblos atrasados, que no conocen los atributos de Dios y admiten divinidades maléficas, se admitan asimismo los demonios, es concebible. Pero, para cualquiera que considere a la bondad de Dios como un atributo por excelencia será ilógico y contradictorio suponer que Él haya podido crear Seres consagrados al mal y destinados a practicarlo a perpetuidad, porque esto equivale a negar su bondad. Los

partidarios de los demonios se apoyan en las palabras de Cristo, y por cierto que no seremos nosotros quienes discutamos la autoridad de su enseñanza, la cual querríamos ver en el corazón más que en los labios de los hombres. Pero ¿están bien seguros del sentido que Cristo da a la palabra demonio? ¿No saben acaso que la forma alegórica es una de las características que distinguen su lenguaje? ¿Todo lo que el Evangelio contiene debe ser tomado al pie de la letra? Nos limitamos, para prueba, con el siguiente pasaje:

"Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias que están en los cielos serán removidas. […] De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca". [35]

¿No hemos visto la forma **del texto bíblico contradicha por la ciencia en la que toca a la creación y el movimiento de la Tierra? ¿No puede suceder lo propio con ciertas figuras empleadas por Cristo, quien debía hablar según los tiempos y lugares? Cristo no pudo decir a sabiendas una cosa falsa. Si en sus palabras, pues, hay cosas que parecen chocar a la razón, es porque no las comprendemos o estamos interpretándolas mal.**

Los hombres han hecho con los demonios lo mismo que hicieron en relación a los ángeles: así como creyeron en Seres perfectos de toda eternidad, de la misma manera han tomado a los Espíritus inferiores por Seres perpetuamente malos. En consecuencia, la palabra demonio debe entenderse como refiriéndose a los Espíritus impuros, que muchas veces no son mejores que los designados con aquel nombre, pero con la diferencia de que su estado es sólo transitorio. Son Espíritus imperfectos que murmuran contra las pruebas que sufren y que, por lo mismo, han de padecerlas durante más tiempo, pero llegarán a su vez a la perfección cuando tengan la voluntad de lograrla. Así pues, podríamos aceptar el vocablo demonio con esa restricción. Pero, como en la actualidad se le entiende en un sentido exclusivo, pudiera inducir a error, llevando a creer en la existencia de Seres especiales, creados para el mal.

En lo tocante a Satán, salta a la vista que es la personificación del mal bajo una forma alegórica, por cuanto no

[35] *San Marcos*. Cap. XIII: 24, 25 Y 30. Traducción citada. [*N. del T. al cast.*]

se podría admitir que haya un Ser malo luchando de igual a igual con la Divinidad y cuya única preocupación consistiría en oponerse a sus designios. Como necesita el hombre figuras e imágenes que impresionen su imaginación, ha descrito él a los Seres incorpóreos con una forma material y con atributos que recuerdan sus propias cualidades buenas o malas. De esta manera los antiguos, al querer personificar el Tiempo, lo pintaron con la figura de un anciano portando una hoz y un reloj de arena. En este caso, representarlo como un hombre joven hubiera sido un contrasentido. Y lo mismo acontece con las alegorías de la Fortuna, la Verdad, etcétera. Los modernos han representado a los ángeles o Espíritus puros con un semblante radioso y blancas alas, emblemas de pureza. A Satanás, con cuernos, zarpas y los atributos de la bestialidad, símbolos de pasiones viles. El vulgo, que interpreta las cosas literalmente, ha visto en esos emblemas a un individuo real, como otrora había visto a Saturno en la alegoría del Tiempo.[36]

[36] Esta teoría espírita sobre los demonios se va imponiendo hoy en los propios religiosos que más obstinadamente la combatieron. En su obra *El Diablo*, el escritor católico GIOVANI PAPINI la apoyó, basándose en los Padres de la Iglesia. El sacerdote PIERRE TEILHARD DE CHARDIN, cuya doctrina acerca la teología católica a la concepción espírita, conceptúa al Infierno como "polo negativo del mundo", integrado en el *Pleroma* (el mundo divino unido al cuerpo místico de Cristo) y así se refiere a los demonios en estos términos: "El condenado no es excluido del *Pleroma*, sino tan sólo de su faz luminosa y de su beatitud. Lo pierde, pero no está perdido para él" (*Oeuvres, Le Milieu Divin*, pág. 191. Éditions du Seuil, París, 1957). [*N. de J. H. Pires*.]

CAPÍTULO II

ENCARNACIÓN DE LOS ESPÍRITUS

I.- Finalidad de la encarnación

132. ¿Qué objeto tiene la encarnación de los Espíritus?

- Dios se la impone con el propósito de hacerlos alcanzar la perfección. Para unos constituye una expiación; para otros, una misión. Pero, para llegar a esa perfección *deben sufrir todas las vicisitudes de la existencia corporal*: en ello reside la expiación. La encarnación tiene asimismo otra finalidad, consiste en poner al Espíritu en condiciones de afrontar la parte que le cabe en la obra de la Creación. Para cumplirla, toma en cada mundo un instrumento de acuerdo con la materia esencial de ese globo a fin de ejecutar, desde ese punto de vista, las órdenes de Dios. De modo que, cooperando a la obra general, progrese él mismo.

La acción de los seres corpóreos es necesaria a la marcha del Universo. Pero con su sabiduría quiso Dios que en esa acción misma aquéllos encontraban un medio de progresar y acercarse a Él. Así, por una ley admirable de su providencia, todo se eslabona, todo es solidario en la Naturaleza.

133. Los Espíritus que desde el comienzo siguieron el camino del bien ¿tienen necesidad de la encarnación?

- Todos ellos son creados simples e ignorantes, y se instruyen en las luchas y tribulaciones de la vida corporal. Siendo justo, no podía Dios hacer dichosos a algunos sin penas ni trabajos y, por tanto, sin mérito.

133 a. Pero entonces ¿de qué vale a esos Espíritus haber seguido la senda del bien, si ello no les exime de las penas de la existencia corporal?

- Llegan más pronto a la meta. Además, los pesares de la vida son muchas veces la consecuencia de la imperfección del Espíritu. Cuanto menos imperfecciones tenga, tanto menores serán los tormentos que padezca. Aquel que no es envidioso ni celoso, avaro ni ambicioso, no sufrirá los suplicios que de esos defectos nacen.

II.- Del alma

134. ¿Qué es el alma?
- Un Espíritu encarnado.

134 a. ¿Qué era el alma antes de unirse al cuerpo?
- Espíritu.

134 b. En consecuencia, ¿las almas y los Espíritus son la misma cosa?
- En efecto, las almas no son sino los Espíritus. Antes de unirse al cuerpo, el alma es uno de los Seres inteligentes que pueblan el Mundo Invisible y que se revisten temporariamente de una envoltura carnal, para purificarse y esclarecerse.

135. ¿Hay en el hombre otra cosa fuera del alma y el cuerpo?
- Existe el vínculo o lazo que une el alma con el cuerpo.

135 a. ¿Cuál es la naturaleza de ese vínculo?
- Semimaterial, esto es, intermedia entre la naturaleza del Espíritu y el cuerpo. Y ello es necesario para que ambos puedan comunicarse el uno con el otro. Mediante ese lazo obra el Espíritu sobre la materia, y viceversa.

Así pues, el hombre está formado por tres partes esenciales, a saber:

Primera: **El cuerpo, o ser material, análogo al de los animales y animado por el mismo principio vital.**

Segunda: **El alma, Espíritu encarnado cuya habitación es el cuerpo.**

Tercera: **El principio intermediario, o** periespíritu**, sustancia semimaterial que sirve de primera envoltura al Espíritu y une el alma con el cuerpo. Tales son, en un fruto, el germen, el periespermo y la corteza.**

136. ¿Es independiente el alma del principio vital?
- El cuerpo no es sino la envoltura, sin cesar lo estamos repitiendo.

136 a. ¿Puede el cuerpo existir sin el alma?
- Si, y sin embargo, tan pronto el cuerpo cesa de vivir, el alma lo deja. Antes del nacimiento no hay todavía una unión definitiva entre el alma y el cuerpo. Luego que esta unión se ha establecido, la muerte del cuerpo rompe los lazos que lo unen al alma y ésta

abandona a aquél. La vida orgánica puede animar un cuerpo sin alma, pero esta última no puede habitar un cuerpo privado de vida orgánica.

136 b. ¿Qué sería nuestro cuerpo si no existiera el alma?

- Una masa de carne sin inteligencia, todo lo que queráis, excepto un ser humano.

137. Un mismo Espíritu ¿puede encarnar en dos cuerpos diferentes a la vez?

- No: el Espíritu es indivisible y no puede animar simultáneamente a dos seres distintos. (Véase, en *El libro de los Médiums*, el Capítulo “Bicorporeidad y transfiguración”).

138. ¿Qué pensar de la opinión de aquellos que consideran al alma como el principio de la vida material?

- Es una cuestión de palabras, que no nos interesa. Comenzad por entenderos vosotros mismos.

139. Ciertos Espíritus, y con anterioridad a ellos algunos filósofos, definieron el alma como “una chispa anímica emanada del Gran Todo”. ¿A qué se debe esta contradicción?

- No hay tal contradicción. Depende del significado de las palabras. ¿Por qué no tenéis un vocablo para cada cosa?

El término “alma” se emplea para expresar cosas muy diferentes. Unos llaman así al principio de la vida, y en esta significación es exacto decir en sentido figurado**, que el alma es una chispa anímica emanada del Gran Todo. Estas últimas palabras describen la fuente universal del principio vital, del que cada Ser absorbe una porción y que retorna a la masa después de la muerte. Tal idea no excluye en modo alguno la de un Ser moral distinto, independiente de la materia y que conserva su individualidad. A ese Ser se le denomina igualmente alma, y en esta acepción se puede decir que el alma es un Espíritu encarnado. Al ofrecer diversas definiciones del alma, los Espíritus han hablado conforme a la aplicación que daban a la palabra y según las ideas terrenas de que estaban todavía más o menos imbuidos. Esto proviene de a insuficiencia del lenguaje humano, que no posee un vocablo para expresar cada idea, de ahí el origen de una multitud de errores y de discusiones. He**

aquí por qué los Espíritus superiores nos recomiendan que nos entendamos primero acerca del significado de las palabras. [37]

140. ¿Qué pensar de la teoría que considera al alma subdividida en tantas partes como músculos hay, y presidiendo así cada una de las funciones corporales?

- Ello depende una vez más del sentido que se dé al término alma. Si se entiende por ello al fluido vital, entonces se tiene razón, pero si se entiende por alma al Espíritu encarnado, se está en un error. Ya lo hemos dicho: el Espíritu es indivisible: transmite a los órganos el movimiento sirviéndose para ello del fluido intermediario, sin que por esto se divida.

140 a. Con todo, hay Espíritus que han ofrecido esa definición…

- Los Espíritus ignorantes pueden tomar el efecto por la causa.

El alma obra por intermedio de los órganos y éstos se hallan animados por el fluido vital, que se reparte entre ellos, y con mayor abundancia en aquellos que constituyen los centros o focos del movimiento. Pero esta explicación no conviene al alma, si se la conceptúa como el Espíritu que habita el cuerpo durante la vida y lo deja al sobrevenir la muerte.

141. ¿Hay algo de verdad en la opinión de quienes piensan que el alma es exterior y circunda al cuerpo?

- El alma no se encuentra encerrada en el cuerpo, como el pájaro en la jaula. Ella irradia y se manifiesta fuera de aquél, al modo de la luz a través de un globo de vidrio, o como el sonido en torno de un centro sonoro. Así pues, se puede decir que el alma es externa, pero no por ello será la envoltura del cuerpo. El alma posee dos envolturas: la primera sutil y leve, que tú llamas *periespíritu*. La otra grosera, material y pesada, que es el cuerpo. El alma constituye el centro de las dos envolturas, así como la pepita o almendra en el carozo, según ya manifestamos.

142. ¿Qué decir de esa otra teoría según la cual el alma, en el niño, se completa en cada período de la vida?

- El Espíritu es sólo uno. Está entero en el niño así como en el adulto. Los que se desarrollan y se completan son los órganos, o

[37] Ver, en la “Introducción al Estudio de la Doctrina Espírita”, párrafo II, la explicación sobre la voz “alma”. [*N. de A. Kardec*.]

instrumentos de las manifestaciones del alma. Una vez más se confunde el efecto con la causa.

143. ¿Por qué todos los Espíritus no definen al alma de la misma manera?

- Los Espíritus no están todos igualmente ilustrados acerca de estas materias. Los hay todavía limitados, que no comprenden las cosas abstractas. Sucede lo mismo con los niños, entre vosotros. Existen asimismo Espíritus pedantes o pseudo-sabios, que hacen ostentación de palabras para imponerse. Y esto también acontece entre vosotros. Por otra parte, los mismos Espíritus esclarecidos pueden expresarse en términos diferentes, que en el fondo tienen el mismo valor, sobre todo cuando se trata de cosas que vuestro lenguaje es incapaz de traducir con claridad. Se requieren metáforas y comparaciones que vosotros tomáis por la realidad.

144. ¿Qué se ha de entender por "el alma del mundo"?

- Es el principio universal de la vida y de la inteligencia, de donde nacen las individualidades. Pero, quienes se valen de esas palabras muchas veces ni se comprenden a sí mismos. El vocablo alma es tan elástico que cada cual lo interpreta según su fantasía. En ocasiones se ha atribuido asimismo un alma a la Tierra. Hay que entender por esto al conjunto de los Espíritus abnegados que encaminan vuestras acciones por la senda correcta cuando les hacéis caso y que, en cierto modo, son los encargados de la ejecución del pensamiento de Dios en vuestro mundo.

145. ¿Cómo es que tantos filósofos, antiguos y modernos, han discutido durante tanto tiempo sobre la ciencia psicológica sin haber llegado a la verdad?

- Aquellos hombres fueron los precursores de la Doctrina Espírita eterna. Prepararon el camino. Y puesto que eran seres humanos han podido equivocarse, porque confundieron sus propias ideas con la verdad. Pero sus mismos errores, mostrando lo verdadero y lo falso de sus doctrinas, ponen en evidencia a aquélla. Por lo demás, entre tales errores se encuentran grandes verdades, que un estudio comparativo puede haceros comprender.

146. ¿Tiene al alma una sede determinada y circunscripta en el cuerpo?

- No, pero reside más particularmente en la cabeza, en los grandes genios, en todos aquellos que piensan mucho, y en el

corazón en aquellos otros cuyos sentimientos y acciones son benéficos para la humanidad toda.

146 a. ¿Qué pensar de la opinión de quienes sitúan el alma en un centro vital?

- Equivale a decir que el Espíritu habita más bien esa parte de vuestro organismo, porque allí confluyen todas las sensaciones. Los que la sitúan en lo que consideran el centro de la vitalidad la confunden con el fluido o principio vital. Con todo, se puede afirmar que el asiento del alma reside con más particularidad en los órganos que sirven a las manifestaciones intelectivas y morales.

III.- Materialismo

147. ¿Por qué los anatomistas, fisiólogos y, en general, aquellos que profundizan las ciencias de la Naturaleza son llevados tan a menudo al materialismo?

- El fisiólogo relaciona todo con lo que ve. Orgullo de los hombres que creen saberlo todo y no admiten que algo pueda exceder a su entendimiento. Su ciencia misma los torna presuntuosos. Piensan que la Naturaleza no puede ocultarles nada.

148. ¿No es lamentable que el materialismo sea una consecuencia de estudios que debieran, por el contrario, mostrar al hombre la superioridad de la inteligencia que gobierna al mundo? ¿Habrá que concluir de ahí que tales estudios son peligrosos?

- No es cierto que el materialismo sea una consecuencia de esos estudios. Es el hombre el que extrae de ellos falsas conclusiones, porque puede abusar de todo, hasta de las mejores cosas. Además, la nada los aterra más de lo que quieren aparentar, y los “espíritus fuertes”[38]son muchas veces más pedantes que valientes. La mayoría de ellos sólo son materialistas porque no tienen nada con que llenar el vacío de ese abismo que ante ellos se abre. Mostradle una tabla de salvación y se aferrarán a ella con prisa.

Por una aberración de la inteligencia hay personas que sólo ven en los seres orgánicos la acción de la materia y relacionan con ella todos nuestros actos. No han visto en el cuerpo humano más que la máquina eléctrica. Sólo estudiaron el mecanismo de

[38] Ver la nota que acerca de la expresión francesa “*esprit fort*” se ha hecho en la respuesta a la pregunta número 9. [*N. del T. al cast.]*

la vida en el funcionamiento de los órganos. Han presenciado con frecuencia cómo se extinguía la vida por la ruptura de un hilo y sólo vieron ese hilo… Buscaron, por si quedaba algo, y como no encontraron sino la materia, que se había tornado inerte, no vieron el alma escaparse de aquélla y no pudieron aprehenderla, por lo que concluyeron en que todo residía en las propiedades de la materia y que, por tanto, después de la muerte, el pensamiento se reducía a la nada. Triste conclusión, si así fuera, porque entonces el bien y el mal no tendrían sentido, al hombre le asistiría la razón al no pensar más que en sí mismo y poner por encima de todo la satisfacción de sus goces materiales. Los vínculos sociales se romperían y lo propio sucedería con los más nobles afectos. Felizmente, estas ideas están lejos de ser generales. Incluso se puede afirmar que se hallan muy circunscritas y representan sólo opiniones individuales, porque en ninguna parte han sido erigidas en doctrina. Una sociedad que se basara sobre tales cimientos llevaría en sí misma el germen de su disolución y sus miembros se destrozarían recíprocamente, como bestias feroces. [39]

El ser humano posee por instinto la convicción de que para él no todo termina junto con la vida. La nada le horroriza. En vano se han resistido los hombres al pensamiento del porvenir, pues cuando el supremo instante les llega, pocos dejan de preguntarse qué será de ellos. Porque la idea de dejar la vida para siempre tiene algo de desgarrante. En efecto, ¿quién podría afrontar con indiferencia la perspectiva de una separación absoluta, eterna, de todo lo que amó? ¿Quién sería capaz de ver sin pánico abrirse ante él el inmenso abismo de la nada, adonde irían a sumergirse para siempre todas sus facultades y esperanzas?, y decirse: "¡Y qué! Después de mí, nada, sólo el vacío; pronto no quedará huella alguna de mi paso por la Tierra; incluso el bien que haya realizado será echado al olvido por los ingratos que me lo deben; y ¡nada para compensar todo eso, ninguna otra perspectiva que la de mi cuerpo roído por los gusanos!"

¿No tiene este cuadro algo de horroroso y glacial? La religión nos enseña que no puede ser así y la razón nos lo

[39] El Marxismo aún no había surgido, pues *El Capital* sólo se publicó en 1867, pero las previsiones de Kardec, en cuanto al carácter violento de la sociedad materialista, se han visto confirmadas históricamente, siendo sólo atenuadas por la imposibilidad de que se generalice esa idea en el seno del pueblo. [*N. de J. H. Pires*.]

confirma. Pero esa existencia futura, vaga e indefinida, no posee nada que satisfaga nuestro apego a lo positivo, y es esto lo que en muchas personas engendra la duda. Tenemos un alma, admitido. Pero ¿qué es nuestra alma? ¿Posee ella una forma o apariencia? ¿Es un ser limitado indefinido? Unos dicen que constituye un soplo de Dios, otros que es una chispa, y los hay también que la conceptúan una parte del Gran Todo, principio de la vida y de la inteligencia, pero ¿qué nos enseña todo esto? ¿De qué nos sirve poseer un alma si después de la muerte ella se confundirá en la inmensidad, al modo de las gotas de agua en el océano? ¿Acaso la pérdida de nuestra individualidad no equivale a la nada, para nosotros? Se afirma asimismo que el alma es inmaterial, pero una cosa inmaterial no podría tener proporciones definidas, de modo que para nosotros esto no significa nada. También nos enseña la religión que seremos dichosos o desventurados, según el bien o el mal que hayamos hecho. Pero ¿en qué consiste esa felicidad que en el seno de Dios nos aguarda? ¿Se trata de una beatitud, de una eterna contemplación, sin otra cosa que hacer fuera de entonar loas al Creador? Las llamas del infierno ¿son una realidad o apenas un símbolo? La propia Iglesia las interpreta en esta última significación, mas ¿cuáles son los sufrimientos que allá padeceremos? ¿Dónde está ese lugar de suplicios? En pocas palabras, ¿qué se hace y se ve en ese mundo que a todos nos espera? Dicen que nadie ha vuelto de él para revelárnoslo. Es este un error, y la misión del Espiritismo consiste precisamente en ilustrarnos acerca de ese porvenir, hacer que hasta cierto punto lo toquemos con el dedo y lo veamos con nuestros propios ojos, no mediante el razonamiento, sino por medio de los hechos. Gracias a las comunicaciones espíritas esto no constituye ya una presunción, una probabilidad sobre la cual cada uno de nosotros pueda tejer sus fantasías, y que los poetas hermoseen con sus ficciones o siembren imágenes alegóricas que nos seduzcan: la que se nos muestra es la realidad, porque son los mismos Seres de ultratumba los que acuden a nosotros para describirnos su situación y contarnos lo que están haciendo, permitiéndonos asistir –si así vale decirlo- a todas las peripecias de su nueva vida, y mostrándonos por ese medio la suerte inevitable que no está reservada, conforme a nuestros méritos o malas acciones. ¿Hay en esto algo de antirreligioso? Muy por el contrario, ya que los incrédulos encuentran en ello la fe y los tibios un acrecentamiento de su fervor y confianza. El Espiritismo es, por tanto, el más poderoso auxiliar de la religión. Y por serlo, Dios lo permite, y lo permite para reanimar nuestras

tambaleantes esperanzas y conducirnos a la senda del bien mediante la perspectiva del porvenir. [40]

[40] Pese a que esta afirmación de Kardec ha sido rechazada por los religiosos, tuvo su confirmación histórica: "El Espiritismo es el más valeroso auxiliar de la religión". Gracias a las pruebas espíritas de la supervivencia del alma y a la explicación racional de los problemas espirituales pudo ser refrendada la ola materialista del siglo XIX. Aun hoy, como se advierte por la obra del padre TEILHARD DE CHARDIN y por la del pastor y teólogo anglicano HARALDUR NIELSSON, así como por la revolución que está sacudiendo a la teología en general, son los principios espíritas los que vuelven a levantar y rehabilitar a las religiones. [*N. de J. H. Pires.*]

CAPTÍULO III

RETORNO DE LA VIDA CORPÓREA A LA VIDA ESPIRITUAL

I.- El alma después de la muerte

149. ¿En qué se transforma el alma en el instante de la muerte?

- Vuelve a ser Espíritu, vale decir, reingresa al Mundo de los Espíritus, que temporariamente había dejado.

150. ¿Conserva el alma su individualidad después de la muerte?

- Sí, jamás la pierde. ¿Qué sería si no la conservara?

150 a. ¿Cómo comprueba el alma su individualidad, puesto que ya no tiene cuerpo material?

- Posee todavía un fluido que le es propio, que toma de la atmósfera de su planeta y que tiene la apariencia de su última encarnación: su periespíritu.

150 b. ¿No se lleva el alma nada de este mundo?

- Sólo el recuerdo, y el deseo de ir a un mundo mejor. Aquel recuerdo está pleno de dulzura o de amargura, según sea el empleo que haya hecho de la vida. Cuanto más pura es, mejor comprende la futilidad de lo que en la Tierra ha dejado.

151. ¿Qué pensar de la opinión de que, después de la muerte, el alma vuelve a entrar en el todo universal?

- ¿Acaso el conjunto de los Espíritus no constituye un todo? ¿No son todo un mundo? Cuando te encuentras en una asamblea formas parte integrante de ella, y sin embargo sigues teniendo tu individualidad.

152. ¿Qué prueba podemos obtener acerca de la individualidad del alma después de la muerte?

- ¿No tenéis esa prueba mediante las comunicaciones que lográis? Si no sois ciegos, veréis, y si no sois sordos, oiréis, porque con sobrada frecuencia os habla una voz que os revela la existencia de un Ser que está fuera de vosotros.

Los que piensan que con la muerte del cuerpo el alma reingresa al todo universal están equivocados si con esto entienden que, a la manera de una gota de agua que cae al mar, aquélla pierde su individualidad. Pero se hallan en lo cierto si entienden por el todo universal **al conjunto de los Seres incorpóreos del que cada alma o Espíritu es un elemento.**

Si las almas se confundieran con la masa no tendrían sino cualidades del conjunto y nada las distinguiría a unas de otras. No poseerían inteligencia ni cualidades propias, en tanto que, en todas las comunicaciones mediúmnicas, denotan la conciencia del yo **y una voluntad distinta. La infinita diversidad que presentan, desde todos los puntos de vista, es consecuencia misma de las individualidades. Si después de la muerte sólo hubiera lo que se llama Gran Todo, absorbiendo a la totalidad de las individualidades, ese Todo sería uniforme y, por tanto, cuantas comunicaciones se recibieron del Mundo Invisible resultarían idénticas. Puesto que encontramos en ellas Seres buenos y malos, sabios e ignorantes, venturosos y desdichados; que los hay de todos los caracteres: alegres y tristes, frívolos y profundos, etcétera, salta a la vista que se trata de Seres diferentes. La individualidad se torna más ostensible todavía cuando dichos Seres prueban su identidad por medio de indicios indiscutibles, detalles personales relativos a su vida terrena y que se pueden verificar. Y ya no es posible la duda cuando se manifiestan ellos a la vista, durante las apariciones. La individualidad del alma se nos enseñaba, en teoría, como un artículo de fe, pero el Espiritismo la hace evidente y, en cierto modo, material.** [41]

153. ¿En qué sentido se debe entender la vida eterna?

- Es la vida del Espíritu, el cual es eterno. La del cuerpo, en cambio, es transitoria, pasajera. Cuando el cuerpo muere, el alma regresa a la vida eterna.

153 a. ¿No sería más exacto denominar *vida eterna* a la de los Espíritus puros, aquellos que, habiendo alcanzado la suma perfección, no han de sufrir más pruebas?

---

[41] Las teorías psicológicas, metapsíquicas, parapsicológicas y demás, referentes a las apariciones, son hipótesis personales y parciales que no comprenden a la totalidad de los hechos, lo que es suficiente para probar su fragilidad e insustentabilidad científica. [*N. de J. H. Pires.*]

- Esa es más bien la dicha eterna. Pero se trata de una cuestión de palabras. Llamad a las cosas como mejor os plazca, con tal que os entendáis.

II.- Separación del alma del cuerpo

154. ¿Es dolorosa la separación del alma del cuerpo?

- No. El cuerpo muchas veces sufre más en el transcurso de la vida que en los instantes de la muerte. El alma ya no participa ni siente en tales momentos. Los sufrimientos, que en ocasiones se experimentan durante el proceso de la muerte, son *un goce para el Espíritu*, el cual ve llegar el término de su exilio.

En la muerte natural, la que sobreviene por agotamiento de los órganos como consecuencia de la edad, el hombre deja la vida sin caer en la cuenta de ello. Es una lámpara que se apaga por falta de combustible.

155. ¿Cómo se opera la separación del alma y el cuerpo?

- Habiéndose roto los vínculos que la retenían, ella se desprende.

155 a. La separación ¿se lleva a efecto de manera instantánea, por una transición brusca? Entre la vida y la muerte ¿hay una línea de demarcación netamente trazada?

- No. El alma se desprende en forma gradual, no escapa como un pájaro cautivo que ha sido devuelto súbitamente a la libertad. Los dos estados se tocan, confundiéndose. Así, el Espíritu se desprende poco a poco de sus ataduras: *éstas se sueltan, no se quiebran.*

Durante la vida el Espíritu se halla ligado al cuerpo por su envoltura semimaterial, o periespíritu. La muerte destruye sólo al cuerpo y no a esa segunda envoltura, la cual se separa del cuerpo cuando cesa en éste la vida orgánica. La observación ha probado que en el proceso de la muerte el desprendimiento del periespíritu no se opera súbitamente por completo. Sólo se realiza en forma gradual y en un plazo muy variable, según los individuos. En algunos es bastante rápido, y se puede afirmar que tal proceso de liberación, se cumple en unas pocas horas. Pero en otros –sobre todo en aquellos cuya vida ha sido enteramente material y sensual**- el desprendimiento es mucho menos rápido y en ocasiones se prolonga por días, semanas y**

hasta meses, lo que no implica que haya en el cuerpo la menor vitalidad ni la posibilidad de un retorno a la vida, sino que persiste una simple afinidad entre el cuerpo y el Espíritu, afinidad que siempre se halla en relación con la preponderancia que el Espíritu dio a la materia en el transcurso de la vida. En efecto, es razonable pensar que cuanto más se haya identificado el Espíritu con la materia tanto más laborioso le será el separarse de ella, mientras que la actividad intelectiva y moral y la elevación de pensamientos operan un principio de desprendimiento, incluso durante la vida del cuerpo, y cuando llega la muerte, la separación es rápida. Este es el resultado de los estudios hechos sobre todos los individuos observados en el momento de la muerte. Esas observaciones prueban, inclusive, que la afinidad que en algunas personas subsiste entre el alma y el cuerpo es a veces sobremanera penosa, por cuanto el Espíritu puede sentir el horror de la descomposición de la materia. Este caso es excepcional y propio de ciertos géneros de vida y de algunos tipos de muerte. Se presenta en ciertos suicidas.

156. La separación definitiva del alma y del cuerpo ¿puede tener lugar antes de haber cesado por completo la vida orgánica?

- Durante la agonía, en ocasiones el alma ha abandonado al cuerpo. Sólo queda entonces la vida orgánica. El hombre no tiene ya conciencia de sí mismo, y no obstante le resta aún un soplo de vida. El cuerpo constituye una máquina movida por el corazón, y existe en tanto el corazón hace circular sangre por las venas, no necesitando al alma para ello.

157. En el proceso de la muerte ¿tiene a veces el alma una visión o éxtasis que le hace entrever el mundo al que va a reingresar?

- A menudo siente el alma quebrarse los lazos que la ligan al cuerpo. *Realiza entonces todos los esfuerzos para romperlos por entero*. Ya desprendida en parte de la materia, ve desarrollarse el porvenir ante ella y goza de antemano el estado de Espíritu.

158. El ejemplo de la oruga, que primero se arrastra por la tierra y después se enclaustra en su crisálida, en estado de muerte aparente, para renacer con una brillante existencia, ¿puede darnos una idea de la vida terrenal, luego la tumba y por última nuestro nueva existencia?

- Una idea aproximada. La comparación es buena, pero no habría que tomarla al pie de la letra, como con frecuencia hacéis.

159. ¿Qué sensación experimenta el alma en el instante en que vuelve en sí en el Mundo de los Espíritus?

- Ello depende. Si practicaste el mal con el deseo de realizarlo, te sientes en el primer momento muy avergonzado de haberlo hecho. Pero es muy diferente para el justo: el alma del justo está como aliviada de un gran peso, porque no teme ninguna mirada escrutadora.

160. ¿Vuelve el Espíritu a encontrar de inmediato a aquellos que conoció en la Tierra y que murieron antes que él?

- Sí, según el afecto que por ellos sentía y el que le profesaban a él. A menudo acuden a recibirlo al retornar al Mundo de los Espíritus y le *ayudan a desprenderse de las envolturas de la materia*. Además, vuelve a encontrar a muchos que había perdido de vista durante su estancia en la Tierra. Ve a los que están errantes y va a visitar a los que se hallan encarnados.

161. En la muerte violenta o accidental, cuando los órganos todavía no han sido debilitados por la edad o las enfermedades, la separación del alma y el cese de la vida ¿tienen lugar de manera simultánea?

- Por lo general ocurre así, pero en todos los casos el lapso que los separa es muy breve.

162. Después de la decapitación, por ejemplo, ¿conserva el hombre durante algunos momentos la conciencia de sí mismo?

- Muchas veces la conserva por algunos minutos, hasta que la vida orgánica se haya extinguido por completo. Pero, con frecuencia también, la aprensión de la muerte le ha hecho perder esa conciencia antes del instante del suplicio.

Se trata aquí de la conciencia que el condenado puede tener de sí mismo, como hombre y por intermedio de los órganos, y no en cuanto Espíritu. Si no perdió esa conciencia antes del suplicio, puede, pues, conservarla unos pocos instantes, pero que son muy breves, y la conciencia cesa, por fuerza, con la vida orgánica del cerebro, lo que no implica por ello que el periespíritu se haya desprendido por completo del cuerpo. Antes al contrario, en todos los casos de muerte violenta, cuando ésta no es producida por la extinción gradual de las energías vitales, los lazos que unen al cuerpo con el periespíritu son más tenaces y el desprendimiento completo se opera con mayor lentitud.

III.- Turbación espírita

163. El alma, al dejar el cuerpo, ¿tiene de inmediato conciencia de sí misma?

- Conciencia inmediata no es el término adecuado. Permanece algún tiempo en estado de turbación.

164. ¿Todos los Espíritus experimentan en el mismo grado y durante un lapso idéntico la turbación que sigue a la separación del alma y el cuerpo?

- No, ello depende de su elevación. El que está ya purificado vuelve en sí casi inmediatamente, porque se ha desprendido de la materia durante la vida del cuerpo, al paso que el hombre carnal, cuya conciencia no es pura, conserva durante mucho más tiempo la impresión de esa materia.

165. El conocimiento del Espiritismo ¿ejerce influencia sobre la duración más o menos prolongada de la turbación?

- Una influencia muy grande, por cuanto el Espíritu comprende de antemano su situación. Pero, lo que más influye es la práctica del bien y la conciencia pura.

En el momento de la muerte todo es al principio confuso. Hace falta al alma algún tiempo para recobrarse. Se halla como aturdida, al igual que el estado de un hombre que saliera de un sueño profundo y que tratara de darse cuenta de su situación. La lucidez de las ideas y el recuerdo del pasado le vuelven conforme se va borrando el influjo de la materia de que acaba de desembarazarse, y a medida que se disipa la especie de niebla que oscurece sus pensamientos.

La duración de la turbación que sigue a la muerte es muy variable. Puede ser de unas pocas horas como de varios meses, y hasta de muchos años. Aquellos en quienes es más breve son los que se han identificado en vida con su estado futuro, por cuanto comprenden de inmediato su situación.

La turbación presenta circunstancias particulares, de acuerdo con el carácter de cada individuo y, sobre todo, según el tipo de muerte experimentada. En las violentas, producidas por suicidio o suplicio, accidente, apoplejía o heridas, etcétera, el Espíritu se encuentra sorprendido, asombrado, y no cree haber muerto. Así lo sostiene con terquedad. No obstante, ve su cuerpo,

sabe que ese cuerpo es el suyo, y no comprende que se haya separado de él. Acude junto a las personas a quienes profesaba afecto, les habla y no comprende por qué ellas no le oyen. Esa ilusión dura hasta que el desprendimiento del periespíritu se ha consumado. Sólo entonces el Espíritu se recobra y comprende que ya no forma parte de los vivientes. Este fenómeno se explica con facilidad. Sorprendido de improviso por la muerte, el Espíritu está aturdido por el brusco cambio que en él se ha operado. Para él, la muerte sigue siendo sinónimo de destrucción, de aniquilamiento. Ahora bien, como quiera que piensa, ve y entiende, en su opinión no está muerto. Lo que aumenta su ilusión es que se ve dueño de un cuerpo similar al anterior, por su forma, pero cuya etérea naturaleza no ha tenido todavía tiempo de estudiar. Lo cree sólido y compacto como lo era el primero, y cuando se le llama la atención sobre este punto se asombra de no poder palparlo. Este fenómeno es análogo al de los sonámbulos noveles, que no creen estar dormidos. Para ellos, el sueño es sinónimo de suspensión de las facultades. Y puesto que piensan libremente y ven, en su concepto no se hallan dormidos. Algunos Espíritus presentan esta particularidad, aun cuando la muerte no los haya sorprendido en forma imprevista. Pero sigue siendo una particularidad más general en aquellos que, aunque enfermos, no pensaban que morirían. Se ve entonces el singular espectáculo de un Espíritu que asiste a su funeral como si se tratara del de un extraño, y hablando de él como de una cosa que no le concierne, hasta el momento en que comprende la verdad.

La turbación que sigue a la muerte no tiene nada de penoso para el hombre de bien. Es tranquila y semejante en todo a la que acompaña a un despertar apacible. En cambio, para aquel cuya conciencia no es pura, está llena de ansiedad y de angustias, que aumentan a medida que va comprendiendo su situación.

En los casos de muerte colectiva se ha observado que todos los que perecen al mismo tiempo no siempre se vuelven a ver de inmediato. En la turbación que sigue a la muerte, cada cual va por su lado, preocupándose tan sólo de aquellos que le interesan.

CAPÍTULO IV

PLURALIDAD DE LAS EXISTENCIAS

I.- De la reencarnación

166. ¿Cómo puede acabar de depurarse el alma que no ha alcanzado la perfección durante la vida corporal?

- Sufriendo la prueba de una nueva existencia.

166 a. ¿De qué manera realiza el alma esta nueva existencia? ¿Por su transformación como Espíritu?

- Al depurarse, el alma experimenta sin duda una transformación, pero para ello necesita la prueba de la vida corporal.

166 b. El alma ¿tiene, pues, muchas existencias corpóreas?

- Sí, todos tenemos muchas existencias. Los que afirmen lo contrario quieren manteneros en la ignorancia en que ellos mismos están: ese es su deseo.

166 c. De este principio parece resultar que el alma, tras haber dejado un cuerpo, toma otro. Dicho de otra manera, reencarna en un nuevo cuerpo. ¿Así hay que entenderlo?

- Evidentemente.

167. ¿Cuál es el objetivo de la reencarnación?

- Expiación, mejoramiento progresivo de la humanidad. Sin esto, ¿dónde estaría la justicia?

168. El número de las existencias corporales ¿es limitado, o el Espíritu reencarna perpetuamente?

- Con cada nueva existencia el Espíritu da un paso más por la senda del progreso. Cuando se ha despojado de todas sus impurezas ya no tiene necesidad de las pruebas de la vida corporal.

169. El número de encarnaciones ¿es el mismo para todos los Espíritus?

- No, el que adelanta con rapidez se ahorra pruebas. No obstante, esas encarnaciones sucesivas son siempre muy numerosas, por cuanto el progreso es casi infinito.

170. ¿En qué se convierte el Espíritu después de su última encarnación?

- Espíritu bienaventurado, Espíritu puro.

II.- Justicia de la reencarnación

171. ¿En qué se funda el dogma de la reencarnación?

- En la justicia de Dios y en la revelación, porque sin cesar os lo repetimos: Un buen padre deja siempre a sus hijos una puerta abierta para el arrepentimiento. ¿No te dice la razón que sería injusto privar para siempre de la dicha eterna a todos aquellos de quienes no ha dependido mejorar? ¿Acaso todos los hombres no son hijos de Dios? Sólo entre los humanos egoístas se encuentra la iniquidad, el odio implacable y los castigos sin perdón.

Todos los Espíritus tienden a la perfección y Dios les provee los medios de obtenerla mediante las pruebas de la vida corporal. Pero, en su justicia, les reserva que cumplan en nuevas existencias lo que no pudieron hacer o perfeccionar en una primera prueba.

No estaría de acuerdo con la equidad y la bondad de Dios castigar para siempre a aquellos que han podido encontrar obstáculos para su mejoramiento, independientemente de su voluntad y en el medio mismo donde se hallaban ubicados. Si la suerte del hombre después de su muerte estuviera irremediablemente fijada, Dios no habría pesado las acciones de todos con la misma balanza y no los hubiera tratado con imparcialidad.

La doctrina de la reencarnación, esto es, aquella que consiste en admitir para el hombre muchas existencias sucesivas, es la única que responde a la idea que nos formamos de la justicia de Dios para con hombres de una condición moral inferior, la única que puede explicarnos el porvenir y fundamentar nuestras esperanzas, puesto que nos ofrece el medio de rescatar nuestras faltas mediante nuevas pruebas. La razón nos lo indica y los Espíritus así lo enseñan.

El hombre que tiene conciencia de su inferioridad encuentra en la doctrina de la reencarnación una esperanza consoladora. Si cree en la justicia de Dios no puede esperar que

será por siempre diferente de aquellos que han obrado mejor que él. El pensamiento de que esa inferioridad no lo deshereda para siempre del bien supremo, y que podrá conquistarlo por medio de nuevos esfuerzos, lo sostiene y reanima su valor. ¿Quién, al término de su carrera, no lamenta haber adquirido demasiado tarde una experiencia que ya no puede aprovechar? Pero esa experiencia tardía no está perdida, pues la aprovechará en una nueva existencia.

III.- Encarnación en los diferentes mundos

172. Nuestras diversas existencias corporales ¿se cumplen todas en la Tierra?

- No, no todas, sino en los distintos mundos. Las de la Tierra no son las primeras ni las últimas, y son de las más materiales y alejadas de la perfección.

173. En cada nueva existencia corpórea, ¿pasa el alma de un mundo a otro, o puede cumplir varias en un mismo globo?

- Puede encarnar muchas veces en un mismo globo, si no está lo bastante adelantada para pasar a un mundo superior.

173 a. Así pues, ¿podemos reaparecer varias veces en la Tierra.

- Ciertamente.

173 b. Y después de haber vivido en otros mundos ¿podemos volver aquí?

- Seguro. Es posible que hayáis vivido ya en otras partes y también en la Tierra.

174. Reencarnar en la Tierra, ¿constituye una necesidad?

- No. Pero si no adelantáis podréis ir a otro mundo que no sea mejor que la Tierra, o que sea aún peor.

175. ¿Existe una ventaja en volver a vivir aquí?

- Ninguna ventaja en particular, a menos de estar cumpliendo una misión. Entonces se adelanta, aquí como en otras partes.

175 a. ¿No seríamos más dichosos si permaneciéramos en el estado de Espíritus?

- ¡No, no! Se quedaría estacionario, y lo que se quiere es adelantar hacia Dios.

176. Tras haber encarnado en otros mundos, ¿pueden los Espíritus hacerlo en éste, si no encarnaron nunca aquí?

- Sí, como vosotros en los demás globos. *Todos los mundos son solidarios*. Lo que no se realiza en uno se cumple en otro.

176 a. De esta manera ¿hay hombres que están en la Tierra por primera vez?

- Los hay, muchos y en diversos grados.

176 b. ¿Se puede reconocer por cualquier indicio cuándo un Espíritu está por vez primera reencarnado en la Tierra?

- Eso no tendría ninguna utilidad.

177. Para llegar a la perfección y a la ventura suprema, que es la meta postrera de todos los hombres, ¿debe el Espíritu pasar por la serie de pruebas de todos los mundos que en el Universo existen?

- No, porque hay muchos mundos que están en el mismo grado y donde el Espíritu no aprendería nada nuevo.

177 a. ¿Cómo explicar entonces la pluralidad de sus existencias en un mismo globo?

- Tal vez se encuentre en cada ocasión en situaciones muy diferentes, que son para él otras tantas oportunidades para adquirir experiencia.

178. ¿Pueden los Espíritus volver a vivir corporalmente en un mundo relativamente inferior a aquel en que han residido ya?

- Sí, cuando deben realizar una misión para ayudar al progreso, y en tal caso aceptan con alegría las tribulaciones de esa existencia, porque les proporcionan un medio para adelantar.

178 a. ¿No puede ocurrir esto también por expiación, y no es posible que Dios envíe a Espíritus rebeldes a mundos inferiores?

- Los Espíritus pueden permanecer estacionarios, pero no retroceden, y entonces su castigo consiste en no seguir adelantando y en recomenzar las existencias mal empleadas en el medio que a su naturaleza conviene.

178 b. ¿Cuáles son los que deben recomenzar una misma existencia?

- Los que fallen en su misión o en sus pruebas.

179. Los Seres que habitan cada mundo ¿han llegado todos a un mismo grado de perfección?

- No, es como en la Tierra: los hay más o menos adelantados.

180. Al pasar de este globo a otro ¿conserva el Espíritu la inteligencia que en la Tierra tenía?

- Sin duda alguna. La inteligencia no se pierde, aunque acaso no posea los mismos medios de manifestarla. Esto depende de su superioridad y del estado del cuerpo que tome. (Véase “Influencia del Organismo”, parágrafo 367).

181. Los Seres que habitan los diferentes mundos ¿tienen cuerpos similares a los nuestros?

- Desde luego, poseen cuerpos, puesto que es necesario que el Espíritu esté revestido de materia para obrar sobre ella. Pero esa envoltura es más o menos material, según sea el grado de pureza a que hayan llegado los Espíritus, y es eso lo que constituye la diferencia entre los mundos que debemos recorrer. Porque hay muchas moradas en la casa de nuestro Padre y, en consecuencia, muchos grados. Unos lo saben y tienen conciencia de ello en la Tierra, al paso que otros no están en modo alguno en las mismas condiciones.

182. ¿Podemos conocer con exactitud el estado físico y moral de los diversos mundos?

- Nosotros, los Espíritus, no podemos responder sino conforme al grado en que vosotros os halláis. Vale decir que no debemos revelar esas cosas a todos, por cuanto todos no están en situación de comprenderlas, *y esto los turbaría.*

A medida que el Espíritu se purifica el cuerpo de que se halla revestido se va acercando igualmente a la naturaleza espírita. La materia se torna menos densa, ya no se arrastra penosamente por el suelo, las necesidades físicas son menos groseras, los seres vivos no tienen ya necesidad de destruirse unos a otros para nutrirse. El Espíritu es más libre y posee, para las cosas distantes, percepciones que nos son desconocidas; y lo que nosotros vemos con los ojos del cuerpo, él lo percibe mediante el pensamiento.

La purificación de los Espíritus se refleja en el perfeccionamiento moral de los seres en que se han encarnado. Las pasiones animales se debilitan, el egoísmo cede su lugar al sentimiento

fraternal. Así pues, en los mundos superiores al nuestro no se conocen las guerras. Los odios y las discordias no tienen objeto allí, porque nadie piensa en dañar a sus semejantes. La intuición que poseen acerca de su porvenir, la seguridad que les otorga una conciencia libre de remordimientos, hacen que la muerte no les cause la menor aprensión. La ven llegar sin temor, como una mera transformación.

La duración de la vida, en los diversos globos, parece estar proporcionada al grado de superioridad física y moral de los mismos, y esto es perfectamente razonable. Cuanto menos material sea el cuerpo, tanto menos sujeto estará a las vicisitudes que lo desorganizan. Y cuanto más puro el Espíritu, menos pasiones lo minarán. Es ese un beneficio más de la Providencia, que de este modo quiere abreviar los sufrimientos.

183. Al pasar de un mundo a otro ¿pasa también el Espíritu por una nueva infancia?

- La infancia es dondequiera una transición necesaria, pero no en todas partes es tan torpe como entre vosotros.

184. ¿Puede el Espíritu escoger el nuevo mundo en que ha de residir?

- No siempre, pero le cabe solicitarlo, y podrá obtenerlo si lo ha merecido. Porque los mundos sólo son accesibles a los Espíritus de acuerdo con su grado de elevación.

184 a. Si el Espíritu no pide nada, ¿qué es lo que determina el mundo en que habrá de reencarnar?

- Su grado de elevación.

185. El estado físico y moral de los seres vivos ¿es perpetuamente el mismo en cada globo?

- No. También los mundos se encuentran sometidos a la ley del progreso. Todos han comenzado como el vuestro, en un estado inferior, y la misma Tierra experimentará una transformación similar. Se convertirá en un paraíso terrenal cuando los hombres se hayan hecho buenos.

De modo que las razas que en la hora actual pueblan la Tierra desaparecerán un día, siendo sustituidas por seres cada vez más perfectos. Esas razas transformadas sucederán a la de hoy, así como ésta ha reemplazado a otras más groseras todavía.

186. ¿Hay mundos en que el Espíritu, dejando de habitar un cuerpo material, sólo tiene ya por envoltura al periespíritu?

- Sí, y esa envoltura misma se torna tan etérea que para vosotros es como si no existiera. Se trata entonces del estado de Espíritus puros.

186 a. De ello parece resultar que no hay una demarcación neta entre el estado de las últimas encarnaciones y el de Espíritu puro.

- Tal demarcación no existe. Puesto que las diferencias se van borrando poco a poco, aquélla se torna imperceptible, como la noche que se esfuma ante las primeras claridades del alba.

187. La sustancia del periespíritu ¿es idéntica en todos los globos?

- No, es más o menos etérea. Al pasar de un mundo a otro, el Espíritu se reviste de la materia propia de cada uno de ellos, lo que se opera con la rapidez del relámpago.

188. Los Espíritus puros ¿habitan mundos especiales o se hallan en el espacio universal sin estar más ligados a un globo que a otro?

- Los Espíritus puros residen en ciertos mundos, pero no se encuentran confinados en ellos, como sucede a los hombres en la Tierra. Con más facilidad que los otros pueden trasladarse a todas partes. [42]

---

[42] Según los Espíritus, de todos los cuerpos celestes que integran nuestro sistema planetario está la Tierra entre aquellos cuyos habitantes se hallan menos adelantados en lo físico y en lo moral. Marte le sería aún inferior y Júpiter muy superior, desde todos los puntos de vista. El Sol no sería un astro habitado por seres corpóreos, sino un lugar de reunión de los Espíritus superiores, quienes irradian desde allí mediante el pensamiento hacia los otros mundos, a los que dirigen por intermedio de Espíritus menos elevados, con los cuales se comunican sirviéndose del fluido universal. Como constitución física, el Sol sería un foco de electricidad. Todos los soles parecerían estar en una situación idéntica.

El volumen de cada mundo y la distancia que los separa del Sol no tienen ninguna relación necesaria con su grado de progreso, puesto que, a lo que parece, Venus se hallaría más adelantado que la Tierra, y Saturno, menos que Júpiter.

Muchos Espíritus que animaron a personas conocidas en la Tierra dijeron haber reencarnado en Júpiter*****, uno de los mundos más cercanos a la perfección, y ha habido oportunidad de asombrarse al ver en ese globo tan adelantado a hombres que la opinión humana no consideraba en la Tierra como de la misma categoría. Esto no ha de sorprendernos en modo alguno. Primero, si se considera que ciertos Espíritus que habitaban aquel planeta han podido ser enviados a la Tierra para cumplir en ella una misión que, a nuestro entender, no los colocaba en el primer rango. Segundo, porque entre su existencia terrestre y la desarrollada en Júpiter han podido tener otras intermedias, en las cuales hayan mejorado. Y tercero, en suma, porque en aquel mundo, igual que en el

VI.- Transmigración progresiva

189. ¿Goza el Espíritu de la plenitud de sus facultades desde el principio de su formación?

- No, porque el Espíritu, igual que el hombre, tiene también su infancia. En su origen, los Espíritus sólo poseen una existencia instintiva y apenas si tienen conciencia de sí mismos y de sus actos. La inteligencia se desarrolla sólo poco a poco.

190. ¿Cuál es el estado del alma en su primera encarnación?

---

nuestro, hay diferentes grados de desarrollo, y de uno a otro grado es posible que exista la distancia que separa entre nosotros al salvaje [aborigen] del hombre civilizado. Así pues, por el hecho de vivir en Júpiter no se inferirá que se esté en el nivel de los Seres más perfeccionados, como tampoco se deduce que alguien que vive en París deba hallarse al nivel de un sabio del Instituto.

Las condiciones de longevidad no son tampoco en todas las partes las mismas que en la Tierra y la edad de los individuos no se puede comparar. Una persona que falleció algunos años atrás, al ser evocada manifestó que había encarnado seis meses antes en un mundo cuyo nombre nos es desconocido. Interrogada acerca de la edad que tenía entonces en ese mundo, respondió: “No puedo precisarla, porque no contamos el tiempo como vosotros. Además, la forma de vida no es la misma: nos desarrollamos aquí con mucha mayor rapidez. Por tanto, aunque no haga más de seis de vuestros meses que yo me encuentro aquí, puedo deciros que en lo tocante a la inteligencia tengo treinta años de la edad que contaba en la Tierra”.

Muchas respuestas análogas han dado otros Espíritus, y ello no tiene nada de inverosímil. ¿No vemos acaso en la Tierra a muchísimos animales que adquieren en pocos meses su desarrollo normal? ¿Por qué no ha de acontecer lo mismo con el hombre, en otras esferas? Subrayemos, por otra parte, que el desarrollo alcanzado por el hombre en nuestro mundo a la edad de treinta años quizá no es sino una especie de infancia si se le compara con el que debería alcanzar. Es preciso tener la visión muy limitada para considerarnos en todo los prototipos de la Creación, y es rebajar a la Divinidad creer que fuera de nosotros no haya más nada que crear. [*N. de A. Kardec*.]

* En la actualidad resulta chocante pensar en la posibilidad de vida en planetas como Júpiter, Marte o Venus, por carecer ellos de las condiciones ambientales necesarias. Pero hay que recordar al lector, que al igual que no vemos a los Espíritus, y sin embargo podemos dar testimonio de su realidad, un caso análogo ocurriría con los habitantes de dichos planetas, en donde la materia puede estar vibrando en distintas coordenadas vibratorias a las nuestras. *Además puede tratarse de mundos transitorios, en donde la vida sólo sea espiritual y no física.* (Véase la pregunta nº 236 y ss.)

Kardec recibió múltiples comunicaciones donde los Espíritus afirmaban vivir en Júpiter, entre ellas, famosas son las del espíritu de Mozart (Véase *Revue Spirite* año 1858 y 1859, meses de mayo), en donde da testimonio de su estancia en dicho planeta, dictando además una sonata como prueba de identidad; o de los dibujos a través del médium V. Sardou (Véase *Revue Spirite*, año 1858, mes de agosto) de las diferentes casas de los Espíritus que afirmaban habitar ahí, entre ellos el mismo Mozart, Zoroastro o Palissy. [*N. del copista*.]

- El estado de la infancia en la vida corporal. Su inteligencia despunta apenas. *El alma se ensaya para la vida.*

191. Las de nuestros salvajes[43] ¿son almas en estado de infancia?

- Infancia relativa, pues son almas ya desarrolladas, que poseen pasiones.

191 a. En consecuencia, ¿las pasiones constituyen un signo de desarrollo?

- De desarrollo, sí; pero no de perfección. Son un indicio de actividad y de la conciencia del yo, en tanto que en el alma primitiva la inteligencia y la vida se hallan en estado de germen.

En su conjunto, la vida del Espíritu recorre las mismas fases que observamos en la existencia corporal. Pasa gradualmente del estado de embrión al de la infancia, para llegar, tras una sucesión de períodos, al estado de adulto, que es el de perfección, con la diferencia de que en la vida del Espíritu, no hay declinación ni decrepitud, como en la vida corporal acontece. Difiere, además, en que su existencia, que tuvo un comienzo, no tendrá un fin; en que necesita un tiempo inmenso, desde nuestro punto de vista, para pasar de la infancia espírita a un completo desarrollo, y su progreso se cumple no en una sola esfera, sino pasando por mundos diversos. La vida del Espíritu está integrada, pues, por un serie de existencias corporales, cada una de las cuales representa para él una oportunidad de progreso, del modo que cada vida corporal se compone de una serie de días, en cada uno de los cuales adquiere el hombre un poco más de experiencia e instrucción. Pero, así como en la vida humana existen jornadas que no aportan ningún fruto, así también en la del Espíritu hay existencias corporales que no dan provecho alguno, porque no supo aprovecharlas.

192. ¿Es posible ya, en esta vida, y por medio de una conducta perfecta, franquear todos los grados y convertirse en Espíritu puro, sin pasar por los grados intermedios?

- No, porque lo que el hombre considera perfecto está lejos de serlo. Hay cualidades que desconoce y no puede comprender. Podrá

[43] Como ya señalemos en una nota anterior, el término “salvaje” no es usado en término despectivo, y basándonos en la R.A.E 4ª acepción de la vigésimo primera edición del *Diccionario de la Lengua Española* podemos leer: “Dícese de los pueblos que no se han incorporado al desarrollo general de la civilización y mantienen formas primitivas de vida”, y es así como se debe entender tal palabra aquí. [*N. del copista*.]

ser tan perfecto como lo permita su naturaleza terrena, pero ello no será la absoluta perfección. Sucede lo propio con un niño: por muy precoz que sea, ha de pasar por la juventud antes de llegar a la edad madura. Así también ocurre con el enfermo, que pasa por la convalecencia antes de recobrar por entero su salud. Además, el Espíritu debe progresar en conocimientos y en moralidad. Si sólo avanzó en uno de esos sentidos, precisa que adelante en el otro para alcanzar el punto más alto de la escala. Pero, cuanto más progrese el hombre en su vida presente, menos largas y penosas resultarán para él las pruebas que sigan.

192 a. ¿Puede el hombre asegurarse en esta vida una existencia futura menos llena de amargura?

- Por cierto que sí, le cabe abreviar la longitud y las dificultades del camino. *Sólo el despreocupado se encuentra siempre en el mismo punto.*

193. ¿Podrá un hombre, en sus nuevas existencias, descender a un punto más bajo que aquel en que se hallaba?

- En su posición social, sí; pero como Espíritu, no.

194. El alma de un hombre de bien ¿puede, en una nueva encarnación, animar el cuerpo de un malhechor?

- No, puesto que no le es posible degenerar.

194 a. El alma de un perverso ¿podría convertirse en la de un hombre de bien?

- Sí, si se ha arrepentido, y en tal caso se trata de una recompensa.

La marcha de los Espíritus es progresiva y jamás retrocede. Se elevan ellos de manera gradual en la jerarquía y no descienden del rango que han alcanzado. En sus diversas existencias corporales pueden descender en su condición humana, pero no como Espíritus. Así, el alma de un poderoso de la Tierra podrá más tarde animar el cuerpo del más humilde de los artesanos, y viceversa. Porque las categorías entre los humanos están, a menudo, en razón inversa de la elevación de los sentimientos morales. Herodes era rey, y Jesús, carpintero.

195. La posibilidad de mejorar en otra existencia ¿no puede inducir a ciertas personas a perseverar en un mal camino, por pensar que podrán siempre corregirse más tarde?

- El que así piense no cree en nada y la idea de un castigo eterno ya no le hace mella, porque su razón la rechaza, y tal idea lleva a la incredulidad acerca de todo. Si sólo se hubieran empleado medios racionales para conducir a los hombres no existirían hoy tantos escépticos. Un Espíritu imperfecto podrá pensar, en su vida corporal, como tú acabas de decirlo, pero una vez desprendido de la materia reflexionará de otra manera, y pronto comprenderá que ha hecho mal sus cálculos, y es entonces que adquirirá un concepto distinto para aplicar en una nueva existencia. Así se lleva a cabo el progreso, y he aquí por qué tenéis en la Tierra unos hombres más adelantados que otros. Unos tienen ya una experiencia que otros no poseen aún, pero que adquirirán poco a poco. De ellos depende acelerar su progreso o retardarlo indefinidamente.

El hombre que se halle en mala posición deseará cambiarla lo antes posible. El que esté persuadido de que las adversidades de esta vida son la consecuencia de sus imperfecciones, tratará de asegurarse una nueva existencia menos penosa. Y este pensamiento lo apartará más de la senda del mal que la idea del fuego eterno, en el cual no cree.

196. Puesto que no pueden los Espíritus mejorar si no es sufriendo las congojas de la existencia corpórea, ¿se deduce de ello que la vida material sería una especie de tamiz o depuratorio por el que deben pasar los Seres del Mundo Espírita para llegar a la perfección?

- Sí, eso es precisamente. Mediante tales pruebas mejoran, evitando el mal y practicando el bien. Pero sólo después de muchas encarnaciones o depuraciones sucesivas alcanzan, en un tiempo más o menos prolongado, *según hayan sido sus esfuerzos*, la meta a la cual tienden.

196 a. ¿El cuerpo es el que influye sobre el Espíritu para mejorarlo, o el Espíritu el que influye sobre el cuerpo?

- Tu Espíritu lo es todo. Tu cuerpo constituye una vestidura que entra en putrefacción: he ahí todo…

Hallamos una comparación material de los diversos grados de depuración del alma en el zumo de la uva. Contiene éste licor denominado espíritu o alcohol, pero debilitado por una cantidad de materias extrañas que alteran su esencia. Sólo alcanza la absoluta pureza tras varias destilaciones, en cada una de las cuales se va despojando de alguna impureza. El cuerpo es el alambique en el que debe entrar para depurarse. Las materias

extrañas son las que desecha el periespíritu al purificarse, conforme el Espíritu se va acercando a la perfección.

V.- Suerte de los niños después de la muerte

197. El Espíritu de un niño muerto a temprana edad ¿está tan adelantado como el del adulto?

- A veces mucho más, porque puede haber vivido mucho y poseer mayor experiencia, sobre todo si ha progresado.

197 a. Así pues, ¿puede el Espíritu de un niño estar más evolucionado que el de su padre?

-Esto es muy frecuente. ¿No lo comprobáis vosotros mismos a menudo, en la Tierra?

198. Puesto que el niño muerto a tierna edad no ha podido hacer el mal, ¿pertenece su Espíritu a los grados superiores?

- Si no ha hecho el mal, tampoco hizo el bien, y Dios no lo exime de las pruebas que ha de padecer. Si es puro no será porque era niño, sino porque se hallaba más adelantado.

199. a. ¿Por qué muchas veces se ve interrumpida la vida en la niñez?

- La duración de la vida del niño puede ser, para el Espíritu en él encarnado, el complemento de una existencia interrumpida antes del término debido, y su muerte es a menudo *una prueba o una expiación para los padres*.

199 a. ¿En qué se transforma el Espíritu de un niño muerto a edad temprana?

- Recomienza una nueva existencia.

Si el hombre tuviera una sola vida, y si después de ella su suerte futura estuviese fijada para la eternidad, ¿cuál sería el mérito de la mitad de la especie humana que muere a tierna edad, para disfrutar sin esfuerzos de la dicha eterna, y con qué derecho sería liberada de las condiciones con frecuencia tan duras impuestas a la otra mitad? Semejante orden de cosas no podría estar de acuerdo con la justicia de Dios. Por medio de la reencarnación se establece la igualdad para todos. El porvenir pertenece a todos sin excepción y no hay favor para nadie. Los que llegan últimos sólo pueden atribuirlo a sí mismos. El hombre

debe tener el mérito de sus acciones, así como le cabe la responsabilidad de ellas.

Por otra parte, no es racional considerar a la infancia como un estado normal de inocencia. ¿No vemos niños dotados de los peores instintos en una edad en que la educación no ha podido todavía ejercer su influjo? ¿No conocemos otros que parecieran haber traído de nacimiento la astucia y la falsedad, la perfidia y el instinto mismo del robo y el crimen, no obstante los buenos ejemplos de que están rodeados? La ley civil les absuelve de sus delitos porque alega que han obrado sin discernimiento. Y tiene razón, pues en efecto actúan más por instinto que en forma deliberada. Pero ¿de dónde pueden proceder esos instintos tan diversos en niños de una misma edad, educados en idénticas condiciones y sometidos a iguales influencias? ¿De dónde proviene esa precoz perversidad, si no es de la inferioridad del Espíritu, puesto que la educación no ha intervenido para nada en ello? Los que son viciosos, lo son porque sus Espíritus han progresado menos y sufren entonces las consecuencias de esto, no por sus acciones de niño, sino por las de sus anteriores existencias, y de esta manera la ley es la misma para todos y la justicia de Dios a todos alcanza.

VI.- Sexos en los Espíritus

200. ¿Tienen sexo los Espíritus?

- No, en el sentido en que vosotros lo entendéis, por cuanto los sexos dependen del organismo. Hay entre ellos amor y simpatía, pero basados en la afinidad de sentimientos.

201. El Espíritu que ha animado el cuerpo de un hombre ¿puede en una nueva existencia animar el de una mujer, y viceversa?

- Sí, son los mismos Espíritus los que animan a hombres y mujeres.

202. Cuando se es Espíritu ¿se prefiere encarnar en el cuerpo de un hombre o en el de una mujer?

- Esto importa poco al Espíritu. Depende de las pruebas por las que tenga que pasar.

Los Espíritus encarnan en hombres o mujeres, pues no poseen sexo. Como deben progresar en todos sentidos, cada sexo, así como cada posición social, les ofrece pruebas y deberes parti-

culares y la ocasión de cosechar experiencias. El que hubiera sido siempre hombre sólo sabría lo que saben los hombres.

VII.- Parentesco, filiación

203. ¿Transmiten los padres a sus hijos una porción de su alma, o sólo se limitan a darles la vida animal, a la cual, otra alma, brinda la vida moral?

- Sólo la vida animal, puesto que el alma es indivisible. Un padre torpe puede tener hijos talentosos, y a la inversa.

204. Ya que hemos tenido muchas existencias ¿re remonta el parentesco más allá de nuestras vida actual?

- No podría ser de otra manera. La sucesión de existencias corpóreas establece entre los Espíritus vínculos que se remontan a vuestras vidas anteriores. A menudo nace de ahí la simpatía entre vosotros, y también el que algunos Espíritus os parezcan extraños.

205. A los ojos de ciertas personas la doctrina de la reencarnación parece destruir los lazos de familia al hacerlos remontarse más allá de su actual existencia.

- Los amplía, no los destruye. Fundándose el parentesco en afectos anteriores, los vínculos que unen a los miembros de una misma familia son menos precarios. La doctrina de la reencarnación aumenta los deberes de la fraternidad, ya que en vuestro vecino o servidor puede encontrarse un Espíritu que ha estado unido a vosotros por los lazos de la sangre.

205 a. Sin embargo, disminuye la importancia que algunos atribuyen a la filiación, puesto que se puede haber tenido por padre a un Espíritu que haya pertenecido a otra raza, o que viviera en una situación completamente distinta.

- Es cierto, pero esa importancia se basa en el orgullo. Lo que la mayoría honra en sus antepasados son los títulos, el rango, la fortuna. Uno que se ruborizaría por haber tenido como abuelo a un honrado zapatero, se jactaría en cambio si descendiera de un gentilhombre libertino. Pero, por más que digan o hagan, no impedirán que las cosas sean como son, porque Dios no ha fundamentado sobre la vanidad de ellos las leyes de la Naturaleza.

206. Del hecho de que no haya filiación entre los Espíritus de los descendientes de una misma familia, ¿se podrá inferir que el culto de los antepasados sea una cosa ridícula?

- Con seguridad que no, porque se debe ser dichoso de pertenecer a una familia en la cual hayan encarnado Espíritus elevados. Aun cuando los Espíritus no proceden los unos de los otros, no por eso dejan de profesar afecto a los que están ligados a ellos por los lazos familiares, porque esos Espíritus a menudo han sido atraídos a tal o cual familia por simpatía o por vínculos anteriores. Pero creed que los Espíritus de vuestros antecesores no se sienten honrados en modo alguno por el culto que les profesáis sobre la base del orgullo. Su mérito no se transmitirá a vosotros sino en la medida en que os esforcéis por seguir los buenos ejemplos que os han dejado, y únicamente entonces vuestro recuerdo podrá no sólo resultarles agradable, sino también serles útil.

VIII.- Semejanzas físicas y morales

207. Los progenitores suelen transmitir con frecuencia a sus hijos una semejanza física. ¿Les transmiten también un parecido moral?

- No, puesto que se trata de almas o Espíritus diferentes. El cuerpo procede del cuerpo, pero el Espíritu no procede del Espíritu. Entre los descendientes de las razas sólo existe consanguinidad.

207 a. ¿A qué se deben las semejanzas morales que existen a veces entre padres e hijos?

- Son Espíritus que simpatizan, atraídos por la similitud de inclinaciones.

208. Los Espíritus de los progenitores ¿no ejercen influencia sobre el del niño después del nacimiento de éste?

- Tienen una influencia muy grande. Como ya dijimos, los Espíritus deben coadyuvar a su mutuo progreso. Pues bien, los de los padres tienen por misión desarrollar el de sus hijos mediante la educación. Para el Espíritu del padre es esta una tarea: *si falla, será culpable.*

209. ¿Por qué padres buenos y virtuosos engendran niños de naturaleza perversa? Dicho de otro modo: ¿por qué las buenas cualidades de los progenitores no atraen siempre, por simpatía, a un Espíritu bueno para animar a su hijo?

- Un Espíritu malo puede solicitar padres buenos, con la esperanza de que sus consejos lo encaminarán por una senda mejor, y a menudo Dios se los concede.

210. ¿Pueden los padres, mediante sus pensamientos y plegarias, atraer hacia el cuerpo de su hijo a un Espíritu bueno más que a uno inferior?

- No, pero podrán mejorar al Espíritu del hijo que han engendrado y que les es confiado. Tal es su deber. Malos hijos constituyen una prueba para sus progenitores.

211. ¿A qué se debe la semejanza de carácter que existe a menudo entre dos hermanos, sobre todo en el caso de gemelos?

- Espíritus simpáticos, que se acercan por la afinidad de sus sentimientos *y que se sienten dichosos de estar juntos.*

212. En los hermanos siameses, cuyos cuerpos están unido el uno al otro y que poseen ciertos órganos en común, ¿hay dos Espíritus, o sea dos almas?

- Sí, pero la semejanza entre ambos hace muchas veces que parezcan sólo uno a vuestros ojos.

213. Puesto que los Espíritus encarnan en los hermanos gemelos por simpatía, ¿cuál es la causa de la aversión que en ciertos casos se advierte entre éstos?

- No, es regla que los gemelos sean Espíritus que simpatizan. Ciertos Espíritus malos pueden haber querido luchar juntos en el teatro de la vida.

214. ¿Qué pensar de las historias según las cuales algunos niños luchan en el mismo seno materno?

- Es una imagen. Para expresar que su odio era antiguo, se le ha hecho remontar hasta antes de su nacimiento. Por lo general, no tomáis suficientemente en cuenta las figuras poéticas.

215. ¿A qué se debe el carácter distintivo que se observa en cada pueblo?

- Los Espíritus tienen también familias, formadas por la afinidad de sus inclinaciones, más o menos depuradas, según sea su grado de elevación. Y bien, un pueblo es una gran familia en la que se reúnen Espíritus que simpatizan. La tendencia a unirse que tienen los miembros de esas familias da origen al parecido existente, que determina el carácter distintivo de los individuos de cada pueblo.

¿Crees por ventura que Espíritus buenos y humanitarios buscarán, para encarnar, un pueblo duro y grosero? No, los Espíritus simpatizan con las masas, así como con los individuos: mas siempre procurando su medio.

216. ¿Conserva el hombre, en sus nuevas existencias, huellas del carácter moral de sus vidas anteriores?

- Sí, puede suceder. Pero al mejorar, cambia. Su posición social podrá también no ser ya la misma. Si de amo como era se convierte en esclavo, sus inclinaciones serán completamente distintas y con trabajo le reconoceríais. Siendo el Espíritu el mismo en las diversas encarnaciones, sus manifestaciones pueden presentar ciertas analogías de una a otra, pero modificadas por los hábitos que su nueva posición le inculca, hasta que un perfeccionamiento notable haya mudado por entero su carácter, porque de orgulloso y ruin, que era antes, puede volverse humilde y humanitario, si se ha arrepentido.

217. ¿Conserva el hombre, en sus distintas encarnaciones, rasgos físicos del carácter de sus vidas precedentes?

- El cuerpo anterior es destruido y el nuevo no tiene ninguna relación con aquél. Sin embargo, el Espíritu se refleja en el cuerpo. Por cierto que el cuerpo sólo constituye materia, pero pese a ello es modelado de acuerdo con las cualidades del Espíritu, quien le imprime cierto carácter, en modo especial en el semblante, y con razón se ha dicho que los ojos son el espejo del alma. Esto es, que el rostro refleja con más particularidad al alma. Porque una persona excesivamente fea puede tener, sin embargo, algo que agrade cuando su cuerpo es la envoltura de un Espíritu bondadoso, sabio y humanitario, mientras que hay rostros muy bellos que no te hacen sentir nada y por los cuales incluso experimentas repulsión. Podrías creer que sólo los cuerpos bien constituidos son la envoltura de los Espíritus más perfectos, mientras que estás encontrando todos los días a hombres de bien bajo una apariencia exterior deforme. Sin tener un parecido pronunciado, la semejanza de gustos y tendencias puede, pues, dar lo que se llama “aire de familia” a algunos individuos.

Puesto que el cuerpo que reviste al alma en una nueva encarnación no tiene ninguna relación necesaria con el que ella ha dejado, ya que puede provenir de otro origen enteramente distinto, sería absurdo pensar en una sucesión de vidas de una semejanza que sólo es fortuita. Sin embargo, las cualidades del

Espíritu modifican con frecuencia a los órganos que sirven a sus manifestaciones, e imprimen al rostro, e inclusive al conjunto de los modales, un sello distintivo. Así pues, bajo la más humilde de las envolturas es posible encontrar la expresión de la grandeza y de la dignidad, al paso que bajo el hábito del gran señor se ve en ocasiones la de la bajeza e ignominia. Algunas personas surgidas de la posición más ínfima adoptan sin esfuerzo los hábitos y modales del mundo elegante. Pareciera como si volviesen a encontrar allí su elemento; mientras que otras, a despecho de su nacimiento y educación, se hallan siempre desubicadas en ese medio. ¿De qué modo explicar este hecho, si no es como un reflejo de lo que ha sido antes el Espíritu?

IX.- Ideas innatas

218. El Espíritu encarnado ¿conserva alguna huella de las percepciones que ha tenido y de los conocimientos que adquirió en sus vidas anteriores?

- Le queda un vago recuerdo, que le da lo que denominamos ideas innatas.

218 a. ¿De manera que la teoría de las ideas innatas no es una quimera?

- No: los conocimientos adquiridos en cada existencia no se pierden. Una vez desprendido de la materia, el Espíritu siempre los recuerda. En el trascurso de la encarnación podrá en parte olvidarlos, en forma temporaria, pero la intuición que le queda de ellos coopera a su progreso. A no ser por esto debería recomenzar de continuo. En cada nueva existencia, el Espíritu toma como punto de partida el alcanzado en su vida precedente.

218 b. Así pues, ¿ha de existir una gran conexión entre dos existencias sucesivas?

- No siempre tan grande como podrías creerlo, por cuanto las situaciones son a menudo muy diferentes, y en el intervalo ha podido el Espíritu progresar. (Ver el párrafo 216).

219. ¿Cuál es el origen de las facultades extraordinarias de algunos individuos que, sin haber hecho estudios previos, parecen tener la intuición de ciertos conocimientos, como los idiomas, el cálculo matemático, etcétera?

- Recuerdo del pasado. Progreso anterior del alma, pero del cual el individuo mismo no tiene conciencia. ¿De dónde quieres que provengan? El cuerpo cambia, pero no el Espíritu, aunque mude de vestimenta.

220. Al cambiar de cuerpo, ¿se puede perder ciertas facultades intelectuales, por ejemplo, dejar de aficionarse a las artes?

- En efecto, si se ha manchado esa inteligencia o si se hizo mal uso de ella. Además, determinada facultad puede permanecer aletargada durante una existencia, porque el Espíritu quiere ejercer otra que no tiene relación con aquélla. Entonces queda en estado latente, para reaparecer más tarde.

221. ¿A un recuerdo retrospectivo debe el hombre, aun en estado salvaje, el sentimiento instintivo de la existencia de Dios y el presentimiento de la vida futura?

- Se trata de un recuerdo que ha conservado de lo que sabía como Espíritu antes de encarnar. Pero el orgullo sofoca a menudo ese sentimiento.

221 a. ¿A ese mismo recuerdo se deben ciertas creencias relativas a la Doctrina Espírita, que en todos los pueblos encontramos?

- Esta Doctrina es tan antigua como el mundo. De ahí que se la halle en todas partes, y esto constituye una prueba de que es verdadera. Al conservar la intuición de su estado como Espíritu, el Espíritu encarnado tiene la conciencia instintiva del Mundo Invisible, pero muchas veces ésta es falseada por los prejuicios, y la ignorancia mezcla a ella con la superstición. [44]

[44] Aluden los Espíritus a la eternidad espiritual de la Doctrina y su permanente proyección en la Tierra. Mas debemos distinguir entre sus manifestaciones falseadas, que se produjeron en el pasado, y la manifestación pura que en este libro se encuentra. Los rasgos de la Doctrina Espírita señalan el derrotero de la evolución humana en la Tierra, pero sólo con esta obra se presentó ella definida y completa. Por eso, el Espiritismo es en la Tierra una Doctrina moderna, aun cuando no sea "una invención moderna", como lo subraya Kardec, puesto que nadie lo inventó. [*N. de J. H. Pires.*]

CAPÍTULO V

CONSIDERACIONES SOBRE LA PLURALIDAD DE LAS EXISTENCIAS

222. Dicen algunas personas que el dogma de la reencarnación no es nuevo en modo alguno, sino que se trata de una resurrección de la teoría de Pitágoras. Pero jamás hemos afirmado nosotros que la Doctrina Espírita fuese una invención moderna. Puesto que el Espiritismo es una ley de la Naturaleza, ha debido existir desde el origen de los tiempos, y por nuestra parte nos hemos esforzado siempre por probar que se encuentran huellas de él en la más remota antigüedad. Como se sabe, Pitágoras no es el autor de la teoría de la metempsicosis. La tomó de los filósofos hindúes y de los egipcios, entre los cuales existía de tiempo inmemorial. La idea de la transmigración de las almas constituía, pues, una creencia vulgar, admitida por los hombres más eminentes. ¿Por qué camino llegó hasta ellos? ¿Por revelación o por intuición? No lo sabemos. Pero, sea como fuere, una idea no atraviesa las edades y no es aceptada por la flor y nata de las inteligencias si no tiene su lado serio. En consecuencia, la antigüedad de esta doctrina sería más bien una prueba que una objeción. Sin embargo, como también se sabe, entre la metempsicosis de los antiguos y la moderna doctrina de la reencarnación existe una gran diferencia por la cual los Espíritus rechazan de la manera más categórica la transmigración del alma del hombre a cuerpos de animales, y viceversa.

Al enseñar el dogma de la pluralidad de las existencias corporales renuevan los Espíritus, pues, una doctrina que nació en las primeras edades del mundo y que se ha mantenido hasta nuestros días en el pensamiento íntimo de muchas personas. Sólo que aquéllos la presentan desde un punto de vista más racional, más acorde con las leyes progresivas de la Naturaleza y más en armonía con la sabiduría del Creador, despojándola de todos los accesorios de la superstición. Una circunstancia digna de notarse es el hecho de que en los últimos tiempos no sólo han enseñado los Espíritus esta doctrina por medio del presente libro, sino que con anterioridad a su publicación muchas comunicaciones de igual tenor se obtuvieron, en países diversos, y se han multiplicado después en forma considerable. Quizá fuera oportuno examinar aquí por qué todos los

Espíritus no parecen estar de acuerdo acerca de este punto, pero volveremos más adelante al tema.

Examinemos ahora la cuestión desde otro punto de vista, prescindiendo de toda intervención de los Espíritus. Dejémoslos a éstos de lado por unos momentos. Supongamos que esta teoría no les pertenezca, incluso que no se haya hablando nunca de Espíritus. Ubiquémonos, pues, momentáneamente en terreno neutral, admitiendo que tengan el mismo grado de probabilidad tanto una como la otra teoría, es decir, la pluralidad de existencias y la vida corporal única, y veamos hacia dónde nos inclinan la razón y nuestra propia conveniencia.

Personas hay que rechazan la idea de la reencarnación por el solo motivo de que no les conviene, alegando que ya tienen bastante con una única existencia que no querrían empezar de nuevo otra similar. Conocemos a algunos a quienes el solo pensamiento de reaparecer en la Tierra les exaspera. Sólo una cosa les preguntaremos: si creen que Dios ha tomado en cuenta su opinión y consultado su gusto para ordenar el Universo. Ahora bien, una de dos cosas: o la reencarnación existe, o no existe. Si existe, en vano se sentirán contrariados, pues deberán ajustarse a ella, y Dios no va a pedirles permiso para ello. Ya nos parece estar escuchando a un enfermo que dice: “He sufrido bastante hoy y no quiero sufrir más mañana”. Y bien, por mucho que sea su malhumor, no por eso habrá de padecer menos al día siguiente y los otros días, hasta que haya sanado. En consecuencia, si aquéllos deben volver a vivir corporalmente lo harán, reencarnando. En balde se rebelarán, como un niño que no quiere concurrir a la escuela, o como un condenado a prisión: tienen que pasar por ello… Semejantes objeciones son demasiado pueriles para que merezcan un examen más serio. No obstante eso, para tranquilizarlos les diremos que la doctrina espírita sobre la reencarnación no es tan terrible como ellos creen, y si la hubieran estudiado en profundidad no les espantaría tanto. Sabrían que la condición de esa nueva existencia depende de ellos mismos. Será feliz o desdichada, según lo que hayan hecho en la Tierra, *y pueden ya en esta vida elevarse tan alto que no deberán temer más el volver a caer en el lodazal.*

Supongamos que estamos hablando a personas que creen en cualquier tipo de porvenir después de la muerte, y no a aquellos que tienen la nada por perspectiva, o a los que quieren ahogar su alma en un todo universal, sin individualidad, a la manera de las gotas de

lluvia que sobre el océano caen, lo que más o menos viene a ser lo mismo. Si, pues, creéis en un futuro, sea éste cual fuere, sin duda no admitiréis que sea idéntico para todos; de otra manera no vemos dónde residiría la utilidad del bien. En tal caso ¿por qué reprimirse? ¿Por qué no satisfacer todas las pasiones y deseos, aun cuando se haga esto a expensas de los demás, puesto que daría igual? Vosotros creéis que ese porvenir será más o menos venturoso o desgraciado, conforme a lo que hayamos hecho en vida. ¿Experimentaríais entonces el deseo de ser tan felices como se posible, puesto que ello ha de serlo para toda la eternidad? ¿Abrigaríais por casualidad la pretensión de contaron entre los hombres más perfectos que en la Tierra hayan existido, y tener así derecho incuestionable a la felicidad suprema de los elegidos? No: admitís que hay personas que valen más que vosotros y que poseen el derecho de ocupar un lugar mejor, sin que esto signifique que os incluyáis en el número de los réprobos. Y bien, colocaos por un instante con el pensamiento en esa situación media que será la vuestra, pues acabáis de convenir en ello, y suponed que alguien se llegue hasta vosotros y os diga: “Sufrís, no sois tan dichosos como pudierais serlo, mientras tenéis ante vosotros a seres que disfrutan de una felicidad sin sombras: ¿queréis cambiar vuestra situación por la de ellos?” “Sin duda que sí –responderéis-; ¿qué es preciso hacer para conseguirlo?” “Poca cosa: simplemente recomenzar lo que hicisteis mal y tratar de realizarlo mejor”. ¿Vacilaríais en aceptar, aunque fuera incluso a costa de muchas existencias de pruebas? Hagamos una comparación más prosaica. Si a un hombre que sin hallarse en la más extrema indigencia, y que sufre empero privaciones, dada la precariedad de sus recursos, se le dijera: “He aquí una inmensa fortuna. Podéis gozar de ella, para lo cual deberéis trabajar rudamente durante un minuto”. Aun cuando se tratara del más perezoso de la Tierra contestaría sin vacilar: “Trabajaré un minuto, dos, una hora, un día si es menester. ¿Qué importa si a cambio de ello terminaré mi vida nadando en la abundancia?” Ahora bien, ¿qué es la duración de la vida corpórea, si se la compara con la eternidad? Menos que un minuto, menos que un segundo.

Hemos oído este razonamiento: “Dios, que es soberanamente bueno, no puede imponer al hombre que recomience una serie de miserias y tribulaciones”. ¿Se piensa por ventura que hay más bondad en condenar al hombre a perpetuo padecer, por algunos momentos de error en que incurrió, que en proporcionarle los medios de reparar sus faltas? “Dos fabricantes tenían cada cual un obrero que podía aspirar a convertirse en socio de su patrón. Pero sucedió

que ambos operarios emplearon cierta vez muy mal su jornada y merecían ser despedidos por ello. Uno de los dos fabricantes expulsó a su obrero, pese a las súplicas de este último, que por no haber encontrado más trabajo murió en la miseria. El otro industrial dijo a su operario: “Has perdido un día de trabajo y, en compensación, me lo debes. Hiciste mal tu tarea y tienes que repararla. Te permito que la empieces de nuevo. Trata de ejecutarla bien y conservarás el trabajo, y puedes seguir aspirando a la posición superior que te he prometido”. ¿Es necesario preguntar cuál de esos dos fabricantes fue más humanitario? Dios, que es la clemencia misma, ¿sería en el mismo caso más inexorable que un hombre? El pensamiento de que nuestra suerte está echada para siempre por algunos años de pruebas, incluso cuando no todas las veces dependía de nosotros alcanzar la perfección en la Tierra, tiene algo de doloroso; en tanto que la idea opuesta es eminentemente consoladora, puesto que nos deja la esperanza. Así pues, sin pronunciarnos en pro ni en contra de la pluralidad de existencias, sin admitir una hipótesis antes que la otra, afirmamos que si se pudiera escoger no habría nadie que prefiriera una sentencia inapelable. Un filósofo ha expresado que si Dios no existiera habría que inventarlo para felicidad del género humano. Otro tanto se podría decir de la pluralidad de existencias. Pero, como hemos manifestado ya, Dios no nos pide permiso, no consulta nuestras preferencias: las cosas son o no son. Veamos hacia qué lado se inclinan las probabilidades y enfoquemos la cuestión desde otro ángulo de mira, prescindiendo, una vez más, de la enseñanza de los Espíritus y encarando el tema sólo como estudio filosófico.

Si no hay reencarnación sólo existe una vida corporal, esto es evidente. Si nuestra actual existencia corpórea es la única, el alma de cada hombre ha sido creada al nacer él, a menos que se admita su anterioridad, en cuyo caso nos preguntaríamos qué era el alma antes del nacimiento, y si ese estado no constituía una existencia, bajo cualquier forma. No hay términos medios: o el alma existía, o no existía antes del cuerpo. Si lo primero, ¿cuál era entonces su situación? ¿Poseía o no conciencia de sí misma? Si no tenía conciencia, entonces es más o menos como si no existiera. Si poseía una individualidad, ¿sería progresiva o estacionaria? En uno y otro caso ¿en qué grado de desarrollo había llegado al cuerpo? Admitiendo, conforme a la creencia vulgar, que el alma nace con el cuerpo o, lo que viene a resultar lo mismo, que con anterioridad a su encarnación sólo posee facultades negativas, planteamos las siguientes preguntas:

1) ¿Por qué cada alma muestra aptitudes tan diversas, independientes de las ideas adquiridas por la educación?

2) ¿De dónde proviene la aptitud extranormal de ciertos niños de temprana edad para tal o cual arte o ciencia, al paso que otros siguen siendo inferiores o mediocres durante toda su vida?

3) ¿De dónde provienen, en unos, las ideas innatas o intuitivas, que en otros no existen?

4) ¿A qué se deben, en ciertos niños, esos instintos precoces que manifiestan, de vicios o virtudes, esos sentimientos innatos de dignidad o de bajeza, que contrastan con el ambiente en que han nacido?

5) ¿Por qué algunos hombres –sin tomar en cuenta la educación recibida- son más adelantados que otros?

6) ¿Por qué hay salvajes, por un lado, y hombres civilizados, por el otro? Si tomáis un niño hotentote[45] cuando aún es un lactante y lo educáis en nuestros más renombrados colegios, ¿haremos de él un Laplace o un Newton?

Preguntamos nosotros cuál es la filosofía o la teosofía[46] capaz de resolver estas incógnitas. O las almas al nacer el individuo son iguales, o son desiguales, esto no ofrece duda alguna. Si son iguales, ¿por qué tanta diversidad de aptitudes? ¿Se va a alegar que ello depende del organismo? Pero entonces estamos ante la más

[45] No podemos perder de vista los conocimientos todavía precarios, que a mediados del siglo XIX ofrecía la antropología, en comparación a nuestros días. Los hotentotes eran considerados como una tribu exótica, en la que desafortunadamente algunos científicos de renombre los consideraban más cercanos al protohombre que al ser humano. Kardec, los emplea aquí como ejemplo, para exponer la idea de que es el conocimiento propio del Espíritu, aprendido a través de sus sucesivas existencias, y no la civilización o educación recibida, la que hace que seamos más aptos para una ciencia o arte. Con lo que no se está diciendo tampoco, que no nazcan Espíritus jóvenes entre los caucásicos, y Espíritus viejos entre los hotentotes, de todos es conocido el caso de Nelson Mandela. [*N. del copista.*]

[46] No se refiere aquí Kardec a la doctrina de la Sociedad Teosófica, que sólo más tarde se fundó, en 1875, sino a la Teosofía en un sentido general, según se conocía entonces dicha palabra, esto es, como una forma de conocimiento intuitivo o racional de las cosas divinas. [*N. de J. H. Pires.*]

monstruosa e inmoral de las doctrinas, y el hombre no sería más que una máquina, un juguete de la materia, no tendrá ya responsabilidad por sus propios actos, puede achacarlo todo a sus imperfecciones físicas. Por el contrario, si son desiguales las almas al nacer el individuo, es porque así las creó Dios. Pero en tal caso ¿a qué se debe esa superioridad innata que algunos poseen sobre otros? ¿Acaso tal parcialidad puede estar de acuerdo con la justicia de Dios y con el amor que por igual consagra a todas sus criaturas?

Aceptemos, por el contrario, una sucesión de vidas anteriores y progresivas, y todo queda explicado. Los hombres traen al nacer la intuición de lo que han adquirido antes. Están más o menos adelantados, conforme al número de existencias que han tenido y según sea mayor o menor la distancia que los separa del punto de partida: tal como lo que sucede en una reunión de individuos de todas edades, donde cada cual tendrá un desarrollo proporcional a la cantidad de años que haya vivido. Las existencias sucesivas serán, respecto de la vida del alma, lo que son los años para la del cuerpo. *Reunid un día a un millar de personas cuyas edades oscilen entre uno y ochenta años. Suponed que se arroje un velo sobre todos los días anteriores y que por ignorancia creáis que todos ellos nacieron en una misma fecha: naturalmente, os preguntaréis, entonces, cómo se explica que uno sean altos y los otros pequeños, ancianos éstos y jóvenes aquéllos, instruidos algunos y todavía ignorantes otros. Pero si la nube que os ocultaba el pasado acaba por disiparse, si llegáis a saber que todos ellos vivieron un tiempo mayor o menor, os los explicaréis todo…*Con su justicia, no ha podido Dios crear unas almas más perfectas y otras menos perfectas. Mas con la pluralidad de vidas la desigualdad que acabamos de ver no se opone en modo alguno a la más rigurosa equidad: es que no vemos más que el presente y no el pasado. Ahora bien, tal razonamiento ¿se funda en una hipótesis, en una suposición gratuita? No: partimos de un hecho evidente, incontestable: la desigualdad de las aptitudes y del desarrollo intelectivo y moral, y hallamos que este hecho no es explicado por ninguna de las teorías corrientes, mientras que su explicación es sencilla, natural y lógica si se apela a esta teoría. ¿Es razonable preferir la que nada explica por la que explica todo?

En lo que toca a la sexta pregunta, se dirá sin duda que la de los hotentotes es una raza inferior[47]. Entonces preguntaremos nosotros si el hotentote es o no es hombre. Si lo es, ¿por qué Dios ha

[47] Véase nota 39. [*N. del copista*.]

desheredado, a él y a su raza, de los privilegios que otorga, por ejemplo, a la raza caucásica? Y si aquél no es un hombre, ¿por qué entonces tratar de convertirlo al Cristianismo? La Doctrina Espírita se muestra más amplia que todo esto. Para ella no hay muchas especies de hombres, sólo existen seres humanos cuyos Espíritus se hallan en mayor o menor atraso, pero que pueden progresar. ¿No se encuentra esto más conforme a la justicia de Dios?

Acabamos de ver el alma en su pasado y en su presente. Si la consideramos con relación a su porvenir hallaremos idénticas dificultades.

1) Si sólo nuestra actual existencia ha de decidir la suerte venidera que nos aguarda, ¿cuál será, en la vida futura, la posición del salvaje y la del hombre civilizado[48]? ¿Se encontrarán ambos en un mismo nivel o estarán a distancias diferentes de la felicidad eterna?

2) El hombre que ha trabajado toda su vida por progresar ¿se halla en la misma categoría que aquel otro que permaneció en un estado inferior, no por su culpa, sino porque no tuvo ni el tiempo ni la posibilidad de mejorar?

3) El hombre que practica el mal por no haber podido esclarecerse ¿es culpable de una situación que no dependió de él?

4) Se trabaja por iluminar a los hombres, moralizarlos y civilizarlos. Pero, por cada uno que se instruye hay millones que mueren a diario antes que la luz les haya alcanzado. ¿Cuál es la suerte de éstos? ¿Se les trata de réprobos? En caso contrario, ¿qué hicieron para merecer que se les tenga en el mismo rango que a los otros?

5) ¿Qué suerte se depara a los niños muertos a tierna edad, antes de haber podido realizar el bien ni el mal? Si están entre los elegidos ¿a qué se debe ese favor, pues que nada hicieron para merecerlo? ¿Debido a qué privilegio se les exime de las adversidades de la vida?

---

[48] No nos cansamos de hacer hincapié en los prejuicios de la época en que Kardec vivió, y la inferioridad moral que se pensaba que tenían ciertas razas, llamadas primitivas. El Espiritismo, siguiendo los pasos del Cristianismo aboga por la igualdad de todos los seres humanos, explicando a través de la pluralidad de existencias, el porqué de muchas cuestiones que de otro modo parecen fortuitas y fuera de toda razón. [*N. del copista*.]

Ahora bien, ¿existe una doctrina capaz de resolver estas cuestiones? Admitid las sucesivas existencias del alma y todo se explica con arreglo a la justicia de Dios. Lo que no se pudo hacer en una vida se realiza en otra. De esta manera nadie escapa a la ley del progreso, a cada uno se recompensará según su mérito real y ninguno está excluido de la dicha suprema, a la cual puede aspirar, sean cuales fueren los obstáculos que hayan encontrado en su camino.

Preguntas como aquéllas pudieran multiplicarse hasta lo infinito, por cuanto son innumerables los problemas psicológicos y morales que sólo encuentran su solución en la pluralidad de existencias. Por nuestra parte, nos hemos limitado a plantear los más generales. Quizá se alegue que, sea como fuere, la doctrina de la reencarnación no es admitida por la Iglesia, de modo que aceptarla sería como echar por tierra a la religión. Nuestra finalidad no consiste en tratar aquí este tema. Nos basta haber demostrado que la doctrina de la reencarnación es eminentemente moral y racional. Ahora bien, aquello que sea racional y moral no podrá ser contrario a una religión que proclama que Dios es la Bondad y la Razón por excelencia. ¿Qué hubiera sido de la religión si, contra la opinión universal y el testimonio científico, no hubiese querido ceder a la evidencia y hubiera expulsado de su seno a quienquiera no creyese en el movimiento del Sol o en la Creación hecha en seis días? ¿Qué crédito hubiera merecido y qué autoridad tendría, en pueblos esclarecidos, una religión que se basara en errores manifiestos, enunciados como artículos de fe? Cuando una evidencia ha sido demostrada, sabiamente se puso de su lado la Iglesia. Si está probado que ciertas cosas que existen son imposibles sin la reencarnación, si algunos puntos del dogma no pueden explicarse si no es por medio de ella, habrá que admitirla y reconocer que el antagonismo entre esa doctrina y los dogmas sólo es aparente. Más adelante demostraremos que la religión puede estar menos lejos de ella de lo que se piensa, y que no sufriría con ello más de lo que ha sufrido con el descubrimiento del movimiento de la Tierra y de los períodos geológicos que, a primera vista, parecieron dar un mentís a los textos sagrados. Por otra parte, el principio de la reencarnación salta a la vista en muchos pasajes de las Escrituras y se encuentra especialmente formulado de una manera explícita en el Evangelio:

> “*Cuando descendieron del monte [después de la transfiguración], Jesús les mandó, diciendo: No digáis a nadie la visión hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos. Entonces sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Por qué,*

pues, dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero? Respondiendo Jesús, les dijo: A la verdad, Elías viene primero, y no le conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron; así también el Hijo del Hombre padecerá de ellos. Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista".[49]

Puesto que Juan el Bautista era Elías, hubo, por tanto, reencarnación del Espíritu o alma de Elías en el cuerpo de Juan el Bautista.

Por lo demás, sea cual fuere la opinión que se profese acerca de la reencarnación, acéptela o no, no por ello habrá que dejar de respetarla si existe, a despecho de toda creencia en contrario. El punto esencial estriba en que la enseñanza de los Espíritus es eminentemente cristiana, apoyándose en la inmortalidad del alma, las penas y recompensas futuras, la justicia de Dios, el libre albedrío del hombre y la moral de Cristo. Por consiguiente, dicha enseñanza no es antirreligiosa.

Como dijimos, hemos razonado prescindiendo de toda enseñanza espírita, la cual, en concepto de algunas personas, no tiene autoridad. Si nosotros –y tantos otros también- hemos aceptado la pluralidad de existencias, no ha sido sólo porque esa opinión nos venga de los Espíritus, sino porque nos pareció la más lógica y la única que soluciona problemas que hasta ahora resultaban insolubles. Si hubiera provenido de un simple mortal la hubiésemos admitido igualmente y no habríamos vacilado más en renunciar a nuestras propias ideas. Desde el momento en que un error queda demostrado, el amor propio tiene más que perder y no que ganar obstinándose en una falsa idea. Asimismo, no la hubiéramos aceptado aunque proviniera de los Espíritus si la hubiésemos hallado contraria a la razón, del modo que hemos rechazado tantas otras. Porque por experiencia sabemos que no hay que admitir a ciegas cuanto nos viene de ellos, como tampoco lo que procede de los hombres. A nuestros ojos, pues, su primera cualidad consiste en ser lógica. Otro título posee, y es que ha sido confirmada por los hechos: hechos positivos y, por así decirlo, materiales, que un estudio atento y razonado puede revelar a quienquiera, y ante los cuales la duda no es ya permitida. Cuando esos hechos se hayan popularizado, como los de la formación y el

[49] *San Mateo*, Cap. 17: 9 a 13. Traducción citada. [*N. del T. al cast*.]

movimiento de la Tierra, será preciso rendirse a la evidencia y los impugnadores habrán hecho en vano el gasto de su oposición.

En suma, pues, reconozcamos que sólo la doctrina de la pluralidad de existencias explica lo que sin ella resulta sin explicación. Que esa doctrina es eminentemente confortadora acorde con la más rigurosa justicia, y que es para el hombre la tabla de salvación que, en su misericordia, Dios le ha concedido.

A este respecto, no dejan duda las mismas palabras de Jesús. Es lo que se lee en el *Evangelio según San Juan, 3:3 al 7:*

> *"Respondió Jesús [a Nicodemo] y le dijo: De cierto, de cierto te digo que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo".*[50]

(Ver más adelante, el artículo "Resurrección de la carne", parágrafo 1010). [51]

---

[50] Traducción citada. [*N. del T. al cast.*]

[51] La reencarnación está hoy probada por medio de los casos de recuerdos de vidas anteriores en niños, de investigaciones hipnóticas de regresión de la memoria, de anuncios mediúmnicos acerca de reencarnaciones con señales y en condiciones que posteriormente se comprobaron. Aun cuando las ciencias oficiales todavía se resisten a aceptar tales pruebas, la Ciencia Espírita las tiene por valederas y espera que pronto serán oficialmente admitidas. – PLATÓN, en *La República*, presentó el célebre "Mito de la Caverna" para explicar la vida espiritual. Kardec nos ha ofrecido, en las consideraciones que anteceden, el "Mito del Velo" con el objeto de esclarecer el problema de la reencarnación. Llamamos sobre él la atención del lector, propósito por el cual lo hemos destacado con letras cursivas. [*N. de J. H. Pires*.]

CAPÍTULO VI

VIDA ESPÍRITA

I.- Espíritus errantes

223. ¿Reencarna el alma de inmediato, después de su separación del cuerpo?

- A veces inmediatamente, pero casi siempre después de intervalos más o menos largos. En los mundos superiores la reencarnación es en casi todos los casos inmediata. Por ser menos grosera la materia corporal, el Espíritu encarnado goza en ella de casi todas sus facultades de Espíritu. Su estado normal es el de vuestros sonámbulos lúcidos.

224. ¿Qué es el alma en el intervalo de las encarnaciones?

- Un Espíritu errante que aspira a un nuevo destino y lo espera.

224 a. ¿Cuánto pueden durar tales intervalos?

- Desde unas pocas horas hasta unos cuantos millares de siglos. Por lo demás, no hay, en rigor, un límite extremo asignado al estado errante, que puede prolongarse muchísimo tiempo pero que, sin embargo, jamás es perpetuo. Tarde o temprano, siempre encuentra el Espíritu oportunidad de recomenzar una existencia que servirá para la purificación de sus vidas anteriores.

224 b. Esa duración ¿se halla subordinada a la voluntad del Espíritu o puede serle impuesta como expiación?

- Es una consecuencia del libre arbitrio. Los Espíritus saben perfectamente lo que hacen, pero hay también algunos para quienes es una punición infligida por Dios. Otros piden que se prolongue con el objeto de continuar estudios que sólo pueden hacerse con provecho en el estado de Espíritu.

225. La erraticidad ¿es por sí misma un signo de inferioridad en los Espíritus?

- No, por cuanto hay Espíritus errantes de todos los grados. La encarnación constituye un estado transitorio, ya lo hemos dicho: en su estado normal el Espíritu se halla despojado de la materia.

226. ¿Es posible afirmar que todos los Espíritus que no están encarnados son errantes?

- Los que deben reencarnar, sí. Pero los Espíritus puros que han llegado a la perfección no son errantes: su estado es definitivo.

En lo que se refiere a sus cualidades íntimas, los Espíritus son de diferentes órdenes o grados, que van recorriendo sucesivamente, a medida que se purifican. Como estado, pueden tener los de: encarnados**, esto es, unidos a un cuerpo;** errantes**, o sea, despojados del cuerpo material y esperando una nueva encarnación a fin de progresar, y** Espíritus puros, **vale decir, perfectos y que no tienen ya necesidad de encarnación.**

227. ¿De qué manera se instruyen los Espíritus errantes? Sin duda no lo hacen del mismo modo que nosotros…

- Estudian su pasado y buscan los medios de elevarse. Ven, observan lo que ocurre en los lugares que recorren. Escuchan los discursos de los hombres esclarecidos y los consejos de los Espíritus más elevados que ellos, y esto les da ideas que no tenían.

228. ¿Conservan los Espíritus algunas de las pasiones humanas?

- Los Espíritus elevados, al perder su envoltura, sólo conservan las pasiones del bien. Pero los Espíritus inferiores continúan con las malas. De lo contrario pertenecerían a la primera jerarquía.

229. ¿Por qué los Espíritus, al dejar la Tierra, no se liberan de todas sus malas pasiones, puesto que ven sus inconvenientes?

- Tienes en ese mundo a personas que son envidiosas en extremo: ¿crees acaso que tan pronto como lo abandonan pierden ese defecto? Les queda, luego que parten de la Tierra, sobre todo a aquellos que han alimentado pasiones muy intensas, una especie de atmósfera que los circunda y les comunica todas esas cosas nocivas, porque el Espíritu no está desprendido por completo. Sólo por momentos entrevé la verdad, como para señalarle el buen camino.

230. ¿Progresa el Espíritu en estado errante?

- Puede mejorar mucho, pero siempre según sean su voluntad y su deseo. Mas es en la existencia corpórea donde pone en práctica las nuevas ideas que ha adquirido.

231. Los Espíritus errantes ¿son dichosos o desventurados?

- Más o menos, conforme a su mérito. Sufren pasiones cuyo resabio han conservado, o son felices, según estén más o menos

desmaterializados. En estado errante, el Espíritu entrevé lo que le falta para ser dichoso, y entonces busca los medios de alcanzarlo. Pero no siempre se le permite reencarnar a voluntad, y esto constituye un castigo.

232. En estado errante ¿pueden los Espíritus ir a todos los mundos?

- Según: cuando el Espíritu ha dejado el cuerpo no se halla por eso enteramente desprendido de la materia y pertenece aún al mundo en que ha vivido, o a un mundo de igual grado, a menos que en el transcurso de su vida se haya elevado, y en esto reside el objetivo a que debe tender, sin lo cual no se perfeccionaría jamás. Sin embargo, puede trasladarse a ciertos mundos superiores, pero en tal caso estará allí como un extranjero. No hace más que entreverlos, si así vale decirlo, y eso es lo que le infunde el deseo de perfeccionarse para ser digno de la felicidad que allí se goza y poder habitarlos más tarde.

233. Los Espíritus ya depurados ¿vienen a los mundos inferiores?

- Lo hacen con frecuencia, a fin de ayudarles a progresar. A no ser por ellos, esos mundos se encontrarían librados a sí mismos, sin guías que los dirigieran.

II.- Mundos transitorios

234. ¿Existen, como se ha afirmado, mundos que sirven a los Espíritus errantes como estaciones y lugares de descanso?

- Sí, mundos hay dedicados en particular a los Seres errantes y en los cuales pueden éstos residir en forma temporaria; especie de vivacs o campamentos donde puedan reposar en una prolongada erraticidad, período este que es siempre un tanto penoso. Se trata de situaciones intermedias entre los otros mundos, graduadas conforme a la naturaleza de los Espíritus que pueden ir allí, y éstos disfrutan en esos lugares de un bienestar más o menos intenso.

234 a. Los Espíritus que en esos mundos habitan ¿pueden dejarlos a voluntad?

- En efecto, los Espíritus que se encuentran en tales globos pueden marcharse para ir a donde deban. Imaginadlos como aves de paso que descienden en una isla, a la espera de recobrar sus fuerzas y reanudas la marcha hacia su destino.

235. ¿Progresan los Espíritus durante esas estaciones en mundos transitorios?

- Por cierto que sí. Los que de esta manera se reúnen lo hacen con el propósito de instruirse y poder, con más facilidad, obtener permiso para ir a lugares mejores, llegando a la posición que alcanzan los elegidos.

236. Los mundos transitorios ¿están perpetuamente, por su especial naturaleza, dedicados a los Espíritus errantes?

- No, su situación es sólo temporaria.

236 a. ¿Son ellos habitados al mismo tiempo por seres corporales?

- No, puesto que es estéril su superficie. Los que allí residen no tienen necesidad de nada.

236 b. Esa esterilidad ¿es permanente y deriva de su naturaleza especial?

- No, son estériles en forma transitoria.

236 c. Dichos mundos ¿deben entonces hallarse desprovistos de bellezas naturales?

- La Naturaleza se traduce en las bellezas de la inmensidad, que no son menos admirables que lo que llamáis vosotros bellezas naturales.

236 d. Puesto que el estado de tales mundos es transitorio, nuestra Tierra ¿se contará algún día entre ellos?

-Ya lo fue.

236 e. ¿En qué época?

- Durante su formación.

Nada en la Naturaleza es inútil. Cada cosa tiene su finalidad y su destino. Nada está vacío, sino todo habitado, y la vida se encuentra por doquier. Así, durante la larga secuela de siglos que transcurrieron antes de la aparición del hombre en la Tierra, en el curso de esos lentos períodos de transición atestiguados por las capas geológicas, incluso antes de la formación de los primeros seres orgánicos, sobre aquella masa informe, en ese árido caso en que los elementos se hallaban confundidos, la vida no estaba ausente. Seres que no tenían ni nuestras necesidades ni nuestras sensaciones físicas encontraban aquí un refugio. Dios ha querido que, aun en ese imperfecto estado, sirviera ella para

algo. ¿Quién se atrevería a decir, pues, que entre esos miles de millones de mundos que en la inmensidad circulan, uno solo, uno de los más pequeños, perdido entre la multitud de ellos, tuviese el privilegio exclusivo de estar poblado? ¿Cuál sería en tal caso la utilidad de los demás? ¿Sólo los habría hecho Dios para que recrearan nuestra vista? Suposición absurda, incompatible con la sabiduría que de todas sus obras dimana, e inadmisible si se piensa en todos aquellos mundos que no podemos percibir. Nadie negará que hay en esta idea de los mundos todavía inadecuados para la vida material, y sin embargo poblados por seres vivientes que se adaptan a ese medio, algo de grande y de sublime, donde se encuentra quizá la solución de más de un problema.

III.- Percepciones, sensaciones y sufrimientos de los Espíritus

237. Una vez en el Mundo de los Espíritus ¿tiene todavía el alma las percepciones que poseía cuando se hallaba encarnada?

- Sí, además de otras que no tenía entonces, porque su cuerpo era como un velo que las oscurecía. La inteligencia es un atributo del Espíritu, pero que se manifiesta con más libertad cuando éste no tiene trabas.

238. Las percepciones y conocimientos de los Espíritus ¿son indefinidos? En pocas palabras, ¿saben ellos todas las cosas?

- Cuanto más se acercan a la perfección, tanto más saben. Si son superiores, saben mucho. En cambio, los Espíritus inferiores son más o menos ignorantes acerca de todo.

239. ¿Conocen los Espíritus el principio de las cosas?

- Depende de su elevación y pureza. Los Espíritus inferiores no saben de ello más que los hombres.

240. ¿Tienen los Espíritus la misma noción del tiempo que nosotros?

- No, y a esto se debe que no siempre nos comprendáis cuando se trata de establecer fechas o épocas.

Los Espíritus viven fuera del tiempo, tal como entendemos nosotros a éste. Para ellos el transcurso del tiempo se anula, si así vale decirlo, y los siglos, que tan largos nos resultan a nosotros, para ellos constituyen sólo instantes que se diluyen en la

eternidad, lo mismo que las desigualdades del suelo se borran y desaparecen para aquel que se eleve en el espacio.

241. ¿Poseen los Espíritus, acerca del presente, una idea más precisa y justa que la que nosotros tenemos?

- Más o menos, como la persona que ve con claridad y se forma una idea más exacta de las cosas que el ciego. Los Espíritus ven lo que no veis. Juzgan, pues, de otro modo que vosotros; pero también aquí, ello depende de su grado de elevación.

242. ¿De qué manera tienen los Espíritus conocimientos del pasado? Y tal conocimiento ¿es ilimitado para ellos?

- El pasado, cuando de él nos ocupamos, es un presente, igual que como tú te acuerdas de una cosa que te impresionó durante tu destierro terrestre. Sólo que como nosotros, los Espíritus, no tenemos ya el velo material que oscurece tu inteligencia, recordamos cosas que a ti se te han borrado. Pero los Espíritus no conocemos todo: nuestra creación, en primer lugar.

243. ¿Conocen los Espíritus el porvenir?

- También esto depende de su grado de perfección. Con frecuencia sólo lo entrevén, *pero no siempre se les permite revelarlo.* Y cuando lo ven, les parece el presente. El Espíritu ve el porvenir con mayor claridad, conforme se va acercando a Dios. Después de la muerte, el alma ve y abarca de una mirada *sus pasadas emigraciones*, pero no puede ver lo que Dios le prepara. Para ello precisa que esté completamente integrada con Él, tras muchas existencias.

243 a. Los Espíritus llegados a la absoluta perfección ¿tienen un conocimiento completo del futuro?

- Completo no es el término, por cuanto sólo Dios es el soberano Señor y nadie puede igualarlo.

244. Los Espíritus ¿ven a Dios?

- Únicamente los Espíritus superiores lo ven y comprenden. Los inferiores, por su parte, sólo lo sienten y adivinan.

244 a. Cuando un Espíritu inferior afirma que Dios le prohíbe o le permite algo ¿cómo sabe que esto proviene de Él?

- Ese Espíritu no ve a Dios, pero siente su soberanía, y cuando algo no debe hacerse o una palabra no se tiene que pronunciar, experimenta él una especie de intuición, una invisible advertencia

que le veda hacerlo. Vosotros mismos ¿no tenéis acaso presentimientos que son para vosotros como advertencias secretas para que hagáis o dejéis de hacer tal o cual cosa? Lo propio nos ocurre a nosotros, los Espíritus, sólo que en un grado superior, pues comprenderán que, siendo la esencia de los Espíritus más sutil que la vuestra, podemos percibir mejor las advertencias divinas.

244 a. Esa orden ¿se la transmite Dios directamente, o por intermedio de otros Espíritus?

- No les llega de Dios en forma directa. Para comunicarse con Él hay que ser digno de ello. Dios les notifica sus órdenes sirviéndose de los Espíritus que son más elevados en perfección e instrucción.

245. La vista, en los Espíritus, ¿está circunscripta, como en los seres corpóreos?

- No: reside en ellos.

246. ¿Necesitan los Espíritus que haya luz para ver?

- Ven por sí mismos y no precisan luz exterior. Para ellos no hay tinieblas, excepto aquellas en que puedan encontrarse por expiación.

247. ¿Tienen los Espíritus necesidad de trasladarse para ver en dos lugares distintos? ¿Pueden ver, por ejemplo, de manera simultánea en dos hemisferios del globo?

- Como el Espíritu se traslada con la velocidad del pensamiento, se puede decir que ven en todas partes a la vez. Su pensamiento puede irradiar e ir al mismo tiempo a muchos puntos diferentes, pero esa facultad depende de su grado de pureza. Cuanto menos purificado esté, tanto menor será su vista. Sólo los Espíritus superiores son capaces de tener una visión de conjunto.

En los Espíritus, la facultad de ver es una propiedad inherente a su naturaleza que reside en todo su Ser, así como la luz está en todas las partes de un cuerpo luminoso. Es una especie de lucidez universal que se extiende a todo, abarcando a la par al espacio, el tiempo y las cosas, y para la cual no existen ni tinieblas ni obstáculos materiales. Se comprenderá que así debe ser, puesto que en el hombre la vista opera mediante el funcionamiento de un órgano impresionado por la luz; si no hay luz está aquél en la oscuridad. En cambio, en el Espíritu, la facultad de ver es un atributo de sí mismo, independientemente

de todo agente externo, de ahí que su vista no esté supeditada a la luz. (Véase "Ubicuidad", parágrafo 92.)

248. ¿Ve el Espíritu las cosas con tanta nitidez como nosotros?

- Con mayor nitidez, por cuanto su vista penetra lo que no podéis vosotros penetrar. Nada la oscurece.

249. ¿Percibe el Espíritu los sonidos?

- Sí, y capta además otros que vuestros sentidos limitados no pueden percibir.

249 a. La facultad de oír ¿reside en todo su Ser, como la de la vista?

- Todas las percepciones son atributos del Espíritu y forman parte de su Ser. Cuando se halla revestido de un cuerpo material, aquéllas sólo le llegan por conducto de sus órganos, pero en estado de libertad las percepciones dejan de estar localizadas.

250. Siendo las percepciones atributos del Espíritu mismo ¿le es posible sustraerse a ellas?

- El Espíritu sólo mira y escucha lo que quiere ver y oír. Decimos esto como una generalización y, sobre todo, en lo que concierne a los Espíritus elevados, pues los imperfectos oyen y ven a menudo, quieran o no, aquello que puede resultar útil para su perfeccionamiento.

251. Los Espíritus ¿son sensibles a la música?

- ¿Te estás refiriendo a vuestra música? Porque ¿qué es ella, si se la compara con la música celeste, esa armonía de la cual nada en la Tierra puede daros una idea? Aquélla es respecto a esta última lo que el canto del salvaje en comparación con una suave melodía. Sin embargo, algunos Espíritus vulgares pueden experimentar cierto placer en escuchar vuestra música, porque no les es dado todavía comprender otra más sublime. La música tiene infinitos encantos para los Espíritus, debido a sus muy desarrolladas cualidades sensitivas. Me refiero a la música celeste, que es cuanto la imaginación espiritual puede concebir de más bello y suave.

252. Los Espíritus ¿son sensibles a las hermosuras de la Naturaleza?

- Las bellezas naturales de los mundos son tan distintas que estamos lejos de conocerlas. Sí, son sensibles a ellas, según sea su aptitud para apreciarlas y comprenderlas. Para los Espíritus elevados

hay bellezas de conjunto ante las cuales se esfuman, por decirlo así, las de los detalles.

253. ¿Experimentan los Espíritus nuestras necesidades y sufrimientos físicos?

- Los *conocen* porque los han padecido, pero no los experimentan como vosotros, en lo material, puesto que son Espíritus.

254. Los Espíritus ¿sienten fatiga y necesidad de reposo?

- No pueden cansarse del modo que lo entendéis vosotros y, en consecuencia, no tienen necesidad de vuestro reposo físico, desde que no poseen órganos cuyas energías deban ser recuperadas. Pero sí descansa el Espíritu en el sentido de que no se halla en constante actividad. No actúa de una manera material. Su acción es por entero intelectiva, y su reposo, completamente moral. Vale significar, que hay momentos en que su pensamiento cesa de estar activo y no se concentra en un objeto determinado. Se trata para él de un verdadero descanso, pero no comparable con el del cuerpo. La especie de fatiga que pueden experimentar los Espíritus está en razón de su inferioridad, porque cuanto más elevados son, tanto menos reposo necesitan.

255. Cuando un Espíritu asegura que sufre ¿qué clase de padecimiento es el suyo?

- Angustias morales, que lo torturan más dolorosamente que los sufrimientos físicos.

256. ¿A qué se debe, entonces, que algunos Espíritus se hayan quejado de sentir frío o calor?

- Recuerdo de lo que habían experimentado en vida, a veces tan penoso como la realidad misma. Es muchas veces una comparación mediante la cual –a falta de otra mejor- expresan el estado en que se encuentran. Cuando se acuerdan de su cuerpo experimentan una especie de impresión, como cuando un hombre se quita la capa y un rato más tarde cree llevarla todavía.

IV.- Ensayo teórico sobre la sensación en los Espíritus

257. El cuerpo es el instrumento del dolor. Si no su causa primera, constituye al menos su causa inmediata. El alma tiene la percepción de ese dolor. Dicha percepción es el efecto. El recuerdo que conserve

ella podrá ser sobremanera penoso, pero no puede tener una acción física. En efecto, ni el frío ni el calor pueden desorganizar los “tejidos” del alma. Ésta no podrá helarse ni quemarse. ¿No vemos a diario que el recuerdo o la aprensión de un mal físico produce el mismo efecto que la realidad? ¿E inclusive ocasiona la muerte? Todo el mundo sabe que las personas a quienes se ha amputado un miembro sienten dolor en ese miembro inexistente. Seguramente que no es dicho miembro la sede del dolor, ni aun su punto de partida. Es que el cerebro conserva la impresión de él, eso es todo. Se puede creer, pues, que hay algo análogo en los sufrimientos del Espíritu después de la muerte. Un más profundo estudio del periespíritu, que desempeña un rol tan importante en todos los fenómenos espíritas - las apariciones vaporosas o tangibles, el estado del Espíritu en el instante de la muerte, la idea, tan frecuente en él, de que sigue aún vivo, el cuadro conmovedor de los suicidas y los decapitados, el de las personas que se habían entregado por entero a los goces materiales, y tantos otros hechos-, ha venido a arrojar luz sobre esta cuestión y ha dado lugar a explicaciones cuyo resumen ofrecemos aquí.

El periespíritu es el lazo que une al Espíritu con la materia del cuerpo. Se toma del ambiente circundante, en el fluido universal. Se relaciona a la vez con la electricidad, el fluido magnético y, hasta cierto punto, con la materia inerte. Se podría afirmar que constituye la quintaesencia de la materia. Es el principio de la vida orgánica, pero no el de la vida intelectual. Esta última reside en el Espíritu. Es, además, el agente de las sensaciones exteriores. En el cuerpo, tales sensaciones se hallan localizadas en los órganos que les sirven de canales. Una vez destruido el cuerpo, las sensaciones se generalizan. Ved aquí por qué el Espíritu no manifiesta que le duela la cabeza más que los pies. Por otra parte, hay que cuidar no confundir las sensaciones del periespíritu, que se ha emancipado, con las del cuerpo. Sólo podemos tomar estas últimas como término de comparación, no como analogía. Cuando se ha desprendido del cuerpo, puede el Espíritu sufrir, pero ese padecimiento no es el del cuerpo. Tampoco se trata de un dolor exclusivamente moral, como el remordimiento, puesto que se queja del frío y del calor. No sufre más en invierno que en verano. Los hemos visto pasar a través de las llamas sin experimentar ninguna sensación penosa. Por tanto, la temperatura no les hace la menor impresión. El dolor que experimentan no es, pues, un dolor físico propiamente dicho. Se trata de un vago sentimiento íntimo, del que el Espíritu mismo no se da siempre perfecta cuenta, precisamente porque el dolor que siente no está

localizado y no es producido por agentes exteriores. Constituye más bien un recuerdo que una realidad, pero un recuerdo asaz penoso. Hay, empero, a veces algo más que un recuerdo, conforme lo veremos.

Nos enseña la experiencia que en el instante de la muerte el periespíritu se desprende del cuerpo con mayor o menor lentitud. En los primeros momentos el Espíritu no se explica su situación. No cree estar muerto, sino que se siente vivir. Ve a un lado su cuerpo, sabe que es el suyo, y no comprende que se haya separado de él. Tal estado se prolonga en tanto siga existiendo una unión entre el cuerpo y el periespíritu. Nos decía un suicida: "No, no estoy muerto". Añadiendo: *"Y, sin embargo, siento que los gusanos me devoran"*. Seguramente que los gusanos no devoraban el periespíritu, y aún menos el Espíritu, sino el cuerpo. Pero, como la separación del cuerpo y el periespíritu no era completa, de ello resultaba una especie de repercusión moral que le transmitía la sensación de lo que en el cuerpo estaba sucediendo. Quizá "repercusión" no sea la palabra adecuada, porque podría inducir a creer en un efecto demasiado material. Era más bien la vista de lo que ocurría en su cuerpo –al cual lo ligaba su periespíritu- lo que producía en él una ilusión que tomaba por realidad. Así pues, no se trataba de un recuerdo, puesto que en vida no había sido nunca devorado por gusanos. Era un sentimiento actual. Vemos, pues, las deducciones que de los hechos puede extraerse cuando se los observa con atención. En el trascurso de la vida, el cuerpo recibe las impresiones exteriores y las transmite al Espíritu por intermedio del periespíritu, que probablemente constituye lo que se denomina fluido nervioso. Estando muerto el cuerpo ya no siente nada, porque no hay en él Espíritu ni periespíritu. Desprendido del cuerpo, el periespíritu experimenta la sensación, pero como no le llega ya por un conducto determinado, es una sensación generalizada. Ahora bien, como el periespíritu sólo es en realidad un agente de transición, puesto que el que tiene conciencia es el Espíritu, de ello resulta que si pudiera existir un periespíritu sin Espíritu, aquél no sentiría más que un cuerpo cuando está muerto. Del mismo modo que si el Espíritu no tuviera periespíritu sería inaccesible a toda sensación penosa. Esto es lo que sucede con los Espíritus purificados del todo. Sabemos que cuanto más se depuran, tanto más etérea se torna la esencia del periespíritu. De donde se sigue que la influencia material disminuye a medida que el Espíritu progresa, vale decir, conforme el periespíritu mismo se va haciendo menos grosero.

Al decir que los Espíritus son inafectables por las impresiones de nuestra materia queremos referirnos a los Espíritus muy elevados, cuya etérea envoltura no tiene analogía en la Tierra. No sucede lo mismo con aquellos cuyo periespíritu es más denso: éstos perciben nuestros sonidos y olores, pero no por medio de una parte limitada de su Ser, como les ocurriría en vida. Se podría afirmar que las vibraciones moleculares se hacen sentir en la totalidad de su Ser y llegan así a su *sensorio común*, que es el Espíritu mismo, aunque de una manera diferente, y quizá por eso con una impresión también distinta, lo que origina un cambio en la percepción. Escuchan el sonido de nuestra voz y, sin embargo, nos comprenden sin ayuda de la palabra, por la sola transmisión del pensamiento. Y lo que acude en apoyo de lo que estamos afirmando es el hecho de que esa percepción resulta tanto más fácil cuanto más desmaterializado está el Espíritu. En lo que toca a la vista, la de ellos es independiente de nuestra luz. La facultad de ver constituye un atributo esencial del alma, para la cual no existe la oscuridad. Pero esa facultad es más amplia y penetrante en los Espíritus más purificados. El alma, o Espíritu, posee en sí, pues, facultades que le otorgan todas las percepciones. Durante la vida corporal tales percepciones son obstruidas por el carácter grosero de los órganos. En la existencia extracorpórea van siéndolo cada vez menos, a medida que la envoltura semimaterial se torna más depurada.

Esta envoltura, tomada del medio circundante, varía según la naturaleza de cada mundo. Al pasar de uno a otro globo, cambian los Espíritus su envoltura, de la manera que nosotros mudamos de ropa del verano al invierno o del polo al ecuador. Los Espíritus más elevados, cuando vienen a visitarnos, revisten sus periespíritus con los fluidos terrestres, y a partir de entonces sus percepciones se comportan como la de los Espíritus vulgares. Pero todos ellos, así los superiores como los inferiores, sólo entienden y sienten lo que quieren sentir y entender. Sin poseer órganos sensitivos, pueden a voluntad hacer que sus percepciones se activen o se tornen nulas. Tan sólo una cosa están obligados a escuchar: son los consejos de los Espíritus buenos. La vista sigue estando en actividad, pero pueden ellos recíprocamente hacerse invisibles. De acuerdo con su categoría, les es posible ocultarse de los que les son inferiores, mas no de aquellos otros superiores a ellos. En los primeros momentos que siguen a la muerte, la vista del Espíritu está siempre turbada y es confusa. Se va aclarando conforme se opera el desprendimiento, y podrá llegar a adquirir la misma claridad que poseía cuando se hallaba en vida, independientemente de su penetración a través de los

cuerpos que para nosotros son opacos. Y en lo que respecta a su visión del espacio sin fin, así como del porvenir y el pasado, ella depende del grado de elevación y pureza de cada Espíritu.

Se replicará que toda esta teoría no es muy tranquilizadora. Pensábamos que, una vez desembarazados de nuestra burda envoltura, instrumento de nuestros dolores, no sufriríamos más, y he aquí que venís a comunicarnos que seguiremos todavía padeciendo, no importa del modo que sea, pues no por eso sufriremos menos. Desdichadamente, sí, podemos padecer aún, y mucho y por muy largo tiempo, pero nos es posible asimismo no sufrir más, aun desde el instante mismo en que dejemos esta vida corporal.

Los dolores de la Tierra son a veces independientes de nosotros, pero muchos de ellos dependen de nuestra voluntad. Remontémonos a su origen y veremos que la mayoría son los resultados de causas que hubiéramos podido evitar. ¿Cuántos males y enfermedades debe el ser humano a sus excesos, a la ambición, a sus pasiones, en suma? El hombre que haya vivido siempre con sobriedad, sin abusar de nada; el que siempre haya sido sencillo en sus gustos y modesto en sus deseos, se ahorrará muchas tribulaciones. Y lo propio acontece con el Espíritu. Los sufrimientos que soporta son siempre la consecuencia del modo como vivió en la Tierra. Sin duda alguna, ya no le aquejarán la gota ni el reumatismo, pero sí otros dolores que no son menores. Hemos visto que sus congojas son el resultado de los lazos que existen todavía entre él y la materia; que cuanto más desembarazado está de la influencia de esta última –dicho de otro modo, cuanto más desmaterializado se halla-, menos sensaciones aflictivas experimenta. Ahora bien, de él depende liberarse de dicha influencia ya en esta vida: tiene su libre arbitrio y, por tanto, le cabe elegir entre hacer y no hacer. Dome sus pasiones animales, no tenga odio ni envidia, celos ni orgullo, no se deje dominar por el egoísmo, purifique su alma mediante los buenos sentimientos, practique el bien, no conceda a las cosas de este mundo más importancia de la que merecen, y entonces, incluso bajo su envoltura corpórea ya se hallará depurado, ya estará desprendido de la materia, y cuando abandone esa envoltura no sufrirá más su influencia; los sufrimientos físicos que haya experimentado no dejarán en él ningún penoso recuerdo ni le quedará de ellos ninguna impresión desagradable, porque sólo afectaron al cuerpo y no el Espíritu; se sentirá dichoso de haberse liberado, y su tranquilidad de conciencia lo eximirá de todo padecimiento moral. Por nuestra parte, hemos interrogado a miles de Espíritus que pertenecieron en vida a

todas las categorías de la sociedad, a todas las posiciones sociales. Los hemos estudiado en la totalidad de los períodos de su vida espírita, desde el instante mismo en que dejaron su cuerpo. Los seguimos paso a paso en esa vida de ultratumba para observar las mudanzas que en ellos se operaban, en sus ideas y sensaciones, y desde este punto de vista los hombres más vulgares han sido los que nos proveyeron de elementos de estudio no menos valiosos. Ahora bien, siempre hemos comprobado que los padecimientos se hallan en relación con la conducta, cuyas consecuencias sufren, y que esa nueva existencia constituye la fuente de una inefable ventura para aquellos que han seguido el recto camino. De lo que se deduce que los que sufren es porque así lo quisieron y sólo deben achacarlo a ellos mismos, así en el otro mundo como en éste.

V.- Elección de las pruebas

258. En estado errante, y antes de iniciar una nueva existencia corporal, ¿tiene el Espíritu conciencia y previsión de lo que le sucederá durante la vida?

- Él mismo escoge el tipo de pruebas a que quiere ser sometido, y en esto consiste su libre albedrío.

258 a. ¿No es entonces Dios quien le impone las tribulaciones de la vida como castigo?

- Nada acontece sin permiso de Dios, por cuanto es Él quien ha establecido todas las leyes que rigen el Universo. ¡Preguntaréis por qué ha hecho tal ley en lugar de otra! Al dar al Espíritu la libertad de elegir, Él le deja toda la responsabilidad de sus actos y de sus consecuencias, sin obstruir para nada su porvenir. Suya puede ser la senda del bien, así como la del mal. Pero si cae derrotado le quedará un consuelo: el de que todo no terminó para él, y que Dios, en su bondad, le deja libre para reiniciar lo que hizo mal. Además, es menester distinguir lo que es obra de la voluntad de Dios, de aquello otro que es obra del hombre. Si un peligro os amenaza, no seréis vosotros quienes lo hayáis creado, sino Dios. Pero podéis exponeros voluntariamente a él, porque habéis visto en él un medio para vuestro propio adelanto, y Dios lo permite.[52]

[52] Recordamos al lector neófito, lo apuntado por J. H. Pires en la "Noticia de la obra" sobre la aparente "humanización" de Dios (pág. 16 y ss.). Dios tiene sus Leyes, a las cuales todos estamos sometidos; el aparente antropomorfismo con que algunos Espíritus nos presentan a Dios, es un recurso para hacerlo más accesible a nuestro entendimiento. [*N. del copista.*]

259. Si cabe al Espíritu elegir el género de pruebas que deberá afrontar, ¿se deduce de ello que todas las adversidades que experimentamos en la vida han sido previstas y escogidas por nosotros?

- "Todas" no es la palabra adecuada, porque no es cuestión de afirmar que hayáis seleccionado y previsto cuanto ha de aconteceros en el mundo, hasta las cosas de menor cuantía. Lo que elegisteis es una clase de pruebas: los detalles son consecuencia de la posición en que os halléis y a menudo de vuestras propias acciones. Si, por ejemplo, el Espíritu ha querido nacer entre malhechores, sabía a qué consecuencias se exponía, pero no conocía de antemano cada uno de los actos que iba a realizar. Tales actos son el efecto de su voluntad o de su libre arbitrio. El Espíritu sabe que al optar por semejante camino le aguarda determinado tipo de lucha. Conoce, pues, la índole de las vicisitudes por las que va a pasar, pero ignora si tal acontecimiento se producirá antes que tal otro. Los detalles nacen de la fuerza de las circunstancias. Sólo puede prever los sucesos importantes, aquellos que influirán sobre su destino. Si tomas un sendero escabroso sabes que deberás adoptar grandes precauciones, porque tienes posibilidades de caer, pero desconoces en qué lugar exacto se producirá tu caída, y quizá no caigas si eres lo bastante prudente. Si caminas por la vereda y te cae sobre la cabeza una teja desde lo alto, no creerás que estaba escrito, como vulgarmente se afirma.

260. ¿Cómo es posible que el Espíritu quiera nacer entre personas de mala vida?

- Precisa ser enviado a un medio en el que pueda someterse a la prueba que ha pedido. Es necesario que haya analogía: para luchar contra el instinto del bandolerismo tiene que encontrarse entre personas de esa laya.

260 a. Si en la Tierra no existieran gentes de mala vida, ¿no podría el Espíritu, pues, encontrar aquí el ambiente requerido para afrontar ciertas pruebas?

- ¿Acaso tendríamos que quejarnos de ello? Esto sucede en los mundos superiores, donde el mal no tiene cabida. De ahí que sólo haya en ellos Espíritus buenos. Haced que pronto ocurra lo mismo en vuestra Tierra.

261. En las pruebas que debe arrostrar el Espíritu para alcanzar la perfección ¿tiene que experimentar toda clase de tentaciones, debe

pasar por todas las circunstancias capaces de despertar en él el orgullo y la envidia, la avaricia y la sensualidad, etcétera?

- Ciertamente que no, puesto que sabéis que hay entre ellos quienes toman desde el comienzo una senda que los exime de muchas pruebas. Pero el que se deje conducir por el mal camino corre todos los peligros que en el mismo existen. Puede un Espíritu, por ejemplo, pedir riqueza, y podrá concedérsela. Entonces, conforme a su carácter, es posible que se torne avaro o pródigo, egoísta o generoso; o si no, se entregará a todos los goces de la sensualidad. Pero esto no significa que deba pasar forzosamente por la serie de pruebas de todas esas características.

262. ¿Cómo el Espíritu, que en su origen es simple, ignorante y desprovisto de experiencia, puede escoger con conocimiento de causa una vida determinada y ser responsable de tal elección?

- Dios suple a su inexperiencia trazándole la vía que debe seguir, como haces tú con un niño desde que está en la cuna. Pero, poco a poco le va dejando ser dueño de escoger, a medida que se desarrolla su libre albedrío, y entonces precisamente es cuando se suele extraviar, tomando el mal camino y desoyendo los consejos de los Espíritus buenos. Es eso lo que puede llamarse la caída del hombre.

262 a. Cuando el Espíritu goza de su libre arbitrio, la elección de la existencia corpórea ¿depende siempre en forma exclusiva de su voluntad, o esa vida puede serle impuesta por voluntad de Dios y a título de expiación?

- Dios sabe aguardar. No apresura la expiación. Con todo, puede imponer una existencia a un Espíritu cuando éste, por su inferioridad o su mala voluntad, no es apto para comprender lo que le sería más saludable, y cuando ve que esa vida puede servir para su purificación y adelanto, al paso que encuentre en ella una expiación.

263. ¿Hace su elección el Espíritu inmediatamente después de la muerte?

- No: Muchos creen en la eternidad de las penas. Ya se os dijo: Es un castigo.

264. ¿Qué es lo que orienta al Espíritu en la elección de las pruebas que desea sufrir?

- Opta por aquellas que pueden ser para él una expiación, por la índole de las faltas que haya cometido, y hacerle adelantar más de prisa. Unos pueden, pues, imponerse una vida de miseria y priva-

ciones, para tratar de arrostrarla con valor. Otros, querer probarse mediante las tentaciones de la fortuna y el poder, harto más peligrosas, por el abuso y el empleo inadecuado que de ellos es posible hacer, y por las pasiones viles que desencadenan. Otros, por último, quieren probarse por medio de las luchas que han de sostener en su contacto con el vicio.

265. Si ciertos Espíritus eligen como prueba entrar en contacto con el vicio, ¿los hay también que lo escojan por simpatía y por el deseo de vivir en un ambiente acorde con sus gustos, o para poder entregarse a tendencias materiales?

- Los hay, esto es verdad, pero sólo entre aquellos cuyo sentido moral se encuentra todavía poco desarrollado. *La prueba viene por sí misma y la sufren durante más tiempo*. Tarde o temprano comprenden que el saciar las pasiones brutales les acarrea consecuencias deplorables, que habrán de sufrir durante un tiempo que se les antojará eterno. Y podrá Dios tenerlos en ese estado hasta que hayan comprendido su culpa y pidan por sí mismos rescatarla mediante pruebas beneficiosas.

266. ¿No parece natural que se elijan las pruebas menos penosas?

- A vosotros sí os parece, pero no al Espíritu. Cuando está despojado de la materia cesa la ilusión y piensa de otro modo.

El hombre en la Tierra, colocado bajo el influjo de las ideas carnales, no ve en esas pruebas más que su lado penoso. De ahí que se le ocurra natural optar por aquellas que desde su punto de vista pueden conjugarse con los placeres materiales. Pero en la vida espiritual compara los goces efímeros y groseros con la felicidad inalterable que entrevé, y por tanto, ¿qué significan para él algunos sufrimientos pasajeros? Puede el Espíritu, pues, decidirse por la más ruda de las pruebas y, consecuentemente, por la vida más angustiosa, con la esperanza de alcanzar más pronto un estado mejor, como el enfermo elige muchas veces el remedio más desagradable para curarse en más breve plazo. Aquel que desea asociar su nombre con el descubrimiento de un país desconocido no escogerá un camino sembrado de flores. Conoce los peligros que está corriendo, pero sabe también cuál será la gloria que le aguarda si obtiene buen éxito en su empresa.

La doctrina de la libertad en la elección de nuestras existencias y de las pruebas que debemos afrontar deja de

parecer extraordinaria si se considera que los Espíritus desprendidos de la materia evalúan las cosas de una manera diferente a como nosotros lo hacemos. Ellos tienen en vista la meta, mucho más seria, en su concepto, que los fugaces placeres del mundo. Tras cada existencia concluida ven el paso que han dado y comprenden cuánto les falta todavía, en materia de pureza, para alcanzar dicha meta. He ahí por qué se someten de buen grado a todas las vicisitudes de la vida corporal, pidiendo por sí mismos las que puedan hacerles llegar más rápidamente. No existe, pues, razón alguna cuando no se ve al Espíritu preferir la existencia más llevadera. Una vida exenta de amarguras no podría disfrutarla en su estado de imperfección. La entrevé, y para alcanzarla trata de mejorarse.

Por otra parte, ¿no tenemos a diario, ante nuestros ojos, ejemplos de cosas semejantes? El hombre que trabaja durante parte de sus vida sin darse tregua ni descanso para reunir medios con los cuales procurarse el bienestar, ¿qué está haciendo, sino imponerse una tarea con miras a un porvenir más próspero? El militar que padece a causa de una misión peligrosa, o el viajero que desafía peligros no menos grandes en interés de la ciencia o para obtener fortuna, ¿qué hacen si no es someterse a pruebas voluntarias que deben proporcionarles honor, en el primer caso, y provecho, en el segundo, si logran salir airosos? ¿A qué no se somete y no se expone el hombre en pro de su interés o de su gloria? Todos los concursos ¿no son asimismo pruebas voluntarias, afrontadas con el propósito de progresar en la carrera elegida? Sólo se llega a cualquier posición social importante –en las ciencias, las artes o la industria- pasando por la serie de las posiciones inferiores, que constituyen otras tantas pruebas. Así, la existencia humana es, desde este punto de vista, el calco de la vida espiritual. En pequeña escala volvemos a encontrar en aquélla todas las mismas peripecias de esta última. Si en vida, pues, elegimos a menudo las más rudas pruebas en aras de un objetivo más elevado, ¿por qué el Espíritu –que ve más lejos- y para el cual la vida corpórea no es más que un incidente fugaz, no haría lo propio resolviéndose por una existencia penosa y difícil, si ella ha de conducirlo a la eterna dicha? Quienes afirman que si los hombres tuvieran la posibilidad de elegir la clase de vida que les agrada optarían por ser príncipes o millonarios, son como los miopes que sólo ven lo que están tocando, o como esos niños golosos que, preguntados

sobre qué les gustaría ser cuando mayores, responden que pasteleros o confiteros.

Tal la situación del viajero que, en el fondo de un valle oscurecido por la niebla, no ve ni la extensión ni los extremos de su ruta. Pero, una vez llegado a la cumbre de la montaña, abarca el camino hecho y lo que le resta por recorrer. Divisa su meta, los obstáculos que aún tiene que franquear, y puede entonces concebir con más seguridad los medios necesarios para llegar a destino. El Espíritu encarnado está como el viajero en lo hondo del valle. En cambio, cuando se ha desembarazado de los lazos terrestres domina, igual que aquél, cuanto se divisa desde la cumbre. Para el viajero, la meta es el reposo tras la fatiga. Para el Espíritu, la felicidad suprema después de las tribulaciones y pruebas pasadas.

Todos los Espíritus afirman que en estado errante buscan, estudian y observan para hacer su elección. ¿No tenemos también un ejemplo de esto en la vida corporal? ¿Con frecuencia no buscamos durante años la carrera que libremente escogeremos, por creerla la más adecuada para llevarnos adelante? Si fracasamos en una, iniciamos otra. Cada carrera que emprendemos constituye una fase, un período de nuestra vida. Y cada jornada que pasa ¿no la empleamos en planear lo que haremos al día siguiente? Ahora bien, ¿qué son las diversas existencias corpóreas para el Espíritu, sino fases, etapas, períodos, días de su vida espírita, la cual es, conforme sabemos, su existencia normal, ya que la corpórea sólo es para él efímera, pasajera?

267. ¿Puede el Espíritu hacer su elección mientras se encuentra encarnado?

- Su deseo podrá tener influencia. Ello depende de la intención que lo anima. Pero cuando es Espíritu desencarnado ve a menudo las cosas de una manera muy diferente. En todos los casos es el Espíritu el que escoge. Pero también podrá hacerlo en la vida material, porque el Espíritu tiene siempre momentos en que es independiente de la materia que habita.

267 a. Muchas personas desean grandeza y riquezas, y ciertamente que no las buscan como expiación ni como prueba…

- No cabe duda: es en la materia en la que se anhela esa grandeza, para disfrutar de ella, y el Espíritu la desea para conocer las vicisitudes que genera.

268. Hasta llegar al estado de perfecta pureza ¿debe el Espíritu seguir sufriendo pruebas continuamente?

- Sí, pero no son tales como las entendéis. Llamáis pruebas a las tribulaciones materiales. Pues bien, cuando el Espíritu llega a cierto grado –aun no siendo perfecto- no tiene que sufrirlas ya, pero le caben siempre deberes que le ayudan a perfeccionarse, y no le son penosos en modo alguno, tal como cuando ayuda a otros a perfeccionarse.

269. ¿Puede el Espíritu equivocarse respecto a la eficacia de la prueba que ha escogido?

- Podrá haber elegido una que sobrepase sus fuerzas, en cuyo caso sucumbe a ella. Puede también optar por una que no le aproveche en manera alguna, como, por ejemplo, si busca un género de vida ociosa e inútil. Pero entonces, una vez vuelto al Mundo de los Espíritus, cae en la cuenta de que no ganó nada y pide recuperar el tiempo perdido.

270. ¿A qué obedecen las vocaciones de ciertas personas y su determinación de seguir una carrera con preferencia a otra?

- Me parece que vosotros mismos podéis responderos a esa pregunta. ¿No es acaso consecuencia de cuanto hemos dicho acerca de la elección de las pruebas y el progreso cumplido en una existencia anterior?

271. En estado errante, al estudiar el Espíritu las diversas condiciones en que podría progresar, ¿cómo piensa poder hacerlo si nace, por ejemplo, en un pueblo de caníbales?

- No son los Espíritus ya adelantados los que nazcan entre caníbales, sino Espíritus de la misma índole que los caníbales, o inferiores a ellos.

Sabemos que nuestros antropófagos no se hallan en el último grado de la escala, sino que hay globos en que el embrutecimiento y la ferocidad de sus moradores no tienen similares en la Tierra. Por tanto, esos Espíritus son inferiores a los del grado más bajo de este mundo, y venir a encarnar entre los salvajes de la Tierra significa para ellos un progreso, así como sería un adelanto para nuestros antropófagos pasar a ejercer

entre nosotros una profesión que no los obligara a derramar sangre. Si no miran más alto es porque su inferioridad moral no les permite comprender un progreso mayor. Sólo en forma gradual puede adelantar el Espíritu. No le es posible franquear de un salto la distancia que separa a la barbarie de la civilización, y en esto vemos una de las necesidades de la reencarnación, la cual está muy de acuerdo con la justicia de Dios. Por otra parte, ¿qué sería de los millones de seres que están muriendo a diario en el último extremo de la degradación, si no tuvieran medios de alcanzar estados superiores? ¿Por qué los habría desheredado Dios de los privilegios que a otros hombres concede?

272. Los Espíritus que proceden de un mundo inferior a la Tierra, o de un pueblo muy atrasado –como, por ejemplo, los caníbales-, ¿podrían nacer en nuestros pueblos civilizados?

- Sí, los hay que se extravían al querer llegar demasiado algo. Pero entonces se sienten desubicados entre vosotros, por poseer costumbres e instintos que reniegan de los vuestros.

Esos seres nos ofrecen el lamentable espectáculo de la ferocidad en medio de la civilización. El volver a encarnar entre caníbales no será para ellos un retroceso, pues sólo retomarán el lugar que les corresponde, y quizá aun con mayor provecho.

273. Un hombre que pertenezca a una raza civilizada ¿podría, por expiación, reencarnar entre salvajes?

- Sí, pero depende del género de expiación. Un amo que haya sido duro con sus esclavos podrá convertirse a su vez en esclavo y sufrir los malos tratos que haya infligido. El que daba órdenes en una época puede, en nueva existencia, obedecer a aquellos mismos que se humillaban ante su voluntad. Se trata de una expiación si abusó de su poder, y Dios puede imponérsela. Por otra parte, un Espíritu bueno podrá también escoger una existencia en la que influya sobre esos pueblos y los haga adelantar, en cuyo caso es una misión.

VI.- Relaciones de ultratumba

274. Los diferentes grados de Espíritus ¿establecen entre sí una jerarquía de poderes? ¿Hay entre ellos subordinación y autoridad?

- Sí, y muy grande. Los Espíritus tienen unos sobre otros una autoridad relacionada con su superioridad, la que ejercen por medio de un ascendiente moral irresistible.

274 a. ¿Les es posible a los Espíritus inferiores sustraerse a la autoridad de los que son superiores a ellos?

- Ya lo dije: irresistible.

275. El poder y la consideración de que ha disfrutado un hombre en la Tierra ¿le otorga una supremacía en el Mundo de los Espíritus?

- No, porque en él los pequeños serán ensalzados, y los grandes, humillados. Lee los *Salmos*.

275 a. ¿Cómo debemos entender ese ensalzamiento y esa humillación?

- ¿No sabes tú que los Espíritus pertenecen a diversas graduaciones, según su mérito? Pues bien, el más grande en la Tierra puede hallarse en la última categoría entre los Espíritus, al paso que su servidor estará en la primera. ¿Comprendes esto? ¿O acaso no dijo Jesús: Todo aquel que se humille será elevado, y todo aquel que se eleve será humillado?

276. El que ha sido grande en la Tierra y se encuentra ahora inferior entre los Espíritus ¿siente humillación por eso?

- Con frecuencia una humillación muy grande, sobre todo si era orgulloso y envidioso.

277. El soldado que, tras la batalla, encuentra a su general en el Mundo de los Espíritus, ¿le reconoce todavía por su superior?

- El título nada significa. La superioridad real lo es todo.

278. Los Espíritus de los diversos órdenes ¿están mezclados?

- Sí y no. Esto es, se ven, pero se distinguen unos de otros. Se rehúyen o se acercan, según sea la afinidad o antipatía de sus respectivos sentimientos, igual que como sucede entre vosotros. *Es todo un mundo, del cual el vuestro es un reflejo oscurecido.* Los del mismo rango se reúnen por una especie de afinidad y forman grupos o familias de Espíritus, ligados por la simpatía y por el objetivo que se proponen. Los buenos, por el deseo de hacer el bien; los malos, por el de realizar el mal, o por la vergüenza de sus faltas y la necesidad de encontrarse entre Seres semejantes a ellos.

Así como una gran ciudad, donde los hombres de toda categoría y condición se ven y se encuentran sin por ello confundirse; donde las sociedades se forman por la analogía de los gustos; donde vicio y virtud se codean sin decirse nada.

279. ¿Todos los Espíritus pueden acercarse recíprocamente?

- Los buenos van a todas partes, y precisa que así sea para que puedan ejercer su influencia sobre los malos. Pero las regiones habitadas por los buenos están prohibidas para los Espíritus imperfectos, a fin de que éstos no puedan llevar a ellas la perturbación de las malas pasiones.

280. ¿Qué clase de relaciones existen entre los buenos y los malos Espíritus?

- Los buenos tratan de combatir las malas tendencias de los otros a fin de ayudarlos a ascender. Se trata de una misión.

281. ¿Por qué los Espíritus inferiores se complacen en inducirnos al mal?

- Por el despecho de no haber merecido estar entre los buenos. Su deseo es impedir, todo lo que puedan, que los Espíritus aún inexperientes lleguen al bien supremo. Quieren hacer experimentar a los demás lo que ellos mismos sienten. ¿No veis este mismo acontecer entre vosotros?

282. ¿Cómo se comunican entre sí los Espíritus?

- Les basta mirarse para comprenderse. La palabra es material, constituye el reflejo de la facultad del Espíritu. El fluido universal establece entre ellos una comunicación constante; es el vehículo de la transmisión del pensamiento, como para vosotros el aire es el vehículo del sonido. Una especie de telégrafo universal, que une a todos los mundos y permite a los Espíritus comunicarse de un globo a otro.

283. ¿Pueden los Espíritus ocultarse mutuamente sus pensamientos, y esconderse los unos de los otros?

- No, para ellos todo se halla a la vista, en especial cuando son perfectos. Podrán alejarse, pero siempre se ven. Esta no es, sin embargo, una regla absoluta, porque algunos Espíritus pueden muy bien tornarse invisibles para otros Espíritus, si conceptúan útil proceder así.

284. ¿Cómo los Espíritus, que ya no tienen cuerpo, pueden comprobar su individualidad y distinguirse de los otros Seres espirituales que les rodean?

- Verifican su individualidad mediante el periespíritu, que los hace distintos a unos de los otros, igual que entre los hombres el cuerpo.

285. ¿Se reconocen los Espíritus por haber convivido en la Tierra? ¿Reconoce el hijo a su padre, el amigo al amigo?

- Sí, y así de generación en generación.

285 a. Los hombres que se conocieron en la Tierra ¿cómo se reconocen en el Mundo de los Espíritus?

- Vemos nuestra pasada vida y leemos en ella tal como si fuese un libro. Al contemplar el pasado de nuestros amigos y enemigos asistimos a su tránsito de la vida a la muerte.

286. Al dejar sus despojos mortales ¿ve de inmediato el alma a sus parientes y amigos que partieron con precedencia al Mundo de los Espíritus?

- “De inmediato” no es la expresión correcta. Porque, como hemos dicho, necesita algún tiempo para volver en sí y sacudirse el velo de la materia.

287. ¿Cómo es recibida el alma a su retorno al Mundo de los Espíritus?

- La del justo, como un hermano bien amado a quien se esperaba desde mucho tiempo atrás. La del ruin, como un Ser a quien se desprecia.

288. ¿Qué sentimiento experimentan los Espíritus impuros al ver llegar a otro Espíritu malvado?

- Los malos se satisfacen de ver Seres semejantes y privados, como ellos, de la infinita felicidad, así como en la Tierra acontece a un bribón entre sus iguales.

289. Cuando dejamos la Tierra ¿acuden a veces nuestros parientes y amigos a recibirnos?

- Sí, se presentan ante el alma a la que profesan afecto, la felicitan como a la vuelta de un viaje, si ha escapado a los peligros del camino, y la ayudan a desprenderse de los lazos corporales. Es un favor que se otorga a los Espíritus buenos cuando aquellos que los han amado vienen a su encuentro, mientras que el que está

mancillado permanece en el aislamiento, o sólo le rodean Espíritus semejantes a él; esto último constituye un castigo.

290. Los parientes y amigos ¿se hallan siempre reunidos después de su muerte?

- Ello depende de su elevación y del camino que sigan para su progreso. Si uno de ellos está más adelantado y marcha más rápido que otro, no podrán permanecer juntos. En ocasiones les será posible verse, pero sólo estarán reunidos en los casos en que puedan marchar a la par, o cuando hayan alcanzado igual grado de perfeccionamiento. Por otra parte, el no poder ver a sus parientes y amigos es a veces una punición.

VII.- Relaciones simpáticas y antipáticas de los Espíritus. Mitades eternas.

291. Además de la simpatía general, determinada por las semejanzas, ¿tienen entre sí los Espíritus afectos particulares?

- Sí, del mismo modo que entre los hombres, pero el vínculo que une a los Espíritus es más fuerte cuando se halla el cuerpo ausente, porque aquél no está ya expuesto a las vicisitudes de las pasiones.

292. ¿Se engendran odios entre los Espíritus?

- Sólo existen odios entre los Espíritus impuros, y son éstos los que os inspiran las enemistades y disensiones que entre vosotros surgen.

293. Dos Seres que hayan sido enemigos en la Tierra ¿se guardarán mutuo rencor en el Mundo de los Espíritus?

- No. Comprenderán que su aborrecimiento era estúpido, y pueril el motivo del mismo. Sólo los Espíritus imperfectos conservan un estado de animosidad, y ello sucede hasta que se han depurado. Si sólo dividió a los Espíritus un interés material, ya no pensarán en ello, por poco que se hayan desmaterializado. Si no hay entre ellos antipatía, puesto que el motivo de la discordia ya no existe, pueden volver a verse con agrado.

Como dos escolares llegados a la edad de la razón reconocen la puerilidad de las querellas que han tenido en su infancia y cesan de quererse mal.

294. El recuerdo de las malas acciones que dos hombres han podido cometer uno contra el otro ¿constituye un obstáculo para que simpaticen?

- Sí, les lleva a distanciarse.

295. ¿Qué sentimiento experimentan, después de la muerte, aquellos a quienes hemos hecho mal en la Tierra?

- Si son buenos, os perdonan conforme a vuestro arrepentimiento. Si malos, pueden guardaros rencor, y a veces perseguiros hasta en otra existencia. Dios podrá permitirlo, a título de castigo.

296. Los afectos individuales de los Espíritus ¿son susceptibles de alteración?

- No, porque ellos no pueden engañarse: *no tienen ya la máscara tras al cual se ocultan los hipócritas*. De ahí que cuando los Espíritus son puros sus afectos sean inalterables. El amor que les une es para ellos la fuente de una ventura suprema.

297. El afecto que dos Seres se han profesado en la Tierra ¿continúa siempre en el Mundo de los Espíritus?

- Por cierto que sí, si se basa en una verdadera simpatía. Pero si en él tienen más parte las causas físicas que la simpatía, entonces cesará al desaparecer dichas causas. Los afectos entre Espíritus son más firmes y duraderos que en la Tierra, debido a que no están subordinados al capricho de los intereses materiales y del amor propio.

298. Las almas que deben unirse ¿se hallaban predestinadas para esa unión desde su origen, y cada uno de nosotros posee, en alguna parte del Universo, *su mitad*, con la cual inevitablemente se reunirá algún día?

- No, no existe unión particular y fatal entre dos almas. La unión es entre todos los Espíritus, pero en grados diferentes, según el rango que ocupen, vale expresar, de acuerdo con la perfección que hayan alcanzado: cuanto más perfectos son, más unidos están. Todos los males de los humanos nacen de la discordia. En cambio, de la concordia resulta la felicidad completa.

299. ¿En qué sentido se ha de entender la palabra *mitades*, de que se sirven ciertos Espíritus, para designar con ella a los Espíritus que simpatizan?

- Inexacta expresión. Si un Espíritu fuera la mitad de otro, hallándose separado de éste estaría incompleto.

300. Dos Espíritus que simpatizan por entero, cuando ya se han reunido ¿lo están para la eternidad, o bien pueden separarse y unirse a otros Espíritus?

- Todos los Espíritus están unidos entre sí. Me refiero a los que han llegado a la perfección. En las esferas inferiores, cuando un Espíritu se eleva no siente ya igual simpatía por aquellos que ha dejado.

301. Dos Espíritus que simpatizan ¿son complemento el uno del otro, o esa simpatía es el resultado de una identificación perfecta?

- La simpatía que atrae a un Espíritu hacia otro resulta de la total concordancia de sus inclinaciones e instintos. Si uno debiera completar al otro, perdería su individualidad.

302. La identidad necesaria para que se establezca una simpatía perfecta ¿sólo consiste en la similitud de pensamientos y sentimientos, o también en la uniformidad de los conocimientos adquiridos?

- En la igualdad del grado de elevación.

303. Los Espíritus que hoy no simpatizan ¿pueden llegar a ello más tarde?

- Sí, todos lo harán. De modo que el Espíritu que en la actualidad se encuentre en una esfera inferior, al perfeccionarse llegará a la esfera donde reside tal otro. Su encuentro tendrá lugar antes si el Espíritu más elevado, soportando mal las pruebas a que se le sometió, es demorado en el mismo estado.

303 a. Dos Espíritus que son simpáticos el uno hacia el otro ¿pueden dejar de serlo?

- Por cierto que sí, si uno de ellos es perezoso.

La teoría de las mitades eternas es una imagen que describe la unión de dos Espíritus simpáticos. Se trata de una expresión en uso aún en el lenguaje vulgar que no hay que tomar al pie de la letra. Los Espíritus que de ella se han servido no pertenecen, seguramente, al orden más elevado. La esfera de sus ideas es por fuerza limitada, y han podido traducir sus pensamientos con los términos de los que se hubieran valido durante su vida corporal. Se ha de rechazar, pues, la idea de que dos Espíritus creados el uno para el otro deban un día reunirse inevitablemente en la eternidad, tras haber sido separados durante un lapso más o menos prolongado.

VIII.- Recuerdo de la existencia corpórea

304. ¿Se acuerda el Espíritu de su existencia corporal?

- Sí, es decir que, habiendo vivido muchas veces como hombre, rememora lo que ha sido, y te aseguro que a veces se ríe de compasión de sí mismo.

Así como un hombre que ha alcanzado la edad de la razón ríe de las locuras de su juventud o de las puerilidades de su infancia.

305. El recuerdo de la vida corporal ¿se presenta al Espíritu de una manera completa y súbita, después de la muerte?

- No, le vuelve poco a poco, como algo que va saliendo de la bruma, y a medida que fija en él su atención.

306. El Espíritu ¿recuerda en detalle todos los acontecimientos de su vida, abarcando el conjunto de ella de una mirada retrospectiva?

- Rememora las cosas en virtud de las consecuencias que han tenido sobre su estado como Espíritu. Pero, como comprenderás, hay circunstancias de su vida a las que no concede la menor importancia, y de las cuales no trata ni siquiera de acordarse.

306 a. ¿Podría recordarlas si lo quisiera?

-Puede memorar los detalles e incidentes más pormenorizados, ya sea de los sucesos y también de sus pensamientos. Pero no lo hace cuando ello no reviste utilidad.

306 b. ¿Entrevé el objetivo de la vida terrena con relación a la existencia futura?

- Seguramente que lo ve y lo comprende mucho mejor que en su vida de encarnado. Entiende la necesidad de purificación para llegar al infinito y sabe que en cada existencia se va despojando de algunas impurezas.

307. ¿Cómo vuelve a representarse la vida pasada en la memoria del Espíritu? ¿Es quizá por un esfuerzo de su imaginación, o como un cuadro que tenga ante los ojos?

- Lo uno y lo otro. Todos los hechos que le interesa recordar están como presentes para él. Los demás permanecen más o menos en la vaguedad del pensamiento, u olvidados por completo. Cuanto más desmaterializado se halle, tanto menos importancia concederá a las cosas materiales. Tú evocas a menudo a un Espíritu errante que

acaba de dejar la Tierra y que no se acuerda de los nombres de las personas a quienes amaba, ni de muchos pormenores que a ti se te antojan importantes. Él se preocupa poco de éstos, que caen en el olvido. De lo que se acuerda muy bien es de los hechos principales que le ayudan a mejorarse.

308. ¿Recuerda el Espíritu todas las existencias que precedieron a la última que acaba de abandonar?

- Todo su pasado se desarrolla ante él, así como las etapas que el viajero ha recorrido. Pero –lo hemos dicho ya-, no tiene presentes de una manera absoluta la totalidad de los hechos. Sólo los recuerda en virtud de la influencia que han tenido sobre su actual estado de Espíritu. En cuanto a las primeras existencias, aquellas que se pueden considerar como la infancia del Espíritu, se pierden en el vacío, desapareciendo en la noche del olvido.

309. ¿Cómo considera el Espíritu al cuerpo que acaba de dejar?

- Como una ropa inadecuada, *que le molestaba*, y de la cual está dichoso de haberse desembarazado.

309 a. ¿Qué sentimiento le hace experimentar la vista de su cuerpo en descomposición?

- Casi siempre de indiferencia, como una cosa que ha dejado de interesarle.

310. Al cabo de cierto lapso, ¿reconoce el Espíritu los huesos, u otros objetos que la han pertenecido?

- A veces. Depende del punto de vista más o menos elevado desde el cual contemple las cosas terrenales.

311. El respeto que se profesa por las cosas materiales que pertenecieran al Espíritu, ¿llama su atención sobre esos objetos, y ve tal respeto con placer?

- El Espíritu se siente siempre dichoso por el recuerdo que de él se tiene. Las cosas que conservamos de él avivan su recuerdo en nosotros, pero es el pensamiento el que lo atrae hacia vosotros, y no tales objetos.

312. ¿Conservan los Espíritus la memoria de los sufrimientos que han soportado durante su última existencia corporal?

- Con frecuencia la conservan, y ese recuerdo les hace sentir mejor el precio de la felicidad de que pueden disfrutar como Espíritus.

313. El hombre que ha sido afortunado en la Tierra ¿lamenta sus goces perdidos al dejar este mundo?

- Sólo los Espíritus inferiores pueden sentir nostalgia por placeres que están de acuerdo con lo impuro de su naturaleza, y que ellos expían mediante sus padecimientos. Para los Espíritus elevados, la felicidad eterna es mil veces preferible a los efímeros goces de la Tierra.

Así como el adulto, que desdeña aquello que hacia las delicias de su niñez.

314. Aquel que había iniciado importantes tareas con una finalidad útil, y las ve interrumpidas por la muerte, ¿deplora en el otro mundo haberlas dejado inconclusas?

- No, porque sabe que otros están destinados a terminarlas. Por el contrario, trata de influir sobre algunos Espíritus encarnados en el sentido de que las continúen. Su meta en la Tierra era el bien de la humanidad, y esa meta sigue siendo la misma en el Mundo de los Espíritus.

315. El que al desencarnar dejó trabajos artísticos o literarios, ¿conserva hacia sus obras el amor que les profesaba en vida?

- Según su elevación, las juzga desde otro punto de vista, y a menudo censura lo que más admiraba.

316. ¿Se interesa todavía el Espíritu por los trabajos que se realizan en la Tierra en pro del adelanto de las artes y ciencias?

- Depende de su elevación, o de la misión que tal vez deba cumplir. Lo que a vosotros os parece magnífico es con frecuencia muy poca cosa para ciertos Espíritus. Lo admiran, de la manera que el sabio podría admirar la obra de un escolar. Examinan lo que puede probar la elevación de los Espíritus encarnados y sus progresos.

317. Después de la muerte ¿conservan los Espíritus el amor a la patria?

- Sigue siendo el mismo principio: para los Espíritus elevados la patria es el Universo. La Tierra es el lugar donde tienen mayor número de personas que les son simpáticas.

La situación de los Espíritus y su modo de ver las cosas varían hasta lo infinito, en virtud de su grado de desarrollo moral e intelectivo. Los Espíritus de un orden elevado sólo

permanecen en la Tierra, por lo general, durante cortos períodos. Todo lo que en ella se realiza es tan mezquino, si se le compara con las grandezas del infinito, las cosas a que los hombres otorgan más importancia son tan pueriles a los ojos de los Espíritus, que éstos encuentran pocos motivos de atracción aquí, a menos que hayan sido llamados a nuestro mundo para cooperar al progreso del género humano. Los Espíritus de un orden medio vienen con más frecuencia a la Tierra, aunque consideran las cosas desde un punto de vista más elevado que durante la encarnación. Los Espíritus vulgares, en cambio, son en cierto modo permanentes entre nosotros y constituyen la masa de la población circundante del Mundo Invisible. Han conservado más o menos las mismas ideas, gustos e inclinaciones que tenían bajo su envoltura corpórea. Se suman a nuestras reuniones y se mezclan en nuestros asuntos y diversiones, en los que desempeñan parte más o menos activa, según sea en cada caso su carácter. No pudiendo satisfacer sus pasiones, gozan con los que se entregan a ellas y los incitan a hacerlo.[53] Pero entre ellos los hay más serios, que miran y observan con el propósito de instruirse, de perfeccionarse.

318. ¿Se modifican las ideas de los Espíritus en el Mundo Espiritual?

- Mucho. Experimentan grandísimas modificaciones, a medida que el Espíritu se va desmaterializando. Puede a veces permanecer largo tiempo con las mismas ideas, pero poco a poco disminuye la influencia de la materia y ve las cosas con más claridad. Entonces busca los medios para mejorarse.

319. Puesto que el Espíritu ya ha vivido la vida espírita antes de su encarnación, ¿a qué debe su asombro al reingresar en el Mundo de los Espíritus?

- Es sólo el efecto de los primeros momentos y de la turbación que sigue al despertar. Más tarde se recobra perfectamente, conforme le vuelve el recuerdo del pasado y se va borrando la impresión de la idea terrena. (Ver los parágrafos 163 y siguientes).

[53] Obsesiones originadas por afinidad de vicios, de las cuales dan prueba los tratamientos espíritas que se realizan en hospitales y centros. [*N. de J. H. Pires*.]

IX.- Conmemoración de los difuntos. Funerales

320. ¿Son sensibles los Espíritus al recuerdo de quienes los amaron en la Tierra?

- Mucho más de lo que podéis creer. El recuerdo se suma a su felicidad, si son dichosos. Y si son desgraciados, es para ellos un alivio.

321. El día de la conmemoración de los difuntos, ¿tiene algo de más solemne para los Espíritus? ¿Se preparan para venir a visitar a aquellos que deben ir a orar sobre sus despojos?

- Los Espíritus acuden al llamado del pensamiento, así en ese día como en los otros.

321 a. Esa jornada ¿representa para ellos una cita junto a las sepulturas?

- En tal fecha son allí más numerosos, porque hay más personas que les llaman. Pero cada cual sólo vienen por sus amigos y no por la multitud de los que le son indiferentes.

321 b. ¿Bajo qué forma acuden allí, y cómo les veríamos si pudieran hacerse visibles?

- Bajo la forma que se les conoció en vida.

322. Los Espíritus olvidados, cuyas tumbas nadie va a visitar ¿acuden a ellas a pesar de esto, y se acongojan al comprobar que ningún amigo les recuerda?

- ¿Qué les importa la Tierra? Sólo están ligados a ella por el corazón. Si no está allí el amor, nada más hay que retenga al Espíritu: todo el Universo tiene por delante.

323. La visita a la tumba ¿da al Espíritu mayor satisfacción que una plegaria íntima?

- La visita a la tumba constituye un modo de demostrar que se piensa en el Espíritu ausente. Es la imagen de él. Ya os dije que la oración santifica el acto del recuerdo. Poco importa el lugar en que se pronuncie, si se lo hace con el corazón.

324. Los Espíritus de las personas a quienes se erigen estatuas o monumentos ¿asisten al acto de inauguración de los mismos, y los ven con placer?

- Muchos concurren, cuando pueden hacerlo, pero son menos sensibles al honor que se les rinde que al recuerdo que se les dispensa.

325. ¿De dónde puede venir a ciertas personas el deseo de ser sepultadas en determinado sitio más bien que en otro? ¿Vuelven a él con mejor voluntad después de su muerte? Y esa importancia concedida a algo material ¿constituye un signo de inferioridad en el Espíritu?

- Afección del Espíritu por ciertos lugares: inferioridad moral. Para un Espíritu elevado ¿qué significa un rincón de la Tierra más que otro? ¿No sabe que su alma se reunirá con quienes ama, aun cuando sus huesos estén lejos?

325 a. La reunión de los despojos mortales de todos los miembros de una sola familia ¿debe considerarse como una cosa fútil?

- No: es una costumbre piadosa y un testimonio de simpatía hacia aquellos a quienes se amó. Si bien esa reunión importa poco a los Espíritus, es útil a los hombres, porque los recuerdos se concentran mejor.

326. Al retornar a la vida espiritual ¿es sensible el alma a los honores que se tributan a sus despojos mortales?

- Cuando el Espíritu ha llegado a cierto grado de perfección no tiene ya vanidad terrestre y comprende la futilidad de todas esas cosas. Pero debes saber que abundan los Espíritus que, en los primeros momentos posteriores a su muerte material, experimentan gran satisfacción con los honores que se les rinden, o les disgusta la indiferencia con que tratan su envoltura, porque conservan todavía algunos de los prejuicios de la Tierra.

327. ¿Está presente el Espíritu en su funeral?

- Con mucha frecuencia concurre, pero a veces no se da cuenta de lo que sucede, si se halla aún en estado de turbación.

327 a. ¿Le halaga la asistencia de personas a su entierro?

- Más o menos, según sea el sentimiento que a esas personas mueva.

328. El Espíritu que acaba de desencarnar ¿va a las reuniones de sus herederos?

- Casi siempre. Dios así lo quiere, para su propia instrucción y para castigo de los culpables. Allí juzga lo que valían las solemnes

declaraciones de los deudos. Para el Espíritu, todos los sentimientos de los asistentes están a la vista, y la desilusión que experimenta al comprobar la rapacidad de aquellos que están repartiéndose sus despojos le ilumina acerca de sus sentimientos: mas a ellos, también, ya les llegará su turno.

329. El respeto instintivo que el hombre, en todos los tiempos y en la totalidad de los pueblos, demuestras sentir por los difuntos ¿es efecto de la intuición que tiene de la vida futura?

- Es su consecuencia natural. A no ser por ello, ese respeto no tendría sentido. [54]

[54] Como se ve, el respeto por los muertos no representa sólo una costumbre. Es un deber de fraternidad, que la conciencia guarda y del que nos alerta. Por muy malo que el difunto haya sido no tenemos derecho de aumentar su suplicio con nuestras vibraciones agresivas. La caridad nos ordena olvidar el mal y recordar el bien, pues sólo así ayudaremos al Espíritu desencarnado a superar sus faltas y esforzarse por evolucionar. Si pensamos y hablamos mal de él únicamente podemos perjudicarlo, irritarlo e incluso volverlo contra nosotros. [*N. de J. H. Pires.*]

CAPÍTULO VII

RETORNO A LA VIDA CORPORAL[55]

I.- Preludios del regreso

330. ¿Conocen los Espíritus la época en que han de reencarnar?

- La presienten, del modo que el ciego percibe el fuego al que se aproxima. Saben que deben volver a tomar un cuerpo, así como sabéis vosotros que habréis de morir algún día, pero sin conocer el momento en que esto sucederá. (Véase parágrafo 166).

330 a. La reencarnación ¿es, por tanto, una necesidad de la vida espírita, de igual manera que la muerte constituye una necesidad de la vida corporal?

- Con toda seguridad, así es.

331. ¿Todos los Espíritus se preocupan por su reencarnación?

- Los hay que no piensan en modo alguno en ella, y que inclusive no la comprenden. Esto depende de su naturaleza más o menos adelantada. Para algunos, la incertidumbre en que se encuentran respecto del futuro es una punición.

332. ¿Puede adelantar o retrasar el Espíritu el instante de su reencarnación?

- Podrá adelantarlo mediante sus oraciones, y alejarlo si retrocede ante la perspectiva de la prueba que le aguarda, porque entre los Espíritus los hay también cobardes e indiferentes; pero no queda impune si lo hace, sino que sufre por ello, así como el que se rehúsa a tomar un medicamento que podrá curarlo.

333. Sin un Espíritu se sintiera lo bastante satisfecho en una situación media entre los Espíritus errantes y no tuviera ambición de ascender, ¿podría prolongar ese estado en forma indefinida?

---

[55] A los fines de profundizar el conocimiento de cómo se procesa la reencarnación de los Espíritus, remitimos al lector al libro *Misioneros de la Luz*, capítulos 12, 13 y 14, del Espíritu André Luiz, psicografiado por el médium brasileño Francisco Cándido Xavier. [*Nota de la Editora*.]

- No, indefinidamente no. El adelanto representa una necesidad que tarde o temprano el Espíritu experimenta. Todos deben ascender, puesto que tal es su destino.

334. La unión del alma con tal o cual cuerpo ¿está predestinada, o sólo a último momento se hace la elección?

- El Espíritu se designa siempre con anterioridad. Al aceptar la prueba que desea sufrir, el Espíritu pide encarnarse. Y Dios, que ve y sabe todo, ha sabido y visto de antemano que tal alma se uniría a determinado cuerpo.

335. El Espíritu ¿elige el cuerpo en que ha de encarnar, o únicamente el género de vida que debe servirle de prueba?

- También puede escoger el cuerpo, por cuanto las imperfecciones de ese cuerpo, que son pruebas para él, lo han de ayudar en su adelanto si supera los obstáculos que en él encuentra; pero la elección no siempre depende del Espíritu: puede pedirla.

335 a. ¿Podría el Espíritu, a último momento, rehusarse a entrar en el cuerpo escogido para él?

- Si se negara, sufriría mucho más que aquel que no hubiera intentado ninguna prueba.

336. ¿Puede suceder que un niño que debe nacer no encuentre un Espíritu dispuesto a encarnar en él?

- Dios proveería a eso. El niño, cuando ha de nacer para vivir, está siempre predestinado a poseer un alma. Nada se ha creado sin un designio.

337. La unión de un Espíritu con determinado cuerpo ¿puede ser impuesta por Dios?

- Puede ser impuesta, así como las diversas pruebas, sobre todo cuando el Espíritu no es todavía apto para realizar una elección con conocimiento de causa. A título de expiación podrá ser obligado el Espíritu a unirse al cuerpo de cierto niño que, por su nacimiento y la posición que tendrá en el mundo, podrá llegar a ser para él un motivo de castigo.

338. Si sucediera que muchos Espíritus se presentan para ocupar un mismo cuerpo que debe nacer, ¿qué es lo que decidirá entre ellos?

- Muchos pueden pedirlo, pero en semejante caso es Dios quien juzga cuál es el más capaz de cumplir la misión a que el niño

está destinado. No obstante –lo dije ya- el Espíritu es designado antes del momento en que ha de unirse al cuerpo.

339. El instante de encarnar ¿se ve acompañado de una turbación similar a la que se produce cuando un Espíritu desencarna?

- Mucho mayor, y sobre todo más prolongada. Al morir el cuerpo, el Espíritu sale de la esclavitud. Con el nacimiento entra en ella.

340. El momento en que el Espíritu debe encarnar ¿es para él un instante solemne? ¿Cumple ese acto como una cosa seria e importante para él?

- Es como un viajero que se embarca para una travesía peligrosa, y que no sabe si hallará la muerte en las olas que afronta.

El viajero que embarca conoce a qué peligros se expone, mas ignora si naufragará. Así acontece con el Espíritu: sabe el tipo de pruebas a que se somete, pero desconoce si sucumbirá en ellas.

Así como la muerte del cuerpo es una forma de renacimiento para el Espíritu, la reencarnación constituye para éste una especie de muerte, o más bien de exilio y enclaustramiento. Deja el Mundo de los Espíritus para ingresar en el corporal, como el hombre abandona el mundo corpóreo por el de los Espíritus. El Espíritu sabe que reencarnará, del mismo modo que el hombre conoce que habrá de morir. Pero, igual que éste, aquél no tiene conciencia de ello sino a último momento, cuando el plazo fijado expira. Entonces, en ese supremo instante se apodera de él la turbación, como en el hombre que agoniza, y esa turbación persistirá hasta que la nueva existencia esté claramente formada. La aproximación de la reencarnación significa una especie de agonía para el Espíritu.

341. La incertidumbre en que se halla el Espíritu sobre la eventualidad del buen éxito de las pruebas que sufrirá en la vida ¿es para él causa de preocupación, antes de su encarnación?

- Una preocupación muy grande, ya que las pruebas de su existencia lo retrasarán o lo harán adelantar, conforme las soporte bien o mal.

342. En el momento de su reencarnación ¿es acompañado el Espíritu por otros Espíritus amigos suyos, que asisten a su partida del Mundo Espírita, así como acuden a recibirlo cuando en él reingresa?

- Esto depende de la esfera en que el Espíritu habite. Si se halla en alguna de las esferas en que reina el afecto, los Espíritus que le aman lo acompañan hasta el último momento, alentándolo, y a menudo incluso lo siguen en la vida.

343. Los Espíritus amigos que nos siguen en la vida ¿son a veces aquellos a quienes vemos en sueños, testimoniándonos afecto, y que se nos presentan bajo rasgos desconocidos?

- Con mucha frecuencia son ellos. Acuden a visitarnos, del modo que vosotros vais a ver a un preso.

II.- Unión del alma con el cuerpo

344. ¿En qué momento se une el alma al cuerpo?

- La unión comienza en la concepción, pero sólo es completa en el instante del nacimiento. Desde el momento de la concepción, el Espíritu designado para habitar determinado cuerpo se une a él por una lazo fluídico que va estrechándose, cada vez más, hasta el instante en que la criatura es dada a luz. El grito que lanza entonces el recién nacido anuncia que ha pasado a formar parte de los vivientes y servidores de Dios.

345. La unión entre Espíritu y cuerpo ¿es definitiva desde el momento de la concepción? Durante ese período inicial ¿podría el Espíritu renunciar a habitar el cuerpo que se le asignó?

- La unión es definitiva, en el sentido de que otro Espíritu no podría sustituir al que ha sido designado para ese cuerpo. Pero, como los vínculos que los unen son muy débiles, se quiebran con facilidad, y esto puede suceder por voluntad del Espíritu, que retrocede ante la prueba que ha escogido. En tal caso, el niño no vive.

346. ¿Qué acontece al Espíritu si el cuerpo que había elegido muere antes de nacer?

- Opta por otro.

346 a. ¿Cuál puede ser la utilidad de esas muertes tan prematuras?

- Las imperfecciones de la materia suelen ser casi siempre la causa de tales muertes.

347. ¿Qué beneficio podrá reportar a un Espíritu su reencarnación en un cuerpo que fallece pocos días después de su nacimiento?

- El Ser no tiene suficientemente desarrollada la conciencia de su existencia. La importancia de la muerte es casi nula. Constituye a menudo, como ya lo hemos dicho, una prueba para los padres.

348. ¿Sabe el Espíritu de antemano que el cuerpo que escogió no tiene posibilidades de vivir?

- Algunas veces lo sabe, pero si lo ha elegido por ese mismo motivo, es por ello que se echa atrás ante la prueba.

349. Cuando una reencarnación se ve frustrada para el Espíritu, debido a cualquier causa, ¿se suple inmediatamente con otra existencia?

- No siempre en forma inmediata. El Espíritu necesita tiempo para escoger de nuevo, a menos que la reencarnación instantánea no provenga de una determinación anterior.

350. Un vez unido al cuerpo del niño, y cuando ya no puede retroceder, ¿lamenta a veces el Espíritu la elección que ha hecho?

- ¿Quieres decir que, si como hombre, se queja él de la vida que lleva? ¿Si desearía que fuese diferente? Sí. Pero, en lo que respecta a deplorar la elección realizada, no, pues no sabe que la hizo él mismo. Una vez encarnado, el Espíritu no puede lamentar una elección de la que ya no tiene conciencia. Pero tal vez encuentre la carga demasiado pesada, y si cree que ésta excede sus fuerzas, entonces recurre al suicidio.

351. En el intervalo que media entre la concepción y el nacimiento ¿goza el Espíritu de la totalidad de sus facultades?

- Más o menos, según lo avanzado del proceso, porque no está todavía encarnado, pero sí unido. Desde el instante mismo de la concepción empieza la turbación a apoderarse del Espíritu, el cual queda advertido por ello de que ha llegado la hora de iniciar una nueva existencia. Esa turbación va en aumento hasta el instante en que el niño nace. En el ínterin, su situación es más o menos la de un Espíritu encarnado durante el sueño del cuerpo. Conforme se aproxima la hora del nacimiento, sus ideas se van esfumando, así como el recuerdo del pasado, del cual ya no tiene conciencia cuando es hombre, una vez ingresado a la vida corporal. Mas ese recuerdo le volverá poco a poco a la memoria, cuando se encuentre en su estado de Espíritu desencarnado.

352. En el momento de renacer ¿recobra el Espíritu de inmediato la plenitud de sus facultades?

- No, sino que éstas se van desarrollando en forma gradual, conjuntamente con los órganos asociados. Se trata, para él, de una nueva vida. Precisa aprender a servirse de sus instrumentos. Las ideas le vuelven de manera paulatina, como en un hombre que sale del sueño y se encuentra en una postura diferente de la que tenía antes de dormirse.

353. Puesto que la unión del Espíritu con el cuerpo sólo se consuma completa y definitivamente después del nacimiento, ¿podemos considerar al embrión como poseyendo un alma?

- El Espíritu que debe animarlo existe, en cierto modo, fuera de él. No tiene pues, hablando con propiedad, un alma, ya que la encarnación está sólo en vías de operarse. Pero se encuentra unido al alma que debe poseer.

354. ¿Cómo se explica la vida intrauterina?

- Es la de la planta que vegeta. El embrión vive la existencia animal. El hombre, en cambio, poseerá en sí la vida animal y la vegetal, que al nacer completa con la espiritual.

355. ¿Hay, como la ciencia lo indica, niños que desde el seno materno no tienen posibilidades de vivir? Y ¿con qué objeto sucede esto?

- Ocurre a menudo, y Dios lo permite a título de prueba, ya sea para los progenitores, o bien para el Espíritu asignado para ocupar ese cuerpo.

356. ¿Hay niños nacidos muertos que no estaban destinados a la encarnación de un Espíritu?

- Sí, los hay que no tuvieron jamás asignado a su cuerpo un Espíritu. Para ellos nada debía realizarse. En tal caso, sólo por los padres llegó ese niño.

356 a. Un ser de tal naturaleza ¿puede llegar al tiempo normal de nacimiento?

- Sí, en ocasiones, pero entonces no vive.

356 b. Todo niño que ha sobrevivido a su nacimiento ¿tiene pues, por fuerza, un Espíritu encarnado en él?

- ¿Qué podría ser sin Espíritu? No sería un ser humano.

357. ¿Cuáles son, para el Espíritu, las consecuencias del aborto?

- Una existencia nula, que habrá de reiniciarse.

358. El aborto provocado ¿constituye un crimen, sea cual fuere el grado de desarrollo del proceso de gestación?

- Siempre hay crimen, desde que trasgredís la ley de Dios. La madre, o cualquier otra persona, cometerá en todos los casos un crimen al quitar la vida al niño antes de su nacimiento, porque ello equivale a impedir al alma que afronte las pruebas cuyo instrumento debía ser el cuerpo.

359. En los casos en que la vida de la madre corre peligro si el niño nace, ¿es un crimen sacrificar a este último para salvar a aquélla?

- Resulta preferible sacrificar al ser que no existe y no al ser que existe.

360. ¿Es racional dispensar al embrión las mismas consideraciones que al cuerpo de una criatura que ha vivido?

- Ved en todo esto la voluntad de Dios y su obra. No tratéis, pues, con ligereza las cosas que debéis respetar. ¿Por qué no respetar aquellas obras de la Creación que han quedado truncas, a veces por voluntad mismo del Creador? Ello está dentro de sus designios, que nadie está llamado a juzgar.

III.- Facultades morales e intelectuales

361. ¿De dónde le vienen al hombre sus cualidades morales, sean buenas o malas?

- Son las del Espíritu que se halla encarnado en él. Cuanto más puro es el Espíritu, tanto más inclinado al bien es el hombre.

361 a. De ello parecería resultar que el hombre de bien sea la encarnación de un Espíritu bueno, y el individuo vicioso, la de un Espíritu malvado…

- Sí, pero di más bien que es un Espíritu imperfecto, de otro modo se podría creer en Espíritus siempre malos, a los que llamáis demonios.

362. ¿Cuál es el carácter de las personas en quienes encarnan los Espíritus traviesos y frívolos?[56]

- Atolondrado, juguetón, y a veces malévolo.

[56] En el original: “*Esprits follets et légers*”. Algunos traducen aquí por “duendes”, porque en fracés *Esprit follet* significa asimismo “duende”. Pero, en el presente caso, el agregado del adjetivo *légers* (frívolos) y la misma secuencia del tema parecen justificar esta traducción. [*N. de J. H. Pires*.]

363. Los Espíritus ¿tienen pasiones ajenas a la humanidad?

- No. Si así fuese, vosotros también las tendríais.

364. ¿Es un mismo Espíritu el que da al hombre sus cualidades morales y las de la inteligencia?

- Seguramente[57], es el mismo, y esto en virtud del grado que ha alcanzado. El hombre no tiene en sí dos Espíritus.

365. ¿Por qué hombres muy inteligentes –lo que denota en ellos un Espíritu superior- son a veces, al mismo tiempo, profundamente viciosos?

- Porque el Espíritu encarnado no es lo bastante puro y el hombre cede a la influencia de otros Espíritus que son peores aún. El Espíritu progresa por una marcha ascendente insensible, pero su adelanto no se verifica en forma simultánea en todos los sentidos. En un período puede avanzar en conocimientos. En otro, en moralidad.

366. ¿Qué pensar de la opinión según la cual las diversas facultades intelectuales y morales del hombre serían el producto de otros tantos Espíritus diferentes encarnados en él, cada uno de los cuales poseería una aptitud especial?

- Al reflexionar, se llega a la conclusión de que es absurda. El Espíritu debe poseer todas las aptitudes. Para poder progresar necesita una voluntad única. Si el hombre fuera una amalgama de Espíritus, esa voluntad no existiría y no habría en él individualidad, ya que a su muerte todos esos Espíritus serían como un montón de pájaros volando de la jaula. El hombre se queja a menudo de no comprender ciertas cosas, y es curioso ver cómo multiplica las dificultades, mientras que tiene a mano una explicación enteramente simple y natural. Una vez más es tomar el efecto por la causa. Aquéllos creían en tantos dioses como fenómenos hay en el Universo, pero entre ellos mismos las personas sensatas sólo veían en tales fenómenos efectos cuya causa era un Dios único.

El mundo físico y el moral nos ofrecen a este respecto numerosos puntos de comparación. Se ha creído en la multipli-

---

[57] El original francés dice : *« Assurément c'est le même, et cela en raison du degré auquel il est parvenu. L'homme n'a pas deux Esprits en lui. »* Assurément, equivale a « *asegurar* », de ahí que el sentido literal es « *Seguramente* », Salvador Gentile (edición de Mensaje Fraternal) utiliza el equivalente « Ciertamente ». Tal es el sentido afirmativo y no dubitativo, que pudiera traslucirse de la traducción. [*N. del copista*.]

cidad de la materia en tanto se detenían los observadores en la apariencia de los fenómenos. Hoy en día, comprendemos que esos fenómenos tan variados pueden muy bien no ser sino modificaciones de una única materia elemental. Las diversas facultades son manifestaciones de una misma causa, que es el alma o Espíritu encarnado, y no de muchas almas, así como los diferentes sonidos del órgano constituyen el producto de una misma especie de aire, y no significan que haya tantas clases de aire como sonidos existen. De esta hipótesis resultaría que cuando un hombre adquiere o pierde ciertas aptitudes o tendencias, ello se debería a otros tantos Espíritus que vienen a él o de él se marchan, lo cual lo convertiría en un ser múltiple, carente de individualidad y, en consecuencia, sin responsabilidad. Además, esto se contradice con los ejemplos tan numerosos de manifestaciones mediante las cuales los Espíritus prueban su personalidad e identidad.

IV.- Influencia del organismo

367. Al unirse al cuerpo ¿se identifica el Espíritu con la materia?

- La materia es tan sólo la envoltura del Espíritu, como la ropa es la envoltura del cuerpo. Al unirse al cuerpo, el Espíritu conserva los atributos de su naturaleza espiritual.

368. Las facultades del Espíritu ¿se ejercen con toda libertad después de su unión con el cuerpo?

- El ejercicio de las facultades depende de los órganos que le sirven de instrumentos. Aquéllas se debilitan por lo grosero de la materia.

368 a. Según esto, ¿sería la envoltura material un impedimento para la libre manifestación de las facultades del Espíritu, así como un vidrio opaco se opone al libre paso de la luz?

- En efecto, y muy opaco…

Es posible, incluso, comparar la acción de la materia grosera del cuerpo sobre el Espíritu, con la de una agua cenagosa que impide la libertad de movimientos del cuerpo en ella sumergido.

369. El libre ejercicio de las facultades del alma ¿está subordinado al desarrollo de los órganos?

- Los órganos son los instrumentos para la manifestación de las facultades del alma. Dicha manifestación se halla subordinada al desarrollo y al grado de perfeccionamiento de esos mismos órganos, como la calidad de un trabajo depende de la eficacia de la herramienta con que se ejecuta.

370. ¿Es posible inducir, de la influencia de los órganos, una relación entre el desarrollo de los órganos cerebrales y el de las facultades morales e intelectivas?

- No confundáis el efecto con la causa. El Espíritu posee siempre las facultades que le son propias. Ahora bien, no son los órganos los que dan las facultades, sino las facultades las que impulsan el desarrollo de los órganos.

370 a. Según esto, la diversidad de aptitudes existentes en el hombre ¿se debe únicamente al estado del Espíritu?

- "Únicamente" no es una palabra del todo exacta. En las cualidades del Espíritu, que puede ser más o menos adelantado, reside el principio. Pero hay que tomar en cuenta la influencia de la materia, que traba más o menos el ejercicio de esas cualidades.

Al encarnar, el Espíritu trae en sí ciertas predisposiciones, y si para cada una de ellas se admite la existencia de un órgano correspondiente en el cerebro[58], el desarrollo de tales órganos constituirá un efecto y no una causa. Si las facultades tuvieran su principio en los órganos, el hombre sería una máquina desprovista de libre albedrío y de la responsabilidad de sus actos. Habría que admitir que los más grandes genios, sabios, poetas y

[58] Esta anotación de Kardec, es de radiante actualidad. Si bien a mediados del s. XIX las ideas anatómicas del funcionamiento del cerebro todavía eran precarias, ya se intuía el papel fisiológico de ciertos *órganos*, que hoy llamaríamos neuronas, y cuyos "espíritus animales" según Descartes, serían los actuales neurotransmisores. Pero más allá de esta terminología, la idea central, es que además de la herencia, a través de los genes, a la cual los biologicistas quieren propugnar como causa de nuestra conducta, el Espiritismo introduce una nueva variante en el conflicto entre la herencia y el medio: el Espíritu. Verdadero moldeador del cuerpo físico y que predispone a los genes en el momento de la gestación mediante el modelo organizacional biológico o periespíritu. A su vez el Espíritu encarnado, recibirá durante su crecimiento la influencia del medio, mediante la cual irá puliendo sus aptitudes y cualidades, en su progresiva e infinita evolución. No siendo las aptitudes intelectivas, ni las cualidades morales, factores del azar, sino de la evolución progresiva del principio inteligente del Universo, esto es: el Espíritu. Cuando la ciencia tenga en cuenta la hipótesis espírita, se habrá dado un paso muy importante en el que es hoy por hoy, una de las mayores disquisiciones en lo referente a las causas divergentes del comportamiento humano. [*N. del copista*.]

artistas sólo son genios porque la casualidad les ha otorgado órganos especiales, de donde se sigue que sin dichos órganos no habrían sido genios, y que el último imbécil hubiera podido ser un Newton, un Virgilio o un Rafael, si hubiera estado provisto de determinados órganos. Suposición más absurda todavía cuando se la aplica a las cualidades morales. Así pues, según esta hipótesis, San Vicente de Paúl, dotado por la Naturaleza de tal o cual órgano, hubiera podido ser un malhechor, y al mayor de los desalmados sólo le faltaría un órgano para ser un San Vicente de Paúl. Por el contrario, admitid que los órganos especiales –si en verdad existen- son consecuencia de la facultad y se desarrollan mediante el ejercicio de ésta, así como los músculos crecen por medio del movimiento, y no tendréis nada de irracional. Hagamos una comparación trivial para el caso: por ciertas señales fisonómicas reconocéis al hombre entregado a la bebida. ¿Son esos signos los que lo convierten en un ebrio, o la embriaguez la que los engendra? Se puede afirmar que los órganos reciben el sello de las facultades.

V.- Idiotismo, locura

371. ¿Es fundada la opinión según la cual los cretinos e idiotas[59] poseerían un alma de naturaleza inferior?

- No: tienen un alma humana, con frecuencia más inteligente de lo que pensáis, y que sufre por la insuficiencia de los medios que dispone para comunicarse, del mismo modo que el mudo padece por no poder hablar.

372. ¿Qué objeto se propuso la Providencia al crear seres desdichados, como los cretinos e idiotas?

- Son Espíritus en punición los que habitan cuerpos de idiotas. Esos Espíritus sufren por el constreñimiento que experimentan y la impotencia en que se hallan para manifestarse mediante órganos no desarrollados o defectuosos.

[59] Al lector actual chocarán términos tales como *imbécil*, *cretino* o *idiota*, términos empleados no hasta hace mucho, para designar los diferentes grados de discapacidad mental. Los cuales no son sino el fruto de las sensibilidades propias de cada época, de ahí que veamos una continúa mutación hacia términos más suaves y eufemísticos. El Espiritismo, aporta la idea innovadora de que siendo el Espíritu el principio de la inteligencia, éste no puede manifestarse en su totalidad debido a la precariedad de su instrumento físico. [*N. del copista*.]

372 a. Entonces ¿no es exacto afirmar que los órganos influyen sobre las facultades?

- No hemos dicho nunca que los órganos no influyeran. Antes bien, influyen en gran manera sobre la manifestación de las facultades, pero ellos no otorgan esas facultades: ahí radica la diferencia. Un buen músico con un instrumento mediocre no hará buena música, y esto no le impedirá ser un ejecutante virtuoso.

Es preciso distinguir el estado normal del patológico. En estado normal, lo moral supera el obstáculo que la materia le opone. Pero, casos hay en que la materia ofrece tal resistencia que las manifestaciones son impedidas o desnaturalizadas, como acontece en la idiotez y la locura. Éstos son los casos patológicos, y en semejante estado, no gozando el alma de toda su libertad, la ley humana misma la exime de la responsabilidad de sus actos.

373. ¿Qué valor puede tener la vida para seres que, como los idiotas y cretinos, no pudiendo hacer el bien ni el mal, se ven impedidos de progresar?

- Se trata de una expiación impuesta al abuso que se ha podido hacer de ciertas facultades. Es un período de purificación.

373 a. El cuerpo de un idiota ¿puede contener un Espíritu que haya animado a un hombre genial, en una existencia precedente?

- Sí. El genio se convierte a veces en una calamidad cuando de él se abusa.

No siempre la superioridad moral está en razón de la superioridad del intelecto, y los más grandes genios acaso tengan bastante que expiar. De ahí que muchas veces les corresponda una existencia inferior a la que vivieron antes, y que es causa de sufrimientos. Los obstáculos que el Espíritu encuentra para sus manifestaciones son para él como las cadenas que limitan los movimientos de un hombre vigoroso. Se puede decir que los cretinos e idiotas son defectuosos del cerebro, así como el cojo lo es de las piernas y el ciego de los ojos.

374. El idiota, en estado de Espíritu, ¿tiene conciencia de su estado mental?

- Sí, muy a menudo. Comprende que las cadenas que traban su vuelo son una prueba y una expiación.

375. En la locura ¿cuál es la situación del Espíritu?

- En estado de libertad, el Espíritu recibe directamente sus impresiones y ejerce asimismo de manera directa su acción sobre la materia. Pero, si se encuentra encarnado, se halla en condiciones del todo diferentes y en la necesidad de hacerlo sólo con ayuda de órganos especiales. Si una parte o el conjunto de tales órganos se ha alterado, su acción o sus impresiones, en lo que a dichos órganos concierne, se ven interrumpidas. Si pierde los ojos se vuelve ciego. Si se trata del oído, se torna sordo, etcétera. Ahora, figúrate que el órgano que preside los efectos de la inteligencia y de la voluntad sea parcial o enteramente afectado o modificado, y te será fácil comprender que, no teniendo ya el Espíritu a su servicio sino órganos incompletos o desnaturalizados, de ello debe resultar una perturbación de la que el Espíritu –para consigo mismo y en su fuero interno- tiene perfecta conciencia, pero cuyo curso no es dueño de detener.

375 a. Entonces ¿es siempre el cuerpo y no el Espíritu el que está desorganizado?

- En efecto, pero no hay que perder de vista que, así como el Espíritu obra sobre la materia, ésta reacciona sobre él en cierta medida, y el Espíritu puede encontrarse momentáneamente impresionado por la alteración de los órganos por los cuales manifiesta y recibe sus impresiones. Puede acontecer que a la larga, cuando la locura haya durado mucho tiempo, la repetición de los mismos actos termine por ejercer sobre el Espíritu una influencia de la que no es liberado sino después de haberse separado por completo de toda impresión material.

376. ¿A qué se debe que la demencia arrastre a veces al suicidio?

- El Espíritu sufre por el constreñimiento que experimenta y la impotencia en que está de manifestarse libremente, de ahí que busque en la muerte un medio de romper sus ataduras.

377. El Espíritu del alienado ¿se resiente, después de la muerte, del desarreglo de sus facultades?

- Puede resentirse de ello por algún tiempo después de la muerte, hasta que esté completamente desprendido de la materia, como el hombre que despierta experimenta por un rato la perturbación en que el sueño lo ha sumergido.

378. ¿Cómo puede la alteración del cerebro reaccionar sobre el Espíritu después de la muerte?

- Es un recuerdo. Un peso oprime al Espíritu, y como no ha tenido conocimiento de cuanto ha ocurrido durante su demencia, siempre necesita cierto tiempo para volver a ponerse al corriente de la situación. De ahí que, cuanto más haya durado su locura en vida, más durará su molestia, el constreñimiento después de la muerte. El Espíritu desprendido del cuerpo sigue sintiendo durante algún tiempo la impresión de sus ligaduras.

VI.- De la infancia

379. El Espíritu que anima el cuerpo de un niño ¿está tan desarrollado como el de un adulto?

- Puede estarlo más, si progresó más. Sólo la imperfección de los órganos de que dispone le impide manifestarse. Obra en virtud del instrumento con cuya ayuda puede exteriorizarse.

380. En un niño de tierna edad, el Espíritu, fuera del obstáculo que la imperfección de los órganos opone a su libre manifestación, ¿piensa como un niño o como un adulto?

- Mientras sea niño es natural que los órganos de la inteligencia, sin desarrollarse, no pueden darle toda la intuición de un adulto. En efecto, su inteligencia en ese período es muy limitada, y ella está a la espera de que los años hagan madurar su razón. La turbación que acompaña a la encarnación no cesa de súbito, en el instante del nacimiento. Sólo en forma gradual se va disipando, con el desarrollo de los órganos.

Una observación acude en apoyo de esta respuesta: los sueños del niño no tienen el mismo carácter que los de las personas mayores. Su tema es casi siempre pueril, lo que denota la índole de las preocupaciones del Espíritu.

381. A la muerte del niño ¿recobra de inmediato el Espíritu su primitivo vigor?

- Debe recuperarlo, puesto que se halla desembarazado de su envoltura carnal. No obstante, sólo vuelve a su lucidez anterior cuando el desprendimiento se ha completado, vale expresar, cuando no existe ya ningún lazo entre cuerpo y Espíritu.

382. ¿Sufre el Espíritu encarnado, durante la niñez, el constreñimiento que la imperfección de sus órganos impone?

- No: ese estado constituye una necesidad. Está en la Naturaleza y es conforme con las miras de la Providencia. *Para el Espíritu se trata de un período de reposo.*

383. ¿Qué utilidad tiene, para el Espíritu, el hecho de pasar por el estado de infancia?

- Puesto que el Espíritu encarna con el objeto de perfeccionarse, durante ese período es más accesible a las impresiones que recibe y que pueden cooperar a su adelanto, al cual deben contribuir aquellas personas que están a cargo de su educación.[60]

384. ¿Por qué el llanto es el primer grito del niño recién nacido?

- Para despertar el interés de la madre y provocar los cuidados que le son precisos. ¿No comprendes que si sólo lanzara exclamaciones de alegría, cuando aún no sabe hablar, las personas mayores se inquietarían poco de lo que él necesita? Admirar en todo, pues, la sabiduría de la Providencia.

385. ¿A qué se debe el cambio que se opera en el carácter a cierta edad, particularmente al salir de la adolescencia? ¿Es el Espíritu el que se modifica?

- Es el Espíritu, que recobra su naturaleza y se muestra como era.

No conocéis el secreto que ocultan los niños en su inocencia. No sabéis lo que son, lo que han sido ni lo que serán. Y, sin embargo, los amáis, los acariciáis, como si fueran parte de vosotros mismos, de tal manera que el amor de una madre para con sus hijos es considerado el más grande amor que un ser pueda dispensar a otro ser. ¿De dónde procede esa dulce afección, esa tierna benevolencia que incluso los extraños demuestran al niño? ¿Lo sabéis? No; y es esto lo que voy a explicaros.

Los niños son Espíritus que Dios envía a nuevas existencias. Y para que no puedan reprocharle una severidad excesiva, les concede todas las apariencias de la inocencia. Aun en un niño de mala índole, sus malas acciones se recubren por la inconsciencia de sus actos. Y

[60] Los padres y los maestros espíritas deben meditar sobre este parágrafo y los que siguen. El Espiritismo viene a inaugurar un nuevo capítulo de la psicología infantil y de la pedagogía, mostrando la importancia de la educación del niño, no sólo con miras a la presente existencia, sino para su propia evolución espiritual. [*N. de J. H. Pires.*]

esa inocencia no es una superioridad real sobre que eran antes. No: es la imagen de lo que deberían ser, y si no lo son, a ellos solos corresponderá la pena.

Pero Dios les ha dado ese aspecto no únicamente por ellos mismos, sino además, y sobre todo, por sus progenitores, cuyo amor es necesario a su debilidad, y ese amor se vería singularmente debilitado por la comprobación de un carácter áspero y brusco, mientras que por el contrario, creyendo los padres que sus hijos son buenos y tiernos, les dispensan todo su afecto y les rodean de las más delicadas atenciones. Mas, cuando los niños dejan de tener ya necesidad de tal protección, de esa asistencia que se les ha prestado durante quince a veinte años[61], su carácter real e individual reaparece en toda su desnudez. Sigue siendo bueno si fundamentalmente lo era. Pero adquiere siempre matices que habían permanecido ocultos en su primera infancia.

Ya veis que los caminos de Dios son siempre los mejores y que, cuando se posee un corazón puro, la explicación de ello es fácil de concebir.

En efecto, tened muy en cuenta que el Espíritu de cada niño que nace entre vosotros puede proceder de un mundo en que ha tomado hábitos del todo diferentes. ¿Cómo querríais que fuese, en medio de vosotros, ese nuevo ser que viene con pasiones completamente distintas a las que tenéis, con tendencias y gustos opuestos por entero a los vuestros? ¿Cómo pretenderíais que se incorporara él a vuestras filas de otro modo que según Dios lo quiso, esto es, pasando primero por el tamiz de la infancia? En ella vienen a confundirse todos los pensamientos, caracteres y variedades de seres engendrados por esa multitud de mundos en los cuales crecen las criaturas. Y vosotros mismos, al morir, os encontraréis en una especie de infancia en medio de nuevos hermanos. Y en vuestra nueva existencia no terrenal ignoraréis los hábitos, costumbres y relaciones de ese mundo que es nuevo para vosotros. Manejaréis con dificultad una lengua que no estaréis habituados a emplear, lenguaje más vivo que vuestro pensamiento actual. (Ver el parágrafo 319).

---

[61] Asombrará al lector moderno este concepto, que parece considerar que la infancia se prolongue hasta la edad de veinte años, pero se ha de tomar en cuenta que hace más de un siglo, cuando este libro se escribió, el desarrollo del ser humano no se operaba con la rapidez de hoy en día, y aun en su adolescencia y juventud seguía estando el hijo subordinado a la autoridad paterna, que respetaba y acataba en mucho mayor medida que en la actualidad. [*N. del T. al cast.*]

La niñez tiene todavía otra utilidad. Los Espíritus sólo ingresan a la vida corporal con el objeto de perfeccionarse, de mejorar. La debilidad de los primeros años los torna flexibles, accesibles a los consejos de la experiencia y de aquellas personas que deben hacerlos adelantar. Es entonces cuando resulta posible reformar su carácter y reprimir sus malas inclinaciones. Tal es el deber que Dios ha puesto en manos de sus padres, misión sagrada por la que tendrán éstos que responder.

Así pues, la infancia del hombre no solamente es útil, necesaria e indispensable, sino que además constituye la consecuencia natural de las leyes que Dios ha establecido y que rigen el Universo.

VII.- Simpatías y antipatías terrestres

386. Dos seres que se han conocido y amado ¿pueden volver a encontrarse en otra existencia corporal y reconocerse?

- Reconocerse, no. Pero sentirse atraídos recíprocamente, sí. Y a menudo ciertos lazos íntimos basados en una afección sincera no tienen otra causa que esa. Dos seres son acercados el uno al otro por circunstancias que en apariencia son fortuitas, pero que constituyen el resultado de la atracción de ambos Espíritus, *que a través de la muchedumbre se buscan.*

386 a. ¿No sería más grato para ellos el reconocerse?

- No siempre. El recuerdo de las pasadas existencias tendría inconvenientes más serios de lo que creéis. Después de la muerte se reconocerán y sabrán en qué tiempo han estado juntos. (Véase parágrafo 392.)

387. La simpatía ¿tiene en todos los casos por motivo un conocimiento anterior?

- No. Dos Espíritus que armonizan se buscan naturalmente, sin que se hayan conocido como seres humanos.

388. Los encuentros que se han verificado a veces entre ciertas personas, y que se atribuyen al azar, ¿no serían el efecto de una especie de relaciones simpáticas?

- Hay entre los seres pensantes lazos que todavía no conocéis. El magnetismo[62] es la explicación de esa ciencia que más adelante comprenderéis mejor.

389. ¿A qué se debe la repulsión instintiva que a primera vista experimentamos hacia ciertas personas?

- Espíritus antipáticos, que se adivinan y se reconocen sin hablarse.

390. La antipatía instintiva ¿denota siempre una condición malvada?

- Dos Espíritus no son por fuerza malos porque no simpaticen el uno con el otro. La antipatía puede nacer de una falta de similitud en la manera de pensar. Pero, a medida que se elevan, los matices se van borrando y la antipatía desaparece.

391. La antipatía entre dos personas ¿nace primero en aquella cuyo Espíritu es peor, o en la otra, cuyo Espíritu es mejor?

- En una y en otra, pero las causas y efectos son diferentes. Un Espíritu malo siente antipatía por cualquiera que pueda juzgarlo y desenmascararlo. Al ver a una persona por primera vez, sabe que va a ser desaprobado por ella. Su distanciamiento se trueca en odio, en envidia, y le inspira el deseo de hacer el mal. El Espíritu bueno experimenta repulsión hacia el malvado, porque sabe que éste no le comprenderá y que no comparten iguales sentimientos. Pero, apoyado en su superioridad, no siente hacia el otro ni odio ni envidia. Se limita a evitarlo y compadecerlo.

VIII.- Olvido del pasado

392. ¿Por qué el Espíritu encarnado pierde el recuerdo de su pasado?

- El hombre no puede ni debe saberlo todo. Dios, en su sabiduría, así lo quiere. A no ser por el velo que le oculta ciertas cosas, el hombre se hallaría deslumbrado, como aquel que sin transición pasa de la oscuridad a la luz. *Mediante el olvido del pasado es más él mismo.*[63]

---

[62] Ver, en la “Introducción al Estudio de la Doctrina Espírita”, XVI, la aclaración que hemos hecho acerca de esta palabra. [*N. de la Editora*.]

[63] Algunas traducciones dicen: “Olvidando su pasado, él es más dueño de sí”. La frase francesa es la siguiente: “*Par l´oubli du passé i lest plus lui-même*”. El hecho de ser “él

393. ¿Cómo puede el hombre ser responsable de actos y rescatar faltas que no recuerda? ¿De qué manera podrá aprovechar la experiencia que adquirió en vidas que han caído para él en el olvido? Se concebirá que las tribulaciones de la existencia fueran una lección para é si se acordara de las causas que han podido acarrearlas. Pero, puesto que no tienen memoria de ello, cada existencia es para él como si fuese la primera, y así está siempre comenzando… ¿Cómo conciliar esto con la justicia de Dios?

- En cada nueva vida el hombre tiene más inteligencia y puede distinguir mejor el bien del mal. ¿Dónde estaría su mérito si se acordara de todo el pasado? Cuando el Espíritu retorna a su existencia primitiva (la espírita), toda su pasada vida se desarrolla ante él. Ve las faltas en que incurrió y que son causas de su sufrimiento, y ve también lo que hubiera podido impedir que las cometiera. Comprende que la situación en que se halla es justa, y busca entonces una existencia capaz de reparar los errores de aquella que acaba de transcurrir para él. Busca pruebas análogas a las que pasó antes, o las luchas que considere adecuadas para su adelanto, y pide a los Espíritus superiores a él que le ayuden en esa nueva tarea que emprende, porque sabe que el Espíritu que le será asignado por guía en esa nueva encarnación tratará de hacerle reparar sus culpas dándole una especie de *intuición* de las que cometió. Esa misma intuición obra con frecuencia cuando os asalta un pensamiento, un deseo criminal al que os resistís por instinto, atribuyendo casi siempre vuestra resistencia a los principios que habéis recibido de vuestros progenitores, cuando en realidad es la voz de la conciencia la que os habla, y esa voz es el recuerdo del pasado, que os advierte que no volváis a caer en las faltas en que habéis ya incurrido. El Espíritu que ha ingresado a esa nueva existencia, si sufre tales pruebas con valor y las resiste, se eleva y asciende en la jerarquía de los Espíritus, cuando vuelve a estar entre ellos.

Si no tenemos durante la vida corporal un recuerdo preciso de lo que hemos sido y de lo que hicimos de bueno o de malo en nuestras anteriores existencias, tenemos, sí, la intuición de ello, y nuestras tendencias instintivas son una reminiscencia del pasado, a las cuales la conciencia, que es el deseo que hemos concebido de no cometer más las mismas faltas, nos incita a resistir.

---

mismo” en la nueva encarnación no parece más significativo que “ser dueño de sí”. [*N. de J. H. Pires.*]

394. En los mundos más adelantados que el nuestro, donde no están sujetos a todas nuestras necesidades físicas y a nuestras enfermedades, ¿comprenden los hombres que son más dichosos que nosotros? En general, la felicidad es relativa: la sentimos por comparación con un estado menos venturoso. Como quiera que, en definitiva, algunos de esos mundos, si bien mejores que el nuestro, no se hallan en estado de perfección, los hombres que los habitan deben de tener también motivos de disgusto o pena, dentro de su género. Entre nosotros el rico, que no padece angustias de las necesidades materiales como el pobre, no por eso deja de tener tribulaciones que amargan su vida. Ahora bien, yo pregunto si, en su posición, los habitantes de esos mundos no se creen tan desafortunados como nosotros y no se quejan de su suerte, puesto que no disponen del recuerdo de una existencia peor, para que puedan compararla con la presente.

- Para esto hay que dar dos respuestas distintas. Existen mundos, entre aquellos a que te refieres, cuyos moradores tienen un recuerdo muy claro y preciso de sus vidas pasadas. Éstos, como lo comprenderás, pueden y saben evaluar la felicidad que Dios les permite disfrutar. Pero hay también otros en que sus habitantes, colocados, como has dicho, en mejores condiciones que vosotros, no por ello dejan de experimentar serios disgustos o pesares, y hasta desgracias. Éstos no aprecian su dicha actual, por la misma circunstancia de que no poseen recuerdo de una situación todavía más infortunada. Pero si no la evalúan como hombres, sí lo hacen como Espíritus.

¿No hay acaso, en el olvido de esas existencias anteriores, sobre todo cuando han sido penosas, algo de providencial, en lo que se revela la sabiduría divina? En los mundos superiores, cuando el recuerdo de las existencias desdichadas sólo constituye un mal sueño, se presentan ellas a la memoria. En cambio, en los mundos inferiores, ¿las desventuras actuales no se verían agravadas por el recuerdo, en todos aquellos que pudieron haberlas soportado? Concluyamos, pues, que cuanto Dios hizo bien hecho está y que no nos compete criticar sus obras y manifestar cómo hubiera debido Él organizar el Universo.

El recuerdo de nuestras individualidades anteriores tendría muy serios inconvenientes. En ciertos casos, podría humillarnos de una manera extraordinaria. En otros, exaltar nuestro orgullo y por eso mismo trabar nuestro libre albedrío. Dios nos ha dado, para que mejoremos, justamente lo que nos es

necesario y puede bastarnos: la voz de la conciencia y nuestras tendencias instintivas. Y nos quita lo que pudiera dañarnos. Agreguemos, incluso, que si tuviéramos el recuerdo de nuestros actos personales anteriores, poseeríamos igualmente el de las acciones de los demás, y este conocimiento podría acarrear los más enojosos efectos sobre las relaciones sociales. Puesto que no podremos siempre vanagloriarnos de nuestro pasado, con frecuencia es muy conveniente que se haya echado un velo sobre él. Esto concuerda perfectamente con la doctrina de los Espíritus sobre los mundos que son superiores al nuestro. En tales mundos, donde sólo reina el bien, el recuerdo del pasado no reviste nada de penoso. He ahí por qué se acuerdan los moradores de su existencia precedente, así como nosotros rememoramos lo que hemos hecho la víspera. En cuanto a los períodos en que hayamos podido permanecer en los mundos inferiores, su recuerdo sólo constituye un mal sueño, como hemos dicho ya.

395. ¿Podemos obtener algunas revelaciones acerca de nuestras existencias anteriores?

- No siempre. Sin embargo, muchos saben lo que han sido y lo que hacían. Si se les permitiera decirlo en voz alta, harían singulares revelaciones sobre su pasado.

396. Ciertas personas creen poseer un vago recuerdo de un pasado desconocido, el cual se les presenta como la imagen fugaz de un sueño que en vano se intenta aprehender. Esta idea ¿es sólo una ilusión?

- En ocasiones es real. Pero a menudo también constituye una ilusión contra la cual hay que ponerse en guardia, porque puede ser el efecto de una imaginación sobreexcitada.

397. En las existencias corporales de naturaleza más elevada que la nuestra, ¿es más preciso el recuerdo de las vidas pasadas?

- Sí. A medida que el cuerpo se va tornando menos material, recordamos mejor. La memoria del pasado es más clara en aquellos que habitan mundos de un orden superior.

398. Puesto que las inclinaciones instintivas del hombre son una reminiscencia de su pasado, ¿se deduce de ello que, por medio del estudio de esas tendencias, puede conocer las faltas en que ha incurrido?

- A no dudarlo, pero sólo hasta cierto punto. Hay que tomar en cuenta el mejoramiento que ha podido operarse en el Espíritu y las resoluciones que haya tomado en estado errante. La vida actual puede ser mucho mejor que la precedente.[64]

398 a. ¿Podría asimismo ser peor? Esto es, ¿puede el hombre cometer en una existencia faltas en la que no ha incurrido en su vida precedente?

- Ello depende de su grado de adelanto. Si no sabe resistir las pruebas podrá ser arrastrado a nuevas faltas, que son la consecuencia de la posición que ha escogido. Pero, en general, tales equívocos señalan más bien un estado estacionario que uno retrógrado, por cuanto el Espíritu puede avanzar o detenerse, pero no retrocede.

399. Visto que las vicisitudes de la vida corpórea son a la vez una expiación de pasadas faltas y también pruebas relativas a su porvenir, ¿se sigue de ello que de la índole de tales vicisitudes se pueda inducir el género de la existencia anterior?

- Muy a menudo, puesto que cada cual es castigado por donde pecó. No obstante, no habría que considerar esto como una regla absoluta. Las tendencias instintivas son un indicio más seguro, porque las pruebas que el Espíritu sufre tanto pueden guardar relación con su porvenir como con su pasado.

Llegado al término que la Providencia ha señalado para vida errante, el mismo Espíritu elige las pruebas a las cuales desea someterse a fin de apresurar su adelanto, esto es, el tipo de existencia que cree más adecuado para proveerle los medios para ello. Y tales pruebas están siempre en relación con las faltas que debe expiar. Si las supera, se eleva. Si cae vencido por ellas, tiene que comenzar una vez más.

El Espíritu goza siempre de su libre arbitrio. En virtud de esa libertad escoge, en el estado de Espíritu, las pruebas de la vida corporal, y en el estado de encarnación delibera qué hará o qué no hará, y opta entre el bien y el mal. Negar al hombre el libre albedrío, sería rebajarlo a la categoría de máquina.

---

[64] Aquellas personas que se interesan mucho por saber lo que han sido en sus vidas anteriores deben prestar atención a estos párrafos. Por el estudio de sus actuales tendencias, y no olvidando el progreso que deben de haber realizado, tendrán una idea de lo que fueron e hicieron. [*N. de J. H. Pires.*]

Una vez reintegrado a la vida corpórea, el Espíritu pierde en forma temporaria el recuerdo de sus existencias anteriores, como si un velo se las ocultara. Con todo, a veces tiene de ellas una vaga conciencia, y en ciertas circunstancias incluso pueden serle reveladas. Pero en tales casos ello sucede por voluntad de los Espíritus superiores, que lo hacen en forma espontánea, con una finalidad útil, y nunca para satisfacer una vana curiosidad.

En lo que toca a las vidas futuras, en ningún caso pueden ser reveladas, en razón que dependen de la manera como se cumple la existencia presente y de la ulterior elección del Espíritu.

El olvido de las faltas cometidas no es un obstáculo para el mejoramiento del Espíritu, porque si no guarda de ellas un recuerdo preciso, el conocimiento que de las mismas tenía cuando se encontraba en erraticidad, y el deseo que ha concebido de repararlas, lo guían por intuición y le dan el pensamiento de resistir al mal. Ese pensamiento es la voz de la conciencia, en la cual es secundado por los Espíritus, que lo asisten si escucha las buenas inspiraciones que le sugieren.

Si bien el hombre desconoce los actos específicos que cometió en sus vidas anteriores, puede en cambio saber siempre por qué clase de faltas se ha hecho culpable y cuál era entonces su carácter dominante. Le basta estudiarse a sí mismo y por allí puede deducir lo que ha sido, no por lo que es ahora, sino por las tendencias que en la actualidad manifiesta.

Las adversidades de la vida corpórea son a la vez una expiación por pasadas faltas y también pruebas que preparan el futuro. Nos depuran y elevan, según las toleremos con resignación y sin murmurar.

La índole de las vicisitudes y pruebas que soportamos puede también instruirnos acerca de lo que hemos sido y sobre lo que hicimos, así como en la Tierra juzgamos los actos de un culpable por la pena que la ley le inflige. Así pues, uno será castigado en su orgullo mediante la humillación que para él significa una existencia subalterna; el mal rico y el avaro, por la miseria; el que sido duro para con los demás, mediante los rigores que deberá sufrir; el tirano, por la esclavitud; el mal hijo,

por la ingratitud de sus propios descendientes; el perezoso, por un trabajo forzado, y así sucesivamente.

CAPÍTULO VIII

EMANCIPACIÓN DEL ALMA

I.- El sueño y los sueños

400. El Espíritu encarnado ¿permanece de buena gana en su envoltura corporal?

- Es como si preguntaras si al preso le agrada estar en la cárcel. El Espíritu encarnado aspira sin tregua a liberarse, y cuanto más grosera es la envoltura, tanto más desea deshacerse de ella.

401. Durante el sueño ¿descansa el alma tanto como el cuerpo?

- No. El Espíritu nunca está inactivo. En el transcurso del sueño, los vínculos que le unen al cuerpo se relajan, y no teniendo el cuerpo ya necesidad de él, el Espíritu recorre el espacio y *entra en relación más directa con los otros Espíritus.*

402. ¿Cómo podemos evaluar la libertad del Espíritu durante el sueño?

- Por los sueños. Convéncete de que cuando el cuerpo reposa el Espíritu posee más facultades que durante la vigilia. Tiene la memoria del pasado y, en ocasiones, la previsión del porvenir. Adquiere más poder y puede entrar en comunicación con los otros Espíritus, *ya sea en este mundo o bien en otro.* Con frecuencia dices: "He tenido un sueño extravagante y horroroso, pero que no poseía ninguna verosimilitud". Y te engañas, porque muchas veces es un sueño en el que aparecen los lugares y cosas que has visto o verás en otra vida o en otro momento. Hallándose adormecido el cuerpo, el Espíritu trata de quebrar su cadena para indagar en el pasado o en el porvenir.

¡Pobres hombres, que tan poco conocéis los fenómenos más ordinarios de la vida! Creéis ser muy sabios y las cosas más vulgares os confunden. Ante las preguntas que todos los niños formulan: "¿Qué hacemos cuando dormimos? ¿Qué son los sueños?", permanecéis perplejos.

El sueño libera, en parte, al alma del cuerpo. Al dormir nos hallamos momentáneamente en el estado en que uno se encuentra en

forma permanente después de la muerte. Los Espíritus que al desencarnar se desprenden pronto de la materia han tenido en vida sueños lúcidos. Cuando dormían, se sumaban a la sociedad de los otros seres, superiores a ellos. Viajaban, conversaban y se instruían con ellos. Incluso trabajaban en tareas que al morir encontraron concluidas. Esto debe enseñaros una vez más a no temer la muerte, puesto que morís un poco todos los días, según la expresión de un santo.

Esto se refiere a los Espíritus elevados, porque el común de los hombres, que a su muerte deben permanecer largas horas en la turbación, en esa incertidumbre de que os han hablado, se marchan a mundos inferiores a la Tierra, adonde antiguos afectos los reclaman, o bien van a buscar placeres quizá todavía más bajos que los que aquí tenían, aprendiendo doctrinas incluso más viles, innobles y perjudiciales que las que profesaban en medio de vosotros. Y lo que engendra la simpatía en la Tierra no es otra cosa que el hecho de sentirnos, al despertar, unidos por el corazón a aquellos con quienes acabamos de pasar ocho o nueve horas de felicidad o de placer. Lo que explica asimismo esas antipatías invencibles que a veces experimentamos, es que sabemos en el fondo de nuestro corazón que determinadas personas tienen una conciencia diferente a la nuestra, porque ya las conocemos sin haberlas visto jamás con nuestros propios ojos. Y esto es lo que inclusive explica nuestra indiferencia, puesto que no tratamos de hacer nuevos amigos cuando sabemos que tenemos otros que nos aman y reconfortan. En pocas palabras: el sueño influye en vuestra vida más de lo que pensáis.

Por efecto del sueño los Espíritus encarnados están siempre en relación con el Mundo de los Espíritus, y es esto lo que hace que los Espíritus superiores consientan, sin demasiada repulsa, en encarnar entre vosotros. Dios ha querido que durante su contacto con el vicio puedan ir a revigorizarse a la fuente del bien, para no flaquear ellos mismos, que venían para instruir a los demás. El sueño es la puerta que Dios les ha abierto hacia sus amigos del cielo. Constituye la recreación después del trabajo, mientras esperan la gran liberación, la liberación postrera que debe devolverlos a su verdadero medio.

El sueño es el recuerdo de lo que vuestro Espíritu vio mientras dormíais. Pero notad que no en todos lo casos soñáis, porque no os acordáis siempre de lo que habéis visto, o de todo lo que visteis. El recuerdo no os muestra al alma en todo su desarrollo. A menudo sólo recordáis la turbación que acompaña a vuestra partida o reingreso, a

lo que se agrega la memoria de lo que habéis hecho o de lo que os preocupa en estado de vigilia. A no ser por esto, ¿cómo explicaríais esos sueños absurdos, que tanto los más sabios como los más simples suelen tener? Los malos Espíritus se sirven también de los sueños para atormentar a las almas débiles y pusilánimes.

Por lo demás, veréis dentro de poco surgir otra clase de sueños. Es tan antigua como la de que vosotros conocéis, pero lo ignoráis. El sueño de Juana, el de Jacob, el de los profetas judíos y de algunos adivinos hindúes: ese sueño es el recuerdo del alma desprendida por completo del cuerpo, el recuerdo de esa segunda vida de que os hablaba yo hace poco.

Poned mucha atención para distinguir esas dos especies de sueños entre aquellos que recordáis. De no hacerlo, incurriríais en contradicciones y errores que resultarían funestos para vuestra fe.

Los sueños son el producto de la emancipación del alma, que se torna más independiente debido a la suspensión de la vida activa y de relación. De ahí una especie de clarividencia indefinida que se extiende hasta los lugares más distantes o que nunca se vieron, y a veces inclusive a otros mundos. De ahí también el recuerdo que vuelve a traer a la memoria los acontecimientos verificados en la vida actual o en las anteriores. Lo extraño de las imágenes de lo que acontece o aconteció en mundos desconocidos, entremezcladas con cosas del mundo presente, integran esos conjuntos extravagantes y confusos que parecieran no tener sentido ni relación.

La incoherencia de los sueños se explica aun por las lagunas que produce el recuerdo incompleto de aquello que se nos apareció en el transcurso del sueño. Tal como un relato al que se hubiera quitado al azar frases o trozos de ellas: al reunir los fragmentos restantes perderían todo razonable significado.

403. ¿Por qué no recordamos siempre los sueños?

- En lo que tú llamas el dormir hay sólo el descanso del cuerpo, por cuanto el Espíritu está siempre en movimiento. En el transcurso del sueño recobra parte de su libertad y alterna con aquellos a quienes ama, ya sea en este mundo o bien en otros. Pero, como el cuerpo es una materia pesada y grosera, conserva con dificultad las impresiones que ha recibido del Espíritu, porque el Espíritu no las percibió por intermedio de los órganos corporales.

404. ¿Qué pensar del significado que a los sueños se atribuye?

- Los sueños no son en modo alguno verdaderos, como lo entienden los decidores de la buenaventura, porque es absurdo creer que soñar con tal cosa anuncia que ocurrirá tal otra. Son verdaderos, en el sentido de que presentan imágenes reales para el Espíritu, pero que a menudo no tienen relación con lo que sucede en la vida corporal. Con frecuencia también, conforme hemos dicho ya, el sueño es un recuerdo. Y por último, puede ser en ocasiones un presentimiento del porvenir, si Dios lo permite, o la visión de lo que está aconteciendo en ese instante en otro lugar, adonde el alma se traslada. ¿No tenéis numerosos ejemplos de personas que se aparecen en sueños y advierten a sus parientes o amigos de lo que les sucede? ¿Qué son esas apariciones, sino el alma o Espíritu de tales personas que acuden a comunicarse con el vuestro? Cuando adquirís la certidumbre de que lo que habéis visto ha tenido lugar en la realidad, ¿no es ésta una prueba de que la imaginación no ha intervenido en nada en el fenómeno, sobre todo si eso no estaba en modo alguno en vuestra mente durante el estado de vigilia?

405. Muchas veces vemos en sueños cosas que parecen presentimientos y que después no se cumplen. ¿A qué se debe esto?

- Pueden cumplirse para el Espíritu, si no es para el cuerpo, vale decir que el Espíritu ve la cosa que desea *porque va en su búsqueda.* No hay que olvidar que durante el sueño el alma se halla siempre más o menos bajo la influencia de la materia y que, en consecuencia, no se libera nunca por entero de las ideas terrenales. De lo que resulta que las preocupaciones de la vigilia pueden otorgar a aquello que se ve la apariencia de lo que se desea o de lo que se teme: es ese, en verdad, lo que se puede denominar un efecto de la imaginación. Cuando nos hallamos muy preocupados por una idea, relacionamos con ella todo lo que estamos viendo.

406. Si vemos en sueños a personas vivientes, a la que conocemos muy bien, realizando actos en los que no piensan ellas en manera alguna, ¿es ese un efecto de pura imaginación?

- "En los que no piensan ellas en manera alguna": ¿qué sabes tú? Sus Espíritus pueden venir a visitar al tuyo, como el tuyo puede visitar al de ellas, y tú no conoces siempre en qué están pensando. Además, frecuentemente también aplicáis a personas que conocéis, y esto según vuestros propios deseos, lo que ha sucedido o sucede en otras existencias.

407. El sueño completo ¿es necesario para la emancipación del Espíritu?

- No. El Espíritu recupera su libertad cuando los sentidos se adormecen. Aprovecha, para emanciparse, todos los instantes de respiro que el cuerpo le concede. Tan pronto como hay postración de las energías vitales, el Espíritu se desprende, y cuanto más débil es el cuerpo, tanto más libre se halla el Espíritu.

Así pues, la somnolencia, o un simple aletargamiento de los sentidos, presenta en muchos casos las mismas imágenes que el sueño.

408. En ocasiones nos parece escuchar en nuestro fuero interno palabras pronunciadas con claridad y que no tienen relación alguna con lo que nos preocupa. ¿A qué se debe esto?

- En efecto, y hasta frases enteras, sobre todo cuando los sentidos comienzan a aletargarse. A veces es un eco débil procedente de un Espíritu que quiere comunicarse contigo.

409. A menudo, en un estado que no llega a ser aún el de somnolencia, cuando permanecemos con los ojos cerrados vemos imágenes netas, figuras cuyos más pequeños detalles captamos. ¿Es efecto de una visión, o simplemente producto de la imaginación?

- Una vez aletargado el cuerpo, el Espíritu intenta romper su cadena. Se traslada y ve. Si se estuviera dormido por completo, sería entonces un sueño.

410. En ocasiones tenemos, durante el sueño o el adormecimiento, ideas que parecen muy buenas, y que a pesar de los esfuerzos que hacemos para recordarlas, se borran de nuestra memoria. ¿De dónde provienen tales ideas?

- Son el resultado de la libertad del Espíritu, que se emancipa y disfruta de más facultades en ese momento. Suelen ser casi siempre consejos que dan otros Espíritus.

410 a. ¿De qué sirven esas ideas y consejos, puesto que perdemos su recuerdo y no podemos, por tanto, aprovecharlos?

- Tales ideas pertenecen a veces más al Mundo de los Espíritus que al corporal. Pero casi siempre, si el cuerpo olvida el Espíritu recuerda, y la idea vuelve en el instante preciso como una inspiración momentánea.

411. El Espíritu encarnado, en los instantes en que se halla desprendido de la materia y obra como Espíritu, ¿sabe cuándo morirá?

- Muchas veces lo presiente. En ocasiones tiene de ello muy clara conciencia, y es esto lo que en estado de vigilia la da la intuición del hecho. De ahí procede que ciertas personas prevean a veces su muerte con gran exactitud.

412. La actividad del Espíritu durante el descanso o el sueño del cuerpo ¿puede ocasionar fatiga a éste?

- Sí, por cuanto el Espíritu se encuentra ligado al cuerpo, como el globo cautivo lo está al poste. Ahora bien, así como las sacudidas del globo aflojan el poste, la actividad del Espíritu reacciona sobre el cuerpo y puede producirle cansancio.

II.- Visitas espíritas entre personas vivientes

413. Del principio de la emancipación del alma en el transcurso del sueño parece resultar que llevamos una doble existencia simultánea: la del cuerpo, que nos provee la vida de relación exterior, y la del alma, que nos proporciona la vida de relación oculta. ¿Es esto exacto?

- En el estado de emancipación la vida consciente del cuerpo cede a la del alma. Pero no se trata, propiamente dicho, de dos existencias, sino más bien de dos fases de una misma vida, porque el hombre no vive doblemente.

414. Dos personas que se conozcan ¿pueden visitarse durante el sueño?

- Sí, y otras muchas que creen no conocerse se reúnen y se hablan. Tú puedes tener, sin sospecharlo, amigos en otro país. El hecho de ir a ver, en el transcurso del sueño, a los amigos, parientes, conocidos y personas que pueden seros útiles, es tan frecuente que lo hacéis vosotros mismos casi todas las noches.

415. ¿Cuál puede ser la utilidad de esas visitas nocturnas, puesto que no las recordamos?

- Por lo general, queda de ellas una intuición al despertar, y suelen ser el origen de ciertas ideas que surgen de manera espontánea, sin que uno se las explique, y que no son sino las que se han recibido en esos contactos.

416. ¿Puede el hombre provocar voluntariamente las visitas espíritas? ¿Le es posible, por ejemplo, decir, cuando está a punto de dormirse: "Esta noche quiero encontrarme, en Espíritu, con tal persona, hablarle y comunicarle tal otra cosa"?

- He aquí lo que sucede: el hombre se adormila, su Espíritu se aleja, y lo que el hombre había resuelto el Espíritu con frecuencia está muy lejos de hacerlo, porque la vida del hombre interesa poco al Espíritu cuando éste se halla desprendido de la materia. Esto se refiere a los hombres suficientemente elevados, pues los otros pasan de un modo muy distinto su existencia espiritual: se dedican a sus pasiones o permanecen en la inactividad. Puede acontecer, pues, que según cuál sea el motivo que lo mueva, el Espíritu vaya a visitar a las personas que desea ver, pero aunque tenga voluntad de hacer algo cuando se encuentra despierto, no hay razón para que después lo haga.

417. Cierto número de Espíritus encarnados ¿pueden reunirse, pues, en asamblea?

- A no dudarlo. Los lazos de amistad, antiguos o recientes, suelen congregar de esta manera a diversos Espíritus, dichosos de hallarse juntos.

La palabra antiguos ha de entenderse como refiriéndose a los vínculos de amistad contraídos en existencias anteriores. Al despertar, tenemos una intuición de las ideas que hemos obtenido en esos coloquios ocultos, pero cuyo origen ignoramos.

418. Una persona que creyera muerto a uno de sus amigos, cuando en realidad éste se hallara con vida, ¿podría encontrarse con él en Espíritu y comprobar así que estaba vivo? Y en tal caso, ¿puede tener esa persona la intuición del hecho, al despertar?

- Como Espíritu podrá, por cierto, verle y conocer su suerte. Si el creer muerto a su amigo no le es impuesto como prueba, dicha persona tendrá un presentimiento de que el amigo está vivo, así como puede tener el presentimiento de su muerte.

III.- Transmisión oculta del pensamiento

419. ¿A qué se debe que una misma idea –la de un descubrimiento, por ejemplo- se produzca en varios puntos a la vez?

- Ya hemos dicho que en el transcurso del sueño los Espíritus se comunican mutuamente. Pues bien, cuando el cuerpo despierta, el

Espíritu se acuerda de lo que ha aprendido, y el hombre cree haberlo inventado. De esta manera, muchos pueden descubrir lo mismo a la vez. Cuando manifestáis que una idea "está en el aire" es una figura más exacta de lo que creéis. Cada cual contribuye a difundirla, sin sospecharlo.

De este modo nuestro Espíritu revela muchas veces a otros Espíritus, y sin que nosotros lo sepamos, lo que era objeto de nuestras preocupaciones durante la vigilia.

420. ¿Pueden los Espíritus comunicarse si el cuerpo está del todo despierto?

- El Espíritu no se halla encerrado en el cuerpo como en una caja. Irradia a su alrededor. De ahí que le sea posible comunicarse con otros Espíritus incluso en estado de vigilia, aun cuando haga esto más difícilmente.

421. ¿A qué se debe que con frecuencia dos personas completamente despiertas tengan al mismo tiempo la misma idea?

- Se trata de dos Espíritus simpáticos que se comunican y ven recíprocamente su pensamiento, aun cuando el cuerpo no duerma.

Hay entre los Espíritus que se encuentran, una comunicación de pensamientos que hace que dos personas se vean y se comprendan sin necesidad de los signos exteriores del lenguaje. Se pudiera afirmar que hablan el lenguaje de los Espíritus.

IV.- Letargia, catalepsia, muerte aparente.

422. Los letárgicos y catalépticos por lo general ven y escuchan lo que sucede alrededor de ellos pero no pueden manifestarlo. ¿Tienen esas percepciones por los órganos corporales, o sea, los ojos y los oídos?

- No, sino por el Espíritu. Éste se halla consciente de sí, mas no puede comunicarse.

422 a. ¿Por qué no le es posible comunicarse?

- A ello se opone el estado del cuerpo. Ese estado particular de los órganos os proporciona la prueba de que hay en el hombre algo más que el cuerpo. Puesto que éste no funciona ya, pero sí actúa el Espíritu.

423. Durante la letargia ¿puede el Espíritu desprenderse por completo del cuerpo, de manera de dar a éste todas las apariencias de la muerte, y regresar a él después?

- En la letargia no está muerto el cuerpo, ya que existen funciones que se siguen cumpliendo. La vitalidad se halla en él en estado latente, igual que en la crisálida, pero no aniquilada. Ahora bien, el Espíritu está unido al cuerpo en tanto éste vive. Una vez rotos los vínculos por la muerte real y la disgregación de los órganos, la separación entre ambos es completa y el Espíritu no vuelve más. Cuando un hombre que tenía las apariencias de muerte retorna a la vida es porque su muerte no era total.

424. ¿Es posible, por medio de cuidados que se dispensen a tiempo, reanudar los lazos prontos a romperse y devolver la vida a un ser que, si no se le hubiese socorrido, habría muerto definitivamente?

- Sí, ¿qué duda cabe?, y a diario tenéis pruebas de ello. El magnetismo[65]es a menudo, en casos así, un recurso poderoso, porque devuelve al cuerpo el fluido vital de que carece y que resultaba insuficiente para mantener en funcionamiento los órganos.

Letargia y catalepsia tienen el mismo principio, consistente en la pérdida momentánea de la sensibilidad y del movimiento por una causa fisiológica todavía no explicada. Difieren en que, en la letargia, la suspensión de las energías vitales es de carácter general y da al cuerpo todas las apariencias de la muerte. En la catalepsia, en cambio, está localizada y puede afectar una parte más o menos amplia del organismo, de modo que deja a la inteligencia en libertad para manifestarse, lo que no permite confundirla con la muerte. La letargia es en todos los casos natural. La catalepsia suele ser a veces espontánea, pero puede también provocarse y suprimirse artificialmente por acción magnética.

V.- Sonambulismo

425. El sonambulismo natural ¿tiene relación con los sueños? ¿Cómo se puede explicarlo?

- Es un estado de independencia del alma más completa que durante el sueño, y en el que sus facultades se encuentran más

[65] Ver, en la “Introducción al Estudio de la Doctrina Espírita”, XVI, la aclaración que hemos hecho acerca de esta palabra. [*N. de la E.*]

desarrolladas. El alma posee percepciones que no tiene en el transcurso del sueño, el cual constituye un estado de sonambulismo imperfecto.

Durante el sonambulismo, el Espíritu se halla en total posesión de sí mismo. Por encontrarse los órganos materiales, en cierta manera, en estado cataléptico, no reciben ya las impresiones *exteriores*. Dicho estado se manifiesta en modo especial durante el sueño: es el momento en que el Espíritu puede dejar provisionariamente el cuerpo, por hallarse éste entregado al reposo indispensable a la materia. Cuando los fenómenos sonambúlicos se producen es porque el Espíritu, preocupado por una u otra cosa, se entrega a determinada acción que requiere el uso de su cuerpo, del cual se sirve entonces en una forma análoga al empleo que se hace de una mesa o de cualquier otro objeto material en la producción de fenómenos o manifestaciones físicas, y aun de vuestra mano en comunicaciones escritas. En los sueños de que se tiene conciencia, los órganos –comprendidos los de la memoria- comienzan a despertar. Éstos reciben de manera imperfecta las impresiones producidas por los objetos o las causas exteriores y las comunican al Espíritu que, en reposo él mismo entonces, sólo percibe sensaciones confusas y a menudo deshilvanadas, sin ninguna razón de ser aparente, mezcladas con vagos recuerdos, ya se de la actual existencia o de vidas anteriores. Es así fácil comprender por qué los sonámbulos no tienen ningún recuerdo de lo acontecido y por qué aquellos sueños cuya memoria conservamos las más de las veces no poseen sentido alguno. Digo "las más de las veces", porque también sucede que ellos sean la consecuencia de un recuerdo preciso de acontecimientos realizados en una vida anterior, y hasta, en ocasiones, una especie de intuición del futuro.

426. El sonambulismo denominado magnético[66] ¿tiene relación con el sonambulismo natural?

- Se trata de una misma cosa, con la diferencia de que aquél es provocado.

427. ¿De qué naturaleza es el agente llamado "fluido magnético"?

- Fluido vital, electricidad "animalizada", que son modificaciones del fluido universal.

[66] El sonambulismo magnético, obedece al término que empleó por primera vez el Marqués de Puységur (1751-1825) como "sonambulismo artificial", al inducir a uno de sus pacientes mediante los pases magnéticos propios del mesmerismo, a este estado de trance que se considera el inicio moderno de las teorías del Hipnotismo.[*N. del copista*.]

428. ¿A qué se debe la clarividencia sonambúlica?
- Ya lo dijimos: *es el alma que ve.*

429. ¿Cómo puede ver el sonámbulo a través de los cuerpos opacos?
- No existen cuerpos opacos sino para vuestros órganos groseros. ¿No hemos dicho ya que para el Espíritu la materia no es en manera alguna un obstáculo, puesto que libremente la atraviesa? Con frecuencia el sonámbulo os manifiesta que ve por la frente, la rodilla, etcétera, porque vosotros, sumergidos por completo en la materia, no comprendéis que puede ver sin ayuda de los órganos. Y él mismo, debido al deseo que vosotros tenéis, cree necesitar de dichos órganos, pero si le dejarais libre comprendería que está viendo con todas las partes de su cuerpo, o, dicho mejor, ve fuera de su cuerpo.

430. Puesto que la clarividencia del sonámbulo es la de su alma o Espíritu, ¿por qué no ve todo? Y también ¿por qué razón se engaña muchas veces?
- En primer lugar, no es dado a los Espíritus imperfectos verlo y conocerlo todo. Bien es sabido que ellos participan todavía de vuestros errores y prejuicios. Y además, cuando se encuentran atados a la materia no gozan de la totalidad de las facultades propias de los Espíritus. Dios ha concedido al hombre esa facultad con un fin útil y serio, y no para enseñarle lo que no debe saber. He ahí por qué motivo los sonámbulos no pueden decirlo todo…

431. ¿Cuál es la fuente de las ideas innatas del sonámbulo y cómo puede hablar con exactitud de cosas que ignora en estado de vigilia, y que están incluso por encima de su propia capacidad intelectual?
- Ocurre que el sonámbulo posee más conocimientos de los que tú le conoces. Sólo que éstos se encuentran aletargados, por cuanto su envoltura es demasiado imperfecta para que pueda acordarse de ellos. Pero, al fin de cuentas, ¿qué es él? Es, igual que vosotros, un Espíritu encarnado en la materia con el objeto de llevar a cabo su misión, y el estado en que entra lo despierta de ese letargo. Con harta frecuencia te hemos repetido que nosotros volvemos a vivir muchas veces. Y ese cambio es el que le hace perder materialmente lo que ha podido aprender en una vida anterior. Al ingresar en el estado que tú denominas *crisis*, él se acuerda, pero no siempre de manera completa. Sabe, pero no podría explicar de dónde los ha

sacado ni cómo posee tales conocimientos. Una vez pasada la crisis, todos los recuerdos se esfuman y vuelve a entrar en la oscuridad.

La experiencia muestra que los sonámbulos reciben asimismo comunicaciones de otros Espíritus que les transmiten lo que deben decir y suplen su insuficiencia. Esto se advierte en especial en las prescripciones médicas: el Espíritu del sonámbulo ve el mal y otro le indica el remedio. Esta doble acción se torna a veces evidente y se revela, además, por esas expresiones que con tanta frecuencia les escuchamos: "Se me dice que diga", o "se me prohíbe decir" tal cosa. En este último caso, hay siempre peligro en insistir para obtener una revelación negada, porque entonces se da oportunidad a los Espíritus frívolos, que hablan de todo sin escrúpulos y sin preocuparse de la verdad.

432. ¿Cómo explicar la visión a distancia que en ciertos sonámbulos se observa?

- ¿Acaso no se traslada el alma durante el sueño? Lo propio ocurre en el sonambulismo.

433. El mayor o menor desarrollo de la clarividencia sonambúlica ¿depende de la organización física, o de la naturaleza del Espíritu encarnado?

- De una y de otra. Hay disposiciones físicas que posibilitan al Espíritu desprenderse de la materia con mayor o menor facilidad.

434. Las facultades de que goza el sonámbulo ¿son las mismas que posee el Espíritu después de la muerte?

- Hasta cierto punto, porque hay que tomar en cuenta la influencia de la materia, a la cual sigue unido.

435. ¿Puede el sonámbulo ver a los otros Espíritus?

- La mayoría de ellos los ven muy bien. Depende del grado y de la índole de su lucidez. Pero, en ocasiones no se dan cuenta de ello en el primer momento, y los confunden con seres corporales. Esto ocurre, sobre todo, a aquellos sonámbulos que no tienen conocimiento alguno del Espiritismo. No comprenden aún la esencia de los Espíritus. Ello los asombra, de ahí que crean estar viendo seres vivientes.

El mismo efecto se produce en el instante de la muerte en aquellas personas que se creen todavía vivas. Nada en torno de ellas les parece haber cambiado, se les ocurre que los Espíritus

poseen cuerpos similares a los nuestros, y toman por un cuerpo real la apariencia de cuerpo de los Espíritus.

436. El sonámbulo que posee la visión a distancia ¿ve desde el punto en que está su cuerpo, o desde aquel en que se encuentra su alma?

- ¿A qué esta pregunta, si es el alma la que ve, y no el cuerpo?

437. Puesto que la que se traslada es el alma, ¿cómo puede el sonámbulo experimentar en su cuerpo las sensaciones de calor o frío correspondientes al lugar en que se halla su alma, la cual está a veces muy lejos de su cuerpo?

- El alma no ha dejado por completo al cuerpo. Sigue ligada a él por el lazo que los une. Y ese vínculo es el que conduce las sensaciones. Cuando dos personas se comunican de una ciudad a otra mediante la electricidad, ésta constituye el lazo que une sus pensamientos. De ahí que conversen como si estuvieran una frente a otra.

438. El empleo que hace un sonámbulo de su facultad ¿influye sobre el estado de su Espíritu después de la muerte?

- Mucho, como el buen o mal uso de todas las facultades que Dios ha otorgado al hombre.

VI.- Éxtasis

439. ¿Qué diferencia hay entre el éxtasis y el sonambulismo?

- El éxtasis es un sonambulismo más depurado. El alma del extático es todavía más independiente.

440. ¿Penetra de veras el Espíritu del extático en los mundos superiores?

- Sí, los ve y comprende la felicidad de quienes los habitan. De ahí que querría permanecer en ellos. Pero hay mundos que son inaccesibles para los Espíritus que no están lo bastante purificados.

441. Cuando el extático manifiesta el deseo de dejar la Tierra ¿habla con sinceridad? Y ¿no es retenido aquí por su instinto de conservación?

- Ello depende del grado de pureza del Espíritu. Si ve su posición futura mejor que su vida actual, se esfuerza por quebrar los vínculos que lo ligan a la Tierra.

442. Si se abandona al extático a sí mismo ¿podría su alma dejar en forma definitiva el cuerpo?

- En efecto, puede morir. Por eso hay que atraerlo con todo lo que pueda retenerlo aquí, y en especial haciéndole comprender que, si rompiera la cadena que lo sujeta al mundo, ese sería el medio más seguro para no poder quedarse allá, donde comprende que sería dichoso.

443. Hay cosas que el extático pretende ver y que, evidentemente, son el producto de una imaginación excitada por las creencias y preconceptos terrenales. Todo lo que ve ¿no es entonces real?

- Lo que está viendo es real para él. Pero, como su Espíritu sigue bajo el influjo de las ideas terrenas, puede que lo vea a su modo o, mejor dicho, tal vez lo exprese en un lenguaje conforme a sus preconceptos y a las ideas con que lo educaron, o a las vuestras, para darse a entender mejor. Sobre todo en este sentido puede incurrir en error.

444. ¿Qué grado de confianza es posible conceder a las revelaciones de los extáticos?

- El extático podrá engañarse con mucha frecuencia, sobre todo cuando quiere penetrar en aquello que debe seguir siendo un misterio para el hombre, porque en tal caso se abandona a sus propias ideas, o bien se convierte en juguete de Espíritus embusteros *que aprovechan su entusiasmo* para fascinarlo.

445. ¿Qué consecuencias es posible extraer de los fenómenos del sonambulismo y del éxtasis? ¿No constituirían, quizá, una especie de iniciación para la vida futura?

- O, para decirlo mejor, lo que el hombre entrevé es la vida pasada y la vida futura. Estudie él estos fenómenos y encontrará en ellos la solución de más de un enigma que su razón trata inútilmente de develar.

446. Los fenómenos del sonambulismo y del éxtasis ¿podrían estar de acuerdo con el materialismo?

- El que los estudie de buena fe y sin prevención no podrá ser ni materialista ni ateo.

VII.- Doble vista

447. El fenómeno designado con el nombre de *doble vista*[67] ¿tiene relación con el sueño y el sonambulismo?

- Todo esto es una misma cosa. Lo que denominas *doble vista* es el Espíritu en estado de mayor libertad, aunque el cuerpo no esté dormido. La doble vista es la vista del alma.

448. ¿Es permanente la doble vista?

- La facultad, sí. Su ejercicio, no. En los mundos menos materiales que el vuestro los Espíritus se desprenden con mayor facilidad y entran en comunicación recíproca por el solo vehículo del pensamiento, sin excluir, empero, el lenguaje articulado. Asimismo, la doble vista es allí, para la mayoría, una facultad permanente. Su estado normal puede compararse al de vuestros sonámbulos lúcidos, y esa es también la razón por la cual se manifiestan a vosotros más fácilmente que aquellos otros que están encarnados en cuerpos más groseros.

449. ¿Se desarrolla la doble vista de una manera espontánea, o por voluntad del que está dotado de ella?

- En la mayoría de los casos es espontánea, pero muchas veces también la voluntad desempeña en ella un rol importante. Así, toma como ejemplo a esas personas a las que se conoce como pronosticadores de la buenaventura, algunas de las cuales poseen esta facultad, y verás que es la voluntad la que las ayuda a desarrollar esa doble vista, así como la que tú llamas visión.

450. La doble vista ¿es susceptible de desarrollarse mediante el ejercicio?

- Sí, el trabajo trae siempre progreso, y el velo que cubre las cosas se torna menos denso.

450 a. Esa facultad ¿depende de la organización física?

- Por cierto que la organización física desempeña un papel. Hay organismos que son refractarios a ella.

451. ¿A qué se debe que la doble vista parezca ser hereditaria en determinadas familias?

---

[67] Kardec ha usado las dos expresiones: “segunda vista” y “doble vista”, inclinándose evidentemente por la primera de ellas. Pero, como es más común “doble vista”, se prefiere aquí. [*N. de J. H. Pires.*]

- Similitud de organización, que se transmite de unos individuos a otros, así como sucede con las demás cualidades físicas. Además, desarrollo de la facultad mediante una especie de educación, que también se transmite de uno a otro.

452. ¿Es cierto que determinadas circunstancias desarrollan la doble vista?

- La enfermedad, la proximidad de un peligro, una gran conmoción, pueden manifestarla. El cuerpo se halla a veces en un estado particular que permite al Espíritu ver lo que no podéis percibir con vuestros ojos.

Las épocas de crisis y calamidades, las grandes emociones; en suma, todas aquellas causas que sobreexcitan lo moral, provocan en ocasiones el desarrollo de la doble vista. Pareciera como si la Providencia, cuando nos encontramos frente al peligro, nos diera el medio para conjurarlo. Todas las sectas y partidos que han sufrido persecución ofrecen de ello numerosos ejemplos.

453. Las personas dotadas de doble vista ¿tienen en todos los casos conciencia de su facultad?

- No siempre. Es para ellos algo muy natural, y muchos creen que si todo el mundo se observara a sí mismo, cada cual debería descubrirse esa facultad.

454. ¿Se podría atribuir a una especie de doble vista la perspicacia de ciertas personas que, sin tener nada de extraordinario, juzgan las cosas con mayor precisión que otras?

- Siempre es el alma la que irradia con más libertad y que juzga mejor que cuando se halla bajo el velo de la materia.

454 a. ¿Puede esa facultad, en ciertos casos, dar la presciencia de las cosas?

- En efecto. Da también los presentimientos, porque en dicha facultad existen muchos grados, y un mismo individuo podrá poseer todos los grados de ella, o sólo algunos.

VIII.- Resumen teórico del sonambulismo, el éxtasis y la doble vista

455. Los fenómenos del sonambulismo natural se producen en forma espontánea y son independientes de toda causa exterior conocida. Pero en ciertas personas, provistas de una organización especial, pueden ser provocados artificialmente, por la acción del agente magnético.

El estado que se designa con el nombre de *sonambulismo magnético* sólo difiere del sonambulismo natural en que el uno es provocado, al paso que el otro es espontáneo.

El sonambulismo natural constituye un hecho notorio, que nadie piensa poner en tela de juicio, pese a lo maravilloso de los fenómenos que presenta. ¿Qué tiene, pues, de extraordinario o irracional el sonambulismo magnético, por el hecho de ser producido artificialmente, como tantas otras cosas? Se ha dicho que los charlatanes lo han explotado: razón de más APRA que no lo dejemos en sus manos… Cuando la ciencia lo haya tomado a su cargo, el charlatanismo disfrutará de mucho menos crédito entre las multitudes. Pero en el ínterin, como quiera que el sonambulismo natural o artificial es un hecho, y contra un hecho no hay razonamiento posible, se sigue acreditando, no obstante la mala voluntad de algunos a su respecto, y esto en la ciencia misma, a la que ingresa por una gran cantidad de portezuelas en vez de hacerlo por la puerta grande. Cuando esté acreditado del todo habrá que concederle el derecho de ciudadanía.

Para el Espiritismo, el sonambulismo significa más que un fenómeno fisiológico: es una luz proyectada sobre la psicología. Mediante ella se puede estudiar el alma, porque ésta se muestra allí al descubierto. Ahora bien, uno de los fenómenos que lo caracterizan es la clarividencia independiente de los órganos visuales ordinarios. Los que refutan este hecho se basan en que el sonámbulo no ve en todos los casos, y a voluntad del experimentador, igual que con los ojos. ¿Hay que asombrarse de que, siendo diferentes los medios, los efectos no sean los mismos? ¿Es natural pedir efectos idénticos cuando el instrumento ya no existe? El alma posee sus facultades, como el ojo las suyas. Hay que evaluarlas por sí propias y no por analogía.

La causa de la clarividencia del sonámbulo magnético y del sonámbulo natural es en ambos casos la misma: *se trata de un atributo del alma*, una facultad inherente a todas las partes del Ser incorpóreo que en nosotros reside, y que sólo tiene los límites

asignados al alma misma. El sonámbulo ve en todas partes adonde su alma puede trasladarse, sea cual fuere la distancia implicada.

En la visión a distancia, el sonámbulo no ve las cosas desde el punto en que su cuerpo se halla, y como por un efecto telescópico. Las está viendo presentes, y como si él se encontrara en el lugar en que ellas existen, porque en realidad su alma se halla ahí. Por eso su cuerpo está como aniquilado y pareciera privado de sensaciones, hasta el momento en que el alma vuelve a tomar posesión de él. Esta parcial separación del alma y el cuerpo es un estado anormal que puede tener una duración más o menos prolongada, pero no ilimitada. Constituye la causa de la fatiga que el cuerpo experimenta después de cierto tiempo, sobre todo cuando el alma se entrega a un trabajo activo.

Puesto que la vista del alma o Espíritu no está circunscrita ni tiene sede determinada, esto explica por qué los sonámbulos no pueden asignarle un órgano especial. Ven porque ven, sin saber el porqué ni el cómo, pues la vista no posee un asiento propio para ellos, en cuanto Espíritus que son. *Si se refieren a su cuerpo*, les parece que esa sede se localiza en los centros en que es mayor la actividad vital, especialmente en el cerebro, en la zona epigástrica o en el órgano que, para ellos, es el punto de unión *más íntimo* entre el Espíritu y el cuerpo.

El poder de la lucidez sonambúlica no es sin límites. Aun estando el Espíritu del todo libre, se halla limitado en sus facultades y conocimientos, según el grado de perfección que haya alcanzado. Y lo está más cuando se encuentra unido a la materia, cuyo influjo universal es infalible. Podemos contar tanto menos con su infalibilidad cuando la distraemos del objetivo que la Naturaleza se ha propuesto con ella y hacemos de la misma un objeto de curiosidad *y de experimentación.*

En el estado de desprendimiento en que se encuentra el Espíritu del sonámbulo entra con más facilidad en comunicación con los otros Espíritus, *encarnados o no encarnados.* Dicha comunicación se establece por el contacto de los fluidos que integran los periespíritus y sirven de transmisión al pensamiento, como el conductor eléctrico. El sonámbulo no necesita, pues, que el pensamiento sea articulado por la palabra: lo siento y lo adivina. Es esto lo que lo torna eminentemente impresionable y accesible a las influencias de la atmósfera moral en que se halla. De ahí que una

nutrida asistencia de espectadores, y sobre todo de curiosos más o menos malévolos, dañe esencialmente el desarrollo de sus facultades, que se repliegan, por así decir, sobre sí mismas, y sólo se despliegan con toda libertad en la intimidad y en un medio que le sea simpático. *La presencia de personas malévolas o antipáticas produce sobre él el efecto del contacto de la mano sobre la sensitiva.*[68]

El sonámbulo ve al mismo tiempo su propio Espíritu y su cuerpo. Son, si así vale decirlo, dos seres que le representan la doble existencia espiritual y corpórea, y sin embargo se confunden debido a los vínculos que los unen. No siempre se da cuenta el sonámbulo de esta situación, y tal *dualidad* hace que a menudo hable de él mismo como si se refiriera a una persona extraña. Tal es así, que en oportunidades es el ser corpóreo el que interpela al Ser espiritual, y en otras este último es el que se dirige al primero.

El Espíritu adquiere un incremento de conocimientos y experiencia en cada una de sus vidas corporales. Los olvida en parte durante su encarnación en una materia demasiado grosera, *pero como Espíritu se acuerda de ellos*. Así, ciertos sonámbulos ponen de manifiesto conocimientos superiores a su grado de instrucción e incluso a su capacidad intelectual aparente. La inferioridad intelectiva y científica del sonámbulo en estado de vigilia no permite prejuzgar, pues, nada sobre los conocimientos que pueda revelar en estado de lucidez. Según las circunstancias y la finalidad que se proponga, puede obtener dichos conocimientos de su propia experiencia, de la clarividencia de las cosas presentes o de los consejos que de otros Espíritus recibe. Pero, como su propio Espíritu puede estar más o menos adelantado, le será posible expresar cosas más o menos exactas.

Con los fenómenos del sonambulismo, ya sea natural o magnético, la Providencia nos provee la prueba irrecusable de la existencia e independencia del alma, y nos presenta el sublime espectáculo de su emancipación. Por él nos abre el hilo de nuestro destino. Cuando el sonámbulo describe lo que está sucediendo a distancia es evidente que lo ve, y no con los ojos del cuerpo. Se ve allí a sí mismo, sintiéndose trasladado a ese lugar. Hay ahí, pues, algo de él, y puesto que ese algo no es el cuerpo, no puede ser sino su alma o Espíritu. En tanto el hombre se extravía en las sutilezas de

[68] El autor se refiere a la planta llamada sensitiva que reacciona al contacto de la mano. [*N. Editora Mensaje Fraternal*.]

una abstracta e ininteligible metafísica para correr en busca de las causas de nuestra existencia moral, Dios pone a diario ante sus ojos y al alcance de su mano los medios más simples y patentes para el estudio de la psicología experimental.

El éxtasis es el estado en que la independencia entre el alma y el cuerpo se manifiesta de la manera más perceptible y se torna, en cierto modo, palpable.

Durante el sueño y en el sonambulismo el alma erra por los mundos terrenales. En el éxtasis, penetra ella en un mundo incógnito, el de los Espíritus etéreos con quienes entra en comunicación, sin que pueda, empero, exceder ciertos límites que no le sería posible franquear sin romper del todo los lazos que la unen al cuerpo. Un fulgor resplandeciente, nuevo por completo, la circunda; armonías desconocidas en la Tierra la extasían; un bienestar indefinible la penetra: goza por anticipado de la beatitud celeste *y se puede decir que pone un pie en el umbral de la eternidad.*

En el estado de éxtasis el aniquilamiento del cuerpo es casi total. Sólo le resta – por así decir- la vida orgánica, y se siente que el alma no está ligada a él más que por un hilo, que un esfuerzo adicional quebraría sin remedio.

En ese estado, todo pensamiento terreno desaparece, para dar lugar al sentimiento depurado que constituye la esencia misma de nuestro Ser inmaterial. Todo él entregado a tan sublime contemplación, el extático sólo considera la vida como una momentánea detención en el camino. Para él, bienes y males, alegrías groseras y miserias de este mundo no son sino fútiles incidentes de un viaje del cual se siente dichoso de alcanzar el fin.

Sucede con los extáticos lo que con los sonámbulos: su lucidez puede ser más o menos perfecta, y su propio Espíritu, según sea su grado de elevación mayor o menor, es asimismo más o menos apto para conocer y comprender las cosas. En ocasiones hay en ellos más exaltación que verdadera lucidez, o, dicho mejor, esa exaltación perjudica a su lucidez. De ahí que sus revelaciones sean a menudo una mezcla de verdades y errores, de sublimidades y absurdos, e incluso ridiculeces. Los Espíritus inferiores suelen sacar partido de tal exaltación, que es siempre causa de debilidad cuando no se sabe refrenarla, para dominar al extático, y con este propósito se revisten a sus ojos de *apariencias* que lo mantienen dentro de sus ideas o

prejuicios de la vigilia. Es este un escollo, pero todos los extáticos no son iguales. Toca a nosotros juzgar con frialdad y pesar sus revelaciones en la balanza de la razón.

La emancipación del alma se manifiesta a veces en estado de vigilia y produce el fenómeno designado con el nombre de *doble vista*, que otorga, a quienes están dotados de ella, la facultad de ver, escuchar y sentir *más allá de los lindes de nuestros sentidos*. Perciben las cosas ausentes en todas partes a las que el alma extiende su acción. Podríamos decir que ven por medio de la vista ordinaria y como por una suerte de espejismo.

En el instante en que se opera el fenómeno de la doble vista cambia en forma perceptible el estado físico. Los ojos presentan cierta vaguedad, el sonámbulo mira sin ver, toda su fisonomía refleja una especie de exaltación. Se comprueba que los órganos de la visión son ajenos al fenómeno, por cuanto la visión persiste aunque estén los ojos cerrados.

Esta facultad les parece, a los que de ella gozan, tan natural como la de ver. Para ellos es un atributo de su ser, que no consideran excepcional. El olvido sucede casi siempre a esa lucidez transitoria cuyo recuerdo, cada vez más nebuloso, concluye por desaparecer, como el de un sueño.

El poder de la doble vista varía desde la sensación confusa hasta la clara y nítida percepción de las cosas presentes o ausentes. En estado rudimentario, da a ciertas personas tacto, perspicacia, una especie de seguridad en sus actos, que se puede denominar la *exactitud de la penetración moral.*[69]Cuando está más evolucionada, suscita presentimientos. Y si todavía se desarrolla más, muestra los acontecimientos sucedidos o en vías de ocurrir.

El sonambulismo natural y artificial, el éxtasis y la doble vista no son sino variedades o modificaciones de una misma causa. Estos fenómenos, así como los sueños, están en la Naturaleza. De ahí que en todo tiempo hayan existido. La historia nos muestra que fueron conocidos –e incluso explotados- desde la más remota antigüedad, y

---

[69] La frase original es: "*la justesse du coup d´oeil moral*" y ha sido interpretada de diversos modos, porque resulta problemática. Traducir *coup d´oeil* por "golpe de vista", como hace la mayoría, es incurrir en galicismo por "ojeada, vistazo". Pero aquellas palabras significan también, en lenguaje figurado, "perspicacia, penetración", y estamos persuadidos de que en esta segunda acepción las utilizó Kardec. [*N. del T. al cast.*]

en ellos encontramos explicación para una multitud de hechos que los prejuicios hicieron que se tuvieran por sobrenaturales. [70]

[70] Todos estos fenómenos se hallan en la hora actual científicamente demostrados por las experimentaciones parapsicológicas, aun cuando ciertos investigadores pretenden obtener que "se adapten al materialismo". Véase lo que expresa, respecto a la adaptación, la respuesta a la pregunta 446 de este mismo libro. [*N. de J. H. Pires*.]

CAPÍTULO IX

INTERVENCIÓN DE LOS ESPÍRITUS EN EL MUNDO CORPORAL

I.- Penetración de nuestro pensamiento por los Espíritus

456. ¿Ven los Espíritus lo que hacemos?

- Pueden verlo, puesto que sin cesar os halláis rodeados de ellos. Pero cada uno no ve más que las cosas en que concentra su atención, y no se ocupa de las que le son indiferentes.

457. ¿Pueden los Espíritus conocer nuestros más secretos pensamientos?

- Suelen conocer a menudo aquello que quisierais ocultaros a vosotros mismos, pues no pueden serles disimulados ni actos ni pensamientos.

457 a. Según esto, parecería más fácil esconder una cosa a una persona viviente que a esa misma persona después de su muerte…

- Por cierto que sí, y cuando os creéis vosotros bien ocultos, tenéis muchas veces a una multitud de Espíritus a vuestro lado, que están mirándoos.

458. ¿Qué piensan de nosotros los Espíritus que nos circundan y que nos observan?

- Depende. Los Espíritus traviesos se ríen de las pequeñas molestias que os producen y se burlan de vuestras impaciencias. Los Espíritus serios os tienen lástima por vuestras extravagancias e infortunios y tratan de ayudaros.

II.- Influencia oculta de los Espíritus sobre nuestros pensamientos y acciones

459. ¿Influyen los Espíritus sobre nuestros actos y pensamientos?

- A ese respecto su influjo es mayor de lo que creéis, porque son sobrada frecuencia son ellos los que os dirigen.

460. ¿Tenemos pensamientos que nos son propios y otros que se nos sugieren?

- Vuestra alma es un Espíritu que piensa. No ignoráis que muchos pensamientos os llegan a la vez sobre un mismo asunto, y a menudo muy contrarios los unos de los otros. Pues bien, lo hay siempre vuestros y nuestros. Es eso lo que os pone en la incertidumbre, porque tenéis en vosotros dos ideas que recíprocamente se combaten.

461. ¿De qué manera podemos distinguir los pensamientos propios de aquellos otros que nos son sugeridos?

- Cuando un pensamiento os es inspirado, viene a ser como una voz que os habla. Vuestros propios pensamientos son, por lo general, los que se os ocurren primero. Por lo demás, esa distinción no reviste para vosotros gran interés, y a menudo resulta útil no saberlo, ya que así el hombre obra con más libertad. Si se decide por el bien, lo hace de mejor gana. Si por el contrario, opta por el mal camino, mayor será su responsabilidad.

462. Los hombres de gran inteligencia y aun geniales, ¿toman siempre sus ideas de su propio acervo?

- En ocasiones las ideas les vienen de su propio Espíritu, pero con frecuencia también les son sugeridas por otros Espíritus que los juzgan capaces de comprenderlas y dignos de transmitirlas. Cuando en sí mismos no las encuentran, apelan a la inspiración: es esta una evocación que están haciendo sin sospecharlo.

Si fuese útil que pudiéramos distinguir con claridad nuestros propios pensamientos de aquellos otros que nos son inspirados, Dios nos hubiera proporcionado el medio para hacerlo, así como nos provee el de distinguir el día de la noche. Cuando una cosa permanece en la oscuridad es porque debe ser así para nuestro bien.

463. Se dice a veces que el primer impulso siempre es bueno. ¿Es esto exacto?

- Puede ser bueno o malo, conforme al grado de adelanto del Espíritu encarnado. Es siempre bueno en aquel que escucha las buenas impresiones.

464. ¿Cómo distinguir si un pensamiento que nos es sugerido procede de un Espíritu bueno o de uno malo?

- Estudiad el asunto. Los Espíritus buenos sólo aconsejan el bien. A vosotros cabe distinguir.

465. ¿Con qué propósitos los Espíritus imperfectos nos incitan al mal?

- Para haceros sufrir como ellos sufren.

465 a. ¿Atenúa esto sus padecimientos?

- No, pero lo hacen por envidia de ver a seres más dichosos.

465 b. ¿Qué clase de sufrimientos quieren que experimentemos?

- Los que resultan de ser de un orden inferior y alejado de Dios.

466. ¿Por qué permite Dios que algunos Espíritus nos empujen al mal?

- Los Espíritus imperfectos son instrumentos destinados a probar la fe y constancia de los hombres en el bien. Tú, puesto que eres Espíritu, debes progresar en la ciencia de lo infinito, de ahí que pases por las pruebas del mal para llegar al bien. Nuestra misión consiste en ponerte en el bueno camino, y cuando actúan sobre ti malas influencias es porque tú las llamas con el deseo del mal, por cuanto los Espíritus inferiores acuden a ayudarte en el mal cuando tienes la voluntad de cometerlo: sólo pueden secundarte en el mal cuanto tú así lo quieres. Si sientes inclinación por el crimen tendrás a tu lado una nube de Espíritus que fomentarán en ti ese pensamiento. Por habrá también a tu vera otros que tratarán de influir sobre ti para el bien, lo cual restablece el equilibrio y te deja dueño de escoger.

Así deja Dios librada a nuestra conciencia la elección de la ruta que debemos seguir, y la libertad de ceder a una u otra de las influencias opuestas que sobre nosotros se ejercen.

467. ¿Podemos liberarnos del influjo de aquellos Espíritus que incitan al mal?

- Sí, porque no se dedican sino a quienes los solicitan con sus deseos o los atraen con sus pensamientos.

468. Los Espíritus cuya influencia es rechazada por la voluntad del hombre ¿renuncian a sus tentativas?

- ¿Qué otra cosa quieres que hagan? Cuando no pueden obtener nada, ceden. Sin embargo, acechan el instante propicio, como hace el gato con el ratón.

469. ¿Por qué medio se puede neutralizar el influjo de los malos Espíritus?

- Realizando el bien, y poniendo en ello toda vuestra confianza en Dios, rechazaréis la influencia de los Espíritus inferiores y destruiréis el imperio que querrían tener sobre vosotros. Guardaos de prestar oídos a las sugestiones de aquellos Espíritus que despiertan en vosotros malos pensamientos, que fomentan la discordia entre los hombres y excitan en vosotros todas las pasiones viles. Desconfiad, sobre todo, de aquellos que halagan vuestro orgullo, porque os están tomando por vuestro lado débil. He ahí por qué Jesús os hace exclamar en la oración dominical: "Señor, no nos dejéis caer en tentación, mas líbranos del mal".

470. Los Espíritus que tratan de inducirnos al mal y que de este modo ponen a prueba nuestra firmeza en el bien, ¿han recibido la misión de hacerlo? Y si es una misión la que están cumpliendo ¿les cabe la responsabilidad de ella?

- Ningún Espíritu recibe la misión de hacer el mal. Cuando lo acomete, es por su propia voluntad y, por tanto, sufre sus consecuencias. Dios puede permitirle que lo haga para probaros, pero no se lo ordena, y a vosotros toca rechazarlo.

471. Cuando experimentamos un sentimiento de angustia, de ansiedad indefinible, o de satisfacción interior sin causa conocida, ¿se debe esto únicamente a una disposición física?

- Casi siempre se trata de un efecto de comunicaciones que, sin saberlo, tenéis con los Espíritus, o que habéis mantenido con ellos durante el sueño.

472. Los Espíritus que quieren incitarnos al mal ¿lo hacen aprovechando las circunstancias en que nos hallamos, o a éstas pueden producirlas?

- Aprovechan las circunstancias existentes, pero a menudo también las provocan, empujándoos sin que lo sepáis hacia el objeto de vuestra codicia. Así por ejemplo, un hombre encuentra en su camino una suma de dinero. No creo que sean los Espíritus los que la han dejado en tal lugar, pero sí pueden inspirar al hombre la idea de ir hacia ese lado, y entonces ellos le sugieren que se apropie el dinero, en tanto otros Espíritus le están sugiriendo que lo devuelva a su legítimo dueño. Lo propio ocurre con todas las demás tentaciones.

III.- Poseídos

473. ¿Puede un Espíritu momentáneamente revestirse de la envoltura de una persona viva, esto es, introducirse en un cuerpo animado y obrar en lugar del Espíritu que se encuentra encarnado en él?

- El Espíritu no penetra en un cuerpo del modo que tú entras en una casa. Se asimila con un Espíritu encarnado que adolece de los mismos defectos y cualidades, para actuar conjuntamente con éste. Pero siempre es el Espíritu encarnado el que obra como quiere sobre la materia de que está revestido. Un Espíritu no puede sustituir a otro que se halle encarnado, porque Espíritu y cuerpo están unidos por el lapso que deba durar la existencia material.

474. Si no hay posesión propiamente dicha, vale decir, cohabitación de dos Espíritus en un mismo cuerpo, ¿puede el alma estar bajo la dependencia de otro Espíritu, de manera de ser *subyugada* u *obsedida* por él, hasta el punto de que su voluntad se vea en cierto modo paralizada?

- Sí, y son los verdaderos poseídos, pero has de saber que este dominio no se ejerce nunca sin participación de quien lo sufre, ya sea por su debilidad, o bien por su deseo. Con frecuencia se ha tomado por poseídos a epilépticos o dementes que tenían mayor necesidad de un médico que de exorcismos.

La palabra poseído, **en su significación común, supone la existencia de demonios, es decir, de una categoría de seres de índole malvada, y la cohabitación de uno de tales seres con el alma en el cuerpo de un individuo. Puesto que no existen los demonios, en ese sentido, y que dos Espíritus no pueden residir simultáneamente en un mismo cuerpo, tampoco existen los poseídos, conforme a la idea que de esta palabra se tiene. El vocablo "poseído" sólo debe entenderse como refiriéndose a la dependencia absoluta en que puede encontrarse el alma con relación a Espíritus imperfectos que la subyugan.**

475. ¿Le es posible a una persona ahuyentar por sí misma a los malos Espíritus y liberarse de su dominación?

- Siempre se puede cortar un yugo, con tal que se tenga firme voluntad de hacerlo.

476. ¿Podría suceder que la fascinación ejercida por el Espíritu perverso sea tal que la persona subyugada no caiga en la cuenta de

ello? En tal caso ¿puede una tercera persona lograr que cese la dominación?

- Si se trata de un hombre de bien, su voluntad puede ayudar apelando al concurso de los buenos Espíritus, porque cuanto más *hombre de bien* se es, tanto más poder se tiene sobre los Espíritus imperfectos para alejarlos y sobre los buenos para atraerlos. Sin embargo, ese hombre sería impotente si el *subyugado* no presta su cooperación: personas hay que se complacen en hallarse bajo una dependencia que halaga sus gustos y deseos. En todos los casos, aquel cuyo corazón no sea puro no podrá ejercer ninguna influencia: los Espíritus buenos lo desprecian, y los malos no le temen.

477. ¿Tienen las fórmulas de exorcismo alguna eficacia contra los malos Espíritus?

- No. Cuando esos Espíritus ven que alguien toma en serio tales fórmulas, ríen de él y se obstinan en su propósito.

478. Existen personas movidas por buenas intenciones y que no por eso dejan de estar obsesas. ¿Cuál es el mejor recurso para liberarse de los Espíritus obsesores?

- Agotar su paciencia, no tomar en cuenta para nada sus sugestiones, mostrarles que están perdiendo su tiempo. Entonces, cuando comprenden que no tienen nada que hacer, se marchan.

479. ¿Es la oración un medio eficaz para curar la obsesión?

- La plegaria es un recurso poderoso en todo. Pero, creedme que no basta con musitar unas cuantas palabras para obtener lo que se desea. Dios asiste a los que actúan y no a aquellos otros que sólo se limitan a pedir. Es menester, entonces, que el obsedido haga por su parte lo necesario para destruir en sí mismo la causa que atrae a los malos Espíritus.

480. ¿Qué hay que pensar de la expulsión de los demonios de que se habla en el Evangelio?

- Depende de la interpretación del hecho. Si llamáis *demonio* a un Espíritu malo que subyuga a un individuo, cuando su influencia sea destruida habrá sido en verdad expulsado. Si atribuís una enfermedad al demonio, cuando os hayáis curado de la dolencia afirmaréis también que habéis expulsado al demonio. Una misma cosa puede ser verdadera o falsa, según sea el sentido que a las palabras se atribuya. Las verdades más grandes pueden parecer absurdas cuando sólo se mira la forma y cuando se toma la alegoría

por realidad. Comprended bien lo dicho, y retenedlo: es de aplicación general.

IV.- Convulsionarios[71]

481. ¿Desempeñan los Espíritus un rol en los fenómenos que se producen en esos individuos a quienes se designa con el nombre de convulsionarios?

- Sí, un papel muy importante, así como el magnetismo, que es su primera causa. Pero el charlatanismo ha explotado y exagerado muchas veces esos efectos, lo que ha hecho que cayeran en ridículo.

481 a. ¿De qué naturaleza son, en general, los Espíritus que contribuyen a la producción de ese tipo de fenómenos?

- Poco elevados. ¿Creeréis que los Espíritus superiores se diviertan con semejantes cosas?

482. ¿Cómo el estado anormal de los convulsionarios y los *crisíacos*[72] puede desarrollarse de súbito en toda una población?

- Efecto simpático. En ciertos casos las disposiciones morales se comunican con mucha facilidad. No desconocéis tanto los efectos magnéticos para que no podáis comprender esto, y la intervención que en ello tienen ciertos Espíritus, por simpatía hacia aquellas personas que los provocan.[73]

Entre las facultades extrañas que se observan en los convulsionarios se reconocen fácilmente aquellas de las cuales el sonambulismo y el magnetismo ofrecen numerosos ejemplos: tales son, entre otras, la insensibilidad física, la lectura del pensamiento, la transmisión simpática de los dolores, etcétera. No se puede dudar, pues, que esos crisíacos se hallen en una especie de estado de sonambulismo lúcido, provocado por la influencia que

---

[71] Este apartado hace referencia al estado en que algunos sujetos entraban, al someterlos al trance magnético o hipnótico. [*N. del copista*.]

[72] El término *crisíaco,* muy poco usado en la actualidad, designa a la persona que se halla en estado de crisis hipnótica. [*N. del T. al cast*.]

[73] Esta respuesta de los Espíritus recuerda a Kardec los estudios sobre el magnetismo animal a que se dedicó largamente antes del Espiritismo, y que le sirvieron, conforme se ve, de preparación para el desempeño de su misión como investigador y codificador. [*N. de J. H. Pires*.]

ejercen los unos sobre los otros. Son a la vez magnetizadores y magnetizados, sin caer en la cuenta de ello.

483. ¿Cuál es la causa de la insensibilidad física que se observa en algunos convulsionarios, y también en otras personas, sometidas a las más atroces torturas?

- En algunos es un efecto exclusivamente magnético, que obra sobre el sistema nervioso de la misma manera que ciertas sustancias. En otros, la exaltación de la mente embota la sensibilidad, porque la vida parece haberse retirado del cuerpo para concentrarse en el Espíritu. ¿No sabéis acaso que cuando el Espíritu está hondamente preocupado por una cosa el cuerpo no siente, ni ve, ni escucha nada?

La exaltación fanática y el entusiasmo ofrecen a menudo, en los suplicios, el ejemplo de una calma y una tranquilidad que no podrían sobreponerse a un dolor agudo, si no se admitiera que la sensibilidad se encuentra neutralizada por una especie de efecto anestésico. Es sabido que en el calor del combate con frecuencia no se advierte que se ha sufrido una herida grave, en tanto que en las circunstancias ordinarias un arañazo nos hace estremecer.

Puesto que esos fenómenos proceden de una causa física y de la acción de ciertos Espíritus, cabe que nos preguntemos cómo ha podido depender de la autoridad el hacerlos cesar, en ciertos casos. La razón de esto es simple: la acción de los Espíritus sólo era secundaria en tales casos: ellos no hacían sino aprovechar una disposición natural. La autoridad no suprimía esa disposición, sino la causa que la mantenía y la exaltaba: de activa como era, la convertía en latente, y tenía razón de obrar así, porque de ello resultaba el abuso y el escándalo. Se sabe, por lo demás, que esa intervención resulta impotente cuando la acción de los Espíritus es directa y espontánea.

V.- Afecto de los Espíritus hacia ciertas personas

484. Los Espíritus ¿dispensan un afecto preferente a determinadas personas?

- Los Espíritus buenos simpatizan con los hombres de bien, o que son susceptibles de mejorarse. Los Espíritus inferiores, con las personas viciosas o que pueden llegar a serlo. De ahí su apego a ellas, consecuencia de la similitud de sensaciones.

485. El afecto de los Espíritus hacia ciertas personas ¿es exclusivamente moral?

- El afecto verdadero no tiene nada de carnal: pero cuando un Espíritu se apega a una persona, no siempre lo hace por afecto, sino que en ello puede mezclarse un resabio de las pasiones humanas.

486. ¿Se interesan los Espíritus por nuestros infortunios y por nuestra prosperidad? Aquellos que nos quieren bien ¿se afligen por los males que experimentamos en vida?

- Los Espíritus buenos hacen todo el bien que les es posible y se sienten felices por todas vuestras alegrías. Se apenan por vuestros males cuando no los sobrelleváis con resignación, porque en tal caso esas desdichas no os reportan beneficio, y sois iguales al enfermo que rechaza el brebaje amargo que habrá de curarlo.

487. ¿De qué clase de nuestros males se afligen más los Espíritus, de los físicos o de los morales?

- Por vuestro egoísmo y dureza de corazón. De ahí procede todo. Ellos ríen, en cambio, de todos esos males imaginarios nacidos del orgullo y de la ambición, y se regocijan de aquellos que tienen por efecto el de abreviar vuestro período de pruebas.

Sabiendo los Espíritus que la vida corporal no es sino transitoria y que las tribulaciones que la acompañan son medios para llegar a un estado mejor, se apenan más por las causas morales que nos alejan de la buena senda, que por los males físicos que sufrimos y que sólo son pasajeros.

Poco se preocupan los Espíritus por las desventuras que solamente afectan nuestras ideas mundanas, del mismo modo que hacemos nosotros con las pueriles congojas de los niños.

El Espíritu, que ve en las adversidades de la vida un medio de adelanto para nosotros, las considera como la crisis momentánea que ha de salvar al enfermo. Se compadece de nuestros sufrimientos, así como nosotros nos dolemos de los de un amigo. Pero, como ve las cosas desde un punto de vista más justo, los evalúa de otro modo que nosotros, y mientras los buenos Espíritus reaniman nuestro valor en interés de nuestro propio futuro, los otros nos empujan a la desesperación, con el designio de comprometer ese futuro.

488. Nuestros parientes y amigos que nos han precedido en el regreso a la otra vida ¿tienen más simpatía por nosotros que los Espíritus que nos son extraños?

- Sin duda, y a menudo os protegen como Espíritus, según su poder.

488 a. ¿Son ellos sensibles al afecto que les profesamos?

- Muy sensibles, pero en cambio olvidan a quienes los han olvidado.

VI.- Ángeles de la guarda. Espíritus protectores, familiares o simpáticos

489. ¿Hay Espíritus que se apegan a un individuo en particular, con el objeto de protegerlo?

- Sí, el *hermano espiritual*. Es el que llamáis *Espíritu bueno o genio bueno.*

490. ¿Qué se ha de entender por “ángel de la guarda”?

- El Espíritu protector de un orden elevado.

491. ¿Cuál es la misión del Espíritu protector?

- La de un padre para con sus hijos: conducir a su protegido por la buena senda, ayudarle con sus consejos, consolarlo en sus aflicciones, sostener su valor en las pruebas de la vida.

492. El Espíritu protector ¿está apegado al individuo desde el nacimiento de éste?

- Desde su nacimiento hasta su muerte, y con frecuencia le sigue después de ella en la vida espíritu, e incluso durante muchas existencias corporales, porque tales existencias no son sino fases muy cortas con relación a la vida del Espíritu.

493. La misión del Espíritu protector ¿es voluntaria u obligatoria?

- El Espíritu está obligado a velar por vosotros porque aceptó esa tarea, pero le cabe elegir a aquellos seres que le son simpáticos. Para unos es un placer. Para otros, una misión o deber.

493 a. Al dedicarse a una persona determinada ¿renuncia el Espíritu a proteger a otras?

- No, pero lo hace con ellas de una manera menos exclusiva.

494. El Espíritu protector ¿está inevitablemente unido al ser confiado a su guarda?

- Con frecuencia suele suceder que ciertos Espíritus abandonen su posición para cumplir diversas misiones. Pero en tal caso son sustituidos.

495. El Espíritu protector ¿abandona a veces a su protegido, cuando éste se muestra rebelde a sus consejos?

- Se aleja de él si comprueba que sus consejos son inútiles y que la voluntad del individuo es proclive a someterse al influjo de los Espíritus inferiores. Pero de ningún modo lo abandona por entero, sino que siempre se hace escuchar. Entonces es el hombre quien cierra sus oídos. Y el Espíritu vuelve tan pronto como se le llama.

Una doctrina hay que debiera convertir a los más incrédulos, por su encanto y dulzura: es la del ángel de la guarda. Pensar que tenéis junto a vosotros a seres que os son superiores y que están permanentemente ahí para aconsejaros y sosteneros, para ayudaros a ascender la áspera montaña del bien; que son amigos más seguros y abnegados que las amistades más íntimas susceptibles de ser contraídas en esta Tierra, ¿no es acaso una idea muy confortadora? Tales seres se encuentran allí por orden de Dios. Él les ha puesto cerca de vosotros y ahí permanecen por amor a Él, cumpliendo a vuestro lado una bella aunque penosa misión. Sí, sea donde fuere que os halléis, él estará con vosotros: prisiones, hospitales, antros del vicio, soledad, nada de esto os separa de ese amigo a quien no podéis ver pero cuyos más tiernos impulsos y sabios consejos siente y escucha vuestra alma.

¿Por qué no conocéis mejor esta verdad? ¡Cuántas veces os ayudaría en los instantes de crisis! ¡Cuántas veces os salvaría de los malos Espíritus! ... Pero en el día supremo este ángel del bien tendrá que manifestaros: "¿No te lo dije? Y tú no lo has hecho. ¿No te señalé el abismo? Y tú te despeñaste por él. ¿No te hice escuchar en tu conciencia la voz de la verdad? Y ¿no seguiste, en cambio, los consejos de la mentira?" ¡Ah! Interrogad a vuestros ángeles de la guarda. Estableced entre ellos y vosotros esa tierna intimidad que entre los mejores amigos reina. No penséis en ocultarles nada, porque ellos tienen la vida de Dios y no podréis engañarlos. Pensad en el porvenir: tratad de avanzar por ese camino, y con ello vuestras pruebas serán más cortas, vuestras vidas más dichosas. ¡Ea, hombres, tened valor! Arrojad lejos, de una vez por todas, los prejuicios y las segundas intenciones. Tomad por la nueva senda que ante vosotros

se extiende. ¡Marchad, marchad! Tenéis guías: seguidlos… No puede faltaros la meta, puesto que esa meta es Dios mismo.

A aquellos que pensaran que es imposible para los Espíritus realmente elevados sujetarse a una tarea tan laboriosa y de todos los instantes, les diremos que nosotros influimos sobre vuestras almas aun estando a muchos millones de leguas de vosotros. Porque para nosotros el espacio nada significa, y aunque residamos en otro mundo nuestros Espíritus conservan su relación con el vuestro. Disfrutamos de facultades que no estáis en condiciones de comprender, pero tened la certeza de que Dios no nos ha impuesto una tarea que exceda a nuestras energías, y que no os ha abandonado a vosotros mismos en la Tierra sin amigos ni amparo. Cada ángel de la guarda tiene su protegido, por el cual vela, como vela un padre por su hijo, y es feliz cuando le ve marchar por el buen camino. En cambio, solloza si son desdeñados sus consejos.

No temáis cansarnos con vuestras preguntas. Antes bien, permaneced siempre en relación con nosotros. Seréis con ello más fuertes y más dichosos. Son esas comunicaciones de cada hombre con su Espíritu familiar las que hacen médiums a todos los individuos, médiums ignorados en la hora actual, pero que se manifestarán más adelante, y se derramarán como un océano sin límites para rechazar la incredulidad y la ignorancia. Hombres instruiros: instruid… Hombres talentosos: educad a vuestros hermanos… No os imagináis qué obra cumpliréis de ese modo: la obra de Cristo, la que Dios os impone. ¿Por qué os ha concedido Dios inteligencia y conocimientos si no es para que hagáis partícipes de ellos a vuestros hermanos, a fin de hacer que avancen por la senda de la felicidad y de la ventura eterna?

SAN LUIS. SAN AGUSTÍN.

La doctrina de los ángeles de la guarda, que velan por sus protegidos a despecho de las distancias que separan los mundos, no tiene nada que deba sorprender. Por el contrario, es grande y sublime. ¿No vemos acaso en la Tierra a un padre que vela por su hijo, aunque esté lejos de él, ayudándolo con sus consejos por correspondencia? ¿Qué habría de extraño, pues, en que los Espíritus puedan guiar a aquellos a quienes toman bajo su protección, de un mundo a otro, puesto que para ellos la distancia que separa los mundos es menor que la que, en la Tierra, separa los continentes? ¿No disponen ellos, además, del fluido universal,

que liga a todos los mundos, tornándolos solidarios: vehículo inmenso de la transmisión de los pensamientos, así como el aire es para nosotros el vehículo de la transmisión del sonido?

496. El Espíritu que abandona a su protegido, al no hacerle ya bien, ¿puede hacerle mal?

- Los buenos Espíritus jamás hacen el mal. Dejan que lo comentan aquellos otros que toman su lugar. Entonces acusáis vosotros a la mala suerte de los infortunios que os agobian, cuando en realidad vuestra es la culpa.

497. El Espíritu protector ¿puede dejar a su protegido a merced de un Espíritu que podría tener malas intenciones hacia él?

- Los Espíritus malos suelen unirse para neutralizar la acción de los buenos. Pero si el protegido lo quiere, contará con toda la fuerza del Espíritu bueno. De no ser así, éste quizá encuentre a alguien a quien ayudar, aprovechando la oportunidad para ello mientras aguarda el momento de regresar junto a su protegido.

498. Cuando el Espíritu protector permite que su protegido se extravíe en la vida, ¿sucede esto por impotencia suya para luchar contra otros Espíritus que son malévolos?

- No se trata de que no pueda, sino que no quiere, puesto que su protegido sale de las pruebas más perfecto y más instruido. Lo asiste con sus consejos, mediante los buenos pensamientos que le sugiere pero que, por desgracia, no siempre son escuchados. Sólo la debilidad, indolencia y el orgullo del hombre dan fuerza a los Espíritus malos. Su poder sobre vosotros procede únicamente del hecho de que no les oponéis resistencia.

499. El Espíritu protector ¿está constantemente con su protegido? ¿No existe alguna circunstancia en que, sin abandonarlo, lo pierda de vista?

- Existen circunstancias en que la presencia del Espíritu protector junto a su protegido no es necesaria.

500. ¿Llega el momento en que el Espíritu no tiene ya necesidad del ángel de la guarda?

- Sí, cuando ha alcanzado el grado en que puede guiarse a sí mismo, así como llega el momento en que el escolar ya no necesita maestro. Pero no ocurre ello en vuestra Tierra.

501. ¿Por qué la acción de los Espíritus sobre nuestra vida es oculta y por qué, cuando nos protegen, no lo hacen de una manera ostensible?

- Si contarais con tal apoyo no obraríais por vosotros mismos, y vuestro propio Espíritu no progresaría. Para que pueda él adelantar necesita experiencia y a menudo es preciso que la adquiera a sus expensas. Es menester que emplee sus fuerzas, sin lo cual sería como un niño al que no permiten que camine solo. La acción de los Espíritus que os quieren está siempre bien regulada, de modo de dejaros ejercer vuestro libre albedrío, por cuanto si no tuvierais responsabilidad no avanzaríais en el camino que debe conduciros hacia Dios. Al no ver el hombre a su sostén, se confía en sus propias fuerzas. No obstante, su guía vela por él, y de tiempo en tiempo le advierte que desconfíe del peligro.

502. El Espíritu protector que consigue llevar a su protegido por la buena senda ¿experimenta por ello algún bien para sí mismo?

- Es un mérito que se le toma en cuenta, ya sea para su propio adelanto o bien para su felicidad. Es dichoso cuando ve que sus esfuerzos son coronados por el buen éxito. Triunfa con esto, así como un preceptor triunfa con los buenos logros de su alumno.

502 a. Si no obtiene un resultado positivo, ¿es responsable de ello?

- No, puesto que hizo lo que de él dependía.

503. El Espíritu protector que ve a su protegido seguir el camino falso a pesar de sus advertencias, ¿siente pena por eso? ¿No es este hecho un motivo de perturbación para su felicidad?

- Sufre por esos errores, y los lamenta. Pero la aflicción no equivale a las angustias de la paternidad terrestre, porque él sabe que el mal tiene remedio y que lo que no se hace hoy se hará mañana.

504. ¿Podemos saber, en todos los casos, el nombre del Espíritu protector o ángel de la guarda?

- ¿Cómo queréis saber nombres que para vosotros no existen? ¿Creéis, pues, que no haya entre los Espíritu más que los que conocéis?

504 a. ¿Cómo invocarlo, entonces, si no le conocemos?

- Dadle el nombre que queráis: por ejemplo, el de un Espíritu superior, al que profeséis simpatía o veneración. Vuestro Espíritu protector acudirá a ese llamado. Porque todos los Espíritus buenos son hermanos y se asisten mutuamente.

505. Los Espíritus protectores que adoptan nombres conocidos ¿son siempre realmente los de las personas que llevaban esos nombres?

- No, sino de Espíritus que les son simpáticos y que con frecuencia vienen por mandato suyo. Os hacen falta nombres: entonces, ellos toman uno que os inspire confianza. Así vosotros, cuando no podéis cumplir en persona una misión, enviáis a otro que actúa en vuestro nombre.

506. Cuando nos hallemos en la vida espírita ¿reconoceremos a nuestro Espíritu protector?

- Sí, porque muchas veces ya le conocíais antes de vuestra encarnación.

507. ¿Todos los Espíritus protectores pertenecen a la clase de Espíritus superiores? ¿Puede haber entre aquéllos los que pertenezcan a grados intermedios? Un padre, por ejemplo, ¿podrá llegar a ser el Espíritu protector de su hijo?

- Es posible, pero la protección supone cierto grado de elevación, y un poder o virtud suplementaria concedida por Dios. El padre que protege a su hijo puede ser él mismo asistido por un Espíritu más elevado.

508. Los Espíritus que han dejado la Tierra en buenas condiciones ¿pueden siempre proteger a aquellos a quienes aman y que les sobreviven?

- Su poder está restringido en mayor o menor grado. La posición en que se hallan no les deja siempre toda la libertad de acción.

509. Los hombres en estado salvaje o de inferioridad moral ¿poseen asimismo sus Espíritus protectores? Y en caso afirmativo ¿son esos Espíritus de un orden tan elevado como los que asisten a los hombres muy adelantados?

- Cada hombre tiene un Espíritu que vela por él, pero las misiones son relativas a su objeto. No daréis un profesor de filosofía a un niño que está aprendiendo a leer. El progreso del Espíritu familiar sigue al del Espíritu protegido. Aun teniendo un Espíritu superior que vele por vosotros, podéis por vuestra parte pasar a ser el protector de un Espíritu que os sea inferior, y los progresos que le ayudéis a lograr cooperarán a vuestro propio adelanto. Dios no pide al Espíritu más de lo que corresponda, según sus fuerzas y el grado que haya alcanzado.

510. Cuando el padre que asiste a su hijo reencarna, ¿sigue velando por él?

- Es más difícil, pero en un instante de desprendimiento ruega a un Espíritu simpático que le ayude en esa misión. Por lo demás, los Espíritus sólo aceptan aquellas misiones que puedan llevar a feliz término.

El Espíritu encarnado, sobre todo en los mundos en que la existencia es material, está demasiado sometido a su cuerpo para poder consagrarse por entero a otro, es decir, asistirlo personalmente. De ahí que los que no son lo bastante elevados sean ellos mismo ayudados por Espíritus que les son superiores, de manera que si uno falta por cualquier causa, es sustituido por otro.

511. Aparte del Espíritu protector ¿está unido un mal Espíritu a cada individuo, con miras a incitarlo al mal y darle ocasión de luchar entre el bien y el mal?

- “Unido” no es la palabra exacta. Bien es verdad que los malos Espíritus tratan de desviar del camino recto al hombre cuando se les presenta la oportunidad: pero si uno de ellos se apega a un individuo, lo hace por determinación propia, porque espera que el hombre le haga caso. Entonces se desarrolla una lucha entre el bueno y el malo, y la victoria corresponderá a aquel cuyo dominio el individuo entregue.

512. ¿Podemos tener muchos Espíritus protectores?

- Cada hombre tiene siempre Espíritus simpáticos más o menos elevados que le profesan afecto y por él se interesan, como existen también otros que lo secundan en el mal.

513. Los Espíritus simpáticos ¿obran en virtud de una misión?

- A veces pueden desempeñar una misión temporaria, pero casi siempre no son solicitados sino por la similitud de pensamientos y sentimientos, así en el bien como en el mal.

513 a. ¿De ello parece resultar que los Espíritus simpáticos pueden ser buenos o malos?

- Sí, el hombre encuentra siempre Espíritus que con él simpatizan, sea cual fuere su carácter.

514. Los Espíritus familiares ¿son los mismos Espíritus simpáticos y Espíritus protectores?

- Hay muchos matices en la protección y en la simpatía. Dadles los nombres que queráis. En cuanto al Espíritu familiar, es más bien el amigo de la casa.

De las explicaciones expuestas y de las observaciones consignadas acerca de la naturaleza de los Espíritus que se apegan al hombre, es posible deducir lo que sigue:

El Espíritu protector, ángel de la guarda o genio bueno, es aquel cuya misión consiste en seguir al ser humano en la vida y ayudarle a progresar. Es siempre de una naturaleza superior respecto de la de su protegido.

Los Espíritus familiares se apegan a ciertas personas mediante vínculos más o menos duraderos, con miras a serles útiles dentro del límite de sus posibilidades, con frecuencia bastante limitadas. Son buenos, pero a veces poco adelantados e incluso un tanto frívolos. Se ocupan de buena gana de detalles concernientes a la vida íntima y sólo obran por orden o con el permiso de los Espíritus protectores.

Los Espíritus simpáticos son aquellos que se sienten atraídos por nosotros a causa de afectos particulares y de cierta semejanza de gustos y sentimientos, en el bien tanto como en el mal. La duración de sus relaciones está casi siempre subordinada a las circunstancias.

El genio malo es un Espíritu imperfecto o perverso, que se acerca al hombre con el propósito de desviarlo del bien. Pero obra por propio impulso y no en virtud de una misión. Su tenacidad depende de las mayores o menores facilidades de acceso que encuentre. El hombre es siempre libre de atender su voz o desoírla.

515. ¿Qué debemos pensar de esas personas que parecen apegarse a ciertos individuos para empujarlos inevitablemente a su perdición o, por el contrario, guiarlos por el recto camino?

- Sí, algunas personas ejercen sobre otras una especie de fascinación, que pareciera irresistible. Cuando esto sucede para el mal, se trata de Espíritus malos de los cuales se sirven otros malos Espíritus con el objeto de subyugar mejor a su víctima. Dios puede permitirlo para probaros.

516. Nuestro genio bueno y nuestro genio malo ¿podrían encarnar, a fin de acompañarnos en la vida de una manera más directa?

- Esto a veces ocurre. Pero a menudo también encomiendan esa misión a otros Espíritus encarnados que les son simpáticos.

517. ¿Hay Espíritus que se apegan a una familia entera con el objeto de protegerla?

- Ciertos Espíritus se ligan a los miembros de una misma familia que viven juntos y están unidos por el afecto, pero no creáis en la existencia de Espíritus protectores del orgullo de los linajes o castas.

518. Puesto que los Espíritus son atraídos hacia los individuos por sus simpatías, ¿lo son igualmente hacia las reuniones de personas, por causas particulares?

- Los Espíritus acuden con preferencia a los lugares donde hay semejantes suyos. En estos sitios se hallan más cómodos y están más seguros de que se les escuchará. El hombre atrae hacia él a los Espíritus en virtud de sus tendencias, ya se encuentre solo o forme un todo o ente colectivo, como pueden serlo una sociedad, una ciudad o un pueblo. Hay, pues, sociedades, ciudades y pueblos que son asistidos por Espíritus más o menos elevados, según el carácter y las pasiones en ellos dominantes. Los Espíritus imperfectos se alejan de aquellos que les rechazan. De lo que resulta que el perfeccionamiento moral de un *todo colectivo,* así como el de los individuos aislados, tiende a ahuyentar a los malos Espíritus y atraer a los buenos, los cuales alientan y mantienen el sentimiento del bien en las masas, de la manera que los otros pueden inspirar en ellas las bajas pasiones.

519. Las aglomeraciones de personas, tales como sociedades, ciudades y naciones, ¿tienen sus Espíritus protectores especiales?

- En efecto, porque esos conglomerados constituyen individualidades colectivas que marchan movidas por un objetivo común y que necesitan de una dirección superior.

520. Los Espíritus protectores de las masas ¿son de una naturaleza más elevada que aquellos otros que se apegan a los hombres aislados?

- Todo es conforme al grado de adelanto, así de las muchedumbres como de los individuos.

521. Ciertos Espíritus ¿pueden coadyuvar al progreso de las artes al proteger a los seres humanos que de ellas se ocupan?

- Hay Espíritus protectores especiales y que asisten a aquellos que los invocan, cuando los juzgan dignos de esto. Pero ¿qué queréis que hagan con los que creen ser lo que no son? No pueden lograr que los ciegos vean ni que los sordos oigan.

Los antiguos habían hecho de esos Espíritus divinidades especiales. Las Musas no eran otras que la personificación alegórica de los Espíritus protectores de las ciencias y artes, de la misma manera que designaban ellos con los nombres de lares y penates a los Espíritus protectores de la familia. Entre los modernos, las artes, las diversas industrias, las ciudades y comarcas tienen también sus patronos o protectores, que no son sino Espíritus superiores, pero bajo nombres diferentes.

Puesto que cada hombre tiene sus Espíritus simpáticos, de ello resulta que, en los todos colectivos**, la generalidad de los Espíritus simpáticos están en relación con la generalidad de los individuos; que los Espíritus extraños son atraídos hacia aquéllos por la identidad de gustos y pensamientos; en suma, que tales aglomeraciones de personas (así como ocurre con los individuos aislados) están más o menos bien rodeadas, asistidas e influidas, según sea la naturaleza de los pensamientos de la multitud.**

En los pueblos, las causas de atracción de los Espíritus son las costumbres y hábitos, el carácter dominante y, sobre todo, las leyes, porque el carácter de una nación se refleja en el conjunto de sus leyes. Los hombres que hacen que reine entre ellos la justicia están combatiendo el influjo de los malos Espíritus. En todas partes donde la legislación apoye las cosas injustas, contrarias a la humanidad, los Espíritus buenos estarán en minoría y la muchedumbre de los malos que allí afluyen mantienen a la nación en sus ideas y paralizan las influencias bienhechoras de carácter parcial, que se pierden en la multitud, como una espiga aislada en medio de las malezas. Estudiando las costumbres de los pueblos, o de todo conglomerad humano, es fácil formarse, pues, una idea de la población oculta que interviene en sus pensamientos y acciones. [74]

[74] En este comentario a las respuestas de los Espíritus nos ofrece Kardec dos indicaciones importantes: la primera de ellas se refiere a la interpretación espírita de la mitología, que modifica cuanto hasta hoy han afirmado al respecto los estudios de la cuestión puramente humanos, pues muestra que los dioses mitológicos existían en realidad, como Espíritus. La segunda es, relativa a la sociología, que a la luz del Espiritismo se reviste también de un nuevo aspecto, exigiendo el estudio de la interacción de

VII.- Presentimientos

522. ¿Es siempre el presentimiento una advertencia del Espíritu protector?

- El presentimiento es el consejo íntimo y oculto de un Espíritu que os quiere bien. Está asimismo en la intuición de la elección que se ha hecho. Es la voz del instinto. Antes de encarnar, el Espíritu tiene conocimiento de las principales fases de su existencia, esto es, del género de pruebas a las que se compromete. Cuando éstas poseen un carácter evidente, guarda de ellas en su fuero interno una especie de impresión, y esa impresión, que constituye la voz del instinto, al revelarse cuando se acerca el instante, se convierte en presentimiento.

523. Los presentimientos y la voz del instinto presentan siempre cierta vaguedad: ¿qué debemos hacer, pues, ante la incertidumbre?

- Cuando estés incierto, invoca a tu Espíritu bueno, o *ruega a Dios, Nuestro Señor, que te envíe uno de sus mensajeros, uno de nosotros.*

524. Las advertencias de nuestros Espíritus protectores ¿tienen por único objeto el comportamiento moral, o se relacionan también con la conducta a seguir en las cosas de la vida privada?

- Ellos procuran de que viváis lo mejor posible. Pero a menudo cerráis los oídos a las advertencias saludables y sois infortunados por vuestra propia culpa.

Los Espíritus protectores nos ayudan con sus consejos mediante la voz de la conciencia, a la que hacen hablar en nosotros. Pero, como no siempre le concedemos la importancia precisa, los Espíritus nos proporcionan consejos más directos, sirviéndose para ello de las personas que nos rodean. Examine cada cual las diversas circunstancias, dichosas o desgraciadas, de su vida, y verá que en muchas ocasiones ha recibido consejos que no siempre aprovechó y que le hubiesen ahorrado bastantes disgustos si los hubiera atendido.

---

las colectividades espirituales y humanas, para la buena comprensión de los procesos sociales. [*N. de J. H. Pires.*]

VIII.- Influencia de los Espíritus sobre los acontecimientos de la vida

525. ¿Ejercen los Espíritus influencia sobre los sucesos de la vida?

- Por cierto que sí, puesto que te aconsejan.

525 a. Ese influjo ¿lo ejercen de otro modo que por medio de los pensamientos que sugieren? Es decir, ¿tienen una acción directa en el cumplimiento o realización de las cosas?

- Sí, pero no obran nunca fuera de las leyes de la Naturaleza.

Erróneamente nos imaginamos que la acción de los Espíritus sólo debe manifestarse mediante fenómenos extraordinarios. Querríamos que acudiesen en nuestra ayuda obrando milagros, y nos los representamos siempre como provistos de una varita mágica. No es así, de ningún modo. He ahí por qué su intervención se manifiesta ocultamente y lo que se hace con su concurso se nos imagina como un efecto natural. Así por ejemplo, ellos provocarán la reunión de dos personas que parecerán encontrarse por casualidad. Inspirarán a alguien la idea de pasar por determinado sitio, y llamarán su atención hacia tal punto, si esto debe traer el resultado que desean ellos obtener, de manera que el hombre, creyendo seguir sólo su propio impulso, sigue conservando su libre albedrío.

526. Puesto que los Espíritus ejercen una acción sobre la materia ¿puede provocar ciertos efectos a fin de lograr que se cumpla un acontecimiento? Por ejemplo: un hombre tiene que morir. Sube a una escalera, ésta se rompe y el individuo fallece. ¿Son los Espíritus los que han hecho que la escalera se quiebre, con el objeto de que se cumpla el destino de ese hombre?

- Bien es verdad que los Espíritus tienen una acción sobre la materia, pero para el cumplimento de las leyes naturales y no para derogarlas provocando adrede un acontecimiento inesperado y contrario a tales leyes. En el ejemplo que pusiste, la escalera se rompió porque estaba carcomida o no era lo bastante sólida para soportar el peso del individuo en cuestión. Si en el destino del hombre estaba el perecer en esa forma, ellos le habrían inspirado la idea de subir a esa escalera, que debía ceder bajo su peso, y su muerte habría acontecido por un efecto natural, sin que para ello se necesitara obrar un milagro.

527. Tomemos otro ejemplo, en el que el estado natural de la materia no intervenga de manera alguna: un hombre debe perecer abatido por un rayo. Se refugia bajo un árbol, se produce el rayo y lo mata. ¿Han podido los Espíritus provocar el rayo, dirigiéndolo hacia él?

- Es el mismo caso: el rayo alcanzó a ese árbol en particular, y en ese preciso instante, porque estaba dentro de las leyes de la Naturaleza que aconteciese así. Aquél no fue dirigido hacia el árbol porque el individuo se encontraba debajo, sino que se inspiró al hombre la idea de refugiarse bajo un árbol que debía ser destruido por el rayo. El árbol no habría dejado de ser alcanzado, estuviese o no el hombre al pie del mismo.

528. Una persona mal intencionada arroja contra alguien un proyectil que lo roza sin lesionarlo. ¿Puede un Espíritu benévolo haber desviado de su trayectoria al proyectil?

- Si el individuo no debe ser alcanzado, el Espíritu benévolo le inspirará la idea de darse vuelta, o bien podrá influir en el agresor, de modo que tome mal la puntería; puesto que el proyectil, una vez lanzado, sigue la trayectoria que debe recorrer.

529. ¿Qué debemos pensar de las balas encantadas a que se hace referencia en ciertas leyendas, y que alcanzan fatalmente el blanco?

- Imaginación pura. El hombre se aficiona a lo prodigioso, pero no se contenta con las maravillas de la Naturaleza.

529 a. Los Espíritus que dirigen los acontecimientos de la vida ¿pueden ser contrarrestados por Espíritus que quisieran obtener lo opuesto?

- Lo que Dios quiera, así debe ser. Si hay un retraso o un impedimento, es por su voluntad.

530. Los Espíritus frívolos y burlones ¿no pueden provocar pequeños inconvenientes que vengan a frustrar nuestros proyectos y obstar nuestras previsiones? En síntesis, ¿son ellos los autores de lo que comúnmente se denomina las pequeñas miserias de la vida humana?

- Se complacen en tales triquiñuelas, que para vosotros constituyen pruebas a fin de que ejercitéis vuestra paciencia. Pero se cansan cuando comprueban que no obtienen éxito. Con todo, no sería justo ni exacto culparlos de todas vuestras frustraciones, cuyos principales artesano sois vosotros mismos a causa de vuestro

atolondramiento. Porque créeme que si se te quiebra la vajilla esto sucede más por tu torpeza que debido a los Espíritus.

530 a. Los Espíritus que ocasionan discordia ¿lo hacen como resultado de una animosidad personal, o bien provocan al primero que llegue, sin un motivo determinado, sino tan sólo por malicia?

- Por una y otra cosa. A veces son enemigos que habéis hecho en esta vida o en una anterior, y que os persiguen. En otras ocasiones no existen motivos para su proceder.

531. La malevolencia de los seres que nos han hecho mal en la Tierra ¿se extingue junto con su vida corporal?

- Con mucha frecuencia reconocen su injusticia y el mal que os han infligido. Pero a menudo también siguen persiguiéndoos con su animosidad, si Dios lo consiente, para continuar probándoos.

531 a. ¿Es posible poner término a eso? Y ¿de qué manera?

- Sí, se puede orar por ellos, devolviéndoles bien por mal, y terminan por comprender sus sinrazones. Además, si sabéis poneros por encima de sus enredos, desisten, al comprobar que nada ganan con ellos.

La experiencia demuestra que ciertos Espíritus persisten en su venganza de una existencia a otra y que, de este modo expiamos, tarde o temprano, los errores que podamos haber cometido en perjuicio de alguien.

532. ¿Poseen los Espíritus el poder de desviar los males que se ciernen sobre algunas personas, y traerles en cambio la prosperidad?

- No del todo, porque hay males que están dentro de los designios de la Providencia. Pero atenúan vuestros dolores dándoos paciencia y resignación.

Sabed, por otro lado, que a menudo depende de vosotros el apartar esos males, o al menos amenguarlos. Os ha otorgado Dios inteligencia para que de ella os sirváis, y en este sentido sobre todo acuden los Espíritus en vuestro auxilio, sugiriéndoos pensamientos adecuados. Pero sólo ayudan a aquellos que saben ayudarse a sí mismos. Tal es el sentido de estas palabras: “Buscad y encontraréis. Golpead y se os abrirá”.

Sabed también que lo que os parece ser un mal, no siempre lo es. Muchas veces debe resultar de él un bien, que será mayor que el

mal mismo, y es esto lo que no comprendéis, porque no pensáis más que en el momento presente o en vuestra persona.

533. ¿Pueden los Espíritus hacer que obtengamos los dones de la fortuna, si se lo pedimos?

- A veces, y con carácter de prueba, pero casi siempre se rehúsan, como negamos a un niño un pedido que nos haga y que está fuera de razón.

533 a. Los que conceden este tipo de favores ¿son los Espíritus buenos o los malos?

- Unos y otros: depende de la intención. Pero con más frecuencia son los Espíritus que quieren arrastraros al mal y que encuentran en ello un medio fácil, debido a los goces que la fortuna proporciona.

534. Cuando ciertos obstáculos parecieran oponerse fatalmente a nuestros proyectos ¿sucede esto por influencia de algún Espíritu?

- En ocasiones, sí son los Espíritus. Pero las más de las veces se debe a vuestros propios desaciertos. Mucho influyen en esto la posición y el carácter. Si os empecináis en seguir un camino que no es el vuestro, los Espíritus no intervienen para nada en la cuestión: vosotros mismos sois vuestros propios genios malos.

535. Cuando algo venturoso nos sucede ¿debemos dar las gracias a nuestro Espíritu protector?

- Agradeced sobre todo a Dios, ya que sin su permiso nada se consuma. Y en segundo lugar, dad las gracias a los buenos Espíritus, que han sido los agentes de Él.

535 a. ¿Qué sucedería si nos olvidáramos de agradecer?

- Lo que a los ingratos acontece.

535 b. Con todo, personas hay que ni oran ni agradecen, y todo les sale bien…

- Sí, pero hay que ver el final. Porque muy caro pagarán esa felicidad transitoria que no merecen, pues cuanto más hayan recibido, tanto más tendrán que devolver.

IX.- Acción de los Espíritus sobre los fenómenos de la Naturaleza

536. Los grandes fenómenos naturales, aquellos que se consideran una perturbación de los elementos, ¿se deben a causas fortuitas o tienen todos ellos un objeto providencial?

- Todo posee su razón de ser y nada ocurre sin permiso de Dios.

536 a. Tales fenómenos ¿se verifican siempre con miras al hombre?

- A veces tienen una razón de ser directa para el hombre, pero frecuentemente también su único propósito consiste en el restablecimiento del equilibrio y la armonía de las fuerzas físicas de la Naturaleza.

536 b. Concebimos perfectamente que la voluntad de Dios sea la causa primera, en esta como en las demás cosas, pero, como también sabemos que los Espíritus ejercen una acción sobre la materia y son los agentes de la voluntad divina, preguntamos si algunos de ellos no ejercerán una influencia sobre los elementos para agitarlos, calmarlos o dirigirlos.

- Pero si es evidente… No puede ser de otro modo. Dios no se entrega a una acción directa sobre la materia. Tiene sus agentes dedicados a ello, en todos los grados de la escala de los mundos.

537. La mitología de los antiguos se basa enteramente sobre las ideas espíritas, con la diferencia de que aquéllos consideraban a los Espíritus como divinidades. Ahora bien, ellos nos representan a esos dioses o Espíritus con atribuciones especiales. Así pues, unos estaban encargados de los vientos, otros del rayo, otros presidían la flora, etcétera. Esa creencia ¿está desprovista de fundamento?

- Se halla tan poco desprovista de fundamento como lejos todavía de la verdad.

537 a. Por esa misma razón, ¿podría entonces haber Espíritus que moraran en lo interior de la Tierra, presidiendo los fenómenos geológicos?

- Tales Espíritus no habitan precisamente debajo de la tierra, pero presiden y dirigen los fenómenos, con arreglo a sus atribuciones. Algún día tendréis la explicación de todos esos fenómenos y los comprenderéis mejor.

538. Los Espíritus que presiden los fenómenos de la Naturaleza ¿integran una categoría especial dentro del Mundo Espírita? ¿Son seres diferentes, o Espíritus que han estado encarnados, como nosotros?

- Que lo han estado, o que lo estarán.

538 a. Esos Espíritus ¿pertenecen a los órdenes superiores o inferiores de la jerarquía espírita?

- Según sea su rol más o menos material o inteligente. Unos ordenan, los otros ejecutan. Los que realizan las acciones materiales son siempre de un orden inferior, así entre Espíritus como entre los hombres.

539. En la producción de determinados fenómenos – las tempestades, por ejemplo-, ¿actúa un solo Espíritu, o se reúnen ellos en muchedumbre?

- En multitudes innumerables.

540. Los Espíritus que ejercitan una acción sobre los fenómenos naturales ¿obran con conocimiento de causa y en virtud de su libre arbitrio, o por un impulso instintivo o irreflexivo?

- Unos sí y otros no. Haré una comparación: piensa en esas miríadas de animales que, poco a poco, hacen surgir de la superficie del mar islas y archipiélagos.[75] ¿Crees acaso que no hay en ello un fin providencial, y que esa modificación de la superficie del globo no es necesaria para la armonía general? Sólo son, sin embargo, animales de ínfima categoría lo que realizan esas cosas mientras proveen a sus necesidades, y sin sospechar que son instrumentos de Dios. Pues bien, del mismo modo los Espíritus más atrasados resultan útiles al conjunto. Mientras *se ensayan para la vida*, y antes de tener plena conciencia de sus actos y de su libre albedrío, obran sobre ciertos fenómenos cuyos agentes son sin tener conciencia de ello. Primero, ejecutan. Más tarde, cuando su inteligencia se haya desarrollado, ordenarán y dirigirán las cosas del mundo material. Así pues, todo sirve, todo se eslabona en la Naturaleza, desde el átomo primitivo hasta el arcángel, pues él mismo comenzó en un átomo. ¡Admirable ley de la armonía, cuyo conjunto no puede aprehender aún vuestro Espíritu limitado!

---

[75] Se hace referencia aquí a los zoófitos (animales con aspecto de plasma), productores de secreciones calizas de forma arborescente que les sirve de habitáculo, como, por ejemplo, las formaciones coralíferas. [*N. del T. al cast.*]

X.- Los Espíritus durante los combates

541. En una batalla ¿hay Espíritus que asisten y sostienen a cada bando?

- En efecto, y que estimulan su coraje.

Así los antiguos nos representaban antaño a sus dioses, tomando partido por este o aquel pueblo. Aquellos dioses no eran otra cosa que Espíritus, representados por figuras alegóricas.

542. En una guerra la justicia está siempre de un solo lado. ¿Cómo hay Espíritus que toman partido por el bando que no tiene razón?

- Bien enterados estáis de que existen Espíritus que no buscan sino la discordia y la destrucción. Para ellos, la guerra es la guerra: poco les interesa la justicia de la causa.

543. Algunos Espíritus ¿pueden influir sobre un general, en la concepción de sus planes de campaña?

- Sin lugar a dudas, los Espíritus pueden influirlo.

544. Algunos Espíritus malos ¿podrían sugerirle combinaciones erróneas con el propósito de causar su derrota?

- Sí, pero ¿no posee él acaso su libre arbitrio? Si su juicio no le permite distinguir una idea acertada de una falsa, sufrirá las consecuencias de ello, y en tal caso haría mejor en obedecer que en ordenar.

545. ¿Puede el general ser guiado a veces por una especie de doble vista, una visión intuitiva que le muestre de antemano el resultado de sus combinaciones?

- Frecuentemente ocurre esto en el hombre genial. Es lo que llama él inspiración, y hace que actúe con una especie de certeza. Esa inspiración le viene de los Espíritus que lo dirigen y que aprovechan las facultades de que está dotado.

546. En medio del estrépito del combate ¿qué pasa con los Espíritus de los que sucumben? ¿Todavía siguen interesados en la lucha, después de su muerte corporal?

- Algunos continúan interesándose, pero otros se alejan de ella.

En las batallas sucede lo mismo que en todos los casos de muerte violenta. En el primer momento, el Espíritu está sorprendido y como aturdido, no cree haber muerto. Le parece que está

tomando todavía parte en la acción. Sólo poco a poco se le va mostrando la realidad.

547. Los Espíritus que se combatían cuando estaban vivos, una vez muertos ¿siguen reconociéndose como enemigos y se encarnizan aún unos contra otros?

- En tales momentos el Espíritu no se encuentra nunca tranquilo. En el primer instante puede todavía querer mal a su enemigo, e incluso perseguirlo. Pero, cuando ha aclarado sus ideas, comprende que su animosidad ya no tiene objeto. Con todo, podrá todavía conservar vestigios de ella, según su carácter.

547 a. ¿Sigue percibiendo el fragor de la batalla?

- Sí, perfectamente.

548. El Espíritu que asiste con serenidad a un combate, en calidad de espectador, ¿es testigo de la separación del alma y el cuerpo? Y ¿cómo se le aparece este fenómeno?

- Pocas muertes hay que sean completamente instantáneas. Las más de las veces, el Espíritu cuyo cuerpo acaba de recibir una herida mortal no tiene inmediatamente conciencia de ello. Cuando empieza a recobrarse entonces se puede distinguir al Espíritu moviéndose junto al cadáver. Esto parece tan natural, que la vista del cuerpo muerto no le produce ningún efecto desagradable. Puesto que toda la vida se traslada al Espíritu, sólo él llama la atención y es con él con quien conversamos o al que damos una orden.

XI.- De los pactos

549. ¿Hay algo de cierto en los pactos con los malos Espíritus?

- No, no existen pactos, sino una índole perversa que simpatiza con los Espíritus malos. Por ejemplo: tú quieres atormentar a tu vecino y no sabes cómo hacerlo. Entonces acudes a Espíritus inferiores que, igual que tú, sólo quieren el mal, y éstos para ayudarte desean que tú les sirvas en sus malos propósitos. Pero no se deduce de ello que tu vecino no pueda desembarazarse de esos Espíritus mediante una conjura contraria y por imperio de su propia voluntad. El que quiere cometer una mala acción por el mero hecho de desearlo apela a los malos Espíritus para que acudan en su ayuda. Está entonces obligado a servirles, como ellos lo han hecho con él, porque también ellos necesitan de él para el mal que quieren cometer. El pacto consiste solamente en esto.

La dependencia en que a veces se encuentra el hombre respecto de los Espíritus inferiores procede de su entrega a los malos pensamientos que ellos le sugieren, y no de estipulación alguna entre ellos y él. El pacto, en el sentido vulgar que se concede a esta palabra, constituye una alegoría que describe a un individuo de mala índole simpatizando con Espíritus malévolos.

550. ¿Qué sentido tienen las leyendas fantásticas según las cuales ciertos individuos habrían vendido su alma al Diablo para obtener de él ciertos favores?

- Todas las fábulas contienen una enseñanza y una moraleja. Vuestro error consiste en que las tomáis al pie de la letra. Esta es una alegoría que puede explicarse así: el que llama en su ayuda a los Espíritus para obtener de ellos bienes de fortuna o cualquier otro favor, está contra la Providencia. Renuncia a la misión que ha recibido y a las pruebas que ha de soportar en la Tierra, y sufrirá las consecuencias de esto en la vida futura. Ello no significa que su alma quede para siempre condenada al infortunio. Pero, puesto que en lugar de desligarse de la materia se hunde cada vez más en ella, las alegrías de que haya gozado en este mundo no las tendrá en el de los Espíritus, hasta que haya expiado su falta con nuevas pruebas, quizá mayores y más aflictivas aún. Debido a su afición a los goces materiales se pone bajo la dependencia de los Espíritus impuros. Entre ellos y él existe un pacto tácito que lo conduce a su perdición, pero que siempre le es fácil romper con la asistencia de los buenos Espíritus, si tiene la firme voluntad de lograrlo.

XII.- Poder oculto. Talismanes. - Hechiceros

551. ¿Puede un hombre ruin, con el concurso de un Espíritu malo que le sea adicto, hacer mal al prójimo?

- No. Dios no lo consentiría.

552. ¿Qué pensar de la creencia en el poder que poseerían ciertas personas, de obrar maleficios?

- Algunas personas tienen un poder magnético muy grande, del que podrán hacer mal uso si su propio Espíritu es malvado, y en tal caso pueden ser secundadas por otros malos Espíritus. Pero no creáis en ese presunto poder mágico, que sólo está en la imaginación de los supersticiosos, los cuales ignoran las verdaderas leyes de la Naturaleza. Los hechos que al respecto se citan han sido acontecimientos naturales mal observados y, en especial, mal comprendidos.

553. ¿Qué efectos pueden tener las fórmulas y prácticas con cuyo auxilio algunas personas pretenden disponer de la voluntad de los Espíritus?

- El efecto consiste en ponerlas en ridículo si proceden de buena fe. En caso contrario, se trata de bribones que merecen un castigo. Todas las fórmulas son imposturas. No existe ninguna palabra mágica, signo cabalístico ni talismán que ejerza alguna acción sobre los Espíritus, por cuanto éstos sólo son atraídos por el pensamiento y no por las cosas materiales.

553 a. ¿No han dictado algunos Espíritus, a veces, fórmulas cabalísticas?

- Sí, tenéis Espíritus que os indican signos, palabras extravagantes, o que os prescriben determinados actos con cuyo concurso hacéis lo que denomináis conjuros. Pero tened plena certeza de que son Espíritus que están mofándose de vosotros y abusan de vuestra credulidad.

554. Aquel que, con razón o sin ella, tiene confianza en lo que llama la virtud de un talismán, ¿no puede, debido a esa confianza, atraer a un Espíritu? Porque entonces el que obra es el pensamiento, y el talismán sólo constituye un signo que ayuda a dirigir el pensamiento.

- Es cierto. Pero la índole del Espíritu atraído depende de la pureza de la intención y de la elevación de los sentimientos. Ahora bien, es raro que, quien sea lo bastante simple para creer en la virtud de un talismán, no se proponga un objetivo más material que moral. En todos los casos, esto pone de relieve una pequeñez una debilidad de ideas que abren las puertas a los Espíritus imperfectos y burlones.

555. ¿Qué sentido se debe atribuir a la calificación de hechicero?

- Los que llamáis hechiceros son personas (cuando actúan de buena fe) dotadas de ciertas facultades, como el poder magnético o la doble vista. Y entonces, como quiera que hacen cosas que no comprendéis, las creéis poseedoras de un poder sobrenatural. Vuestros mismos sabios ¿no han pasado con frecuencia por hechiceros, a los ojos de las personas ignorantes?

El Espiritismo y el magnetismo nos proporcionan la clave de multitud de fenómenos acerca de los cuales la ignorancia ha bordado infinidad de fábulas, en las que los hechos son exagerados por la imaginación. El conocimiento cabal de esas dos ciencias –que sólo forman una, por así decirlo-, al mostrar la

realidad de las cosas y su verdadera causa constituye el mejor escudo contras las ideas supersticiosas, porque demuestra lo que es posible y lo que es imposible, lo que está dentro de las leyes naturales y lo que constituye tan sólo una creencia ridícula.

556. ¿Poseen de veras, algunas personas, el don de curar por el simple contacto?

- El poder magnético puede llegar a eso cuando es secundado por la pureza de sentimientos y un ardoroso deseo de realizar el bien, porque entonces los Espíritus buenos acuden para ayudar. Pero hay que desconfiar del modo como cuentan las cosas ciertas personas demasiado crédulas o entusiastas, dispuestas siempre a ver prodigios en los hechos más sencillos y naturales. Es menester, también, no fiarse de los relatos interesados que ofrecen quienes explotan en su propio beneficio la credulidad de los demás.

XIII.- Bendición y maldición

557. La bendición y la maldición ¿pueden atraer el bien y el mal, respectivamente, sobre aquellos a quienes van dirigidas?

- Dios no escucha una maldición injusta, y a sus ojos, quien la lanza es culpable. Como tenemos las dos tendencias opuestas –el bien y el mal-, puede haber una influencia momentánea, inclusive sobre la materia. Pero ese influjo sólo se ejerce, en todos los casos, con el permiso de Dios, y como complemento de prueba para el que es objeto de él. Por otra parte, generalmente maldecimos a los malvados y bendecimos a los buenos. La bendición y la maldición jamás pueden apartar a la Providencia del camino de la justicia. La maldición sólo alcanza al maldecido cuando éste es ruin, y la bendición protege únicamente al que la merece. [76]

---

[76] Este problema de la *bendición* y la *maldición*, así como el de lo *prodigioso*, que consta en lo parágrafos 528 y 529, ejemplifica de manera positiva la naturaleza racional del Espiritismo, generalmente acusado de supersticioso por lo que ignoran la Doctrina. Pero uno de los puntos más importantes de este capítulo es el que se refiere al *instinto*, en el párrafo 522. Vemos allí que el concepto espírita de instinto se refiere al recuerdo inconsciente de las pruebas que hemos escogido antes de encarnar. Así pues, *la voz del instinto* es el presentimiento de los sucesos destacados de la actual existencia. El Espíritu encarnado recibe el aviso interior, mas puede atenderlo o no, según su libre arbitrio. Pero no se confunda este concepto espírita de instinto con el concepto psico-biológico de instinto como necesidad orgánica. Sobre éste véanse los parágrafos 589 y 590. [*N. de J. H. Pires*.]

CAPÍTULO X

OCUPACIONES Y MISIONES DE LOS ESPÍRITUS

558. ¿Tienen los Espíritus otra cosa que hacer, fuera de adelantar personalmente?

- Cooperan a la armonía del Universo al ejecutar las órdenes de Dios, cuyos ministros son. La vida espírita es una ocupación constante, pero que no tiene nada de penoso, como la de la Tierra, porque no hay en ella ni fatiga corporal ni las angustias de la necesidad.

559. Los Espíritus inferiores e imperfectos ¿desempeñan también un rol útil en el Universo?

- Todos tienen deberes que cumplir. ¿Acaso el último de los albañiles no colabora en la construcción del edificio tanto como el arquitecto? (Ver el párrafo 540).

560. ¿Posee cada uno de los Espíritus atribuciones especiales?

- Lo cierto es que cada uno de nosotros debe vivir en todos lados y adquirir el conocimiento de la totalidad de las cosas, cumpliendo sucesivamente todas las funciones concernientes a los distintos planos del Universo. Pero, conforme se ha dicho en el *Eclesiastés*, para todo hay un tiempo. Así, éste cumple hoy su destino en este mundo, aquél lo cumplirá o ya lo hizo en otra época, en la tierra, el aire, el agua, etcétera.

561. Las funciones que desempeñan los Espíritus en el orden de las cosas, ¿son permanentes para cada uno y están dentro de las atribuciones exclusivas de determinadas clases?

- Todos deben recorrer los diferentes grados de la escala para perfeccionarse. Dios, que es justo, no ha podido querer dar a unos el conocimiento sin el trabajo necesario para lograrlo, mientras que otros sólo lo adquieren con esfuerzo.

Del mismo modo, entre los hombres, nadie llega al grado más alto de habilidad en cualquier arte sin haber obtenido antes los conocimientos necesarios mediante la práctica de los pormenores más ínfimos de ese arte.

562. Puesto que los Espíritus del orden más elevado no tienen ya nada más que adquirir, ¿se hallan en reposo absoluto, o poseen también ocupaciones?

- ¿Qué querrías que hiciesen durante la eternidad? El ocio perpetuo sería un eterno suplicio.

562 a. ¿De qué índole son sus ocupaciones?

- Recibir directamente los mandatos de Dios, transmitirlos a todo el Universo y velar por su ejecución.

563. ¿Son incesantes las ocupaciones de los Espíritus?

- Incesantes, sí, si con ello se entiende que su pensamiento se encuentra siempre en actividad, porque ellos viven por el pensamiento. Pero no hay que equiparar las ocupaciones de los Espíritus con las materiales a que se dedican los hombres. La actividad de aquéllos constituye de por sí un goce, por la conciencia que tienen de ser útiles.

563 a. Esto se concibe en lo que respecta a los Espíritus buenos. Pero, ¿sucede lo propio con los inferiores?

- Los Espíritus inferiores tienen tareas adecuadas a su grado de progreso. ¿Confiáis vosotros al peón y al ignorante los trabajos del hombre inteligente?

564. Entre los Espíritus ¿los hay que permanecen ociosos, o que no se ocupan en nada útil?

- Sí, más ese estado es temporario y está subordinado al desarrollo de su intelecto. Por cierto que hay, igual que entre los hombres, Espíritus que sólo viven para sí mismos. Pero tal ociosidad les pesa, y tarde o temprano el deseo de adelantar les hace experimentar la necesidad de actividad, y entonces se sienten felices de poder ser útiles. Estamos hablando de aquellos Espíritus que han llegado al punto de tener conciencia de sí mismos y de su libre albedrío. Porque en su comienzo son como niños recién nacidos, que obran más por instinto que por una voluntad determinada.

565. ¿Examinan los Espíritus nuestros trabajos artísticos y se interesan por ellos?

- Examinan lo que puede probar la elevación de los Espíritus y su progreso.

566. Un Espíritu que en la Tierra tenía una especialidad –un pintor o un arquitecto, por ejemplo-, ¿se interesa de preferencia por los trabajos que han sido su predilección durante su vida?

- Todo se confunde dentro de un objetivo general. Si es bueno, se interesa en ellos tanto como se lo permite la ocupación de ayudar a las almas en ascender hacia Dios. Por otra parte, olvidáis que un Espíritu que practicó un arte en la existencia que le conocéis, puede haberse consagrado a otro en una vida anterior, porque es preciso que lo sepa todo para ser perfecto. Así pues, según su grado de adelanto puede que no tenga ninguna especialidad. Así lo entendía yo al afirmar que todo se confunde dentro de un objetivo general. Notad incluso esto: lo que es sublime para vosotros, en vuestro atrasado mundo, son sólo niñerías en mundos más evolucionados. ¿Cómo queréis que los Espíritus que habitan esos mundos, donde existen artes desconocidas para vosotros, admiren lo que para ellos no es sino una tarea escolar? Lo dije ya: examinan lo que es prueba de progreso.

566 a. Concebimos que deba ser así en lo tocante a los Espíritus muy adelantados, pero estamos refiriéndonos a Espíritus más vulgares y que no se hallan todavía por encima de las ideas terrenas.

- En cuanto a estos últimos, es diferente. Su punto de vista es más limitado y pueden admirar lo mismo que admiráis vosotros.

567. ¿Se mezclan a veces los Espíritus en nuestras ocupaciones y placeres?

- Los Espíritus vulgares a que te referías, sí. Permanecen sin cesar en torno a vosotros y toman parte a veces muy activa en lo que hacéis, según su progreso adquirido. Y es necesario que procedan así, para impulsar a los hombres en los diferentes caminos de la vida, estimulando o moderando sus pasiones.

Los Espíritus se ocupan en las cosas de este mundo en virtud de su elevación o de su inferioridad. Los Espíritus superiores poseen, sin duda, la facultad de considerarlas en sus más pequeños detalles, pero sólo lo hacen en la medida en que esto sea útil al progreso. Únicamente los Espíritus inferiores conceden una importancia relativa a esas cosas, conforme a los recuerdos que permanezcan todavía presentes en su memoria y a las ideas materiales que no se hayan extinguido aún en ellos.

568. Los Espíritus que deben llevar a cabo misiones ¿las cumplen en estado errante o en el de encarnación?

- Pueden tenerlas en uno y en el otro estado. Para algunos Espíritus errantes las misiones son una gran ocupación.

569. ¿En qué consisten las misiones que pueden ser encomendadas a los Espíritus errantes?

- Tan variadas son, que resultaría imposible enumerarlas. Además, entre ellas las hay que no podéis vosotros comprender. Los Espíritus ejecutan los mandatos de Dios y vosotros no estáis en condiciones de penetrar todos sus designios.

Las misiones de los Espíritus siempre se proponen por objeto el bien. Ya sea en cuanto Espíritus o en su condición de hombres, están encargados de colaborar al progreso de la humanidad, de los pueblos o de los individuos, dentro de un orden de ideas más o menos amplio y especial, preparando los caminos para que ciertos acontecimientos se produzcan y velando por el cumplimiento de determinadas cosas. Algunos tienen misiones más restringidas y en cierto modo personales, o de carácter enteramente local, como asistir a los enfermos, moribundos y afligidos, velar por aquellos de los cuales se convierten en guías y protectores, y orientarlos con sus consejos o por medio de los buenos pensamientos que les sugieren. Se puede afirmar que hay tantos tipos de misiones como clases de intereses que vigilar, ya sea en el mundo físico o en el moral. El Espíritu progresa según la manera como cumple su tarea.

570. ¿Comprenden siempre los Espíritus los designios que están encargados de ejecutar?

- No. Entre ellos los hay que son ciegos instrumentos: pero otros, en cambio, saben muy bien con qué objeto están actuando.

571. ¿Sólo los Espíritus elevados cumplen misiones?

- La importancia de las misiones está relacionada con las capacidades y la elevación del Espíritu. El mensajero que lleva un despacho cumple una misión, pero no es la misión del general.

572. La misión de un Espíritu ¿le es impuesta, o depende de su voluntad?

- La pide y se siente feliz de obtenerla.

572 a. Una misma misión ¿puede ser solicitada por muchos Espíritus?

- Sí, hay a menudo varios postulantes, pero no a todos se acepta.

573. ¿En qué consiste la misión de los Espíritus encarnados?

- En instruir a los hombres, cooperar en su adelanto, mejorar sus instituciones por medios directos y materiales. Pero las misiones son más o menos generales e importantes: el que cultiva la tierra está cumpliendo una misión, así como el que gobierna o el que instruye. En la Naturaleza todo se eslabona. Al paso que el Espíritu se depura mediante la encarnación, colabora en esa forma en la realización de las miras de la Providencia. Cada cual tiene en la Tierra su misión, porque cada cual puede ser útil para algo.

574. ¿Cuál podrá ser la misión de las personas voluntariamente inútiles en la Tierra?

- Hay, en efecto, personas que no viven más que para sí mismas y no saben tornarse útiles para nada. Son pobres seres a los que hemos de tener lástima, porque expiarán cruelmente su voluntaria inutilidad, y su castigo se inicia con frecuencia en este mundo mismo, por el tedio y el disgusto de la vida que experimentan.

574 a. Puesto que tenían ocasión de elegir, ¿por qué han preferido una existencia que en nada podía beneficiarles?

- Entre los Espíritus los hay también perezosos, que retroceden ante la perspectiva de una vida de trabajo. Dios les deja hacer. Ya comprenderán más tarde, y a sus expensas, los inconvenientes de su inutilidad, y serán los primeros en pedir que se les permita recuperar el tiempo perdido. También es posible que hayan escogido una vida más útil, pero al poner manos a la obra renunciaron y se dejaron arrastrar por las sugestiones de los Espíritus que los alentaban a entregarse al ocio.

575. Las ocupaciones comunes nos parecen más bien deberes que misiones, propiamente dichas. La misión, según la idea que se atribuye a esta palabra, tiene un carácter de importancia menos exclusiva y, sobre todo, menos personal. Desde este punto de vista, ¿cómo se puede reconocer que un hombre tiene en este mundo una misión real?

- Por las grandes cosas que llevan a cabo; por los progresos que ayuda a hacer a sus semejantes.

576. Los hombres a quienes ha tocado una misión importante ¿estaban predestinados a ella antes de su nacimiento? Y ¿tienen conocimiento de la misma?

- En ocasiones, sí. Pero casi siempre la desconocen. Sólo tienen un objetivo vago al venir a la Tierra. Su misión se va diseñando con posterioridad a su nacimiento, y conforme a las circunstancias. Dios los impulsa por el camino en el que deben cumplir sus designios.

577. Cuando un hombre realiza algo útil, ¿lo hace siempre en virtud de una misión anterior y para la cual estaba predestinado, o puede, en cambio, recibir el encargo de una misión que no había previsto?

- Todo lo que hace el hombre no es resultado de una misión para la que estaba predestinado. Con frecuencia es él el instrumento de que se sirve un Espíritu para hacerle ejecutar algo que considera útil. Por ejemplo, un Espíritu piensa que sería conveniente escribir un libro que él mismo haría, si estuviera encarnado. Busca entonces al escritor que sea más apto para comprender su pensamiento y expresarlo. Le da la idea de ello y lo dirige en la ejecución de la obra. De esta manera, aquel hombre no había venido a la Tierra con la misión de redactar ese libro. Lo mismo acontece con ciertos trabajos artísticos o de descubrimientos. Hay que agregar todavía que, durante el sueño de su cuerpo, el Espíritu encarnado se comunica directamente con el Espíritu en estado errante, y ambos se ponen de acuerdo para la realización.

578. ¿Puede el Espíritu fracasar en su misión, debido a su propia culpa?

- Si no es un Espíritus superior, sí.

578 a. ¿Cuáles son para él las consecuencias de esto?

- Deberá recomenzar su tarea. En ello consiste su punición. Además, sufrirá las consecuencias del mal que haya ocasionado.

579. Puesto que el Espíritu recibe de Dios su misión, ¿cómo puede Dios confiar una misión importante y de interés general a un Espíritu que pudiera fracasar en ella?

- ¿No sabe Dios, acaso, si su general alcanzará la victoria o será derrotado? Sí que lo sabe, tened seguridad de esto. Y sus planes, *cuando son importantes*, no dependen de aquellos que puedan abandonar su obra en medio del trabajo. Para vosotros, toda la cuestión radica en el conocimiento del porvenir que Dios posee, pero que no os es dado aún conocer.

580. El Espíritu que encarna para cumplir una misión ¿tiene el mismo temor que el que lo hace como prueba?

- No, pues posee experiencia.

581. Los hombres que son la antorcha del género humano, al que iluminan con su genio, poseen ciertamente una misión. Pero entre ellos hay algunos que se equivocan y que al lado de grandes verdades difunden errores no menos grandes. ¿Cómo se debe considerar su misión?

- Como falseada por ellos mismos. Son inferiores a la tarea que han emprendido. No obstante, hay que tener en cuenta las circunstancias: los hombres geniales debían hablar de acuerdo con la época, y una determinada enseñanza, que parecerá errónea o pueril en una época más adelantada, podía ser suficiente para su siglo.

582. ¿Se puede considerar a la paternidad como una misión?

- Es, sin disputa, una misión. Se trata al mismo tiempo de un deber muy grande y que compromete, más de lo que el hombre cree, su responsabilidad para el porvenir. Dios ha puesto al hijo bajo la tutela de sus padres para que éstos lo encaminen por la senda del bien, y facilitó su tarea dando al niño una organización frágil y delicada, que lo torna accesible a todas las impresiones. Pero hay quienes se ocupan más en enderezar los árboles de su huerto y lograr que den muchos y buenos frutos, que en corregir el carácter de su hijo. Si éste sucumbe por su culpa, a ellos corresponderá la pena, y los sufrimientos del niño en la vida futura recaerán sobre los padres, porque no habrán hecho lo que de ellos dependía en pro del adelanto del hijo por la senda del bien.

583. Si un niño se vuelve malo a pesar de los cuidados de sus progenitores, ¿son éstos los responsables?

- No, pero cuanto peores sean las disposiciones del niño, más pesada resultará la labor y mayor será el mérito si los padres logran apartarlo del falso camino.

583 a. Si un niño se convierte en un buen adulto, pese a la negligencia o malos ejemplos de sus progenitores, ¿corresponde a éstos algún beneficio?

- Dios es justo.

584. ¿Cuál es la índole de la misión del conquistador que sólo busca satisfacer su ambición y que para alcanzar tal objetivo no retrocede ante ninguna de las calamidades que desencadena a su paso?

- Casi siempre es sólo un instrumento de que se sirve Dios para poner por obra sus designios, y esas calamidades constituyen a veces un medio para que un pueblo progrese más rápido.

584 a. El que sea instrumento de esas calamidades pasajeras es ajeno al bien que de ellas pueda resultar, puesto que sólo se proponía un objetivo personal. No obstante, ¿se beneficiará con ese bien?

- Cada cual será recompensado según sus obras, el bien que *ha querido* hacer y la rectitud de sus intenciones.

Los Espíritus encarnados tienen ocupaciones inherentes a su existencia corporal. En la erraticidad, o estado de desencarnado, tales ocupaciones son proporcionales a su grado de desarrollo.

Unos recorren los mundos, se instruyen y se van preparando para una nueva encarnación.

Otros, más evolucionados, se ocupan del progreso, dirigiendo los acontecimientos y sugiriendo pensamientos propicios. Asisten a los hombres geniales que cooperan en el adelanto de la humanidad.

Otros encarnan con una misión de progreso.

Otros toman bajo su tutela a individuos, familias, conglomerados de personas, ciudades y pueblos, de los cuales son los ángeles de la guarda, genios protectores y Espíritus familiares.

Otros, por último, presiden los fenómenos de la Naturaleza, cuyos agentes directos son.

Los Espíritus vulgares se mezclan en nuestros quehaceres y diversiones.

Los Espíritus impuros o imperfectos aguardan, en medio de sufrimientos y angustias, el instante en que plazca a Dios procurarles los medios de adelantar. Si hacen el mal es por el despecho que experimentan hacia el bien, del cual todavía no pueden disfrutar.

CAPÍTULO XI

LOS TRES REINOS

I.- Los minerales y las plantas

585. ¿Qué pensáis de la división de la Naturaleza en tres reinos, o bien en dos clases: los seres orgánicos y los seres inorgánicos? Algunos conceptúan que la especie humana es una cuarta clase. ¿Cuál de tales divisiones es la correcta?

- Todas son buenas. Depende del punto de vista adoptado. En su aspecto material sólo hay seres orgánicos e inorgánicos. Desde el punto de vista moral, en cambio, existen evidentemente cuatro grados.

Esos cuatros grados poseen, en efecto, caracteres bien definidos, aun cuando sus límites parezcan confundirse. La materia inerte, que integra el reino mineral, no posee en sí más que energía mecánica. Las plantas, compuestas de materia inerte, se hallan dotadas de vitalidad. Los animales, formados asimismo de materia inerte y provistos de vitalidad, poseen además una especie de inteligencia instintiva, limitada, pero sin conciencia de su existencia y de su individualidad. Por su parte, el hombre, que tiene cuanto hay en plantas y animales, domina a las otras clases por medio de una inteligencia especial, ilimitada[77], que le da la conciencia de su porvenir, la percepción de las cosas extramateriales y el conocimiento de Dios.

586. ¿Tienen las plantas conciencia de su existir?

- No, pues no piensan. Sólo poseen vida orgánica.

587. Las plantas ¿experimentan sensaciones? ¿Sufren cuando se las mutila?

- Las plantas perciben impresiones físicas que actúan sobre la materia, pero no tienen percepciones. En consecuencia, no experimentan la sensación del dolor.

---

[77] La inteligencia del hombre es ilimitada frente a la limitada inteligencia del animal. El texto francés dice “indefine”, lo que generalmente se traduce por “indefinida”. Pero nos parece que la traducción más clara es la que aquí se adopta. [*N. de J. H. Pires.*]

588. La fuerza que atrae a las plantas unas hacia otras ¿es independiente de su voluntad?

- Sí, visto que no piensan. Se trata de una fuerza mecánica de la materia que obra sobre la materia. Las plantas no podrían oponerse a ella.

589. Ciertas plantas, tales como la sensitiva y la dionea, por ejemplo, tienen movimientos que denotan gran sensibilidad, y en ciertos casos una especie de voluntad, como sucede con la segunda de las nombradas, cuyas hojas aprisionan al insecto que acude a posarse en ellas para libar su zumo, y al cual la dionea parece tender una trampa para después matarlo. Esas plantas ¿están dotadas de la facultad de pensar? ¿Poseen voluntad? ¿Constituyen una clase intermedia entre los reinos vegetal y animal? ¿Son una transición de uno a otro de esos reinos?

- En la Naturaleza todo es transición, por el hecho mismo de que nada es semejante y, sin embargo, todo se relaciona. Las plantas no piensan y, por consiguiente, carecen de voluntad. La ostra que se abre, así como todos los zoófitos, están desprovistos de pensamiento. Sólo hay en ellos un instinto ciego y natural.

El organismo humano nos provee ejemplos de movimientos análogos sin participación de la voluntad, como en las funciones digestivas y circulatorias. El píldoro se contrae al contacto de ciertos cuerpos para impedir su paso. Lo propio tiene que suceder con la sensitiva, cuyos movimientos no implican en manera alguna la necesidad de una percepción, y menos todavía de una voluntad.

590. ¿No hay en las plantas, como en los animales, un instinto de conservación que las mueva a buscar lo que pueda serles útil y a sustraerse de lo que sea capaz de dañarlas?

- Es, si así se quiere, una especie de instinto. Depende de la extensión que se conceda a este vocablo. Pero es puramente mecánico. Cuando en las operaciones químicas veis unirse dos cuerpos, es porque son compatibles, vale decir que hay entre ellos afinidad. Pero no denomináis instinto a esto.

591. En los mundos superiores ¿son las plantas, así como los demás seres, de una naturaleza más perfecta?

- Todo es más perfecto allí, pero las plantas son siempre plantas, como los animales siempre son animales y los hombres son siempre hombres.[78]

II.- Los animales y el hombre

592. Si comparamos al hombre con los animales en lo que toca a la inteligencia, la línea de demarcación entre aquél y éstos parece difícil de trazar, porque algunos irracionales tienen, desde este punto de vista, una notoria superioridad sobre ciertos seres humanos. Esa línea fronteriza ¿puede ser establecida de una manera exacta?

- Sobre este punto vuestros filósofos no se hallan muy de acuerdo. Unos pretenden que el hombre es un animal; otros, que el animal es un hombre. Todos se equivocan. El hombre es un ser aparte, que en ocasiones se rebaja demasiado o que puede elevarse muy alto. En lo físico, el hombre es como los animales, y está menos dotado que muchos de ellos. La Naturaleza les ha concedido todo lo que el hombre está obligado a *inventar con su inteligencia* a fin de proveer a sus necesidades y a su conservación. El cuerpo humano se destruye igual que el de los animales, es cierto, pero su Espíritu tiene un destino que sólo él puede comprender, porque únicamente él es del todo libre.

¡Pobres hombres, que os rebajáis por debajo de la bestia! ¿No sabéis diferenciaros de ella? Reconoced al hombre por el pensamiento de Dios.

---

[78] Algunas personas consideran esta respuesta como una negación de la continuidad evolutiva de las cosas y seres. El lector debe tener en cuenta que la respuesta hace referencia a la condición imperante en los mundos superiores, donde hay plantas, animales y hombres, igual que en los inferiores, pero en un estadio más evolucionado. La palabra "siempre" (*toujours*), empleada en el original francés, no se utiliza en el sentido de "eternidad", sino tan sólo para mostrar que los tres reinos existen "siempre" en todos los mundos de que se hace mención. Por lo demás, una sola frase no podrá contradecir a todo el libro. Véanse los párrafos 604, 607 y 607 a. [*N. de J. H. Pires*.]

La frase del original es: "… *les plantes sont toujours des plantes*…" etcétera. La hemos traducido literalmente para no omitir el término "siempre", que motiva la nota de J. H. Pires que acabamos de transcribir. Pero, en realidad, hubiéramos preferido decir: "… las plantas siguen siendo plantas…", etcétera, porque el *toujours* de los franceses no en todos los casos significa "siempre". Véase, si no, lo que expresa una autoridad indiscutida en la materia, RAFAEL MARÍA BARALT, en su célebre *Diccionario de Galicismos*. Dice este autor: "[Siempre] ocasiona groseros galicismos. Verbigracia: "¿Cómo se encuentra usted? – Estoy *siempre* enfermo". Cualquiera conoce la diferencia que va de esto a lo siguiente: "¿Cómo está usted? Sigo *enfermo*". [*N. del T. al cast.*]

593. ¿Se puede afirmar que los animales sólo obran por instinto?

- También en esto hay un prejuicio. Bien es verdad que el instinto predomina en la mayoría de los animales, pero ¿no estás viendo que actúan con una voluntad determinada? Eso es inteligencia, aunque sea limitada.

Además del instinto, no se podría negar a ciertos animales el hecho de que realizan actos deliberados que denotan una voluntad de obrar en determinado sentido y conforme a las circunstancias. Hay en ellos, pues, una especie de inteligencia, pero cuyo ejercicio se concentra con más exclusividad en los medios de satisfacer sus necesidades físicas y de proveer a su conservación. No existe en ellos ninguna creación ni mejora alguna. Por mucho que sea el arte que admiramos en sus trabajos, lo mismo que hacían antaño siguen haciéndolo en la actualidad, ni mejor ni peor, según formas y proporciones constantes e invariables. El ejemplo al que se aísle de su especie a muy temprana edad no deja por eso, cuando llega a adulto, de construir su nido con arreglo al mismo patrón, sin haber recibido al respecto enseñanza ninguna. Si algunos de entre ellos son susceptibles de cierta educación, su desarrollo intelectual, confinado en todos los casos dentro de estrechos límites, se debe a la acción del hombre sobre una naturaleza flexible, porque no hay ningún progreso que realicen por sí mismos. Pero ese adelanto será efímero y meramente individual, por cuanto el animal librado a sus propios recursos no tarda en volver a colocarse dentro de los lindes trazados por la Naturaleza.

594. ¿Poseen lenguaje los animales?

- Si os referís a un lenguaje formado por palabras y sílabas, no. Pero un medio de comunicarse entre ellos, sí. Se expresan recíprocamente muchas más cosas de las que creéis. Pero su lenguaje se limita, igual que las ideas, a sus necesidades.

594 a. Existen animales que no tienen voz. ¿No poseen, entonces, lenguaje?

- Se entienden por otros medios. ¿Acaso los hombres sólo tenéis la palabra para comunicaros? ¿Qué dices de los mudos? Puesto que entre los irracionales existe la vida de relación, disponen de medios para advertirse del peligro y expresar las sensaciones que experimentan. ¿Crees que los peces no se entiendan? El hombre no disfruta, pues, del privilegio exclusivo del lenguaje. Pero el de los animales es instintivo y se halla constreñido al círculo de sus

necesidades e ideas, en tanto que el del hombre es perfectible y se presta para expresar todas las concepciones del intelecto.

En efecto, los peces, que emigran en masa, así como las golondrinas, que obedecen al guía que las conduce, deben de tener medios para advertirse del peligro, entenderse y ponerse de acuerdo. Quizá sea por una vista más penetrante que les permite distinguir las señales que se hacen. Acaso el agua sea el vehículo que les transmite determinadas vibraciones. Sea como fuere, es incontestable que poseen un medio para comunicarse, lo mismo que todos aquellos animales desprovistos de voz y que realizan tareas en común. Según esto, ¿debemos asombrarnos de que los Espíritus puedan comunicarse mutuamente, sin disponer del recurso de la palabra articulada? (Véase el parágrafo 282).

595. ¿Poseen los animales el libre albedrío de sus actos?

- No son simples máquinas, como creéis[79]. Pero su libertad de acción se halla limitada a sus necesidades, y no es posible compararla con la del hombre. Puesto que aquéllos son muy inferiores a éste, no les caben los mismos deberes. Su libertad se restringe a los actos de la vida material.

596. ¿A qué se debe la aptitud de ciertos animales de imitar el lenguaje humano, y por qué esa facultad se encuentra más bien en las aves que en el mono, por ejemplo, cuya conformación posee más analogía con la del hombre?

- Conformación particular de los órganos vocales, secundada por el instinto imitativo. El nomo imita los gestos; algunos pájaros imitan la voz.

597. Puesto que los animales poseen una inteligencia que les confiere cierta libertad de acción, ¿existe en ellos un principio independiente de la materia?

- Sí, y que sobrevive al cuerpo.

597 a. Ese principio ¿es un alma similar a la humana?

- Es también un alma, si así lo queréis. *Ello depende del sentido que se dé a esta palabra.* Pero es inferior a la del hombre.

[79] Enseñaba DESCARTES que los animales son máquinas y que, por no tener Espíritu, obran según las leyes de la materia. Esa concepción, que en tiempos de Kardec estaba aún bastante difundida, prevalece incluso en la hora actual entre la mayoría de los hombres. Los Espíritus la han refutado, conforme se observará, y su opinión es refrendada por las ciencias. [*N. de J. H. Pires.*]

Hay entre el alma de los irracionales y la humana tanta distancia como la que existe entre el alma del hombre y Dios.

598. El alma de los animales ¿conserva después de la muerte su individualidad y la conciencia de sí?

- Sí su individualidad, pero no la conciencia de su yo. La vida inteligente permanece en estado latente.

599. El alma de los irracionales ¿puede elegir encarnar en un animal más bien que en otro?

- No, no posee libre arbitrio.

600. Visto que el alma del animal sobrevive a su cuerpo ¿se halla después de la muerte en la erraticidad, como la del hombre?

- Es una especie de erraticidad la suya, puesto que no está unida a un cuerpo, pero no es un *Espíritu errante*. El Espíritu errante es un Ser que piensa y obra por su libre voluntad. El de los animales no posee la misma facultad. El atributo del irracional es clasificado, después de su muerte, por los Espíritus a quienes esta tarea compete, y casi de inmediato se le utiliza. No tiene oportunidad de entrar en relaciones con otras criaturas.

601. ¿Siguen los animales, como los hombres, una ley progresiva?

- En efecto. De ahí que en los mundos superiores, donde los hombres se hallan más evolucionados, los animales lo estén también, poseyendo medios de comunicación más desarrollados. Pero siguen siendo inferiores y continúan sometidos al hombre. Son para él servidores inteligentes.

No hay en esto nada de extraordinario. Supongamos que nuestros animales más inteligentes –el perro, el elefante, el caballo- poseyeran una conformación más apropiada para las tareas manuales: ¿qué no podrían hacer bajo la dirección del hombre? [80]

---

[80] Modernamente, con la aplicación de *tests* a los animales se ha adelantado mucho en este terreno. Por ejemplo, las hormigas son muy hábiles para resolver la prueba del laberinto, y las abejas demuestran poseer una noción extraordinaria acerca del transcurso del tiempo. Algunos loros y cuervos aprendieron a contar hasta siete, y los peces diferencian un óvalo de un círculo. Los experimentos han demostrado, en cambio, que el perro no posee el grado de inteligencia que se le acreditaba hasta hace poco, aunque sí es tenaz y tiene muy buena voluntad en aprender. El caballo parece también disfrutar de fama inmerecida pues, según las últimas experiencias realizadas, su capacidad mental es muy inferior a la del asno, y menor incluso que la del cerdo. En términos generales, se verifica que las especies que el hombre ha domesticado son

602. ¿Progresan los animales, igual que el hombre, por su propia voluntad o por la fuerza de las circunstancias?

- Por la fuerza de las circunstancias. De ahí que no haya para ellos expiación.

603. En los mundos superiores ¿conocen los animales a Dios?

- No. El hombre es para ellos un dios, como en lo antiguo los Espíritus eran dioses para los seres humanos.

604. Puesto que los animales (aun los perfeccionados de los mundos superiores) siguen siendo inferiores al hombre, de ello resultaría que Dios habría creado seres inteligentes perpetuamente destinados a la inferioridad, lo cual parecería estar en desacuerdo con la unidad de miras y de progreso que en todas sus obras se observa.

- En la Naturaleza todo se eslabona por vínculos que no podéis aún aprehender, y las cosas que en apariencia son más disparatadas tienen puntos de contacto que el hombre, en su actual estado, no llegará jamás a comprender. Mediante un esfuerzo del intelecto puede entreverlos, pero sólo cuando su inteligencia haya adquirido todo su desarrollo y se vea libre de los prejuicios del orgullo y de la ignorancia podrá ver con claridad en la obra de Dios.

En el ínterin, sus limitadas ideas hacen que vea las cosas desde un punto de vista mezquino y estrecho. Sabed bien que Dios no puede contradecirse y que todo en la Naturaleza armoniza por leyes generales que jamás se apartan de la sublime sabiduría del Creador.

604 a. Así pues, ¿la inteligencia es una facultad común, un punto de contacto entre el alma de los irracionales y la humana?

- Sí, pero los animales sólo poseen la inteligencia de la vida material. En el hombre, el intelecto le confiere la vida moral.

605. Si se consideran todos los puntos de contacto existentes entre el hombre y los irracionales, ¿no cabría pensar que el ser humano posea dos almas, a saber: el alma animal y el alma espírita, y que si no tuviera esta última podría vivir igual que las bestias? Dicho de otro modo: ¿no se puede pensar que el animal es un ser semejante al hombre, excepto que no posee el alma espírita? De lo cual ¿no

---

menos inteligentes que aquellas otras que se encuentran en estado de libertad y que denominamos silvestres o salvajes. [*N. del T. al cast.*]

resultaría que los instintos buenos y malos del hombre serían el efecto del predominio, en él, de una de esas dos almas…?

- No, no tiene el hombre dos almas. Pero el cuerpo posee sus instintos, que son el resultado de las sensaciones de los órganos. Sólo hay en él una doble naturaleza: la naturaleza animal y la espiritual. Por su cuerpo, participa de la naturaleza de los animales y de los instintos que a éstos caracterizan. Por su alma, participa de la naturaleza de los Espíritus.

605 a. De manera que, además de sus propias imperfecciones, de las que debe el Espíritu despojarse, ¿tiene que luchar también contra la influencia de la materia?

- Así es. Y cuanto más imperfecto sea el estado en que se encuentre, tanto más estrechos serán los lazos existentes entre el Espíritu y la materia. ¿Acaso no lo veis? No, el hombre no tiene dos almas, puesto que el alma es en todos los casos única en cada ser. El alma del irracional y la del hombre son distintas una de otra, de modo que el alma de uno no puede animar el cuerpo creado para la otra. Pero, si el ser humano no posee un alma animal que lo ponga, por sus pasiones, al nivel de los irracionales, tiene en cambio su cuerpo, que lo rebaja a menudo hasta ellos, por cuanto su cuerpo es un ser dotado de vitalidad y provisto de instintos, pero instintos no inteligentes y limitados a cuidar de su propia conservación.[81]

El Espíritu, al encarnar en el cuerpo del hombre, aporta a él el principio intelectivo y moral que lo torna superior a los animales. Las dos naturalezas que coexisten en el hombre hacen que sus pasiones tengan dos orígenes diversos: unas proceden de los instintos de la naturaleza animal; otras, de las impurezas del Espíritu encarnado en él, y que simpatizan en mayor o menor grado con los groseros apetitos animales. Al purificarse, el Espíritu se va liberando poco a poco de la influencia de la materia. Hallándose bajo este influjo, se acerca al irracional. Una vez desembarazado de él, se eleva a su verdadero destino.

606. ¿De dónde sacan los animales el principio inteligente que constituye la especie particular de alma de que están dotados?

- Del elemento inteligente universal.

[81] Los Espíritus plantean aquí un problema filosófico, el del “ser del cuerpo”, que el desarrollo de la filosofía espírita tiende a esclarecer. Hay obras especializadas sobre el tema en la Colección Filosófica Edicel, Editora Cultural Espírita, Ltda. Sao Paulo, Brasil. [*N. de J. H. Pires.*]

606 a. La inteligencia del hombre y la de los animales ¿emanan, pues, de una principio único?

- A no dudarlo, pero en el hombre ha recibido una elaboración que la eleva por encima de la del animal.

607. Se ha dicho que en su origen el alma del hombre se halla en un estado análogo al de la infancia de la vida corpórea, que su inteligencia brota apenas y que se ensaya para la vida. (Ver el párrafo 190). ¿Dónde cumple el Espíritu esa primera etapa?

- En una serie de existencias que anteceden al período que llamáis humanidad.

607 a. Así pues, ¿el alma pareciera haber sido el principio inteligente de los seres inferiores de la Creación?

- ¿No hemos dicho ya que en la Naturaleza todo se eslabona y tiende a la unidad? Es en esos seres – a los que estáis lejos de conocer en su totalidad- donde el principio inteligente se elabora, individualizándose poco a poco, y se ensaya para la vida, conforme hemos afirmado antes. Se trata en cierto modo de una tarea preparatoria, como la de la germinación, a consecuencia de la cual el principio inteligente experimenta una transformación y se convierte en Espíritu. Entonces comienza para él el período de humanidad, y con éste la conciencia de su futuro, la distinción entre el bien y el mal y la responsabilidad de sus actos: así como tras la etapa de la niñez viene la de la adolescencia, luego la juventud y por último la edad madura. Por otra parte, nada hay en este origen que deba avergonzar al hombre. ¿Acaso se sienten humillados los grandes hombres por haber sido embriones informes en el seno materno? Si por algo ha de sentir vergüenza, es por su inferioridad ante Dios y la impotencia en que se halla de sondear la profundidad de sus designios y la sabiduría de las leyes que rigen la armonía del Universo. Reconoced la grandeza de Dios en esa admirable armonía que hace que en la Naturaleza todo sea solidario. Creer que Dios haya podido realizar algo sin un objetivo determinado y crear seres inteligentes desprovistos de futuro sería blasfemar de su bondad, que se extiende sobre todas sus criaturas. [82]

---

[82] Acerca de la evolución anímica y espiritual de los animales, ALLAN KARDEC expuso lo siguiente: “Este sistema, basado en la gran ley de unidad que preside a la Creación, es preciso convenir que está conforme con la bondad y la justicia del Creador; así da una salida, un objetivo y un destino a los animales: éstos dejan de ser criaturas desheredadas, encontrando en el porvenir que les está reservado una compensación a sus sufrimientos”. (Ver El Génesis, cap. XI, ítem 23). (continúa pág ssg.)

607 b. Ese período de humanidad ¿comienza en nuestro mundo?

- La Tierra no es el punto de partida de la primera encarnación humana. El período de humanidad se inicia, por lo general, en mundos todavía más imperfectos que éste. Lo cual no constituye, empero, una regla absoluta, y pudiera acontecer que un Espíritu, desde su iniciación humana, fuera apto para vivir en la Tierra. El caso no es frecuente: representaría más bien una excepción.

608. El Espíritu del hombre, después de la muerte corporal, ¿tiene conciencia de las vidas que han precedido para él a su período de humanidad?

- No, porque es a partir de este período cuando empieza para él la vida como Espíritu. Incluso, apenas si se acuerda de sus primeras existencias como hombre, del mismo modo que el individuo adulto no retiene ya en la memoria los primeros tiempos de su infancia y menos todavía el lapso en que permaneció en el seno materno. De ahí que los Espíritus os digan que no saben cómo comenzaron. (Ver el parágrafo 78).

609. Una vez que ha entrado en el período de la humanidad, ¿conserva el Espíritu huellas de lo que antes era? ¿Vale decir, vestigios del estado en que se encontraba durante el período que pudiéramos denominar prehumano?

- Según la distancia que separe ambos períodos y el progreso realizado. Durante algunas generaciones puede tener un reflejo más o menos pronunciado de su primitivo estado, porque nada en la Naturaleza se hace por transición brusca[83]. En todos los casos hay eslabones que unen los extremos de la cadena de los seres y de los

---

Notables pensadores espíritas han profundizado sobre este aspecto del pensamiento espiritista, tales como el ingeniero GABRIEL DELANNE en su libro *La Evolución anímica*, el doctor GUSTAVO GELEY en su obra *Del Inconsciente al Consciente*, el filósofo español MANUEL GONZÁLEZ SORIANO en su tratado *El Espiritismo es la Filosofía*, etcétera. [*N. de la Editora*.]

[83] La dialéctica marxista contraría, aparentemente, este principio con su afirmación de que la Naturaleza "da saltos". En realidad, tales saltos son cualitativos y derivan de la acumulación de pequeñas modificaciones cuantitativas, o sea, de una cadena de acciones y reacciones. ENGELS manifestó: "Aun con toda su gradación, la transición de una forma de movimiento a otra, se presenta siempre como un salto, que se resuelve en revolución". Esta teoría justifica la revolución social. Pero esa misma revolución, según el marxismo, sólo puede darse en condiciones especiales, preparadas por una larga serie de acontecimientos. De modo, pues, que incluso ante la concepción materialista revolucionaria sigue siendo válido en su esencia el principio espírita: "… nada en la Naturaleza se hace por transición brusca". Todo "salto" es el final de una cadena de acciones y reacciones. [*N. de J. H. Pires*.]

acontecimientos. Pero tales huellas se borran con el desarrollo del libre arbitrio. Los progresos iniciales se operan con lentitud, porque no son todavía secundados por la voluntad. Sigue después una progresión más rápida, a medida que el Espíritu va adquiriendo una más perfecta conciencia de sí.

610. Los Espíritus que han afirmado que el hombre es un ser aparte en el orden de la Creación, ¿se han engañado, entonces?

- No, pero la cuestión no había sido aún desarrollada, y además hay cosas que sólo a su tiempo pueden venir. El hombre es, en efecto, un ser aparte, por cuanto posee facultades que le distinguen de todos los demás seres y tiene otro destino. La especie humana es la que Dios ha escogido para la encarnación de los Seres *que pueden conocerle*.

III.- Metempsicosis

611. La comunidad de origen – en el principio inteligente- de los seres vivos ¿no significa la consagración de la doctrina de la metempsicosis?

- Dos cosas pueden tener un mismo origen y no asemejarse en modo alguno más tarde. ¿Quién reconocería al árbol, con sus hojas, flores y frutos, en el germen amorfo contenido en la semilla de donde él salió? Tan pronto como el principio inteligente alcanza el grado necesario para ser Espíritu y entrar en el período de humanidad, deja de tener relación con su primitivo estado, y sólo es, respecto del alma de los animales, lo que el árbol respecto de la simiente.

En el hombre sólo queda animal el cuerpo, así como las pasiones que nacen de la influencia de éste y el instinto de conservación inherente a la materia. No se puede aseverar, pues, que ese hombre sea la encarnación del Espíritu de determinado animal, y por tanto la metempsicosis, tal como se la entiende, no es exacta.

612. El Espíritu que animó el cuerpo de un hombre ¿podría reencarnar en el de un animal?

- Esto sería retrogradar, y el Espíritu no retrocede. El río no se remonta hacia su fuente. (Ver el párrafo 118).

613. Por muy errónea que sea la idea en que se basa la metempsicosis, ¿no será el resultado del sentimiento intuitivo de las diversas existencias del hombre?

- Ese sentimiento intuitivo se encuentra en tal creencia como en otras muchas. Pero, como sucede con la mayor parte de ideas intuitivas, el hombre lo ha desnaturalizado.

La metempsicosis sería verdadera si se entendiese con esa palabra la progresión del alma de un estado inferior a uno superior, en el que adquiriría desarrollos que transformaran su naturaleza. Pero dicha doctrina es falsa si se la interpreta como transmigración directa del animal al hombre, y viceversa, lo cual implica la idea de una retrogradación o fusión. Ahora bien, como quiera que tal fusión no puede tener lugar entre los seres corporales de una y otra especie, ello indica que se encuentran en grados no asimilables y que lo propio debe ocurrir con los espíritus que los animan. Si un mismo Espíritu pudiera animarlos alternativamente, se seguiría de esto una identidad de naturalezas que se traduciría en la posibilidad de su reproducción material. La reencarnación que enseñan los Espíritus se funda, por el contrario, en la marcha ascendente de la Naturaleza y en la progresión del hombre dentro de su propia especie, lo que no le quita nada de su dignidad. En cambio, lo que sí lo rebaja es el mal uso de las facultades que Dios le ha concedido para su adelanto. Sea como fuere, la antigüedad y universalidad de la doctrina de la metempsicosis, así como los hombres prominentes que la han profesado, prueban que el principio de la reencarnación tiene sus raíces en la Naturaleza misma. Estos son, pues, argumentos en su favor más bien que contrarios.

El punto de partida del Espíritu es una de las cuestiones que se relacionan con el principio de las cosas y que están en el secreto de Dios. No es dado al hombre conocerlas de una manera absoluta, y a este respecto sólo pueden hacerse conjeturas, elaborar hipótesis más o menos probables. Los Espíritus mismos se hallan lejos de conocerlo todo. Y acerca de lo que no saben pueden ellos también sustentar opiniones personales más o menos sensatas.

Así por ejemplo, no todos piensan lo mismo sobre las relaciones que existen entre el hombre y los animales. Según algunos, el Espíritu sólo llega al período humano después de haberse elaborado e individualizado en los diversos grados de los seres inferiores de la Creación. En la opinión de otros, el Espíritu

del hombre habría pertenecido siempre a la raza humana, sin pasar por la serie animal.

La primera de esas concepciones presenta la ventaja de otorgar un objetivo al porvenir de los irracionales, lo que integrarían de ese modo los primeros eslabones de la cadena de los seres pensantes. La segunda está más conforme a la dignidad[84] **del hombre y puede compendiarse como sigue:**

Las distintas especies de animales no proceden intelectualmente **unas de otras por vía de progresión. Así, el espíritu de la ostra no se torna sucesivamente en el del pez, del pájaro, del cuadrúpedo y del cuadrumano. Cada especie es un tipo** absoluto, **física y moralmente, y cada ejemplar de las diferentes especies toma de la fuente universal la cantidad de principio inteligente que le es necesaria, según el grado de perfección de sus órganos y la labor que debe realizar dentro de los fenómenos de la Naturaleza. A su muerte, devuelve esa parcela de principio inteligente a la masa. Los de los mundos más evolucionados que el nuestro (ver parágrafo 188) pertenecen asimismo a razas distintas, apropiadas a las necesidades de tales mundos y al grado de desarrollo de los hombres, de quienes esos animales son los auxiliares, pero sin provenir en modo alguno de los de la Tierra, espiritualmente hablando. No acontece lo mismo con el hombre. Desde el punto de vista físico, salta a la vista que integra un eslabón de la cadena de los seres vivos, pero en el aspecto moral, entre el animal y el hombre hay solución de continuidad. El hombre posee como propia el alma o Espíritu, chispa divina que le confiere el sentido moral y un alcance intelectual del que carecen los animales. Es en él el Ser principal, preexistente y sobreviviente al cuerpo, y que conserva su individualidad. Ahora bien, ¿cuál es el origen del Espíritu? ¿Cuál su punto de partida? ¿Se forma del principio inteligente individualizado? He ahí un enigma que sería inútil intentar develar y sobre el cual, como hemos dicho, no se puede sino elaborar hipótesis. Lo que es constante y que resalta a la vez del razonamiento y de la experiencia es la supervivencia del Espíritu, la conservación de su individualidad después de la muerte, su facultad progresiva, su estado feliz o desdichado, proporcional a su progreso en la**

[84] No nos perdamos en falsos escrúpulos, con palabras como irracionales, indignidad, bestialidad, etcétera, son formas de expresarse habituales que se tenían en la época de Kardec, lo realmente serio e importante es el fondo de la cuestión, pues encierra una nueva concepción, más digna y justa en todos los sentidos, sobre la naturaleza del ser humano, así como de su "parentesco" con los animales. [*N. del copista*.]

senda del bien, así como todas las verdades morales que son la consecuencia de este principio. En cuanto a las misteriosas relaciones que existen entre el hombre y los animales, es ese –repetimos- el secreto de Dios, como otras muchas cosas cuyo conocimiento actual **no interesa en modo alguno para nuestro adelanto, y sobre las cuales sería inútil insistir.** [85]

---

[85] *El libro de los Espíritus* contiene en sí toda la Doctrina, pero no todos los principios del Espiritismo están en él suficientemente desarrollados. La Codificación es progresiva. Vemos el aspecto científico desarrollarse en *El libro de los Médiums* y en *El Génesis*. El aspecto religioso, en *El Evangelio según el Espiritismo* y *El Cielo y el Infierno*. Para esclarecimiento del tema del origen del hombre debe el lector consultar el Capítulo VI de *El Génesis*, la parte relativa a la "Creación Universal" (comunicación de Galileo recibida por Flammarion e incorporada por Kardec a la Codificación), el Capítulo X, "Génesis orgánico", en especial los párrafos 26 y siguientes, que se refieren al "Hombre corporal", y el Capítulo XI, "Génesis espiritual". Asimismo, es aconsejable la lectura de *La evolución anímica*¸ de GABRIEL DELANNE, obra subsidiaria a la Codificación. En *Después de la muerte*, de LEÓN DENIS, el Capítulo XI de la Segunda Parte, titulado "La pluralidad de existencias". Nótese incluso cómo concuerdan las enseñanzas que se acaban de leer aquí, acerca del problema de la metempsicosis, con la constante afirmación de los Espíritus en este libro, de que "todo se eslabona en la Naturaleza". [*N. de J. H. Pires*.]

Libro Tercero

LEYES MORALES

CAPTÍULO I

LEY DIVINA O NATURAL

I.- Caracteres de la ley natural

614. ¿Qué se debe entender por la ley natural?

- La ley natural es la ley de Dios. Es la única verdadera para la felicidad del hombre. Le indica lo que debe hacer o no hacer, y sólo es desdichado porque de ella se aparta.

615. ¿Es eterna la ley de Dios?

- Es eterna e inmutable, como Dios mismo.[86]

616. ¿Ha podido Dios prescribir a los hombres, en una época lo que les hubiera prohibido en otra?

---

[86] Debido a este principio: "la ley natural es la ley de Dios, eterna e inmutable como Él mismo", cierto teólogos católicos y protestantes acusan al Espiritismo de ser una doctrina panteísta. Lo propio hicieron con SPINOZA, para quien Dios, la sustancia única, es la misma Naturaleza, pero no en su aspecto material y sí en sus leyes. SPINOZA replicó: "Lo afirmo con Pablo, y quizá con todos los filósofos en Dios: me atrevo incluso a agregar que ese fue el pensamiento de todos los antiguos hebreos" (Carta LXXIII, explicando la proposición XV de la Ética: "Todo lo que existe, existe en Dios, y nada puede existir sin ser concebido por Dios"). Aun cuando haya profunda divergencia entre la concepción spinoziana y la espírita acerca de Dios, ambas concuerdan al negar el antropomorfismo católico y protestante, al reafirmar el principio de Pablo antes citado y al establecer una identidad de origen y naturaleza divina para todas las leyes del Universo. Por otra parte, así como SPINOZA no confundía la naturaleza material (*natura naturata*) con Dios, sino tan sólo la naturaleza inteligente (*natura naturans*), del mismo modo el Espiritismo no incurre en semejante confusión, estableciendo inclusive que las leyes de Dios son una cosa y Dios mismo es otra. Véase el Capítulo I del Libro Primero, sobre Dios. No existe posibilidad de confusión entre Espiritismo y panteísmo, salvo que se admita como panteísta la doctrina de la inmanencia de Dios, aun por la fuerza de su trascendencia. Y en tal caso, católicos y protestantes también serían panteístas. [*N. de J. H. Pires*.]

- Dios no puede equivocarse. Son los hombres los que están obligados a cambiar sus leyes, por ser ellas imperfectas. Pero las leyes de Dios son perfectas. La armonía que rige al universo material y al universo moral está basada sobre las leyes que Dios estableció de toda eternidad.

617. ¿Qué objetos abarcan las leyes divinas? ¿Conciernen a algo más que la conducta moral?

- Todas las leyes de la Naturaleza son leyes divinas, puesto que Dios es el autor de la totalidad de las cosas. El sabio estudia las leyes de la materia, el hombre de bien estudia las del alma y la practica.

617 a. ¿Es dado al hombre profundizar unas y otras?

- Sí, pero una sola existencia no basta para ello.

¿Qué son, en efecto, unos pocos años para adquirir todo lo que constituye el Ser perfecto, incluso si sólo tomamos en cuenta la distancia que separa al salvaje del hombre civilizado? La vida más larga posible resulta insuficiente, y con más razón cuando se ve abreviada, como sucede a gran número de personas.

Entre las leyes divinas, unas regulan el movimiento y las relaciones de la materia inerte. Son las leyes físicas. Su estudio es del dominio de la ciencia. Otras conciernen, en especial, al hombre en sí mismo, así como en sus relaciones con Dios y con sus semejantes. Comprenden las reglas de la vida de cuerpo tanto como las de la vida del alma. Éstas son las leyes morales.

618. Las leyes divinas ¿son las mismas para todos los mundos?

- La razón dice que deben ser adecuadas a la naturaleza de cada mundo y proporcionales al grado de adelanto de los seres que en esos mundos residen.

II.- Conocimiento de la ley natural

619. ¿Ha dado Dios a todos los hombres los medios de conocer su ley?

- Todos pueden conocerla, pero no todos la comprenden. Los que la comprenden mejor son los hombres de bien y los que quieren buscarla. No obstante, todos la comprenderán algún día, porque es preciso que el progreso se cumpla.

La justicia de las diversas encarnaciones del hombre es una consecuencia de este principio, puesto que en cada nueva vida su inteligencia se halla más desarrollada y comprende mejor lo que es el bien y lo que es el mal. Si todo debiera consumarse para él en una sola existencia, ¿qué suerte cabría a tantos millones de seres que mueren a diario en medio del embrutecimiento del salvajismo, o en las tinieblas de la ignorancia, sin que hayan tenido posibilidad de instruirse? (Ver párrafos 171 a 222).

620. El alma, antes de su unión con el cuerpo, ¿comprende la ley de Dios mejor que después de su encarnación?

- La comprende, según el grado de perfeccionamiento a que haya arribado, y conserva su recuerdo intuitivo después de su unión con el cuerpo. Pero los malos instintos del hombre hacen que con frecuencia la olvide.

621. ¿Dónde está escrita la ley de Dios?

- En la conciencia. [87]

622. ¿Ha dado Dios a ciertos hombres la misión de revelar su ley?

- Por cierto que sí. En todo tiempo ha habido hombres que recibieron esa misión. Son Espíritus superiores que encarnan con el objeto de hacer adelantar a la humanidad.

623. Los que han pretendido instruir a los hombres en la ley de Dios, ¿no se engañaron en algunas ocasiones, extraviándolos a menudo con falsos principios?

- Aquellos que no estaban inspirados por Dios, y que por ambición se atribuyeron una misión que no les había sido concebida, seguramente han podido hacer que los hombres se extraviaran. Sin embargo, como en definitiva eran hombres geniales, incluso en medio de los errores que enseñaban se encuentran muchas veces grandes verdades.

---

[87] DESCARTES, en la tercera de sus *Meditaciones metafísicas*, declara que la idea de Dios se halla impresa en el hombre “como la marca del obrero en su obra”. Esa idea de Dios es innata en el ser humano y lo impele hacia la perfección. Aun cuando las modernas escuelas de psicología nieguen la existencia de las ideas innatas el Espiritismo la sostiene. Deriva del principio de la reencarnación, que ha sido demostrado por el Espiritismo mediante investigaciones. Por otra parte, ideas como la de Dios, la de la supervivencia y la del bien y el mal existen hoy y existirán siempre en todos los pueblos. La ley de Dios está escrita en la conciencia del hombre, como la firma del artista en su obra. [*N. de J. H. Pires.*]

624. ¿Cuál es la característica del auténtico profeta?

- El profeta verdadero es un hombre de bien inspirado por Dios. Se puede reconocerlo en sus palabras y en sus actos. Dios no puede servirse de los labios del mentiroso para enseñar la Verdad.

625. ¿Cuál ha sido el arquetipo más perfecto que Dios haya otorgado al hombre para servirle de guía y modelo?

- Ved a Jesús.

Es Jesús para el hombre el arquetipo de la perfección moral a que puede aspirar la humanidad en la Tierra. Dios nos lo ofrece como el modelo más perfecto, y la doctrina que ha enseñado es la más pura expresión de su ley, porque estaba animado del Espíritu divino y fue el Ser más puro que haya aparecido en la Tierra.

Si algunos de los que pretendieron instruir al hombre en la ley de Dios han hecho que en ocasiones aquél se extraviara con falsos principios, esto ha sido porque se dejaron dominar ellos mismos por sentimientos demasiado terrenales y por haber confundido las leyes que rigen las condiciones de la vida del alma con aquellas otras que regulan la existencia del cuerpo. Muchos han presentado como leyes divinas lo que no era otra cosa que leyes humanas, creadas para servir a las pasiones y dominar a los hombres.

626. Las leyes divinas o naturales ¿sólo fueron reveladas a los hombres por Jesús, y antes de Él no habían tenido ellos conocimiento de esas leyes más que por intuición?

- ¿Por ventura no hemos dicho que están escritas en todas partes? Todos los hombres que han meditado en la sabiduría pudieron, pues, comprenderlas y enseñarlas desde los siglos más remotos. Mediante sus enseñanzas, aunque incompletas, aquéllos fueron preparando el terreno para recibir la simiente. Puesto que las leyes divinas se hallan inscritas en el libro de la Naturaleza, el hombre pudo conocerlas cuando ha querido buscarlas. De ahí que los preceptos que ellas consagran hayan sido proclamados en toda época por los hombres de bien, y de ahí también que encontremos sus elementos en la doctrina moral de todos los pueblos emergidos de la barbarie, pero incompletos o alterados por la ignorancia y la superstición.

627. Puesto que Jesús ha enseñado las genuinas leyes de Dios, ¿qué utilidad tiene la enseñanza que imparten los Espíritus? ¿Deben éstos enseñarnos algo más?

- La palabra de Jesús solía ser frecuentemente alegórica y en forma de parábolas, porque hablaba conforme a los tiempos y lugares. Ahora es necesario que la Verdad se torne inteligible para todo el mundo. Hay que explicar bien y desarrollar esas leyes, visto que existen tan pocas personas que las comprendan, y menos todavía que las practiquen. Nuestra misión consiste en impresionar los ojos y los oídos, para confundir a los orgullosos y desenmascarar a los hipócritas: esos que simulan las apariencias de la virtud y de la religión para ocultar sus propias torpezas. La enseñanza de los Espíritus ha de ser clara y sin equívocos, a fin de que nadie pueda pretextar ignorancia y que cada cual esté en condiciones de juzgarla y evaluarla con su propia razón. Estamos encargados de preparar el Reino de Dios cuyo advenimiento anunció Jesús. Por eso es necesario que no pueda cada cual interpretar la ley de Dios con arreglo a sus pasiones, ni falsear el sentido de una ley que es toda ella amor y caridad. [88]

628. ¿Por qué la Verdad no ha sido puesta siempre al alcance de todo el mundo?

- Precisa que cada cosa venga a su debido tiempo. La Verdad es como la luz: hay que habituarse a ella poco a poco, de lo contrario deslumbra.

Jamás ha sucedido que Dios permitiera al hombre recibir comunicaciones tan completas e instructivas como las que le es dado obtener en la actualidad. Había, como sabéis, en tiempos antiguos algunos individuos que se hallaban en posesión de lo que ellos conceptuaban ser una ciencia sagrada, y que ocultaban a los que, a su entender, eran profanos. Debéis comprender, con lo que conocéis acerca de las leyes que rigen estos fenómenos, que aquéllos no recibían más que algunas verdades dispersas en medio de un conjunto de conceptos equívocos y casi siempre alegóricos. Con todo, no existe para el estudioso ningún antiguo sistema filosófico, tradición o religión que pueda desdeñarse, porque todos ellos contienen gérmenes de grandes verdades que, aun pareciendo

[88] Compárese esta respuesta con el mensaje del Espíritu de Verdad que incluyó Kardec como prefacio de *El Evangelio según el Espiritismo*. Según se verá, desde los primeros momentos anunciaron los Espíritus que la finalidad de la Doctrina era el restablecimiento del Cristianismo. [*N. de J. H. Pires*.]

contradecirse unos con otros, esparcidos como se hallan en medio de una hojarasca desprovista de fundamento, resulta muy fácil coordinar, gracias a la clave que el Espiritismo nos ofrece acerca de una cantidad de cosas que han podido hasta el presente pareceros sin razón, y cuya realidad se os demuestra hoy de una manera irrecusable. No desdeñéis, por tanto, buscar en esos materiales temas de estudio: los hay muy valiosos y que pueden coadyuvar poderosamente a vuestra instrucción. [89]

III.- El bien y el mal

629. ¿Qué definición se puede dar de la moral?

- La moral es la regla para conducirse bien, vale expresar, la distinción entre el bien y el mal. Se basa en la observancia de la ley de Dios. El hombre se comporta bien cuando hace todo con miras al bien de todos, porque en tal caso está observando la ley de Dios.

630. ¿Cómo podemos distinguir el bien del mal?

- El bien es todo aquello que está de acuerdo con la ley de Dios, y e mal, todo lo que de ella se aparta. Así pues, realizar el bien es conformarse a la ley de Dios. Hacer el mal, infringir dicha ley.

631. ¿Tiene el hombre, de por sí, los medios para distinguir lo que está bien de aquello otro que está mal?

- Sí, cuando cree en Dios y quiere saberlo. Dios le ha concedido la inteligencia para discernir lo uno de lo otro.

632. El hombre, sujeto como está al error, ¿no puede equivocarse en la evaluación del bien y el mal, y creer que hace bien cuando en realidad está haciendo mal?

- Jesús os lo dijo: Ved lo que quisierais que se os hiciese o no se os hiciese. Todo está allí. No os equivocaréis.

---

[89] Los textos sagrados de las grandes religiones, como la *Biblia* y los *Veda*, los sistemas de filósofos antiguos, las doctrinas de viejas órdenes ocultas o esotéricas, todos ellos encierran grandes verdades en medio de sus contradicciones aparentes. Los espíritas no deben retroceder ante tales sistemas o reparar tan sólo en sus contradicciones, cuando poseen la clave del Espiritismo, la cual los hace aptos para descifrar los enigmas de aquéllos, descubriendo poderosos motivos de esclarecimiento. También en los modernos sistemas filosóficos o científicos, por muy contrarios que parezcan ser a los principios espíritas, un análisis verdaderamente espírita podrá revelar la existencia de grandes verdades. (Compárese con la *Segunda Epístola del Apóstol San Pablo a Timoteo*, Cap. 3:16 y 17.) [*N. de J. H. Pires*.]

633. La regla del bien y el mal, que podríamos denominar de *reciprocidad* o de *solidaridad*, no se puede aplicar a la conducta personal del hombre para consigo mismo. ¿Encuentra él en la ley natural la regla de esa conducta y un guía seguro?

- Cuando coméis en exceso, esto os daña. Pues bien, Dios os está dando la medida de lo que necesitáis. Si la rebasáis, sois castigados. Lo mismo ocurre con todo. La ley natural traza al hombre la frontera de sus necesidades. Cuando la traspone, es castigado mediante el sufrimiento. Si el hombre escuchara en todas las cosas esa voz que le dice *basta*, evitaría la mayor parte de los males que acusa a la Naturaleza.

634. ¿Por qué está el mal en la índole de las cosas? Me refiero al mal moral. ¿No podía Dios crear a la humanidad en mejores condiciones?

- Ya te lo hemos dicho. Los Espíritus fueron creados simples e ignorantes (ver párrafo 115). Dios deja al hombre que escoja el camino: tanto peor para él si opta por el malo… En tal caso, su peregrinaje será más largo. Si no hubiera montañas, el hombre no podría comprender que es posible ascender y descender, y si no hubiese rocas no comprendería que existen cuerpos duros. Precisa que el Espíritu coseche experiencia, y para esto hace falta que conozca el bien y el mal. Por eso existe la unión del Espíritu con el cuerpo (ver párrafo 119).

635. La diversidad de posiciones sociales crea nuevas necesidades, que no son las mismas para todos los hombres. La ley natural parecería, pues, no ser una regla uniforme…

- Esas diferentes posiciones existen en la Naturaleza, y según la ley del progreso. Ello no impide la unidad de la ley natural, que se aplica a todo.

Las condiciones de existencia del hombre cambian según los tiempos y lugares. De esto resultan para él necesidades diferentes y posiciones sociales apropiadas a tales necesidades. Puesto que esa diversidad está en el orden de las cosas, es conforme a la ley de Dios, y dicha ley no deja de ser por ello una en su principio. Cabe a la razón distinguir las necesidades reales de aquellas otras que son ficticias o producto de convencionalismos.

636. El bien y el mal ¿son absolutos para todos los hombres?

- La ley de Dios es la misma para todos. Pero el mal depende, en especial, de la voluntad de hacerlo que se tenga. El bien es

siempre bien, y el mal sigue siendo mal, sea cual fuere la posición en que el hombre es encuentre. La diferencia reside en el grado de responsabilidad. [90]

637. El salvaje que cede a su instinto al nutrirse de carne humana ¿es culpable?

- He dicho que el mal depende de la voluntad. Pues bien, el hombre es cada vez más culpable, a medida que va sabiendo mejor lo que hace.

Las circunstancias dan al bien y al mal una gravedad relativa. El hombre comete a menudo faltas que, por ser el resultado de la posición en que lo colocó la sociedad, no por ello son menos reprensibles. Pero su responsabilidad está proporcionada a los medios que posee de comprender el bien y el mal. Así pues, el hombre esclarecido que comete una simple injusticia es más culpable, a los ojos de Dios, que el ignorante salvaje que se entrega a sus instintos.

638. El mal parece ser, a veces, una consecuencia de la fuerza de las circunstancias. Tal es, por ejemplo, en ciertos casos, la necesidad de destrucción, incluso de destrucción de un semejante. ¿Se puede entonces afirmar que haya infracción a la ley de Dios?

- No deja de ser el mal porque sea necesario. Pero esa necesidad desaparece conforme el alma se va depurando al pasar de una existencia a otra. Y entonces el hombre es más culpable de él, cuando lo comete, por el hecho de que lo comprende mejor.

639. El mal que hacemos ¿no es con frecuencia el resultado de la posición en que nos han puesto los demás hombres? Y en tal caso, ¿cuáles son los más culpables?

- El mal recae sobre aquel que lo ha causado. De esta manera, el hombre que es llevado al mal por la posición en que sus seme-

[90] Las investigaciones sociológicas han motivado, en nuestro tiempo, una revaluación del concepto tradicional de la moral. Se ha comprendido que la moral es variable, por cuanto el bien en un pueblo puede ser el mal en otro, y viceversa. No obstante, RENOUVIER, en su *Science de la morale,* compara la moral con la matemática: es una ciencia que debe basarse en conceptos puros. Los sociólogos han confundido moral con costumbres, pero últimamente distinguieron ya, en la confusión de las costumbres, una regla general, que es la común aspiración al bien. BERGSON, en *Leux sources de la morale et la religion,* establece dos tipos de moral: la cerrada, que deriva de la coacción, y la abierta, que es individual y no se sujeta a las convenciones. La moral relativa es la convencional, en tanto la moral absoluta es aquella dictada por la universal aspiración al bien, por la ley de Dios grabada en las conciencias. [*N. de J. H. Pires*.]

jantes lo han colocado, es menos culpable que estos últimos, que han sido su causa. Porque cada cual será penado no sólo por el mal que haya hecho, sino además por el que haya provocado.

640. El que no hace mal, pero se beneficia con el mal cometido por otro, ¿tiene el mismo grado de culpabilidad?

- Es como si lo ejecutara él mismo. Beneficiarse con él equivale a participar de él. Quizá hubiera retrocedido ante la acción directa, pero si al encontrarla hecha la utiliza, es porque la aprueba y la hubiera realizado él mismo si hubiese podido, *o si se hubiera atrevido.*

641. El deseo del mal, ¿es tan reprensible como el mal mismo?

- Según. Hay virtud en resistir voluntariamente al mal cuyo deseo se experimenta, sobre todo cuando se tiene la posibilidad de satisfacer dicho deseo. Pero, si lo que falta es sólo la ocasión, entonces se es culpable.

642. ¿Basta con no hacer el mal para ser grato a Dios y asegurarse tal situación en el porvenir?

- No. Hay que realizar el bien, dentro del límite de las propias fuerzas. Porque cada cual responderá de todo el mal que haya hecho *a causa del bien que él no realizó.*

643. ¿Hay personas que, debido a la posición en que se hallan, no tengan posibilidad de practicar el bien?

- No existe nadie que no pueda hacer bien. Sólo el egoísta no encuentra jamás ocasión para ello. Basta estar en relación con otros hombres para hallar oportunidades de realizar el bien, y cada día de la vida concede esta posibilidad a quienquiera no esté cegado por el egoísmo. Porque practicar el bien no es sólo ser caritativo, sino además útil, en la medida del poder que se tenga, cada vez que nuestra ayuda pueda resultar necesaria.

644. El medio en el cual ciertos hombres se hallan ubicados ¿no es para ellos el motivo principal de muchos vicios y delitos?

- Sí, pero incluso en ello hay una prueba escogida por el Espíritu en estado de libertad. Él ha querido exponerse a la tentación a fin de ganarse el mérito de resistirla.

645. Cuando el hombre está en cierto modo sumergido en la atmósfera del vicio, ¿no se torna el mal, para él, en una fuerza que lo arrastra, casi irresistiblemente?

- “Fuerza que lo arrastra”, sí, pero “irresistiblemente”, no. Porque aun en medio de esa atmósfera viciosa encuentras a veces grandes virtudes. Éstas son la expresión de Espíritus que han tenido la fortaleza de resistir y a quienes, al mismo tiempo, les ha cabido la misión de ejercer una buena influencia sobre sus semejantes.

646. El mérito del bien que se realiza ¿está subordinado a ciertas condiciones? Dicho de otro modo, ¿hay diversos grados en el mérito del bien?

- El mérito del bien reside en la dificultad. No lo hay cuando se practica el bien sin trabajo y sin que cueste nada. Dios tiene más en cuenta al pobre que comparte su único mendrugo, que al rico que sólo da lo que le sobra. Jesús lo dijo, a propósito del óbolo de la viuda.

IV.- División de la ley natural

647. Toda la ley de Dios ¿está contenida en la máxima del amor al prójimo que Jesús enseñó?

- Por cierto que sí: esa máxima incluye todos los deberes recíprocos de los hombres. Pero es necesario mostrarles su aplicación, de lo contrario la descuidarán, como hoy en día lo hacen. Por lo demás, la ley natural comprende todas las circunstancias de la vida, y esa máxima es sólo una parte de ella. Los hombres requieren normas precisas. Los preceptos generales y excesivamente vagos dejan demasiadas puertas abiertas a la interpretación.

648. ¿Qué pensáis de la división de la ley natural en diez partes, que comprenden las leyes de *adoración, trabajo, reproducción, conservación, destrucción, sociedad, progreso, igualdad, libertad,* y por último, la ley de *justicia, amor y caridad*?

- Esa división de la ley de Dios en diez partes es la de Moisés y puede abarcar todas las circunstancias de la vida, lo que es esencial. Por tanto, puedes seguirla, sin que por esto tenga nada de absoluto, como tampoco lo tienen los demás sistemas de clasificación, que dependen del punto de vista desde el cual se considere una cosa. La más importante es la última de esas leyes: por medio de ella puede el hombre adelantas más en la vida espiritual, pues las resume todas.[91]

[91] Compárese con “el Gran Mandamiento”, en *Mateo*, Cap. 22:36 a 40; *Marcos*, 12:28 a 31; *Juan*, 15:12; *Romanos*, 13:8 a 10. [*N. de J. H. Pires*.]

CAPÍTULO II

1.- LEY DE ADORACIÓN

I.- Finalidad de la adoración

649. ¿En qué consiste la adoración?

- Es la elevación del pensamiento hacia Dios. Mediante la adoración acercamos nuestra alma a Él.

650. La adoración ¿es resultado de un sentimiento innato, o producto de una enseñanza?

- Sentimiento innato, como el de la Divinidad. La conciencia de su debilidad lleva al hombre a prosternarse ante Aquel que puede protegerlo.

651. ¿Ha habido pueblos carentes de todo sentimiento de adoración?

- No, porque jamás hubo pueblos de ateos. Todos comprenden que hay por encima de ellos un Ser Supremo.

652. ¿Se puede pensar que la adoración tenga su origen en la ley natural?

- Está en la ley natural, puesto que es el resultado de un sentimiento innato en el hombre. De ahí que la encontremos en todos los pueblos, si bien con formas diferentes.

II.- Adoración externa

653. ¿Tiene la adoración necesidad de manifestaciones exteriores?

- La verdadera adoración está en el corazón. En todas vuestras acciones, pensad siempre que el Señor os observa.

653 a. La adoración externa ¿es útil?

- Sí, cuando no constituye un vano simulacro. Siempre es útil dar un buen ejemplo. Pero aquellos que sólo lo hacen por afectación y amor propio, y cuya conducta desmiente su piedad aparente, ofrecen un ejemplo más malo que bueno, y hacen más daño del que piensan.

654. ¿Otorga Dios una preferencia a aquellos que lo adoran de tal o cual modo?

- Dios prefiere a los que lo adoran desde los hondones de su corazón, con sinceridad, haciendo el bien y evitando el mal, y no a esos otros que creen honrarlo con ceremonias que no los tornan mejores para con sus semejantes.

Todos los hombres son hermanos entre sí e hijos de Dios. Él llama hacia sí a todos aquellos que observan sus leyes, sea cual fuere la forma con que se expresen.

El que no posee más que las apariencias de la piedad es un hipócrita. Aquel cuya adoración es sólo afectada y se contradice con su conducta, de un mal ejemplo.

El que se ufana de adorar a Cristo y por otra parte es orgulloso, envidioso y celoso, duro e implacable para con los demás, o codicioso de los bienes del mundo, yo os digo que la religión está en sus labios pero no en su corazón. Dios, que todo lo ve, dirá: Aquel que conoce la verdad es cien veces más culpable del mal que comete, que el ignorante salvaje del desierto, y en el día de la justicia será tratado en consecuencia. Si un ciego os hace caer a su paso, le excusáis, pero si es un hombre que ve bien, os quejaréis, y con razón.

No preguntéis, por tanto, si hay una forma de adoración que sea más conveniente, porque equivaldría a preguntar si es más grato a Dios que lo adoren en un idioma más bien que en otro. Una vez más os digo: Los cánticos sólo llegan a Él por la puerta del corazón.

655. ¿Es reprobable practicar una religión en la que no se cree de corazón, cuando lo hacemos por respeto humano y para no escandalizar a aquellos que piensan de otro modo?

- La intención es la regla, en esta como en otras muchas cosas. El que sólo tiene en vista respetar las creencias ajenas no procede mal: incluso procede mejor que aquel otro que las pusiera en ridículo, porque éste carecería de caridad. Pero el que practica una religión por interés y ambición es despreciable a los ojos de Dios y a los de los hombres. A Dios no pueden serle gratos quienes fingen humillarse ante Él para granjearse la aprobación de los hombres.

656. La adoración en común ¿es preferible a la individual?

- Los hombres congregados por una comunión de pensamientos y sentimientos tienen más fuerza para llamar hacia sí a los buenos Espíritus. Lo propio acontece cuando se reúnen para adorar a Dios. Pero no creáis por esto que la adoración persona sea inferior, porque cada cual puede adorar a Dios pensando en Él.

III.- Vida contemplativa

657. Los hombres que se consagran a la vida contemplativa, no haciendo mal alguno y sólo pensando en Dios, ¿tienen un mérito a los ojos de Él?

- No, porque si no hacen mal, tampoco realizan el bien y son inútiles. Por otra parte, no practicar el bien es ya un mal. Dios quiere que se piense en Él, pero no quiere que sólo en Él se piense, puesto que ha dado al hombre en la Tierra deberes que cumplir. Aquel que se consume en la meditación y la contemplación no hace nada meritorio a los ojos de Dios, porque su vida es enteramente personal e inútil para la humanidad, y Dios le pedirá cuentas del bien que no haya realizado. (Véase parágrafo 640).

IV.- De la oración

658. La plegaria ¿es grata a Dios?

- La oración siempre es agradable a Dios cuando ha sido dictada por el corazón, por cuanto la intención lo es todo para Él, y la plegaria que te surge del corazón es preferible a la que puedes leer, por bella que ésta sea, si las estás leyendo más con los labios que con el pensamiento. La oración es grata a Dios cuando se dice con fe, sinceridad y fervor. Pero no creas que Él escuche la del hombre vano, orgulloso y egoísta, salvo que se tratara de un acto de arrepentimiento sincero y de genuina humildad.

659. ¿Cuál es el carácter general de la plegaria?

- La plegaria es un acto de adoración. Orar a Dios es pensar en Él. Acercarse a Él. Ponerse en comunicación con Él. Mediante la plegaria se pueden hacer tres cosas: loar, pedir, agradecer.

660. La oración ¿hace mejor al hombre?

- Sí, porque el que ora con fervor y confianza es más fuerte contra las tentaciones del mal, y Dios le envía Espíritus buenos para

que lo asistan. Es una ayuda que jamás se rehúsa cuando ha sido pedida con sinceridad.

660 a. ¿Cómo se explica que algunas personas que oran mucho sean, a pesar de esto, de un carácter muy malo, celosas, envidiosas, avinagradas; que carezcan de benevolencia e indulgencia; que a veces, incluso, sean viciosas?

- Lo esencial no es orar mucho, sino hacerlo bien. Esas personas creen que todo el mérito estriba en la longitud de la plegaria y cierran los ojos antes sus propios defectos. La oración es para ellas una ocupación, un modo de emplear el tiempo, pero no *un estudio de sí mismas*. No es el medicamento el que sea ineficaz, sino la manera como se suministra.

661. ¿Podemos orar con buen resultado a Dios, pidiéndole que nos perdone nuestras faltas?

- Dios sabe discernir el bien del mal. La oración no oculta las culpas. El que pide a Dios el perdón de sus propias faltas sólo lo obtiene si cambia de conducta. Las buenas acciones son la mejor de las plegarias, porque los hechos valen más que las palabras.

662. ¿Se puede orar por otros con buen resultado?

- El Espíritu del que está orando obra por su voluntad de hacer el bien. Mediante la plegaria atrae hacia él a los buenos Espíritus, los cuales se asocian al bien que quiere realizar.

En nosotros mismos poseemos, por el pensamiento y la voluntad, un poder de acción que se extiende mucho más allá de los lindes de nuestro ámbito corporal. La oración por los demás constituye un acto de esa voluntad. Si es ardorosa y sincera, podemos apelar en nuestra ayuda a los Espíritus buenos, a fin de que nos sugieran buenos pensamientos y nos otorguen la fuerza del cuerpo y del alma que necesitamos. Pero en este caso también la plegaria del corazón lo es todo, y la de los labios nada vale.

663. Las oraciones que hacemos por nosotros mismos ¿pueden cambiar la índole de nuestras pruebas y desviar su curso?

- Vuestras pruebas están en manos de Dios, y las hay que deben ser soportadas hasta el final, pero en tal caso Dios siempre toma en cuenta la resignación. La plegaria atrae hacia vosotros a los Espíritus buenos, los cuales os dan fuerza para resistirlas con valor, y entonces os parecen menos duras. Lo hemos dicho ya: nunca es inútil la oración si ha sido bien realizada, porque otorga fuerza y este es, de

por sí, un importante resultado. Ayúdate, que el cielo te ayudará, ya conoces eso. Por otra parte, Dios no puede cambiar el orden de la Naturaleza a gusto de cada cual, porque lo que es un gran mal desde vuestro mezquino punto de vista y del de vuestra vida efímera suele ser a menudo un gran bien en el orden general del Universo.[92] Además, ¿cuántos males no hay de los que el hombre es autor, debido a su imprevisión y a sus faltas? A causa de ellos se le castiga por donde pecó. Sin embargo, los pedidos justos son satisfechos con más frecuencia de la que creéis. Pensáis que Dios no os ha escuchado porque no ha obrado un milagro para vosotros, mientras que en realidad Él os está asistiendo por medios tan naturales que os parecen efectos del azar o de la fuerza de las circunstancias. A menudo también, incluso casi siempre, os inspira Él la idea adecuada para que os liberéis vosotros mismos de la dificultad.

664. ¿Es útil orar por los difuntos y por los Espíritus sufrientes? Y en caso afirmativo, ¿cómo pueden nuestras preces llevarles alivio y abreviar sus padecimientos? ¿Tienen ellas el poder de hacer que ceda o se apiade la justicia de Dios?

- La oración no puede tener por efecto el cambiar los designios de Dios, pero el alma por la cual se está orando experimenta alivio con ello, porque es un testimonio de interés que se le ofrece, y a causa de que el desdichado se alivia siempre que encuentra almas caritativas que se compadecen de sus dolores. Por otra parte, mediante la plegaria se le induce al arrepentimiento y al deseo de hacer lo necesario para ser dichoso. En este sentido se puede abreviar su pena, si por su lado ayuda con su buena voluntad. Ese deseo de mejorar, intensificado por la oración, atrae junto al Espíritu sufriente a otros Espíritus más evolucionados que acuden a instruirlo, confortarlo e infundirle esperanzas. Jesús oraba por las ovejas descarriadas. Con esto os mostró que seríais culpables si no lo hicierais vosotros por aquellos que más lo necesitan.

665. ¿Qué pensar de la opinión que rechaza a la oración por los difuntos, debido a que no ha sido prescrita por los Evangelios?

- Cristo dijo a los hombres: Amaos los unos a los otros. Esta recomendación implica la de emplear todos los medios posibles para testimoniarles afecto, sin que por esto se entre en detalle alguno

[92] Decía SPINOZA que “Dios obra sólo según las leyes de su naturaleza, sin ser constreñido por nadie” (Proposición XVII de la *Ética*), y afirmaba la imposibilidad del milagro, por constituir una violación de las leyes de Dios. Asimismo, en lo que toca a los males individuales, alegaba que éstos no existen en el orden general del Universo. [*N. de J. H. Pires.*]

acerca de la manera de poner en práctica esa máxima. Si es cierto que nada puede desviar al Creador de la aplicación de la justicia –que a Él es inherente- a todas las acciones del Espíritu, no es menos verdad que las preces que hacia Él eleváis, en favor de aquella persona que os inspira afecto, constituyen para ella un testimonio de recordación que no puede sino contribuir a aligerar sus sufrimientos y confortarla. Tan pronto como dé muestras del menor signo de arrepentimiento, y *solamente entonces*, será socorrida. Pero no se le permitirá nunca ignorar que un alma simpática se ocupó de ella, y le queda la tierna creencia de que la intercesión de esa alma le ha sido útil. De lo cual resulta por fuerza, de su parte, un sentimiento de gratitud y de afecto hacia aquel que le ha dado esa prueba de adhesión o de piedad. En consecuencia, el amor que recomendaba Cristo a los hombres no ha hecho sino aumentar entre esas dos almas. Ambas han obedecido, pues, a la ley del amor y unión de todos los seres, ley divina que debe llevar a la unidad, objetivo y fin del Espíritu. [93]

666. ¿Podemos orar a los Espíritus?

- Se puede suplicar a los Espíritus buenos en su carácter de mensajeros de Dios y ejecutores de sus mandatos. Pero su poder está en razón de su superioridad y depende siempre del Señor de todas las cosas, sin cuyo permiso nada se hace. De ahí que las oraciones que se les dirijan sólo sean eficaces si son aprobadas por Dios.

V.- Politeísmo

667. ¿Por qué el politeísmo, siendo falso, es sin embargo una de las creencias más antiguas y difundidas?

- El pensamiento de un Dios único no podía ser en el hombre sino el resultado del desarrollo de sus ideas. Incapaz, en su ignorancia, de concebir un ser inmaterial sin forma determinada, que obrara sobre la materia, el hombre le atribuyó las cualidades de la naturaleza corporal, esto es, una forma y un rostro, y a partir de entonces, todo lo que le parecía exceder las proporciones de la inteligencia vulgar era para él una divinidad. Todo aquello que no comprendía debía ser obra de una potencia sobrenatural, y de ahí a creer que existían tantos poderes distintos como efectos observaba,

[93] Respuesta dada por el Espíritu del señor Monod, pastor protestante de París, fallecido en abril de 1856. La respuesta anterior –número 664- es del Espíritu de San Luis. [*N. de A. Kardec*.]

había un solo paso. Pero en todo tiempo hubo hombres esclarecidos que comprendieron la imposibilidad de esa multitud de poderes para gobernar el mundo sin una dirección superior, y éstos fueron los que se elevaron hasta la idea de un Dios único.

668. Puesto que los fenómenos espíritas se han producido en todas las épocas y son conocidos desde las primeras edades del mundo ¿no han podido inducir a creer en la existencia de muchos dioses?

- Sin duda alguna, porque como los hombres llamaban *dios* a todo aquello que era superhumano, los Espíritus eran dioses para ellos, y por eso, cuando un hombre se distinguía entre todos los demás por sus hechos, por su genio o por poseer un poder oculto que el vulgo no comprendía, hacían de él un dios, rindiéndole culto después de su muerte. (Ver párrafo 603).

La palabra dios **tenía entre los antiguos una significación muy amplia. No era, como en nuestros días, una designación del Señor de la Creación, sino un calificativo genérico que se daba a todo ser que estuviese colocado fuera de la condición humana. Ahora bien, como quiera que las comunicaciones espíritas les habían revelado la existencia de seres incorpóreos que obraban como un poder de la Naturaleza, los llamaron** dioses, **así como nosotros los denominamos** Espíritus. **Se trata de una mera cuestión de palabras, con la diferencia de que en su ignorancia, fomentada a propósito por quienes estaban interesados en mantenerla, les erigían templos y altares muy lucrativos, mientras que en nuestro concepto son simples criaturas iguales a nosotros, más o menos perfectas y despojadas de su envoltura terrenal. Si se estudia con atención los diversos atributos que se concedían a las divinidades paganas, se reconocerá sin trabajo en ellos la totalidad de las cualidades de nuestros Espíritus, en todos los grados de la escala espírita, así como su estado físico en los mundos superiores, todas las cualidades del periespíritu y el rol que ellos desempeñan en las cosas de la Tierra.**

Cuando el Cristianismo vino a iluminar al mundo con su divina luz, no pudo destruir algo que estaba en la Naturaleza misma, pero hizo que la adoración se dirigiera hacia Aquél a quien corresponde. En cuanto a los Espíritus, su recuerdo se ha perpetuado con diversos nombres, según los pueblos, y sus manifestaciones, que jamás cesaron de producirse, han sido diferentemente interpretadas y a menudo explotadas bajo el manto del misterio. Mientras la religión vio en ellas fenómenos

milagrosos, los incrédulos las tenían por imposturas. Hoy, gracias a más serios estudios, verificados a plena luz, el Espiritismo, despojado de ideas supersticiosas que lo oscurecieron durante siglos, nos revela uno de los más grandes y sublimes principios de la Naturaleza.

VI.- Sacrificios

669. La práctica de los sacrificios humanos se remonta a la más distante antigüedad. ¿Cómo pudo el hombre ser inducido a creer que semejantes cosas pudiesen agradar a Dios?

- En primer lugar, porque no comprendía a Dios como fuente de bondad. En los pueblos primitivos la materia predomina sobre el Espíritu. Se entregan a los instintos de la bestia; de ahí que, por regla general, sean crueles, pues el sentido moral no se ha desarrollado aún entre ellos. En segundo lugar, los hombres primitivos debían creer, naturalmente, que una criatura animada valía mucho más, a los ojos de Dios, que un cuerpo material. Es lo que les llevó a inmolar al principio animales y más tarde a seres humanos, puesto que, conforme a su falsa creencia, pensaban que el valor del sacrificio estaba en relación con la importancia de la víctima ofrendada. En la vida material, como la mayoría de vosotros lo hacéis, si ofrecéis un obsequio a alguien escogeréis siempre uno de valor tanto más alto cuanto más amistad y consideración queráis testimoniar a la persona que es destinataria del mismo. Lo propio debía ocurrir con aquellos hombres ignorantes, con respecto a Dios.

669 a. Así pues, ¿los sacrificios animales fueron anteriores a los de los seres humanos?

- A no dudarlo.

669 b. Según esta explicación, los sacrificios humanos no habrían sido originados por un sentimiento de crueldad…

- No, sino por una falsa idea de ser grato a Dios. Ved a Abraham. En consecuencia, los hombres han abusado de ellos al inmolar a sus enemigos, inclusive a sus enemigos personales. Además, nunca exigió Dios sacrificios, ni de animales ni de hombres. No puede ser honrado mediante la inútil destrucción de sus propias criaturas.

670. Los sacrificios humanos, cuando se llevaban a cabo con una intención piadosa, ¿han podido a veces ser agradables a Dios?

- No, jamás. Pero Dios toma en cuenta la intención. Por su ignorancia, los hombres podían creer que realizaban un acto laudable al inmolar a uno de sus semejantes. En este caso, Dios sólo reparaba en el pensamiento y no en el hecho. Al evolucionar, los hombres debían reconocer su error y reprobar esos sacrificios que no podrían ser admisibles para los Espíritus esclarecidos. Y digo esclarecidos, porque los Espíritus se hallaban entonces envueltos por el velo de la materia. Pero, merced a su libre arbitrio, podían tener una vislumbre de su origen y de su objetivo, y muchos comprendían ya por intuición el mal que estaban cometiendo, aunque no por ello dejaban de ejecutarlo para satisfacer sus pasiones.

671. ¿Qué debemos pensar de las denominadas “guerras santas”? Ese sentimiento que lleva a los pueblos fanáticos a exterminar, con miras a ser gratos a Dios, la mayor cantidad de aquellos que no comparten sus creencias, ¿tendría el mismo origen que el que los incitaba antaño a sacrificar a sus semejantes?

- Son empujados por los malos Espíritus, y al hacer la guerra al prójimo van contra la voluntad de Dios, quien ha dicho que se debe amar al prójimo como a sí mismo. Puesto que todas las religiones –o, más bien, todos los pueblos- adoran a un mismo Dios (sea cual fuere el nombre que le den), ¿por qué han de librar a sus semejantes una guerra de exterminio, debido a que su creencia es distinta o no ha alcanzado todavía el grado de progreso de la religión de los pueblos esclarecidos? Los pueblos son excusables por no creer en la palabra de Aquél que estaba animado por el Espíritu de Dios y que fue enviado por Él, sobre todo aquellos que no lo vieron ni fueros testigos de sus hechos. ¿Cómo queréis que crean en esa palabra de paz cuando vais a ofrecérsela vosotros con el arma en la mano? Tienen ellos que instruirse, y nos toca tratar de hacerles conocer su doctrina mediante la persuasión y la dulzura, y no por la fuerza y el derramamiento de sangre. La mayoría de vosotros no creéis en las comunicaciones que los Espíritus mantenemos con algunos mortales. ¿Cómo pretenderéis entonces que los extraños os crean vuestra palabra, cuando vuestros actos están desmintiendo la doctrina que predicáis?

672. La ofrenda a Dios de los frutos de la tierra, ¿tenía más mérito a sus ojos que el sacrificio de animales?

- Ya os respondí al deciros que Dios tomaba en cuenta la intención y que el hecho en sí era de escasa importancia para Él. No cabe duda de que resultaba más grato a Dios ver que le ofrendaban los frutos de la tierra y no la sangre de las víctimas inmoladas. Como

os lo hemos dicho y lo repetimos de continuo, la oración que se pronuncia en los hondones del corazón es cien veces más placentera a Dios que todas las ofrendas que pudierais hacerle. Reitero que la intención lo es todo y el hecho nada significa.

673. ¿No habría un medio de lograr que tales ofrendas fuesen más agradables a Dios, consagrándolas al alivio de aquellos que carecen de lo necesario? Y en tal caso, el sacrificio de animales, realizado con una finalidad útil, ¿no sería meritorio, en tanto era abusivo cuando no servía para cosa alguna o sólo beneficiaba a personas que lo poseían todo? ¿No habría algo de realmente piadoso en el hecho de dedicar a los pobres las primicias de los bienes que nos concede Dios en la Tierra?

- Siempre bendice Dios a los que realizan el bien. Aliviar a los menesterosos y dolientes es el mejor medio de honrarlo. No afirmo con esto que Dios desapruebe las ceremonias que lleváis a efecto para rezarle, pero hay allí mucho dinero que podría emplearse de una manera más útil que como se hace. Dios gusta de la sencillez en todo. El hombre que se consagra a las exteriorizaciones y no al corazón es un Espíritu con miras estrechas. Juzgad si Dios ha de reparar más en la forma que en el fondo.

CAPÍTULO III

2.- LEY DEL TRABAJO

I.- Necesidad del trabajo

674. La necesidad del trabajo ¿es una ley de la Naturaleza?

- El trabajo constituye una ley de la Naturaleza, por lo mismo que es una necesidad, y la civilización obliga al hombre a más trabajo, por cuanto aumenta sus necesidades y sus goces.

675. ¿Sólo debemos entender por trabajo las ocupaciones materiales?

- No: el Espíritu trabaja, como el cuerpo. Toda ocupación útil es un trabajo.

676. ¿Por qué el trabajo es impuesto al hombre?

- Es una consecuencia de su naturaleza corporal. Constituye una expiación y al mismo tiempo un medio para perfeccionar su intelecto. A no ser por el trabajo, el hombre permanecería en la infancia de la inteligencia. Por eso sólo debe su alimento, seguridad y bienestar a su trabajo y actividad. Al que es demasiado frágil de cuerpo Dios le ha concedido la inteligencia para que supla con ella su debilidad. Pero se trata siempre de un trabajo.

677. ¿Por qué la Naturaleza provee por sí misma a todas las necesidades de los animales?

- Todo trabaja en la Naturaleza. Los animales lo hacen como tú, pero su tarea, del mismo modo que su inteligencia, se limita al cuidado de su propia conservación. He aquí por qué a ellos el trabajo no les reporta progreso, mientras que en el hombre tiene una doble finalidad: la conservación del cuerpo y el desarrollo del pensamiento, que es también una necesidad y que lo eleva por encima de sí mismo. Cuando digo que la labor de los animales se limita al cuidado de su propia conservación, entiendo con ello el fin que se proponen al trabajar. Pero son ellos sin saberlo, y aun proveyendo a sus necesidades materiales, agentes que secundan los designios del Creador, y su tarea no deja por eso de cooperar al objetivo último de la Naturaleza, aunque con harta frecuencia no descubráis vosotros su resultado inmediato.

678. En los mundos más perfeccionados ¿está también sometido el hombre a la misma necesidad del trabajo?

- La índole del trabajo es relativa a la naturaleza de las necesidades. Cuanto menos materiales son éstas, tanto menos material es el trabajo. Pero no creas por eso que el hombre permanezca allí inactivo e inútil. La ociosidad sería un tormento en vez de representar un beneficio.

679. El hombre que posee bienes suficientes para asegurar su subsistencia ¿queda libre de la ley del trabajo?

- Del trabajo material, quizá sí, pero no de la obligación de hacerse útil según sus posibilidades, de perfeccionar su inteligencia o la de los demás, lo cual constituye asimismo un trabajo. Si el hombre a quien Dios ha deparado bienes suficientes para asegurar su subsistencia no está obligado a ganarse el pan con el sudor de su frente, la obligación de ser útil al prójimo es tanto mayor para él cuanto que la parte que le ha sido asignada de antemano le concede más tiempo libre para hacer el bien.

680. ¿No hay hombres que están impedidos de trabajar en cualquier actividad y cuya existencia es inútil?

- Dios es justo. Sólo condena a aquel cuya vida es voluntariamente inútil, porque ése vive a expensas del esfuerzo ajeno. Él quiere que cada cual se torne útil con arreglo a sus facultades. (Ver párrafo 643).

681. La ley natural ¿impone a los hijos la obligación de trabajar para sus padres?

- Ciertamente, del mismo modo que l os padres deben trabajar para sus hijos. Por eso Dios ha hecho del amor filial y del amor paterno un sentimiento natural, a fin de que, mediante este mutuo afecto, los miembros de una misma familia sean inducidos a ayudarse recíprocamente. Es lo que con sobrada frecuencia se olvida en vuestra sociedad actual. (Ver parágrafo 205).

II.- Límite del trabajo, descanso

682. Siendo una necesidad el descanso después del trabajo, ¿no es una ley natural?

- Sin lugar a dudas, el reposo sirve para reparar las energías del cuerpo, y es asimismo necesario para conceder un poco más de

libertad a la inteligencia, a fin de que ésta se eleve por encima de la materia.

683. ¿Cuál es el límite del trabajo?

- El límite de las fuerzas. Por lo demás, Dios deja libre al hombre.

684. ¿Qué pensar de aquellos que abusan de su autoridad para imponer a sus subordinados un exceso de trabajo?

- Es ésa una de las peores acciones. Todo hombre que tenga el poder de impartir órdenes es responsable del exceso de tarea que imponga a sus subordinados, porque está transgrediendo la ley de Dios. (Véase párrafo 273).

685. ¿Le asiste al hombre el derecho al descanso en su vejez?

- Sí, sólo está obligado según sus fuerzas.

685 a. Pero ¿qué recurso queda al anciano que, teniendo necesidad de trabajar para vivir, no puede hacerlo?

- El fuerte debe trabajar para el débil. Si éste no posee familia, la sociedad debe hacerse cargo de él. Es la ley de caridad.

No basta decir al hombre que tiene que trabajar, precisa además que aquel que debe ganarse el sustento con su labor encuentre ocupación, y es esto lo que no siempre sucede. Cuando la falta de trabajo se generaliza, toma las proporciones de una plaga, como la miseria. La ciencia económica busca remedio a esto en el equilibrio entre producción y consumo, pero dicho equilibrio, aun suponiendo que sea posible, tendrá siempre intermitencias, y durante tales intervalos el trabajador debe seguir viviendo. Un elemento hay que no se ha puesto suficientemente en la balanza, y sin el cual la ciencia económica no pasa de ser una teoría: ese elemento es la educación. **No la educación intelectual, sino la educación moral. Ni tampoco aquella educación moral que se obtiene por medio de los libros, sino la que consiste en** el arte de modelar caracteres, **la que** forma hábitos. **Porque la** educación es el conjunto de los hábitos adquiridos. **Si se piensa en la masa de individuos que son arrojados a diario en el torrente de la población, sin principios, sin frenos y librados a sus propios instintos, ¿debemos asombrarnos de las desastrosas consecuencias que de ello resultan? Cuando el arte de la educación sea conocido, comprendido y llevado a la práctica, el hombre incorporará al mundo hábitos de** orden **y de** previsión**,**

para él mismo y para con los suyos, de respeto hacia lo respetable**; hábitos que le permitirán pasar con menos pena los malos días inevitables. Desorden e imprevisión constituyen dos plagas que sólo una educación** bien entendida **puede remediar. Tal es el punto de partida, el elemento real del bienestar, la garantía de la seguridad de todos.** [94]

---

[94] La concepción espírita del trabajo en cuanto ley natural, determinante al mismo tiempo de la evolución del hombre y de la Naturaleza, concuerda con el principio marxista según el cual, en las propias palabras de MARX: "Obrando sobre la Naturaleza, que está fuera de él, y transformándola por medio de la acción, el hombre se transforma también a sí mismo". En el parágrafo 676 hemos visto ya que "a no ser por el trabajo, el hombre permanecería en la infancia de la inteligencia". El Espiritismo no encara, pues, el trabajo como "una condena", conforme algunos marxistas, sino como una necesidad de la evolución humana y de la evolución terrenal. Trabajar no es sufrir, sino progresar, desarrollarse, conquistar la felicidad. La diferencia estriba en que, para los marxistas, la dicha se encuentra en los productos naturales del trabajo en la Tierra, en tanto que para los espíritas, además de los lucros inmediatos de este mundo, el trabajo proporciona también los provechos de la evolución espiritual. Por eso, no basta con proporcionar trabajo al hombre: es preciso asimismo impartirle una educación moral, vale decir, una orientación espiritual, para que pueda extraer de su tarea todos los beneficios que ésta puede otorgarle. Un mundo socialista, de trabajo y abundancia para todos pero sin perspectivas espirituales, sería tan vacío y tedioso como un mundo espiritual de ociosidad, según el que prometen las religiones. El paraíso terrenal del marxismo equivaldría al paraíso celestial de los beatos. El Espiritismo no acepta ni un extremo ni el otro, poniendo las cosas en su justo lugar. [*N. de J. H. Pires.*]

CAPÍTULO IV

3.- LEY DE REPRODUCCIÓN

I.- Población del globo

686. La reproducción de los seres vivientes ¿es una ley natural?
- Ello es evidente. A no ser por la reproducción, el mundo corporal perecería.

687. Si la población continúa siguiendo la progresión creciente que observamos, ¿llegará un momento en que será excesiva en la Tierra?
- No. Dios provee a ello y mantiene siempre el equilibrio. Él no hace nada que sea inútil. El hombre, que no ve más que un aspecto del cuadro de la Naturaleza, no puede evaluar la armonía del conjunto. [95]

II.- Sucesión y perfeccionamiento de las razas

688. Hay en la actualidad razas humanas que están en evidente declinación: ¿llegará el momento en que hayan desaparecido de la faz de la Tierra?
- Es verdad, pero se trata de que otras han tomado su lugar, así como otras tomarán el lugar de la vuestra algún día.

689. Los hombres de hoy ¿constituyen una nueva creación, o son descendientes perfeccionados de los seres primitivos?
- Son los mismos Espíritus que han regresado para perfeccionarse en nuevos cuerpos, pero que se hallan aún lejos de la perfección. Así, la raza humana actual, que con su aumento tiende a invadir la Tierra entera y a reemplazar a las razas que se encuentran

---

[95] La población del mundo continúa en constante crecimiento, pero los mecanismos equilibradotes de la misma Naturaleza se tornan visibles para los observadores del movimiento demográfico. Por otra parte, en la proporción en que la población crece, la ciencia y la técnica incrementan las posibilidades de producción y de aprovechamiento de regiones del mundo aún inhabitadas. Las aprensiones y el pesimismo de MALTHUS y sus discípulos ofrecen un buen ejemplo de lo que es “no ver más que un aspecto del cuadro de la Naturaleza”. [*N. de J. H. Pires.*]

en vías de extinción, tendrá también su período de decremento y de desaparición. Otras razas más evolucionadas la sustituirán, cuyos individuos descenderán de los miembros de la actual raza, así como los hombres civilizados de hoy descienden de los seres brutos y salvajes de los tiempos primitivos.

690. Desde el punto de vista puramente físico, los cuerpos de la raza actual ¿son una creación especial, o proceden de los cuerpos primitivos, por la vía de la reproducción?

- El origen de las razas se pierde en la noche de los tiempos. Pero, como pertenecen todas a la gran familia humana, sea cual fuere el tronco primitivo de cada una de ellas, han podido mezclarse y producir nuevos tipos.

691. ¿Cuál es, desde el punto de vista físico, el carácter dominante y distintivo de las razas primitivas?

- Desarrollo de la fuerza brutal a expensas de la energía del intelecto. Ahora sucede lo contario: el hombre hace más cosas con la inteligencia que con la fuerza de su cuerpo, no obstante lo cual produce cien veces más que antes, porque ha sabido sacar provecho de las energías de la Naturaleza, lo que no hacen los animales.

692. El mejoramiento de las razas animales y vegetales mediante procedimientos científicos ¿es contrario a la ley natural? ¿Sería más acorde con esa ley dejar que las cosas sigan su curso normal?

- Se debe hacerlo todo para alcanzar la perfección, y el hombre mismo es un instrumento de que se sirve Dios para llegar a sus fines. Puesto que la perfección es el objetivo al que la Naturaleza tiende, favorecer esa perfección significa corresponder a los designios de ésta.

692 a. Pero, por regla general, el hombre sólo es movido –en sus esfuerzos para mejorar las razas animales y vegetales- por un interés personal, y únicamente se propone aumentar su bienestar. Esta circunstancia ¿no hace que su mérito disminuya?

- ¿Qué importa que su mérito sea nulo, con tal que el progreso se cumpla? A él corresponde hacer que su trabajo se torne meritorio por la intención que lo anima. Por otra parte, mediante esa tarea ejerce y desarrolla su inteligencia, y en este aspecto es en lo que se beneficia más.

III.- Obstáculos a la reproducción

693. Las leyes y costumbres humanas que tienen por objeto –o por efecto- poner obstáculos a la reproducción física, ¿son contrarias a la ley natural?

- Todo lo que obste la marcha de la Naturaleza se opone a la ley general.

693 a. Sin embargo, hay especies de seres vivientes –animales y vegetales- cuya reproducción ilimitada resultaría dañosa para otras especies, y de las cuales el hombre mismo sería pronto víctima. ¿Comete él un acto reprensible al detener esa reproducción?

- Dios ha otorgado al hombre, sobre todos los seres vivos, un poder que debe usar para el bien, pero no abusar de él. Puede regular la reproducción conforme a las necesidades, mas no debe impedirla sin necesidad. La acción inteligente del hombre es un contrapeso establecido por Dios para restituir el equilibrio entre las fuerzas de la Naturaleza, y es esto incluso lo que le distingue de los animales, porque lo hace con conocimiento de causa. Pero los animales mismos cooperan también al logro de ese equilibrio, por cuanto el instinto de destrucción que les ha sido concedido hace que, aun proveyendo a su propia conservación, detengan el desarrollo excesivo (y quizá peligroso) de las especies animales y vegetales de que se nutren.

694. ¿Qué hay que pensar de los procedimientos que tienen por efecto impedir la reproducción humana con miras a satisfacer la sensualidad?

- Ello demuestra la predominancia del cuerpo sobre el alma y cuán sumergido en la materia está el hombre.

IV.- Matrimonio y celibato

695. El matrimonio, esto es, la unión permanente de dos seres, ¿es contrario a la ley natural?

- Es un progreso en la marcha de la humanidad.

696. ¿Qué efecto tendría sobre la sociedad humana la abolición del matrimonio?

- El retorno a la vida de los animales.

La unión libre y fortuita de los sexos es el estado natural. El matrimonio constituye uno de los primeros hechos de progreso registrados en las sociedades humanas, porque establece la solidaridad fraternal y se le encuentra en todos los pueblos, si bien en condiciones diversas. La abolición del matrimonio sería, pues, el retorno a la infancia de la humanidad, y colocaría al hombre por debajo incluso de ciertos animales, que le ofrecen el ejemplo de uniones constantes.

697. La absoluta indisolubilidad del matrimonio ¿está en la ley natural, o sólo en la ley humana?

- Se trata de una ley humana muy contraria a la ley natural. Pero los hombres pueden modificar sus leyes. Sólo las de la Naturaleza son inmutables.

698. El celibato voluntario ¿es un estado de perfección meritorio a los ojos de Dios?

- No, y los que así viven por egoísmo disgustan a Dios y engañan a todo el mundo.

699. El celibato ¿no es, por parte de ciertas personas, un sacrificio que realizan con el objeto de consagrarse más enteramente al servicio de la humanidad?

- Eso es muy diferente. Lo he dicho: “por egoísmo”. Todo sacrificio personal es meritorio cuando se hace en pro del bien. Cuando mayor sea el sacrificio, tanto más grande será el mérito.

Dios no puede contradecirse ni encontrar malo aquello que ha hecho. Por tanto, no es posible que vea un mérito en la violación de su ley. Pero, si el celibato de por sí no constituye un estado meritorio, no sucede lo mismo cuando es, mediante el renunciamiento a las alegrías de la familia, un sacrificio que se cumple en provecho de la humanidad. Todo sacrificio personal con miras al bien y sin una segunda intención egoísta **eleva al hombre por encima de su condición material.**

V.- Poligamia

700. La igualdad numérica que existe más o menos entre los sexos, ¿es un indicio de la proporción en que deben unirse?

- Sí, porque todo tiene una finalidad en la Naturaleza. [96]

701. Entre la poligamia y la monogamia, ¿cuál de las dos se halla más de acuerdo con la ley natural?

- La poligamia es una ley humana cuya abolición significa un progreso social. El matrimonio, según los designios de Dios, debe basarse en el afecto de los seres que se unen. Con la poligamia no hay afecto real, sino sólo sensualidad.

Si la poligamia estuviera de acuerdo con la ley natural debería poder ser universal, lo que resultaría materialmente imposible, vista la igualdad numérica de los sexos.

La poligamia ha de ser considerada como una costumbre, o bien una ley particular adecuada a ciertas costumbres, y que el perfeccionamiento social hace que poco a poco vaya desapareciendo.[97]

---

[96] El Espiritismo es teleológico, así desde el punto de vista físico como del moral. Las cosas materiales y los hechos morales, el mundo y el hombre, todo tiene una finalidad, pero no de orden antropológico. Muchas veces ella contraría o se sustrae al pensamiento del hombre. Ella ha motivado la reacción antiteleológica de la filosofía moderna. La ciencia, por su parte, al ocuparse tan sólo del plano objetivo, no ha visto más que "un aspecto del cuadro de la Naturaleza" y se limitó a las "condiciones determinantes". Su naturaleza analítica no le permite abarcar el sentido de las cosas y de los hechos. HENRI BERGSON, en *L´evolution créatice,* desarrolló la teoría del impulso vital, según la cual todo el curso de la evolución, a partir de la materia más densa, se dirige a la liberación de la conciencia en el hombre, apareciendo éste como el fin último de la vida en la Tierra. Esa es la tesis espírita de la evolución, hasta los límites de la vida terrenal. Pero el Espiritismo va más allá al admitir la "escala de los mundos", a través de la cual la evolución se opera en lo infinito, siempre con el objetivo de la perfección. [*N. de J. H. Pires*.]

[97] El impulso polígamo del hombre no es un instinto biológico, sino un mero resabio de las fases anteriores de su evolución. Puesto que no es irracional y no está controlado por las leyes naturales que rigen a las especies animales, tiene el hombre el deber moral de refrenar ese impulso y sublimar su afectividad mediante el amor conyugal y familiar. Se controla por medio de la razón y del libre albedrío, elevándose conscientemente por encima de las exigencias biológicas y de las ilusiones sensoriales. Si ese control se le hace difícil, mayor es entonces su obligación de realizarlo, pues más grande también es su necesidad de evolución en ese terreno, y asimismo porque "el mérito del bien reside en la dificultad", conforme se ha leído en el parágrafo 646 de este mismo libro. [*N. de J. H. Pires.*]

CAPÍTULO V

4.- LEY DE CONSERVACIÓN

I.- Instinto de conservación

702. ¿Es una ley natural el instinto de conservación?

- A no dudarlo. Es dado a todos los seres vivientes, sea cual fuere su grado de inteligencia. En unos es puramente mecánico; en otros, racional.

703. ¿Con qué objeto otorgó Dios a todo ser vivo el instinto de conservación?

- Porque todos ellos deben cooperar a los designios de la Providencia. Por eso Dios les dio la necesidad de vivir. Además, la vida es necesaria para el perfeccionamiento de los seres. Éstos lo sienten por instinto, sin caer en la cuenta de ello.

II.- Medios de conservación

704. Al dar Dios al hombre la necesidad de vivir, ¿le ha provisto siempre de los medios?

- Sí, y si no los encuentra es por falta de comprensión. Dios no ha podido dar al hombre la necesidad de vivir sin proporcionarle los medios para ello, de ahí que haga Él producir a la tierra aquello que provea de lo necesario a todos sus habitantes; porque únicamente lo necesario es útil, al paso que lo superfluo nunca lo es.

705. ¿Por qué no siempre produce la tierra lo bastante para abastecer de lo necesario al hombre?

- Porque el hombre –ingrato- la descuida. No obstante, es ella una excelente madre. Con frecuencia también el hombre acusa a la Naturaleza de aquello que constituye un resultado de su impericia o de su imprevisión. La tierra produciría siempre lo necesario si el hombre supiera contentarse con ello. Si la tierra no basta a todas sus necesidades es porque el hombre emplea en lo superfluo lo que podría destinar a lo necesario. Mira al árabe del desierto: encuentra siempre de qué vivir, porque no se crea necesidades caprichosas.

Pero, cuando la mitad de los productos obtenidos se dilapida en satisfacer fantasías, ¿debe el hombre extrañarse de que no le quede nada para el día siguiente, y tiene razón de quejarse de estar desprovisto de todo cuando llegan tiempos de escasez? En verdad os digo, no es la Naturaleza la imprevisora, sino el hombre, que no sabe administrarse.

706. Por bienes de la tierra ¿debemos entender únicamente los productos del suelo?

- El suelo es la fuente primera de donde derivan todos los otros recursos, porque en definitiva esos recursos no son más que una transformación de los productos del suelo. De ahí que haya que entender por bienes de la tierra, todo aquello de que puede el hombre disfrutar en este mundo.

707. A menudo a algunos individuos les faltan recursos para subsistir, aun en medio de la abundancia que les rodea. ¿A quién deben ellos echar la culpa de esta situación?

- Al egoísmo de los hombres, que no hacen siempre lo que debieran. En segundo lugar, y casi siempre, a sí mismos. Buscad y encontraréis. Estas palabras no quieren significar que base con mirar el suelo para hallar lo que se desea, sino que precisa buscarlo con ardor y perseverancia y no con molicie; sin dejarse desalentar por los obstáculos que con sobrada frecuencia no son otra cosa que medios para poner a prueba vuestra constancia, paciencia y firmeza. (Véase parágrafo 534).

Si la civilización multiplica las necesidades, también multiplica las fuentes de trabajo y los medios de subsistencia. Pero hay que convenir en que a este respecto le queda todavía mucho por hacer. Cuando haya comprendido cuál es su obra, nadie podrá decir que carece de lo necesario, si no es por su propia culpa. La desgracia de muchos consiste en que se internan en un camino que no es el que la Naturaleza les ha trazado, y entonces les falta la inteligencia necesaria para triunfar. Hay sitio para todos bajo el sol, pero a condición de que cada cual ocupe el que le corresponde y no el de los demás.

La Naturaleza no puede ser responsable por los vicios de la organización social y por las consecuencias de la ambición y el amor propio.

Sin embargo, habría que ser ciego para no ver el progreso que se ha realizado en este aspecto en los pueblos más evolucionados. Merced a los loables esfuerzos combinados que la filantropía y la ciencia no cesan de hacer en pro del mejoramiento de la situación material de los hombres, y a despecho del incremento continuo de las poblaciones, la insuficiencia de la producción es atenuada –al menos en gran parte- y los años más calamitosos no tienen nada de comparable con lo que eran poco tiempo atrás. La higiene pública, ese elemento tan esencial para la energía y la salud del individuo, desconocida por nuestros padres, recibe hoy preferente y esclarecida atención. El infortunio y el dolor de los desamparados encuentran lugares de refugio. En todas partes la ciencia es utilizada para aumentar el bienestar. ¿Significa esto que hemos logrado la perfección? ¡Por cierto que no! Pero, lo que hasta aquí se ha hecho nos da la medida de lo que puede hacerse con perseverancia, si el hombre es lo bastante sensato para buscar su felicidad en las cosas positivas y serias y no en utopías que lo retrogradan en vez de hacerlo progresar.

708. ¿No hay situaciones en que los medios de subsistencia no dependen en modo alguno de la voluntad humana, y en que la privación de lo más indispensable es un resultado de la fuerza de las circunstancias?

- Se trata de una prueba, frecuentemente cruel, que debe sufrir, y a la que sabía que iba a estar expuesto. Su mérito estriba en la sumisión a la voluntad de Dios, si su inteligencia no le proporciona ningún medio para salir de la dificultad. Y si ha de venirle la muerte, tiene que someterse a ella sin protestar, pensando que la hora de la verdadera liberación ha llegado para él y que *la desesperación de los postreros instantes puede hacerle perder el fruto de su resignación.*

709. Los que en ciertas situaciones críticas se han visto precisados a sacrificar a sus semejantes para alimentarse con sus despojos ¿han cometido un crimen? Y si constituye un crimen ¿se ve atenuado por su necesidad de subsistir, a lo que su instinto de conservación les impulsa?

- Ya he respondido a eso, diciendo que hay más mérito en sufrir todas las pruebas de la vida con valor y abnegación. Existe homicidio, y crimen de lesa Naturaleza, culpa que debe ser doblemente castigada.

710. En los mundos en que la organización es más depurada, ¿tienen los seres vivos necesidad de alimentarse?

- Sí, pero sus alimentos se hallan en relación con su naturaleza. Esos alimentos no serían lo bastante sustanciosos para vuestros estómagos groseros. De igual modo, ellos no podrían digerir los vuestros.

III.- Disfrute de los bienes terrenos

711. El uso de los bienes de la tierra ¿constituye un derecho del que gozan todos los hombres?

- Ese derecho es la consecuencia de la necesidad de vivir. Dios no puede haber impuesto un deber sin que haya provisto un medio para cumplirlo.

712. ¿Con qué objeto ha dado Dios un atractivo al disfrute de los bienes materiales?

- Es para incitar al hombre al cumplimiento de su misión, y también para probarlo por medio de la tentación.

712 a. ¿Cuál es la finalidad de esa tentación?

- Desarrollar su razón, la cual debe preservarlo de los excesos.

Si el hombre hubiera sido incitado al uso de los bienes terrenales sólo con miras a la utilidad, su indiferencia hubiese podido comprometer la armonía del Universo. Dios le ha concedido el atractivo del placer, que lo induce al cumplimiento de los designios de la Providencia. Pero por medio de ese mismo atractivo quiso Dios además probarlo con la tentación que lo arrastra al abuso, y del cual su razón debe defenderlo.

713. La Naturaleza ¿ha trazado límites a los goces?

- Sí, para señalaros la frontera de lo necesario. Pero, con vuestros excesos llegáis hasta la saciedad y así os castigáis vosotros mismos.

714. ¿Qué pensar del hombre que busca, en los excesos de toda índole, un refinamiento de sus deleites?

- ¡Pobre criatura, a la que hay que tener lástima y no envidiar, pues muy cerca de la muerte se encuentra!

714 a. ¿Cerca de la muerte física o de la muerte moral?
- De ambas.

El hombre que busca en los excesos de toda clase un refinamiento para sus goces se pone por debajo del animal, porque éste sabe detenerse en la satisfacción de su necesidad. Aquél abdica de la razón que Dios le ha dado por guía, y cuanto mayores son sus excesos, tanto más dominio concede a su naturaleza animal sobre su naturaleza espiritual. Las enfermedades y la muerte que son las secuelas del abuso, constituyen al mismo tiempo el castigo de éste, por la transgresión que significa a la ley de Dios.

IV.- De lo necesario y lo superfluo

715. ¿Cómo puede el hombre conocer el límite de lo necesario?
- El sensato lo conoce por intuición, y muchos lo conocen por experiencia y a sus expensas.

716. La Naturaleza ¿no nos ha trazado el límite de nuestras necesidades por nuestra propia organización?
- En efecto, pero el hombre es insaciable. La Naturaleza le señala el límite de sus necesidades por su propia organización, pero los vicios han alterado la constitución del hombre, creándole necesidades que no son reales.

717. ¿Qué debemos pensar de aquellos que acumulan bienes terrenales para procurarse lo superfluo, en perjuicio de quienes carecen de lo necesario?
- Aquéllos entregan al olvido la ley de Dios y tendrán que responder por las privaciones que hayan hecho sufrir a otros.

La frontera entre lo necesario y lo superfluo no posee nada de absoluto. La civilización ha creado necesidades que los salvajes no tienen, y los Espíritus que han dictado estos preceptos no pretenden que el hombre civilizado deba vivir como el salvaje. Todo es relativo, y cabe a la razón conceder lo justo a cada cosa. La civilización desarrolla el sentido moral y al propio tiempo el sentimiento de la caridad, que lleva a los hombres a prestarse mutuo apoyo. Los que viven a costa de las privaciones de los demás explotan en su provecho los beneficios de la civilización. De ésta sólo poseen el barniz, así como personas hay que no tienen de la religión más que la máscara.

V.- Privaciones voluntarias.- Mortificaciones

718. La ley de conservación ¿nos obliga a proveer a las necesidades del cuerpo?

- Sí, porque sin fuerza y salud es imposible el trabajo.

719. ¿Es reprobable que el hombre busque su bienestar?

- El bienestar es un deseo natural. Dios sólo prohíbe[98] el abuso, porque éste es contrario a la conservación. Él no considera que sea un delito buscar el bienestar, si ese bienestar no se adquiere a expensas de otros y si no debilita ni vuestras energías morales ni vuestras fuerzas físicas.

720. Las privaciones voluntarias, con miras a una expiación voluntaria también, ¿son meritorias a los ojos de Dios?

- Haced bien a los demás y tendréis más mérito.

720 a. ¿Hay, entre esas privaciones voluntarias, algunas que sean meritorias?

- Sí: la privación de los placeres inútiles, porque desliga al hombre de la materia y eleva su alma. Lo meritorio es resistir a la tentación que induce a los excesos o al disfrute de cosas inútiles; quitar parte de lo que nos es necesario para dar a aquellos que no poseen bastante. En cambio, cuando la privación voluntaria no es más que un vano simulacro, constituye una irrisión.

721. La vida de mortificaciones ascéticas ha sido practicada desde la más remota antigüedad y en diferentes pueblos. ¿Es meritoria, desde algún punto de vista?

- Preguntaos para *quién* sirve y obtendréis la respuesta. Si sólo aprovecha al que la practica, y en cambio le impide hacer el bien, significa egoísmo, sea cual fuere el pretexto con que se la hermosee. Privarse y trabajar para los demás es la verdadera mortificación, según la caridad cristiana.

---

[98] Consideramos oportuno recordar al lector neófito, que Dios no premia, prohíbe, ni castiga, etc., sino que Él tiene sus Leyes que obran sobre nuestra conducta, y según estemos dentro o fuera de esa Ley, tales serán las consecuencias de nuestros actos. Los Espíritus responden de esta manera, para facilitarnos la comprensión del mensaje, porque lo importante es su esencia, pero recordamos que Dios tal cual lo concibe el Espiritismo no es antropomórfico. (Véase *Libro Primero*, Cap. I “Dios” de esta obra). [*N. del copista.*]

722. La abstención de ciertos alimentos, que se prescribe en diversos pueblos, ¿se funda en la razón?

- Todo aquello con lo cual puede el hombre nutrirse sin que ello sea un perjuicio para su salud, es permitido. Pero, algunos legisladores han podido prohibir ciertos alimentos con una finalidad útil y, para otorgar más prestigio a sus leyes, las ha presentado como procedentes de Dios.

723. El comer carne ¿es, en el hombre, contrario a la ley natural?

- En vuestra constitución física, la carne nutre a la carne, de lo contrario el hombre se debilita. La ley de conservación impone al hombre el deber de mantener sus fuerzas y su salud, para dar cumplimiento a la ley del trabajo. Por tanto, debe nutrirse según su organismo lo requiere.

724. Abstenerse de comer carne, u otra cosa, como expiación, ¿es meritorio?

- Sí, si uno se priva por los demás. Pero Dios no puede considerarlo una mortificación cuando no hay en ello una privación *seria y útil*. Por eso afirmamos que aquellos que sólo hacen un vano simulacro de privarse son hipócritas. (Ver párrafo 720).

725. ¿Qué hemos de pensar de las mutilaciones infligidas al cuerpo del hombre o de los animales?

- ¿Para qué formular semejante pregunta? Una vez más preguntaos si es una cosa útil. Lo inútil no puede ser grato a Dios, y lo perjudicial le es siempre desagradable. Porque, sabedlo bien, Dios es sólo sensible a los sentimientos que elevan el alma hacia Él. Practicando su ley podréis desembarazaros de vuestra materia terrestre, y no violándola.

726. Si los sufrimientos de este mundo nos elevan según el modo como los soportemos, ¿nos elevamos también por aquellos otros que nos creamos voluntariamente?

- Los únicos padecimientos que elevan son los naturales, porque proceden de Dios. Los sufrimientos voluntarios no sirven para cosa alguna cuando no hacen nada por el bien de los demás. ¿Crees que los que acortan su vida mediante rigores sobrehumanos, como lo hacen los bonzos, faquires y algunos fanáticos de tantas sectas, adelantan en su camino? ¿Por qué no trabajan, más bien, en pro de sus semejantes? Vistan al indigente, consuelen al que llora, ayuden al enfermo, soporten privaciones para alivio de los desdichados, y entonces sí su vida será útil y agradable a Dios. Cuando, en

los dolores voluntarios que arrostramos, sólo pensamos en nosotros mismos, es egoísmo. Si se sufre por el prójimo, en cambio, es caridad. Tales los preceptos de Cristo.

727. Si no debemos infligirnos sufrimientos voluntarios que no sean de utilidad alguna para los demás, ¿tenemos, en cambio, que tratar de preservarnos de los que prevemos, o que nos amenazan?

- El instinto de conservación ha sido concedido a todos los seres contra los peligros y los padecimientos. Fustigad vuestro Espíritu y no vuestro cuerpo, mortificad el orgullo, sofocad el egoísmo, el cual se asemeja a una serpiente que os devora el corazón, y haréis más por vuestro propio adelanto que con rigores que ya no pertenecen a este siglo.

CAPÍTULO VI

5.- LEY DE DESTRUCCIÓN

I. Destrucción necesaria y destrucción abusiva

728. La destrucción ¿es una ley de la Naturaleza?

- Precisa que todo se destruya para renacer y regenerarse. Porque lo que llamáis destrucción no es sino una transformación, que se propone por objeto renovar y mejorar a los seres vivientes.

728 a. Así pues, el instinto de destrucción ¿habría sido dado a los seres vivos con miras providenciales?

- Las criaturas de Dios son los instrumentos de que Él se sirve para alcanzar sus fines. Con el propósito de alimentarse, los seres vivos se destruyen mutuamente, y esto, con el doble objetivo de mantener el equilibrio en la reproducción, la cual podría tornarse excesiva, y utilizar los despojos de la envoltura exterior. Pero lo que siempre se destruye es esta envoltura, que sólo constituye el accesorio y no la parte esencial del ser pensante. La parte esencial es el principio inteligente, que es indestructible y se va elaborando en las diversas metamorfosis que experimenta.

729. Si la destrucción es necesaria para la regeneración de los seres, ¿por qué la Naturaleza les provee de medios para preservación y conservación?

- Con el objeto de que la destrucción no se produzca antes del tiempo preciso. Toda destrucción prematura osta el desarrollo del principio inteligente. De ahí que Dios haya otorgado a cada ser la necesidad de vivir y de reproducirse.

730. Puesto que la muerte debe conducirnos a una vida mejor, librándonos de los males de nuestra actual existencia, y por tanto aquélla es más de desear que de temer, ¿por qué le tiene el hombre un horror instintivo, que hace que le tenga tanta aprensión?

- Os lo dijimos: el hombre debe tratar de prolongar su vida para cumplir con su tarea. Por eso Dios le ha concedido el instinto de conservación, y dicho instinto le sostiene en medio de las pruebas. A no ser por él, con sobrada frecuencia se dejaría llevar por el desaliento. La voz secreta que le hace rechazar la muerte le dice que

todavía puede realizar algo en pro de su adelanto. Cuando un peligro se cierne sobre él, es una advertencia para que aproveche la prórroga que Dios le otorga. Pero el ingrato casi siempre da gracias a su buena estrella y no a su Creador.

731. ¿Por qué, junto a los medios de conservación, ha puesto la Naturaleza al mismo tiempo los agentes destructores?

- El remedio al lado de la enfermedad. Lo hemos dicho: es para mantener el equilibrio y servir de contrapeso.

732. La necesidad de destrucción ¿es idéntica en todos los mundos?

- Se halla en relación con el estado más o menos material de cada uno de ellos, y cesa con un estado físico y moral más depurado. En los mundos más evolucionados que el vuestro las condiciones de vida son muy diferentes.

733. ¿Siempre existirá entre los hombres, en la Tierra, la necesidad de destrucción?

- La necesidad de destrucción se debilita en el hombre conforme el Espíritu predomina sobre la materia. De ahí que veáis que al horro de la destrucción sigue el desarrollo intelectivo y moral.

734. En su actual estado ¿tiene el hombre un derecho de destrucción sin límites sobre los animales?

- Ese derecho se encuentra regulado por la necesidad de proveer a su alimento y a su seguridad. Jamás el abuso fue un derecho.

735. ¿Qué pensaremos entonces de la destrucción que excede los límites de las necesidades y de la seguridad; de la caza, por ejemplo, cuando no tiene por objeto sino el placer de destruir inútilmente?

- Predominio de la bestialidad sobre la naturaleza espiritual. Toda destrucción que trasponga las fronteras de la necesidad es una violación de la ley de Dios. Los animales sólo destruyen para satisfacer sus necesidades. Pero el hombre, que posee libre albedrío, lo hace sin necesidad. Tendrá que rendir cuentas por el abuso de la libertad que se le ha concedido, porque en tales casos está cediendo a sus malos instintos. [99]

---

[99] Según se verá, la caza denominada “deportiva”, así como aquella otra, más funesta, que sólo persigue fines de lucro, no se justifican en modo alguno y podrían ponerse en el mismo nivel de barbarie que las corridas de toros y el boxeo, resabios modernos del Circo romano. La caza deportiva hacía poco mal, antaño, porque sólo era practicada por los considerados “grandes de la Tierra”, esto es, los reyes y los señores feudales, y con armas tan primitivas como la ballesta. La democratización de las sociedades humanas,

736. Los pueblos que llevan hasta la exageración el escrúpulo relativo a la destrucción de animales ¿poseen un mérito particular?

- Se trata de un exceso en un sentimiento que, de por sí, es laudable, pero que se torna abusivo, y cuyo mérito se ve neutralizado por abusos de toda índole. Hay en ellos más temor supersticioso que verdadera bondad.

II.- Plagas destructoras

737. ¿Con qué objeto castiga Dios a la humanidad con calamidades destructoras?

- Para que progrese más rápido. ¿No hemos dicho ya que la destrucción es necesaria para la regeneración moral de los Espíritus, que adquieren en cada nueva vida un grado más de perfección? Hay que ver el final para evaluar los resultados. Vosotros los juzgáis sólo desde vuestro punto de vista personal, y los llamáis plagas debido al perjuicio que os ocasionan. Pero tales trastornos son a menudo necesarios para acelerar el advenimiento de un orden de cosas mejor, trayendo en unos pocos años lo que hubiera demandado muchos siglos para producirse. (Véase el parágrafo 744).[100]

738. ¿No podía Dios valerse, para el mejoramiento de la humanidad, de otros medios que no fuesen calamidades destructoras?

- Sí, y a diario los emplea, puesto que ha otorgado a cada cual los medios de progresar mediante el conocimiento del bien y del mal. El hombre es el que no los aprovecha. Es menester, pues, que se le castigue en su orgullo y se le haga sentir su fragilidad.

---

por un parte, y la introducción de la pólvora primero y de armas cada vez más eficaces después, como el fusil provisto de mira telescópica, por la otra, han traído como consecuencia la desaparición o el receso de especies animales enteras, que sólo la creación de parques nacionales o reservas logró parcialmente salvar del aniquilamiento. En cuanto a la caza comercial, a ella se deben verdaderas hecatombes en especies como los elefantes, focas y ballenas, cuyo exterminio no ha sido otra cosa que una sucesión de sangrientas e inútiles carnicerías, a las que en balde intentó poner coto una legislación insuficiente y tibia. Esto ha acarreado en el equilibrio de la Naturaleza una fractura que probablemente sea ya irreparable. [*N. del T. al cast.*]

[100] Esta respuesta plantea de una manera muy clara el problema de los “saltos” en la Naturaleza, al que nos referimos en nota anterior. El “salto cualitativo” a que alude la dialéctica marxista, y que en opinión de algunos contradice el orden evolutivo de la Doctrina Espírita, es la exacta expresión de ese tipo de “trastornos” que apresuran el desarrollo. Conforme se advertirá, el Espiritismo reconoce la existencia y la necesidad de tales “trastornos”, pero integrados dentro del proceso general de la evolución, no admitiéndolos como una ruptura de dicho proceso. [*N. de J. H. Pires.*]

738 a. Pero en medio de esos flagelos el hombre de bien perece lo mismo que el perverso. ¿Es eso justo?

- En el transcurso de su existencia, el hombre lo relaciona todo con su cuerpo. Mas después de la muerte piensa de un modo distinto. Como hemos dicho ya: la vida del cuerpo significa poco. Un siglo de vuestro mundo equivale a *un relámpago en la eternidad*. En consecuencia, los sufrimientos que se prolongan durante lo que vosotros llamáis algunos meses o unos cuantos días, no son nada. Se trata para vosotros de una enseñanza, y que os será de provecho en lo por venir. El mundo real es el de los Espíritus, preexistente y sobreviviente a todo (ver párrafo 85). Ellos son los hijos de Dios y constituyen el objeto de toda su solicitud. Los cuerpos no son sino disfraces bajo los cuales aparecen aquéllos en el mundo. En medio de las grandes calamidades que diezman a los hombres los Espíritus vienen a ser como un ejército que, durante la guerra, ve sus ropas gastadas, desgarradas o perdidas. El general se preocupa más por sus soldados que por los uniformes de éstos.

738 b. Pero las víctimas de esas calamidades no por ello deja de ser tales.

- Si se considera la vida conforme a lo que es, y cuán poca cosa significa con relación a lo infinito, se le concedería menos importancia. Esas víctimas tendrán en una existencia ulterior amplia compensación a sus padecimientos, si saben sobrellevarlos sin protesta.

Ya sea que la muerte llegue debido a una calamidad o por una causa ordinaria, nos es necesario morir cuando la hora de partir ha llegado. La única diferencia estriba en que en aquellos casos se marchan un gran número de personas al mismo tiempo.

Si pudiéramos elevarnos con el pensamiento, de manera de obtener una vista panorámica de la humanidad entera, esos flagelos tan terribles no nos parecerían otra cosa que tempestades pasajeras en el destino del mundo.

739. Las catástrofes destructoras, ¿reportan alguna utilidad desde el punto de vista físico, a pesar de los males que ocasionan?

- En efecto, modifican a veces el estado de una región. Pero frecuentemente el bien que de ellas dimana sólo es apreciado por las generaciones ulteriores.

740. Las plagas ¿no serían asimismo para el hombre pruebas morales que lo enfrentan con las más duras necesidades?

- Las plagas son pruebas que ofrecen al ser humano ocasión de ejercer su inteligencia y poner de relieve su paciencia y resignación a la voluntad de Dios, colocándolo en situación de manifestar sus sentimientos de abnegación, desinterés y amor al prójimo, si no está él dominado por el egoísmo.

741. ¿Es dado al hombre conjurar las calamidades que le afligen?

- En cierto modo, sí, pero no como por regla general se entiende. Muchas calamidades son consecuencia de su propia imprevisión. A medida que va adquiriendo conocimientos y experiencia puede conjurarlas, eso es, prevenirlas, si sabe descubrir sus causas. Pero, entre los males que afligen a la humanidad los hay de un carácter general, que están en los designios de la Providencia, y cuyo efecto cada individuo sufre en mayor o menor grado. A ese tipo de calamidades el hombre sólo puede oponer su resignación a la voluntad de Dios, e incluso dichos males se ven a menudo agravados por su despreocupación.

Entre los flagelos destructores –naturales e independientes del hombre- hay que incluir en primer término la peste, el hambre, las inundaciones, los fenómenos atmosféricos que destruyen los frutos de la tierra. Pero ¿acaso no ha encontrado el hombre en la ciencia, en los trabajos de mejoramiento de los suelos, en el perfeccionamiento agrícola, en la rotación de cultivos y las obras de irrigación, así como en el estudio de las condiciones higiénicas, los medios de neutralizar, o por lo menos atenuar, muchos desastres? Algunas comarcas asoladas otrora por terribles calamidades, ¿no se preservan hoy? ¿Qué no hará, pues, el hombre en pro de su bienestar material cuando aprenda a sacar partido de todos los recursos de su inteligencia, y cuando al cuidado de su conservación persona sepa asociar el sentimiento de una verdadera caridad hacia sus semejantes? (Ver párrafo 707).

III.- Guerras

742. ¿Cuál es la causa que lleva al hombre a la guerra?

- Predominio de la naturaleza animal sobre la espiritual y saciedad de las pasiones. En el estado de barbarie el único derecho que los pueblos conocen es el del más fuerte. De ahí que la guerra

sea para ellos un estado normal. Conforme el hombre va progresando se torna aquélla menos frecuente, porque él evita las causas que la desencadenan. Y cuando el conflicto armado es necesario, sabe humanizarlo.

743. La guerra ¿desaparecerá algún día de este mundo?

- Sí, cuando los hombres hayan comprendido la justicia y practiquen la ley de Dios. Entonces, todos los pueblos serán hermanos.

744. ¿Qué objetivo ha tenido la Providencia al hacer que la guerra sea necesaria?

- La libertad y el progreso.

744 a. Si el efecto que ha de alcanzar la guerra consiste en dar la libertad, ¿cómo se explica que a menudo tenga por finalidad y por resultado la esclavitud?

- Esclavitud momentánea para *agrupar*[101] a los pueblos, a fin de hacerlos llegar más rápido.

745. ¿Qué pensar del que desencadena la guerra en su propio beneficio?

- Ése es el verdadero culpable y necesitará *muchas existencias* para expiar todos los crímenes de que ha sido causante, porque responderá por cada hombre cuya muerte haya ocasionado a fin de satisfacer su ambición.

IV.- Asesinato

746. El asesinato ¿es un crimen a los ojos de Dios?

---

[101] El original dice "*tasser les peuples*" y subraya el verbo. Los traductores al castellano han creído salir de la dificultad poniendo "*cansar a los pueblos*", pero esta acepción no existe. En pintura y escultura, el término significa agrupar, comprimir en un pequeño espacio: "*peintre qui tasse trop ses figures*" (*Nouveau Petit Larousse Illustré*), es un pintor que amontona o comprime demasiado sus figuras. "*Tasser*" es propiamente hacer un montón, reducir de volumen por compresión y, por extensión y familiarmente, comprimir, hablando de personas" (RENÉ BAILLY, *Dictionnaire des Synonymes*, pág. 462. Librairie Larousse, París 1947). Según se ve, la traducción no es fácil. Máxime si se toma en cuenta que –como dijimos- Kardec subraya la palabra, dándole probablemente un significado especial. [*N. del T. al cast.*]

- Sí, un gran crimen. Porque el que arrebata la vida a su semejante *troncha una existencia de expiación y de misión*, y en ello reside el mal.

747. ¿Siempre hay el mismo grado de culpabilidad en el asesinato?
- Ya lo hemos dicho: Dios es justo. Juzga por la intención más que por el hecho mismo.

748. ¿Exime Dios el homicidio en caso de legítima defensa?
- Sólo la necesidad puede excusarlo. Pero si se puede preservar la propia vida sin atentar contra la del agresor se debe hacerlo.

749. ¿Es culpable el hombre de los homicidios que comete durante la guerra?
- No, cuando está obligado a ello por la fuerza. Pero sí es culpable de las crueldades en que incurra, y su humanidad, en cambio, le será tenida en cuenta.

750. A los ojos de Dios ¿cuál es más culpable: el parricida o el infanticida?
- Los dos lo son igualmente, porque todo crimen es un crimen.

751. ¿A qué se debe que en ciertos pueblos, ya adelantados desde el punto de vista intelectual, el infanticidio figure entre las costumbres y esté consagrado por la legislación?
- El desarrollo del intelecto no trae consigo la necesidad del bien. Un Espíritu superior en inteligencia puede ser al mismo tiempo malvado. Es uno que ha vivido mucho sin mejorarse. Él lo sabe.

V.- Crueldad

752. ¿Se puede relacionar la crueldad con el instinto de destrucción?
- Es el mismo instinto de destrucción en lo que tiene de peor, porque si la destrucción constituye a veces una necesidad, la crueldad no lo es nunca. Siempre resulta de una mala índole.

753. ¿Cuál es la razón de que la crueldad sea el carácter dominante en los pueblos primitivos?
- En los pueblos primitivos –como tú les llamas- la materia prevalece sobre el Espíritu. Se entregan a los instintos de la bestia y, como quiera que no tienen otras necesidades que las de la vida del

cuerpo, sólo piensan en su conservación personal, y esto es lo que generalmente los torna crueles. Además, los pueblos de imperfecto desarrollo se hallan bajo el dominio de Espíritus igualmente imperfectos que les son simpáticos, hasta que otros pueblos más adelantados vienen a anular o debilitar su influencia.

754. La crueldad ¿no deriva de la ausencia de sentido moral?

- Di que el sentido moral no está desarrollado, pero no digas que se halla ausente, porque existe en principio en todos los hombres. Ese sentido moral, precisamente, es el que más tarde hace de ellos seres buenos y humanitarios. Existe, pues, también en el salvaje, pero reside en él de la misma manera que el principio del perfume está en la flor antes que ésta se abra.

Todas las facultades existen en el hombre en estado rudimentario o latente, y se desarrollan según las circunstancias les sean más o menos propicias. El excesivo desarrollo de unas detiene o neutraliza el de otras. Las sobreexcitación de los instintos materiales sofoca –si así vale decirlo- el sentido moral, del mismo modo que el desarrollo del sentido moral va debilitando poco a poco las facultades puramente animales.

755. ¿Cómo se explica que en el seno de la más adelantada civilización se encuentren a veces seres tan crueles como los salvajes?

- De igual manera que en un árbol cargado de buenos frutos hallamos algunos que no han alcanzado su pleno desarrollo. Estos últimos son –si así lo quieres- salvajes[102] que sólo tienen la vestimenta de la civilización, o lobos en medio de un rebaño de ovejas. Ciertos Espíritus de orden inferior y muy atrasados pueden encarnar entre hombres evolucionados con la esperanza de adelantar ellos mismos. Pero, si la prueba les resulta demasiado pesada, su índole primitiva predomina.

756. La sociedad de los hombres de bien ¿será algún día expurgada de malhechores?

- La humanidad progresa. Esos hombres dominados por el instinto del mal y que están desubicados entre personas de bien irán

[102] Hacemos constancia en las referencias que los Espíritus acotan a Kardec, con las palabras salvaje o pueblos primitivos de la pregunta 753, como reprobando la noción que en aquel siglo se tenía sobre los pueblos menos desarrollados; preocupándose ellos por el fondo de la cuestión y dejándonos a nosotros, como tantas veces nos han dicho, la capacidad de entendernos con nuestro lenguaje. [*N. del copista.*]

desapareciendo paulatinamente, del modo que el mal grano se separa del bueno cuando se le tamiza. Pero para renacer con otra envoltura. Y como entonces poseerán más experiencia, comprenderán mejor el bien y el mal. Tienes un ejemplo de ello en las especies vegetales y animales que el hombre ha encontrado el modo de mejorar, desarrollando en ellas nuevas cualidades. Pues bien, sólo pasadas muchas generaciones el perfeccionamiento se consuma. Es la imagen de las diversas existencias del hombre.

VI.- Duelo

757. ¿Puede ser considerado el duelo como un caso de legítima defensa?

- No: es un homicidio y una costumbre absurda, digna de bárbaros. Con una civilización más adelantada *y más moral* comprenderá el hombre que el duelo es tan ridículo como aquellos combates que antaño se consideraban "juicios de Dios".

758. El duelo ¿puede ser tenido por homicidio por parte de aquel que, conociendo su propia debilidad, está más o menos seguro de sucumbir en el lance?

- Es un suicidio.

758 a. Y cuando las posibilidades de ambos contrincantes son parejas ¿se trata de un homicidio o de un suicidio?

- Es lo uno y lo otro.

En todos los casos, inclusive en aquel en que las posibilidades de ambos adversarios son iguales, el duelista es culpable; primero, porque atenta fríamente y con propósito deliberado contra la vida de su semejante; y segundo, porque expone su propia existencia inútilmente, sin provecho para nadie.

759. ¿Cuál es el valor de lo que se denomina el *pundonor* en materia de duelo?

- Orgullo y vanidad: dos plagas del género humano.

759 a. Pero ¿no hay casos en que el honor se encuentra realmente comprometido, y negarse al duelo constituiría una cobardía?

- Depende los usos y costumbres vigentes. Cada país y cada siglo tienen al respecto una manera de ver distinta. Cuando los hombres sean mejores y estén más adelantados desde el punto de

vista moral, comprenderán que el verdadero pundonor se halla por encima de las pasiones terrenales y que no se repara un agravio matando o dejándose matar.

Hay más grandeza y verdadero honor en confesarse culpable si no se tiene la razón, o en perdonar si se la tiene, despreciando en todos los casos los insultos que no pueden afectarnos.

VII.- Pena de muerte

760. ¿Desaparecerá algún día de la legislación humana la pena de muerte?

- La pena capital ha de desaparecer, incuestionablemente, y su desaparición señalará un progreso para la humanidad. Cuando los hombres estén más esclarecidos la pena de muerte será abolida por completo en la Tierra. Los hombres no necesitarán ya ser juzgados por otros hombres. Hablo de una época que está todavía bastante lejana para vosotros.

Sin lugar a dudas, el progreso social todavía deja mucho que desear, pero seríamos injustos para con la sociedad moderna si no viéramos un progreso en las restricciones impuestas a la pena capital en los pueblos más adelantados, de acuerdo con la índole de los crímenes a que se limita su aplicación. Si comparamos las garantías que en esos mismos pueblos se esfuerza la justicia por otorgar al acusado y el trato humanitario que le dispensa –aun cuando haya sido reconocido culpable- con las prácticas vigentes en épocas que aún no están muy distantes, no podemos dejar de reconocer la senda progresiva por la que marcha la humanidad.

761. La ley de conservación concede al hombre el derecho de preservar su propia vida. ¿No está haciendo uso de ese derecho cuando elimina de la sociedad a un miembro peligroso?

- Hay otros medios de defenderse del peligro fuera del de matar al agresor. Por otra parte, es preciso abrir al criminal la puerta del arrepentimiento y no cerrársela.

762. Si la pena capital puede ser desterrada de las sociedades civilizadas, ¿no ha constituido una necesidad en tiempos de mayor atraso?

- “Necesidad” no es la palabra adecuada. El hombre cree siempre que una cosa es necesaria cuando no encuentra nada mejor. Conforme evoluciona, va comprendiendo más acertadamente lo que es justo y lo que es injusto, y repudia los excesos que en épocas de ignorancia se cometían en nombre de la justicia.

763. La restricción de los casos en que se aplica la pena de muerte, ¿es un indicio del progreso en la civilización?

- ¿Puedes ponerlo en duda? ¿No se subleva tu Espíritu al leer el relato de las matanzas humanas que se hacían otrora en nombre de la justicia, y a menudo en honor a la Divinidad; de las torturas que se infligían al condenado, e incluso al simple acusado a fin de arrancarle, mediante el exceso de sufrimientos, la confesión de un crimen que en muchos casos no había cometido? Pues bien, si hubieras vivido en aquellos tiempos habrías considerado todo eso muy natural, y quizá siendo juez hubieras hecho otro tanto. Porque lo que es considerado justo en una época parece bárbaro en otra. Sólo las leyes divinas son eternas. Las humanas se modifican con el progreso. Y seguirán cambiando todavía, hasta que hayan sido puestas en armonía con las leyes divinas. [103]

764. Dijo Jesús: “Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán”[104]. Esas palabras, ¿no significan la consagración de la ley del talión? Y la muerte que se inflige al matador ¿no constituye la aplicación de esa ley?

- Andaos con tiento. Os habéis equivocado acerca de estas palabras, *como respecto a otras muchas*. La ley del talión es la justicia de Dios y Él la aplica. Todos vosotros sufrís a cada instante esa ley, porque sois castigados por donde habéis pecado, en esta vida *o en otra*. Quien haya hecho padecer a sus semejantes se hallará en una situación en que sufrirá él mismo lo que haya infligido a los demás. Tal el sentido de esas palabras de Jesús. Pero ¿no os ha dicho también “perdonad a vuestros enemigos”, y no os ha enseñado que pidáis a Dios os perdone vuestras faltas como perdonáis vosotros las

---

[103] Definición perfecta de la concepción espírita de la moral. Los principios verdaderos de la moral son de naturaleza eterna y las costumbres de los pueblos se van modificando a lo largo de la evolución, en dirección a aquellos principios. La sociología materialista, que se ocupa tan sólo de las costumbres, ha creado el falso concepto de la relatividad moral, que sin embargo está ya declinando en el pensamiento moderno. El hombre intuye cada vez más claramente las leyes divinas de la moral, en la proporción en que progresa. Sus costumbres se van depurando y su moral armoniza con esas leyes superiores. [*N. de J. H. Pires*.]

[104] *San Mateo,* Cap. 26:52. Traducción citada. [N. *del T. al cast*.]

de los demás? Es decir, *en la misma proporción* en que hayáis vosotros perdonado: comprended bien esto.

765. ¿Qué hemos de pensar de la pena capital que se aplica en nombre de Dios?

- Es tomar el lugar de Dios en la administración de la justicia. Los que obran así ponen de relieve cuán lejos se hallan de comprender a Dios, y demuestran que deben expiar todavía muchas cosas. La pena de muerte es un crimen e igualmente lo es cuando se aplica en nombre de Dios, y a los que la infligen les cabe la responsabilidad, por tratarse de otros tantos asesinatos.

CAPÍTULO VII

6.- LEY DE SOCIEDAD

I.- Necesidad de la vida social

766. La vida social ¿es una cosa natural?

- Por cierto que sí. Dios ha hecho al hombre para vivir en sociedad. No en vano le ha concedido la palabra y todas las demás facultades necesarias a la vida de relación.

767. El aislamiento completo ¿es contrario a la ley natural?

- Sí, puesto que por instinto buscan los hombres la sociedad y deben todos colaborar en el progreso ayudándose mutuamente.

768. El hombre, al buscar la sociedad, ¿obedece tan sólo a un sentimiento personal, o hay en ese sentimiento un objetivo más general de la Providencia?

- El hombre debe progresar. Solo, no puede hacerlo, porque no posee todas las facultades. Necesita el contacto con los demás. En el aislamiento, se embrutece y se marchita.

Ningún ser humano tiene facultades completas. Mediante la unión social los hombres se complementan recíprocamente a fin de asegurarse su bienestar y progresar. De ahí que, por necesitarse los unos a los otros, estén hechos para vivir en sociedad y no aislados.

II.- Vida de aislamiento. – Voto de silencio

769. Se concibe que, como principio general, la vida en sociedad sea una cosa natural. Pero, como también están en la Naturaleza todos los gustos, ¿por qué habría de ser condenable el del aislamiento absoluto, si algunos hombres encuentran satisfacción en él?

- Satisfacción de egoístas. Hay asimismo individuos que se complacen en embriagarse. ¿Los apruebas? Dios no puede considerar grata una vida mediante la cual uno se condena a no ser útil a nadie.

770. ¿Qué pensar de los hombres que viven en absoluta reclusión con el objeto de sustraerse al contacto pernicioso del mundo?

- Doble egoísmo.

770 a. Pero, si ese enclaustramiento tiene por finalidad una expiación, al imponerse ellos una privación penosa, ¿no es meritorio su acto?

- Hacer mayor bien que el mal que se haya hecho, he ahí la mejor de las expiaciones. Con su aislamiento, al evitar un mal, incurre en otro, puesto que pone en olvido la ley de amor y caridad.

771. ¿Qué debemos pensar de aquellos otros que huyen del mundo para consagrarse al alivio de los desdichados?

- Ésos se elevan al rebajarse. Tienen el doble mérito de colocarse por encima de los placeres materiales y hacer el bien por medio del cumplimiento de la ley del trabajo.

771 a. Y ¿aquellos otros que buscan en el retiro del mundo la tranquilidad que exigen ciertos trabajos?

- Ese no es el enclaustramiento absoluto del egoísta. No se aíslan de la sociedad puesto que por ella trabajan.

772. ¿Qué pensar del voto de silencio que prescriben ciertas sectas, desde la más remota antigüedad?

- Preguntaos más bien si el don de la palabra está en la Naturaleza y por qué Dios lo ha concedido. Él condena el abuso y no el uso de las facultades que ha otorgado. Sin embargo, el silencio es útil. Porque en el silencio te recoges. Tu Espíritu se torna más libre y puede entonces entrar en comunión con nosotros. Pero el *voto* de silencio es una tontería. Sin duda alguna, los que conceptúan esas privaciones voluntarias como actos virtuosos tienen buena intención, pero se equivocan, porque no comprenden suficientemente las auténticas leyes de Dios.

El voto de silencio absoluto, así como el voto de aislamiento, privan al hombre de las relaciones sociales, que pueden proporcionarle ocasiones de realizar el bien y cumplir la ley del progreso.

III.- Lazos de familia

773. ¿Por qué entre los animales los padres y los hijos no se reconocen más cuando estos últimos no tienen ya necesidad de cuidados?

- Los animales llevan una existencia material y no una vida moral. La ternura de la madre para con sus pequeños tiene por principio el instinto de conservación de los seres que dio a luz. Cuando esos seres pueden bastarse a sí mismos la tarea de aquélla ya ha sido cumplida y la Naturaleza no le pide más. De ahí que los deje a fin de dedicarse a sus nuevas crías.

774. Hay personas que, del abandono que hacen de sus hijos los animales, deducen que en el hombre los lazos de familia son sólo un resultado de las costumbres sociales y no una ley natural. ¿Qué debemos pensar de esto?

- El hombre tiene un destino diferente al de los animales. ¿Por qué pretender siempre equiparar a aquél con éstos? En él hay algo más que necesidades físicas: existe la necesidad del progreso. Los vínculos sociales son necesarios al progreso y los lazos de familia estrechan esos vínculos sociales. He aquí por qué los lazos familiares constituyen una ley de la Naturaleza. Dios ha querido que los hombres aprendieran así a amarse como hermanos. (Ver párrafo 205).[105]

775. ¿Cuál sería para la sociedad el resultado de la relajación de los lazos familiares?

- Un recrudecimiento del egoísmo.

---

[105] HERBERT SPENCER incluyó a la familia entre las instituciones que dan forma a la vida social. MARX y ENGELS, por su parte, la conceptuaron como el primer grupo histórico, la primera forma de interacción humana. AUGUSTO COMTE, como la célula básica de la sociedad, el embrión y modelo de ésta, de manera que la sociedad perfecta será aquella que funcione como una familia. Actualmente, la sociología de la familia y la psicología social, bien así como las mismas escuelas de psicología del individuo, reconocen la importancia básica de la familia. Lo propio acontece en los estudios de psicología educacional y de filosofía de la educación. JOHN DEWEY, en *Democracia y educación*, subraya la importancia del hogar en la organización social y en la preparación de la vida social. Según se advertirá, la afirmación de los Espíritus, de que “los lazos de familia estrechan los vínculos sociales”, es confirmada inclusive por los estudios materiales de la sociedad. [*N. de J. H. Pires.*]

CAPÍTULO VIII

7.- LEY DEL PROGRESO

I.- Estado natural

776. El estado natural y la ley natural ¿son una misma cosa?

- No. El estado natural es el primitivo. La civilización es incompatible con el estado natural, mientras que la ley natural contribuye al progreso de la humanidad.

El estado natural es la infancia de la humanidad y el punto de partida de su desarrollo intelectual y moral. Puesto que el hombre es perfectible y lleva en sí el germen de su mejoramiento, en modo alguno puede estar destinado a vivir a perpetuidad en el estado natural, como tampoco ha sido destinado a vivir perpetuamente en la infancia. El estado natural es transitorio y el hombre sale de él mediante el progreso y la civilización. La ley natural, por el contrario, rige a la humanidad entera, y el hombre va mejorando conforme comprende y practica mejor esta ley.

777. Visto que en el estado natural tiene el hombre menos necesidades y se halla exento de todas las tribulaciones que él mismo se crea cuando se encuentra en una situación más adelantada, ¿qué pensar de la opinión de quienes consideran a ese estado como el de la más completa felicidad en la Tierra?

- ¿Qué quieres que te diga? Es esa la dicha del animal. Y personas hay que no conciben otra. Es ser feliz a la manera de las bestias. También los niños son más felices que los adultos.

778. ¿Puede el hombre retrogradar hasta el estado natural?

- No, el hombre debe progresar sin tregua, y no le es posible retornar al estado de niñez. Si progresa, es porque Dios así lo quiere. Pensar que pueda retrogradar hasta su condición primitiva sería negar la ley del progreso.

II.- Marcha del progreso

779. El hombre ¿extrae de sí mismo la fuerza del progreso?

- El hombre se desarrolla naturalmente por sí mismo, pero no todos adelantan al mismo tiempo y de igual manera. Entonces, precisamente, los más evolucionados ayudan al progreso de los otros por medio del contacto social.

780. El progreso moral ¿sigue siempre al de la inteligencia?

- En su consecuencia, pero no lo sigue siempre *de inmediato.* (Ver parágrafos 192 y 365).

780 a. ¿De qué manera puede el progreso del intelecto conducir al progreso moral?

-Haciendo comprender el bien y el mal. El hombre puede entonces escoger. El desarrollo del libre albedrío sigue al de la inteligencia y aumenta la responsabilidad de los propios actos.

780 b. En tal caso, ¿cómo se explica que los pueblos más ilustrados sean a menudo los más pervertidos?

- El progreso integral constituye el objetivo, pero los pueblos, como los individuos, sólo van llegando a él paso a paso. Hasta que se haya desarrollado en ellos el sentido moral pueden incluso servirse de su inteligencia para realizar el mal. La moral y la inteligencia son dos fuerzas que sólo a la larga se equilibran. (Ver parágrafos 365 y 751).

781. ¿Es dado al hombre poder detener la marcha del progreso?

- No, pero en ocasiones puede ponerle impedimentos.

781 a. ¿Qué pensaremos de los hombres que intentan paralizar la marcha del progreso y hacer retrogradar a la humanidad?

- Pobres seres a quienes Dios castigará. Serán arrastrados por el torrente que tratan de detener.

Puesto que el progreso es una condición de la humana naturaleza, nadie tiene poder para oponérsele. Es una fuerza viva **que las malas leyes pueden retrasar, pero no ahogar. Cuando esas leyes se tornan incompatibles con él, el mismo progreso las arrastra, junto con todos aquellos que se esfuerzan por mantenerlas vigentes, y así seguirá ocurriendo hasta que el hombre haya puesto sus leyes de acuerdo con la justicia divina, que desea**

el bien para todos y no admite leyes sancionadas por el fuerte en detrimento del débil.

782. ¿No hay hombres que de buena fe ponen trabas al progreso, creyendo favorecerlo porque lo ven desde su punto de vista, y con frecuencia allí donde no existe?

- Pequeño guijarro puesto bajo la rueda de un gran coche, al que no le impide avanzar.

783. El perfeccionamiento de la humanidad ¿sigue siempre una marcha progresiva y lenta?

- Existe el progreso regular y lento que resulta de la fuerza de las circunstancias, pero cuando un pueblo no adelanta lo bastante rápido Dios le imprime de tiempo en tiempo una sacudida física o moral que lo transforma.

El hombre no puede permanecer para siempre en la ignorancia, porque debe llegar a la meta que la Providencia le señala. Así pues, se va ilustrando por la fuerza misma de las circunstancias. Las revoluciones morales, como las sociales, se infiltran de manera paulatina en las ideas, germinan durante siglos y después estallan de súbito y hacen que se desplome el carcomido edificio del pasado, que no armoniza ya con las nuevas necesidades y las aspiraciones también nuevas.

Con frecuencia el hombre no ve en esas conmociones más que la confusión y el desorden momentáneos que lesionan sus intereses materiales. Pero aquel que eleva el pensamiento por encima de su propia persona admira los designios de la Providencia, que del mal hace surgir el bien. Es la tempestad que purifica la atmósfera después de haberla agitado. [106]

[106] Según se verá por este comentario de Kardec y por las explicaciones de los Espíritus a que el mismo se refiere, el Espiritismo reconoce la necesidad de esos movimientos periódicos de agitación natural, ora de los elementos, ora de los pueblos, para la realización del progreso. Pero los admite como hechos naturales y no como creaciones artificiales a las que los hombres deban dedicarse, obedeciendo a doctrinas revolucionarias. Lo que el Espiritismo enseña es que el hombre debe colocarse, en tales horas, por encima de sus mezquinos intereses personales, para ver en su amplitud la irresistible marcha del progreso, contribuyendo a él en la medida de lo posible. [*N. de J. H. Pires*.]

784. Muy grande es la perversidad del hombre, y ¿no parece retroceder en vez de adelantar, al menos desde el punto de vista moral?

- Te equivocas. Observa con atención el conjunto y advertirás que avanza, puesto que va comprendiendo mejor lo que está mal, cada día que pasa corrige sus abusos de ayer. Es menester un exceso del mal para que se comprenda la necesidad del bien y de las reformas.

785. ¿Cuál es el mayor obstáculo del progreso?

- El orgullo y el egoísmo. Estoy refiriéndome al progreso moral, por cuanto el progreso intelectual marcha siempre. Incluso pareciera, a la primera mirada, dar a los vicios una actividad redoblada al desarrollar la ambición y la afición a las riquezas que, a su vez, incitan al hombre a investigaciones que ilustran su Espíritu. Así pues, todo se relaciona en el mundo moral tanto como en el físico, y del mismo mal puede surgir el bien. Pero esa situación no durará más que un tiempo: irá cambiando a medida que el hombre comprenda mejor que hay, fuera del disfrute de los bienes terrenales, una felicidad incomparablemente mayor e infinitamente más duradera. (Ver “Del egoísmo”, Capítulo XII, parágrafos 913 a 917).

Hay dos clases de progreso que se prestan mutuo apoyo y, sin embargo, no avanzan el uno junto al otro: el progreso intelectual y el progreso moral. En los pueblos civilizados, el primero de ellos recibe en este siglo[107] todos los estímulos deseables. Por eso ha alcanzado un grado de adelanto que hasta nuestros días era desconocido. Falta mucho al segundo para estar al mismo nivel, y, sin embargo, si se comparan los hábitos sociales de algunos siglos atrás con los de hoy, habría que ser ciego para negar el progreso moral alcanzado. ¿Por qué, pues, la marcha ascendente debe detenerse más bien por lo moral que por el intelecto? ¿Por qué no habría de haber entre los siglos diecinueve y veinticuatro tanta diferencia como la que se advierte entre el catorce y el diecinueve? Dudar de ello sería pretender que la humanidad esté en el apogeo de la perfección, lo cual sería absurdo, o que no es perfectible moralmente, lo que la experiencia desmiente.

[107] El autor se está refiriendo, naturalmente, al siglo diecinueve. [*N. del T. al cast.*]

III.- Pueblos degenerados

786. La historia nos muestra a una multitud de pueblos que, tras las sacudidas que los trastornaron han vuelto a sumergirse en la barbarie. En casos así, ¿dónde está el progreso?

- Cuando a tu casa la amenaza la ruina la haces demoler para reconstruirla más sólida y cómoda. Pero, hasta que esté terminada habrá molestias y confusión en tu morada.

Comprende además esto: eras pobre y vivías en una casucha. Te haces rico y la dejas para pasar a residir en un palacio. Después, un pobre, como lo eras antes tú, se instala en tu antigua choza e inclusive está muy contento, porque hasta entonces había vivido al raso. Pues bien, sabe que los Espíritus que han encarnado en ese pueblo degenerado no son los mismos que lo constituían en sus tiempos de esplendor. Los de entonces, que eran adelantados, han ido a ocupar habitaciones más perfectas, progresando, mientras otros menos evolucionados tomaron su lugar, el que a su vez dejarán más tarde.

787. ¿No existen razas que de por sí son reacias al progreso?

- Sí, pero éstas se aniquilan a diario *corporalmente*.

787 a. ¿Cuál será el destino futuro de las almas que animan esas razas?

- Como todas las otras, arribarán a la perfección, pasando por diferentes existencias. Dios no deshereda a nadie.

787 b. Así pues, los hombres más civilizados ¿han podido ser salvajes y antropófagos?

- Tú mismo lo has sido más de una vez, antes de ser lo que eres.

788. Los pueblos son individualidades colectivas que, como los individuos, pasan por la infancia, la edad madura y la decrepitud. Esta verdad, reafirmada por la historia, ¿no puede inducirnos a pensar que los pueblos más adelantados de este siglo tendrán su declinación y su fin, como los de la antigüedad?

- Los pueblos que sólo viven la existencia del cuerpo, aquellos cuya grandeza sólo se funda sobre la fuerza y la extensión de su territorio, nacen, crecen y mueren, porque la fuerza de un pueblo se agota igual que la de un hombre. Aquellos cuyas leyes egoístas atentan contra el progreso de las luces y de la caridad mueren,

porque la luz mata las tinieblas y la caridad abate al egoísmo. Pero hay para los pueblos, como para los individuos, la vida del alma. Aquellos otros, en cambio, cuyas leyes armonizan con las leyes eternas del Creador, vivirán y serán la antorcha de los demás pueblos.

789. ¿Reunirá algún día el progreso a todos los pueblos de la Tierra en una sola nación?

- No, no en una sola nación, pues resulta imposible. Porque de la diversidad de los climas nacen costumbres y necesidades diferentes, que constituyen las nacionalidades. De ahí que requieran siempre leyes apropiadas a tales necesidades y costumbres. Pero la caridad no conoce latitudes y no hace distinción entre los hombres por el color de su piel. Cuando la ley de Dios sea en todas partes la base de la ley humana, los pueblos practicarán la caridad recíproca, así como los individuos lo hacen de hombre a hombre. Entonces vivirán dichosos y en paz, porque nadie tratará de agraviar a su vecino ni de vivir a sus expensas.

La humanidad va progresando por medio de los individuos, que poco a poco se mejoran e ilustran. Entonces, cuando éstos se convierten en mayoría, toman la delantera y arrastran a los demás. De tiempo en tiempo surgen entre ellos hombres geniales que imprimen a la humanidad un impulso, después otros que poseen autoridad y son instrumentos de Dios, los cuales en pocos años la hacen adelantar en varios siglos.

El progreso de los pueblos hace inclusive resaltar la justicia de la reencarnación. Los hombres de bien realizan loables esfuerzos para llevar adelante a una nación, moral e intelectualmente. Admitamos que esa nación, transformada, será más dichosa en este mundo y en el otro. Pero, durante su lenta marcha a través de los siglos, millares de individuos mueren a diario. ¿Qué suerte cabe a todos aquellos que en el trayecto sucumben? Su inferioridad relativa ¿los priva de la dicha reservada a los recién llegados? ¿O su felicidad también es relativa? La justicia divina no podría consagrar semejante injusticia. Mediante la pluralidad de existencias el derecho a ser feliz es el mismo para todos, porque nadie ha quedado desheredado del progreso. Puesto que los que han vivido en tiempos de barbarie pueden regresar en épocas civilizadas, ya sea en el seno del mismo pueblo o en otro, de ello resulta que todos se benefician con la marcha hacia lo alto.

Pero la tesis de una existencia única presenta aquí otra dificultad. Según esta concepción, el alma es creada en el instante del nacimiento. Por tanto, si un hombre es más adelantado que otro lo será porque Dios creó para él un alma más evolucionada. ¿Cómo se explica este favor? ¿Qué mérito tiene ese hombre, que no ha vivido más que otro y que con frecuencia vivió menos, para que se le haya dotado de un alma superior? Mas la dificultad principal no reside ahí. En un milenio, una nación pasa de la barbarie a la civilización. Si los hombres vivieran mil años se concebiría que en ese lapso tuviesen tiempo suficiente para progresar. Pero todos los días muere alguno de ellos y a cualquier edad. Se van renovando sin cesar, de manera que a diario se les ve aparecer y extinguirse. Al cabo de un milenio no queda ya vestigio de los antiguos habitantes de ese país. De bárbaro que era, se ha tornado culto. ¿Qué es lo que progresó? ¿Los individuos, bárbaros de antaño? ¡Pero si están muertos desde hace tanto tiempo! ¿Los que han llegado últimamente, entonces? No, puesto que sus almas han sido creadas en el momento en que nacieron y no existían en tiempos de barbarie. Hay que admitir, pues, que los esfuerzos que se realizan para civilizar a un pueblo tienen el poder, no de mejorar sus almas imperfectas, sino de hacer que Dios cree almas más perfectas.

Comparemos esta teoría del progreso con la que los Espíritus enseñan. Las almas llegadas a la vida en época de civilización tuvieron su infancia, igual que todas las demás, pero han vivido ya **y han venido en un estado de adelanto que es consecuencia de un progreso anterior. Llegan atraídas por un ambiente que les es simpático y que se halla en relación con su actual estado. De esta manera, los esfuerzos realizados para civilizar a un pueblo no tienen por efecto hacer que se creen en el porvenir almas más perfectas, sino que sean atraídas hacia él aquellas almas que ya han progresado, o por haber vivido en esa misma nación en épocas de barbarie, o porque procedan de otra parte. Allí reside la clave del progreso de la humanidad entera. Cuando todos los pueblos hayan llegado a un mismo nivel mediante el sentimiento del bien, la Tierra sólo será el punto de reunión de Espíritus buenos, que vivirán juntos en fraternal unión, y puesto que los malos se verán rechazados y desubicados, irán a buscar en mundos inferiores el medio que más les convenga, hasta que sean dignos de volver al nuestro, ya transformados.**

La teoría vulgar tiene todavía esta otra consecuencia: los trabajos de mejoramiento social sólo benefician a las generaciones presentes y futuras, y tales conquistas les fueron vedadas a las generaciones anteriores, que cometieron el error de llegar demasiado temprano y que alcanzaron a ser lo que pudieron, cargadas como se hallaban con sus actos de barbarie. Según la Doctrina de los Espíritus, los progresos ulteriores benefician también a esas generaciones, que reencarnan en medio de condiciones mejores y pueden así perfeccionarse en el seno de la civilización. (Ver párrafo 222).

IV.- Civilización

790. ¿Representa un progreso la civilización o es, según algunos filósofos piensan, una decadencia de la humanidad?

- Progreso incompleto. El hombre no pasa súbitamente de la niñez a la edad madura.

790 a. ¿Es razonable condenar a la civilización?

- Condenad más bien a quienes de ella abusan, y no a la obra de Dios.

791. ¿Se depurará algún día la civilización, hasta liberarse de los males que ha engendrado?

- Sí, cuando el desarrollo moral lo esté tanto como la inteligencia. No puede el fruto venir antes de la flor.

792. ¿Por qué no realiza de inmediato la civilización todo el bien que podría producir?

- Porque los hombres no están todavía en condiciones ni dispuestos a obtener ese bien.

792 a. ¿No será asimismo porque, al crear nuevas necesidades, suscita pasiones también nuevas?

- Sí, porque todas las facultades del Espíritus no progresan a la par. Para todo es menester tiempo. No podéis esperar frutos perfectos de una civilización incompleta. (Ver parágrafos 751 y 180).

793. ¿Por cuáles signos podemos reconocer a una civilización completa?

- La reconoceréis por su desarrollo moral. Os creéis muy adelantados porque habéis hecho grandes descubrimientos y mara-

villosas invenciones; porque estáis más confortablemente alojados y mejor vestidos que los salvajes; pero sólo tendréis de veras el derecho de llamaron civilizados cuando hayáis desterrado de vuestra sociedad los vicios que la deshonran, y cuando viváis juntos como hermanos, practicando la caridad cristiana. Hasta entonces, no seguiréis siendo otra cosa que pueblos instruidos que sólo recorrieron la primera fase de la civilización.

Como todas las cosas, la civilización tiene sus grados. Una civilización incompleta es un estado de transición que engendra males particulares, desconocidos en el estado primitivo. Pero no por eso deja de ser un progreso natural y necesario, que lleva consigo el remedio para los males que engendra. Conforme la civilización se va perfeccionando elimina algunos de los males que ha engendrado, y con el progreso moral desaparecerán esos males por completo.

De dos pueblos llegados a la cumbre de la escala social, sólo podrá considerarse el más civilizado, en la verdadera significación de la palabra, aquel de ellos en que se encuentre menos egoísmo, avidez y orgullo. Aquel cuyos hábitos sean más intelectuales y morales que materiales. Aquel donde la inteligencia pueda desarrollarse con mayor libertad. Donde haya más bondad y buena fe, más benevolencia y generosidad recíprocas. Donde los prejuicios de casta y de nacimiento estén menos arraigados, puesto que son ellos incompatibles con el verdadero amor al prójimo. Donde las leyes no consagren privilegio alguno y sean las mismas para el último que para el primero de los hombres. Donde la justicia sea ejercida con la menor parcialidad posible. Donde el débil encuentre siempre apoyo del fuerte, y la vida del hombre, sus creencias y opiniones sean mejor respetadas. Donde, por último, haya menos desdichados y todo hombre de buena voluntad esté siempre seguro de no carecer de lo necesario. [108]

[108] Ésa habrá de ser la civilización cristiana que el Espiritismo establecerá en la Tierra. Como se ve, por las explicaciones de los Espíritus y los comentarios de Kardec, la civilización incompleta en que vivimos constituye sólo una fase de transición entre el mundo pagano de la antigüedad y el cristiano del futuro. En las costumbres y en la legislación, en la religión y en la práctica de los cultos religiosos vemos la mezcla constante de los elementos del paganismo con los principios renovadores del Cristianismo. Al Espiritismo cabe la misión de remover esos elementos paganos para hacer que brille el espíritu cristiano en toda su pureza. Véase, a este propósito, todo el Capítulo I de *El Evangelio según el Espiritismo.* [*N. de J. H. Pires.*]

V.- Progreso de la legislación humana

794. ¿Podría la sociedad ser regida exclusivamente por las leyes naturales, sin ayuda de las leyes humanas?

- Podría, si se las comprendiera bien; y si hubiese voluntad de llevarlas a la práctica bastarían por sí solas. Pero la sociedad tiene sus exigencias, necesita leyes particulares.

795. ¿Cuál es la causa de la inestabilidad de las leyes humanas?

- En épocas de barbarie eran los más fuertes los que elaboraban las leyes, y las hicieron para ellos. Ha habido que ir modificándolas a medida que los hombres iban comprendiendo mejor la justicia. Las leyes humanas son tanto más estables conforme se acercan a la justicia verdadera, esto es, a medida que van siendo hechas por todos y se identifican con la ley natural.

La civilización ha creado en el hombre nuevas necesidades, y tales necesidades están en relación con la posición social que él se ha labrado. Debió regular los derechos y deberes de esa posición mediante las leyes humanas, pero, bajo la influencia de sus pasiones, ha creado a menudo derechos y deberes imaginarios que la ley natural condena y que los pueblos van borrando de sus códigos conforme progresan. La ley natural es inmutable y una misma para todos. La ley humana es variable y progresiva. Y en la infancia de las sociedades sólo pudo consagrar el derecho del más fuerte.

796. La severidad de las leyes penales ¿no es necesaria en el actual estado de la sociedad humana?

- Por cierto que una sociedad depravada tiene necesidad de leyes más severas. Por desgracia, esas leyes se dedican más a castigar el mal cuando ya fue cometido que a anular la fuente de ese mal. Sólo la educación puede reformar a los hombres. Entonces no necesitarán ya leyes tan rigurosas.

797. ¿Cómo podrá ser inducido el hombre a reformar sus leyes?

- Ello ocurre de una manera natural, por la fuerza de las circunstancias y por la influencia que ejercen las personas de bien, que lo conducen por la senda del progreso. El hombre ya ha reformado bastantes de ellas y reformará otras muchas. ¡Aguarda!

VI.- Influencia del Espiritismo en el progreso

798. ¿Llegará el Espiritismo a ser una creencia común, o continuará siendo sólo el patrimonio de algunas personas?

- Por cierto que llegará a ser una creencia común y señalará una nueva era en la historia del género humano, porque está en la Naturaleza y también porque han venido los tiempos en que debe tomar su puesto entre los conocimientos humanos. Sin embargo, habrá que sostener grandes luchas, más aún contra los intereses que contra la convicción, porque no hemos de ocultar que existen personas interesadas en combatirlo, unas por amor propio y otras por causas enteramente materiales. Pero, puesto que sus contradictores se van quedando cada vez más solos, pronto se verán obligados a pensar como todo el mundo, so pena de ponerse en ridículo.

Sólo a la larga se transforman las ideas y nunca lo hacen de súbito. Se debilitan con el paso de las generaciones y concluyen por ir desapareciendo poco a poco junto con quienes las profesaban, y que son reemplazados por otros individuos imbuidos de principios diferentes, tal como acontece con las ideas políticas. Ved, por ejemplo, el paganismo. Por cierto que no hay nadie que hoy profese las ideas religiosas de aquellos tiempos. No obstante, muchos siglos después del advenimiento del Cristianismo dejó huellas que sólo la completa renovación de las generaciones pudo borrar. Lo propio ocurrirá con el Espiritismo. Está realizando muchos progresos, pero habrá todavía, durante dos o tres generaciones, un fermento de incredulidad que sólo el tiempo logrará disipar. A pesar de esto, su marcha será más rápida que la del Cristianismo, porque éste le va abriendo camino y el Espiritismo se apoya en él. El Cristianismo tenía que destruir. El Espiritismo sólo ha de edificar.[109]

799. ¿Cómo puede el Espiritismo contribuir al progreso?

---

[109] El transcurso del primer siglo del Espiritismo, cumplido el 18 de abril de 1957, vino a confirmar plenamente esta extraordinaria previsión de Kardec. En la primera centuria de su desarrollo el Cristianismo era todavía una oscura secta terriblemente perseguida. Sólo en las postrimerías del tercer siglo alcanzó el desarrollo y la universalización que el Espiritismo presenta en sus primeros cien años. La marcha del Espiritismo se ha hecho con rapidez mucho mayor y su victoria brillará más pronto de lo que se espera. [*N. de J. H. Pires.*]

* El Espiritismo es la continuación lógica de la enseñanza moral dada por Jesús, puesto que es el Paráclito o Espíritu de Verdad que nos prometió (Juan 14:26), y que viene a esclarecer aquello que no fue bien comprendido y a restituir el sentido original de sus enseñanzas; por esto es cristiana su moral, con pleno sentido universal. [*N. del copista.*]

- Destruyendo al materialismo, que es una de las plagas de la sociedad, hace él comprender a los hombres dónde está su verdadero interés. No estando ya la vida futura velada por la duda, el hombre comprenderá mejor que puede asegurarse el porvenir mediante su presente. Al destruir los prejuicios de sectas, castas y colores, enseña a los hombres la gran solidaridad que debe unirlos como hermanos.

800. ¿No es de temer que el Espiritismo no pueda triunfar sobre la indiferencia de los hombres y su apego a las cosas materiales?

- Sería conocer muy poco al ser humano si se pensara que cualquier motivo podría transformarlo como por arte de encantamiento. Las ideas se modifican de una manera paulatina, con los individuos, y hacen falta generaciones para que se borren por completo las huellas de viejos hábitos. Por tanto, sólo con el tiempo puede operarse la transformación, gradualmente y paso a paso. En cada generación, una parte del velo se levanta. El Espiritismo viene a quitarlo por completo. Pero en el ínterin, aunque únicamente lograra enmendar un solo defecto de un hombre, le habría hecho dar un paso adelante, y por lo mismo sería ese un gran bien, pues ese primer paso haría que los siguientes le resultaran más fáciles.

801. ¿Por qué los Espíritus no han enseñado en todos los tiempos lo que hoy enseñan?

- Vosotros no enseñáis a los niños lo que a los adultos, como tampoco dais al recién nacido un alimento que no pueda digerir. Cada cosa a su tiempo. Los Espíritus enseñaron muchas cosas que los hombres no comprendieron o que tergiversaron, pero que ahora sí están en condiciones de asimilar. Mediante su enseñanza, aún incompleta, prepararon el terreno para recibir la simiente que hoy va a fructificar.

802. Puesto que el Espiritismo debe señalar un progreso para la humanidad, ¿por qué razón los Espíritus no apresuran ese progreso por medio de manifestaciones de tal modo generales y evidentes que la convicción alcance aun a los más incrédulos?

- Querríais milagros. Dios los siembra a manos llenas y tenéis todavía hombres que de Él reniegan. Cristo mismo ¿convenció acaso a sus contemporáneos con los prodigios que realizaba? ¿No veis hoy mismo a hombres que niegan los hechos más manifiestos que ocurren ante sus propios ojos? ¿No tenéis quienes afirman que no creerían aunque vieran? No, Dios no quiere guiar a los hombres valiéndose de prodigios. En su bondad, desea Él dejarles el mérito de que se convenzan por su propia razón.

CAPÍTULO IX

8.- LEY DE IGUALDAD

I.- Igualdad natural

803. ¿Todos los hombres son iguales ante Dios?

- Sí, todos tienden hacia el mismo fin y Dios ha hecho sus leyes para todos ellos. Con frecuencia decís: "El sol nace para todos", y estáis manifestando una verdad mayor y más general de lo que pensáis.

Todos los hombres se hallan sometidos a las mismas leyes naturales. Todos nacen con idéntica debilidad, están sujetos a iguales dolores, y el cuerpo del rico se destruye como el del pobre. En consecuencia, Dios no ha otorgado a ningún hombre una superioridad natural, ni por el nacimiento ni por la muerte. Ante Él todos son iguales.

II.- Desigualdad de aptitudes

804. ¿Por qué Dios no ha dotado de las mismas aptitudes a todos los hombres?

- Dios creó iguales a todos los Espíritus, pero cada uno de ellos ha vivido más o menos tiempo y, por tanto, ha adquirido también más o menos experiencia. La diferencia reside, pues, en su grado de experiencia y también en su voluntad, que es el libre arbitrio. De ahí que unos se perfeccionen con más rapidez, lo que les da aptitudes distintas. La diversidad de aptitudes es necesaria a fin de que cada cual pueda contribuir a las miras de la Providencia dentro del límite del desarrollo de sus energías físicas e intelectuales. Lo que uno no hace, lo realiza el otro. Así cada cual desempeña su rol con provecho. Puesto que todos los mundos son *solidarios entre sí*, es muy necesario que los que moran en los mundos superiores, que en su mayoría han sido creados antes que el vuestro, venga a habitar la Tierra para daros el ejemplo. (Véase el parágrafo 361).

805. Al pasar de un mundo superior a uno inferior, ¿conserva el Espíritu la integridad de las facultades adquiridas?

- Sí, ya lo hemos dicho: el Espíritu que ha progresado no vuelve a caer de ningún modo. En su estado de Espíritu, puede escoger una envoltura más torpe o una posición más precaria que la que tenía anteriormente, pero siempre hace esto para que le sirva de enseñanza y le ayude a progresar. (Ver párrafo 180).

Así pues, la diversidad de las aptitudes de los hombres no depende de la naturaleza íntima con la que han sido creados, sino del grado de perfeccionamiento a que han llegado los Espíritus encarnados en ellos. Dios no creó, pues, la desigualdad de facultades, sino que permitió que los diferentes grados de desarrollo estuvieran en contacto, a fin de que los más adelantados pudieran cooperar al progreso de los más atrasados, y también para que los hombres, que necesitan unos de otros, comprendieran la ley de caridad que debe unirlos.

III.- Desigualdades sociales

806. La desigualdad de las condiciones sociales ¿es una ley natural?

- No: es una obra del hombre y no de Dios.

806 a. Esa desigualdad ¿desaparecerá algún día?

- Sólo las leyes de Dios son eternas. ¿Acaso no ves que tal desigualdad se va borrando poco a poco, cada día? Desaparecerá junto con el predominio del orgullo y del egoísmo, y no quedará sino la desigualdad del mérito. Día vendrá en que los miembros de la gran familia de los hijos de Dios no tomarán en cuenta la mayor o menor pureza de la sangre, porque sólo el Espíritu es más o menos puro, y esto no depende de la posición que el hombre ocupe en la sociedad.

807. ¿Qué pensar de los que abusan de la superioridad de su posición social para sojuzgar al débil en su propio beneficio?

- Merecen el anatema, ¡desdichados de ellos! Porque serán oprimidos a su vez y *renacerán* en una existencia en que soportarán todo lo que han hecho sufrir. (Ver parágrafo 684).

IV.- Desigualdad de las riquezas

808. La desigualdad de las riquezas ¿no tiene su origen en la desigualdad de las facultades, que dan a unos más medios de adquirir que a otros?

- Sí y no. ¿Qué dices de la astucia y el robo?

808 a. La riqueza hereditaria ¿no es, por tanto, fruto de las malas pasiones?

- ¿Qué sabes? Remóntate a sus fuentes y verás si es siempre pura. ¿Sabes acaso si en un comienzo no constituyó el producto de una expoliación o de una injusticia? Pero, aun sin referirnos al origen, que puede ser malo, ¿crees que la codicia de los bienes, incluso los mejor adquiridos, y los secretos deseos que se conciben de poseerlos lo más rápido posible, sean sentimientos laudables? Esto es lo que Dios juzga, y te aseguro que su juicio es más severo que el de los hombres.

809. Si una fortuna ha sido mal habida en su origen, los que más tarde la heredan, ¿son responsables de ello?

- No cabe duda de que no son responsables del mal que otros hayan podido cometer, y tanto menos cuanto pueden ignorarlo. Pero debes saber bien que con frecuencia sólo recibe el hombre una fortuna para proveerle la ocasión de reparar una injusticia. ¡Dichoso de él si así lo comprende! Si lo hace en nombre de aquel que cometió la injusticia se tendrá en cuenta a ambos la reparación, porque a menudo es el último de ellos el que la suscita.

810. Sin repararnos de la legalidad podemos disponer de nuestros bienes de una manera más o menos equitativa. ¿Somos responsables, después de nuestra muerte, de las disposiciones testamentarias que hayamos adoptado?

- Toda acción da sus frutos. Los frutos de las buenas acciones son dulces. Los de las otras son siempre amargos. *Siempre*, entendedlo bien.

811. La igualdad absoluta de las riquezas ¿es posible? Y ¿ha existido alguna vez?

- No, no es posible. La diversidad de las facultades y de los caracteres se opone a ella.

811 a. Sin embargo, hay hombres que creen que en eso reside la solución para los problemas sociales. ¿Qué pensáis de esto?

- Son sectarios, o ambiciosos y envidiosos. No comprenden que esa igualdad con que sueñan sería pronto destruida por la fuerza de las circunstancias. Combatid el egoísmo, que es vuestra plaga social, y no marchéis en pos de quimeras.

812. Si la igualdad de las riquezas no es posible, ¿sucede lo mismo con el bienestar?

- No, pero el bienestar es relativo y cada cual podría disfrutar de él, si os entendieseis, como corresponde. Porque el auténtico bienestar consiste en que el hombre emplee su tiempo del modo que más le agrade, y no en trabajos por los cuales no siente ninguna predilección. Y como quiera que cada uno posee diferentes aptitudes, se deduce de ello que ninguna tarea útil quedaría sin realizarse. El equilibrio está en todo: el hombre es quien lo altera.[110]

812 a. ¿Es posible entendernos entre los humanos?

- Los hombres llegarán a entenderse cuando lleven a la práctica la ley de justicia.

813. Hay personas que caen en las privaciones y la miseria por su propia culpa. ¿Puede la sociedad ser responsable de ello?

- Sí, lo hemos dicho ya, ella es con frecuencia la causa primera de esas situaciones. Además, ¿no debe velar la sociedad por la educación moral de sus miembros? A menudo es la mala educación la que ha falseado el juicio de esas personas en vez de reprimir sus tendencias perniciosas. (Véase el parágrafo 685).

V.- Pruebas de la riqueza y de la miseria

814. ¿Por qué ha concedido Dios a unos riqueza y poder, y miseria a otros?

- Con el propósito de probar a cada cual de una manera diferente. A más de esto, ya lo sabéis, tales pruebas han sido escogidas por los mismos Espíritus, quienes con frecuencia caen vencidos por ellas.

815. ¿Cuál de las dos pruebas es la más difícil para el ser humano: la de la desgracia o la de la fortuna?

- Ambas lo son igualmente. La miseria provoca la rebeldía contra la Providencia. La riqueza, por su parte, empuja a todos los excesos.

---

[110] En el mundo actual este problema viene suscitando ya tentativas de solución. Se trata del aprovechamiento de las vocaciones, cuyo sistemático desperdicio acarrea pérdidas considerables a la economía social y un profundo desequilibrio en la estructura de las sociedades. [*N. de J. H. Pires.*]

816. Si bien es cierto que el rico está sujeto a más tentaciones, ¿no es verdad asimismo que posee más medios para realizar el bien?

- Precisamente es lo que no siempre hace. Se torna egoísta, orgulloso e insaciable. Sus necesidades aumentan con su fortuna y cree no tener jamás lo bastante para sí.

Una alta posición en el mundo y el gozar de autoridad sobre los semejantes son pruebas tan grandes y difíciles como la desgracia. Porque cuanto más rico y poderoso se sea, tanto más obligaciones se tendrán **y mayores son los medios disponibles para realizar el bien o cometer el mal. Dios prueba con la resignación al pobre y al rico por medio de uso que haga de sus bienes y de su poder.**

Riqueza y poder engendran todas las pasiones que nos unen a la materia y nos alejan de la perfección espiritual. De ahí que Jesús haya dicho: "De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios"[111] (Ver párrafo 266).

VI.- Igualdad de derechos del hombre y la mujer

817. El hombre y la mujer ¿son iguales ante Dios y poseen los mismos derechos?

- ¿Acaso Dios no concedió a ambos la inteligencia del bien y el mal y la facultad de progresar?

818. ¿A qué se debe la inferioridad moral[112] de la mujer, en ciertas regiones?

- Al dominio injusto y cruel que ha ejercido el hombre sobre ella. Es un resultado de las instituciones sociales y del abuso de la fuerza sobre la debilidad. En los hombres poco adelantados desde el punto de vista moral la fuerza constituye el derecho.

819. ¿Con qué objeto la mujer es físicamente más débil que el hombre?

---

[111] *San Mateo*, Cap. 19:23 y 24. Traducción citada. [*N. del T. al cast.*]

[112] *Inferioridad moral*, es decir, falta de autonomía y libertad individual, relevancia de la misma en dicha sociedad, así como del resto de derechos inalienables del ser humano. [*N. del copista*]

- Para asignarle funciones particulares. Al hombre tocan los trabajos rudos, por ser el más fuerte. La mujer, en cambio, debe encargarse de las tareas delicadas. Y ambos han de ayudarse mutuamente para superar las pruebas de una existencia llena de amargura.

820. La fragilidad física de la mujer, ¿no la pone naturalmente bajo la dependencia del hombre?

- Dios otorgó a unos la fuerza para que protejan al débil y no con el objeto de que lo esclavicen.

Dios ha adecuado la organización de cada ser a las funciones que debe cumplir. Si dio a la mujer menos fuerza física, la dotó al mismo tiempo de mayor sensibilidad, en armonía con la delicadeza de las funciones maternales y la debilidad de los seres que se confían a su cuidado.

821. Las funciones a que la Naturaleza destina a la mujer ¿tienen una importancia equivalente a las asignadas al hombre?

- Sí, e incluso mayor. Ella da al hombre las primeras nociones de la vida.

822. Puesto que los hombres son iguales ante la ley de Dios ¿deben serlo también ante la ley humana?

- Es el primer principio de la justicia: “No hagáis a los demás lo que no quisierais que se os hiciere”.

822 a. Según esto, para que una legislación sea perfectamente justa ¿debe consagrar la igualdad de derechos del hombre y la mujer?

- Sí de derechos, pero no de funciones. Precisa que cada uno de ellos tenga su lugar especificado. Ocúpese el hombre de lo exterior, y la mujer del hogar. Cada cual según sus aptitudes. Para ser equitativa, la ley humana tiene que consagrar la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer. Todo privilegio otorgado a uno o a otro es contrario a la justicia. *La emancipación de la mujer sigue al progreso de la civilización*. Su esclavitud, en cambio, está de acuerdo con la barbarie. Por otra parte, los sexos sólo existen en lo que concierne a la organización física, ya que los Espíritus pueden adoptar uno u otro, no hay diferencia entre ellos a este respecto y, por tanto, ambos deben disfrutar de iguales derechos.[113]

[113] Hace más de cien años ya indicaba este libro la exacta solución del problema femenino: igualdad de derechos y diversidad de funciones. Marido y mujer no son el amo y su esclava, sino compañeros que desempeñan una tarea común, con la misma

VII.- Igualdad ante la tumba

823. ¿De dónde procede el deseo del hombre de perpetuar su memoria con monumentos fúnebres?

- Postrer acto de orgullo.

823 a. Pero la suntuosidad de los monumentos funerarios ¿no se debe casi siempre más a los deudos, deseosos de honrar la memoria del difunto, que al muerto mismo?

- Orgullo de los parientes, que quieren glorificarse a sí mismos. ¡Oh, sí! No se hacen siempre por el muerto todas esas demostraciones… Se deben al amor propio de los deudos y al qué dirán, así como al deseo de hacer ostentación de riquezas. ¿Crees por ventura que el recuerdo de un ser querido sea menos duradero en el corazón del pobre porque éste sólo puede depositar una flor sobre su tumba? ¿Piensas acaso que el mármol salvará del olvido a quien fue inútil en la Tierra?

824. Entonces, ¿reprobáis de una manera absoluta las pompas funerarias?

- No. Cuando honran la memoria de un hombre de bien son justas y constituyen un buen ejemplo.[114]

La sepultura es el lugar de reunión de todos los hombres. Allí termina despiadadamente toda distinción humana. En balde quiere perpetuar el rico su memoria con fastuosos monumentos: el tiempo los destruirá, así como destruye el cuerpo. De esta

---

responsabilidad por su realización. A la luz de este principio adquiere el feminismo un nuevo aspecto. La mujer no debe ser la imitadora y competidora del hombre, sino su compañera de vida, complementándose mutuamente ambos en el mantenimiento del hogar, que es la célula básica de la estructura social. [*N. de J. H. Pires*.]

* De entre las primeras feministas españolas, encontramos a Amalia Domingo Soler, nuestra querida escritora espiritista, que acudió al sepelio de J. Mª Fernández Colavida, cuando en aquel entonces no estaba permitido a las mujeres asistir a tales actos, dedicándole una emotiva poesía que leyó ante su tumba y reivindicando con ese acto los derechos sociales que injustamente todavía se les vetaban. Véase la obra “La luz que nos guía”, Introducción, “Justo tributo”. [*N. del copista*.]

[114] Hay quien se extrañe de la existencia del sepulcro de Allan Kardec en el cementerio de Père Lachaise, en París, que los espíritas visitan. Otros censuran las visitas que hacen los espiritistas a las tumbas de sus parientes y amigos. Como puede advertirse, estos son excesos de celo que la Doctrina no avala. El sepulcro de Kardec, como dijo el médium Francisco Cândido Xavier después de visitarlo, “es un mensaje permanente de luz”. En cuanto a los otros, véase el parágrafo 323. [*N. de J. H. Pires*.]

manera lo dispone la Naturaleza. El recuerdo de sus buenas y sus malas acciones será menos perecedero que su tumba. La pompa de sus funerales no lo lavará de sus torpezas y no le hará ascender un solo escalón en la jerarquía espiritual. (Ver párrafo 320 y siguientes).

CAPÍTULO X

9.- LEY DE LIBERTAD

I.- Libertad natural

825. ¿Hay posiciones en el mundo en las que el hombre pueda jactarse de disfrutar de libertad absoluta?

- No, porque todos necesitáis los unos de los otros, así los humildes como los poderosos.

826. ¿En qué condición podría el hombre gozar de absoluta libertad?

- El eremita en un desierto. *Tan pronto como haya dos hombres juntos, tendrán derechos ajenos que respetar y, por tanto, ya no gozarán de libertad absoluta.*

827. La obligación de respetar los derechos de los demás ¿quita al hombre el derecho de ser dueño de sí?

- De ninguna manera, porque es ese un derecho que le otorga la Naturaleza.

828. ¿Cómo conciliar las opiniones liberales de ciertos hombres con el despotismo que con frecuencia ejercen en su casa y sobre sus subordinados?

- Poseen la comprensión de la ley natural, pero ésta se halla contrabalanceada por el orgullo y el egoísmo. Entienden lo que deben hacer –cuando sus principios no son una comedia que representen con cálculo- pero no lo ponen en práctica.

828 a. Los principios que han profesado en este mundo ¿se les tomarán en cuenta en la otra vida?

- Cuanto más inteligencia se tiene para comprender un principio, tanto menos disculpable se es de no aplicárselo a sí mismo. En verdad os digo que el hombre simple pero sincero está más adelantado en el camino de Dios que aquel otro que quiere aparentar lo que no es.

II.- Esclavitud

829. ¿Hay hombres que, por naturaleza misma, estén destinados a ser propiedad de otros hombres?

- Toda sujeción absoluta de un hombre a otro es contraria a la ley de Dios. La esclavitud constituye un abuso de la fuerza. Desaparece con el progreso, de la manera que poco a poco van concluyendo todos los abusos.

La ley humana que consagra la esclavitud es una ley antinatural, puesto que equipara al hombre con el animal y lo degrada moral y físicamente.

830. Cuando la esclavitud está implantada en las costumbres de un pueblo, ¿los que se benefician con ella son reprensibles, si no hacen otra cosa que adaptarse a un uso que se les antoja natural?

- El mal siempre es el mal. Todos vuestros sofismas no lograrán que una mala acción se torne buena. Pero la responsabilidad del mal está relacionada con los medios que se tengan para comprenderlo. El que extraiga provecho de la ley que consagra la esclavitud es, en todos los casos, culpable de violación a la ley natural. Mas en esto, como en todas las cosas, la culpabilidad es relativa. Al haberse incorporado la esclavitud a las costumbres de ciertos pueblos, el hombre ha podido beneficiarse con ella de buena fe, como con algo que se le ocurría natural. Pero tan pronto como su razón más desarrollada, y sobre todo esclarecida por las luces del Cristianismo, le mostró que el esclavo era igual a él ante Dios, ya no tuvo excusa.

831. La desigualdad natural de las aptitudes ¿no pone a ciertas razas humanas bajo la dependencia de otras más inteligentes?

- Sí, mas para elevarlas y no para embrutecerlas todavía más mediante la servidumbre. Durante demasiado tiempo han venido considerando los hombres a los individuos de ciertas razas humanas como animales de labor, provistos de brazos y manos que se han creído con derecho a vender cual si se tratara de bestias de carga. Aquellos hombres que se conceptúan de sangre más pura. ¡Insensatos, que sólo ven la materia! No es la sangre la que sea pura en mayor o menor grado, sino el Espíritu. (Ver párrafos 361 y 803).

832. Hay personas que tratan a sus esclavos con humanidad, cuidando que no carezcan de nada, y que piensan que la libertad expondría a éstos a mayores privaciones. ¿Qué dices de ello?

- Digo que ésos comprenden mejor sus intereses. También cuidan mucho sus bueyes y caballos, a fin de obtener mejor precio por ellos en el mercado. No son tan culpables como los que maltratan a sus esclavos, pero no dejan de disponer de ellos como de una mercancía, privándolos del derecho de ser dueños de sí.

III.- Libertad de pensamiento

833. ¿Hay en el hombre algo que escape a todo constreñimiento y por lo cual goce de una libertad absoluta?

- Por el pensamiento disfruta el hombre de una libertad sin fronteras, porque aquél no conoce obstáculos. Se puede impedir su manifestación, pero no aniquilarlo.

834. ¿Es responsable de su pensamiento el hombre?

- Es responsable de él ante Dios. Puesto que sólo Él puede conocerlo, lo condena o lo absuelve con arreglo a su justicia.

IV.- Libertad de conciencia

835. La libertad de conciencia, ¿es una consecuencia de la libertad de pensar?

- La conciencia es un pensamiento íntimo que pertenece al hombre, como todos los demás pensamientos.

836. ¿Tiene el hombre derechos de poner obstáculos a la libertad de conciencia?

- No más que a la libertad de pensar, pues sólo a Dios compete el derecho de juzgar a la conciencia. Si el hombre regula mediante sus leyes las relaciones humanas, Dios, sirviéndose de sus leyes naturales, regula las relaciones del hombre con Él.

837. ¿Cuál es el resultado de las trabas que se ponen a la libertad de conciencia?

- Constreñir a los hombres a obrar de otro modo que como piensan, convirtiéndolos en hipócritas. La libertad de conciencia es una de las características de la verdadera civilización y del progreso.

838. ¿Son respetables todas las creencias, aun cuando sean notoriamente falsas?

- Toda creencia es respetable cuando es sincera y conduce a la práctica del bien. Las creencias reprobables son aquellas que arrastran al mal.

839. ¿Es reprensible que avergoncemos por su creencia a aquel que no piense como nosotros?

- Es no tener caridad y atentar contra la libertad de pensamiento.

840. ¿Significa atentar contra la libertad de conciencia el poner impedimentos a creencias que por su índole perturban la sociedad?

- *Se puede reprimir los actos, pero la creencia íntima es inaccesible.*

Reprimir los actos exteriores de una creencia, cuando tales actos acarrean cualquier perjuicio a los demás, no es atentar contra la libertad de conciencia, por cuanto dicha represión deja a la creencia su entera libertad.

841. Por respeto a la libertad de conciencia, ¿debemos permitir que se difundan doctrinas perniciosas, o es posible, sin atentar contra esa libertad, tratar de reconducir a la senda de la verdad a aquellos que se han extraviado a causa de falsos principios?

- Por cierto que podemos obrar así, e incluso debemos hacerlo. Pero enseñad, a la manera de Jesús, *mediante la dulzura y la persuasión*, y no por la fuerza, lo cual sería peor que la creencia de aquel a quien queréis convencer. Si algo existe que sea permitido imponer, es el bien y la fraternidad. Pero no creemos que el medio de lograr que se les admita sea obrar con violencia. La convicción no se impone.

842. Puesto que todas las doctrinas abrigan la pretensión de ser la única expresión de la verdad, ¿por qué signos podremos reconocer a aquella que tenga el derecho de presentarse como tal?

- Será la que haga más hombres de bien y menos hipócritas, vale decir, más hombres que practiquen la ley de amor y caridad en su mayor pureza y en su más amplia aplicación. Por ese indicio reconoceréis que una doctrina es buena, pues toda doctrina que tenga por resultado sembrar la discordia y establecer demarcaciones entre los hijos de Dios no puede ser sino falsa y perniciosa.

V.- Libre albedrío

843. ¿Tiene el hombre el libre albedrío de sus actos?

- Puesto que posee libertad de pensar, dispone asimismo de la libertad de actuar. A no ser por el libre arbitrio, el hombre sería una máquina.

844. Desde su nacimiento ¿goza de libre arbitrio el hombre?

- Goza de la libertad de obrar tan pronto como tiene la voluntad de hacer. En los primeros períodos de la vida su libertad es casi nula. Se desarrolla más tarde, y cambia de objeto, junto con las facultades. Puesto que el niño tiene pensamientos acordes con las necesidades propias de su edad, aplica su libre albedrío a las cosas de que necesita.

845. Las predisposiciones instintivas que el hombre trae al nacer ¿no son un obstáculo para el ejercicio del libre albedrío?

- Esas predisposiciones instintivas son las del Espíritu antes de su encarnación. Según sea él más o menos evolucionado, pueden inducirlo a cometer actos reprensibles, y en esto será secundado por los Espíritus que simpatizan con tales predisposiciones; pero no hay fuerza que sea irresistible cuando se tiene voluntad de resistir. Recordad que querer es poder. (Ver parágrafo 361).

846. El organismo ¿no influye sobre los actos de la vida? Y si posee una influencia ¿se ejerce ésta a expensas del libre arbitrio?

- Ciertamente que el Espíritu es influido por la materia. Ésta puede obstarlo en sus manifestaciones. He aquí por qué, en aquellos mundos donde los cuerpos son menos materiales que en la Tierra, las facultades se desarrollan con mayor libertad: pero el instrumento no da la facultad. Por lo demás, aquí hay que distinguir las facultades morales de las del intelecto. Si un hombre tiene instintos criminales, con seguridad que es su propio Espíritu el que los posee y el que se los da, pero no sus órganos. Aquel que aniquile su pensamiento, ocupándose sólo de la materia, llega a ser semejante a un animal, y peor todavía, porque no piensa ya en precaverse contra el mal, y en esto precisamente falla, puesto que obra así por su voluntad. (Ver párrafos 367 y siguientes: “Influencia del organismo”).

847. La alteración de las facultades ¿quita al hombre su libre arbitrio?

- Aquel cuya inteligencia se halle perturbada por cualquier causa deja de ser dueño de su pensamiento y, desde entonces, no

posee ya libertad. Ese extravío constituye a menudo una punición para el Espíritu que, en una existencia anterior, puede que haya sido vano y orgulloso y haber hecho un uso inadecuado de sus facultades. Podrá reencarnar en el cuerpo de un idiota, así como el déspota en el de un esclavo y el mal rico en el de un mendigo. Pero el Espíritu sufre con ese constreñimiento, del que tiene perfecta conciencia. Allí es donde se ejerce la acción de la materia. (Ver los parágrafos 371 y siguientes).

848. La alteración de las facultades mentales por causa de la embriaguez ¿excusa los actos censurables que el hombre en tal estado cometa?

- No, por cuanto el ebrio se ha privado voluntariamente de su razón a fin de satisfacer brutales pasiones. En vez de una falta, está cometiendo dos.

849. ¿Cuál es, en el hombre en estado salvaje, la facultad dominante: el instinto o el libre albedrío?

- El instinto, lo que no le impide que obre con entera libertad en cuanto a ciertas cosas. Pero, igual que el niño, aplica esa libertad a sus necesidades, y ella se va desarrollando con la inteligencia. Por tanto tú, que eres más esclarecido que un salvaje, eres también más responsable que él por lo que haces.

850. La posición social ¿no es en ocasiones una valla para la entera libertad de acción?

- A no dudarlo, la sociedad humana tiene sus exigencias. Pero Dios es justo. Toma en cuenta todo, mas os deja la responsabilidad de los pocos esfuerzos que realizáis para superar obstáculos.

VI.- Fatalidad

851. ¿Existe una fatalidad en los acontecimientos de la vida, según el sentido que se da a esta palabra? Es decir, todos los sucesos que se producen ¿son determinados de antemano? En tal caso, ¿qué es del libre albedrío?

- La fatalidad sólo existe por la elección que ha hecho el Espíritu, al encarnar, aceptando afrontar tal o cual prueba. Al escogerla, se traza una especie de destino, que es la consecuencia misma de la situación en que se encuentra. Estoy hablando de las pruebas físicas, porque en lo que toca a las pruebas morales y a las tentaciones, el Espíritu, al conservar su libre albedrío respecto del

bien y el mal, es siempre dueño de ceder o resistir. Un Espíritu bueno, viéndole flaquear, podrá acudir en su ayuda, pero no puede influir sobre él de manera de adueñarse de su voluntad. Un Espíritu malo, esto es, inferior, mostrándole y exagerándole un peligro físico puede conmoverlo y espantarlo. Pero la voluntad del Espíritu encarnado no deja por ello de estar libre de todo impedimento.

852. Hay personas a quienes parece perseguir una fatalidad, independientemente de su manera de obrar. ¿Está la desgracia en su destino?

- Se trata quizá de pruebas que deben soportar y que han elegido. Pero una vez más achacáis al destino lo que casi siempre es sólo una consecuencia de vuestra propia falta. En medio de los males que te afligen; trata de que tu conciencia sea pura y te sentirás casi consolado.

Las ideas, justas o falsas, que nos formamos acerca de las cosas nos hacen triunfar o fracasar, según nuestro carácter y posición social. Encontramos más sencillo y menos humillante para nuestro amor propio atribuir nuestros fracasos a la mala suerte o al destino antes que a nosotros mismos. Si la influencia de los Espíritus contribuye a ellos en ocasiones, podemos siempre sustraernos a ese influjo rechazando las ideas que nos sugieran, cuando éstas sean malas.

853. Algunas personas se salvan de un riesgo mortal para caer enseguida en otro. Pareciera como si no pudiesen escapar a la muerte. ¿No hay en esto una fatalidad?

- Sólo es fatal, en el genuino sentido de la palabra, el instante de la muerte. Cuando ese momento ha llegado, bien sea por un medio o por otro, no podéis sustraeros a ella.

853 a. Así pues, cualquiera fuere el peligro que nos amenace, ¿no moriremos si no nos ha llegado la hora?

- No, no perecerás. Y tienes de ello miles de ejemplos. Pero cuando la hora de tu partida haya sonado, nada podrá impedirla. Dios sabe por anticipado con qué clase de muerte te irás de la Tierra, y con frecuencia lo sabe también tu Espíritu, porque le es revelado cuando opta por tal o cual existencia.

854. De la infalibilidad de la hora de la muerte, ¿se podrá inferir que las precauciones que adoptemos para evitarla sean inútiles?

- No, por cuanto las precauciones que tomáis os son sugeridas con miras a evitar una muerte que se cierne sobre vosotros. Constituyen uno de los medios para que no ocurra.

855. ¿Qué se propone la Providencia cuando nos hace correr riesgos que no tendrán consecuencia para nosotros?

- Cuanto tu vida se ve puesta en peligro, se trata de una advertencia que tú mismo has deseado a fin de desviarte del mal y hacerte mejor. Si escapas a ese riesgo y te encuentras aún bajo la influencia del peligro que has corrido, piensas con mayor o menor intensidad –según sea la acción más o menos poderosa de los buenos Espíritus- en mejorarte. Pero, si interviene el Espíritu malo (y digo malo sobreentendiendo el mal que todavía reside en él), piensas que podrás librarte en la misma forma de otros peligros y permites que tus pasiones se desencadenen de nuevo. Mediante los riesgos a que os veis sometidos os recuerda Dios cuán débiles sois y la fragilidad de vuestra existencia. Si examinamos la causa y la índole del peligro, veremos que casi siempre sus consecuencias hubieran sido el castigo de una falta cometida o *de un deber descuidado*. Dios os advierte de este modo para que reflexionéis y os enmendéis. (Ver párrafos 526 a 532). [115]

856. ¿Conoce de antemano el Espíritu el tipo de muerte por el que debe perecer?

- Sabe que la clase de vida que escogió lo expone a morir de tal manera más bien que de tal otra. Pero conoce asimismo las luchas que habrá de sostener para evitarlo, y que, si Dios lo permite, no sucumbirá.

857. Hay hombres que afrontan los peligros de las batallas con la persuasión de que no ha llegado su hora. ¿Tiene esa confianza algún fundamento?

- Muy a menudo el hombre tiene el presentimiento de su fin, como puede también tenerlo de que no morirá todavía. Ese presen-

[115] Tenemos en esta respuesta, de una manera clara y precisa, una exposición sucinta de lo que podemos denominar la dinámica espírita del perfeccionamiento humano. Por medio de las caídas y de las advertencias, de los riesgos corridos y de la ayuda de los buenos Espíritus, el hombre de buena voluntad irá venciendo sus malas inclinaciones y preparándose, ya en esta existencia, para una vida mejor en el futuro. Muy al contrario de desalentarnos, nuestras caídas deben ser transformadas en peldaños de la escala de nuestro mejoramiento espiritual. Conforme se advertirá, la “autosalvación” de que nos acusan algunos religiosos no es más que el desarrollo de la voluntad y de la razón del Ser, bajo la dispensa de la gracia de Dios y mediante sus mensajeros, los Espíritus buenos. [*N. de J. H. Pires.]*

timiento le viene de sus Espíritus protectores, los cuales quieren advertirle que se mantenga preparado para partir, o que levantan su coraje en los momentos en que más lo necesita. También puede provenirle de la intuición que tenga de la existencia que eligió, o de la misión que ha aceptado y que sabe deberá cumplir. (Véanse los parágrafos 411 y 522).

858. ¿A qué se debe que aquellos que presienten su muerte la teman, por lo general, menos que los otros?

- El que teme la muerte es el hombre y no el Espíritu. Y el que la presiente, piensa más como Espíritu que como hombre. Comprende su liberación, y la aguarda.

859. Si la muerte no puede evitarse cuando ha de llegarnos, ¿sucede lo mismo con todos los accidentes que sufrimos en el transcurso de la vida?

- Son con frecuencia cosas lo bastante insignificantes para que podamos preveniros de ellas, y en ocasiones hacer que las evitéis dirigiendo vuestro pensamiento. Porque no nos agrada el sufrimiento material. Pero esto es poco importante para la vida que habéis elegido. Realmente, la fatalidad sólo consiste en la hora en que debéis aparecer en la Tierra y la hora en que tenéis que marcharos de ella.

859 a. ¿Hay hechos que deban por fuerza suceder y que la voluntad de los Espíritus no pueda evitar?

- Sí, pero que tú, en el estado de Espíritu, has visto y presentido cuando hiciste tu elección. Mas no vayas a creer que cuanto sucede esté ya escrito, como dicen. Un acontecimiento suele ser a menudo la consecuencia de algo que tú has realizado mediante un acto de tu libre voluntad, de manera que si tú no hubieras hecho eso no se habría operado aquel acontecimiento. Si te quemas un dedo, se trata del resultado de tu imprudencia y también de la condición de la materia. Sólo los grandes dolores, los sucesos importantes, que pueden influir sobre lo moral, han sido previstos por Dios, porque resultan útiles para tu instrucción y purificación.

860. ¿Puede el hombre, por su voluntad y por sus actos, hacer que ciertos acontecimientos que debían suceder no ocurran, y a la inversa?

- Le es posible, si esa desviación aparente puede ajustarse a la vida que ha escogido. Por otra parte, para hacer el bien, como debe serlo y en cuanto es ese el único objetivo de la existencia, puede

impedir el mal, sobre todo aquel que pudiera contribuir a un mal mayor.

861. El hombre que comete un homicidio ¿sabía, al elegir su vida, que se convertiría en criminal?

- No. Conocía que al optar por una existencia de luchas había posibilidades para él de dar muerte a un semejante, pero ignoraba si lo haría, porque casi siempre hay en el hombre deliberación antes de cometer el crimen. Ahora bien, el que delibera sobre algo es en todos los casos libre de hacerlo o de no hacerlo. Si el Espíritu supiera por anticipado que, ya en su condición de hombre, debía ser autor de un homicidio, estaría entonces predestinado a ello… Y sabed que no hay nadie que se halle predestinado al crimen, y que todo asesinato, como cualquier otro acto, es siempre el resultado de la voluntad y del libre albedrío.

Por otro lado, confundís continuamente dos cosas muy diversas: los sucesos materiales de la existencia y los actos de la vida moral. Si en ocasiones hay fatalidad, es en esos acontecimientos materiales cuya causa está fuera de vosotros y que son independientes de vuestra voluntad. En cuanto a los actos de la vida moral, ellos emanan siempre del hombre mismo, que en todos los casos tiene, por tanto, la libertad de elegir. Para esos actos, pues, no hay *jamás* fatalidad.

862. Existen personas a las cuales nada sale bien y a quienes un genio malo parece perseguir en todas sus empresas. ¿No se puede llamar a esto fatalidad?

- Es fatalidad, si quieres denominarla así, pero resulta de la elección de la clase de existencia, porque tales personas han querido ser probadas mediante una vida de desilusiones, a fin de ejercitar su paciencia y su resignación. No obstante, no creas que esa fatalidad sea absoluta. Es a menudo el resultado del camino erróneo que han tomado y que no está en relación con su inteligencia y aptitudes. El que quiere cruzar a nado un río y no sabe nadar tiene muchas posibilidades de ahogarse. Así sucede en la mayoría de los acontecimientos de la vida. Si el hombre sólo iniciara empresas que estuviesen en relación con sus facultades, casi siempre obtendría buenos resultados. Lo que le pierde es su amor propio y su ambición, que lo desvían de su senda y le hacen tomar por una vocación lo que en realidad es el deseo de satisfacer ciertas pasiones. Fracasa y tiene la culpa, pero en lugar de atribuírselo a sí mismo prefiere acusar de ello a su mala estrella. Uno que hubiese sido un buen operario y que

se hubiera ganado honradamente la vida, sería en cambio un mal poeta y moriría de inanición. Para todo el mundo habría lugar si cada cual supiera ocupar el que le corresponde.

863. Las costumbres sociales ¿no obligan muchas veces a un hombre a seguir un camino equivocado, y no está él sometido al contralor del qué dirán cuando escoge sus ocupaciones? Eso que llamamos respeto humano ¿no es un obstáculo para el ejercicio del libre arbitrio?

- Los hombres crean las costumbres sociales, no Dios. Y si a ellas se someten es porque les conviene, lo cual constituye un acto más de su libre albedrío, puesto que si lo desearan podrían liberarse de ellas. Entonces, ¿por qué se quejan? No deben acusar a las costumbres sociales, sino a su tonto amor propio, que les lleva a preferir morirse de inanición antes que apartarse de ellas. Nadie les toma en cuenta ese sacrificio que realizan en pro del qué dirán, en tanto que Dios sí les tomará en cuenta el sacrificio que hagan de su vanidad. Esto no significa que haya que desafiar sin necesidad al qué dirán, como hacen ciertas personas, que tienen más extravagancia que verdadera filosofía. Es tan desatinado dar motivo a que lo señalen a uno con el dedo o lo miren cual si se tratara de un ser exótico, como prudente descender por propia voluntad y sin murmurar cuando no puede uno mantenerse en lo alto de la escala.

864. Si hay personas a las cuales la suerte parece ser contraria, otras en cambio dan la impresión de verse favorecidas por ella, por cuanto todo les sale bien. ¿A qué se debe esto?

- Con frecuencia es porque estas últimas saben hacer mejor las cosas. Pero también puede tratarse de una clase de pruebas. El buen éxito las embriaga, se confían a su destino y muchas veces pagan más tarde esos mismos triunfos mediante crueles reveses, que con prudencia hubieran podido evitar.

865. ¿Cómo explicar la suerte que favorece a algunas personas en circunstancias en que no intervienen de ningún modo ni la voluntad ni la inteligencia: en el juego, por ejemplo?

- Ciertos Espíritus han escogido de antemano determinados tipos de placer. La suerte que se les muestra propicia constituye una tentación. El que como hombre gane, perderá como Espíritu. Es una prueba para su orgullo y su codicia.

866. Así pues, la fatalidad que pareciera presidir los destinos materiales de nuestra vida, ¿sería también un efecto de nuestro libre albedrío?

- Tú mismo has elegido tu prueba. Cuanto más ruda sea y mejor la soportes, tanto más te elevarás. Aquellos que pasan su vida en medio de la abundancia y de la dicha humana son Espíritus cobardes que permanecen estacionarios. Por eso, el número de infortunados es muy superior al de los felices de este mundo, puesto que los Espíritus en su mayoría buscan la prueba, que les será más fructífera. Demasiado bien se les demuestra la futilidad de vuestras grandezas y placeres. Por otra parte, la vida más venturosa es siempre agitada y perturbada: no es sólo el dolor quien produce contrariedades. (Ver párrafos 525 y siguientes).

867. ¿De dónde proviene la expresión "nacer con buena estrella"?

- Antigua superstición, que relacionaba a las estrellas con el destino de cada individuo: alegoría que algunas personas toman tontamente al pie de la letra.

VII.- Conocimiento del porvenir

868. ¿Puede el futuro ser revelado al hombre?

- En principio, el porvenir se le oculta, y sólo en casos raros y excepcionales permite Dios su revelación.

869. ¿Con qué propósito le es ocultado al hombre el porvenir?

- Si el ser humano conociera el futuro descuidaría el presente y no obraría con la misma libertad, porque estaría dominado por la idea de que si una cosa debe ocurrir no ha de ocuparse de ella; o si no, trataría de ponerle obstáculos. Dios no ha querido que fuese así, a fin de que cada cual coadyuve en la realización de las cosas, *incluso aquellas a las que querría oponerse*. De modo, pues, que tú mismo preparas muchas veces, sin sospecharlo, acontecimientos que sobrevendrán en el curso de tu vida.

870. Puesto que resulta útil que desconozcamos el porvenir ¿por qué Dios consiente, en ocasiones, el que nos sea revelado?

- Es cuando ese conocimiento anticipado debe facilitar la realización de algo en lugar de ponerle trabas, comprometiendo a actuar de otro modo del que se hubiera hecho de no mediar tal revelación del futuro. Por otra parte, a menudo suele ser una prueba. La perspectiva de un suceso puede despertar pensamientos más o

menos buenos. Si un hombre debe saber, por ejemplo, que recibirá una herencia con la que no contaba, podrá ser tentado por la codicia, por el júbilo aumentar sus goces materiales, por el deseo de poseer antes esa fortuna, deseando tal vez la muerte de aquel que ha de legársela. O, por el contrario, tal perspectiva suscitará en él buenos sentimientos e ideas generosas. Si la predicción no se cumple, representa otra prueba: la de cómo soportará su desengaño. Pero no por ello dejará de tener el mérito o el demérito de los pensamientos buenos o malos que la creencia en el hecho haya engendrado en él.

871. Visto que Dios todo lo sabe, sabrá igualmente si un hombre debe fracasar o no ante determinada prueba. Pues bien, ¿para qué se necesita esa prueba, si no puede mostrar a Dios nada que ya no sepa acerca de esa persona?

- Tanto valdría preguntar por qué Dios no creó al hombre perfecto y realizado (párrafo 119); o por qué pasa el hombre por la niñez antes de llegar a la edad adulta (párrafo 379 y siguientes). La prueba no tiene por objeto instruir a Dios respecto al mérito de ese individuo, por cuanto Dios sabe perfectamente lo que vale, sino dejar a ese hombre toda la responsabilidad de su acción, puesto que es él libre de realizarla o no. Sabiendo que el ser humano posee la facultad de optar entre el bien y el mal, la prueba tiene por efecto el de confrontarlo con la tentación del mal y dejarle todo el mérito de resistirse a él. Ahora bien, aunque Dios sepa perfectamente, de antemano, si fracasará o no, no puede en su justicia ni penarlo ni recompensarlo por un acto que no ha realizado. (Ver párrafo 258).

Lo mismo acontece entre los hombres. Por muy capaz que sea un aspirante, por mucha que fuere la certidumbre que tenga de que triunfará, no se le confiere ningún grado sin examen previo, esto es, sin someterlo a prueba. De igual manera, el juez sólo condena al acusado sobre la base del acto consumado y no por la presunción de que pueda o deba cometer ese acto.

Cuanto más reflexionamos sobre las consecuencias que resultarían, para el hombre, del conocimiento del futuro, tanto más vemos cuán sabia ha sido la Providencia al ocultárselo. La certidumbre de un acontecimiento dichoso lo sumergiría en la inacción. La de un suceso desgraciado, en el desánimo. En uno y otro caso sus fuerzas se verían paralizadas. De ahí que el porvenir sólo se muestre al hombre como un objetivo que debe alcanzar mediante sus esfuerzos, pero sin que conozca la serie de pruebas porque debe pasar para alcanzarlo. El conocer todos los

incidentes del camino le quitaría su iniciativa y el uso de su libre albedrío. Se dejaría deslizar por la pendiente fatal de los acontecimientos sin ejercer sus facultades. Cuando el buen éxito de algo es cosa segura, ya no nos preocupamos del asunto.

VIII.- Resumen teórico del móvil de las acciones humanas

872. La cuestión del libre arbitrio puede resumirse así: El hombre no es inevitablemente conducido al mal. Los actos que realiza no "están escritos" de antemano. Los delitos que comete no constituyen el resultado de un decreto del destino. Puede –con el carácter de prueba o con el de expiación- escoger una existencia en la que se verá arrastrado hacia el crimen, ya sea por el ambiente mismo en que se encuentre, o bien por las circunstancias que sobrevengan; pero siempre es libre de hacer o no hacer. Así pues, el libre albedrío existe en el estado de Espíritu en la elección de la existencia y de las pruebas, y en el estado corporal en la facultad de ceder o resistir a las solicitaciones a las que nos hemos voluntariamente sometido. Cabe a la educación combatir esas malas tendencias. Y lo hará con provecho cuando esa educación se base en el estudio profundizado de la naturaleza moral del hombre. Mediante el conocimiento de las leyes que rigen esa naturaleza moral se llegará a modificarla, del modo que se modifica la inteligencia por medio de la instrucción y el estado físico por la higiene.

El Espíritu desprendido de la materia, en estado errante, elige sus futuras vidas corpóreas según sea el grado de perfeccionamiento a que haya llegado, y en esto sobre todo consiste – según dijimos- su libre albedrío. Esa libertad no se ve anulada por la encarnación. Si cede a la influencia de la materia es porque desfallece bajo las pruebas mismas que ha escogido, y para que lo ayuden a superarlas puede invocar la asistencia de Dios y de los buenos Espíritus. (Véase el parágrafo 337).

Sin el libre albedrío el hombre no tiene culpa en el mal ni mérito en el bien. Y esto es tan reconocido, que en la sociedad humana se reprueba o se elogia siempre la intención, vale expresar, la voluntad. Ahora bien, quien dice voluntad está diciendo libertad. Por lo tanto, el hombre no puede buscar una excusa para sus malas acciones achacándolas a su organismo, sin abdicar de su razón y de su condición de ser humano, para equipararse al animal. Si es así para el mal, lo mismo será para el bien. Pero cuando el hombre

practica el bien tiene gran cuidado en que se le reconozca el mérito a él mismo y no a sus órganos, lo que prueba que instintivamente no renuncia, a despecho de lo que opinen algunos obcecados, al más bello privilegio de su especie: la libertad de pensar.

La fatalidad, tal como se la entiende comúnmente, supone la decisión previa e irrevocable de todos los acontecimientos de la vida, sea cual fuere su importancia. Si fuera este el orden de las cosas, el hombre sería una máquina carente de voluntad. ¿Para qué le serviría entonces su inteligencia, visto que sería dominado invariablemente, en todos sus actos, por el poder del destino? Semejante doctrina, si fuese cierta, significaría la destrucción de toda libertad moral. Ya no habría responsabilidad para el hombre y, por consiguiente, no existirían ni el bien ni el mal, ni crímenes ni virtudes. Dios, soberanamente justo, no podría castigar a su criatura por culpas que ella no haya contraído, como así tampoco recompensarla por virtudes cuyo mérito no le cabría. Una ley así sería, además, la negación de la ley del progreso, por cuanto el hombre que esperara todo de la suerte no intentaría nada para mejorar su posición, puesto que no podría hacerla ni mejor ni peor.

Sin embargo, la fatalidad no es una palabra vana. Existe en la situación en que está el hombre en la Tierra y en las funciones que cumple, como consecuencia del tipo de vida que eligió su Espíritu, ya sea con carácter de *prueba*, de *expiación* o de *misión.* Sufre invariablemente todas las vicisitudes de esa existencia y todas las *inclinaciones*, buenas o malas, que le son inherentes. Pero hasta ahí no más llega la fatalidad, porque de su voluntad depende que ceda o no a esas tendencias. *El detalle de los acontecimientos se halla subordinado a las circunstancias que él mismo provoca por medio de sus actos*, sobre los cuales pueden también influir los Espíritus, por los pensamientos que le sugieran. (Ver párrafo 459).

La fatalidad reside, pues, en los sucesos que se presenten, visto que ellos son la consecuencia de la elección de la vida que ha hecho el Espíritu. Puede no estar en el resultado de tales acontecimientos, pues podrá depender del hombre modificar el curso de los mismos valiéndose de su prudencia. *Pero la fatalidad no interviene nunca en los actos de la vida moral.*

En la muerte sí está sometido el hombre, de manera absoluta, a la inexorable ley de la fatalidad. Porque no puede escapar al decreto

que fija el término de su existencia, ni a la clase de muerte que debe interrumpir su curso.

Según la doctrina común, el hombre posee en sí mismo todos sus instintos. Éstos procederían, o de su organismo, del cual no podría ser responsable, o de su propia naturaleza, en la que puede buscar una excusa que lo satisfaga personalmente, alegando que no es culpa suya que sea él así. Con toda evidencia, la Doctrina Espírita es más moral. Admite en el hombre la existencia del libre albedrío en toda su plenitud. Y al decirle que si procede mal está cediendo a una mala sugestión extraña, le deja toda la responsabilidad del hecho, pues le reconoce el poder de resistir, cosa evidentemente más fácil que si tuviera que luchar contra su propia naturaleza. Así pues, conforme a la Doctrina Espírita no hay tentación que sea irresistible. El hombre puede siempre hacer oídos sordos a la voz oculta que en su fuero interno lo está incitando al mal, como podrá asimismo desatender la voz material de alguien que le hable. Lo puede por su voluntad, pidiendo a Dios la fuerza necesaria para ello y reclamando al efecto la ayuda de los buenos Espíritus. Es lo que Jesús nos enseña en el sublime ruego de la oración dominical, cuando nos hace decir: “No nos dejéis caer en tentación, mas líbranos del mal”.

Esa teoría de la causa excitadora de nuestros actos resalta, evidentemente, de toda la enseñanza impartida por los Espíritus. No sólo es de sublime moralidad, sino que –agregamos- eleva al hombre a sus propios ojos. Lo muestra libre de sacudirse un yugo obsesor, así como es libre de cerrar su casa a los importunos. No es ya una máquina que funcione por un impulso independiente de su voluntad, sino un ser provisto de razón, que escucha, juzga y escoge libremente entre dos consejos. Añadamos que, pese a esto, el hombre no está privado de su iniciativa. No deja por ello de obrar por propio impulso, puesto que en definitiva es sólo un Espíritu encarnado que conserva, bajo la envoltura corporal, las cualidades y defectos que como Espíritu tenía.

Las faltas que cometemos tienen, pues, su causa primera en la imperfección de nuestro propio Espíritu, el que no ha alcanzado aún la superioridad moral que algún día tendrá, pero que no por ello deja de poseer su libre arbitrio. La vida corporal le es concedida para que purgue sus imperfecciones por medio de las pruebas que enfrenta, y tales imperfecciones son, precisamente, las que lo tornan más débil y accesible a las sugestiones de los demás Espíritus imperfectos como él, que aprovechan esto para tratar de hacer que desfallezca en la

lucha que ha emprendido. Si sale vencedor de ella, se eleva. Si fracasa, sigue siendo lo que era: ni peor ni mejor. Se trata de una prueba que habrá de reiniciar, y puede que permanezca mucho tiempo en ese estado. Cuanto más se depura, tanto más disminuyen sus puntos débiles y menos oportunidades da a los que lo incitan al mal. Su fuerza moral crece en virtud de su elevación, y los malos Espíritus se alejan de él.

Todos los Espíritus, buenos en mayor o menor grado, cuando se hallan encarnados constituyen la especie humana. Y como la Tierra es uno de los mundos menos adelantados, hay en ella más Espíritus malos que buenos, de ahí que veamos tanta perversidad entre nosotros. Hagamos, pues, todos los esfuerzos que podamos para no tener que volver más tarde a esta estación, y para merecer ir a descansar en un mundo mejor, en uno de esos mundos privilegiados en los que el bien reina soberano, y donde sólo recordaremos nuestro paso por la Tierra como un período de exilio.

CAPÍTULO XI

10.- LEY DE JUSTICIA, AMOR Y CARIDAD

I.- Justicia y derechos naturales

873. El sentimiento de justicia ¿es natural o constituye el resultado de ideas adquiridas?

- Tan natural es, que os indignáis a la sola idea de que se cometa una injusticia. No cabe duda de que el progreso moral desarrolla dicho sentimiento, pero no lo crea: Dios lo puso en el corazón del hombre. He ahí por qué encontráis con frecuencia, en personas simples y primitivas, nociones más exactas de la justicia que entre aquellas otras que poseen mucho saber.

874. Si es la justicia una ley natural, ¿cómo se explica que los hombres la entiendan de una manera tan distinta, y que uno encuentre justo lo que parece injusto a otro?

- Es que frecuentemente se mezclan con este sentimiento ciertas pasiones que lo alteran, como ocurre con la mayoría de los demás sentimientos naturales, y hacen que el hombre vea las cosas desde un falso punto de vista.

875. ¿Cómo podemos definir la justicia?

- La justicia consiste en el respeto a los derechos de cada cual.

875 a. ¿Qué determina tales derechos?

- Son determinados por dos factores: la ley humana y la ley natural. Como los hombres han elaborado leyes adecuadas a sus costumbres y carácter, esas leyes establecen derechos que han podido variar con el progreso del conocimiento. Ved si vuestras leyes de hoy, pese a que no son perfectas, consagran los mismos derechos que las de la Edad Media. Aquellas leyes de entonces, ya obsoletas, que se os ocurren monstruosas, parecían justas y naturales en su época. No siempre, pues, el derecho que los hombres establecen es conforme a la justicia. Por lo demás, sólo regula ciertas relaciones sociales, al paso que en la vida privada hay una multitud de actos que son únicamente del resorte exclusivo del tribunal de la conciencia.

876. Fuera del derecho que la ley humana consagra, ¿en qué se basa la justicia fundada sobre la ley natural?

- Os ha dicho Cristo: "… como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos"[116]. Ha puesto Dios en el corazón del hombre la norma de toda auténtica justicia, por el deseo de cada cual ver respetados sus derechos. En la incertidumbre de lo que debe hacer respecto al prójimo en determinada circunstancia, pregúntese el hombre cómo querría que se procediese con él en ese caso; pues Dios no podía darle una guía más segura que su propia conciencia.

El criterio de la verdadera justicia es, en efecto, querer para los demás lo que se querría para sí mismo, y no querer para uno lo que se querría para los otros, lo cual no viene a ser completamente la misma cosa. Como no es natural que queramos el mal para nosotros mismos, tomando nuestro deseo personal como tipo, o como punto de partida, estamos seguros de querer siempre el bien para el prójimo. En cualquier época y en todas las creencias el hombre ha buscado siempre hacer que prevalezca su derecho personal. Lo sublime de la religión cristiana ha sido tomar el derecho personal como base para el derecho del prójimo.

877. La necesidad que tiene el hombre de vivir en sociedad, ¿le acarrea obligaciones particulares?

- Sí, y la primera de todas ellas consiste en respetar los derechos de sus semejantes. Quien tales derechos respete será siempre justo. En vuestro mundo, donde abundan los hombres que no practican la ley de justicia, todos se valen de las represalias, y esto es lo que trae perturbación y confusión a vuestra sociedad. La vida social concede derechos e impone deberes recíprocos.

878. Pudiendo el hombre engañarse acerca de la amplitud de su derecho, ¿qué es lo que puede darle a conocer el límite del mismo?

- El límite del derecho que reconoce a su semejante con respecto a él, en una circunstancia idéntica y de manera recíproca.

878 a. Pero, si cada cual se atribuye los derechos del prójimo, ¿qué sucederá con la subordinación hacia los superiores? ¿No equivaldría esto a la anarquía de todos los poderes?

---

[116] *San Lucas*, 6:31. Traducción citada. [*N. del T. cast.*]

- Los derechos naturales son los mismos para todos los seres humanos, desde el más humilde hasta el más poderoso. Dios no formó a unos con un barro más puro que el que usó para los otros, de modo que ante Él son todos iguales. Esos derechos son eternos. En cambio, los establecidos por el hombre perecen junto con sus instituciones. Por lo demás, cada cual conoce bien su fuerza o su debilidad, y sabrá siempre tener una especie de deferencia hacia aquel que lo merezca por su virtud y su sabiduría. Es importante consignar esto, a fin de que aquellos que se creen superiores conozcan sus deberes para hacerse merecedores de tal deferencia. La subordinación no se verá comprometida cuando la autoridad se conceda a la sabiduría.

879. ¿Cuál sería el carácter del hombre que practicara la justicia en toda su pureza?

- El del verdadero justo, a ejemplo de Jesús. Porque practicaría también el amor al prójimo y la caridad, sin los cuales no existe verdadera justicia.

II.- Derecho de propiedad. – Robo

880. ¿Cuál es el primero de todos los derechos naturales del hombre?

- El derecho a la vida. De ahí que a nadie asista el derecho de atentar contra la vida de su semejante, ni de hacer nada que pueda poner en riesgo su existencia corporal.

881. El derecho de vivir, ¿otorga al hombre el derecho de acumular bienes para vivir, a fin de descansar cuando no pueda trabajar?

- Sí, pero debe hacerlo en familia, como la abeja, mediante un trabajo honrado, y no amontonar como un egoísta. Incluso algunos animales le ofrecen el ejemplo de la previsión.

882. ¿Tiene derecho el hombre a defender lo que ha reunido por medio de su trabajo?

- ¿No dijo Dios: "No hurtarás"?[117] Y Jesús: "Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios".[118]

---

[117] *Deuteronomio*, Cap. 5:19. Traducción citada. [*N. del T. al cast*.]

[118] *San Mateo*, Cap. 22:21. Traducción citada. Y también en el *Evangelio Según San Marcos*, Cap. 12:17. [*N. del T. al cast*.]

Lo que el hombre reúne mediante un trabajo honrado **es una propiedad legítima, que le asiste el derecho de defender, porque la propiedad que sea fruto del trabajo constituye un derecho natural tan sagrado como el de trabajar y el de vivir.**

883. El deseo de poseer bienes ¿es natural?

- Sí, pero cuando se desean para sí mismo y para satisfacción personal, significa egoísmo.

883 a. Sin embargo, el deseo de poseer, ¿no es legítimo, puesto que aquel que tiene con qué vivir no representa una carga para nadie?

- Hay hombres que son insaciables y que acumulan sin provecho para persona alguna, o lo hacen con el objeto de saciar sus pasiones. ¿Crees que Dios vea bien esa conducta? En cambio, el que reúne bienes por medio de su trabajo, con miras a acudir en ayuda de sus semejantes, practica la ley de amor y caridad, y su trabajo es bendecido por Dios.

884. ¿Cuál es el carácter de la propiedad legítima?

- No hay otra propiedad legítima que aquella que ha sido adquirida sin perjuicio para los demás. (Ver parágrafo 808 y siguientes).

La ley de amor y de justicia, al prohibirnos que hagamos a los otros lo que no quisiéramos que se nos hiciese, condena por lo mismo todo medio de adquirir que esté en contra de dicha ley.

885. ¿Es ilimitado el derecho de propiedad?

- Sin duda, todo lo que se haya adquirido legítimamente constituye una propiedad. Pero, conforme hemos dicho, puesto que la legislación humana es imperfecta, a menudo consagra derechos convencionales que la justicia natural reprueba. De ahí que los hombres modifiquen sus leyes a medida que se va consumando el progreso y comprenden mejor la justicia. Lo que tiene apariencia de perfecto en un siglo parecerá bárbaro al siglo siguiente. (Ver párrafo 795).

III.- Caridad y amor al prójimo

886. ¿Cuál es el verdadero sentido de la palabra *caridad*, tal como Jesús la entendía?

- Benevolencia para con todos, indulgencia hacia las imperfecciones de los demás, perdón de las ofensas.

Amor y caridad son complementos de la ley de justicia, porque amar al prójimo es hacerle todo el bien que nos sea posible y que querríamos que se nos hiciese a nosotros mismos. Tal el sentido de las palabras de Jesús: “Amaos los unos a los otros como hermanos”.

Según Jesús, la caridad no se limita a la limosna. Abarca todas las relaciones que con nuestros semejantes tenemos, ya sean ellos inferiores a nosotros, nuestros iguales o superiores. La caridad nos ordena ser indulgentes, porque también nosotros necesitamos la indulgencia de los demás. Nos prohíbe humillar a las víctimas del infortunio, contrariamente a lo que con sobrada frecuencia se hace. Preséntesenos una persona acaudalada y le dispensaremos mil consideraciones y atenciones. Si es pobre, en cambio, no parece que tengamos necesidad de incomodarnos por ella. Por el contrario, cuanto más deplorable sea la situación de una persona, tanto más debemos cuidar de no agregar la humillación a su desgracia. El hombre bueno de veras trata de elevar al inferior a sus propios ojos, acortando la distancia existente entre ambos.

887. También ha dicho Jesús: “Amad a vuestros enemigos”.[119] Ahora bien, el amor a nuestros enemigos ¿no contraría nuestras naturales tendencias, y la enemistad no proviene acaso de la falta de simpatía entre los Espíritus?

- Claro está que no podemos profesar a nuestros enemigos un amor tierno y apasionado. No es lo que Él quiso decir. “Amar a nuestros enemigos” significa perdonarlos y volverles bien por mal. De esta manera nos hacemos superiores a ellos. En cambio, con la venganza nos colocaríamos por debajo de su nivel.

888. ¿Qué pensar de la limosna?

- El hombre reducido a mendigar limosna se degrada en lo moral tanto como en lo físico. Se embrutece. En una sociedad basada en la ley de Dios y en la justicia se debe proveer a la vida del *débil* sin que ello comporte humillación para él. Esa sociedad tiene que

[119] El pasaje completo es: “Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen”. (*San Mateo*, Cap. 5:43-44. Traducción citada.) [*N. del T. al cast*.]

asegurar la subsistencia de aquellos que no pueden trabajar, sin dejar su vida *a merced de las circunstancias* y de la buena voluntad de los demás

888 a. Entonces, ¿reprobáis la limosna?

- No, lo vituperable no es la limosna en sí, sino con frecuencia la forma de darla. Porque el hombre de bien, que entiende la caridad de acuerdo con Jesús, se llega hasta el desdichado, sin esperar que éste le tienda la mano.

La auténtica caridad es siempre buena y benevolente. Consiste tanto en la acción misma como en el modo de llevarla a cabo. Un servicio que se preste con delicadeza valdrá el doble. Si se le hace con altanería, puede que la necesidad fuerce a su aceptación, pero el corazón del favorecido no quedará impresionado.

Acordaos también de que la ostentación resta a los ojos de Dios, el mérito del beneficio realizado. Dijo Jesús: "No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha".[120] Con ello os enseña a no deslucir la caridad por causa del orgullo.

Es menester que distingamos entre la limosna, propiamente dicha, y la benevolencia. No siempre el más necesitado es el que pide. El temor de una humillación hace retroceder al que de veras es pobre, y con frecuencia sufre su miseria sin quejarse. A éste es a quien el hombre realmente humanitario sabe ir a buscar para socorrerlo sin ostentación.

Amos los unos a los otros: esta es toda la ley. Ley divina con que gobierna Dios los mundos. El amor es la ley de atracción para los seres vivientes y organizados. Y la atracción es la ley del amor para la materia inorgánica.

Nunca echéis al olvido que el Espíritu, sean cuales fueren su grado de adelanto y su situación de reencarnado o en la erraticidad, está *siempre* colocado entre un superior que le guía y perfecciona y un inferior hacia el cual tiene las mismas obligaciones. En consecuencia, sed caritativos, no sólo con esa caridad que os lleva a sacar del bolsillo el óbolo que fríamente dais a aquel que se atreve a

[120] El pasaje completo es: "Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público". (*San Mateo*, Cap. 6:3-4. Traducción citada). [*N. del T. al cast*.]

pedíroslo, sino que adelantaos a las miserias escondidas. Sed indulgentes para con las ridiculeces de vuestros semejantes. En vez de despreciar la ignorancia y el vicio, instruidlos y moralizadlos. Sed dulces y benévolos con todo lo que os sea inferior. Proceded igual con los seres más ínfimos de la Creación, y habréis obedecido a la ley de Dios.

SAN VICENTE DE PAÚL

889. ¿No hay hombres que se ven reducidos a la mendicidad por su propia culpa?

- A no dudarlo, pero si una buena educación moral les hubiese enseñado a practicar la ley de Dios no caerían en los excesos que causan su perdición. De ello principalmente depende el mejoramiento de vuestro globo. (Véase el parágrafo 707).

IV.- Amor materno y filial

890. El amor materno ¿es una virtud o un sentimiento instintivo, común a los seres humanos y a los animales?

- Lo uno y lo otro. La Naturaleza ha dado a la madre el amor hacia sus hijos en interés de su conservación. Pero en el animal ese amor se limita a la atención de las necesidades materiales y cesa cuando los cuidados de la madre se tornan inútiles. En el ser humano, en cambio, persiste toda la vida y lleva consigo una dedicación y una abnegación que son virtud. Incluso sobrevive a la muerte y sigue al hijo más allá del sepulcro. Bien podéis ver que hay en él algo más que entre los animales. (Ver párrafos 205 y 385).

891. Puesto que el amor materno es natural, ¿por qué hay madres que aborrecen a sus hijos, y esto muchas veces desde el nacimiento?

- En ocasiones se trata de una prueba escogida por el Espíritu del hijo, o puede ser una expiación si él a su vez fue mal padre o mala madre, o mal hijo, en una vida anterior (párrafo 392). En todos los casos, la mala madre sólo puede estar animada por un Espíritu malo que trata de poner trabas al del hijo a fin de que éste caiga vencido bajo la prueba que eligió. Pero esa violación de las leyes de la Naturaleza no quedará impune, y el Espíritu del hijo será recompensado por los obstáculos que haya superado.

892. Cuando los padres tienen hijos que les causan pesares, ¿no son excusables por no prodigarles la ternura que hubieran tenido con ellos en caso contrario?

- No, por cuanto es una carga que les ha sido confiada y su misión consiste en realizar todos los esfuerzos para reconducirlos al bien (parágrafos 582-583). Pero tales pesares son a menudo la consecuencia de un hábito pernicioso que les han dejado contraer desde muy temprana edad: entonces cosechan lo que sembraron.

CAPÍTULO XII

PERFECCIÓN MORAL

I.- Las virtudes y los vicios

893. ¿Cuál es la más meritoria de todas las virtudes?

- Todas las virtudes poseen su mérito, porque todas son indicios de progreso en la senda del bien. Hay virtud cada vez que existe una resistencia voluntaria a las solicitaciones de las malas tendencias. Pero lo sublime de la virtud consiste en el sacrificio del interés personal por el bien del prójimo, sin abrigar segundas intenciones. La más meritoria de ellas es la que se basa en la más desinteresada caridad.

894. Hay personas que hacen el bien por un impulso espontáneo, sin que deban vencer en sí ningún sentimiento opuesto. ¿Poseen tanto mérito como aquellas otras que tienen que luchar contra su propia naturaleza y la derrotan?

- Los que no deben luchar es porque en ellos se ha operado ya el progreso. Lucharon antaño y triunfaron. Por eso, los buenos sentimientos no les cuestan esfuerzo y sus acciones se les ocurren muy sencillas: para ellos el bien ha llegado a constituir un hábito. Debemos, pues, honrarlos como a viejos guerreros que conquistaron sus laureles.

Como vosotros estáis todavía lejos de la perfección, esos ejemplos os asombran por el contraste que presentan, y los admiráis tanto más cuanto más raros son. Pero sabed bien que en los mundos más evolucionados que el vuestro es regla aquello mismo que entre vosotros constituye una excepción. El sentimiento del bien es en todas partes espontáneo, porque tales mundos sólo están habitados por buenos Espíritus y una única intención mala sería allí una excepción monstruosa. He ahí por qué son dichosos los hombres en esos mundos. Lo mismo acontecerá en la Tierra cuando el género humano se haya transformado y cuando comprenda y practique la caridad en su verdadera significación.

895. Dejando a un lado los defectos y los vicios sobre los cuales nadie podría engañarse, ¿cuál es el signo más característico de la imperfección?

- El interés personal. Las cualidades morales son con frecuencia como el dorado que se coloca sobre la superficie de un objeto de cobre y que no resiste a la piedra de toque. Un hombre puede poseer cualidades reales que lo convierten, a los ojos de la sociedad, en una persona de bien. Pero esas cualidades, aunque sean por sí mismas un progreso, no siempre soportan ciertas pruebas, y basta en ocasiones pulsar la nota del interés personal para que el fondo quede al descubierto. El verdadero desinterés es tan raro en la Tierra que, cuando se hace presente, se le admira como a algo extraño.

El apego a las cosas materiales es un notorio signo de inferioridad, porque cuanto más aferrado se halla el hombre a los bienes de este mundo tanto menos comprende su destino. En cambio, por su desinterés prueba que contempla el porvenir desde un punto de vista más elevado.

896. Hay personas desinteresadas pero sin discernimiento, que prodigan sus bienes sin provecho real, en vez de emplearlos racionalmente. ¿Tienen algún mérito?

- Poseen el mérito del desinterés, pero no el del bien que pudieran realizar. Si el desinterés representa una virtud, la prodigalidad irreflexiva es siempre, por lo menos, una falta de juicio. No se concede la fortuna a algunos para que la desparramen a los cuatro vientos, como tampoco le es dada a otros para que la sepulten en una caja fuerte. Se trata de un depósito del que tendrán que rendir cuentas, porque deberían responder de todo el bien que les fue posible hacer y que no hayan hecho, así como de todas las lágrimas que hubieran podido enjugar con el dinero que han dado, en cambio, a quienes no lo necesitaban.

897. El que practica el bien, no con miras a obtener una recompensa en la Tierra, sino con la esperanza de que se le tendrá en cuenta en la otra vida, y que su posición entonces será tanto mejor, ¿es reprensible? Y esa idea ¿lo perjudica en su adelanto?

- Hay que realizar el bien por caridad, esto es, desinteresadamente.

897 a. No obstante, todos tenemos un muy natural deseo de adelantar y salir del penoso estado de esta existencia. Los Espíritus mismos

nos enseñan a practicar el bien con esa finalidad. ¿Es malo, entonces, pensar que haciendo el bien podemos esperar para nosotros una situación mejor que la que tenemos en la Tierra?

- Por cierto que no. Pero el que practica el bien sin segunda intención, y por el solo placer de ser grato a Dios y a su prójimo que sufre, se encuentra ya en cierto grado de evolución que le permitirá alcanzar la felicidad mucho más pronto que su hermano, el cual, más positivo, realiza el bien calculadamente y no es impulsado a ello por el calor natural de su corazón. (Ver parágrafo 894).

897 b. ¿No hay que establecer aquí un distingo entre el bien que podemos hacer al prójimo y el cuidado que ponemos en enmendar nuestros defectos? Concebimos que practicar el bien con la idea de que nos será tenido en cuenta en la otra vida sea poco meritorio. Pero corregirnos, derrotar nuestras pasiones, modificar nuestro carácter con vistas a acercarnos a los buenos Espíritus y elevarnos, ¿es también un signo de inferioridad?

- No, no. Por hacer el bien entendemos ser caritativos. El que calcule lo que cada buena acción suya puede reportarle en la vida futura, así como en la existencia terrenal, obra como egoísta. Pero no hay egoísmo alguno en mejorarse con miras a aproximarse a Dios, puesto que tal es la meta a que cada uno debe tender.

898. Ya que la vida corporal no es sino una estadía temporaria en la Tierra, y que el porvenir que nos aguarda debe constituir nuestra principal preocupación, ¿es útil esforzarse por adquirir conocimientos científicos que sólo se relacionen con las cosas y necesidades materiales?

- Sin duda alguna. En primer lugar, ello os pone en situación de aliviar a vuestros hermanos. Segundo, vuestro Espíritu evolucionará más rápido si ha progresado ya en inteligencia. En los intervalos entre una y otra encarnación, aprenderéis en una hora lo que os llevaría años en la Tierra. Ningún conocimiento es inútil. Todos coadyuvan en mayor o menor grado al adelanto, porque el Espíritu perfecto debe saberlo todo, y como el progreso ha de realizarse en todos sentidos, cuantas ideas adquiera cooperarán al desarrollo del Espíritu.

899. De dos hombres ricos, el uno ha nacido en la opulencia y no conoció jamás la necesidad. El otro debe la fortuna adquirida a su propio trabajo. Ambos la emplean exclusivamente en su satisfacción personal. ¿Cuál es el más culpable?

- El que conoció el sufrimiento. Sabe lo que significa padecer, conoce el dolor, ese dolor que él no alivia, y del cual generalmente ya no se acuerda.

900. El que sin darse tregua acumula bienes de fortuna y no hace bien a nadie, ¿tiene una excusa valedera en el argumento de que procede así para dejar más a sus herederos

- Es ese un compromiso con la mala conciencia.

901. De dos avaros, el primero se priva de lo indispensable y muere de miseria sobre los tesoros que ha amontonado. El segundo sólo es tacaño para los demás y pródigo consigo mismo. Mientras retrocede ante el más leve sacrificio cuando se trata de prestar un servicio o realizar algo útil, está en todo momento muy dispuesto a satisfacer sus gustos y pasiones. Siempre que le piden un favor alega que anda escaso de fondos. Pero si quiere satisfacer un capricho personal, tiene recursos suficientes para hacerlo. ¿Cuál de los dos es el más culpable, y a cuál de ellos tocará el lugar peor en el Mundo de los Espíritus?

- El que disfruta. Es más egoísta que avaro. El otro ya está recibiendo parte de su castigo.

902. ¿Es reprensible envidiar la riqueza ajena, cuando quisiéramos poseerla para realizar el bien?

- Ese sentimiento es loable, sin duda alguna, cuando es puro. Pero tal deseo ¿es en todos los casos tan desinteresado? ¿No ocultará quizá alguna segunda intención de tipo personal? La primera persona a quien se desea hacer el bien, ¿no será tal vez uno mismo?

903. ¿Somos culpables de analizar los defectos de los demás?

- Si se hace con el intento de criticarlos y difundirlos, se es muy culpable. Porque significa que estamos faltos de caridad. En cambio, si es en nuestro propio beneficio, a fin de evitar en nosotros esos defectos, puede en ocasiones resultar útil. Pero no hay que olvidar que la indulgencia hacia los defectos ajenos es una de las virtudes incluidas en la caridad. Antes de formular un reproche a los demás con motivo de sus imperfecciones, ved si no se puede decir lo mismo de vosotros. Tratad, pues, de poseer las cualidades opuestas a los defectos que criticáis en los demás: es el modo de elevaros. Si les reprocháis su avaricia, sed generosos. Si les enrostráis su orgullo, sed humildes y modestos. Si veis que son duros, sed vosotros tiernos. Si ellos obran con mezquindad, sed magnánimos en todas vuestras acciones. En suma, haced de modo que no se pueda aplicaros esta

frase de Jesús: “Y ¿por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?”[121]

904. ¿Es culpable el que indaga los males de la sociedad y los hace públicos?

- Depende del propósito que lo inspire. Si el escritor sólo busca suscitar el escándalo, es un goce personal el que se procura presentando cuadros que son a menudo más bien un mal ejemplo y no uno bueno. El Espíritu juzga, pero podrá ser castigado por esa especie de deleite que experimenta en revelar el mal.

904 a. En tal caso, ¿cómo podemos juzgar la pureza de intenciones y la sinceridad del escritor?

- Eso no siempre es útil. Si escribe cosas buenas, aprovechadlas. Pero si obra mal, es una cuestión de conciencia que a él mismo le atañe. Además, si trata de demostrar su sinceridad, le cabe apoyar lo que escriba con su propio ejemplo.

905. Algunos autores han publicado obras muy bellas y de gran moralidad que colaboran con el progreso de la humanidad, pero de las que ellos mismos no se han aprovechado mucho. ¿Se les tiene en cuenta, como Espíritus, el bien que sus obras realizan?

- Moral sin actos es semilla sin trabajo. ¿De qué os sirve la simiente si no la sembráis para que fructifique y os sirva de nutrimento? Esos hombres son tanto más culpables, puesto que tenían inteligencia para comprender. Al no poner en práctica las máximas que ofrecían a los demás, han renunciado a cosechar sus frutos.

906. El que realiza el bien ¿es reprochable por tener conciencia de ello y decírselo a sí mismo?

- Visto que puede tener conciencia del mal que cometa, también deberá tenerla del bien que haga, a fin de saber si está obrando correctamente o no. Al pesar todas sus acciones en la balanza de la ley de Dios y, sobre todo, en la de la ley de justicia, amor y caridad, podrá decirse si aquéllas son buenas o malas, aprobándolas o censurándolas. Por tanto, no puede ser reprensible por reconocer que ha derrotado sus malas tendencias y por estar satisfecho de ello, con tal que esto no le produzca vanidad, porque entonces incurriría en otra falta. (Ver párrafo 919).

[121] *San Mateo*, Cap. 7:3. Traducción citada. [*N. del T. al cast.*]

II.- De las pasiones

907. Siendo natural el principio de las pasiones, ¿es malo en sí?

- No. La pasión está en el exceso voluntario, porque el principio de ella se ha concedido al hombre para el bien, y puede llevarlo a la realización de grandes cosas. Lo que causa el mal es el abuso que de las pasiones se hace.

908. ¿Cómo definir el límite en que las pasiones cesan de ser buenas o malas?

- Las pasiones son como un caballo, que resulta útil cuando es dominado por el hombre, pero peligroso si el que domina es él. Comprended, pues, que una pasión se torna perniciosa tan pronto como dejáis de gobernarla y ello da por resultado algún perjuicio, ya sea para vosotros mismos o para los demás.

Las pasiones son palancas que decuplican las fuerzas del hombre y le ayudan al cumplimiento de las miras de la Providencia. Pero si en vez de dirigirlas permite el hombre que ellas lo dirijan, incurre en exceso, y aquella misma fuerza que en sus manos podía hacer el bien recae sobre él y lo aplasta.

Todas las pasiones tienen su principio en un sentimiento o necesidad natural. Su principio no es, pues, en modo alguno un mal, ya que estriba en una de las condiciones providenciales de nuestra existencia. La pasión, propiamente dicha, es la exageración de una necesidad o de un sentimiento. Está en el exceso y no en la causa. Y esa demasía se torna perniciosa cuando tiene por consecuencia algún mal.

Toda pasión que acerque al hombre a la naturaleza animal lo aleja de la naturaleza espiritual.

Todo sentimiento que eleve al hombre por encima de la naturaleza animal denota el predominio del Espíritu sobre la materia y lo aproxima a la perfección.

909. ¿Podría siempre el ser humano, mediante sus esfuerzos, derrotar sus malas tendencias?

- Sí, y a veces esforzándose poco. Lo que le falta es voluntad. ¡Ah! ¡Cuán pocos de vosotros os esforzáis!

910. ¿Puede el hombre encontrar en los Espíritus una ayuda eficaz para vencer sus pasiones?

- Si ruega a Dios y a su genio bueno con sinceridad, por cierto que los buenos Espíritus acudirán en su auxilio, por cuanto es esa su misión. (Véase el parágrafo 459).

911. ¿No hay pasiones tan vivas e irresistibles que la voluntad sea impotente de refrenar?

- Existen muchas personas que dicen: “quiero”, pero sólo en sus labios hay voluntad. Quieren, mas, están muy satisfechas de que la cosa no se produzca. Cuando alguien cree no poder dominar sus pasiones, es porque su Espíritu se complace en ellas, de resultas de su inferioridad. El que trata de reprimirlas tiene conciencia de su naturaleza espiritual. Derrotarlas significa para él una victoria del Espíritu sobre la materia.

912. ¿Cuál es el medio más eficaz para combatir el predominio de la naturaleza corpórea?

- Hacer renuncia de sí mismo.

III.- Del egoísmo

913. ¿Cuál es, entre todos los vicios, el que puede considerarse como el más pernicioso?

- Muchas veces lo dijimos: *el egoísmo.* De él procede todo el mal. Estudiad cada uno de los vicios y comprobaréis que en el fondo de todos ellos existe el egoísmo. En balde los combatiréis, pues no alcanzaréis a extirparlos en tanto no hayáis atacado el mal en su raíz, destruyendo su causa. Tiendan, pues, todos vuestros esfuerzos hacia ese objetivo, porque allí está la verdadera plaga de la sociedad humana. El que quiera acercarse, ya es esta vida, a la perfección moral, debe arrancar de su corazón todo sentimiento de egoísmo, porque éste es incompatible con la justicia, el amor y la caridad. Él neutraliza todas las demás cualidades.

914. Visto que el egoísmo está basado en el interés personal, pareciera muy difícil desarraigarlo por entero del corazón del hombre. ¿Se llegará a eso?

- Conforme los hombres se van instruyendo en lo concerniente a las cosas espirituales, atribuyen menos valor a las de la materia. Además, es preciso reformar las instituciones humanas, que mantienen el egoísmo y lo fomentan. Esto corresponde a la educación.

915. Siendo el egoísmo inherente a la especie humana, ¿no constituirá siempre un obstáculo para que reine el bien absoluto en la Tierra?

- Bien es verdad que el egoísmo es el mayor de vuestros males, pero proviene de la inferioridad de los Espíritus encarnados en la Tierra, y no de la humanidad en sí. Ahora bien, los Espíritus, al ir depurándose mediante sucesivas encarnaciones se van despojando del egoísmo, así como pierden sus otras impurezas. ¿No habéis visto en vuestro mundo a ningún hombre que no tenga egoísmo y que practique la caridad? Hay más de los que vosotros creéis, pero les conocéis poco, pues la virtud no busca el brillo de la plena luz. Si existe uno de ellos, ¿por qué no podría haber diez? Si hay diez, ¿por qué no podría haber mil? Y así por el estilo.

916. Muy al contrario de disminuir, el egoísmo crece con la civilización, que parece alimentarlo y promoverlo. ¿Cómo, pues, la causa podrá destruir al efecto?

- Cuanto mayor es el mal, tanto más aborrecible se torna. Era menester que el egoísmo hiciera mucho mal para que se comprendiese la necesidad de extirparlo. Cuando los hombres se hayan desembarazado del egoísmo que los domina, vivirán como hermanos, sin hacerse mal, ayudándose mutuamente por el sentimiento recíproco de la *solidaridad*. Entonces, el fuerte será el apoyo y no el opresor del débil, y ya no se verán hombres que carezcan de lo necesario, porque todos practicarán la ley de justicia. Será el reino del bien, que los Espíritus están encargados de preparar. (Ver párrafo 784).

917. ¿Cuál es el medio de terminar con el egoísmo?

- De todas las imperfecciones humanas, la más difícil de arrancar de raíz es el egoísmo, porque procede de la influencia de la materia, de la cual el hombre *–todavía demasiado cerca de su origen-* no ha podido liberarse. Y todo contribuye a mantener ese influjo: sus leyes, su organización social, su educación. El egoísmo irá debilitándose a medida que prevalezca más la vida moral que la material. Y, sobre todo, con la comprensión, que el Espiritismo os da, de vuestro estado futuro *real* y no desnaturalizado por ficciones alegóricas. El Espiritismo bien entendido, cuando se haya identificado con las costumbres y creencias, transformará los hábitos, usos y relaciones sociales. El egoísmo se funda sobre la importancia de la personalidad. Pero el Espiritismo bien entendido – lo repito- hace que veamos las cosas desde tan alto que el sentimiento de la personalidad desaparece en cierto modo ante la inmensidad. Al

destruir esa importancia de la personalidad, o al menos hacerla ver como lo que de veras es, el Espiritismo combate necesariamente al egoísmo.

El conflicto que el hombre tiene con el egoísmo de los demás es el que con frecuencia lo torna egoísta a él también, porque siente la necesidad de mantenerse a la defensiva. Al ver que los otros piensan en sí mismos y no en él, es impulsado a ocuparse de él más que de sus semejantes. Sea el principio de la caridad y de la fraternidad la base de las instituciones sociales, de las relaciones legales de pueblo a pueblo y de hombre a hombre, y el ser humano pensará menos en su persona cuando vea que otros ya han pensado en ella. Experimentará el influjo moralizador del ejemplo y del contacto. En presencia de tal desbordamiento de egoísmo, se necesita verdadera virtud para hacer renuncia de la propia personalidad en beneficio del prójimo, que a menudo no lo agradece de ninguna manera. Para los que poseen esa virtud es, sobre todo, para quienes se halla abierto el reino de los cielos. A ellos principalmente se reserva la felicidad de los elegidos: porque en verdad os digo que en el día de la justicia, el que sólo haya pensado en sí mismo será puesto a un lado y sufrirá por causa de su desamparo. (Ver parágrafo 785).

FENELÓN

No cabe duda de que se realizan esfuerzos loables para lograr que la humanidad progrese. Más que en ninguna otra época alentamos, estimulamos y honramos los buenos sentimientos y, sin embargo, el gusano devorador del egoísmo sigue siendo aún la plaga social. Se trata de un mal real, que redunda en perjuicio de todos y del que cada cual es víctima en mayor o menor grado. Hay que combatirlo, pues, del modo que se combate una enfermedad epidémica. Y para ello debemos proceder como hacen los médicos: remontarnos al origen de la dolencia. Busquemos, pues, en todos los sectores de la organización social –desde el núcleo familiar hasta los pueblos, desde la choza hasta el palacio-, todas las causas, todas las influencias evidentes u ocultas que mantienen, fomentan y desarrollan el egoísmo. Una vez que hayamos sabido cuáles son sus causas, el remedio será obvio. Sólo se tratará de combatir esas causas, si no todas a la vez, al menos por partes. Así, poco a poco se extirpará el veneno. Larga podrá resultar la curación, porque las causas del mal son numerosas, pero no es imposible obtenerla. Por otra

parte, sólo se logrará si se arranca el mal de raíz, esto es, por medio de la educación. Pero no esa clase de educación que sólo tiene a formar hombres instruidos, sino la otra, la que mira a hacer hombres de bien. La educación, si se la entiende como es debido, constituye la clave del progreso moral. Cuando se conozca el arte de manejar los caracteres, así como se conoce e de manejas las inteligencias, se podrá enderezarlos, del modo que se enderezan las plantas jóvenes. Pero ese arte requiere mucho tacto, gran experiencia y observación profunda. Grave error es creer que baste tener ciencia para ejercerlo con provecho. Cualquiera que siga al hijo del rico, o al del pobre, desde el instante de su nacimiento, y observe todas las influencias dañosas que actúan sobre él de resultas de la debilidad, la incuria y la ignorancia de aquellos que lo dirigen, y con cuánta frecuencia fracasan los medios que se usan para moralizarlo, no podrá extrañarse de encontrar en el mundo tantos errores. Hágase por la moral lo que se está haciendo por la inteligencia y se verá que, si hay naturalezas humanas refractarias, existen también, en mayor número del que se cree, aquellas otras que sólo requieren un buen cultivo para dar buenos frutos. (Ver párrafo 872).

El hombre anhela ser feliz, y es éste un sentimiento natural. De ahí que trabaje sin pausa por mejorar su situación en el mundo. Busca las causas de los males que le aquejan a fin de ponerles remedio. Cuando llegue a comprender bien que el egoísmo es una de esas causas, la que engendra el orgullo y la ambición, la codicia y la envidia, el odio y los celos, de los cuales es víctima el hombre en todo momento; que perturba todas las relaciones sociales, provoca disensiones, mina la confianza, le obliga a mantenerse continuamente a la defensiva para con el vecino; que, por último, hace del amigo un enemigo; cuando llegue a comprender todo esto –repetimos- entenderá también que el vicio del egoísmo es incompatible con su propia ventura y diremos incluso: con su propia seguridad. Cuanto más lo haya sufrido, tanto más sentirá la necesidad de batallar contra él, así como lucha contra la peste, los animales destructores y todas las otras calamidades. Será inducido a ello por su propio interés. (Véase el parágrafo 784).

El egoísmo es la fuente de todos los vicios, así como la caridad lo es de todas las virtudes. Eliminar aquél y desarrollar ésta, tal debe ser la meta de todos los esfuerzos del hombre, si desea afianzar su dicha en la Tierra tanto como en el porvenir.

IV.- Caracteres del hombre de bien

918. ¿Por qué signos se puede reconocer en un hombre el progreso real que debe elevar a su Espíritu en la jerarquía espírita?

- El Espíritu prueba su elevación cuando todos los actos de su vida material ponen en práctica la ley de Dios y cuando comprende por adelantado la vida espiritual.

El verdadero hombre de bien es aquel que practica la ley de justicia, amor y caridad en su mayor pureza. Si interroga a su conciencia acerca de las acciones que ejecuta, se preguntará si no ha violado esa ley; si no hizo mal; si ha realizado todo el bien que pudo**; si nadie tuvo que quejarse de él: en suma, si ha hecho a los demás cuanto hubiera querido que se hiciese con él.**

El hombre poseído por el sentimiento de caridad y amor al prójimo hace el bien por el bien mismo, sin aguardar recompensa, y sacrifica en aras de la justicia su propio interés. Es bueno, humanitario y benévolo para con todos, porque en cada hombre ve un hermano, sin distinción de razas ni creencias.

Si Dios le concedió poder y riqueza, los considera como UN DEPÓSITO que debe emplear para el bien. No se envanece por poseerlos, pues sabe que Dios, que se los otorgó, podría quitárselos.

Si el orden social ha puesto hombres bajo su dependencia, les trata con bondad y benevolencia, porque son sus iguales ante Dios. Utiliza la autoridad que posee para elevar la moral de esos hombres y no para aplastarlos con el orgullo.

Es indulgente con las flaquezas ajenas, porque sabe que él también necesita indulgencia, y recuerda aquella expresión de Cristo: “El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella”. [122]

No es vengativo. A ejemplo de Jesús, perdona las ofensas y sólo recuerda los beneficios. Porque sabe que se le perdonará así como él haya perdonado.

[122] *San Juan*, Cap. 8:7. Traducción citada. [*N. del T. al cast.*]

Por último, respeta, en sus semejantes, todos los derechos que las leyes de la Naturaleza confieren, del mismo modo que quisiera que fuesen respetados los que a él conciernen.

V.- Conocimiento de sí mismo

919. ¿Cuál es el medio práctico más eficaz para mejorarse en la presente existencia y resistir a las instigaciones del mal?

- Un sabio de la antigüedad os lo dijo: *“Conócete a ti mismo”*.

919 a. Bien comprendemos toda la sabiduría de esa máxima, pero la dificultad estriba precisamente en conocerse a sí mismo. ¿De qué manera podemos lograrlo?

- Haced lo que yo hacía cuando moraba en la Tierra. Al término de la jornada interrogaba a mi conciencia, pasando en revista cuanto había realizado ese día, y me preguntaba si no había faltado a algún deber; si nadie había tenido que quejarse de mí. Así llegué a conocerme y a averiguar qué era lo que debía reformar en mí. Aquel que, llegada cada noche, recuerde todas sus acciones de la jornada y se pregunte qué ha hecho de bien o de mal, rogando a Dios y a su ángel de la guarda que lo iluminen, adquirirá gran energía para perfeccionarse: porque, creedme, Dios ha de asistirlo. Formularos preguntas, pues, inquiriendo sobre lo que habéis hecho y con qué objeto obrasteis en determinada circunstancia; si hicisteis algo que censuraríais a otra persona; si habéis ejecutado una acción que no os atreveríais a confesar. También preguntaos esto: “Si determinara Dios llamarme en este preciso instante, al retornar al Mundo de los Espíritus, donde nada permanece oculto, ¿tendría que temer el ver de nuevo a alguien?” Examinad lo que pudierais haber hecho contra Dios, después contra el prójimo, y por último contra vosotros mismos. Las respuestas serán un descanso para vuestra conciencia, o la indicación de un mal que es menester curar.

El conocimiento de sí es, por tanto, la clave del mejoramiento individual. Pero, alegaréis vosotros, ¿cómo juzgarse a sí mismo? ¿Acaso no nos engaña nuestro amor propio, empequeñeciendo las faltas que cometemos y haciendo que nos las excusemos? El avaro se cree simplemente ahorrativo y previsor. El orgulloso piensa que lo que posee es tan sólo dignidad. Esto es demasiado cierto, pero vosotros disponéis de un medio de control que no puede induciros a error. Cuando os halléis indecisos acerca del mérito de una de vuestras acciones, preguntaos cómo la calificaríais si la realizase otra

persona. Si la reprobáis en los demás, no podría ser más legítima para vosotros, porque Dios no tiene dos medidas para la justicia. Asimismo, tratad de averiguar lo que piensen de ella los otros, y no descuidéis tampoco la opinión de vuestros enemigos, porque éstos no tienen interés alguno en hermosear la verdad, y con frecuencia Dios los pone a vuestro lado como un espejo para advertiros con más franqueza que la que usaría con vosotros un amigo. Aquel que tiene el serio propósito de mejorarse explore su conciencia, pues, a fin de extirpar de ella las malas inclinaciones, del modo mismo que arranca de su jardín las malas hierbas. Haga, pues, el balance cotidiano de su jornada moral, así como el comerciante hace el de sus pérdidas y ganancias, y os aseguro que al primero le dejará más beneficios que al segundo. Si puede afirmar que su jornada ha sido buena estará en condiciones de dormir en paz y aguardar sin temor su despertar en la otra vida.

Plantead, pues, preguntas claras y precisas, y no temáis abundar en ellas. Bien es posible gastar a diario unos pocos minutos para conquistar una felicidad eterna. ¿Acaso no trabajáis todos los días a fin de reunir bienes que os proporcionarán descanso en la vejez? Ese reposo, ¿no es el objeto de todos vuestros anhelos, la meta cuyo logro os hace que soportéis fatigas y privaciones momentáneas? Pues bien, ¿qué es ese descanso de algunos días, perturbado por los achaques del cuerpo, si se compara con el que aguarda más adelante al hombre de bien? ¿No vale la pena que por este último se hagan algunos esfuerzos? Sé que muchos objetan que lo presente es positivo y lo por venir, incierto. Ahora bien, esta es precisamente la idea que estamos encargados de quitaros, porque queremos lograr que comprendáis ese futuro de una manera que no pueda dejar la menor duda en vuestra alma. Por eso hemos llamado primero vuestra atención con fenómenos tales que impresionaran vuestros sentidos, y después os hemos dado instrucciones que cada uno de vosotros está encargado de difundir. Con este objeto hemos dictado *El Libro de los Espíritus*.

SAN AGUSTÍN

Muchas faltas que cometemos nos pasan inadvertidas. Si, en efecto, siguiendo este consejo de San Agustín interrogáramos más a menudo a nuestra conciencia, comprobaríamos cuántas veces hemos fallado sin pensarlo, por no haber escrutado la índole y el móvil de nuestros actos. La forma interrogativa tiene algo de más preciso que una máxima, que con frecuencia no

creemos que nos esté destinada. Aquélla exige respuestas categóricas –sí o no-, que no da lugar a alternativa. Son otros tantos argumentos personales, y por la suma de las respuestas se pueden computar los totales del bien y del mal que en nosotros residen.

Libro Cuarto

ESPERANZAS Y CONSUELOS

CAPÍTULO I

PENAS Y GOCES TERRENOS

I.- Felicidad e infelicidad relativas

920. ¿Puede el hombre disfrutar en la Tierra de una felicidad completa?

- No, puesto que la vida le ha sido ortigada con el carácter de prueba o de expiación. Pero de él depende suavizar sus males y ser tan dichoso como es posible en este mundo.

921. Es concebible que el hombre sea venturoso en la Tierra cuando la humanidad se haya transformado. Pero, en el ínterin, ¿podemos cada uno de nosotros asegurarnos una felicidad relativa?

- El hombre es casi siempre el artesano de su propio infortunio. Al poner en práctica la ley de Dios, se ahorra muchos males y se procura una dicha tan grande como su grosera existencia lo permite.

El hombre que está bien compenetrado de su futuro destino sólo ve en la vida corporal una estación temporaria. Es para él como un alto momentáneo en un mal hospedaje. De buen grado se allana a algunas contrariedades pasajeras en un viaje que debe conducirlo hasta una situación tanto mejor cuanto más cuidadosos hayan sido los preparativos que hizo de antemano.

Ya en la vida presente somos castigados, por infringir las leyes de la existencia corpórea, con los males que son consecuencias de esa infracción y de nuestros excesos. Si nos remontamos paulatinamente hasta el origen mismo de lo que denominamos nuestras desdichas terrenales veremos que la mayoría de ellas fueron las secuelas de una primera desviación nuestra del recto

camino. Por ese atajo nos internamos en un sendero erróneo, y, de consecuencia en consecuencia, terminamos cayendo en la desgracia.

922. La dicha terrena es relativa a la situación de cada cual. Lo que para la felicidad de uno es suficiente, constituye para otro un motivo de desventura. No obstante ello, ¿existe una medida de la felicidad que sea común a todos los hombres?

- En lo que concierne a la vida material, es poseer lo necesario. Y para la vida moral, es la conciencia limpia y la fe en el porvenir.

923. Lo que para uno sería superfluo, ¿no pasa a ser necesario para otros, y viceversa, según su situación?

- Sí, con arreglo a vuestras ideas materiales, prejuicios, ambición y todos vuestros ridículos defectos, por los que os hará justicia el porvenir cuando comprendáis la verdad. A no dudarlo, aquel que tenía cincuenta mil libras de renta y se encuentra reducido a diez se considera muy infortunado, porque ya no puede seguir figurando en sociedad, mantener lo que llama él su categoría, poseer corceles y lacayos, satisfacer todas sus pasiones y demás. Cree, pues, carecer de lo necesario. Pero, hablando con franqueza, ¿piensas tú que haya que tenerle lástima, cuando al lado de él los hay que mueren de inanición y de frío y no tienen un abrigo para apoyar la cabeza? El que es sensato, para conceptuarse dichoso mira hacia abajo y nunca hacia arriba, si no es que lo está haciendo para elevar su alma a lo infinito. (Ver párrafo 715).

924. Hay males que son independientes del modo de obrar y que hieren al más justo de los hombres. ¿No existe medio para preservarse de ellos?

- El que los padezca debe resignarse y sufrirlos *sin quejarse* si quiere progresar. Pero encuentra siempre un consuelo en su conciencia, que le da la esperanza de un futuro mejor, si hace lo preciso para obtenerlo.

925. ¿Por qué favorece Dios con los dones de la fortuna a ciertos hombres que no parecen haberlos merecido?

- Ese es un favor a los ojos de los que no ven sino el presente. Pero, sábelo bien, la fortuna es una prueba a menudo más peligrosa que la miseria. (Ver los parágrafos 814 y siguientes).

926. Al crear la civilización nuevas necesidades, ¿no es, también, la fuente de aflicciones nuevas?

- Los males de este mundo están en razón de las necesidades *ficticias* que os creáis. El que sabe limitar sus deseos y mira sin envidia aquello que se encuentra por encima de sus posibilidades se ahorra muchos desengaños en esta vida. El más rico es el que tiene menos necesidades.

Envidiáis los goces de aquellos que os parecen ser los felices de este mundo. Pero, ¿sabéis lo que se les reserva? Si sólo disfrutan ellos mismos, son egoístas, y en tal caso les sobrevendrán los reveses. Más bien tenedles lástima. Dios permite en ocasiones que el ruin prospere, mas su felicidad no es de envidiar, por cuanto habrá de pagarla con amargas lágrimas. Si el justo es desventurado, se trata de una prueba que se le tomará en cuenta cuando sabe hacerle frente con valor. Acordaos de las palabras de Jesús: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación".[123]

927. Por cierto que lo superfluo no es indispensable para la felicidad, pero no ocurre otro tanto con lo necesario. Ahora bien, la desgracia de aquellos que están privados de lo necesario, ¿no es real?

- El hombre sólo es verdaderamente desdichado cuando carece de lo necesario para la vida y la salud del cuerpo. Esa privación tal vez la sufra por su culpa. En tal caso no debe atribuirla sino a sí mismo. En cambio, si es por culpa de los demás, la responsabilidad recaerá sobre el que haya causado su desgracia.

928. Vista la diversidad de las aptitudes naturales de los hombres, Dios nos señala, evidentemente, nuestra vocación en este mundo. ¿No provendrán muchos de nuestros males del hecho de que no sigamos nuestra vocación?

- Es verdad, y con frecuencia son los padres los que, o por su orgullo o por su avaricia, desvían a sus hijos de la senda que les trazó la Naturaleza, y con ese cambio de rumbo comprometen su dicha. Serán, pues, responsables de ello.

928 a. De esta manera, ¿hallaríais justo que el hijo de un hombre que disfruta de buena posición fabricara calzado, por ejemplo, si tuviera aptitudes para esa tarea?

- No hay que incurrir en el absurdo ni exagerar las cosas. La civilización tiene sus necesidades. ¿Por qué el hijo de un hombre de buena posición, como tú dices, fabricaría zapatos si puede hacer otra cosa? Siempre podrá ser útil conforme a sus facultades, si no las

[123] *San Mateo*, Cap. 5:4. Traducción citada. [*N. del T. al cast.*]

emplea al revés. Así, por ejemplo, en vez de un mal abogado podría ser quizá un mecánico eficiente, etcétera.

La desviación de los hombres de su ámbito intelectual propio es, sin ninguna duda, una de las causas más frecuentes del desengaño. La ineptitud para la carrera emprendida es una fuente inagotable de reveses. A lo cual viene a sumarse el amor propio, impidiendo al caído que busque una salida en una profesión más humilde y le señala el suicidio como remedio para escapar de lo que cree ser una humillación para él. Si una educación moral lo hubiera elevado por encima de los tontos prejuicios del orgullo no hubiera sido jamás tomado desprevenido.

929. Personas hay que, desprovistas de todo recurso, aun cuando reine la abundancia en su derredor, sólo tienen la muerte como perspectiva. ¿Qué partido deben tomar? ¿Tienen que dejarse morir de inanición?

- Jamás se ha de tener la idea de dejarse morir de inanición. Siempre se encontrará un medio para proveer a la propia subsistencia si el orgullo no se interpusiera entre la necesidad y el trabajo. Se dice a menudo que no hay oficio humillante y que lo que deshonra no es la clase de ocupación. Pero lo dicen para los demás, y no para sí mismos.

930. Salta a la vista que, a no ser por los prejuicios sociales, por los que nos dejamos dominar, encontraríamos siempre cualquier trabajo que pudiera ayudarnos a subsistir, aunque debiéramos abdicar de nuestra posición. Pero, entre aquellas personas que no adolecen de prejuicios, o que los dejan a un lado, las hay también que se encuentran en la imposibilidad de subvenir a sus necesidades, de resultas de haber sufrido enfermedades o por otras causas que son independientes de su voluntad…

- En una sociedad organizada según la ley de Cristo, nadie debe morir de inanición.

Con una organización social sabia y previsora el hombre sólo puede carecer de lo necesario por culpa suya. Pero sus propias faltas son muchas veces el resultado del medio en que se encuentra. Cuando practique el hombre la ley de Dios tendrá un orden social basado en la justicia y la solidaridad, y él mismo también será mejor. (Ver párrafo 793).

931. ¿Por qué en la sociedad humana las clases sufrientes son más numerosas que las clases felices?

- Ninguna de ellas es perfectamente feliz. Lo que creemos que es la dicha, oculta a menudo punzantes penas. Porque en todas partes hay sufrimiento. Sin embargo, para responder a tu pregunta diré que las clases que denominas sufrientes son más numerosas porque la Tierra es un lugar de expiación. Cuando el hombre la haya convertido en morada del bien y de los buenos Espíritus ya no será desgraciado, y este mundo habrá de ser para él el paraíso terrenal.

932. ¿Por qué en la sociedad humana los malvados suelen tener mayor influencia que los buenos?

- Por la debilidad de estos últimos. Los ruines son intrigantes y audaces; los buenos, tímidos. Cuando éstos se decidan, predominarán.

933. Si el hombre es con frecuencia el causante de sus sufrimientos materiales, ¿ocurre lo mismo con los padecimientos morales?

- Más todavía, por cuanto los sufrimientos materiales son a veces independientes de la voluntad. Pero el orgullo lesionado, la ambición burlada, la ansiedad y la avaricia, la envidia y los celos: en suma, todas las pasiones, son torturas del alma.

¡Envidia y celos! ¡Dichosos los que no conozcan esos dos gusanos devoradores! Con envidia y celos no hay calma ni reposo posibles para el aquejado de esos males. Los objetos de su avidez, de su odio y su despecho se yerguen ante él como fantasmas que no le dan tregua y le persiguen hasta en sueños. El envidioso y el celoso se hallan en un estado de permanente fiebre. ¿Es esa, por ventura, una situación deseable? ¿No comprendéis que con esas pasiones el ser humano se crea suplicios voluntarios y que la Tierra se convierte para él en un verdadero infierno?

Muchas expresiones pintan con vigor los efectos de ciertas pasiones. Se dice "hinchado de orgullo, morirse de envidia, consumido por los celos o el despecho", etcétera. Y esos cuadros son demasiado ciertos. Incluso en ocasiones los celos no tienen un objeto determinado: hay personas que son celosas por naturaleza y que sienten envidia por todo lo que se eleva y sale de lo vulgar, aunque ellas no tengan ningún interés directo en el asunto, sino únicamente porque no pueden lograrlo personalmente. Todo lo que parece hallarse por encima del horizonte las ofusca, y si

fueran mayoría en la sociedad querrían rebajarlo todo a su propio nivel. Es la envidia unida a la mediocridad.

Por lo general, el hombre sólo es infortunado a causa de la importancia que concede a las cosas de la Tierra. Las que hacen su desgracia son la vanidad, la ambición y la avidez burladas. En cambio, cuando se ubica por encima del estrecho círculo de la vida material, cuando eleva sus pensamientos hacia lo infinito, que constituye su destino, las vicisitudes de la humanidad le parecen entonces mezquinas y pueriles, como los pesares de un niño que se aflige por haber extraviado un juguete en el que cifraba toda su felicidad.

El que no ve la dicha sino en la satisfacción del orgullo y de los apetitos groseros se siente desgraciado cuando no puede satisfacerlos, mientras que aquel que no anhela nada de lo superfluo es feliz con lo que otros consideran como calamidades.

Estamos hablando del hombre civilizado, porque el salvaje, cuyas necesidades son más restringidas, no siente avidez ni se angustia por las mismas cosas: su modo de ver es muy diferente. En el estado de civilización, el hombre razona sobre su desventura y la analiza. De ahí que sea más afectado por ella. Pero puede asimismo razonar y analizar los medios de confortarse. Y este consuelo lo encuentra en el sentimiento cristiano, que le ofrece la esperanza de un porvenir mejor, y en el Espiritismo, que le da la certidumbre de ese porvenir. [124]

II.- Pérdida de los seres queridos

934. La pérdida de las personas que amamos, ¿no es uno de los sucesos que nos causan una pena legítima, dado que dicha pérdida resulta irreparable y es independiente de nuestra voluntad?
- Ese motivo de congoja alcanza así al rico como al pobre. Se trata de una prueba o de una expiación y constituye una ley común. Pero

[124] Consúltese el libro *El Génesis*, donde analiza Kardec los motivos de la aparición del Espiritismo a mediados del siglo diecinueve, cuando el mundo alcanzaba un estado de adelantada civilización. El conocimiento de la realidad espírita de la vida sólo es posible, en su plenitud, en mundos civilizados, de la misma manera que en el estado de civilización ese conocimiento constituye un imperativo del progreso mismo y un medio de acelerarlo. (Ver *El Génesis*, Cap. I, párrafos 16 a 18, y en particular la parte final de este último parágrafo). [*N. de J. H. Pires*.]

representa un consuelo para vosotros el que podáis comunicaros con vuestros amigos por los medios de que disponéis, *hasta tanto no tengáis otros más directos y más accesibles a vuestros sentidos.*

935. ¿Qué pensaremos de la opinión de las personas que consideran a las comunicaciones de ultratumba como una profanación?

- No puede haber en ello profanación cuando existe el recogimiento y si la evocación se hace con respeto y decoro. Prueba de esto es que los Espíritus que os guardan afecto se comunican con placer. Están dichosos porque los recordáis y por poder conversar con vosotros. Profanación habría si eso se hiciera con frivolidad.

La posibilidad de entrar en comunicación con los Espíritus es un muy dulce consuelo, puesto que nos provee el medio de conversar con aquellos de nuestros parientes y amigos que dejaron la Tierra antes que nosotros. Mediante la evocación los traemos hasta nuestro lado, y nos escuchan y responden. Si así vale decirlo, no existe ya separación entre ellos y nosotros. Nos ayudan con sus consejos, nos dan testimonio de su afecto y del contento que experimentan al comprobar que seguimos recordándolos. Para nosotros es una satisfacción saberlos venturosos, conocer por ellos mismos **los pormenores de su nueva existencia y adquirir la certeza de que con ellos nos reuniremos algún día.**

936. ¿De qué manera los inconsolables pesares de los sobrevivientes afectan a los Espíritus, cuya desencarnación se llora?

- El Espíritu es sensible al recuerdo que se le guarda y a la nostalgia de aquellos seres a quienes amó, pero un dolor continuo e irrazonable lo afecta angustiosamente, porque en esa aflicción excesiva ve una falta de fe en el futuro y de confianza en Dios y, por tanto, un obstáculo al adelanto y tal vez a su reunión con los seres queridos.

Visto que el Espíritu desencarnado es más feliz que cuando estaba en la Tierra, lamentar que haya perdido la vida equivale a deplorar que sea dichoso. Dos amigos se encuentran presos y han sido encerrados en un mismo calabozo. Ambos deben obtener un día su libertad, pero un de ellos sale de prisión antes que el otro. ¿Sería caritativo, por parte del que queda encarcelado, sentirse afligido porque su amigo haya sido liberado antes que él? ¿No demostraría más egoísmo que afecto si quisiera que el otro continuara compartiendo su cautiverio y sus penurias por igual período de tiempo? Pues bien, lo propio acontece con dos seres

que en la Tierra se amen. El que parte en primer término es el que obtiene antes su libertad, y debemos felicitarlo por ello, mientras aguardamos con paciencia el instante en que nos toque a nosotros lo mismo.

Haremos a este respecto otra comparación. Tenéis junto a vosotros a un amigo que se halla en una situación muy penosa: su salud o su conveniencia exige que marche a otro país, donde estará mejor desde todo punto de vista. Se ausentará de vuestro lado temporariamente, pero seguiréis en correspondencia con él. La separación, pues, sólo será material. ¿Os sentiríais afligidos por su alejamiento, que se produce para su bien?

La Doctrina Espírita, por las pruebas patentes que proporciona acerca de la vida futura, de la presencia en torno de nosotros de los Espíritus a quienes amamos, de la continuidad de su afecto y su solicitud, y por las relaciones que nos pone en situación de mantener con ellos, nos ofrece un consuelo supremo en uno de los más legítimos motivos de dolor. Con el Espiritismo desaparecen la soledad y el abandono. El hombre más aislado dispone siempre de amigos cerca de él, con los cuales puede comunicarse.

Con impaciencia soportamos las tribulaciones de la vida. Se nos ocurren tan inaguantables que no comprendemos cómo podamos tolerarlas. Y, sin embargo, si las hemos sobrellevado con valor, si hemos sabido imponer silencio a nuestras protestas, nos felicitaremos de ello cuando estemos fuera de esta prisión terrenal, como el enfermo que padecía se congratula, una vez curado, de haberse resignado a un tratamiento doloroso.

III.- Desilusiones.- Ingratitud.- Afectos contrariados

937. Las decepciones que experimentamos a causa de la ingratitud y la fragilidad de los lazos de la amistad, ¿no son también, para la persona sensible, una fuente de amargura?

- Sí, pero nosotros os enseñamos que sintáis lástima por los ingratos y los amigos infieles, porque serán más desgraciados que vosotros. La ingratitud es hija del egoísmo, y el egoísta ha de encontrar más tarde corazones insensibles como él mismo lo fue. Pensad en todos aquellos que realizaron más suma de bien que vosotros, que más que vosotros valieron y a quienes se pagó con el

desagradecimiento. Pensad en Jesús mismo en la Tierra fue escarnecido y despreciado, tratado de embaucador e impostor, y no os asombréis de que os suceda lo propio. Que el bien que habéis hecho sea vuestra recompensa en el mundo, y no toméis en consideración lo que digan de él quienes lo recibieron. La ingratitud representa una prueba para vuestra persistencia en realizar el bien. Se os tendrá en cuenta, y los que os han negado serán castigados, tanto más, cuanto mayor haya sido su desagradecimiento.

938. Los desengaños ocasionados por la ingratitud, ¿no existirán para endurecer nuestro corazón e insensibilizarlo?

- Esto sería un error. Porque la persona sensible, como dices, es siempre feliz por el bien que realiza. Sabe que si no se acuerdan de ese bien en esta vida, lo recordarán en la otra, y que el ingrato tendrá vergüenza y remordimientos.

938 a. Sí, pero esa idea no impide que su corazón se sienta herido. Ahora bien, esta circunstancia, ¿no puede engendrar en ella el pensamiento de que sería más dichosa si fuera menos sensible?

- Sí, si prefiere la felicidad del egoísta. ¡Pero se trata de una lamentable felicidad! Sepa esa persona que los amigos ingratos que la abandonan no son dignos de su amistad y que se ha equivocado respecto a ellos. Visto lo cual no deberá lamentar el haberlos perdido. Más adelante encontrará amigos que sepan comprenderla mejor. Lamentad a aquellos que tienen con vosotros un mal comportamiento que no hayáis merecido, porque tendrán ellos un triste arrepentimiento. Pero no os sintáis afectados por eso: es la manera de poneros por encima de su nivel.

La Naturaleza ha puesto en el hombre la necesidad de amar y ser amado. Uno de los goces mayores que le son concedidos en la Tierra es el encontrar corazones que simpaticen con el suyo. Se le dan de este modo las primicias de la felicidad que le está reservada en el Mundo de los Espíritus perfectos, donde todo es amor y benevolencia. Se trata de un goce que es rehusado al egoísta.

IV.- Uniones antipáticas

939. Puesto que los Espíritus simpáticos son llevados a unirse, ¿cómo se explica que entre los Espíritus encarnados el afecto generalmente proceda de uno solo de ellos, y que el amor más

sincero sea recibido con indiferencia y hasta con repulsión? ¿Cómo, por otra parte, el más vivo afecto existente entre dos seres puede trocarse en antipatía y a veces en odio?

- ¿No comprendes entonces que se trata de un castigo, aunque sólo sea pasajero? Además, ¡cuántos hay que creen amar perdidamente, porque sólo juzgan por las apariencias, y cuando están obligados a convivir con la otra persona no tardan en reconocer que sólo se trataba de una pasión material! No basta con que estéis prendados de una persona que os agrada y a la que suponéis en posesión de bellas cualidades. ¡Cuántas uniones hay también de personas que al comienzo parecían que nunca llegarían a entenderse, y cuando uno y otro se han conocido y estudiado bien concluyeron por amarse con un amor tierno y duradero, porque se basaba en la estimación!... No hay que olvidar que el que ama es el Espíritu y no el cuerpo, y cuando la ilusión material se ha disipado el Espíritu ve la realidad.

Hay dos clases de afectos: el referido al cuerpo y el que se expresa de alma a alma, y con frecuencia se confunde a uno con el otro. El afecto del alma, cuando es puro y se funda en la simpatía, resulta durable. El del cuerpo, en cambio, es perecedero. He ahí por qué generalmente los que creían amarse con un amor eterno se aborrecen cuando la ilusión ya se ha desvanecido.

940. La falta de simpatía entre seres destinados a vivir juntos, ¿no es también una fuente de pesares tanto más amargos cuanto que emponzoñan toda la existencia?

- Muy amargos, en efecto. Pero se trata de una de esas desdichas cuya causa primera casi siempre sois vosotros mismos. En primer lugar, son vuestras leyes las equivocadas, porque ¿crees tú que Dios te obliga a permanecer junto a aquellos que te desagraden? Por otra parte, en tales uniones frecuentemente buscáis más satisfacer vuestro orgullo y ambición que la ventura de un mutuo afecto. Sufrís entonces las consecuencias de vuestros prejuicios.

940 a. Pero, en ese caso, ¿no hay casi siempre una víctima inocente?

- Sí, y para ella es una dura expiación. Pero la responsabilidad de su desgracia recaerá sobre quienes la hayan causado. Si la luz de la verdad ha penetrado en su alma, esa persona encontrará consuelo en su fe en el porvenir. Por lo demás, a medida que los prejuicios se vayan debilitando, las causas de tales desdichas privadas desaparecerán también.

V.- Aprensión de la muerte

941. El temor a la muerte es para muchas personas un motivo de incertidumbre. ¿A qué se debe tal aprensión, ya que tiene ante ellas el porvenir?

- Es un temor equivocado. Pero ¡qué quieres! Tratan de persuadirlas, desde sus primeros años, de que hay un infierno y un paraíso, pero que es más seguro irán al infierno, porque les afirman que aquello que está en la Naturaleza es para el alma un pecado mortal. Así pues, al avanzar en edad, si tienen algo de juicio no pueden ya seguir admitiendo eso y se tornan ateas o materialistas. De esta manera se les lleva a creer que aparte de la vida actual no existe otra cosa. En cuanto a los otros, los que han persistido en sus creencias infantiles, temen ese fuego eterno que ha de quemarlos sin consumirlos.

La muerte no inspira al justo temor alguno. Porque con *la fe* tiene certeza del futuro. *La esperanza* le hace aguardar una vida mejor. Y *la caridad*, cuya ley ha puesto en práctica, le otorga la certidumbre de que en el mundo al que va a ingresar no encontrará ningún Ser cuya mirada deba temer. (Ver párrafo 730).

El hombre carnal, más apegado a la vida corpórea que a la espiritual, tiene en la Tierra penas y placeres materiales. Su dicha reside en la satisfacción efímera de todos sus deseos. Su alma, preocupada de continuo y afectada por las vicisitudes de la vida, se halla en una ansiedad y una tortura perpetuas. La muerte le espanta, pues duda de su porvenir y cree que dejará en este mundo todos sus afectos y esperanzas.

El hombre moral, en cambio, que se ha elevado por sobre las necesidades ficticias que las pasiones crean, obtiene ya en la Tierra disfrutes que el hombre material desconoce. La moderación de sus deseos confiere a su Espíritu calma y serenidad. Feliz con el bien que realiza, no hay para él desilusiones, y las contrariedades resbalan sobre su alma sin dejar en ésta huellas dolorosas.

942. ¿No pensarán algunas personas que esos consejos para ser feliz en la Tierra son un tanto pueriles? ¿No los considerarán lo que ellas denominan cosas comunes, verdades trilladas? Y ¿no dirán que, en última instancia, el secreto para ser dichoso consiste en saber soportar la propia desgracia.

- Hay quienes lo afirmarán, sí, y muchos. Pero sucede con ellos lo que con ciertos enfermos a quienes el médico prescribe una dieta: querrían sanar sin acudir a los medicamentos y persistir indigestándose.

VI.- Hastío de la vida.- Suicidio

943. ¿A qué se debe ese disgusto por la vida que se apodera de ciertos individuos sin que tengan para ello motivos valederos?

- Efecto de la ociosidad, de la falta de fe y, con frecuencia, de la saciedad.

Para aquel que ejerce sus facultades con un objetivo útil y *conforme a sus naturales aptitudes*, el trabajo no tiene nada de árido y la vida pasa con mayor rapidez. Soporta sus vicisitudes con tanta más paciencia y resignación cuanto que obra con miras a la felicidad más firme y duradera que aguarda.

944. ¿Tiene el hombre el derecho de disponer de su propia vida?

- No: tan sólo a Dios cabe el derecho de disponer de la vida del hombre[125]. El suicidio voluntario constituye una transgresión a esa ley.

944 a. El suicidio ¿no es siempre voluntario?

- El loco que se mata no sabe lo que hace.

945. ¿Qué pensar del suicidio que se debe al hastío de la vida?

- ¡Insensatos! ¿Por qué no trabajaban? Si lo hubieran hecho, la existencia no les habría sido tan pesada…

946. ¿Qué opinión debe mereceros el suicidio que tiene por objeto escapar a las miserias y desengaños del mundo?

- ¡Pobres Espíritus que no poseen el valor de soportar las miserias de la existencia! Dios ayuda a quienes sufren, pero no a los que no tienen ni fuerza ni valor. Las tribulaciones de la vida son

---

[125] El original dice textualmente: *"Non, Dieu seul a ce droit"* ("no, sólo Dios tiene ese derecho"). Como se advertirá, hemos modificado la frase, porque hay en ella una anfibología. En efecto, es imposible que se haya querido expresar que Dios tenga *"ese derecho"* (el de disponer de su propia vida, o sea, de *la vida de Dios*, lo cual sería una aberración del pensamiento. Lo que se quiso decir es que a Dios cabe el derecho de disponer de la vida humana. [*N. del T. al cast.*]

pruebas o expiaciones. ¡Bienaventurados los que las padezcan sin murmurar, porque serán recompensados por ello! En cambio, ¡desdichados de aquellos que esperan obtener su salvación de lo que, en su impiedad, llaman el azar o la fortuna! El azar o la fortuna –para servirme de su lenguaje- pueden, en efecto, serles propicios por un momento, pero sólo para hacerles sentir después, y con más crueldad, el vacío de sus palabras…

946 a. Los que han conducido a un infortunado a ese acto de desesperación que es el suicidio, ¿sufrirán las consecuencias de lo que hicieron?

- ¡Desgraciados de ellos!, *porque de eso responderán como de un asesinato.*

947. El hombre que está en lucha contra la necesidad y que se deja morir de desesperación, ¿puede ser considerado un suicida?

- Se trata, sí, de un suicida, pero los causantes del mismo, o que hubieren podido impedirlo, son más culpables que él, a quien aguarda la indulgencia. Con todo, no vayáis a creer que será absuelto por completo si careció de firmeza y de perseverancia y si no echó mano de toda su inteligencia para salir del pantano. Desventurado de él, sobre todo, si su desesperación nacía del orgullo. Quiero decir, si era uno de esos hombres en quienes el orgullo paraliza los recursos del intelecto, que se ruborizarían si debieran su subsistencia al trabajo de sus manos, y que optan por morir de inanición antes que abdicar de lo que ellos titulan su posición social. ¿No hay acaso cien veces más grandeza y dignidad en luchar contra la adversidad, desafiando la crítica de un mundo fútil y egoísta, que sólo demuestra buena voluntad hacia aquellos que de nada carecen, y os da la espalda tan pronto como necesitáis de él? Sacrificar la propia vida por el qué dirán de esa sociedad es cosa estúpida, porque no tiene objeto alguno proceder así.

948. El suicidio que se propone por finalidad huir de la vergüenza de una mala acción, ¿es tan reprensible como el motivado por la desesperación?

- El suicidio no borra la falta en que se haya incurrido. Antes bien, al quitarse la vida, ha cometido dos faltas en vez de una sola. Cuando se tuvo valor para hacer el mal, hay que tenerlo también para sufrir sus consecuencias. Dios juzga, y según la causa, puede en ocasiones atenuar sus rigores.

949. ¿Es excusable el suicidio cuando se propone por objeto impedir que la vergüenza recaiga sobre los hijos o la familia?

- El que obre de esta manera no procede correctamente, aunque crea hacerlo, y Dios lo tomará en cuenta, porque se trata de una expiación que a sí mismo se impone. Disminuye su falta por la intención que lo inspira, pero no por ello deja de cometerla. Además, abolid los abusos de vuestra sociedad y vuestros prejuicios, y no tendréis ya suicidios.

El que se quita la vida para sustraerse a la vergüenza de una mala acción en que ha incurrido, demuestra que tiene en más la estima de los hombres que la de Dios, porque va a reingresar a la vida espiritual cargado de sus iniquidades, y se ha privado de los medios de rescatarlas en esta misma existencia. Muchas veces Dios es menos inexorable que los hombres. Perdona el arrepentimiento sincero y toma en cuenta la reparación. Pero el suicidio nada repara…

950. ¿Qué pensaremos de aquel que se quita la vida con la esperanza de llegar más pronto a una existencia mejor?

- ¡Otra locura! Practique el bien y estará más seguro de alcanzarla. Porque de aquella manera retrasa su entrada en un mundo mejor y él mismo pedirá después volver aquí para *terminar esa existencia* que tronchó debido a una idea falsa. Una culpa, sea cual fuere, no abre jamás el santuario de los elegidos.

951. El sacrificio de la propia vida ¿no es meritorio, a veces, cuando se propone el fin de salvar la de otros o de ser útil a sus semejantes?

- Esto es sublime, según la intención, y el sacrificio de su vida no constituye un suicidio. Pero Dios se opone a un sacrificio inútil y no puede verlo con agrado si está manchado por el orgullo. Un sacrificio sólo es meritorio por el desinterés, y el que lo realiza tiene a veces una segunda intención que menoscaba su valor a los ojos de Dios.

Todo sacrificio hecho a expensas de la propia felicidad es un acto soberanamente meritorio a los ojos de Dios, porque representa la práctica de la ley de caridad. Ahora bien, siendo la vida el bien terreno que el hombre más aprecia, el que renuncie a ella en pro de sus semejantes no comete atentado: cumple un sacrificio. Pero, antes de realizarlo, debe reflexionar sobre si su vida no puede ser más útil que su muerte.

952. El hombre que perece víctima del abuso de pasiones que sabe que acelerarán su fin, pero a las cuales no puede dominar, porque el hábito las ha convertido en él en verdaderas necesidades físicas, ¿comete suicidio?

- Es un suicidio moral. ¿No comprendéis que en esa circunstancia el hombre resulta doblemente culpable? Hay en él falta de valor tanto como bestialidad y, además, olvido de Dios.

952 a. ¿Es culpable en mayor o menor grado que aquel otro que se quita la vida por desesperación?

- Culpable en grado mayor, por cuanto ha tenido tiempo de razonar su suicidio. En aquel que lo comete instantáneamente hay a veces una especie de extravío que se asemeja a la locura. El otro, en cambio, será castigado mucho más, pues las penas están siempre proporcionadas a la conciencia que se tenga de las faltas cometidas.

953. Cuando una persona ve ante sí una muerte inevitable y terrible, ¿es culpable de abreviar en algunos instantes sus padecimientos apelando a un fin voluntario?

- Siempre se es culpable de no aguardar el término fijado por Dios. Pero, además, ¿se está enteramente seguro de que haya llegado ese término, a pesar de las apariencias? ¿No se podría recibir un inesperado socorro en el instante postrero?

953 a. Se concibe que en circunstancias ordinarias sea censurable el suicidio, pero, supongamos un caso en que la muerte sea inevitable y la vida sólo es acortada en unos pocos momentos…

- Se trata siempre de una falta de resignación y de sumisión a la voluntad del Creador.

953 b. En tal caso, ¿qué consecuencias tiene esa acción?

- Una expiación proporcionada a la gravedad de la falta, según las circunstancias, como siempre.

954. Una imprudencia que comprometa innecesariamente la vida ¿es reprobable?

- No existe culpabilidad cuando no ha habido intención o conciencia positiva de hacer el mal.

955. Las mujeres que en ciertos países se inmolan voluntariamente arrojándose al fuego en que arden los despojos de sus difuntos maridos, ¿pueden ser conceptuadas suicidas, y sufrirán las consecuencias de tal acto?

- Obedecen a un prejuicio, y muchas veces lo hacen más por la fuerza que por determinación de su voluntad. Creen estar cumpliendo un deber, y no es esta la característica del suicidio. Su excusa reside en la nulidad moral[126] de la mayoría de ellas, así como en su ignorancia. Con la civilización irán desapareciendo esas costumbres bárbaras y estúpidas.

956. Aquellas que, no pudiendo soportar la pérdida de personas amadas, se matan con la esperanza de ir a reunirse con ellas, ¿alcanzan su objetivo?

- Para ellas, el resultado es del todo opuesto al que esperaban obtener, y en vez de reunirse con el objeto de su afecto se alejan de él por más largo tiempo, porque Dios no puede recompensar un acto de cobardía y el insulto que se la hace al dudar de su providencia. Pagarán ese instante de demencia con penas más severas que las que creen acortar y no tendrán, para compensarse, la satisfacción que esperaban. (Ver los párrafos 934 y siguientes).

957. El suicidio, ¿qué consecuencias acarrea, en general, sobre el estado del Espíritu?

- Las consecuencias del suicidio son muy diversas. No existen penas fijas, y en todos los casos son siempre relativas a las causas que lo han ocasionado. Pero una consecuencia a la que el suicida no puede escapar es la *contrariedad*. Por otra parte, la suerte que corren no es la misma para todos. Depende de las circunstancias. Algunos expían de inmediato su falta, y otros en una nueva existencia, que será peor que aquella cuyo curso natural han interrumpido.

En efecto, muestra la observación que las consecuencias del suicidio no resultan siempre iguales. Pero hay las que son comunes a todos los casos de muerte violenta y resultado de la brusca interrupción de la vida. Está, en primer lugar, la más prolongada y más tenaz persistencia del lazo que une al Espíritu con el cuerpo, puesto que ese vínculo casi siempre se halla en toda su fuerza en el instante en que es roto, mientras que en los casos de muerte natural se ha ido debilitando gradualmente y con frecuencia se halla ya desatado antes que se extinga por entero la vida. Las resultas de tal estado de cosas son la prolongación de la turbación espírita, y luego, el engaño que durante un tiempo más o menos largo induce al Espíritu a creer que se

[126] *Nulidad moral*, es decir, falta verdadera de libre juicio y acción. [*N. del copista*]

cuenta todavía en el número de lo vivientes. (Ver parágrafos 155 y 165).

La relación que persiste entre el Espíritu y el cuerpo produce en algunos suicidas una especie de repercusión del estado del cuerpo sobre el Espíritu, el cual siente así, a pesar suyo, los efectos de la descomposición de la materia, que le hacen experimentar una sensación llena de angustias y de horror, y ese estado podrá prolongarse por tanto tiempo cuanto debiera haber durado la vida que ellos han interrumpido. Tal efecto no es general. Pero en ningún caso el suicida se halla libre de las consecuencias de su falta de valor, y tarde o temprano expiará su culpa, de una manera u otra. Así pues, ciertos Espíritus, que habían sido muy infelices en la Tierra, declararon haberse suicidado en su existencia anterior, y también haberse sometido voluntariamente a nuevas pruebas para intentar sobrellevarlas con más resignación. En algunos, se trata de una especie de apego a la materia, de la que en balde tratan de desembarazarse para volar hacia mundos mejores, pero cuyo acceso les está impedido. En la mayoría de ellos sobreviene la pena de haber hecho algo inútil, puesto que no experimentan con eso más que desilusión.

La religión, la moral y todas las filosofías condenan el suicidio como contrario a la ley natural. Todas ellas nos dicen, en principio, que no nos asiste el derecho de abreviar voluntariamente nuestra propia vida. Pero, ¿por qué no tenemos ese derecho? ¿Por qué no somos libres de poner término a nuestros sufrimientos? Estaba reservado al Espiritismo demostrar, con el ejemplo de los que sucumbieron a él, que el suicidio no es sólo una falta en cuanto constituye infracción a una ley moral, consideración ésta que para algunos individuos es de poco peso, sino un acto estúpido, pues nada se gana con él, sino todo lo contrario. Y no es la teoría la que nos lo enseñe, son los hechos que el Espiritismo pone ante nuestros propios ojos. [127]

[127] El argumento espírita contra el suicidio no es sólo moral, como se observará, sino también biológico, afirmándose en el principio de ligazón entre el Espíritu y el cuerpo. La muerte, como fenómeno natural, tiene sus leyes, las cuales el Espiritismo descubrió por medio de una rigurosa investigación. El sufrimiento del suicida se produce por la arbitraria violación de esas leyes: Es como arrancar por la fuerza una fruta verde del árbol. Las estadísticas demuestran que la incidencia del suicidio es mayor en los países y las épocas en que la ambición y el materialismo se acentúan, provocando más abusos y la excitación de las pasiones. La falta de una organización social justa y de una

educación para todos es la causa de los crímenes y los suicidios. Véase al final de parágrafo 949: "… abolid los abusos de vuestra sociedad y vuestros prejuicios, y no tendréis ya suicidios". [*N. de J. H. Pires*.]

CAPÍTULO II

PENAS Y GOCES FUTUROS

I.- La nada.- La vida futura

958. ¿Por qué tiene el hombre, instintivamente, horror a la nada?
- Porque la nada no existe.

959. ¿De dónde le viene al ser humano el sentimiento instintivo de la vida futura?

- Ya lo hemos dicho: antes de haber encarnado conocía el Espíritu todas esas cosas, y el alma guarda un vago recuerdo de lo que sabe y de lo que ha visto en el estado espiritual. (Ver párrafo 393).

En todos los tiempos se ha preocupado el hombre por el porvenir que le aguarda más allá de la tumba, y esto es muy natural. Por mucha importancia que conceda a la vida presente no puede impedirse considerar cuán breve es ésta, y sobre todo cuán precaria, ya que en cualquier instante puede verse tronchada, y el hombre nunca está seguro del día de mañana. ¿Qué le sucede después del fatal momento de la muerte? Seria es la pregunta, pues no implica unos pocos años, sino la eternidad. Aquel que deba pasar largos años en un país extranjero se preocupa por la situación en que allí se encontrará. ¿Cómo, entonces, no preocuparnos de la situación en que estaremos al dejar este mundo, puesto que creemos que lo abandonaremos para siempre?

La idea de la nada tiene algo que repugna a la razón. El hombre que durante su vida ha sido el más despreocupado, cuando llega el instante supremo se pregunta qué será de él, involuntariamente concibe una esperanza.

Creer en Dios sin admitir la vida futura constituiría un contrasentido. El sentimiento de una existencia mejor está en el fuero íntimo de todo hombre. Dios no ha podido implantarlo en vano ahí.

La vida futura implica la conservación de nuestra individualidad después de la muerte En efecto, ¿qué nos importaría sobrevivir al cuerpo, si nuestra esencia moral debiera perderse en el océano de lo infinito? Para nosotros, las consecuencias de ello equivaldrían a las de la nada.

II.- Intuición de las penas y goces futuros

960. ¿A qué se debe la creencia, que en todos los pueblos encontramos, de penas y recompensas venideras?

- Es siempre lo mismo: presentimiento de la realidad, que da al hombre el Espíritu en él encarnado. Porque sabedlo bien, no en balde os habla una voz interior. Vuestra equivocación consiste en no escucharla lo bastante. Si pensarais bien en ello con seguridad que os haríais mejores.

961. En el instante de la muerte, ¿cuál es el sentimiento que prevalece en la gran mayoría de los hombres: la duda, el temor o la esperanza?

- La duda, para los escépticos empedernidos. El temor, para los que son culpables. La esperanza, para los hombres de bien.

962. ¿Por qué existen incrédulos, ya que el alma da al hombre el sentimiento de las cosas espirituales?

- Hay menos de los que se piensa. Muchos presumen de descreídos durante su vida por orgullo, pero en el momento de morir dejan de ser tan fanfarrones.

La consecuencia de la vida futura es la resultante de la responsabilidad de nuestros actos. La razón y la justicia nos dicen que en el reparto de la felicidad, a que todo hombre aspira, los buenos y los malos no podrían hallarse mezclados. Dios no puede querer que algunos disfruten sin trabajo de bienes que otros alcanzan sólo a costa de esfuerzos y de perseverancia.

La idea de que Dios nos da su justicia y bondad mediante la sabiduría de sus leyes no nos permite creer que el justo y el ruin sean de igual categoría a los ojos de Él, ni dudar de que no reciban un día, aquél la recompensa, éste el castigo, por el bien y el mal que haya cada cual realizado. De ahí, pues, que el innato sentimiento que tenemos de la justicia nos dé la intuición de las penas y recompensas futuras.

III.- Intervención de Dios en las penas y recompensas

963. ¿Se ocupa Dios personalmente de cada hombre? ¿No es Él demasiado grande, y demasiado pequeños nosotros, para que cada individuo en particular tenga alguna importancia a sus ojos?

- Dios se ocupa de todos los seres que ha creado, por muy pequeños que ellos sean. Nada es demasiado poco para su bondad.

964. ¿Tiene Dios necesidad de ocuparse de cada uno de nuestros actos, para premiarnos o castigarnos? ¿Acaso la mayor parte de tales actos no son insignificantes para Él?

- Dios posee sus leyes, que rigen todas vuestras acciones. Si las violáis, vuestra es la culpa. A no dudarlo, cuando un hombre comete un exceso Dios no pronuncia un juicio contra él para decirle, por ejemplo: "Has sido glotón y voy a castigarte". Pero Él ha trazado un límite. Las enfermedades, y muchas veces la misma muerte, son consecuencias de los excesos cometidos. He aquí la punición. Constituye el resultado de haber infringido la ley. Así sucede en todo.

Todas nuestras acciones se hallan sometidas a las leyes de Dios. Ninguna hay, por insignificante que nos parezca, **que no pueda ser una violación de tales leyes. Si sufrimos las secuelas de dicha violación, sólo a nosotros mismos debemos achacarlo, que así nos convertimos en los artesanos de nuestra dicha o de nuestra desgracia venideras.**

Esta verdad se torna palpable en el siguiente apólogo:

Un padre ha dado a su hijo educación e instrucción. Vale decir, los medios para saber conducirse. Le cede un campo para cultivar y le expresa: "Esta es la normal que has de seguir, y estas las herramientas precisas para lograr que la tierra sea fértil y asegures así tu subsistencia. Te di instrucción para que comprendieses esa norma. Si la obedeces, el campo te rendirá mucho, proporcionándote descanso en tu vejez. Si no lo haces, la tierra nada producirá y morirás de inanición". Dicho lo cual, el padre deja al hijo que obre como mejor le parezca.

¿No es cierto que ese campo rendirá en virtud de los cuidados que se concedan a los cultivos, y que toda negligencia irá en detrimento de la cosecha? El hijo, pues, será en su ancianidad dichoso o desgraciado, conforme haya seguido o descuidado la norma que su padre le trazó. Por su parte, Dios es

aún más previsor, por cuanto nos advierte a cada instante si estamos haciendo bien o mal. Nos envía a los Espíritus para que nos inspiren, pero no los escuchamos. Hay, además, la diferencia de que Dios otorga siempre al hombre un recurso, en sus nuevas existencias, para que repare sus pasados errores, en tanto que el hijo a que hacemos referencia no lo tendrá, si emplea mal su tiempo.

IV.- Naturaleza de las penas y goces futuros

965. Los pesares y goces del alma después de la muerte ¿tienen algo de material?

- No pueden ser materialistas, ya que el alma no es de naturaleza material. Lo dice el buen sentido. Esas penas y placeres no tienen nada de carnal y, sin embargo, son mil veces más vivos que los que experimentáis en la Tierra, porque el Espíritu, una vez desprendido del cuerpo, es más sensible: la materia no embota ya sus sensaciones. (Ver los parágrafos 237 a 257).

966. ¿Por qué concibe el hombre, acerca de los pesares y goces de la vida futura, una idea muchas veces tan grosera y absurda?

- Inteligencia que no está aún lo bastante desarrollada. El niño ¿comprende igual que el adulto? Además, ello depende también de lo que se le haya enseñado. En eso precisamente reside la necesidad de una reforma.

Vuestro lenguaje es sobremanera incompleto para que pueda expresar lo que está fuera de vosotros. De ahí que hayan sido necesarias las comparaciones, y esas imágenes y figuras las habéis tomado por la realidad. Pero, a medida que el hombre se esclarece, su mente va comprendiendo aquellas cosas que su lengua no es capaz de traducir.

967. ¿En qué consiste la dicha de los Espíritus buenos?

- En conocer todas las cosas. En no tener odio ni celos, envidia ni ambición, ni ninguna de las pasiones que labran la infelicidad de los hombres. El amor que les une es para ellos fuente de una ventura suprema. No experimentan las necesidades, padecimientos ni angustias del vivir material. Son dichosos por el bien que realizan. Por otra parte, la felicidad de los Espíritus es siempre proporcional a su grado de elevación. Bien es verdad que sólo los Espíritus puros gozan de la dicha suprema, pero todos los restantes no son

desgraciados. Entre los malos y los perfectos hay infinidad de grados, en que los goces son relativos al estado moral. Los que se hallan lo bastante adelantados comprenden la felicidad de los que han llegado antes que ellos mismos, y aspiran a conquistarla, pero es éste para ellos un motivo de estímulo y no de envidia. Bien se comprende que de ellos mismos depende lograrla, y con este objeto trabajan, pero lo hacen con la calma de la conciencia limpia, y se sienten afortunados por no tener que sufrir lo que los malos padecen.

968. Incluís vosotros la ausencia de necesidades materiales en el número de las condiciones de la felicidad para los Espíritus. Pero, la satisfacción de tales necesidades ¿no constituye para el hombre una fuente de goces?

- Sí, los goces del animal. En cambio, cuando no puedes satisfacerlas, se truecan en una tortura.

969. ¿Qué hay que entender cuando dicen que los Espíritus puros se hallan reunidos en el seno de Dios y ocupados en entonar alabanzas al Creador?

- Es una alegoría que pinta la comprensión que ellos tienen de las perfecciones de Dios, porque le ven y le comprenden, pero, como tantas otras, no hay que tomarla literalmente. Todo en la Naturaleza, desde el granito de arena, canta: esto es, proclama el poder, la sabiduría y la bondad de Dios. Pero no creas que los Espíritus bienaventurados estén en contemplación por toda la eternidad. Sería una dicha estúpida y monótona. Y sería, además, la felicidad del egoísta, puesto que su existencia constituiría una inutilidad sin término. Esos Espíritus no padecen ya las tribulaciones de la vida corpórea, y ello de por sí significa un goce. Además, según hemos dicho, conocen y saben todas las cosas. Emplean con provecho la inteligencia que han adquirido para ayudar al progreso de los otros Espíritus. Ésa es su ocupación, y al mismo tiempo un placer.

970. ¿En qué consisten las aflicciones de los Espíritus inferiores?

- Son tan variadas como las causas que las han producido, y están en relación con el grado de inferioridad, así como los goces lo están con el grado de superioridad. Pueden resumirse así: Envidiar todo lo que les falta para ser felices, y no poder obtenerlo. Ver dicha y no hallarse en condiciones de alcanzarla. Pena y envidia, cólera y desesperación que les impide ser dichosos. Remordimientos y ansiedad moral indefinible. Desean todos los placeres y no pueden satisfacerlos, y es todo lo que los atormenta.

971. ¿Es siempre provechoso el influjo que ejercen unos Espíritus sobre otros?

- El de los Espíritus buenos siempre es beneficioso, ni hace falta decirlo. Pero los Espíritus perversos tratan de apartar de la senda del bien y el arrepentimiento a aquellos a quienes creen susceptibles de dejarse arrastrar, y a los que muchas veces han incitado al mal durante la vida corpórea.

971 a. Así pues, ¿la muerte no nos libera de la tentación?

- No, pero la influencia de los malos Espíritus es mucho menor sobre los otros Espíritus que sobre los hombres, por no contar con la ayuda de las pasiones materiales de estos últimos. (Véase párrafo 996).

972. ¿Cómo actúan los malos Espíritus para tentar a los otros Espíritus, puesto que no cuentan con el concurso de las pasiones corporales?

- Si no existen las pasiones materialmente, siguen aún en vigencia en el pensamiento de los Espíritus atrasados. Los malos fomentan esos pensamientos y empujan a sus víctimas a lugares donde presencian el espectáculo que tales pasiones proporcionan, así como de todo aquello capaz de excitarlas.

972 a. Pero, ¿para qué pueden servir esas pasiones, si ya no tienen objeto real?

- En ello radica precisamente su tormento. El avaro contempla el oro que no puede poseer. El libertino, las orgías en que no está en condiciones de participar. El orgulloso, los honores que envidia y de los que no puede disfrutar.

973. ¿Cuáles son los mayores sufrimientos a que puedan verse sometidos los malos Espíritus?

- No hay descripción posible de los suplicios morales que constituyen el castigo de ciertos crímenes. Incluso el que los experimenta tendría trabajo en daros una idea de ellos. Pero, seguramente, el más espantoso es el pensamiento que le asalta, de que será condenado irremisiblemente.

El hombre se forma, acerca de las penas y goces del alma después de la muerte, una idea más o menos elevada, según sea el estado de su inteligencia. Cuanto más ella se desarrolla, tanto más se va depurando esa idea y desprendiéndose de la materia. Contempla entonces las cosas desde un punto de vista más racio-

nal, cesa de interpretar al pie de la letra las imágenes de un lenguaje figurado. Puesto que la razón más esclarecida nos enseña que el alma es un Ser enteramente espiritual, con ello no está diciendo que no puede ser afectada por las impresiones que sólo obran sobre la materia. Pero de ello no se deduce que esté libre de sufrimientos ni que no reciba el castigo de sus faltas. (Ver párrafo 237).

Las comunicaciones espíritas tienen por resultado mostrarnos el estado futuro del alma, no ya con carácter de teoría, sino como una realidad. Ponen ante nuestros ojos todas las peripecias de la vida de ultratumba, pero nos las muestran al mismo tiempo como secuelas perfectamente lógicas de la existencia terrena, y, aunque desprovistas del aparato fantástico creado por la imaginación humana, no son por ello menos penosas para quienes hicieron mal uso de sus facultades. La diversidad de esas consecuencias es infinita. Mas se puede afirmar, en general, que cada uno es castigado por donde pecó. Así pues, unos lo son mediante la vista incesante del mal que realizaron. Otros, por los pesares y el temor, la vergüenza y la duda, el aislamiento y las tinieblas, la separación de los seres que les son queridos, etcétera.

974. ¿De dónde procede la doctrina del fuego eterno?
- Es una imagen, como tantas otras, tomada por realidad.

974 a. Pero, el temor que suscita, ¿no puede tener un buen resultado?
- Ved si tal doctrina refrena a muchos, incluso entre quienes la predican. Si enseñáis cosas que más tarde rechazará la razón, causaréis una impresión que no será duradera ni saludable.

El hombre, impotente para traducir, sirviéndose de su lenguaje, la índole de tales sufrimientos, no ha encontrado comparación más vigorosa que la del fuego, porque para él el fuego es el tipo de suplicio más cruel y el símbolo de la acción más enérgica. De ahí que la creencia en el fuego eterno se remonte a la más remota antigüedad y los pueblos modernos la hayan heredado de los antiguos. De ahí, también, que en su lenguaje figurado se refiera al "fuego de las pasiones, arder de amor, de celos", etcétera.

975. ¿Comprenden los Espíritus inferiores la dicha del justo?

- Sí, y es precisamente lo que les atormenta. Porque comprenden que por su propia culpa están privados de ella. De ahí que el Espíritu desprendido de la materia aspire después a una nueva existencia corpórea, porque cada vida, *si es bien empleada*, puede acortar la duración de ese suplicio. Entonces escoge las pruebas mediante las cuales podrá expiar sus faltas. Porque, sabedlo bien, el Espíritu sufre a causa de todo el mal que ha hecho o del que fue causante voluntario, así como por todo el bien que hubiera podido realizar y no hizo, *y todo el mal que resulta del bien que no ha hecho.*

El Espíritu errante no tiene ya el velo de la materia. *Está como si hubiera salido de en medio de la niebla* y ve lo que le aleja de la felicidad. Entonces padece más, porque comprende cuán culpable ha sido. Para él *no existe ya ilusión*: ve la realidad de las cosas.

El Espíritu en estado errante abarca, por un lado, todas sus pasadas existencias; ve, por el otro, el porvenir prometido, y comprende lo que le falta para alcanzarlo. Así como un viajero que, llegado a la cumbre de una montaña, contempla la ruta que ha hecho y la que le falta recorrer para alcanzar su destino.

976. El hecho de ver a los Espíritus que sufren ¿no es para los Espíritus buenos un motivo de aflicción? Y en tal caso, ¿qué ocurre con su felicidad, si es turbada por ello?

- No se trata en modo alguno de aflicción, pues saben que el mal tendrá un fin. Ayudan a los otros a mejorarse y les tienden la mano. Ésa es precisamente su ocupación, y constituye para ellos un placer cuando tienen buen éxito.

976 a. Eso se concibe por parte de Espíritus extraños o indiferentes. Pero la vista de las penalidades y padecimientos de aquellos a quienes amaron en la Tierra ¿no perturba su felicidad?

- Si no vieran esos sufrimientos sería por considerarlos extraños después de la muerte. Ahora bien, la religión os enseña que las almas están viéndoos. Mas sucede que ellas consideran vuestras aflicciones desde otro punto de vista. Saben que esos dolores son útiles para vuestro adelanto, si sois capaces de resistirlos con resignación. Se afligen, pues, más por la falta de valor que os retrasa, que por los sufrimientos en sí, pues éstos sólo son pasajeros.

977. Puesto que los Espíritus no pueden ocultarse recíprocamente sus pensamientos, y visto también que todos los actos de la vida les

son conocidos, ¿se podrá deducir de ello que el culpable está perpetuamente en presencia de su víctima?

- El buen sentido dice que ello no puede ser de otra manera.

977 a. Esa divulgación de todos sus actos censurables, y la perpetua presencia de los que han sido sus víctimas, ¿constituyen un castigo para el culpable?

- Mayor de lo que se piensa, pero tan sólo hasta que haya expiado sus faltas, ya sea en su condición de Espíritu, o bien como hombre, en nuevas existencias corporales.

Cuando estemos nosotros mismos en el Mundo de los Espíritus, puesto que todo nuestro pasado se hallará a la vista, el bien y el mal que hayamos hecho serán igualmente conocidos. Es en balde que quien haya cometido el mal intente escapar a la vista de sus víctimas. Su inevitable presencia será para él un castigo y un remordimiento incesante, hasta que haya expiado sus yerros, mientras el hombre de bien, por el contrario, sólo encontrará por doquier miradas amistosas y benévolas.

Para el malvado no hay en la Tierra mayor tormento que la presencia de sus víctimas. De ahí que sin cesar las evite. ¿Cómo será cuando, disipada ya la ilusión de las pasiones, comprenda el mal que hizo, vea develados sus más secretos actos, desenmascarada su hipocresía, y no pueda evitar el verlas? En tanto que el alma del hombre perverso es presa de la vergüenza, el pesar y el remordimiento, la del justo disfruta de perfecta serenidad.

978. El recuerdo de las faltas que el alma ha podido cometer cuando era aún imperfecta, ¿no perturba su felicidad, incluso después que se ha depurado?

- No, por cuanto ha rescatado sus culpas y salió triunfante de las pruebas a que se había sometido *con ese fin.*

979. Las pruebas que le resta sufrir para completar la purificación ¿no causan al alma una aprensión penosa que perturba su dicha?

- Para el alma que está todavía mancillada, sí. Por eso no podrá gozar de una felicidad perfecta sino cuando sea del todo pura. Pero, para aquella otra que ya se ha elevado, el pensamiento de las pruebas que le quedan por pasar no tiene nada de afligente.

El alma que alcanzó cierto grado de pureza goza ya de la dicha. Un sentimiento de dulce satisfacción la embarga. Es feliz con todo lo que ve y con cuanto la rodea. Ante ella se alza el velo sobre los misterios y las maravillas de la Creación, y las divinas perfecciones se le aparecen en todo su esplendor.

980. El lazo de simpatía que une a los Espíritus de un mismo orden ¿es para ellos una fuente de ventura?

- La unión de los Espíritus que simpatizan *en pro del bien* constituye para ellos uno de los goces mayores, pues no temen que esa unión pueda ser perturbada por el egoísmo. En el mundo enteramente espiritual forman familias de iguales sentimientos, y en esto consiste la dicha espiritual, así como en tu mundo os agrupáis[128] por categorías y experimentáis cierto placer al hallaros reunidos. El puro y sincero afecto que ellos experimentan y de que son objeto constituye una fuente de dicha, porque allá no hay falsos amigos ni hipócritas.

El hombre saborea en la Tierra las primicias de esa felicidad cuando encuentra almas con las cuales puede identificarse en una unión pura y santa. En una vida más depurada, ese goce será inefable e ilimitado, porque sólo hallaremos almas simpáticas, que el egoísmo no entibie, **ya que todo es amor en la Naturaleza y es el egoísmo el que lo mata.**

981. En el futuro estado del Espíritu, ¿hay alguna diferencia entre aquel que en vida teme a la muerte y el que la ve con indiferencia y hasta desea con alegría?

- Tal diferencia puede ser muy grande. No obstante, se borra muchas veces ante las causas que inspiran ese temor o ese deseo. Ora se la tema, ora se la anhele, se puede ser movido por sentimientos muy diversos, y esos sentimientos son los que influyen en el estado futuro del Espíritu. Es evidente, por ejemplo, que en aquel que anhela la muerte sólo porque ve en ella el término de sus tribulaciones, es una especie de protesta contra la Providencia y contra las pruebas que debe sufrir.

---

[128] Recordamos al lector que – como lo hizo notar J. H. Pires en un comentario anterior- los cambios de persona gramatical en muchos pasajes de la obra obedecen a que el interrogado contesta a veces en forma personal al que ha formulado la pregunta, y acto seguido pasa a referirse a todos los presentes o al género humano entero. Tales cambios no han de achacarse, pues, a errores de redacción. [*N. del T. al cast.*]

982. ¿Es preciso hacer profesión de fe espiritista y creer en las manifestaciones para asegurarnos nuestra suerte en la vida futura?

- Si así fuera, se podría colegir de ello que todos los que no creen en el Espiritismo o no han estado en situación de instruirse a su respecto quedan desheredados, lo cual sería absurdo. El bien es el que nos asegura nuestra suerte venidera. Y el bien es siempre tal, sea cual fuere el camino que hasta él conduzca. (Ver párrafos 165 y 799).

La creencia en el Espiritismo ayuda a mejorarse, fijando las ideas acerca de ciertos puntos relativos al porvenir. Acelera el progreso de los individuos tanto como el de las masas, porque permite al hombre darse cuenta de lo que será él algún día. Es un punto de apoyo y una luz que nos guía. El Espiritismo enseña a afrontar las pruebas con paciencia y resignación. Nos aparta de aquellas acciones que puedan retrasar nuestra felicidad venidera. Y de ese modo contribuye a tal dicha, pero no se ha afirmado que sin él no se pueda alcanzarla igualmente.

V.- Penas temporales

983. El Espíritu que expía sus faltas en una nueva existencia ¿no experimenta sufrimientos materiales? En tal caso ¿es exacto decir que después de la muerte el alma sólo tiene padecimientos morales?

- Bien es verdad que cuando el alma ha reencarnado las adversidades de la vida constituyen para ella un sufrimiento. Pero sólo el cuerpo padece en forma material.

A menudo decís, del que ha muerto, que ya no ha de sufrir más, y esto no siempre es cierto. En cuanto Espíritu, no experimenta dolores físicos; pero, según las faltas que haya cometido, puede que tenga dolores morales más amargos, y acaso en otra nueva existencia sea aún más infortunado. El que fue un mal rico pedirá entonces limosna y deberá arrostrar todas las privaciones que la miseria trae consigo, así como el que ha sido orgulloso habrá de sufrir todas las humillaciones. El que abusó de la autoridad que tenía y trataba a sus subordinados con menosprecio y dureza, se verá forzado a obedecer a un amo más duro de lo que él mismo fue. Todas las penalidades y tribulaciones de la vida son la expiación de las culpas cometidas en una existencia anterior, cuando no constituyen las consecuencias de las faltas en que se ha incurrido en la vida actual. Cuando hayáis salido de aquí lo comprenderéis. (Ver parágrafos 273, 393 y 399).

El hombre que se considera venturoso en la Tierra porque puede satisfacer sus pasiones, es el que realiza menos esfuerzos por mejorarse. Muchas veces expía, ya en esta vida misma, esa felicidad efímera, pero es indudable que la expiará también en otra existencia enteramente material.

984. Las vicisitudes de la vida ¿son siempre la punición de las culpas actuales?

- No. Lo hemos dicho ya: se trata de pruebas impuestas por Dios[129] o elegidas por vosotros mismos cuando os hallabais en estado de Espíritu, antes de vuestra reencarnación, con el objetivo de reparar las faltas cometidas en una existencia precedente. Porque jamás queda impune una infracción a las leyes de Dios, y en especial a la ley de justicia. Si no se la paga en esta vida se habrá de hacerlo por fuerza en otra. Por eso, aquel que en vuestro concepto es un hombre justo, se ve castigado muchas veces a causa de su pasado. (Véase parágrafo 393).

985. La reencarnación del alma en un mundo menos grosero que éste ¿constituye una recompensa?

- Es el resultado de su depuración. Porque a medida que los Espíritus se van purificando, reencarnan en mundos cada vez más perfectos, hasta que se hayan despojado de toda clase de materia y lavado de todas sus manchas, para gozar eternamente de la felicidad de los Espíritus puros en el seno de Dios.[130]

En los mundos en que la existencia es menos material que en la Tierra, las necesidades no son tan groseras y todos los sufrimientos físicos resultan menos vivos. No conocen ya los hombres las pasiones viles que en los mundos inferiores los tornan enemigos los unos de los otros. No teniendo motivo alguno de odio ni de envidia, viven en mutua paz, por cuanto practican la ley de justicia, amor y caridad. No conocen los aborrecimientos y cuidados que nacen de la envidia, el orgullo y el egoísmo y que constituyen el tormento de nuestra existencia terrenal. (Véase los parágrafos 172 y 182).

---

[129] "Dios impone, premia, castiga, etc.", sólo son figuras alegóricas, no es que Dios en persona haga o deshaga, Él tiene sus leyes, y toda acción tiene su reacción. [*N. del copista*]

[130] Ver cuestión 969. [*N. del copista*]

986. El Espíritu que ha progresado en su existencia terrena ¿podrá en ocasiones reencarnar en este mismo mundo?

- Sí, si no le fue posible llevar a cabo su misión, y él mismo puede pedir completarla en una nueva existencia. Pero entonces no es ya para él una expiación. (Ver párrafo 173).

987. ¿Qué sucede al hombre que, sin hacer el mal, no realiza esfuerzo alguno para desembarazarse del influjo de la materia?

- Puesto que no ha dado ningún paso hacia la perfección, debe recomenzar en una existencia de igual índole que la que ha dejado. Permanece estacionario y de este modo puede prolongar los padecimientos de la expiación.

988. Hay personas cuya vida transcurre en una calma perfecta y que, por no tener necesidad de hacer nada por sí mismas, están exentas de preocupaciones. Esa vida dichosa ¿es prueba de que no tienen nada que expiar de una existencia anterior?

- ¿Conoces muchas en esas condiciones? Si crees que sí estás engañándote. Con frecuencia esa calma sólo es aparente. Puede que hayan escogido esta vida, pero cuando la dejen percibirán que no les ha servido en modo alguno para adelantar. Y entonces, igual que los holgazanes, lamentarán el tiempo perdido. Sabed bien que el Espíritu sólo mediante la actividad puede adquirir conocimientos y elevarse. Si se duerme en la indolencia, no progresa. Se asemeja a aquel que tiene necesidad (conforme a vuestros usos) de trabajar, y que en cambio se va de paseo o se mete en la cama, y esto con el propósito de no hacer nada. *Sabed bien, además, que cada cual tendrá que rendir cuentas de la inutilidad voluntaria de su existencia. Y esa inutilidad resulta siempre fatal para la dicha venidera.* La suma de la felicidad futura está en razón de la suma del bien que se haya realizado. Y el total de la desventura, en razón del total del mal y de los desdichados que se hayan hecho.

989. Existen personas que, sin ser positivamente malvadas, hacen desgraciados a todos aquellos que las rodean, a causa de su mal carácter. ¿Qué consecuencia les acarrea esto?

- Con toda seguridad que esas personas no son buenas, y lo expiarán delante de aquellos a quienes hicieron desdichados. Será para ellas como un reproche. Además, en una existencia ulterior padecerán lo que han hecho sufrir.

VI.- Expiación y arrepentimiento

990. El arrepentimiento ¿tiene lugar en el estado corporal o en el espiritual?

- En este último. Pero puede también sobrevenir en el estado corpóreo, cuando comprendéis bien la diferencia existente entre el bien y el mal.

991. ¿Qué consecuencia tiene el arrepentimiento en el estado espiritual?

- El deseo de una nueva encarnación con el objeto de purificarse. El Espíritu comprende las imperfecciones que lo privan de la dicha, de ahí que aspire a una nueva vida, en la que podrá reparar sus faltas. (Véanse los parágrafos 332 y 975).

992. Y ¿qué resultado reporta el arrepentimiento en el estado corporal?

- Adelantar, *ya en la vida presente,* si se tiene tiempo de rescatar culpas. Cuando la conciencia formula un reproche y muestra una imperfección, puede siempre mejorarse.

993. ¿No hay seres humanos que sólo poseen el instinto del mal y son inaccesibles al arrepentimiento?

- Te dije que se debe progresar sin tregua. El que en la presente existencia no tiene más que el instinto del mal, poseerá el del bien en una vida futura, *y por esto precisamente renace muchas veces.* Porque es menester que todos adelanten y alcancen la meta; sólo que unos lo harán en más corto lapso, otros, en cambio, en un período más prolongado, conforme a sus deseos. El que sólo posee el instinto del bien ya está depurado, pues ha podido tener el del mal en una existencia anterior. (Ver párrafo 894).

994. El hombre perverso, que no ha reconocido de ninguna manera sus faltas en el transcurso de su vida ¿las admite siempre después de su muerte?

- Sí, siempre las reconoce, y entonces sufre más porque *siente todo el mal que ha hecho* o del que ha sido causante voluntario. Sin embargo, no en todos los casos el arrepentimiento es inmediato. Hay Espíritus que se empecinan en seguir el falso camino a despecho de sus sufrimientos. Pero, tarde o temprano admitirán haber tomado por una ruta equivocada, y sobrevendrá en ellos el arrepentimiento. Para iluminarlos trabajan los buenos Espíritus, y también podéis hacerlo vosotros mismos.

995. ¿Existen Espíritus que, sin ser malos, sean indiferentes en lo que toca a su suerte?

- Espíritus hay que no se ocupan en nada útil. Permanecen a la expectativa. Pero padecen, en tal caso, en forma proporcional. Y como quiera que en todo debe operarse un progreso, éste es impulsado en ellos por medio del dolor.

995 a. ¿No experimentan el deseo de acortar sus sufrimientos?

- Sí, sin lugar a dudas, pero no poseen energía bastante para querer aquello que podría aliviarlos. ¿Cuántas personas tenéis, entre vosotros, que prefieren morir en la miseria antes que trabajar?

996. Puesto que los Espíritus ven el mal que resulta para ellos de sus imperfecciones ¿cómo se explica que haya entre ellos quienes agraven su situación y prolonguen su estado de inferioridad cometiendo el mal mientras son Espíritus desencarnados, y apartando a los hombres del camino recto?

- Los que así se comportan son aquellos cuyo arrepentimiento es tardío. El Espíritu arrepentido puede más tarde dejarse arrastrar de nuevo a la senda del mal por otros Espíritus todavía más atrasados que él. (Ver párrafo 971).

997. Vemos que ciertos Espíritus, cuya inferioridad es notoria, son accesibles a los buenos sentimientos y se conmueven por las plegarias que se hacen en su beneficio. ¿Cómo explicar, entonces, que otros Espíritus, que debiéramos suponer más esclarecidos, manifiesten un empedernimiento y un cinismo a toda prueba?

- La oración sólo produce efecto cuando se pronuncia en favor del Espíritu que se ha arrepentido. Aquellos otros que, impulsados por el orgullo, se sublevan contra Dios y persisten en sus extravíos, exagerándolos incluso, como algunos Espíritus desventurados lo hacen, ningún beneficio obtienen con la plegaria, y no lo tendrán hasta el día en que un atisbo de arrepentimiento se haya manifestado en ellos. (Véase el parágrafo 664).

No debemos echar al olvido que el Espíritu, después de la muerte del cuerpo, no se transforma de súbito. Si su vida ha sido censurable, ello se debe a que era imperfecto, y la muerte no lo torna perfecto en forma inmediata. Puede persistir en sus yerros, en sus falsas opiniones, en sus prejuicios, hasta que se haya esclarecido mediante el estudio, la reflexión y el dolor.

998. La expiación ¿se cumple en el estado corporal, o en el de Espíritu?

- Se cumple durante la existencia corpórea por medio de las pruebas a que se ha sometido el Espíritu, y en la vida espiritual, por los padecimientos morales propios de su estado de inferioridad.

999. El arrepentimiento sincero en el curso de la vida ¿es suficiente para borrar las culpas y obtener la gracia de Dios?

- El arrepentimiento ayuda al Espíritu a mejorarse, pero el pasado debe ser expiado.

999 a. Según esto, si un criminal argumenta que, visto que de cualquier modo debe expiar su pasado no necesita arrepentirse, ¿qué resultaría de ello para él?

- Si se endurece en la idea del mal, su expiación será prolongada y penosa.

1000. ¿Podemos, ya en la vida presente, rescatar nuestras culpas?

- Sí, reparándolas. Pero no creáis que las rescataréis tan sólo con unas pocas privaciones pueriles o legando a los demás vuestros bienes, para después de vuestra desencarnación, cuando ellos no los necesitéis. Dios no toma en cuenta en manera alguna un arrepentimiento estéril, siempre fácil y que no cuesta otro esfuerzo que el de golpearse el pecho. Perder el dedo meñique mientras se presta un servicio borra más culpas que el tormento del cilicio sufrido a lo largo de los años, sin otro objetivo que el *bien de sí mismo.* (Ver párrafo 726).

El mal sólo es rescatado por el bien, y la reparación no reviste ningún mérito si no afecta al hombre *ni en su orgullo ni en sus intereses materiales.*

¿De qué le vale, para su justificación, el restituir después de su muerte los bienes mal habidos, cuando ya le son inútiles y les ha sacado provecho?

¿De qué le vale privarse de algunos placeres fútiles y unas pocas cosas superfluas, si la injusticia que ha cometido contra otros sigue siendo la misma?

¿De qué le vale, por último, humillarse ante Dios si sigue siendo orgulloso ante los hombres? (Véanse los parágrafos 720 y 721).

1001. ¿No hay ningún mérito en asegurarnos de que, después de nuestra muerte, los bienes que hayamos dejado tengan un destino útil?

- "Ningún mérito" no constituye la expresión exacta. Siempre es mejor proceder así que no hacer nada al respecto. Pero la desgracia estriba en que, aquel que sólo da al morir, con frecuencia es más egoísta que generoso. Quiere tener el honor de haber hecho bien, sin tomarse el trabajo necesario para ello. En cambio, quien se prive en vida tiene un doble beneficio: el mérito de haberse sacrificado y el placer de ver a los que son felices merced a él. Mas el egoísmo, presente siempre, le dice: "Lo que das es otro tanto que quitas a tus goces". Y como el egoísmo grita con más fuerza que el desinterés y la caridad, el hombre se guarda para sí sus bienes con el pretexto de que ha de proveer a sus necesidades y a las existencias propias de su posición. ¡Ah!, ¡deplorad a aquel que no conoce el placer de dar! Porque en verdad ha sido desheredado de uno de los más puros y dulces deleites que existan. Al someterlo Dios a la prueba de la fortuna, tan resbaladiza y peligrosa para su porvenir, ha querido otorgarle a título de compensación la dicha de la generosidad, de la que puede disfrutar ya en la Tierra. (Ver párrafo 814).

1002. ¿Qué debe hacer aquel que, *in articulo mortis*[131], reconoce sus culpas pero no tiene tiempo de repararlas? En tal caso, ¿basta con que se arrepienta?

- El arrepentimiento acelera su rehabilitación, pero no lo absuelve. ¿No tiene ante él lo por venir, que no le es cerrado jamás?

VII.- Duración de las penas futuras

1003. La duración de los sufrimientos del culpable en la vida futura ¿es arbitraria o está subordinada a alguna ley?

- Jamás obra Dios por capricho, y todo en el Universo está regido por leyes en las que se ponen de relieve su sabiduría y su bondad.

1004. ¿En qué se funda la duración de los padecimientos del culpable?

- En el tiempo preciso para su mejoramiento. Visto que el estado de dolor, así como el de felicidad, son proporcionales al grado de depuración del Espíritu, la duración y la índole de sus sufri-

[131] "In articulo mortis", locución latina que significa "antes de morir". [*N. del copista*]

mientos depende del tiempo que le ha llevado mejorarse. A medida que progresa y conforme se van purificando sus sentimientos, sus padecimientos disminuyen y cambian de naturaleza.

SAN LUIS.

1005. Para el Espíritu sufriente ¿el tiempo transcurre en la misma medida que en su estado de encarnación?

- Más bien le parece más prolongado. El sueño no existe para él. Sólo para los Espíritus llegados a cierto grado de depuración el tiempo se esfuma, si así vale decirlo, ante lo infinito. (Ver párrafo 240).

1006. ¿Podrá ser eterna la duración de los sufrimientos del Espíritu?

- A no dudarlo, si fuera eternamente malo, esto es, si no hubiera de arrepentirse jamás ni de mejorar, entonces sí sufriría por toda la eternidad. Pero Dios no creó Seres que estuviesen perpetuamente destinados al mal. Sólo los ha creado simples e ignorantes, y todos deben progresar en un lapso más o menos prolongado, con arreglo a su voluntad. La voluntad puede ser más o menos tardía, así como hay niños que son más precoces que otros, mas tarde o temprano llega por la necesidad irresistible que experimenta el Espíritu de salir de su estado de inferioridad y ser feliz. La ley que rige la duración de las penas es, pues, eminentemente sabia y benévola, puesto que subordina dicha duración a los esfuerzos que realice el Espíritu. No le quita jamás su libre albedrío. Si lo emplea mal, sufre las consecuencias de ello.

SAN LUIS.

1007. ¿Hay Espíritus que no se arrepientan jamás?

- Los hay cuyo arrepentimiento es muy tardío. Pero pretender que nunca mejorarán equivaldría a negar la ley del progreso y decir que el niño no puede llegar a ser adulto.

SAN LUIS.

1008. La duración de las penas ¿depende siempre de la voluntad del Espíritu? ¿No hay entre ellas algunas que le sean impuestas por un tiempo determinado?

- Sí, pueden serle impuestas ciertas penas por un lapso establecido, pero Dios, que sólo quiere el bien de sus criaturas, acoge siempre el arrepentimiento, y el deseo de mejorarse nunca es estéril.

SAN LUIS.

1009. Según esto, ¿las penas impuestas jamás serían eternas?

- Interrogad a vuestro buen sentido, a vuestra razón, y preguntaos si una condena a perpetuidad, por algunos momentos de error, no sería la negación de la bondad de Dios. ¿Qué es, en efecto, la duración de la vida – aun cuando llegase a los cien años- respecto de la eternidad? ¡Eternidad! ¿Comprendéis cabalmente esta palabra? ¡Sufrimientos, torturas sin término ni esperanza, tan sólo porque se han cometido algunas faltas! ¿No rechaza vuestro juicio semejante idea? Que los antiguos hayan visto en el Señor del Universo a un dios terrible, celoso y vengativo, se concibe. En su ignorancia, atribuían a la divinidad las pasiones humanas. Pero no es ese el Dios de los cristianos, que coloca el amor y la caridad, la misericordia y el olvido de las ofensas en la categoría de las virtudes principales. ¿Podría Él mismo carecer de las cualidades que establece como obligatorias para el hombre? ¿No hay contradicción en atribuirle bondad infinita e infinita venganza? Afirmáis que ante todo Él es justo y que el hombre no comprende su justicia, pero ésta no excluye a la bondad, y no sería bueno Dios si condenara a penas horribles y perpetuas a la mayor parte de sus criaturas. ¿Podría imponer a sus hijos el que sean justos, si no les concede los medios de comprender la justicia? Por lo demás, lo sublime de la justicia, unida a la bondad, ¿no reside acaso en el hecho de hacer que la duración de las penas dependa de los esfuerzos del culpable por mejorarse? En ello está la verdad de estas palabras: “A cada uno según sus obras”.

SAN AGUSTÍN.

Dedicaos con todos los medios de que dispongáis a combatir y a aniquilar la idea de la eternidad de las penas, pensamiento blasfemo para con la justicia y la bondad de Dios, y la más fecunda fuente de incredulidad, del materialismo y la indiferencia que han invadido a las masas desde que comenzó a desarrollarse su intelecto. El Espíritu que se halle próximo a esclarecerse, aunque no lo esté aún, comprende pronto la monstruosa injusticia que esa idea implica. Su razón la rechaza, y rara vez deja entonces de confundir en una misma condena a las penas que lo sublevan y al dios que se atribuye. De ahí

emanan los males innúmeros que se han desplomado sobre vosotros y a los cuales acabamos de traer el remedio. La tarea que os señalamos os resultará tanto más fácil cuanto que las autoridades sobre las cuales se apoyan los defensores de esa creencia han evitado –todas- pronunciarse de manera formal. Ni los Concilios, ni los Padres de la Iglesia han decidido sobre tan grave cuestión. Si, según los autores de los Evangelios, e interpretando al pie de la letra las palabras simbólicas de Cristo, Él amenazó a los culpables con un fuego inextinguible y eterno, no hay absolutamente nada en sus expresiones que pruebe que los haya condenado *eternamente.*[132]

Pobres ovejas descarriadas, sabed que el Buen Pastor se os acerca, y que muy al contrario de querer desterraros por siempre de su presencia, acude Él mismo a vuestro encuentro para reconduciros al redil. Hijos pródigos, desistid de vuestro exilio voluntario. Encaminad vuestros pasos hacia la morada paterna. El Padre os tiende los brazos y está siempre dispuesto a regocijarse de vuestro retorno a la familia.

LAMENNAIS

¡Guerras de palabras! ¡Guerras de palabras! ¿No habéis hecho verter ya bastante sangre? ¿Es necesario todavía reavivar las hogueras? Se discute sobre palabras: "eternidad de las penas, eternidad de los castigos". ¿No sabéis, pues, que aquello que entendéis hoy por *eternidad* no lo entendían como vosotros los antiguos? Consulte el teólogo las fuentes, y como todos vosotros descubrirá que el texto hebreo no daba el mismo significado al vocablo que los griegos, latinos y modernos han traducido por "*penas sin fin, irremisibles".*[133] La eternidad de los castigos corresponde a la eternidad del mal. Sí, en tanto exista el mal entre los hombres subsistirán asimismo los castigos. En este sentido relativo hay que interpretar los textos sagrados. Así pues, la eternidad de las penas sólo es relativa y no absoluta. El día en que todos los hombres, por arrepentimiento, se revistan con la capa de la inocencia, no habrá

---

[132] "… Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles", se lee en el *Evangelio según San Mateo*, Cap. 25:41. Como se ve, Jesús habla de un fuego que es *eterno*, pero no dice que el diablo y sus ángeles deberán permanecer *eternamente* en ese fuego. [*N. del T. al cast.*]

[133] Teólogos católicos y protestantes confirman en la actualidad esta previsión. Léanse, de GIOVANNI PAPINI, *El Diablo* o de HARALDUR NIELSSON, *Mis experiencias personales sobre espiritualismo experimental*. Además, véase nuestra nota anterior sobre TEILHARD DE CHARDIN. [*N. de J. H. Pires*.]

más lloro ni crujir de dientes. Bien es cierto que vuestra razón humana es limitada, pero, tal como es constituye un presente de Dios, y con ayuda de la razón no hay un solo hombre de buena fe que comprenda de otro modo la eternidad de los castigos. ¡Eternidad de los castigos! ¡Cómo! ¡Habría que admitir, entonces, que el mal sea eterno! Sólo Dios es eterno, y no ha podido crear eterno al mal, porque en tal caso habría que despojarlo del más eximio de sus atributos: su Poder Soberano, pues no será soberanamente poderoso quien pueda crear un elemento destructor de sus obras. ¡Humanidad, humanidad!, no sumerjas más tu sombría mirada en los hondones de la tierra para buscar allí los castigos. Llora, aguarda, expía, y refúgiate en la idea de un Dios infinitamente Bueno, absolutamente Poderoso y esencialmente Justo.

PLATÓN

Tender hacia la unidad divina, tal es la meta de la humanidad. Para alcanzarla son necesarias tres cosas, a saber: justicia, amor y conocimientos. Y tres cosas también son las que a ella se oponen: ignorancia, odio e injusticia. [134] Y bien, en verdad os digo que desvirtuáis esos principios fundamentales al comprometer la idea de Dios exagerando su severidad. Y la comprometéis por partida doble al permitir que penetre en el Espíritu de la criatura el pensamiento de que ella posee más clemencia, mansedumbre, amor y auténtica justicia que los que atribuís al Ser Infinito. Incluso destruís la idea de infierno tornándola ridícula e inadmisible para vuestras creencias, como lo es para vuestros corazones el aborrecible espectáculo de los verdugos, las hogueras y los tormentos del medioevo. ¿Cómo? ¿Cuándo la era de las ciegas represalias ha sido desterrada por siempre de las legislaciones humanas esperáis seguir manteniéndola idealmente? ¡Oh! Creedme, hermanos en Dios y en Jesucristo, creedme, o resignaos a dejar perecer entre vuestras manos todos vuestros dogmas antes que permitir que sean modificados; o bien, en caso contrario, revivificadlos tornándolos accesibles a los bienhechores efluvios que los buenos esparcen sobre ellos en estos

[134] Este fragmento de la comunicación de Pablo recuerda las tríadas druídicas sobre las cuales hay un interesante estudio de Kardec en la *Revista Espírita*, publicado en separata en el folleto *Espiritismo: antigüedad, evolución y propagación*, por el Club de Periodistas Espíritas, de Sao Paulo. Véase, además, el libro de LEÓN DENIS *El Genio Céltico y el Mundo Invisible*, editado por Jean Meyer en París, 1927. [*N. de J. H. Pires*.] Del libro de LEÓN DENIS citado en último término hay versión castellana, con el sello de Editorial Víctor Hugo, de Buenos Aires, 1958. [*N. del T. al cast*.]

momentos. La idea del infierno con sus hornos ardientes, con sus calderas hirviendo puede ser tolerada, vale decir, podrá ser perdonable en un siglo de hierro, pero en el siglo diecinueve no es ya sino un fantasma vano, apropiado, cuanto más, a llenar de pavor a los pequeñitos, y en el que esos mismos niños dejan de creer cuando se hacen mayores. Al persistir en esa mitología aterradora engendráis la incredulidad, madre de toda desorganización social. Porque tiemblo al ver todo un orden social quebrantado y que se desploma sobre sus bases, carentes de sanción penal. Hombres de fe ardorosa y viva, vanguardia del día de la luz, ¡manos a la obra, pues! No para seguir manteniendo fábulas envejecidas y de aquí en adelante desacreditadas, sino para reavivar, revivificar con vuestras costumbres y sentimientos y con las luces de vuestra época.

¿Quién es, en efecto, el culpable? Aquel que por una desviación, por un falso impulso del alma se aleja del objetivo de la Creación, que consiste en el armonioso culto de lo Bello y del Bien, idealizados por el arquetipo humano, por el Enviado de Dios, por Jesucristo.

Y ¿cuál es el castigo? La natural consecuencia derivada de ese falso impulso: una suma de dolores necesarios para que se hastíe de su deformidad mediante la experimentación del sufrimiento. El castigo es el aguijón que excita al alma, por medio de la amargura, para que se repliegue en sí misma y retorne a la senda de la salvación. El objeto que se propone el castigo no es otro que el rehabilitamiento, la liberación del esclavo. Pretender que ese castigo sea eterno, por una falta que no ha sido eterna, equivale a negarle toda razón de ser.

¡Oh! En verdad os digo, cesad, cesad de establecer un paralelo –en su eternidad- entre el Bien, esencia del Creador, y el Mal, esencia de la criatura. Sería crear con ello una penalidad injustificable. Antes por el contrario, afirmad la extinción gradual de los castigos y de las penas mediante las transmigraciones, y entonces consagraréis, con la razón unida al sentimiento, la unidad divina.

PABLO, APÓSTOL

Se quiere incitar al hombre al bien y desviarlo del mal con el cebo de las recompensas y el temor de los castigos. Pero, si tales castigos son presentados de modo que la razón se rehúse a

creer en ellos, no tendrán sobre el ser humano ninguna influencia. Muy al revés de esto, él lo rechazará todo: la forma y el fondo. Preséntesele, por el contrario, el porvenir de una manera lógica, y entonces lo aceptará. El Espiritismo le provee esa explicación.

La doctrina de la eternidad de las penas, en su sentido absoluto, hace del Ser Supremo un dios implacable. ¿Sería lógico decir de una monarca que es muy bueno, muy benévolo o indulgente, que sólo quiere la ventura de aquellos que le rodean, pero que al mismo tiempo es celoso, vengativo, inflexible en su rigor, y que castiga con el peor de los suplicios a las tres cuartas partes de sus súbditos por una ofensa o una infracción a sus leyes, incluso a aquellos que las han transgredido porque no las conocían? ¿No entrañaría esto una contradicción? Ahora bien, ¿puede Dios ser menos bueno que lo que es capaz de serle un hombre?

Y aquí se presenta otra contradicción: Visto que Dios todo lo sabe, conocía entonces, al crear a un alma, que ella fracasaría. En tal caso esa alma ha sido, desde su formación, destinada a la infelicidad eterna. ¿Es esto posible y racional? En cambio, con la doctrina de la relatividad de las penas todo se justifica. Dios sabía sin duda, que aquella alma fallaría, pero le dio los medios de esclarecerse por su propia experiencia, por sus mismas faltas. Es menester que expíe sus errores para estar mejor afirmada en el bien, pero la puerta de la esperanza no se el cierra jamás, y Dios hace que el instante de su liberación dependa de los esfuerzos que ella realice para alcanzarla. He aquí, pues, algo que todo el mundo puede comprender, algo que la lógica más minuciosa está en condiciones de admitir. Si las penas futuras hubieran sido presentadas desde este ángulo habría muchos menos escépticos.

La palabra eterno **se emplea muchas veces, en el lenguaje vulgar, en sentido figurado, para designar una cosa que es de larga duración y cuyo fin no se prevé, aunque se sepa muy bien que ese fin existe. Decimos, por ejemplo, los "hielos eternos" de las altas montañas, o de los polos, aunque sepamos, por una parte, que el estado de esas regiones pudiera modificarse a causa de una desviación normal del eje de la Tierra o debido a un cataclismo. El adjetivo** eterno**, en este caso, no quiere, pues, significar, "perpetuo hasta lo infinito". Cuando padecemos una**

prolongada dolencia decimos que nuestro mal es eterno. ¿Qué tiene de extraño, entonces, que Espíritus que vienen sufriendo desde hace años, centurias, milenios incluso, manifiesten otro tanto? Sobre todo, no olvidemos que, puesto que su inferioridad no les permite ver el otro extremo de la ruta que están recorriendo, creen sufrir siempre, y esto representa para ellos una punición.

Por lo demás, la doctrina del fuego material, de los hornos y de los tormentos tomados del mito pagano del Tártaro, ha sido en la actualidad completamente abandonada por la alta teología y sólo en las escuelas esos aterradores cuadros alegóricos son ofrecidos todavía como verdades positivas por unos pocos hombres más celosos que iluminados, y esto sin razón alguna, porque esas imaginaciones jóvenes, una vez que hayan vuelto en sí de su espanto, podrán pasar a engrosar el número de los incrédulos. La teología reconoce hoy que el vocablo fuego se utiliza en un sentido figurado y debe entenderse como un fuego moral (ver párrafo 974). Aquellos que, como nosotros, han seguido las peripecias de la vida y sufrimientos de ultratumba por medio de las comunicaciones espíritas han podido convencerse de que, por no tener esos padecimientos nada de material, no son ellos menos dolorosos. [135] **En los que toca a su duración, ciertos teólogos empiezan a admitirla en el sentido restrictivo que le hemos dado en párrafos anteriores y piensan que, en efecto, la voz** eterno **puede entenderse como refiriéndose a las penas en sí, en cuanto son consecuencias de una ley inmutable, y no respecto de su aplicación a cada individuo. El día en que la religión acepte esta interpretación, así como algunas otras que son igualmente el resultado del progreso de las luces, recobrará ella muchas ovejas descarriadas.**

VIII.- Resurrección de la carne

1010. El dogma de la resurrección de la carne ¿consagra al de la reencarnación que los Espíritus enseñan?

- ¿Cómo queréis que sea de otro modo? Sucede con estas palabras, como con tantas otras, que sólo parecen desprovistas de razón, a los ojos de ciertas personas, porque se las toma al pie de la

[135] Ver, en la *Revista Espírita*, las "Charlas familiares de ultratumba". [*N. de J. H. Pires*.]

letra, de ahí que conduzcan a la incredulidad. Pero dadles una interpretación lógica, y aquellos a quienes denomináis librepensadores las admitirán sin dificultad, precisamente porque entonces reflexionan. Pues no os engañéis: esos librepensadores sólo anhelan poder creer. Como los otros –y quizá más aún-, sienten sed de porvenir, pero no pueden admitir aquello que sea conceptuado falso por la ciencia. La doctrina de la pluralidad de vidas es conforme a la justicia de Dios. Sólo ella está en condiciones de explicar lo que, de no ser así, permanecería sin explicación. ¿Cómo querríais que su principio no residiera en la religión misma?

1010 a. De manera que la Iglesia, con el dogma de la resurrección de la carne ¿enseña también la doctrina de la reencarnación?

- Salta a la vista. Esa doctrina es, por lo demás, el resultado de muchas cosas que han pasado inadvertidas y que no se tardará en comprender en tal sentido. Muy pronto se reconocerá que el Espiritismo surge a cada paso en el texto de la Sagrada Escritura. De manera que los Espíritus no vienen a derribar la religión, como algunos pretenden. Antes al contrario, acuden a confirmarla, a sancionarla por medio de pruebas irrefutables. Pero, como han llegado los tiempos en que no se ha de utilizar más el lenguaje figurado, aquéllos se expresan sin alegorías y dan a las cosas un sentido claro y preciso que no pueda estar sujeto a ninguna falsa interpretación. Ved aquí por qué, dentro de poco, tendréis más personas sinceramente religiosas y creyentes que las que existen en la hora actual.[136]

SAN LUIS

En efecto, la ciencia demuestra la imposibilidad de la resurrección de la carne según la idea vulgar. Si los despojos mortales del cuerpo humano permanecieran homogéneos, aun cuando se hubieran dispersado y estuviesen reducidos a polvo, se concebiría incluso la posibilidad de que volviesen a reunirse en un lapso determinado. Pero de ningún modo acontecen así las cosas. El cuerpo se halla integrado por elementos diversos, a

[136] Estas respuestas de San Luis confirman la naturaleza religiosa del Espiritismo, que hace resaltar Kardec en el parágrafo VIII de la “Conclusión”, donde la Doctrina es presentada como un desarrollo histórico del Cristianismo. Algunos se extrañan de que el Espíritu emplee el título de “santo”, pero es palmario que lo utiliza como un medio de identificación. Por otra parte, y conforme enseña Kardec, los títulos terrenales no representan nada para los Espíritus superiores, quienes pueden hacer uso de ellos cuando se torne necesario, como en este caso. [*N. de J. H. Pires*.]

saber: oxígeno, hidrógeno, nitrógeno, carbono, etcétera. Por medio de la descomposición, tales elementos se dispersan, mas para servir a la formación de nuevos cuerpos, de manera tal que una misma molécula –de carbono, por ejemplo- ya habrá entrado en la composición de muchos miles de cuerpos diferentes (y no hablamos más de los cuerpos humanos, sin contar los de los animales); que tal individuo posee tal vez en su organismo moléculas que han pertenecido a los hombres de las primeras edades del mundo; que esas mismas moléculas orgánicas que absorbéis con vuestros alimentos proceden quizá del cuerpo de tal otra persona que habéis conocido, y así sucesivamente. Puesto que la materia existe en una cantidad definida y sus transformaciones, en cambio, se operan en cantidades ilimitadas, ¿cómo sería posible que cada uno de esos cuerpos pudiera reconstituirse con sus elementos originales? Hay en esto una imposibilidad material. No se puede, pues, aceptar racionalmente la resurrección de la carne, si no es como una imagen que simbolice el fenómeno de la reencarnación, en cuyo caso nada habrá en ello que choque a la razón, nada que contradiga los datos de la ciencia.

Bien es cierto que, según el dogma, esa resurrección sólo se operará en el final de los tiempos, mientras que, según la Doctrina Espírita, tiene lugar todos los días. Pero, ¿no hay también en ese cuadro del juicio final una grandiosa y bella imagen que oculta, bajo el velo de la alegoría, una de esas verdades inmutables que no hallará más escépticos cuando sea interpretada en su verdadero significado? Medítese la teoría espírita acerca del futuro de las almas y sobre su suerte venidera, de resultas de las diversas pruebas que deben sobrellevar, y se comprobará que, con excepción del detalle de la simultaneidad, el juicio que las condena o las absuelve no es de ningún modo una ficción, como los incrédulos piensan. Subrayemos inclusive que esa teoría constituye la consecuencia natural de la pluralidad de los mundos, hoy perfectamente admitida, en tanto que, conforme a la doctrina del juicio final, la Tierra es considerada el único mundo habitado. [137]

[137] La pluralidad de los mundos habitados se aceptaba como posible en tiempos de Kardec, del mismo modo que lo es hoy, aunque la ciencia no la acepte como una verdad comprobada. CAMILLE FLAMMARION publicó una gran obra sobre el tema, titulada *La pluralidad de los mundos habitados,* y en el prefacio de *Lo desconocido y los problemas psíquicos* declara, con su autoridad de astrónomo: “La inmortalidad a través de las

IX.- Paraíso, Infierno y Purgatorio

1011. ¿Se destina en el Universo un lugar circunscrito a las penas y goces de los Espíritus, según sus méritos?

- Ya hemos contestado a esa pregunta. Las penas y goces son inherentes al grado de perfeccionamiento de los Espíritus. Cada cual encuentra en sí mismo el principio de su propia ventura o infelicidad. Y como se hallan los Espíritus en todas partes, ningún sitio determinado ni cerrado se asigna a uno más que a otro. En cuanto a los Espíritus encarnados, son felices o infortunados en grado mayor o menor, según el mundo en que residan sea más o menos adelantado.

1011a. De acuerdo con esto, ¿el infierno y el Paraíso no existen, tal como el hombre se los representa?

- Se trata meramente de imágenes. Por dondequiera hay Espíritus dichosos y desventurados. Sin embargo, y como también dijimos, los Espíritus de un mismo orden se reúnen por simpatía. Pero cuando son perfectos pueden reunirse donde lo deseen.

La localización precisa de los lugares de penas y recompensas sólo existe en la imaginación del hombre. Proviene de la tendencia de éste a materializar y circunscribir **aquellas cosas cuya infinita esencia no puede comprender.**

1012. ¿Qué debemos entender por *Purgatorio?*

- Dolores físicos y morales: es el período de la expiación. Casi siempre en la Tierra os creáis vuestro purgatorio y hace Dios que expiéis vuestras culpas.

---

esferas siderales me parece el complemento lógico de la astronomía". – Los astrónomos actuales buscan obtener pruebas al respecto. [*N. de J. H. Pires*.]

En la hora presente, la antigua creencia de que la Tierra sea, en el incalculable Universo, el único planeta donde haya surgido vida inteligente es de todo punto obsoleta y está definitivamente perimida. Gran parte de la opinión científica moderna se inclina, hoy más que nunca, a admitir como sobremanera posible la pluralidad de mundos habitados, aun cuando –como bien lo manifiesta J. H. PIRES en la nota que se acaba de leer- no se hayan obtenido todavía pruebas concluyentes e irrecusables de que en la vastedad del Cosmos florezcan otras comunidades inteligentes además de la nuestra. Pero, conforme a los cálculos realizados por el profesor soviético AGREST, podría haber diez millones de sistemas planetarios en nuestra galaxia, lo que autoriza a suponer, con razonable fundamento, que existan en ella otros planetas habitados. Además, al examinarse con el microscopio las condritas carbonosas que caen del cielo como meteoritos, se han hallado microfósiles *diferentes* de todos los conocidos en la Tierra. [*N. del T. al cast*.]

Lo que el hombre llama Purgatorio **es asimismo una imagen por la cual se ha de entender no algún lugar determinado, sino el estado de los Espíritus imperfectos que se encuentran en expiación hasta obtener su purificación total, que debe elevarlos a la categoría de Espíritus bienaventurados. Puesto que tal purificación se opera en las diversas encarnaciones, el purgatorio consiste en las pruebas de la vida corporal.**

1013. ¿Cómo se explica que algunos Espíritus, que por su lenguaje revelaban superioridad, hayan respondido a personas muy serias, con respecto al infierno y el purgatorio, de acuerdo con la idea que comúnmente se tiene de ellos?

- Esos Espíritus hablan un lenguaje que sea comprendido por las personas que los interrogan. Cuando tales personas están demasiado imbuidas de ciertas ideas, aquéllos no quieren contrariarlas con excesiva brusquedad, para no ofender sus convicciones. Si un Espíritu dijera a un musulmán, sin adoptar ninguna precaución oratoria, que Mahoma no es un profeta, sería muy mal recibido.[138]

1013 a. Se concibe que pueda ser así por parte de Espíritus que quieran instruirnos, pero ¿qué explicación tiene el hecho de que ciertos Espíritus interrogados acerca de su situación hayan respondido que sufrían los tormentos del infierno o del purgatorio?

- Cuando son inferiores y no están del todo desmaterializados conservan parcialmente sus ideas terrenas y traducen sus impresiones con los términos que les son familiares. Se encuentran en un ambiente que sólo a medias les permite sondear el porvenir, y esta es la causa de que muchas veces algunos Espíritus errantes, o cuyo desprendimiento es muy reciente, hablen como lo hubieran hecho cuando se hallaban encarnados. El vocablo *infierno* puede traducirse como una vida de pruebas extremadamente penosas, con la *incertidumbre* de alcanzar una mejor; *purgatorio* es una existencia

---

[138] El hecho de ser mencionado Mahoma es aleatorio, ya que es para remarcar lo dicho sobre las creencias establecidas, que los Espíritus no violentan, importándoles más la constatación de la Ley universal de Amor, que en su esencia todas las religiones pregonan. Aquello que no obedezca y sea contradictorio con dicha ley, es una interpolación humana, y nada tiene que ver con los mensajes que los Espíritus elevados, han ido diseminando por los cuatro puntos del orbe y en todas las épocas a los llamados profetas, hoy médiums, cuyas revelaciones a la luz del Espiritismo son explicadas fehacientemente, haciéndolas más comprensibles a nuestro entendimiento, y pudiendo discernir lo "inspirado" de lo que pertenece al propio médium (animismo). Para mayor información sobre el tema véase la obra *Libro de los Médiums* de Allan Kardec. [*N. del copista*]

también de pruebas, pero con la conciencia de que se tendrá un futuro más dichoso. Cuando estás experimentando un gran dolor, ¿no te dices que sufres como un condenado? No son más que palabras, y siempre en un sentido figurado.

1014. ¿Qué se ha de entender por "un alma en pena"?

- Un alma errante y sufriente, incierta acerca de su porvenir y a la cual podéis procurar un alivio que a menudo pide al acudir a comunicarse con vosotros. (Ver párrafo 664).

1015. ¿En qué sentido se debe interpretar la palabra *cielo?*

- ¿Crees que sea un lugar, como los Campos Elíseos de los antiguos, donde todos los Espíritus buenos están amontonados, en promiscuidad, sin más preocupación que disfrutar durante la eternidad de una dicha pasiva? No. El cielo es el espacio universal, son las estrellas, los planetas y todos los mundos superiores donde los Espíritus gozan de la plenitud de sus facultades, sin padecer las adversidades de la vida material ni las congojas inherentes al estado de inferioridad.

1016. Ciertos Espíritus han declarado residir en el Cuarto Cielo, en el Quinto Cielo, etcétera. ¿Qué entendían ellos por eso?

- Vosotros les preguntáis en qué cielo viven porque tenéis la idea de que hay muchos cielos dispuestos como los pisos de una casa. Así pues, os contestan con vuestro propio lenguaje. Pero para ellos esas palabras, Cuarto o Quinto Cielo, expresan diversos grados de depuración y, por tanto, de felicidad. Sucede exactamente lo mismo que cuando se pregunta a un Espíritu si está en el infierno. Si es desventurado responderá que sí, por cuanto para él *infierno* es sinónimo de sufrimiento. Pero sabe muy bien que no se trata de un horno. Un pagano hubiera dicho que se encontraba en el *Tártaro.*

Lo mismo acontece con otras expresiones análogas, como "ciudad de las flores, ciudad de los elegidos, primera, segunda o tercera esfera", etcétera, las cuales no son sino alegorías empleadas por algunos Espíritus, ya como imágenes, ya, a veces, por ignorar la realidad de las cosas e incluso carecer de las más elementales nociones científicas.

Según la idea restringida que se sustenta antaño acerca de los lugares de penas y recompensas, y sobre todo por la opinión de que la Tierra era el centro del Universo, que el cielo formaba una bóveda y había en ella una región de las estrellas, se ubicaba

el cielo arriba y el infierno abajo**. De ahí las expresiones "subir al cielo, estar en lo más alto de los cielos, ser precipitado a los infiernos". Hoy en día, la ciencia ha demostrado que la Tierra es sólo uno de los mundos más pequeños entre tantos millones de otros, sin poseer ninguna importancia en especial; ha trazado la historia de su formación y descrito su constitución, probando que el espacio es infinito y que en el Universo no hay ni "arriba" ni "abajo". De ahí que haya sido preciso renunciar a ubicar el cielo por encima de las nubes y el infierno en las profundidades de la Tierra. En lo que toca al purgatorio, no se le asignaba ningún sitio determinado. Estaba reservado al Espiritismo proveer sobre todas estas cuestiones la explicación más racional, la más grandiosa y al mismo tiempo la más consoladora para el género humano. Así pues, es posible afirmar que llevamos en nosotros mismos nuestro infierno y nuestro paraíso. En cuanto a nuestro purgatorio, lo encontramos en nuestra encarnación, en nuestras vidas corporales o físicas.**

1017. ¿En qué sentido hay que entender las palabras de Cristo "mi reino no es de este mundo"?

- Al así responder, hablaba Cristo en sentido figurado. Quería expresar que Él sólo reina sobre los corazones puros y desinteresados. Él está en todas partes donde prevalezca el amor al bien. Pero los hombres ávidos de las cosas del mundo y apegados a los bienes terrenales no están con Él.

1018. El reinado del bien ¿podrá algún día ser instituido en la Tierra?

- Reinará el bien en la Tierra cuando, entre los Espíritus que acuden a habitarla, los buenos predominen sobre los malos. Entonces harán ellos que reinen allí el amor y la justicia, que son la fuente del bien y de la felicidad. Por medio del progreso moral y la práctica de las leyes de Dios atraerá el hombre a la Tierra a los Espíritus buenos y alejará de ella a los malos. Pero estos últimos no la dejarán sino cuando el ser humano haya desterrado de sí el orgullo y el egoísmo.

La transformación de la humanidad ha sido predicha, y vosotros estáis llegando a ese momento, que es apresurado por todos los hombres progresistas. Esa transformación se operará mediante la encarnación de Espíritus mejores, que formarán en la Tierra una nueva generación. Entonces los Espíritus de los malvados, que la muerte cosecha a diario, y todos aquellos que intentan detener la marcha de los acontecimientos serán excluidos de este mundo, pues se encontrarían desubicados entre los hombres de bien, cuya ventura

turbarían. Irán a mundos nuevos y menos evolucionados, a desempeñar misiones *penosas* en las que podrán trabajar por su propio adelanto, al paso que lo harán por el progreso de sus hermanos todavía más atrasados que ellos. ¿No veis en el hecho de excluir a los Espíritus inferiores de la Tierra ya transformada la sublime imagen del *paraíso perdido,* y en el hombre que vino al mundo en tales condiciones, trayendo consigo el germen de sus pasiones y las huellas de su inferioridad primitiva, la imagen no menos sublime del *pecado original*? Considerando desde este punto de vista, el pecado original se relaciona con la naturaleza aún imperfecta del ser humano, que así no es responsable sino de sí mismo y de sus propias culpas, y no de las de sus padres.

Todos vosotros, hombres de fe y de buena voluntad, trabajad pues, con celo y valor en la gran obra de la regeneración, por cuanto cosecharéis centuplicado el grano que hayáis sembrado. Desventurados los que cierren los ojos a la luz, porque se están preparando para sí mismos largos siglos de tinieblas y decepciones. Desventurados los que cifren todas sus alegrías en los bienes del mundo, porque soportarán más privaciones que goces hayan tenido. Y desventurados, sobre todo, los egoístas, porque no encontrarán a nadie que les ayude a cargar el fardo de sus miserias…

SAN LUIS

CONCLUSIÓN

I

El que no conozca en materia de magnetismo terrestre más que el juego de los patitos imantados que se hacen navegar sobre el agua de una cubeta, difícilmente podría comprender que ese juguete contiene el secreto del mecanismo del Universo y del movimiento de los astros. Lo mismo sucede con aquel que sólo conoce del Espiritismo el movimiento de las mesas. No ven en ello sino una distracción, un pasatiempo de sociedad, y no comprende que ese fenómeno tan sencillo y vulgar, conocido en la antigüedad e incluso por pueblos semisalvajes, pueda relacionarse con las más serias cuestiones del orden social.[139] En efecto, para el observador superficial, ¿qué relación puede tener una mesa que se mueve con la moral y el futuro de la humanidad? Pero, cualquiera que reflexione recordará que de la simple marmita con su contenido en ebullición y cuya tapa se levanta por la fuerza del vapor –marmita que, también ella, ha hecho hervir el agua desde la más remota antigüedad- ha salido el poderoso motor de la locomotora, con la cual el hombre franquea el espacio y suprime las distancias. Pues bien, vosotros que no creéis en nada fuera del mundo material, sabed, pues, que de esa mesa que se mueve y suscita vuestras sonrisas desdeñosas ha salido toda una ciencia, así como la solución de los problemas que ninguna filosofía había podido todavía resolver. Apelo a todos los adversarios de buena fe y los invito a decir si se han tomado el trabajo de estudiar aquello mismo que critican. Porque, en buena lógica, la crítica sólo posee valor cuando el que la formula conoce de qué está hablando. Gastar bromas acerca de una cosa que no se conozca, que no se ha sondeado con el escalpelo del observador concienzudo, no es criticar, sino dar pruebas de frivolidad y producir una triste impresión acerca del propio juicio. Con seguridad que si hubiéramos presentado esta filosofía como siendo la obra de un cerebro humano hubiese encontrado ella menos desdenes y le habrían cabido los honores de que la examinaran aquellos que pretenden la opinión. Pero procede de los Espíritus, ¡qué absurdo!

---

[139] "Un pasatiempo de sociedad" ("*un passe-temps de société*"), porque en época de Kardec estaba muy de moda en la sociedad europea, difundiéndose por el mundo entero como procedente de América, la práctica de las denominadas "sesiones de mesita", que se llevaban a efecto con la "mesa parlante". Era ésa una forma de que los Espíritus se servían para realizar –según observa ARTHUR CONAN DOYLE en su *Historia del Espiritismo*- una verdadera invasión del mundo por medio de sus manifestaciones. [*N. de J. H. Pires*.]

Apenas si merece una sola de sus miradas. La evalúan por su título, así como el mono de la fábula juzgaba la nuez por su cáscara. Si lo queréis, prescindid de su origen: suponed que este libro sea la obra de un hombre, y decíos en vuestra alma y conciencia si, después de haberlo leído *seriamente*, encontráis en él algún motivo de burla.

II

El Espiritismo es el antagonista más temible del materialismo. No hay que asombrarse, pues, de que tenga a los materialistas por adversarios. Pero, como el materialismo es doctrina que apenas se atreven a confesar los que la profesan (lo cual prueba que no se consideran lo bastante fuertes y que se hallan dominados por su conciencia), se cubre con el manto de la razón y de la ciencia. Y, cosa rara, los más escépticos hablan incluso en nombre de la religión, a la que no conocen ni comprenden mejor que al Espiritismo. Su argumento es sobre todo lo *maravilloso* y lo *sobrenatural*, que ellos no admiten. Ahora bien, conforme a su dictamen, puesto que el Espiritismo se basa en lo maravilloso no puede ser sino una hipótesis ridícula. No reflexionan en que, al poner sin restricciones bajo proceso a lo maravilloso y lo sobrenatural, ponen también en tela de juicio a la religión misma. En efecto, la religión se funda sobre la revelación y los milagros. Ahora bien, ¿qué es la revelación, sino un conjunto de comunicaciones extra-humanas? Todos los autores sagrados, desde Moisés, han hablado de ese tipo de comunicaciones. Y ¿qué son los milagros, sino hechos maravillosos y sobrenaturales por excelencia, puesto que constituyen, en el sentido litúrgico, derogaciones de las leyes de la Naturaleza? En consecuencia, al rechazar lo maravilloso y lo sobrenatural, esos incrédulos no aceptan las bases mismas de la religión. Pero no es este el ángulo desde el cual debemos encarar el asunto. El Espiritismo no se propone examinar si existen o no los milagros, esto es, si Dios ha podido en ciertos casos abolir momentáneamente las leyes eternas que rigen el Universo. A este respecto, la Doctrina Espírita deja toda la libertad de creencia. Pero dice y prueba que los fenómenos sobre los cuales se apoya tienen de sobrenatural sólo la apariencia. Esos fenómenos no son sobrenaturales a los ojos de ciertas personas más que por ser insólitos y estar fuera de los hechos conocidos. Pero no son más sobrenaturales que todos aquellos fenómenos cuya explicación ofrece hoy la ciencia y que en otra época se tenían por maravillosos. Todos los fenómenos espíritas, *sin excepción,* constituyen el resultado de las leyes generales. Nos revelan uno de los poderes de la Naturaleza, poder desconocido, o mejor dicho, incomprendido hasta el presente, pero que la observación demuestra que está dentro del orden de las cosas. El Espiritismo se funda, pues, menos que la religión misma en

los maravilloso y sobrenatural. Los que lo atacan en este aspecto es porque no lo conocen, y aunque sean los más sabios de los hombres les diremos: Si vuestra ciencia, que tantas cosas os enseñó, no os ha enseñado que el dominio de la Naturaleza es infinito, sólo sois sabios a medias.

III

Afirmáis que queréis curar a vuestro siglo de una manía que amenaza con invadir el mundo. ¿Os agradaría más que el mundo fuera invadido por la incredulidad que buscáis vosotros propagar? ¿No se ha de atribuir a la falta de toda creencia el relajamiento de los lazos familiares y la mayoría de los desórdenes que corroen la sociedad? Al demostrar la existencia del alma y su inmortalidad el Espiritismo reanima la fe en lo por venir, levanta el valor abatido y hace soportar con resignación las vicisitudes de la vida. ¿Os atreveríais a llamar a esto un mal? Dos doctrinas se enfrentan: una que niega el futuro y otra que lo proclama y lo prueba. Aquélla que nada explica y ésta que lo explica todo y, por lo mismo, se dirige a la razón. La primera es la sanción del egoísmo; la segunda provee una base a la justicia, la caridad y el amor al prójimo. La una muestra sólo el presente y destruye toda esperanza; la otra consuela y muestra los vastos territorios del porvenir. ¿Cuál de las dos es la más perniciosa?

Ciertas personas, que se cuentan entre las más escépticas, se convierten en apóstoles de la fraternidad y del progreso. Pero la fraternidad supone desinterés, la renuncia a la propia personalidad. Con la auténtica fraternidad, el orgullo es una anomalía. ¿Con qué derecho imponéis un sacrificio a aquel a quien decís que cuando muera todo habrá concluido para él; que mañana mismo tal vez no será ya más que una vieja máquina descalabrada, que habrá de ser arrojada lejos? ¿Qué razón le asiste para imponerse cualquier privación? ¿No es más natural que durante los breves instantes que le concedéis trate de vivir lo mejor posible? De ahí su deseo de poseer mucho para disfrutar más. De ese anhelo nace la envidia hacia los que son más acaudalados que él. Y de tal envidia a la avidez de apoderarse de lo que esos otros posean hay un solo paso. ¿Qué lo refrena? ¿La ley, quizá? ¡Pero si la ley no lo abarca todo! ¿Diréis entonces que es su conciencia, su sentimiento del deber? ¿Sobre qué basáis ese sentimiento del deber? Dicho sentimiento, ¿encuentra una razón de ser en la creencia de que todo finaliza con la vida? Con semejante creencia sólo una máxima es racional: "cada cual para sí mismo". Las ideas de fraternidad, conciencia, deber, humanidad, del progreso mismo, no son otra cosa que palabras vanas. ¡Oh! ¡Vosotros, que tales doctrinas proclamáis, no sabéis cuánto mal estáis haciendo a la sociedad ni de cuántos crímenes asumís la

responsabilidad! Pero ¿a qué responsabilidad me estoy refiriendo? Para el escéptico no la hay en manera alguna. Él sólo rinde pleitesía a la materia.

IV

El progreso de la humanidad tiene su principio en la aplicación de la ley de justicia, amor y caridad. Dicha ley se basa en la certeza del porvenir. Quitad esa certidumbre y despojaréis a aquélla de su piedra fundamental. De esa ley derivan todas las otras, porque contiene todas las condiciones de la felicidad humana. Sólo ella es capaz de sanar las llagas de la sociedad, y el hombre puede evaluar, comparando épocas y *pueblos*, cuánto va mejorando su condición a medida que esa ley va siendo mejor comprendida y practicada. Si una población parcial e incompleta produce ya un bien real, ¿qué será, pues, cuando la humanidad la haya convertido en el cimiento de todas sus instituciones sociales? ¿Es eso posible? Sí, pues si el hombre ha dado ya diez pasos podrá dar veinte, y así sucesivamente. De modo que es posible juzgar el porvenir por el pasado. Ya estamos viendo extinguirse poco a poco las antipatías que existían entre unos pueblos y otros. Las barreras que los separaban se destruyen ante la civilización. De un extremo a otro del mundo los pueblos se dan la mano. Mayor justicia preside a la legislación internacional. Las guerras se tornan cada vez más raras y no excluyen de ningún modo los sentimientos humanitarios. En las relaciones humanas se establece el trato de igual a igual. Las diferencias de razas y castas se van desvaneciendo y los hombres de creencias diversas imponen silencio a los prejuicios sectarios para confundirse en la adoración de un Dios único. [140] Estamos hablando de los pueblos que marchan a la cabeza de la civilización. (Ver parágrafos 789 y 793). Pero en todos esos aspectos nos hallamos aún lejos de la perfección y hay todavía muchas viejas ruinas que demoler, hasta que hayan desaparecido los postreros vestigios de la barbarie. Mas esas ruinas ¿podrán mantenerse en pie a pesar del poder irresistible del progreso, esa fuerza viva que es en sí una ley de la Naturaleza? Si la actual generación se halla más adelantada que la precedente, ¿por qué la que nos suceda no lo estará más que la nuestra? Habrá de estarlo, sí, por la fuerza de las circunstancias. En primer lugar,

---

[140] Este cuadro que presenta Kardec puede ser objetado hoy, cuando dos guerras mundiales han conmovido la Tierra después de él, y en momentos en que se cierne sobre la civilización la amenaza todavía más terrible de una guerra nuclear. Pero esas secuelas del egoísmo, que endurecen aún el corazón del más civilizado de los hombres, no niegan el progreso general que ahí se describe. Son sólo la prueba de que el progreso tiene aún mucho que hacer. Por lo demás, salta a la vista la existencia de una conciencia mundial que condena tales hechos, extinguiendo los odios nacionales y sectarios. [*N. de J. H. Pires.*]

porque junto con las generaciones que pasan se van extinguiendo a diario algunos campeones de los antiguos abusos, y así la sociedad adquiere poco a poco elementos nuevos que se han despojado de los viejos prejuicios. En segundo, porque queriendo el hombre el progreso, estudia los obstáculos que se le oponen y se empeña en removerlos. Puesto que el movimiento progresivo es indiscutible, no podría ponerse en duda el progreso venidero. El hombre aspira a ser feliz, es esta una cosa natural. Ahora bien, sólo busca el progreso para incrementar la suma de su felicidad, sin lo cual ese progreso carecería de objetivo. ¿Dónde estaría para él el progreso si éste no mejorara su situación? Pero, cuando haya alcanzado el total de goces que puede proporcionarle el progreso intelectual caerá en la cuenta de que todavía no es del todo dichoso. Reconocerá que esa ventura resulta imposible sin la seguridad en las relaciones sociales. Y tal seguridad sólo puede encontrarla en el progreso moral. Así pues, por la fuerza de las circunstancias impulsará él mismo al progreso por ese camino, y el Espiritismo ha de ofrecerle la más poderosa palanca para alcanzar dicho objetivo.

V

Los que afirman que las creencias espíritas amenazan con invadir el mundo, están con eso mismo proclamando su potencia, porque una idea que no tuviera fundamento y que se hallara desprovista de lógica no podría hacerse universal. Si, pues, el Espiritismo se implanta por doquier, si sobre todo recluta sus adeptos entre las clases ilustradas, según todos lo reconocen, es porque posee un fondo de verdad. Contra esta tendencia vanos serán cuantos esfuerzos realicen sus detractores, y prueba de ello es que el mismo ridículo con que trataron de cubrirlo, muy al contrario de paralizar su vuelo, parece haberle dado nueva vida. Este resultado justifica plenamente lo que en muchas oportunidades nos han manifestado los Espíritus: “No os inquietéis por la oposición, todo lo que se haga en vuestra contra se tornará a favor de vosotros y *vuestros mayores adversarios servirán sin querer a vuestra causa.* Contra la voluntad de Dios, la mala voluntad de los hombres no podría prevalecer”.

Mediante el Espiritismo la humanidad ha de entrar en una nueva fase, la del progreso moral, que es su inevitable secuela. Cesad, pues, de asombraros de la celeridad con que se difunden las ideas espíritas. La causa de esto reside en la satisfacción que procura a todos aquellos que las profundizan y que ven en ellas algo más que un pasatiempo fútil. Ahora bien, como ante todo el hombre anhela su dicha, no es de extrañar que se adhiera a una idea que lo torna feliz.

El desarrollo de esas ideas presenta tres períodos diferentes: el primero es el de la curiosidad, provocada por la extrañeza de los fenómenos que se han producido. El segundo, el del razonamiento y la filosofía. Y el tercero, el de la aplicación y el de las consecuencias. El período de la curiosidad ya ha pasado. Sólo dura un tiempo la curiosidad. Una vez satisfecha, el objetivo que la había suscitado se abandona para pasar a otro diferente. En cambio, esto no sucede con lo que se dirige al pensamiento serio y al juicio. El segundo de esos períodos se ha iniciado ya y el tercero ha de seguirlo en forma inevitable. El Espiritismo ha progresado, sobre todo, desde que se comprende mejor su esencia íntima, desde que se advierte el alcance que tiene, por cuanto pulsa la cuerda más sensible del ser humano: la de su felicidad, incluso en este mundo. Ahí reside la causa de su difusión, el secreto de la fuerza que lo llevará al triunfo. Hace dichosos a los que lo comprenden, a la espera de que su influjo se extienda sobre las masas. Hasta el que no ha sido testigo de ningún fenómeno material de los que se obtienen las manifestaciones se dice: "Fuera de tales fenómenos hay una filosofía. Esa filosofía me explica lo que *ninguna otra* me había explicado. Sólo por el razonamiento encuentro en ella una demostración *racional* de los problemas que interesan en el más alto grado a mi porvenir. Me da calma, seguridad y confianza. Me libera del tormento de la incertidumbre. Al lado de esto, la cuestión de los hechos materiales es cosa secundaria". Todos vosotros que lo atacáis, ¿queréis disponer de un medio para combatirlo con buen éxito? Helo aquí. Reemplazadlo por algo mejor. Hallad una solución *más filosófica* a todos los problemas que él resuelve. Dad al hombre *otra certeza* que lo haga más venturoso; y comprended bien el alcance de la palabra *certeza*, porque el ser humano sólo acepta como *cierto* aquello que le parece *lógico.* No os contentéis con afirmar "esto no es", lo cual resulta demasiado fácil. Probad, no con una negación, sino con hechos, que eso "no es, no ha sido jamás, y no *puede ser*". Si eso no es, decid sobre todo qué podría ponerse en su lugar. Probad, por último, que los resultados del Espiritismo no son los de hacer a los hombres mejores, y por tanto más felices, mediante la práctica de la más pura moral evangélica, moral esta que mucho se alaba pero que tan poco se practica… Cuando hayáis hechos eso, entonces os asistirá el derecho de atacarlo. El Espiritismo es fuerte porque se apoya sobre los cimientos mismos de la religión: Dios, el alma, las penas y recompensas futuras; porque, sobre todo, muestras esas penas y recompensas como secuelas naturales de la vida terrena, y porque nada, en el cuadro que ofrece del porvenir, puede ser desautorizado por la razón más exigente. Vosotros, cuya doctrina toda consiste en la negación del futuro, ¿qué compensación ofrecéis en cambio para los padecimientos de este mundo? Os apoyáis en la incredulidad. El Espiritismo se apoya en la confianza en Dios. Mientras él invita a los hombres a la dicha, a la esperanza, a la auténtica fraternidad,

vosotros les ofrecéis *la nada* por perspectiva y el *egoísmo* por consuelo. Él lo explica todo, vosotros no probáis cosa alguna. ¿Cómo pretendéis que el hombre siga vacilando entre esas dos doctrinas?

VI

Sería formarse una idea muy falsa del Espiritismo si se creyera que su fuerza provenga de la práctica de las manifestaciones materiales, de manera que, poniendo vallas a tales manifestaciones, se pueda minarlo en su base. La fuerza del Espiritismo reside en su filosofía, en el llamamiento que hace a la razón y al buen sentido. En lo antiguo era objeto de estudios misteriosos, cuidadosamente ocultados al vulgo. Hoy en día, en cambio, n tiene secretos para nadie. Habla un lenguaje claro, sin ambigüedades. No hay en él nada de místico, ni alegorías susceptibles de falsas interpretaciones. Quiere ser comprendido por todos, porque han venido los tiempos de hacer que los hombres conozcan la verdad. Muy al contrario de oponerse a la difusión de la luz, la desea para todo el mundo. No exige que sea crea ciegamente en él, sino antes bien, quiere que se sepa por qué se cree. Como se apoya en la razón, será siempre más fuerte que los que se apoyan en la nada. Las barreras que se intente poner a la libertad de las manifestaciones espíritas ¿podrían acaso suprimirlas? No, por cuanto esas trabas producirían el efecto que tienen todas las persecuciones: el de excitar la curiosidad y el deseo de conocer lo prohibido. Por otra parte, si las manifestaciones espíritas fueran el privilegio de un solo hombre, no habría duda de que al poner un cerco a ese hombre se terminaría con aquéllas. Pero, desdichadamente para los adversarios, las manifestaciones se hallan a disposición de quienquiera, y las utilizan desde los más humildes hasta los más poderosos, desde el palacio hasta la más modesta vivienda. Se puede prohibir su ejercicio público, mas sabemos que no es precisamente en público como se producen mejor, sino en la intimidad. Ahora bien, puesto que todos podemos ser médiums, ¿qué podría impedir a una familia dentro de su casa, a un individuo en su escritorio, al preso tras los barrotes de su celda, mantener comunicaciones con los Espíritus, sin que se enteraran los carceleros y en la misma presencia de éstos? Si se prohíben en un país, ¿qué obstáculos habrá en las naciones vecinas, en el mundo entero, ya que no existe una comarca, en ambos hemisferios, donde no haya médiums? Si se quisiera encarcelar a todos los médiums habría que poner tras las rejas a la mitad del género humano. Incluso si se lograra (lo que no sería mucho más fácil) quemar todos los libros espíritas, al día siguiente sería vueltos a escribir, puesto que su fuente es inatacable y no es posible encarcelar ni quemar a los Espíritus, que son sus verdaderos autores.

El Espiritismo no es obra de ningún hombre. Nadie puede afirmar que lo haya creado, porque es tan antiguo como la Creación misma. Se encuentra por doquier, en todas las religiones y en la católica más aún, y con mayor autoridad que en todas las otras, porque está en ella el principio de todo: los Espíritus de todos los grados, sus relaciones ocultas y manifiestas con los hombres, los ángeles de la guarda, la reencarnación, la emancipación del alma durante la vida, las apariciones, e incluso las apariciones tangibles. En cuanto a los demonios, no son otra cosa que los Espíritus malos y, salvo la creencia de que aquéllos estén destinados perpetuamente al mal, en tanto que a estos últimos no se les veda la senda del progreso, unos y otros sólo difieren en el nombre que se les ha dado.

¿Qué realiza la ciencia espírita moderna? Reúne en un conjunto todo aquello que estaba disperso. Explica con términos propios lo que sólo había sido expresado bajo formas alegóricas. Suprime aquello que la superstición y la ignorancia habían fomentado, para sólo dejar la realidad y lo positivo. He aquí su rol. Pero no le corresponden el título de fundadora. Muestra lo que es, coordina, mas no crea nada, por cuanto sus bases han existido en todo tiempo y lugar. ¿Quién, pues, se atrevería a considerarse lo bastante fuerte para sofocar a esta ciencia con los sarcasmos e inclusive con la persecución? Si en un lado la proscriben renacerá en otros, en el mismo terreno en el que se la haya exiliado, porque reside en la Naturaleza y no es dado al hombre aniquilar una fuerza de la Naturaleza ni poner su veto a los decretos de Dios.

Por los demás, ¿qué interés habría en obstar la difusión de las ideas espíritas? Esas ideas, bien es verdad, se alzan contra los abusos nacidos del orgullo y del egoísmo. Pero tales abusos, con los que algunos se aprovechan, perjudican a la generalidad de las gentes. El Espiritismo, pues, tendrá de su parte a esa generalidad y por adversarios serios sólo a quienes se encuentren interesados en mantener dichos abusos. En cambio, las ideas espíritas mediante su influjo, garantizarán el orden y la tranquilidad, porque hacen a los hombres mejores los unos para con los otros, menos codiciosos de los bienes materiales y más resignados a los designios de la Providencia.

El Espiritismo se presenta con tres aspectos distintos, a saber: el hecho de las manifestaciones, los principios filosóficos y morales que de ellas emanan y la aplicación práctica de tales principios. De ahí tres clases o, más bien, tres grados entre los adeptos: *Primero*, los que creen en las manifestaciones y se limitan a comprobarlas; se trata para ellos de una ciencia experimental; *segundo*, aquellos que comprenden sus consecuencias morales, y *tercero*, los que practican o se esfuerzan por practicar esa moral. Sea cual fuere el punto de vista adoptado –científico o moral-, desde

el que se encaren esos fenómenos extraños, cada adepto comprende que se trata de todo un orden nuevo de ideas que está surgiendo, cuyas secuelas sólo podrán traducirse en una honda modificación en el estado de la humanidad, y cada uno de ellos comprende también que ese cambio sólo puede operarse en el sentido del bien.

En lo tocante a los adversarios, se puede asimismo clasificarlos en otras tantas categorías: *Primera*, los que niegan en forma sistemática todo lo que sea nuevo y no provenga de ellos, y que hablan de Espiritismo sin conocimiento de causa: A esta clase pertenecen todos aquellos que no admiten nada fuera del testimonio de los sentidos: Éstos no vieron nada, no quieren tampoco ver cosa alguna, y menos todavía profundizar; incluso se sentirán irritados si vieran con demasiada claridad, por temor de verse forzados a convenir en que no les asiste la razón; para ellos el Espiritismo es una quimera, una locura, una utopía, de manera que no existe, para decirlo con más brevedad; son los incrédulos que han tomado partido de antemano. Al lado de éstos se puede colocar a aquellos otros que se han dignado echar un vistazo para descargo de su conciencia, a fin de poder decir: "He querido ver y nada vi"; porque no comprenden que se requiera más de media hora para enterarse de toda una ciencia. *Segunda*, la integran quienes, sabiendo muy bien a qué atenerse acerca de la realidad de los hechos, no obstante ello los combaten por motivos de interés personal; para éstos el Espiritismo existe, pero temen sus consecuencias y lo atacan como si se tratara de un enemigo. *Tercera*, la de los que encuentran en la moral espírita una censura demasiado severa a sus actos o a sus tendencias; tomado en serio, el Espiritismo los incomodaría; no lo rechazan ni lo aprueban: Prefieren cerrar los ojos ante su realidad.

Los primeros son movidos por el orgullo y la presunción. Los segundos, por la ambición. Los terceros, por el egoísmo. Se concibe que, puesto que esas causas de oposición no se apoyan sobre nada sólido, deban ir desapareciendo con el tiempo, y en vano buscaríamos una cuarta clase de antagonistas del Espiritismo, una que se basara en pruebas contrarias evidentes y probara haber llevado a efecto un estudio laborioso y concienzudo de la cuestión: Todos los adversarios de la Doctrina Espírita no oponen sino la negación y ninguno de ellos aporta en contrario una demostración seria e irrefutable.

Sería esperar demasiado de la naturaleza humana si se creyera que pueda transformarse de súbito por las ideas espíritas. Con seguridad que la acción de estas ideas no es la misma, ni en idéntico grado, en todos aquellos que las profesan. Pero, sea cual fuere el resultado que obtengan, y por muy débil que éste pueda ser, constituye siempre un mejoramiento,

aunque no haga más que proveer la prueba de la existencia de un mundo extra-corpóreo, lo que implica la negación de las doctrinas materialistas. Esta es la consecuencia misma de la observación de los hechos. Pero tienen otros efectos en quienes comprenden el Espiritismo filosófico y ven en él algo más que un conjunto de fenómenos más o menos curiosos. El primero y más general de esos efectos consiste en desarrollar el sentimiento religioso en aquella persona que, sin ser materialista, sólo encara con indiferencia las cosas espirituales. De él resulta, en ella, el desprecio de la muerte. Y no decimos "el deseo de la muerte", muy al contrario, porque el espírita defenderá su vida como cualquier otro, sino que queremos significar una indiferencia que la induce a aceptar sin protesta ni pena una muerte que es inevitable, como algo más bien dichoso que digno de temerse, debido a la certidumbre que abriga acerca del estado que el sucederá. El segundo efecto, casi tan general como el anterior, es la resignación que es persona tiene ante las vicisitudes de la existencia. El Espiritismo hace ver las cosas desde tan alto que, al perder la vida terrena las tres cuartas partes de la importancia que comúnmente se le atribuye, el ser humano se siente tanto menos afectado por las tribulaciones que son inherentes a ella. De ahí que tenga más valor para sobrellevar las aflicciones y más moderación en los deseos. De ahí también que se aleje de la idea de suicidio, por cuanto la ciencia espírita enseña que con éste siempre se pierde lo que se quería ganar. La certeza de un porvenir que depende de nosotros sea venturoso, la posibilidad de establecer relaciones con seres que nos son queridos, ofrecen al espírita una suprema consolación. Su horizonte se amplía hasta lo infinito por el espectáculo incesante que se le ofrece de la vida de ultratumba, cuyos misteriosos hondones puede él sondear. Y el tercer efecto de las ideas espíritas consiste en suscitar la indulgencia para con los defectos ajenos. No obstante, hay que decirlo con claridad, el principio egoísta y cuanto de él deriva son lo que hay de más tenaz en el hombre y, por consiguiente, más difícil de desarraigar. De buen grado se realizan sacrificios con tal que no cuesten nada y, sobre todo, no priven a uno de cosa alguna. El dinero tiene aún para la mayoría un irresistible atractivo, y muy pocos entienden el significado de la palabra "superfluo" cuando se trata de su propia persona. De ahí que la renuncia de la personalidad sea el más eminente signo de progreso.

VIII

Los Espíritus –preguntan ciertas personas- ¿nos enseñan una moral nueva, algo superior a la que Cristo predicó? Si esa moral no es otra que la del Evangelio, ¿para qué sirve entonces el Espiritismo? Este razonamiento se asemeja singularmente al del califa Omar cuando hablaba de la Biblio-

teca de Alejandría, diciendo: “Si no contiene más que lo que hay en el *Corán*, es inútil, y por tanto hay que quemarla. Y si tiene otras cosas que no estén en el *Corán*, es mala y, en consecuencia, es preciso quemarla también”. No: El Espiritismo no contiene una moral diferente de la de Jesús. Pero a nuestra vez preguntamos: Antes del advenimiento de Cristo, ¿los hombres no poseían su doctrina en el Decálogo? Y ¿hay que afirmar por eso que la moral de Jesús sea inútil? Preguntamos inclusive, a quienes niegan la utilidad de la moral espírita, por qué la de Cristo es tan poco practicada y por qué aquellos mismos que proclaman con justo título su sublimidad son los primeros en violar la principal de sus leyes, la de la *caridad universal*… Los Espíritus vienen no sólo a confirmar la moral de Jesús, sino además a mostrarnos su utilidad práctica. Tornan inteligibles y evidentes aquellas verdades que sólo habían sido enseñadas conforma alegórica. Y al lado de esa moral, los Espíritus acuden a definir los problemas más abstractos de la psicología.

Jesús llegó para mostrar a los hombres el camino del verdadero bien. ¿Por qué Dios, que le envió para recordarles su Ley olvidada, no enviaría hoy a los Espíritus a fin de recordarles de nuevo y con mayor precisión, cuando los hombres la echan al olvido para sacrificarlo todo en aras del orgullo y la codicia? ¿Quién se atrevería a trazar límites al poder de Dios y a señalarse sus vías? ¿Quién sabe si, como lo afirman los Espíritus, los tiempos predichos no se han consumado ya, y estamos llegando a aquellos en que verdades mal comprendidas o falsamente interpretadas deban ser reveladas de manera ostensible al género humano para acelerar su adelanto? ¿No hay algo de providencial en esas manifestaciones que en forma simultánea se está produciendo en todos los rincones del globo? No se trata de un solo hombre, de un profeta que acuda a advertirnos, sino que la luz surge en todas partes. Todo un mundo nuevo se manifiesta ante nuestros ojos. Así como la invención del microscopio nos descubrió el mundo de lo infinitamente pequeño, que ni sospechábamos, y de la manera que el telescopio nos ha revelado la existencia de millares de mundos, que no sospechábamos tampoco, así también las comunicaciones espíritas nos muestran el Mundo Invisible que nos circunda, cuyos moradores se codean sin cesar con nosotros y, sin que lo sepamos, participan de todo lo que hacemos. Un poco más de tiempo y la realidad de ese mundo, que es el que nos está esperando, será tan indiscutible como la del mundo microscópico y la de los globos perdidos en el espacio. ¿Nada significa, pues, que se nos haya dado a conocer todo un mundo, que se nos iniciara en los enigmas de la vida de ultratumba? Bien es verdad que esos descubrimientos, si así se puede llamarlos, contrarían un tanto a ciertas ideas heredadas. Pero ¿acaso todos los grandes descubrimientos científicos no han igualmente modificado, trastornado incluso las ideas más acreditadas? Y ¿no ha sido preciso

que nuestro amor propio se inclinara ante la evidencia? Lo mismo acontecerá con respecto al Espiritismo, y a poco andar habrá adquirido éste su derecho de ciudadanía entre los conocimientos humanos.

Las comunicaciones con los Seres de ultratumba han traído por resultado hacernos comprender la vida futura, hacérnosla ver, iniciarnos en las penas y goces que en ella nos aguardan según haya sido nuestros méritos, y, por lo mismo, reconducir al *espiritualismo* a aquellos que únicamente veían en nosotros materia, que nos tenían tan sólo por una maquina organizada. Por eso hemos tenido razón al afirmar que el Espiritismo ha superado al materialismo por medio de los hechos. Si únicamente hubiera producido este resultado, ya el orden social debería agradecérselo. Pero hace más: Muestra los inevitables efectos del mal y, por consiguiente, la necesidad del bien. El número de personas cuyos sentimientos ha elevado y cuyas tendencias negativas ha neutralizado, apartándolas del mal, es mayor de lo que se cree y sigue aumentando a diario. Porque para ellas el porvenir deja de ser incierto. No constituye ya una mera esperanza, sino una verdad que se comprende y se explica cuando *vemos* y *escuchamos*, a aquellos que nos dejaron, lamentándose o felicitándose de lo que hicieron en la Tierra. Quienquiera sea testigo de esto se pone a reflexionar y siente la necesidad de conocerse, de juzgarse y también de enmendarse.

IX

Los adversarios del Espiritismo no han dejado de valerse contra él de algunas divergencias de opiniones que existen sobre ciertos puntos doctrinarios. No es de extrañar que en los inicios de una ciencia, cuando las observaciones realizadas son todavía incompletas y cada cual las enfoca desde su propio punto de vista, se hayan podido generar hipótesis contradictorias. Pero ya hoy las tres cuartas partes de esas hipótesis se han desmoronado, de resultas de un estudio más en profundidad, empezando por aquella que atribuía al Espíritu del mal todas las comunicaciones recibidas, como si le fuera imposible a Dios enviar a los hombres a Espíritus buenos. Doctrina absurda, puesto que los hechos mismos la desmienten, e impía, por cuanto constituye la negación del poder y la bondad del Creador. Los Espíritus nos han dicho constantemente que no nos inquietemos ante tales divergencias, pues la unidad habrá de lograrse. Ahora bien, esa unidad ya se ha obtenido en lo que atañe a la mayoría de los puntos en cuestión, y las divergencias que resta zanjar tienden a ir borrándose día a día. A esta pregunta: “Hasta tanto la unidad total no se

haya logrado, ¿en qué puede basar su juicio el hombre imparcial y desinteresado?”, los Espíritus respondieron:

“La más pura luz no es oscurecida por ninguna nube. El diamante sin tacha es el que posee más valor. Juzgad, pues, a los Espíritus por la pureza de sus enseñanzas. No olvidéis el hecho de que entre los Espíritus los hay que aún no se han despojado de las ideas de la vida terrena. Aprended a distinguirlos por el lenguaje que emplean. Evaluadlos por el conjunto de lo que os expresan. Ved si hay en eslabonamiento lógico en sus ideas. Si nada en ellas denota ignorancia, orgullo o malevolencia. En suma, si sus palabras tienen siempre ese sello de sabiduría que revela la auténtica superioridad. Si vuestro mundo fuera inaccesible al error sería perfecto, y está lejos de serlo. Debéis aún aprender a distinguir el error de la verdad. Os hacen falta las lecciones de la experiencia para que ejercitéis vuestro juicio y adelantéis. La unidad se hará en el lado en que el bien no haya estado jamás mezclado con el mal. En ese lado los hombres se reunirán por la fuerza misma de las circunstancias, porque considerarán que allí reside la verdad.

¿Qué importan, además, algunas disidencias que consisten más en la forma que en el fondo? Observad que los principios fundamentales son en todas partes los mismos y deben uniros en un pensamiento común: El amor a Dios y la práctica del bien. Sean cuales fueren, pues, la forma de progresar que se suponga o las condiciones normales de la vida futura, el objetivo postrero es el mismo: Realizar el bien. Y como sabéis, no hay dos maneras de hacerlo”.

Si entre los adeptos del Espiritismo los hay que difieren en su opinión sobre ciertos puntos teóricos, todos están de acuerdo, en cambio, acerca de los puntos esenciales. Existe unidad, pues, salvo por parte de aquellos (muy pocos) que no admiten todavía la intervención de los Espíritus en las manifestaciones y que atribuyen éstas, o a causas puramente físicas, lo cual es contrario al axioma de que “todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente”, o al reflejo, en el médium, de nuestros propios pensamientos, cosa que los hechos desmienten. [141] Los demás puntos son sólo secundarios y no afectan en manera alguna las bases fundamentales. Por tanto, pueden existir escuelas que traten de instruirse acerca de las partes más controvertidas de la ciencia, pero no debe haber sectas que sean rivales las unas de las otras. Sólo pudiera existir un

[141] Se refiere Kardec a los espíritas que clasifica como de primer grado en el apartado VII de la presente “Conclusión”, o sea, a aquellos que aceptan las comunicaciones y las estudian como objeto de una ciencia experimental. Son los metapsiquistas, actualmente denominadas parapsicólogos, y en suma, todos aquellos que, a la manera de MORSELLI, pretenden crear un Espiritismo sin Espíritus. [*N. de J. H. Pires.]*

antagonismo entre los que quieren el bien y aquellos otros que hagan o quieran el mal. Ahora bien, no hay un solo espírita sincero y compenetrado de las grandes máximas morales que los Espíritus enseñan, que pueda querer el mal, ni desearlo para su prójimo, sin distinción de opiniones. Si una de aquellas escuelas estuviera en el error, tarde o temprano se hará la luz para ella, con tal que la busque de buena fe y sin prevenciones. En el ínterin, todas tienen un vínculo común, que debe unirlas en un mismo pensamiento. Todas se proponen idéntica finalidad. Poco importa entonces el camino, siempre que conduzca a la meta. Ninguna de ellas debe imponerse a las demás mediante la compulsión material o moral, y sólo se encontraría en un error aquella que anatematiza a otra, por cuanto obraría, evidentemente, bajo el influjo de los malos Espíritus. El supremo argumento debe ser la razón, y la moderación asegurará mejor el triunfo de la verdad que las diatribas emponzoñadas por la envidia y los celos. Los Espíritus buenos sólo predican la unión y el amor al prójimo, y nunca un pensamiento malévolo o contrario a la caridad ha podido provenir de una fuente pura. Escuchemos a este respecto, y para concluir, los consejos del Espíritu de San Agustín:

"Por bastante tiempo los hombres se han destrozado unos a otros y se han anatematizado en nombre de un Dios de paz y de misericordia, ofendiéndolo con semejantes sacrilegios. El Espiritismo es el lazo que les unirá un día, porque ha de señalarles dónde está la verdad y dónde el error. Pero, durante mucho tiempo aún existirán escribas y fariseos que lo negarán, como a Cristo negaron. ¿Queréis saber, pues, bajo el influjo de qué Espíritus están las diversas sectas[142] que se reparten el mundo? Juzgadlas por sus obras y por sus principios. Jamás los Espíritus buenos han sido instigadores del mal. Nunca han aconsejado ni legitimado el crimen y la violencia. Jamás han fomentado los odios de partidos ni la sed de riquezas y honores, como así tampoco la avidez de los bienes del mundo. Sólo los hombres buenos, humanitarios y benévolos para con todos son sus preferidos, y son asimismo los predilectos de Jesús, por cuanto siguen el camino que les enseñó para llegar hasta Él".

SAN AGUSTÍN

[142] El vocablo "secta", aquí hace referencia a congregación de personas bajo una misma idea, y no en sentido peyorativo de cosa mala y perniciosa. [*N. del copista*.]

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA DOCTRINA ESPÍRITA

LIBRO PRIMERO

LAS CAUSAS PRIMERAS

CAPÍTULO I – DIOS

CAPÍTULO II – ELEMENTOS GENERALES DEL UNIVERSO.

CAPÍTULO III – CREACIÓN

CAPÍTULO IV – PRINCIPIO VITAL

LIBRO SEGUNDO

MUNDO ESPÍRITA O DE LOS ESPÍRITUS

CAPÍTULO I – DE LOS ESPÍRITUS

CAPÍTULO II – LA ENCARNACIÓN DE LOS ESPÍRITUS

CAPÍTULO III – REGRESO DE LA VIDA CORPORAL A LA ESPIRITUAL

CAPÍTULO IV – PLURALIDAD DE EXISTENCIAS

CAPÍTULO V – CONSIDERACIONES SOBRE LA PLURALIDAD DE EXISTENCIAS……………………………………..145

CAPÍTULO VI – VIDA ESPÍRITA

CAPÍTULO VII – REGRESO A LA VIDA CORPORAL

CAPÍTULO VIII – EMANCIPACIÓN DEL ALMA

CAPÍTULO IX – INTERVENCIÓN DE LOS ESPÍRITUS EN EL MUNDO CORPORAL

CAPÍTULO X – OCUPACIONES Y MISIONES DE LOS ESPÍRITUS

CAPÍTULO XI – LOS TRES REINOS

LIBRO TERCERO

LEYES MORALES

CAPÍTULO I – LA LEY DIVINA O NATURAL

CAPÍTULO II – I. LEY DE ADORACIÓN

CAPÍTULO III – II. LEY DEL TRABAJO

CAPÍTULO IV – III. LEY DE REPRODUCCIÓN

CAPÍTULO V – IV. LEY DE CONSERVACIÓN

CAPÍTULO VI – V. LEY DE DESTRUCCIÓN

CAPÍTULO VII – VI. LEY DE SOCIEDAD

CAPÍTULO VIII – VII. LEY DE PROGRESO

CAPÍTULO IX – VIII. LEY DE IGUALDAD

CAPÍTULO X – IX. LEY DE LIBERTAD

CAPÍTULO XI – X. LEY DE JUSTICIA, DE AMOR Y DE CARIDAD

CAPÍTULO XII – PERFECCIÓN MORAL

LIBRO CUARTO

ESPERANZAS Y CONSOLACIONES

CAPÍTULO I – PENAS Y GOCES TERRESTRES

CAPÍTULO II – PENAS Y GOCES FUTUROS

SÍNTESIS BIOGRÁFICA DEL PROFESOR HIPÓLITO LEÓN DENIZARD RIVAIL o ALLAN KARDEC

Hipólito León Denizard Rivail nació en la cuidad de Lyón, Francia, el 3 de octubre de 1804. Provenía de familia católica, y hasta casi cumplir los doce años de edad cursó los primeros estudios en su ciudad natal, mas al completar los mismos en Yverdon, Suiza, donde concurrió al Instituto de Educación Pestalozzi, recibió una fuerte influencia protestante. Buena parte de sus antepasados se habían destacado en la magistratura, pareciendo que el joven Rivail había de seguir el mismo rumbo de sus mayores. Pero nada más desacertado, pues sus inclinaciones vocacionales fueron las ciencias y la filosofía, pero fundamentalmente la pedagogía.

En Yverdon se convirtió en discípulo eminente y colaborador eficaz del célebre pedagogo Pestalozzi, a quien llegó a reemplazar en la dirección del Instituto cuando éste se ausentaba a otros países con la finalidad de fundar otros organismos educacionales ajustados al método revolucionario por él creado. Era bachiller en letras y ciencias y realizó estudios de medicina, sin llegarse a comprobar a ciencia cierta, hasta ahora, si alcanzó a doctorarse en este arte-ciencia. Era también un filólogo distinguido que conocía a fondo y hablaba correctamente el inglés, el italiano, el español, el holandés y el alemán, traduciendo para la lengua de Goethe varias obras de educación y moral, entre las que figuraban unas de Fenelón que lo había atraído.

Luego de finalizado sus estudios en Suiza junto a Pestalozzi, Rivail regresó a Francia y de inmediato, siguiente las huellas de su maestro, se abocó a la tarea educacional, lanzando en 1824, como lo documenta el escritor brasileño Zêus Wantuil, es decir, a los diecinueve o veinte años de edad, el primero de sus libros: *Curso Práctico y Teórico de Aritmética, según el método de Pestalozzi, con modificaciones*. Con este libro se convirtió en Francia en la mayor autoridad en lo referente al método educativo de Pestalozzi, y dicho libro se siguió reeditando hasta 1876, siete años después de su desencarnación, además de otras obras de educación que publicó más tarde, algunas de ellas adoptadas por la misma Universidad de Francia. En 1828 dio a publicidad: *Plan propuesto para el mejoramiento de la instrucción pública*. Más tarde, en 1831, la Academia de Arrás lo premió por un trabajo presentado en concurso, el que intituló: *¿Cuál es el sistema de estudios más en armonía con las necesidades de la*

época? Ese mismo año comenzó a circular su *Gramática francesa clásica*, obra didáctica en la que Rivail muestra –según el autorizado estudioso doctor Canuto Abreu- “poseer sólidos conocimientos de las lenguas latina, griega, gálica y las neorrománicas, afirmando su reputación de profesor emérito”.

Otras obras fueron apareciendo sucesivamente como frutos de sus desvelos de educador: *Manual de los exámenes para los diplomas de capacidad*, en 1846; *Catecismo gramatical de la lengua francesa*, 1848; *Programa de los cursos usuales de química, física, astronomía y fisiología*, en 1849, el que resumía los cursos que dictaba para el Liceo Polimático; editando más tarde los *Dictados normales de los exámenes del Ayuntamiento y la Sorbona*, acompañados de *Dictados especiales sobre las dificultades ortográficas.*

Por tanto, mucho antes que el Espiritismo hiciera mundialmente famoso al seudónimo de Allan Kardec, el profesor Rivail había demostrado poseer una sólida cultura y sus obras era las de un auténtico maestro de la pedagogía moderna, razones que veremos ampliadas en *Vida y obra de Allan Kardec*, de André Moreil.[143]

El 6 de febrero de 1832, cuando contaba con veintiocho años de edad Rivail contrae enlace con la señorita y profesora también, Amelia Gabriela Boudet. Ella le llevaba nueve años, pero demostraba diez menos que él, pues tenía a la sazón treinta y siete de edad, dado que había nacido el 23 de noviembre de 1795. Por ese tiempo Rivail era director del Instituto Técnico Pedagógico (sistema Pestalozzi) de la calle Sèvres 35, en París. El socio de Rivail era su tío materno, quien adolecía de la pasión del juego, motivo que le ocasionó grandes pérdidas de dinero y la ruina de su sobrino. El profesor Rivail solicitó entonces la liquidación del Instituto, del cual quedaron 45.000 francos para cada uno de los socios. Esa cantidad fue depositada por los esposos Rivail en manos de uno de sus íntimos amigos, comerciante, quien realizó muy malas operaciones que lo llevaron a la quiebra, sin dejar nada para los acreedores. Estaba lejos de ser próspero el futuro del ayer joven estudiante eximido del servicio militar, pero su labor de educacionista (ésta es la profesión que hace figurar en su acta de casamiento), la atención de tres contabilidades que llevaba y el éxito de sus obras didácticas, tuvieron la virtud de recuperarlo económicamente. En este

[143] En la actualidad, el Consejo Espírita Internacional, acaba de publicar en castellano la biografía que hicieran en portugués el ya citado Zêus Wantuil y Francisco Thiesen, en dos tomos: *Allan Kardec el Educador y el Codificador*; traducidas por Enrique Eliseo Baldovino. Siendo hoy día, la obra más completa sobre la vida del profesor lionés en la lengua de Cervantes. [*N. del copista*.]

período que va de 1835 a 1840 organizó en su morada de la calle Sèvres cursos gratuitos de química, físicas, astronomía y anatomía comparada.

Prosiguiendo su carrera pedagógica, el profesor Rivail hubiera podido vivir feliz, honrado y tranquilo, rehecha su fortuna merced a una labor fervorosa y al brillante éxito que coronaba sus esfuerzos, pero su destino le llamaba a una más pesada tarea, a una obra mayor que habría de mostrarlo siempre a la altura y dignidad de ella.

En 1854, el profesor Rivail oyó hablar por primera vez de las mesas giratorias a su amigo Fortier, magnetizador, con quien mantenía relaciones por motivos de sus estudios sobre magnetismo, los que realizaba desde los diecinueve años. Fortier le dijo un día: "He aquí una cosa extraordinaria; no solamente se hace girar una mesa, magnetizándola, sino que se la hace hablar: se la interroga y ella contesta". "Esto –respondió Rivail- es otra cuestión; yo creeré en ello cuando lo vea y se me haya probado que una mesa tiene cerebro para pensar, nervios para sentir y que pueda convertirse en sonámbula. Hasta entonces, permitidme que no vea en ello más que un cuento para niños".

Tal era en los comienzos el estado de espíritu del profesor Rivail. Así lo veremos a menudo. No niega nada por prejuicio; pero mide y busca pruebas, quiere ver y comprobar para creer.

En este lapso que transcurre entre 1854 y 1856 se abre un nuevo horizonte ante los ojos del pensador profundo y del observador sagaz. Es la etapa en que el nombre de Rivail va a dejar lugar al de Allan Kardec, que se comienza ya a gestar.

Estamos en mayo de 1855 y Rivail se encuentra en la casa de Roger, excelente sonámbula. Se hallan también Saint-René Taillandier, Fortier, Pâtier y la señora Plainemaison, nombres que debe ser reconocidos con la veneración que merecen: Son los que comparten la iniciación con el Maestro. A Rivail le impresiona el sereno y convencido criterio de Pâtier, funcionario público de amplia consideración, el que le habla de los Espíritus y de las respuestas que ofrecen a sus preguntas. Luego de esto Rivail fue invitado a las sesiones que tenían lugar en la casa de la señora Plainemaison, calle Grange-Batelière 18, de París. "Allí fue donde por primera vez presencié el fenómeno de las mesas giratorias que saltaban y corrían, y ello en condiciones tales que la duda era imposible" –escribe el futuro Codificador-. Es aquí donde Rivail traba relación y amistad con la familia Boudin, a cuyas sesiones familiares es invitado. "Fue allí –expresa- donde hice mis primeros estudios sobre Espiritismo, todavía más por

observación propia que por revelación. *Apliqué a esta nueva ciencia, como era mi costumbre, el método experimental. Jamás senté una teoría preconcebida; observé atentamente, comparé y deduje consecuencias. De los efectos procuré remontarme a las causas por la deducción y el encadenamiento lógico de los hechos. […] Así había procedido en mis trabajos anteriores, desde la edad de quince a dieciséis años. Desde el primer momento me di cuenta de la gravedad de la exploración que iba a emprender; entreví en aquellos fenómenos la clave del problema tan oscuro y controvertido sobre el pasado y el porvenir de la humanidad, la solución de lo que había buscado toda mi vida; en una palabra, comprendí que se trataba de una revolución en las ideas y en las creencias; me era preciso proceder con circunspección y no a la ligera; ser positivista y no idealista, para no dejarme llevar de mis propias ilusiones".*

Con todo, Rivail estuvo a punto de abandonar estos estudios, absorbido por otras ocupaciones; y eso hubiera hecho de no ser las reiteradas solicitudes de los señores Carlotti, destacado lingüista con quien mantenía una amistad de veinticinco años; Taillandier, literato, doctor en letras y más tarde miembro de la Academia Francesa; Tiedman-Manthèse, filósofo holandés y primo hermano de la reina de Holanda; Antonio Leandro Sardou, profesor lexicógrafo y autor de varias obras escolares; su hijo Victoriano Sardou, entonces joven estudiante de medicina y más tarde médium dibujante, famoso dramaturgo y miembro de la Academia Francesa; además de Pedro Pablo Didier, futuro editor de sus obras e impulsor de la famosa Librería Académica, quien seguía desde cinco años el estudio de tales fenómenos. Estas personalidades habían reunido cincuenta cuadernos de comunicaciones diversas que era preciso estudiar y catalogar. Conociendo la capacidad de síntesis de Rivail, entregaron a éste los mismos, pidiéndole analizarlos y cotejarlos en base a un plan orgánico. Rivail puso manos a la tarea: Tomó los cuadernos, los anotó cuidadosamente, suprimió las repeticiones y puso en su lugar los dictados de cada sesión. "Hasta entonces –dice él mismo- las sesiones en casa de la familia Boudin no tenían objeto determinado. Yo me propuse hallar en ellas la solución de los problemas que me interesaban desde el punto de vista de la filosofía, de la psicología y la naturaleza del Mundo Invisible. Llegaba a cada sesión con una serie de preguntas preparadas y ordenadas metódicamente, y siempre me eran contestadas con precisión, profundidad y lógica abundante". […] "Huelga decir que, precisamente, estas comunicaciones desarrolladas y completadas luego formaron la base de *El libro de los Espíritus*".

En 1856 Rivial asistió a reuniones mediúmnicas que tenían lugar en casa del señor Roustan, con la señorita Japhet, sonámbula, como médium que

obtenía interesantes comunicaciones. Por intermedio de ella hizo revisar las obtenidas anteriormente. Kardec manifiesta que no quedó del todo satisfecho con esta revisión, lo que lo motivó a consultar a otros médiums, siendo el caso que en preguntas espinosas de *El libro de los Espíritus* han llegado a colaborar hasta diez médiums distintos, como manifiesta en dicho libro.

Cuando todo le pareció ser la expresión clara de la Doctrina, Rivail publicó el libro que salió a la luz el 18 de abril de 1857, en París, con el seudónimo de Allan Kardec, su nombre de otra existencia anterior entre los druidas. Esta primera edición constaba de 501 preguntas. Ella se agotó en pocos días, lo que obligó a reeditarla en su forma actual de 1018 preguntas, es decir, corregida y sumamente aumentada.

Esta obra madre del Espiritismo forma parte del Pentateuco Espírita, el que se integra con los siguientes libros que le sucedieron a aquél inicial: El libro de los Médiums, (1861); Imitación del Evangelio según el Espiritismo, (abril de 1864), modificado luego este título original por el de Evangelio según el Espiritismo; El Cielo y el Infierno o la Justicia Divina según el Espiritismo, (1º de agosto de 1865) y El Génesis, los Milagros y las Profecías según el Espiritismo, (enero de 1868); más tres obras de introducción: Instrucción Práctica sobre las Manifestaciones Espíritas, (1858); ¿Qué es el Espiritismo? (1859), y El Espiritismo en su más simple expresión, (1862), además de una complementaria: Obras Póstumas, (1890). Fundó la Revista Espirita en enero de 1858, la que dirigió bajo su responsabilidad hasta la fecha de su desencarnación, el 31 de marzo de 1869 y constituyó la Sociedad Parisiense de Estudios Espiritas el 1º de abril de 1858.

Por su gigantesca y trascendente labor de estructurar en escasos tres lustros el Código Espírita, o Tercera Revelación, demarcado con él un nuevo curso evolutivo al género humano, no dudamos que en los siglos venideros habrá de expresarse con toda justicia: Antes o después de Kardec; antes o después del Espiritismo.

¡Loor al Educador de la humanidad!